

CHARLOTTE LINK

TENGO QUE
MATARTE OTRA VEZ



Lectulandia

Tres violentos asesinatos mantienen en vilo a la policía londinense. Si bien parece que todos ellos han sido cometidos por un único autor, ninguno de ellos parece tener un móvil claro y apenas si existe conexión entre las tres víctimas, dos mujeres de edad avanzada y el marido de Gillian Ward, madre de una adolescente y amante de John Burton, un expolicía que se vio obligado a dejar el cuerpo tras recibir una denuncia por acoso sexual y que decide investigar por su cuenta. Reuniendo pistas y nombres, John irá poco a poco descubriendo una historia de abusos, soledad y venganza sin sospechar que la próxima víctima está justo a su lado y que poco podrá hacer para salvarla...

Lectulandia

Charlotte Link

Tengo que matarte otra vez

ePUB v1.0

Crubiera 21.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Der Beobachter*
Charlotte Link, 2011.
Traducción: Albert Vitó i Godina
Diseño portada: Yolanda Artola / Random House
Fotografía portada: Adrian Muttitt / Trevillion

Editor original: Crubiera (v1.0)
ePub base v2.1

Prólogo

Se preguntaba si su mujer ya se habría dado cuenta de algo... En ocasiones lo miraba de una forma muy rara. Inquisitiva. Desconfiada. No decía nada, pero eso no significaba que no lo vigilara de cerca y que no sacara sus propias conclusiones.

Se habían casado en el mes de abril. Ya era septiembre y todavía se encontraban en aquella fase en la que las personas siguen tratándose con sumo respeto, intentando que los defectos propios no salgan a la luz con demasiada claridad. No obstante, a él ya le había quedado claro que su esposa acabaría revelándose como una criticona. No era ese tipo de mujeres a las que les gustaba pelearse con vehemencia, tirarse los platos a la cabeza, ni tampoco era capaz de amenazarlo con echarlo de casa. Más bien era de las que se lamentaban en voz baja pero sin cesar, lo que podía llegar a enervar a cualquiera.

Y, aun así, se contenía. Intentaba tenerlo todo perfecto para él. Le preparaba los platos que él deseaba, en la nevera no faltaba jamás la cerveza, le planchaba los pantalones y las camisas y veía con él las emisiones deportivas en televisión aunque lo que a ella le volvían loca eran las películas románticas.

Y, sin embargo, ella no le quitaba el ojo de encima. Al menos esa era la impresión que le daba.

Se había casado con él porque no sabía vivir sin un hombre, porque para ella era importante sentirse protegida y amparada. Por su parte, él se había casado con ella porque había visto que su situación empezaba a ser crítica. Sin trabajo fijo, casi sin dinero, se había dado cuenta de que pronto estaría en la cuerda floja. Ya había empezado a beber demasiado. Había conseguido mantenerse con algún trabajo eventual que le había servido para ir pagando el alquiler de aquel piso tan deprimente, pero estaba perdiendo las ganas de vivir. Se había quedado sin perspectivas.

Luego había aparecido Lucy, con el pequeño taller de reparación de bicicletas que había heredado de su difunto marido, y él decidió aprovechar la oportunidad. Siempre había tenido buen ojo para las oportunidades, estaba orgulloso de no ser una de esas personas que pasan mucho tiempo dudando.

Había pasado a ser un hombre casado, tenía un techo en el que cobijarse y tenía trabajo.

Su vida volvía a funcionar.

Y luego estaba aquello. Ese presentimiento, esa obsesión, la incapacidad de

pensar en algo distinto. En algo que no fuera ella.

Aunque en el fondo ya lo sabía desde el principio.

Y ella no era Lucy.

Ella era rubia. No mal teñida, como Lucy, que ya tenía bastantes canas en el pelo, sino rubia de verdad. La melena le llegaba hasta la cintura y le brillaba al sol como un paño de seda dorada. Tenía los ojos entre azules y verdes, según lo claro que era el día, aunque también dependía de los colores de la ropa que llevaba puesta o del lugar por el que se movía. En ocasiones parecían azules como una nomeolvides, o verdes como un lago profundo. El intenso juego de colores de esos ojos lo tenía fascinado. No había visto nada igual en ninguna otra persona.

También le gustaban sus manos. Eran finas, suaves. Los dedos, largos y delgados.

Le gustaban sus piernas. Delicadas, casi quebradizas. Todo en ella tenía ese aspecto. Como si alguien la hubiera tallado en madera, una madera excepcional, de color claro, con mucha paciencia, dedicándole todo el tiempo necesario. No había nada en ella que pareciera pesado, grueso o basto. Era la gracia personificada.

Cuando pensaba en ella, empezaba a sudar. Cuando la veía era incapaz de volver la mirada y era muy probable que Lucy también se hubiera dado cuenta de ello. Intentaba estar en la puerta del patio cada vez que ella bajaba a la calle. La mayoría de las veces lo que hacía era probar alguna bicicleta recién reparada por la acera, así tenía una excusa para merodear por allí. Le encantaba cómo se movía. Esa manera de andar, tan ligera. En lugar de dar pasitos cortos y rápidos, caminaba con grandes pasos. Demostraba una gran fuerza en todo lo que hacía, tanto si corría como si hablaba o reía: sí, una fuerza indómita. Energía.

Belleza. El exceso de belleza y perfección era tal, que en ocasiones a él le parecía increíble.

¿Era amor lo que sentía? Tenía que ser amor. Además del mero deseo y de la excitación, que también intervenían en ello, la amaba. El amor era el principio, la tierra en la que había crecido su anhelo, ese anhelo que no había sentido en ningún momento por Lucy. Esta había sido una solución de emergencia que no había podido desaprovechar, porque sin ella se habría encontrado al borde del abismo social. Lucy representaba más bien una necesidad. En esos casos de necesidad extrema uno tenía que saber conformarse, a veces la vida lo exigía. Hacía ya tiempo que había aprendido que no servía de nada resistirse a ese tipo de cosas.

Y, sin embargo, por dentro se rebelaba y no dejaba de sentir una desesperación aplastante. Porque ¿qué posibilidades tenía? No era un hombre atractivo, no se hacía ilusiones a ese respecto. Lo había sido en otro tiempo, pero... Su generosa barriga daba fe de su afición por la cerveza y la comida grasienta. Tenía las facciones hinchadas y flácidas. Aparentaba diez años más de los cuarenta y ocho que había cumplido, especialmente de noche cuando había bebido demasiado, algo que

desgraciadamente no conseguía dejar. Debería hacer deporte, comer más verdura y beber agua o té, pero ¡por Dios!, después de pasarse treinta años viviendo de una manera no le resultaba fácil cambiar sus costumbres de la noche a la mañana. Se preguntaba si esa sílfide, esa hada, ese ser maravilloso podría llegar a amarlo de todos modos. A pesar de la barriga y de las bolsas de los ojos, a pesar de que tosía y sudaba ante el más mínimo esfuerzo. Tenía virtudes interiores, tal vez serían suficientes si ella llegaba a apreciarlas. Si de algo estaba convencido era de que no sería capaz de renunciar a ella. A pesar de Lucy y de sus celos, a pesar del riesgo que eso suponía para él.

Era un tipo seboso de cuarenta y ocho años con un cuerpo y un alma ardientes.

El problema era que ella, la sílfide, el hada, el ser que lo estaba consumiendo día y noche, era mucho más joven que él. Muchísimo más joven.

Tenía nueve años.

PARTE I

Sábado, 31 de octubre de 2009

Liza consiguió abandonar la mesa de la celebración sin que nadie la viera cuando el hijo del homenajeado se disponía a iniciar su discurso: había golpeado varias veces una copa con un tenedor para captar la atención del centenar aproximado de invitados. El rumor de las conversaciones y risas que hasta entonces había llenado la estancia quedó enmudecido de repente, todas las miradas se volvieron hacia ese hombre nervioso que parecía haberse arrepentido de inmediato de haber decidido dedicarle un discurso elogioso a su padre, que ese día cumplía setenta y cinco años.

Un par de hombres se burlaron del orador, porque el rubor y la palidez se alternaban en su rostro, y es que no pudo evitar embrollarse y tuvo que intentarlo tres veces antes de poder empezar realmente. En cualquier caso, con esa actuación tan deslucida consiguió llamar la atención de todos los asistentes.

El momento no podía ser más adecuado.

Liza se había pasado el último cuarto de hora abriéndose paso lentamente hacia la salida y en ese momento estaba solo a dos pasos de encontrarse por fin fuera. Cerró la pesada puerta tras ella, se apoyó en la pared un momento y respiró hondo. Qué tranquilidad reinaba en el exterior. ¡Y qué fresco! El ambiente de la habitación se había caldeado en exceso debido a la cantidad de gente que había dentro, pero le había parecido que nadie había sufrido tanto el calor como ella. El resto de los asistentes parecían estar disfrutando mucho de la velada, todo habían sido vestidos bonitos, joyas, perfumes y risas alegres. A diferencia de ellos, en medio de todo eso ella se había sentido desplazada, como si la hubieran separado con un tabique invisible. Se había reído de forma mecánica, había respondido cuando le habían preguntado, había asentido o había negado con la cabeza y había bebido champán, pero durante todo el tiempo se había sentido agobiada, había tenido la sensación de actuar como una marioneta, colgada de unos hilos que alguien se dedicaba a manejar sin que ella hubiera sido capaz de moverse por sí misma ni una sola vez. De hecho, llevaba tiempo así: hacía años que no vivía de acuerdo a su propia voluntad. Y eso, en caso de que a aquello pudiera llamársele vivir.

Una joven empleada del elegante hotel Kensington en el que se estaba celebrando aquel cumpleaños de postín se le acercó y sopesó por un momento la posibilidad de que aquella mujer apoyada en la pared pudiera necesitar ayuda. Liza supuso que su aspecto revelaba su agotamiento y, en cualquier caso, si no lo parecía, lo cierto era

que estaba exhausta. Recuperó la compostura e intentó sonreír.

—¿Todo bien? —preguntó la empleada.

—Sí —asintió ella—. Es solo que... ¡hace tanto calor ahí dentro! —dijo mientras señalaba hacia la puerta con un movimiento de cabeza. La joven la miró con compasión y continuó con su trabajo. Liza se dio cuenta de que tenía que ir al baño y arreglarse un poco. Tal como la había mirado, debía de tener un aspecto bastante desastroso.

La sala alicatada en mármol la recibió con su luz suave y una música a bajo volumen muy tranquilizadora que surgía de unos altavoces ocultos. Había temido encontrarse con alguien ahí dentro, pero no fue así. Al parecer en los reservados tampoco había nadie. Sin embargo, Liza tenía claro que, entre el centenar de invitados a la fiesta de cumpleaños y los huéspedes que pudieran estar alojados en el hotel, esa soledad no podía durar mucho. En cualquier segundo podía entrar alguien. No le quedaba mucho tiempo.

Se plantó frente a uno de los lujosos lavamanos y contempló el gran espejo que tenía delante.

Como la mayoría de las veces que se miraba en un espejo, tuvo la impresión de que no conocía a la mujer que veía reflejada en él. Incluso cuando no estaba tan estresada como en aquel momento. Al inicio de la velada se había recogido el pelo, pero los mechones rubios le colgaban ya desgreñados a ambos lados de la cara. La barra de labios probablemente había quedado adherida al borde de su copa de champán, pero en cualquier caso ya no le coloreaba los labios, que tenían un aspecto más bien pálido. Había sudado con ganas. Le brillaba la nariz y se le había corrido el maquillaje.

Lo había supuesto, se lo había imaginado. Ese había sido el motivo por el que durante los últimos veinte minutos no había deseado nada más que poder salir de esa terrible estancia, tan cargada y llena de gente. Tenía que recomponerse enseguida e intentar sobrevivir a esa velada como fuera. No podía durar eternamente. La recepción con champán ya casi había terminado. A continuación empezarían con el bufet. Gracias a Dios, eso era mejor que un banquete de cinco cubiertos, que podría haberse prolongado varias horas y no le habría permitido escapar con tanta facilidad sin que los demás lo hubieran advertido de inmediato, al menos sus vecinos de mesa. Un bufet permitía muchas más posibilidades de escapar con rapidez y discreción.

Dejó el bolso frente a ella sobre el mostrador de mármol, manoseó el cierre con más nervios que habilidad y al fin consiguió recuperar la polvera y el tubo de maquillaje. ¡Ojalá no le temblaran tanto las manos! Tenía que ir con cuidado y no mancharse el vestido. Solo le habría faltado eso, era lo último que necesitaba.

Mientras intentaba infructuosamente abrir la polvera, se echó a llorar de repente. Sucedió de un modo bastante anodino, nada espectacular: las lágrimas simplemente

brotaron de sus ojos sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Horrorizada, levantó la cabeza y contempló a esa desconocida que de repente se había convertido en un rostro lloroso. Eso sí que era un drama. ¿Cómo iba a volver a la sala con los ojos hinchados y enrojecidos?

Casi llevada por el pánico, sacó un buen fajo de suaves toallitas cosméticas del recipiente dispensador plateado de la pared e intentó detener el torrente. Sin embargo, parecía como si de ese modo solo hubiera conseguido empeorar las cosas. Las lágrimas le rebosaban por los ojos.

Tengo que volver a casa, pensó, no tiene sentido quedarse. ¡Tengo que salir de aquí!

Y por si las cosas no iban lo suficientemente mal, en ese instante oyó un ruido tras ella. La puerta que daba al vestíbulo se abrió. Unos tacones de aguja sonaron sobre el suelo de mármol. De un modo vago y fantasmal, a través del velo de lágrimas Liza percibió una figura a su espalda, una mujer que cruzaba la estancia en dirección a los inodoros. Presionó las toallitas cosméticas contra su rostro en un intento de mantener la compostura y fingir que se estaba sonando la nariz.

Date prisa, pensó, ¡largo de aquí!

Los pasos se detuvieron de repente. Durante un breve instante reinó un silencio absoluto en la estancia. A continuación, la extraña se volvió y se le acercó. Liza temblaba ligeramente y, al notar que la desconocida le ponía una mano sobre el hombro, alzó la mirada para ver el rostro de la otra mujer reflejado en el espejo. Era un rostro preocupado, unos ojos interrogantes. No conocía a esa mujer, pero a juzgar por la manera como iba vestida formaba parte del grupo del cumpleaños.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó—. No querría meterme en lo que no me llaman, pero...

El tono amable y preocupado de su voz, tan calmada, fue más de lo que Liza pudo soportar. Dejó caer las toallitas.

Se entregó completamente a su propio dolor y desistió en el intento de detener aquel torrente de lágrimas.

Domingo, 22 de noviembre

Fue el domingo por la noche cuando Carla se dio cuenta de lo singular que era el funcionamiento del ascensor y de las puertas que permitían acceder a él. En ese momento no es que estuviera muy despejada, pero su fantasía no habría bastado para imaginar lo que le sucedería esa noche.

Estaba en su casa, algo sorprendida, porque de repente tuvo la clara impresión de que aquello duraba ya desde hacía unos días: el ascensor subía hasta su piso, el octavo, se detenía y las puertas se abrían automáticamente, pero a continuación no ocurría nada más. Nadie salía de él, de haber sido así habría oído los pasos en el descansillo. Era evidente que tampoco subía nadie a él, porque en ese caso habría oído los pasos previamente y estaba segura de que nadie había estado allí. De haber habido alguien, ella se habría dado cuenta en algún momento. En ese edificio se oía todo. Era un austero bloque de viviendas construido en los años setenta, con largos pasillos hacia el interior y un gran número de apartamentos. En los más espaciosos vivían familias con niños, mientras que en las viviendas más pequeñas vivían personas solteras que se pasaban el día fuera, en el trabajo, y prácticamente jamás estaban en casa. Hackney era uno de los barrios pobres de Londres, aunque la parte en la que vivía Carla no estaba del todo mal.

Pensó cuándo había sido la primera vez que había oído subir el ascensor sin que nadie hubiera salido de él. Naturalmente, eso había ocurrido algunas veces ya desde el principio. Debía de haber sido solo alguien que se había equivocado al pulsar el botón y se había dado cuenta del error antes de salir. A continuación el ascensor subía hasta arriba del todo, las puertas se abrían, se volvían a cerrar y se quedaba allí, esperando a que lo llamaran desde otra planta. Pero últimamente ocurría más a menudo. Con una frecuencia insólita.

¿Tal vez desde hacía una semana? ¿Tal vez dos?

Encendió el televisor, a pesar de que el programa de entrevistas que estaban emitiendo no le interesaba en absoluto.

Acudió a la puerta de la entrada, le dio una vuelta a la llave y la abrió. Pulsó el interruptor de la luz que estaba justo al lado del timbre y una luz blanca y deslumbrante se apoderó del pasillo. ¿Quién había decidido instalar esa iluminación? Tanto brillo solo conseguía que los rostros adoptaran una apariencia fantasmagórica.

Contempló el largo y solitario pasillo. No vio a nadie. Las puertas del ascensor

volvieron a cerrarse.

Tal vez había sido cosa de un bromista. Algún adolescente que vivía en el edificio y simplemente pulsaba el botón de la octava planta antes de apearse. Lo que Carla no se explicaba era qué obtenía haciéndolo. Pero muchas de las cosas que la gente hacía o pretendía seguían sin tener una explicación para ella. De vez en cuando pensaba que, al fin y al cabo, se sentía bastante alejada del resto de la sociedad. Sola y abandonada por su marido, llevaba cinco años jubilada. Cuando una persona se levantaba sola por la mañana, desayunaba sola, se pasaba el día leyendo o mirando la televisión en un pequeña apartamento y solo salía a dar un paseo de vez en cuando, cuando por la noche volvía a cenar sola y se sentaba de nuevo frente al televisor sin más compañía que ella misma, acababa alejándose de la normalidad. Viviendo de esa manera se perdía el contacto con la gente, esas personas cuya vida cotidiana consistía en el trabajo, los colegas, la pareja, los hijos y todo lo relacionado con ellos. Preocupaciones, esfuerzos y, por supuesto, también alegrías. Tal vez era ella quien actuaba de un modo mucho más extravagante de lo que le parecía.

Cerró de nuevo la puerta del apartamento, se apoyó en ella por la parte de dentro y respiró hondo. Vivía en uno de los pocos bloques de viviendas que había en Hackney, donde la mayor parte de las construcciones eran victorianas y estaban bastante deterioradas. Cuando se había mudado allí, al principio había creído que todo mejoraría. Había albergado la esperanza de que no se sentiría tan sola en un edificio lleno de gente, pero al final había sido al revés. Todos los habitantes del bloque se limitaban a lidiar con sus respectivas rutinas. Nadie parecía conocer realmente a los demás, vivían en el más absoluto anonimato. Además, había unos cuantos apartamentos vacíos. En el piso superior, por ejemplo. Hacía ya un tiempo que Carla era la única ocupante de la octava planta, donde no vivía nadie más.

Regresó al salón y pensó si valía la pena seguir viendo la televisión. Al final decidió que no, que en lugar de eso se serviría un poco de vino. Bebía cada noche, aunque se había impuesto la norma de no empezar jamás antes de las ocho. Y hasta entonces había conseguido cumplirla.

Se sobresaltó al oír de nuevo el ruido del ascensor. Bajando. Al parecer, alguien lo había llamado. En cualquier caso, ese era un signo de normalidad. La gente que vivía en el edificio iba y venía. No estaba sola.

Tal vez lo que debería hacer es buscarme otro lugar en el que vivir, pensó.

Su presupuesto no le daba mucho margen al respecto. Cobraba una pensión modesta, no podía permitirse grandes gastos. Además dudaba de si llegaría a sentirse menos sola en otro lugar. Tal vez no dependía del edificio. Tal vez dependía solo de ella.

Puesto que no se veía capaz de seguir soportando tanto silencio, se acercó al teléfono y marcó precipitadamente el número de su hija. Lo hizo con rapidez, antes

de que el miedo o la timidez acabaran aguando sus intenciones. De hecho, siempre había tenido una buena relación con Keira, aunque desde que se había casado y sobre todo desde que había sido madre habían perdido cada vez más el contacto. A los jóvenes les falta el tiempo, siempre van ajetreados.

¿De dónde iba a sacar su hija la energía necesaria para preocuparse por una madre que había fracasado en la vida?

En ocasiones, a Carla le costaba creerlo: su matrimonio había acabado en divorcio tras veintiocho años de convivencia. Su marido se había arruinado porque se había pasado la vida viviendo a lo grande a costa de acumular deudas. Había puesto los pies en polvorosa antes de que sus acreedores pudieran rendirle cuentas. Hacía varios años que no sabía nada de él. Carla había quedado trastornada y no había parado de lamentarse. Tras el embrollo en el que se había visto sumida la familia por culpa del fracaso profesional del padre, Keira había conseguido vivir de forma acomodada, instalada en uno de los incontables chalés adosados de Bracknell, a tres cuartos de hora en coche del centro de Londres, hacia el sudoeste. Después de estudiar matemáticas se había formado para trabajar en un banco y se había casado con un hombre que tenía un cargo fijo en la dirección. Carla sabía que en realidad debía alegrarse por ella.

Keira respondió al teléfono tras el segundo tono de llamada. Parecía nerviosa, de fondo se oían los gritos de su hijo.

—Hola, Keira, soy yo, mamá. Te llamaba solo para saber cómo te va.

—Ah, hola mamá —dijo Keira, aunque su voz no demostró precisamente mucho entusiasmo—. Sí, todo va bien. Pero, una vez más, no hay manera de que el pequeño se duerma. No para de berrear ni un momento. Estoy bastante cansada.

—Deben de estar saliéndole los dientes.

—Sí, eso debe de ser. —Keira se quedó callada un momento y luego, casi por obligación, preguntó—: ¿Y a ti? ¿Cómo te va?

Durante unos segundos, Carla estuvo tentada de contarle la verdad: que las cosas le iban mal, que se sentía completamente aislada. Pero sabía que no era eso lo que su hija quería oír, que eso la habría agobiado enseguida y habría reaccionado airadamente.

—Bueno, ya sabes, es solo que estoy bastante sola —se limitó a decir al respecto—. Desde que me jubilé... —dejó el resto de la frase inacabada. Simplemente no había cambiado nada.

Keira suspiró.

—Deberías buscar algo con lo que llenar tanto tiempo libre. Una afición que te acercara a gente que esté en la misma situación que tú. ¿Y si te matriculas en un curso de cocina o empiezas a practicar algún deporte? Lo más importante es que te rodees de gente.

—Bah, ponerme a pegar brincos en una clase de gimnasia para la tercera edad rodeada de ancianas...

Keira suspiró de nuevo, esta vez con clara impaciencia.

—No tiene por qué ser gimnasia para la tercera edad. ¡Dios, hay tantas cosas que podrías hacer! ¡Seguro que encuentras algo que encaje contigo!

Por un momento Carla sintió la tentación de abrirse ante su hija, de contarle que hacía un tiempo ya había probado unirse a un grupo de autoayuda para mujeres que vivían solas, pero que tampoco ahí había logrado forjar ninguna amistad duradera. Probablemente se lamentaba demasiado, por eso nadie soportaba estar mucho tiempo a su lado. Sería mejor que Keira no llegara a saber nada de ese proyecto fallido.

—Creo que simplemente me deprimó por cualquier cosa —dijo—. Si a media mañana o media tarde voy a nadar o a un curso de cocina, lo único que conseguiré será ser más consciente de lo poco que valgo en esta sociedad. De que ya no trabajo, ni tengo una familia de la que ocuparme. Y cuando vuelva a casa, no habrá nadie esperándome.

—Pero estoy segura de que harías buenas amigas, con las que podrías hacer cosas de vez en cuando.

—La mayoría de las cuales probablemente tendrían familia y no podrían dedicarme tiempo.

—Sí, claro, porque tú eres la única jubilada divorciada de toda Inglaterra —comentó Keira con tono cortante—. ¿Quieres pasar el resto de tu vida deprimida en casa, sentada frente al televisor?

—¿Y poniendo de los nervios a mi hija?

—Yo no he dicho eso.

—Este edificio es agobiante —dijo Carla—. Nadie se preocupa por los demás. Y el ascensor no para de subir hasta mi planta, pero nunca baja nadie de él.

—¿Cómo? —respondió Keira, irritada.

Carla deseó no haberlo mencionado.

—Bueno, eso. Es que me ha llamado la atención. Que suceda tan a menudo, quiero decir. Soy la única que vive en esta planta. Pero el ascensor sigue subiendo hasta aquí.

—Entonces es que alguien lo manda hacia arriba. O simplemente estará averiado y debe de pararse en todas las plantas automáticamente.

—Pero hasta hace una o dos semanas eso no ocurría.

—Mamá...

—Sí, ya lo sé. Cada vez estoy más rara, ya sé que lo piensas. No te preocupes. De algún modo volveré a tomar las riendas de mi vida.

—Seguro que sí. Mamá, oye, el pequeño no para de llorar y...

—¡Ya cuelgo! Estaría bien que vinierais a verme algún día, tú y el pequeño. ¿Tal

vez un fin de semana de estos?

—Veré qué puedo hacer —respondió Keira con reservas antes de despedirse de su madre precipitadamente. Eso dejó a Carla con la sensación de haberla molestado, de haberla importunado.

Es mi hija, pensó, al fin y al cabo es normal que la llame de vez en cuando. Y que se lo cuente cuando las cosas no me van especialmente bien.

Consultó el reloj de pulsera. Eran poco más de las diez.

A pesar de todo, decidió meterse en la cama. Tal vez podría leer aún un poco, aunque tenía la esperanza de quedarse dormida enseguida.

Cuando se disponía a lavarse los dientes, volvió a oír el ascensor. Subiendo.

Se quedó quieta en medio del pasillo, aguzando el oído.

Realmente me gustaría que alguien más aparte de mí viviera aquí arriba, pensó.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Carla no esperaba oír nada. Ningún ruido, nada.

Pero esa vez oyó algo. Esa vez alguien salió del ascensor. Oyó unos pasos, el sonido llegó hasta ella con claridad desde el rellano, que probablemente lucía bien iluminado.

Carla tragó saliva. Notó un hormigueo en la piel.

¡Ahora no vayas a volverte loca! Primero te inquietaba que no saliera nadie del ascensor, y ahora te inquietas por todo lo contrario, porque ha salido alguien.

Los pasos se acercaron a su apartamento.

Viene hacia aquí, pensó Carla, alguien viene a mi casa.

Se quedó paralizada frente a la puerta de la entrada.

Había alguien al otro lado.

Cuando sonó el timbre, el hechizo se desvaneció. El timbre denotaba normalidad.

Los ladrones no llaman a la puerta, pensó Carla.

Sin embargo, tuvo la precaución de utilizar la mirilla de la puerta.

Dudó un momento y, al fin, la abrió.

Miércoles, 2 de diciembre

1

Gillian volvió a la cocina.

—Era la madre de Darcy —aclaró—. Hoy Darcy no irá a la escuela. Tiene la garganta inflamada.

El sonido del teléfono no había conseguido arrancar a Becky de su letargo. Seguía aferrada a su cuenco de muesli, mirando fijamente los trozos de frutas y los copos de cereales mezclados con la leche.

Acaba de cumplir doce años, pensó Gillian, y ya es tan gruñona y desganada como una adolescente en el punto álgido de la pubertad. ¿Antes no éramos diferentes?

—Mmm... —respondió Becky sin demasiado interés. En la silla que tenía al lado estaba sentado Chuck, su gato negro. La familia lo había encontrado durante unas vacaciones en Grecia, hecho polvo y medio muerto de hambre al borde de una calle. Se lo habían llevado a hurtadillas al hotel. El resto de las vacaciones habían consistido básicamente en lidiar con el problema, en sacar a Chuck del hotel cada día sin que nadie se diera cuenta para llevarlo al veterinario y volver a meterlo en la habitación a escondidas. Gillian y Becky habían pasado horas enteras administrándole alimento líquido con una pipeta sin muchas esperanzas de que llegara a sobrevivir. Becky había llorado mucho, pero a pesar de las dificultades y los nervios, había sido de gran ayuda para su madre con los cuidados.

Al final, habían vencido las ganas de vivir de Chuck y acabó acompañando a la familia en el viaje de vuelta hacia Inglaterra.

Gillian se sentó a la mesa frente a su hija. Le tocaría llevar a Becky a la escuela en coche. La madre de Darcy y ella solían ponerse de acuerdo para llevar a las dos niñas y esa semana no le tocaba a Gillian. Sin embargo, no habría sido normal que la madre de Darcy llevara a Becky si su propia hija estaba enferma y se quedaba en

casa.

—Me he enterado de algo interesante por casualidad —dijo Gillian—. ¿Es cierto que hoy tenéis un examen de matemáticas?

—Puede ser.

—No. Puede ser, no. ¡Ya te lo digo yo! Hoy tienes un examen y yo ni siquiera me había enterado.

Becky se encogió de hombros. Tenía un bigote de cacao en el labio superior. Los vaqueros negros que llevaba puestos eran tan estrechos que Gillian se preguntaba cómo debía de haber conseguido meter las piernas dentro. Además llevaba un jersey ceñido a la piel también de color negro y un pañuelo negro alrededor del cuello. Hacía todo lo posible por tener un aspecto guay, pero la marca de cacao que tenía alrededor de la boca le daba una apariencia infantil, era como una especie de extraña mascarada. Por supuesto, Gillian se guardó muy mucho de comentarlo en voz alta.

—¿Por qué no me has dicho nada? Cada día te pregunto cuándo tenéis exámenes. Me dijiste que no tenías ninguno. ¿Por qué?

Becky volvió a encogerse de hombros.

—¿Podrías hacer el favor de contestarme? —preguntó Gillian con tono cortante.

—No lo sé —masculló Becky.

—¿Que no sabes qué?

—Por qué no te he dicho nada.

—Supongo que no te apetecía estudiar —constató Gillian con resignación.

Becky la miró con una expresión furiosa.

¿Qué estoy haciendo mal?, se preguntó Gillian, ¿qué estoy haciendo mal para que a veces me mire con tanto odio? ¿Por qué la madre de Darcy sí estaba al corriente? ¿Por qué estaban al corriente probablemente todas las demás madres, menos yo?

—Lávate los dientes —le dijo— y vuelve enseguida. Es hora de irse.

Durante el trayecto hacia la escuela, Becky no articuló ni una sola palabra y se limitó a mirar por la ventana. Gillian se moría de ganas de saber si su hija se veía capaz de aprobar el examen, si hasta cierto punto se sabía ya la lección, pero no se atrevió a preguntarlo. Temía recibir una respuesta impertinente porque presentía que en ese caso probablemente acabaría llorando. Últimamente le pasaba cada vez con más frecuencia y no encontraba la manera de evitarlo. Estaba a punto de convertirse en una llorona que temía enfrentarse a las circunstancias de la vida y a la conducta provocadora de su hija de doce años. ¿Cómo era posible que una mujer de cuarenta y dos años tuviera tan poca autoridad?

Becky se despidió de ella frente a la escuela con un par de palabras distantes y cruzó la calle con su rigidez característica. Tenía las piernas delgadas y el pelo largo ondeaba tras ella mientras la mochila («¡Hoy en día ya no se llevan las carteras, mamá!») se balanceaba sobre su espalda. No se dio la vuelta para mirar a su madre.

Durante el parvulario siempre se volvía para lanzarle un beso con la mirada radiante. ¿Cómo había podido cambiar tanto en tan pocos años? Naturalmente, esa mañana se había puesto a la defensiva. Se había dado cuenta de que el examen de matemáticas le iría fatal y que había sido un error por su parte haberse escaqueado de estudiar. Se había visto obligada a mostrarse más malhumorada que nunca.

Gillian se preguntaba si todos eran igual. Tan agresivos, tan tercos, tan despiadados.

Arrancó el coche, pero se limitó a conducir hasta la calle siguiente antes de detenerse de nuevo junto al bordillo. Abrió parcialmente la ventanilla y encendió un cigarrillo. La escarcha cubría la hierba de los jardines que había por los alrededores. A lo lejos vio el Támesis, con el aspecto de cinta plomiza, ya muy amplia y sometida a los ritmos de las mareas, que adoptaba cerca de la desembocadura. El viento olía a algas y se oían los chillidos de las gaviotas. Hacía frío. Era una mañana de invierno gris y desapacible.

Había hablado acerca de ello con Tom una vez, de eso hacía ya dos años. Para ser más exactos, había intentado hablar con él acerca de ello. Sobre si hacía algo mal como madre. O si el resto de chicos y chicas eran iguales. Él no había sabido qué responderle.

—Si tuvieras un poco más de contacto con las demás madres —le había dicho al fin—, probablemente lo sabrías. Sabrías si estás haciendo algo mal. Tal vez incluso sabrías cómo podrías hacerlo bien. Pero por algún motivo te niegas a relacionarte con ellas.

—No es que me niegue. Simplemente no me entiendo muy bien con las demás madres.

—Pero son mujeres completamente normales. ¡No te harán nada malo!

Por supuesto, tenía razón. Pero no se trataba de eso.

—Es que tampoco me aceptan. Siempre es igual, como si... como si de algún modo habláramos idiomas distintos. Al parecer me equivoco en todo lo que digo. No cuadra con nada de lo que dicen ellas... —se había dado cuenta de cómo debía de haberle sonado todo aquello a Tom, el hombre más racional del mundo. Como una tontería, una absoluta tontería.

—¡Tonterías! —le había respondido él enseguida—. Creo que todo eso no son más que imaginaciones tuyas. Eres una mujer inteligente, eres guapa, tienes éxito en tu trabajo. Tu marido, hasta cierto punto, no está nada mal y tampoco puede decirse que no haya tenido éxito en su trabajo. Tienes una hija guapa, inteligente y sana. ¿De dónde sacas todos esos complejos?

¿Tenía complejos?

Perdida en sus cavilaciones, tiró la ceniza del cigarrillo por la ventanilla del coche.

No tenía motivos para tener complejos. Quince años atrás había fundado junto a Tom una empresa en Londres especializada en la consultoría fiscal y económica. Habían tenido que trabajar muy duro para lanzar la empresa, pero había valido la pena: en esos momentos daban trabajo a dieciséis empleados. Tom siempre insistía en que sin Gillian habría sido incapaz de conseguirlo. Desde el nacimiento de Becky, Gillian no trabajaba cada día en la oficina, pero había seguido ocupándose de sus propios clientes, porque confiaban en ella. Tres o cuatro veces por semana tomaba el tren hacia Londres y se ocupaba de su trabajo. Gozaba de libertad absoluta para organizarse los horarios. Si Becky la necesitaba, pasaba un día entero sin aparecer por el despacho y durante el fin de semana siguiente se ocupaba del trabajo que le había quedado pendiente.

Todo iba bien. Debería ser feliz.

Miró por el retrovisor y vio reflejados en él sus ojos de color azul oscuro y los mechones rojizos que le caían sobre la frente. Era incapaz de conseguir que su pelo largo y revuelto tuviera un aspecto decente, recordaba a la perfección lo mucho que había sufrido al respecto durante la infancia: por sus rizos, por ser pelirroja, por las inevitables pecas a juego que decoraban su rostro. Más adelante, en la universidad, había conocido a Thomas Ward, su primer novio, el que tenía que ser el hombre de su vida, su gran amor. Él había quedado prendado del color de su pelo y le había contado las pecas una a una y, de repente, había empezado a sentirse guapa y a valorar la peculiaridad de su aspecto.

También deberías pensar en eso de vez en cuando, pensó, en todo lo bueno que Tom te ha aportado. Estás casada con un hombre maravilloso.

Después de fumarse el cigarrillo valoró la posibilidad de acudir al despacho. Le esperaba un trabajo considerable y sabía por experiencia que el trabajo era la mejor manera de combatir las cavilaciones. Decidió pasar por casa para tomar una última taza de café, cambiarse de ropa y salir de nuevo hacia Londres.

Arrancó el coche.

Tal vez debería volver a quedar con Tara Caine. Su amiga trabajaba como fiscal en Londres y según Tom, a quien no le caía especialmente simpática, era una feminista radical. En cualquier caso, a Gillian le iba bien poder charlar con ella de vez en cuando.

La última vez que se habían visto, Tara no había tenido miramientos en decirle que la había visto inmersa en una fuerte depresión.

Quizá tuviera razón.

Samson llevaba un buen rato aguzando el oído y cuando estuvo seguro de que no había nadie en el piso inferior, bajó la escalera en calcetines. Quería ponerse los zapatos y el anorak tan rápido como fuera posible y sin que lo viera nadie para después salir afuera, pero mientras estaba encorvado hacia delante atándose los cordones la puerta de la cocina se abrió y apareció su cuñada Millie. La manera en la que se le acercó le recordó a un ave de rapiña cuando divisa a su presa.

Samson se puso de pie.

—Hola, Millie —dijo, algo confuso.

Millie Segal era de ese tipo de mujeres que, antes incluso de haber cumplido los cuarenta, ya llevaban escrita en la frente una frase de doble filo como «Estoy segura de haber sido guapa». Era rubia, tenía buen tipo y unos rasgos simétricos, aunque surcados por profundas marcas y arrugas como consecuencia de un bronceado excesivo y del abuso de cigarrillos, lo que la hacía parecer mayor de lo que en realidad era. Además, parecía acongojada y algo amargada. Esto último no dependía tanto de una vida poco saludable como del hecho de que fuera una mujer profundamente insatisfecha, frustrada. Samson había hablado de ello alguna vez con su hermano. Este le había explicado que Millie estaba convencida de que vivía instalada en la mala suerte y no porque le hubiera ocurrido algo realmente trágico, sino porque se sentía agraviada por la suma de pequeñas injusticias y desengaños cotidianos.

Cuando Gavin, su marido, le preguntaba qué era exactamente lo que le amargaba tanto la vida, ella siempre respondía lo mismo.

—Todo. Todo en general...

Por desgracia, Samson sabía que su papel en ese «todo en general» no era precisamente insignificante.

—Me ha parecido oírte —dijo Millie. Todavía no se había vestido. Cuando trabajaba por la tarde, por la mañana se ponía un chándal y le preparaba el desayuno a su marido antes de que este se marchara para cumplir con su turno de mañana. Gavin trabajaba como conductor de autobús. A menudo tenía que levantarse a las cinco de la madrugada. En esos casos, Millie le preparaba café, beicon, huevos revueltos, tostadas y unos bocadillos para que se los llevara al trabajo. Ponía un cuidado realmente especial en ello, pero Samson estaba convencido de que no lo hacía de todo

corazón. Por esos opíparos desayunos, Gavin solía pagar un alto precio: tenía que aguantar a todas horas los lamentos y las quejas de Millie, así como sus reproches. Samson en ocasiones se preguntaba si su hermano no preferiría pasar con una taza de café y una tostada con mermelada que hubiera tenido que prepararse él mismo a esas horas tan intempestivas, a cambio de poder sentarse en la cocina sin que nadie lo molestara mientras leía el periódico.

—Iba a salir ahora mismo —dijo Samson mientras se enfundaba el anorak.

—¿Eso significa que tienes trabajo? —preguntó Millie.

—Todavía no.

—¿Y haces algo para encontrar uno?

—Por supuesto. Pero son tiempos difíciles.

—Esta semana todavía no has puesto nada en el bote común de gastos domésticos y yo tengo que ir a comprar de todos modos. Además, a la hora de comer no te muestras tan parco.

Samson revolvió el contenido del monedero que llevaba en el bolsillo y sacó un billete.

—¿Crees que es suficiente con esto?

—No es que sea gran cosa —dijo Millie, aunque naturalmente aceptó el dinero—. Pero bueno, menos da una piedra.

¿Qué es lo que quiere exactamente?, se preguntaba Samson. No ha salido a mi encuentro solo por el dinero.

Él la miró con actitud interrogante.

—Gavin vendrá a mediodía —se limitó a decir Millie—. Comeremos a las dos. Hoy tengo turno de tarde.

—No vendré a comer —dijo Samson.

Ella se encogió de hombros.

—Tú sabrás.

Puesto que era evidente que no tenían nada más que decirse, él asintió levemente, abrió la puerta y salió a plantar cara al frío de la calle.

Los enfrentamientos con Millie siempre lo ponían nervioso, le provocaban tanta inseguridad y angustia que hasta le costaba respirar. Cuando salía se sentía mejor enseguida.

Una vez había escuchado una conversación entre su hermano y Millie, desde entonces sabía que lo que su cuñada más deseaba en el mundo era ver cómo él se marchaba de la casa. Y no era que antes no lo hubiera tenido claro, Millie no había dejado lugar a dudas de que lo veía como a un entrometido, pero era distinto cuando uno oía hablar de ello con tanta crudeza. Además, lo que no había sabido de antemano era hasta qué punto presionaba a su hermano al respecto.

—Quería llevar una vida de pareja contigo, como cualquier matrimonio normal

—había dicho ella—. ¿Y con qué me encuentro? Con una especie de piso compartido.

—No es justo que lo describas de ese modo —había respondido Gavin, incómodo y demostrando el cansancio que se apodera de cualquier persona obligada a lidiar con un tema insondable demasiado a menudo—. Es mi hermano. ¡No es un realquilado cualquiera!

—¡Ojalá lo fuera! Al menos así nos pagaría algo por el alquiler. Pero de este modo...

—Esta casa también es suya, Millie. La heredamos los dos de nuestros padres. Tiene el mismo derecho que nosotros a vivir aquí.

—¡No es una cuestión de derechos!

—¿Entonces?

—Te estoy hablando de discreción. De decencia. Lo que quiero decir es que nosotros estamos casados. Puede que incluso lleguemos a tener hijos y nos convirtamos en una familia de verdad. Él está solo. Es como la quinta rueda de un coche. Cualquier otra persona se habría dado cuenta ya de que molesta y se habría buscado otro lugar para vivir.

—No podemos obligarlo. Si se va, entonces tendría que comprarle su parte y no me lo puedo permitir. O tendríamos que pagarle un alquiler, como mínimo la parte proporcional. ¡Dios, Millie, ya sabes lo que gano! ¡Viviríamos con el agua al cuello!

—Es tu hermano, no tendrías por qué pagarle nada.

—Pero él sí que tendría que pagar algún alquiler. Y está en el paro. ¿Cómo quieres que lo haga?

—Entonces, ¡mudémonos nosotros!

—¿De verdad es eso lo que quieres? Entonces ya puedes ir olvidándote de vivir en una casita con jardín. No tengo nada contra los pisos, pero ¿estás segura de que te sentirías bien viviendo en uno?

Samson, que había estado escuchando y sudando desde el otro lado de la puerta, había reaccionado con una mueca de desdén. Era natural que no llegaran a entenderse. Para Millie lo más importante era el prestigio, incluso más que la posibilidad de librarse de ese cuñado indeseado con el que le tocaba vivir. Procedía de una familia humilde, casarse con el propietario de una casa ubicada en un barrio burgués había supuesto un gran ascenso en su vida, a pesar de que no fuera más que una estrecha casita adosada en una calle demasiado transitada. Le encantaba invitar a sus amigas y alardear del bonito jardín que, de hecho, se encargaba personalmente de mantener arreglado. No estaba dispuesta a abandonar aquel mundo. No, Millie no quería mudarse a otro lugar. Lo que quería era que se marchara Samson.

Ella no había replicado a la última frase que había pronunciado su marido, pero el silencio había sido de lo más elocuente.

Samson intentó alejar de su mente el recuerdo de aquella conversación tan agobiante y emprendió su recorrido por las calles. Para ello seguía un sistema muy bien estipulado y un horario preciso, y ese día llevaba cinco minutos de retraso. En parte porque había pasado demasiado tiempo dudando si sería el momento más adecuado para bajar por la escalera, pero también porque el encuentro con Millie lo había demorado.

Había perdido el empleo en junio. Había estado trabajando como conductor para un servicio a domicilio de alimentos congelados, pero los platos congelados eran caros, la crisis económica estaba haciendo estragos y el número de pedidos había disminuido drásticamente. Al final, la empresa se había visto obligada a reducir la plantilla de conductores. A Samson no le había cogido por sorpresa: era el último empleado al que habían contratado y fue el primero al que echaron.

Caminaba a buen paso. La casa que su hermano Gavin y él habían heredado de sus padres estaba casi al final de una calle que daba a una vía muy transitada. Por consiguiente, era también ruidosa y poco elegante, con casas de fachadas estrechas y jardines raquíticos. En sentido contrario, la misma calle llevaba hasta el club de golf Thorpe Bay, que ofrecía una imagen muy distinta: casas más grandes, decoradas con torretas y salidizos, fincas espaciosas con altos árboles, cuidados setos en la parte de atrás, cercas de forja o preciosos muros bajos de piedra, por no hablar de los imponentes coches que estaban aparcados frente a cada entrada. Allí reinaba una tranquilidad cómoda y apacible.

Southend-on-Sea quedaba a sesenta y cinco kilómetros hacia el este de Londres y se extendía por la orilla norte del Támesis, hasta la desembocadura del gran río en el mar del Norte. La ciudad ofrecía todo lo que uno pudiera desear: lugares para ir de compras, escuelas y guarderías, teatros y cines, el parque de atracciones de rigor en el paseo marítimo, largas playas de arena, clubes de vela y de surf, pubs y elegantes restaurantes. Muchas familias acababan mudándose allí porque Londres les parecía demasiado caro y veían en esa población un lugar a todas luces más sano que la gigantesca metrópoli para criar a sus hijos. Southend constaba de varios barrios entre los que se contaba Thorpe Bay, donde vivía Samson y donde se hallaban también los extensos y ligeramente ondeados prados del club de golf, así como las amplias pistas de tenis que quedaban justo detrás de la playa, todo ello separado solo por una calle. Vivir allí era como estar en medio de un paraje idílico: las calles estaban bordeadas de árboles, los jardines estaban bien cuidados y las casas, en perfecto estado. El viento procedente del río llegaba impregnado del olor a sal del mar.

Samson había crecido allí. No podía imaginar vivir en otro lugar que no fuera ese.

Poco antes de llegar a Thorpe Hall Avenue, se encontró con la joven del gran perro mestizo. Cada día lo sacaba a pasear y a esas horas ya estaba de vuelta. Samson la había seguido varias veces hasta casa y hasta cierto punto estaba seguro de cuál era

su situación vital: no tenía marido ni hijos. Lo que no había descubierto era si estaba divorciada o si no había llegado a casarse. Vivía en un pequeño chalé adosado que tenía, sin embargo, un gran jardín. Al parecer trabajaba desde casa, puesto que aparte de hacer la compra y sacar al perro a pasear no salía en todo el día. A menudo recibía envíos de servicios de mensajería. Samson llegó a la conclusión de que era empleada de una empresa que le permitía trabajar desde casa. Tal vez trabajaba transcribiendo textos, o redactando peritajes, o escribía textos para una editorial. Él había constatado que de vez en cuando se marchaba unos días de viaje. Cuando eso ocurría, su casa la ocupaba una amiga que también sacaba el perro a pasear. Al parecer sus jefes también querían verla de vez en cuando.

Un poco más adelante se topó con una mujer mayor que barría la acera delante de su casa. A esa mujer era fácil encontrarla a menudo en la calle. Ese día estaba barriendo las pocas hojas que habían caído del árbol de su jardín y habían superado el límite de la cerca. Barría la calle a menudo, incluso cuando cualquier otra persona hubiera creído que no valía la pena. Samson sabía que vivía sola. No era necesario ser un observador escrupuloso como él para darse cuenta de que lo hacía porque necesitaba estar haciendo algo que la obligara a salir a la calle y tener así la ocasión de saludar a alguien por la mañana. Jamás recibía visitas, por lo que seguramente no tenía hijos o, si los tenía, en cualquier caso no se preocupaban por ella. Tampoco le había parecido que tuviera amistades ni conocidos que acudieran a verla.

—Buenos días —dijo ella sin aliento nada más ver a Samson.

—Buenos días —murmuró Samson. Se había hecho el férreo propósito de no mantener contacto verbal con la gente a la que seguía, puesto que para él era importante no llamar la atención. Pero en el caso de esa mujer no había conseguido pasar de largo sin saludarla; creía que si la ignoraba podría quedar aún más patente en el recuerdo de aquella señora. «Aquel tipo antipático, el que pasa por aquí cada mañana...». De ese modo, como mínimo, ocupaba un lugar positivo en su memoria.

Entretanto había llegado ya a la hilera de casas que se encontraban enfrente de una bonita zona verde que en verano adoptaba un aspecto especialmente frondoso. Una de las casas pertenecía a la familia Ward. Samson sabía más cosas acerca de esa gente que de todos los demás juntos, porque Gavin había recurrido a Thomas Ward para que lo ayudara cuando empezó a tener problemas con los impuestos de sucesión tras la muerte de sus padres. Ward y su esposa trabajaban como consultores económicos y legales en Londres y Ward, en su momento, había aconsejado a un Gavin desesperado acerca de unas condiciones especialmente ventajosas, por lo que este no soportaba que se hablara mal de ellos. A pesar de ello, Thomas Ward ofrecía una imagen que no resultaba especialmente simpática a ninguno de los dos hermanos: un coche bastante grande, trajes exquisitos y corbatas discretas, aunque inequívocamente caras.

—Las personas no deben juzgarse por su aspecto —le decía Gavin cada vez que hablaban de él—. ¡Ward es un buen tipo, es difícil encontrar a personas como él!

Samson sabía que Gillian Ward no acudía a trabajar a su empresa de Londres todos los días. No había conseguido descubrir ningún tipo de regularidad en sus horarios, probablemente no seguían ninguna. Pero por supuesto tenía algo que ver esa hija de doce años de la que tenía que ocuparse, Becky, que a menudo parecía tan terca y tan reservada. Samson tenía la impresión de que Becky podía llegar a ser bastante rebelde. Estaba seguro de que no debía de ponerle las cosas fáciles a su madre.

Se quedó perplejo al ver de repente cómo el coche de Gillian bajaba por la calle, se metía en la entrada de su casa y se detenía. Era francamente curioso. Samson sabía que ella y la madre de una compañera de clase de Becky se turnaban cada semana para llevar a las chicas a la escuela en coche, y esa semana le tocaba a la otra, de eso estaba completamente seguro. Tal vez no hubiera salido para llevar a las niñas a la escuela, pero en ese caso ¿dónde había estado? Todavía era muy temprano.

Samson se detuvo. ¿Y si tenía previsto acudir a la oficina? Iría en coche hasta la estación, ya fuera de la Thorpe Bay o la de Southend Central, y a continuación seguiría en tren hasta Fenchurch Station, en Londres. La había seguido varias veces, por eso conocía su itinerario a la perfección.

Vio cómo ella se metía en casa y se encendía la luz del vestíbulo. Puesto que la bonita puerta pintada de rojo de la casa de los Ward tenía una ventana en forma de rombo en el centro, desde la calle podía verse todo el pasillo hasta llegar a la cocina, que quedaba justo delante, al otro lado. Una vez se había dedicado a observar a través de esa práctica ventana cómo Gillian se había sentado de nuevo por la mañana a la mesa del desayuno cuando su familia ya no estaba en casa, cómo se había servido otra taza de café y se la había tomado en lentos sorbitos hasta vaciarla del todo. Junto a ella había dejado el periódico, pero ni siquiera le había echado un vistazo. Se había limitado a mirar fijamente la pared que tenía delante. Aquella había sido la primera vez que Samson había sospechado que Gillian no era feliz.

Esa idea le había parecido realmente triste porque le había tomado mucho cariño a los Ward. No encajaban para nada en el patrón de personas a las que prefería seguir, es decir, mujeres solteras, y se había preguntado con verdadera inquietud por qué se había apegado tanto a ellos. En una noche de verano que había estado rondando por las calles se había fijado en el jardín de los Ward y tras observar cómo la pequeña familia charlaba y reía mientras disfrutaban de una barbacoa en la terraza, de repente se había dado cuenta de lo que tanto le fascinaba: eran perfectos. Eso le atrajo de un modo mágico. Eran la familia perfecta. El padre atractivo y con unos buenos ingresos, la madre guapa e inteligente, la niña, bonita y vivaz. Un gato negro muy lindo, una casa bonita, un jardín cuidado, dos coches. No nadaban en la abundancia, no hacían ostentación, pero estaban afianzados en la clase media. Un mundo correcto.

El mundo con el que él siempre había soñado.

El mundo que nunca llegaría a conseguir. Sin embargo, se había percatado de que encontraba un cierto consuelo cuando podía participar en él como espectador.

Siguió acercándose a la casa hasta llegar frente a la verja del jardín e intentó echar una ojeada a la cocina. De hecho podía ver a Gillian apoyada en la mesa, se había servido otra taza de café. Sostenía la taza de cerámica entre las manos y bebía de ella con pequeños sorbos y un cierto aire pensativo como ya le había visto hacer alguna vez.

¿Sobre qué pensaba tanto? A menudo parecía completamente ensimismada en sus cavilaciones.

Se apresuró a seguir su camino, no podía permitirse quedarse parado tanto tiempo en un mismo lugar y menos aún en medio de la calle. Le encantaría descubrir qué era lo que tanto preocupaba a Gillian y tenía muy claro por qué: porque esperaba que eso lo tranquilizaría a él. Tenía que ser algo pasajero y esperaba que no fuera nada que tuviera que ver con su matrimonio ni con su familia. Tal vez su padre o su madre estaban enfermos y se preocupaba por ellos, o algo por el estilo.

Bajó por Thorpe Hall Avenue, dejó atrás la gran zona ajardinada y las pistas de tenis de Thorpe Bay Garden, cruzó el paseo marítimo, donde el tráfico frenético de primera hora de la mañana disminuía un poco, y llegó a la playa, que presentaba un aspecto frío, desolado e invernal. No había ni un alma.

Respiró hondo.

Estaba tan agotado como cualquier otra persona después de un largo y duro día de trabajo y sabía por qué: porque había visto a Gillian. Porque había estado a punto de encontrarse con ella frente a frente. Esa circunstancia para la que no había podido prepararse de antemano lo había estresado mentalmente hasta el punto de que, sin darse cuenta, había llegado a la playa a paso de carrera, pensando solo en avanzar, hacia la calma, donde pudiera apaciguar sus nervios.

Vigilaba a muchas personas. Memorizaba lo que hacían durante el día, sus costumbres, intentaba ahondar en los detalles que caracterizaban sus vidas. No habría podido explicar qué era lo que le fascinaba tanto al respecto, pero sentía una especie de magnetismo que se apoderaba de él. Una vez había empezado, le resultaba imposible dejarlo. Había leído sobre los fanáticos de los ordenadores que habían fundado una vida paralela en Second Life y había tenido la impresión de que todo eso tenía mucho que ver con lo que él hacía. Una vida al margen de la existente. Destinos con los que soñar y roles en los que sumergirse. A veces era el afortunado Thomas Ward, con esa bonita casa y ese coche tan caro. Otras era un tipo más guay, que no tartamudeaba ni se sonrojaba, e invitaba a salir a la guapa joven del perro y sin recibir calabazas, por supuesto. Con ello aportaba un poco de esplendor y de alegría a su rutina cotidiana. Presentía que un psicólogo habría encontrado una serie de señales

delicadas en su afición y es que cuando la situación se volvía algo arriesgada o rozaba el límite la única posibilidad que le quedaba era vagar por la calle inmerso en la melancolía.

Poco a poco había visto que algo estaba cambiando y eso lo inquietaba.

Dio un par de pasos por la playa. Allí soplaba más viento que en las calles y no tardó en quedarse helado. Había olvidado los guantes y no paraba de echarse el aliento en las manos para calentárselas. Naturalmente, siguió con su ronda de observación. Incluso había creado un fichero en su ordenador acerca de sus objetos de observación y ni una sola noche se olvidaba de anotar rigurosamente todo lo que había visto y presenciado. Aunque ya no lo hacía con la misma abnegación de antes y sabía por qué: era debido a los Ward, especialmente debido a Gillian Ward. Los Ward habían pasado a ser cada vez más importantes para él. Se habían convertido en su familia. No dejaba de soñar despierto con ellos, no había nada que no supiera acerca de sus vidas o que no deseara compartir con ellos.

Probablemente había sido inevitable que ese interés por otras personas que tanto lo habían fascinado en otro tiempo hubiera ido decayendo poco a poco. Tenía la vaga sensación de que no era una buena señal. En ese momento comprendía por qué desde el principio había intentado abarcar un gran número de sujetos a los que observar y de cuyas vidas dejaba constancia escrita: de ese modo ninguno de ellos llegaría a tener demasiada importancia para él. Para poder participar en sus vidas sin llegar a perderse en ellas.

Con Gillian podía llegar a ocurrirle precisamente eso.

El viento del norte era bastante frío. No era un buen día para pasarlo en la playa. En verano le había divertido eso de vagar por las calles de la mañana a la noche y evitar el ambiente opresivo que reinaba en casa. Sin embargo, en invierno era otra historia. La única ventaja era que oscurecía temprano y como máximo a partir de las cinco podía ver cómodamente las estancias iluminadas de las casas. Aunque con ello acabara congelado de los pies a la cabeza.

Levantó la nariz y olisqueó el viento como un animal. Le pareció que el aire olía a nieve. No nevaba muy a menudo en el sudeste de Inglaterra, pero habría apostado a que ese año tendrían unas Navidades blancas. Aunque, por supuesto, hasta entonces el tiempo podía cambiar mucho.

Al fin decidió que hacía demasiado frío para seguir andando por allí.

Dejó atrás la playa y se detuvo frente a un quiosco del paseo marítimo. Por desgracia había tenido que darle casi todo el dinero que tenía a su codiciosa cuñada, pero después de revolver durante mucho rato todos los bolsillos de la ropa consiguió reunir dos libras. Eso le alcanzaba para un café bien caliente.

Se lo tomó de pie, resguardado del viento tras el tablón de anuncios del puesto de bebidas y disfrutó del hormigueo que le provocaba el calor de la taza en las manos.

Tenía el expositor con los periódicos del día justo delante de las narices. Mientras leía los titulares, se detuvo especialmente en la primera plana del *Daily Mail*, que ese día mostraba una portada especialmente sensacionalista: «¡Terrible asesinato en Londres!».

Casi tuvo que contorsionarse para poder leer el texto que quedaba debajo. Habían asesinado a una anciana en un bloque de pisos de Hackney. El caso se caracterizaba por su extrema brutalidad. Se estimaba que la mujer llevaba diez días muerta en el apartamento cuando su hija la encontró. No había ni el más mínimo indicio del posible motivo que podría haber incitado al autor de los hechos.

—Horrible —dijo el quiosquero, que había visto hacia dónde apuntaban los ojos de Samson—. Me refiero sobre todo a lo de los diez días, a que alguien lleve tanto tiempo muerto y nadie se dé cuenta. ¿Adónde vamos a ir a parar con esta sociedad?

Samson murmuró un comentario de aprobación.

—El mundo está cada día peor —dijo el quiosquero.

—Es verdad —convino Samson antes de terminarse el café. El cambio todavía le alcanzaba para quedarse un ejemplar del *Daily Mail*.

Compró el periódico y prosiguió su camino, pensativo.

Al menos había dejado de temblar.

El inspector Peter Fielder de la Policía Metropolitana de Londres, también conocida como Scotland Yard, no estaba seguro de si la mujer estaba en condiciones de ser interrogada, pero sí sabía que el tiempo apremiaba. Cuando su hija la hubo descubierto el día anterior, Carla Roberts probablemente llevaba más de una semana muerta en su apartamento y esa circunstancia le había proporcionado una considerable ventaja a su asesino. Era preciso proceder enseguida, aunque por el momento no habían conseguido sacarle nada en absoluto a esa joven que temblaba como una hoja, que tenía a su hijo en brazos y lo presionaba contra su pecho y se había echado a llorar cuando una agente de policía había querido apartarlo de ella un momento. Un coche patrulla la había llevado hasta el hospital, donde había pasado la noche y le habían administrado unos fármacos y por la mañana la habían devuelto a su casa, en Bracknell.

Los agentes que la habían acompañado habían informado a Fielder por móvil de que Keira Jones al parecer estaba mejorando. De ahí que estuviera sentado en el bonito y cálido salón bebiendo agua mineral y que Keira estuviera, también sentada, frente a él, con la tez blanca como una sábana, pero claramente más serena que el día anterior. Su marido, Greg Jones, estaba en casa. Cuando Fielder llegó, ya le había dado de comer al niño, le había cambiado el pañal y lo había acostado de nuevo. En esos momentos estaba junto a la ventana con los brazos cruzados frente al pecho, no tanto en señal de rechazo como indicando una cierta necesidad de protección. Estaba claramente afectado, si bien hasta cierto punto intentaba mantener la calma y la compostura.

—Señora Jones —dijo Fielder con cautela—, sé que no le resulta fácil hablar conmigo y siento de verdad tener que molestarla en estos momentos, pero por desgracia no podemos perder más tiempo. Según las primeras estimaciones del forense, su madre podría haber muerto hace unos diez días, lo que significa que desgraciadamente hemos tardado mucho en encontrarla...

Keira cerró los ojos un instante y asintió.

—Tenemos un hijo pequeño que está pasando por una fase bastante agotadora, inspector —se disculpó el marido de Keira—. Mi esposa lleva meses al límite de sus fuerzas. Yo trabajo durante todo el día y solo puedo ayudarla un poco. Mi suegra se

sentía un poco desatendida por ella, pero...

—¡Greg! —dijo Keira en voz baja y con un tono forzado—. No es solo que se sintiera desatendida. Es que no la he atendido lo suficiente.

—Por Dios, Keira, me paso el día trabajando. Tenemos un hijo pequeño. ¡No podías estar yendo a todas horas para tomarle la mano a tu madre!

—Pero al menos debería haberla llamado más a menudo.

—¿Cuándo la llamó por última vez? —preguntó Fielder—. O para ser más exactos: ¿cuándo fue la última vez que tuvo algún tipo de contacto con su madre?

Keira reflexionó un momento.

—Fue... sí, fue hace dos sábados. Por lo tanto, más de una semana. Me llamó ella, relativamente tarde, hacia las diez de la noche.

—¿Después de eso no volvió a hablar con ella?

—No.

Fielder hizo cuentas.

—Entonces debió de ser el domingo 22 de noviembre. Hoy es día 2 de diciembre. Es muy relevante que... la atacaran poco después de que hablara con usted.

—La asesinaron —susurró Keira.

—Sí —asintió él—. La asesinaron.

—Horrible —dijo Greg Jones—, es horrible. Pero ¿quién podía imaginar algo así?

Fielder miró por la ventana. En el cuidado jardín delantero había un columpio, un cajón de arena y un tobogán. De colores alegres, probablemente había sido el padre orgulloso quien los había instalado, de forma algo prematura pero afectuosa, para su pequeño. Los Jones tenían la apariencia de una familia feliz. Ni Keira ni Greg parecían fríos o egocéntricos. Se habían unido muchos factores: Greg sufría estrés en el trabajo; Keira, estrés a causa del niño. El trayecto hasta Hackney era largo y engorroso. Con un niño de corta edad a cuestas, sin duda debía de resultar aún más duro. La abuela vivía sola y había quedado al margen del esquema de esa joven familia. Carla probablemente le había causado constantes remordimientos de conciencia a su hija, pero de todos modos Keira no había encontrado la manera de integrarla en su vida.

Simplemente ocurría lo mismo que en tantas otras familias.

—¿Su madre estaba divorciada? —preguntó Fielder. Keira ya había comentado ese dato en un primer interrogatorio breve al que se había sometido en el mismo lugar de los hechos. Sin embargo, Fielder quería saber algo más al respecto.

—Sí —dijo Keira—. Desde hace diez años.

—¿Tiene usted contacto con su padre? ¿Y su madre? ¿Tenía contacto con él?

—No. —Keira negó con la cabeza—. Ni siquiera sabemos dónde vive. Tenía una empresa de materiales para la construcción, siempre habíamos vivido bien y

pensábamos que todo iba sobre ruedas. Pero luego resultó que estaba endeudado hasta las cejas. Todo se vino abajo y él acabó marchándose al extranjero para huir de sus acreedores.

—Pero cuando eso ocurrió ¿sus padres ya se habían divorciado?

—Sí. Cuando la quiebra del negocio ya era evidente, salió a la luz también la relación de mi padre con una empleada más joven. Mi madre le pidió el divorcio de inmediato.

—¿No sabe con seguridad si su padre sigue viviendo en el extranjero?

—No. Solo lo suponemos.

—Sin embargo sabe que hace años que no mantenía contacto con su madre.

—Sí. De lo contrario me lo habría contado enseguida.

Fielder lo anotó.

—Intentaremos localizar a su padre. ¿Conoce usted el nombre y la dirección de esa amante que ha mencionado?

Keira negó con la cabeza.

—Su nombre de pila creo que era Clarissa. Pero el apellido no lo sé. Por aquel entonces yo ya no vivía con mis padres, porque estaba estudiando en Swansea. No llegué a conocer muchos detalles al respecto. Quiero decir que... —de repente, se echó a llorar—. Mi madre solía llamarme a menudo —sollozó—. Estaba desesperada porque veía cómo su vida se desmoronaba. Mi padre había estado engañándola con otra mujer durante años y encima se había quedado sin dinero e iban a subastar su casa... Las cosas le iban muy mal y así y todo yo no hice más que rehuirla. Yo no quería... de algún modo no quería saber nada de todo aquello... —dijo antes de dar rienda suelta a las lágrimas.

Greg se le acercó y le acarició el pelo con torpeza.

—No te hagas tantos reproches. Estabas en la universidad, tenías tu propia vida. No podías ocuparte además de los problemas de tus padres.

—Debería haber estado más pendiente de mi madre, tanto entonces como ahora. ¡Llevaba varios días muerta en su casa sin que nadie se hubiera dado cuenta! ¡Eso no debería haber ocurrido!

En ese momento, el bebé empezó a gimotear. Casi aliviado, Greg salió de la habitación. La situación lo superaba, pero al fin y al cabo no era nada extraño que así fuera, pensó Fielder. Algo inconcebible había irrumpido en las vidas de los Jones y jamás llegarían a recuperarse del todo realmente.

Keira alargó la mano hasta su bolso y sacó de él un pañuelo para sonarse la nariz.

—Él tampoco es que se muriera de ganas de visitar a mi madre o de invitarla para que viniera —dijo mientras señalaba con un movimiento de cabeza la puerta por la que había desaparecido su marido—. Trabaja mucho y durante el fin de semana solo le apetece relajarse... ¿Sabe? Mi madre no era precisamente ese tipo de personas que

transmiten buen humor allí donde van. No paraba de lamentarse. Por el divorcio, por la quiebra, por todo. Podía resultar muy... agotadora. En mi opinión, ese era el motivo por el que le costaba tanto hacer amistades. La mayoría de la gente... al cabo de un rato ya no la soportaban. Suena horrible lo que estoy diciendo, ¿verdad? No quiero hablar mal de ella. Además... por mucho que pudiera llegar a enervar a los demás... ¡tampoco merecía morir de ese modo!

Fielder la miró con compasión. Había visto el cadáver de Carla Roberts. La habían encontrado en su salón, con las manos y los pies atados con precinto adhesivo de paquetería. Habían hecho una pelota con un trozo de tela arrugada y se la habían metido en la garganta. Al final resultó ser un trapo de cocina a cuadros. Las primeras investigaciones habían revelado que Carla Roberts se habría forzado a vomitar para intentar con todas sus fuerzas sacarse el trapo de la boca.

—Y debería haberlo conseguido —le había dicho el forense en el lugar del suceso—. Me parece que el autor del crimen presionó el trapo con el puño en la garganta de la víctima hasta que esta murió ahogada por su propio vómito. Debió de sufrir una agonía terrible.

Fielder esperaba que Keira no le preguntara acerca de esos detalles.

—Señora Jones —empezó a decir—, ayer ya nos dijo que, después de haber estado llamando y de que nadie abriera, utilizó un segundo juego de llaves para abrir usted misma la puerta del apartamento de su madre. ¿Cómo consiguió llegar hasta allí? ¿Tiene también la llave del portal del edificio?

—Sí, aunque la puerta de abajo estaba siempre abierta de todos modos. Llamé al timbre, pero en lugar de esperar subí directamente en el ascensor. Una vez arriba, llamé otra vez. Y otra. Al final, abrí la puerta yo misma.

—¿Pensó ya entonces que podría haber pasado algo?

Keira negó con la cabeza.

—No. No la había avisado de que iría y pensé que mi madre simplemente no debía de encontrarse en casa. Que habría salido a hacer la compra, a pasear, o algo así. Tenía la intención de esperarla en su apartamento.

—¿Hay alguien más aparte de usted que tenga un juego de llaves de ese piso?

—No, que yo sepa.

—Por lo que parece —dijo Fielder—, su madre debió de dejar entrar al autor del crimen en su casa. En cualquier caso, no hay signos de que forzara la puerta. Por supuesto, es demasiado pronto para sacar conclusiones definitivas, pero podría ser que su madre conociera al asesino.

Keira lo miró aterrorizada.

—¿Que ella lo conocía?

—¿Sabe algo acerca del círculo de conocidos de su madre?

Fielder se dio cuenta de que en los ojos de Keira volvían a aflorar las lágrimas,

pero de momento consiguió contenerlas.

—De hecho, no tenía. Ese era precisamente el problema, que vivía completamente aislada. La noche en la que... hablé con ella por última vez se lo estuve reprochando. Le dije que siempre se quedaba encerrada en casa, que no se esforzaba por conocer a gente nueva, que nunca hacía nada... Ella me escuchó con paciencia, pero no tuve la impresión de que nada fuera a cambiar.

Fielder asintió. Encajaba con la imagen que tenía de la víctima: una persona que había vivido sin entorno social, que había pasado diez días muerta en su casa sin que nadie la echara de menos.

—¿Cuándo dejó de trabajar su madre?

—Hace cinco años. Tras el divorcio, encontró trabajo en una droguería, pero no le gustaba nada y terminó por jubilarse a los sesenta. Por suerte, había cotizado algo durante los primeros años de su matrimonio, de lo contrario habría quedado en una mala situación económica. Pero gracias a eso consiguió salir adelante.

—¿Mientras estuvo en la droguería tuvo problemas con algún compañero de trabajo?

—No. Se entendía bien con todo el mundo y nadie tenía problemas con ella. Pero perdió el contacto con ellos después de dejar el empleo. No creo que siguiera viendo a nadie durante todo este tiempo.

—¿Y aparte de eso? ¿No tenía ninguna afición que compartiera con otras personas de vez en cuando?

—No. Nada.

—¿Y en el edificio? ¿No hablaba con ninguno de los vecinos?

—Tampoco. Todos los que residen allí parecen vivir de forma bastante anónima, pendientes solo de sí mismos. Y mi madre no era de ese tipo de personas con facilidad para dirigirles la palabra a los demás. Era demasiado tímida e insegura para esas cosas. Por otra parte, tampoco tuvo jamás ningún problema con nadie, era buena persona. Era amable. No comprendo cómo alguien ha podido demostrar tanto odio con ella. ¡No lo comprendo!

Fielder pensó en la brutalidad con la que habían matado a Carla. Posiblemente el asesino no había tenido ningún problema en especial con ella, con aquella jubilada amable y algo quejica. Tal vez lo que tenía era un problema con todas las mujeres en general. Un sádico, un psicópata, un tipo profundamente trastornado. El caso sugería algo por el estilo.

—¿Hay algo más que debería saber? —preguntó Fielder.

Keira reflexionó un momento.

—Creo que no —respondió ella, aunque enseguida se corrigió—. Espere, sí. No sé si es importante, pero esa noche en la que hablé por teléfono con mi madre por última vez mencionó algo raro... o al menos a ella le parecía raro. Me dijo que el

ascensor subía a menudo hasta su piso. Pero que jamás salía nadie de él.

—¿Estaba segura de eso? ¿De que nadie salía del ascensor?

—Sí, al parecer sí. De lo contrario lo habría oído. Y puesto que de todos modos tampoco vivía nadie más en la misma planta que ella, le parecía extraño que subiera hasta allí.

—¿Desde cuándo se había dado cuenta de que ocurría eso tan extraño? ¿Se lo comentó?

—Me dijo que hacía una o dos semanas. Y que antes no había ocurrido jamás. Porque yo le dije que tal vez el sistema estaba programado de tal manera que el ascensor se paraba de vez en cuando en todas las plantas... Pero a continuación cambió de tema. Se dio cuenta de que yo tenía ganas de terminar la conversación. — Keira se mordió los labios.

Fielder se inclinó hacia delante. Sentía compasión por aquella joven. Perder a la madre era duro, pero perderla en un crimen tan brutal era directamente inconcebible. Y encima, estaba seguro de que Keira Jones tendría que acarrear durante el resto de su vida el remordimiento de haberse comportado de forma demasiado negligente, enervada y fría con su madre. Algo prácticamente insoportable.

—Señora Jones —dijo—, ¿tuvo la impresión de que su madre se sentía amenazada?

Los ojos de Keira volvieron a llenarse de lágrimas.

—Sí —admitió ella con algo parecido a un sollozo—. Sí, creo que tenía miedo. Era solo que no sabía decir de qué. Se sentía amenazada, sí. Y yo no me ocupé ni un solo segundo de ello.

Dejó caer la cabeza sobre las rodillas y rompió a llorar con ganas.

La madre de Darcy estaba preparando magdalenas.

¿Por qué todas las madres de hoy en día se pasan el día preparando magdalenas?, se preguntó Gillian a la vez que empezaba a notar un dolor de cabeza leve pero constante. ¿Quién se comía todas esas magdalenas que millones de madres horneaban a diario?

Diana, la madre de Darcy, vaciaba el recipiente de cerámica en el que había preparado la mezcla y la distribuía por los moldes. La cocina olía a chocolate, mantequilla y almendras. Sobre la mesa había unas velas gruesas de color rojo y una jarra con té de vainilla. Junto a ella, un pequeño cuenco con azúcar candi.

—Sírrete algo de té —dijo Diana.

Era una mujer atractiva, rubia y delgada. Jugaba muy bien al tenis y al golf. Sabía cocinar de maravilla y tenía maña para arreglar su casa de manera que resultara acogedora. Sus hijas la adoraban. Siempre colaboraba en la decoración de las fiestas del curso y se ofrecía como acompañante en las excursiones, motivo por el que también los profesores la adoraban.

Y encima horneaba magdalenas.

Sin embargo, en ese momento había sacado un tema que no encajaba para nada con la acogedora atmósfera previa a la Navidad que reinaba en su cocina: el asesinato que se había cobrado la vida de una anciana que vivía sola en Londres. Al parecer todo el mundo hablaba de ello y Gillian era la única que todavía no se había enterado. Becky había querido llevarle los deberes a su amiga Darcy, que estaba enferma, por eso se habían presentado en su casa. Las chicas se habían encerrado en la habitación de Darcy y la madre de esta había invitado a Gillian a una taza de té. En realidad hubiera preferido rechazarla. A pesar de haber vuelto de la oficina muerta de cansancio, se había empeñado en acompañar a Becky a casa de su amiga porque no quería que rondara por las calles a oscuras. No le apetecía en absoluto pasar el rato charlando, pero Diana se le había adelantado con la pregunta cuando todavía estaba en la puerta:

—¿Qué? ¿Qué te parece ese crimen tan atroz?

Por supuesto, Gillian había respondido preguntándole a qué se refería y con ello había sellado su destino. Diana, que siempre estaba buscando a alguien con quien poder cotillear, la había arrastrado hasta la cocina y le había contado con todo lujo de

detalles todo lo que sabía al respecto.

—Llevaba muerta en su casa más de una semana ¡y nadie se había dado cuenta! ¿No es horrible? Me refiero a vivir tan sola y que a nadie le llame la atención hasta que alguien se da cuenta de que has muerto.

—Aún encuentro más horrible que la mataran en su propia casa —dijo Gillian—. ¿Cómo lo hizo el asesino para conseguir entrar? ¿Se sabe algo al respecto?

—Bueno, según se dice no había ni el más mínimo rastro de que hubiera forzado la puerta para entrar. Por consiguiente, debió de dejarlo entrar ella misma. También es posible que el crimen lo haya cometido alguien que la conociera. Porque ya nadie es tan imprudente como para abrir de par en par la puerta de casa cada vez que llaman, ¡sobre todo cuando una vive completamente sola!

Diana se dedicó un rato a amasar con abnegación la pasta de las magdalenas y Gillian se tomó el té y pensó en el asesinato de Londres y en aquella madre perfecta. Durante todo el tiempo intentó respirar relajadamente, porque a veces eso la ayudaba cuando el dolor de cabeza amenazaba con atormentarla.

Una vez llenos todos los moldes, Diana los metió en el horno, seleccionó la temperatura adecuada y se instaló en la mesa para servirse también algo de té.

—Tenía una hija ya adulta. Fue ella quien la encontró.

—¡Terrible! —dijo Gillian.

—Sí, bueno, pero esa misma hija había estado diez días sin saber nada de su madre. Es muy raro. Eso no podría sucederme a mí con mi hija.

Gillian pensó en la conducta provocadora que Becky había demostrado con ella ese mismo día. ¿Podría decir ella lo mismo de su hija con tanta convicción? ¿Que a ella no le ocurriría nunca?

—¿Y cómo... cómo la mataron? —preguntó Gillian algo acongojada.

—La policía mantiene silencio al respecto —respondió Diana en tono compasivo—. Secreto de sumario, ya sabes. Quieren evitar que surjan casos de imitación y confesiones falsas. Eso dice el periódico. Deben de haberla matado de un modo extremadamente brutal.

—Debe de haber sido alguien muy perverso —dijo Gillian con repulsión.

Diana se encogió de hombros.

—O alguien que sentía un odio incontenible por esa mujer.

—Sí, pero es difícil que alguien pueda odiar tanto. En cualquier caso, eso no es normal. Espero que atrapen al asesino muy pronto.

—Yo también lo espero —consintió Diana con fervor.

Las dos mujeres se quedaron en silencio un rato, abatidas, hasta que Diana cambió de tema abruptamente.

—¿Vendrás a la fiesta de Navidad del club de balonmano? ¿El viernes?

—No sabía nada. ¿Una fiesta?

—¡Becky no te cuenta nada! —exclamó Diana con una crueldad ingenua.

—Tal vez me lo haya contado y sea yo quien no la ha escuchado —dijo Gillian, a pesar de que sabía que no había sucedido de ese modo. Ella ponía atención siempre que Becky le contaba algo. Pero su hija apenas le contaba ya nada. Ese era el problema.

—Pero ¿vendrás? —insistió Diana—. Cada persona llevará unas galletas o algo por el estilo. Estará bien, ya verás.

—Sí, seguro.

¡Y seguro que tú llevarás tus malditas magdalenas!, pensó para sí.

Tengo que contenerme, se dijo, ¡de algún modo tengo que conseguir contenerme!

Con la excusa de que Tom no tardaría en llegar a casa y que tenía que preparar la cena, Gillian logró escapar de allí un cuarto de hora más tarde. Se sintió liberada cuando Becky y ella se encontraron por fin de nuevo en la oscura calle. El viento frío le sentó bien. Había llegado un momento en el que había empezado a hacersele insoportable aquella cocina decorada con motivos navideños, el aroma del horno y Diana, la madre perfecta.

—¿Por qué no me has contado que pasado mañana celebráis una fiesta de Navidad en el club de balonmano? —preguntó cuando ya estaban a punto de llegar a casa. Como de costumbre, habían guardado silencio durante el camino.

—No me apetecía —murmuró Becky.

—Que no te apetecía ¿qué? ¿Contármelo? ¿Ir a la fiesta?

—Contártelo.

—¿Por qué?

Becky entró en el jardín de casa sin decir nada. El coche de Tom estaba aparcado frente al garaje. Por la mañana solía marcharse a Londres antes que Gillian y volvía mucho más tarde. Gillian todavía tenía que ocuparse de Becky y de la casa, por lo que siempre iban cada uno por su cuenta.

Gillian agarró a su hija por un brazo.

—¡Me gustaría que me respondieras!

—¿A qué? —preguntó Becky.

—A mi pregunta. ¿Por qué no me lo has contado?

—¡Quiero tener conexión a Internet de una vez!

—Eso no es una respuesta.

—En mi clase todos...

—¡Tonterías! No es cierto que todos los de tu clase tengan conexión a Internet. Internet...

—... es muy peligroso, está lleno de hombres malos que intentan seducir a jovencitas a través del chat para después...

—Pues desgraciadamente los hay, sí —dijo Gillian—. Pero ese es solo uno de los

peligros de Internet. Me parece que eres demasiado joven para pasarte varias horas al día conectada al ordenador sin ningún tipo de control. Eso no está bien.

—¿Por qué? —preguntó Becky.

—Porque es más importante que termines los deberes, que te encuentres con tus amigas y practiques algún deporte —dijo Gillian y se dio cuenta de que sus palabras sonaban como las de una institutriz.

Becky puso los ojos en blanco.

—Mamá, tengo doce años. Siempre me tratas como si aún tuviera cinco.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Incluso cuando quiero ir a casa de Darcy me acompañas porque piensas que podría sucederme algo por el camino. Y eso que odias como la peste hablar con su madre. ¿Por qué no me dejas ir sola?

—Porque es de noche. Porque...

—¿Por qué no puedes simplemente confiar en mí? —preguntó Becky. En ese momento, vio que su padre había abierto la puerta de casa y las estaba esperando con la luz del vestíbulo de fondo. Sin aguardar respuesta de su madre, salió corriendo hacia él para abrazarlo.

Gillian la siguió poco a poco, pensativa.

Se sobresaltó cuando el haz de luz pasó por la pared que quedaba detrás del televisor y acto seguido se preguntó si no lo habría imaginado. O soñado. Se había quedado dormida a pesar de la tensión de la película de suspense que estaban emitiendo. Pero eso le pasaba a menudo. Era una persona diurna. Se levantaba a las cinco y media de la madrugada llena de energía, pero por la noche... En ocasiones se acostaba a las ocho.

Se enderezó de nuevo en su sillón.

Aguzó el oído, pero no oyó nada fuera.

Le había llamado la atención tres o cuatro veces últimamente. Un coche llegaba, cuando ya había oscurecido, de noche. Oía el motor y veía la luz de los faros proyectada sobre la pared del salón. Y luego... nada. Ni ruido, ni luz, nada. Como si alguien hubiera parado, hubiera apagado el motor y finalmente las luces.

Para quedarse allí, en la oscuridad, pero... ¿para qué?

Anne Westley no era una mujer miedosa. La primera vez se había levantado y había salido a la puerta, incluso había recorrido el sendero de losas del jardín hasta la puerta de la verja. Había intentado distinguir algo, pero había sido en vano. El bosque llegaba hasta su finca y, a pesar de que Anne sabía que la noche jamás es completamente negra, allí fuera no había podido ver nada. La oscuridad era prácticamente impenetrable.

Y la ubicación de su casa era lo que convertía en singular el hecho de que un coche apareciera por allí. No había ninguna carretera que llegara hasta las inmediaciones de la casa. A una cierta distancia había un aparcamiento aislado del que salían diferentes senderos en dirección a los bosques. Durante los fines de semana, sobre todo en verano, las idas y venidas eran constantes. En invierno, en cambio, poco después de la puesta del sol casi nadie se dejaba caer por allí, como mucho alguna parejita, para besuquearse. Pero raramente se adentraban en el bosque y menos con el coche, que habría sufrido lo suyo por el estrecho sendero que terminaba frente a la verja del jardín de la casa de Anne.

Se levantó, se acercó a la ventana e intentó mirar hacia fuera, pero no consiguió ver más que su propio rostro reflejado en el cristal. Apagó la lamparita del rincón y el televisor, la habitación quedó completamente a oscuras. Volvió a mirar hacia fuera, esforzándose por divisar algo entre la oscuridad, pero era difícil distinguir nada. Tan

solo consiguió atisbar el jardín poblado de arbustos, la hierba alta y los árboles frutales ya pelados. En verano había recolectado cerezas, manzanas y peras sin fin y se había pasado varias semanas preparando mermelada y jalea con las que había llenado grandes tarros cerrados con las tapas, las juntas de goma y las etiquetas correspondientes, caligrafiadas con esmero.

Y siempre pensando en Sean, en lo mucho que él se había entusiasmado por todo aquello, por los árboles frutales y por la mermelada casera. Y ella se había dado cuenta de que si recolectaba la fruta y la confitaba era solo por él, puesto que a ella no le gustaba especialmente la mermelada. En su vida no tendría tiempo de consumir todo lo que había almacenado en las estanterías del sótano. En algún momento moriría y tendrían que deshacerse de ella y de todas esas toneladas de mermelada casera envasada al vacío.

Sean y ella habían descubierto la casa ocho años atrás durante una excursión a Tunbridge Wells, una bonita ciudad al extremo oeste del condado de Kent, rodeada de prados, campos, colinas y frondosos bosques. La región era famosa por sus plantaciones de fruta y sus campos de lúpulo, prácticamente interminables. En esa región llovía poco, los veranos eran cálidos y secos, mientras que en primavera el aire estaba impregnado del aroma pesado y dulzón de las flores de los árboles frutales. Sean y Anne habían estado paseando por un bosque en el que crecían los muguetes y las anémonas y de repente la casa apareció ante ellos. Había pertenecido a un guardabosque o a un cazador, a juzgar por su aspecto. Parecía bastante decrepita, claramente deshabitada y no invitaba precisamente a entrar en ella. Pero todo eso no había molestado lo más mínimo a Sean. Se había enamorado del jardín y en lo sucesivo no pudo dejar de hablar de ello.

—¡Menuda extensión de terreno! Con árboles frutales, arbustos de lilas, codesos, jazmines, ¡hay de todo! Y rodeado de bosques. Es justo lo que siempre he estado buscando. ¡Llevo toda mi vida esperando encontrar algo así!

Ella no se había entusiasmado tanto. Los dos habían cumplido ya los sesenta por aquel entonces y a Anne le habría parecido que a esa edad avanzada no sería lo más sensato cargarse con el trabajo físico que exigiría mantener una propiedad como aquella. Por supuesto, Sean había encontrado argumentos para rebatir los de su esposa.

—Justo ahora, que nos quedan dos años para jubilarnos, nos lo podemos permitir. Y luego tendremos mucho tiempo y tampoco tendremos prisa. ¿Qué haremos todo el día en casa, mirar por la ventana? ¡Vamos, arriesguémonos! ¡Intentemos algo nuevo otra vez!

Al final consiguió comprar la casa. Y a decir verdad no le costó mucho lograrlo, porque no había nadie más interesado. La casa pertenecía al municipio de Tunbridge Wells, que se alegró de librarse de ella.

A partir de entonces pasaron su tiempo libre en el bosque, todos los fines de semana y festivos dedicados a renovar la casa, poco a poco y con mucho esfuerzo, y lo cierto es que Anne se había sorprendido al comprobar la satisfacción que suponía. Habían arrancado el parquet viejo, habían alicatado la cocina y los baños, habían pintado las paredes y habían mandado instalar ventanas nuevas. Habían eliminado tabiques para obtener habitaciones espaciosas donde antes había habido varios cuartos minúsculos. Habían construido una generosa terraza orientada al sur con una barandilla que la encerraba y unos escalones que permitían bajar al jardín. Tuvieron que cortar un par de árboles para conseguir que llegara más luz y Anne se instaló un estudio en el desván. Unos años antes había descubierto la pintura y se había convertido en su gran pasión.

Pensó si debía salir a ver si había algún coche aparcado por allí, para lo que tenía que andar hasta la puerta de la verja. Retrocedió al notar el frío intenso que la estaba aguardando fuera. Además, probablemente tampoco vería nada nuevo. Quizá esa vez no había más que imaginado el resplandor. Al fin y al cabo se había quedado medio traspuesta. Posiblemente, incluso se había dormido.

Pero algo la había despertado.

Intentó alejar la inquietante sensación que se había apoderado de ella. Realmente estaba completamente sola ahí afuera. Durante el día se las arreglaba bien, pero por la noche a veces tenía que esforzarse para no dejarse llevar por todo tipo de cavilaciones inquietantes.

Encendió la luz de nuevo y fue hacia la cocina. Era una cocina maravillosa con los muebles de madera pintados de color blanco, con los fogones en medio de la estancia y una gran encimera frente a la puerta, que daba a una terraza en la que se podía desayunar, leer el periódico o tomar un café de vez en cuando. Se sirvió un vasito de aguardiente que vació de un solo trago y acto seguido volvió a servirse otro. No solía recurrir al alcohol cuando tenía problemas, pero por un momento le pareció que el aguardiente la ayudaría a calmarse un poco.

Tras la muerte de Sean, no había vuelto a intentar buscar consuelo en el alcohol. Tampoco había tenido necesidad de pedir ningún tipo de ayuda a nadie. Por experiencia sabía que el trabajo era lo que mejor ayudaba a superar los problemas psicológicos, por eso se había volcado en el jardín, había pintado mucho y entre unas cosas y otras consiguió superar el primer año de soledad, que también era el peor. Desde entonces habían pasado ya dos años y medio y ya había retomado el control de sí misma, de su dolor y de aquella vida tan solitaria que llevaba en esa casa.

Sean había muerto justo después de concluir las obras de reforma. En pleno verano, pocas semanas antes de cumplir los sesenta y cinco. En junio se había retirado del mundo laboral, cuatro semanas después de que Anne abandonara la consulta de pediatría y se jubilara también. A principios de julio querían celebrar la

inauguración de la nueva casa en el jardín, durante la época de floración de los jazmines. Habían invitado a casi ochenta personas y casi todas habían confirmado su asistencia. El día anterior a la fiesta, Sean trepó hasta el tejado porque se le había metido en la cabeza colgar una ristra de farolillos de colores en el canalón y se precipitó desde lo alto. Al principio no pareció nada dramático, se había roto la cabeza del fémur, pero aparte de eso no le había pasado nada. Por supuesto, estaba furioso y decepcionado porque tuvo que quedarse en el hospital y suspender la fiesta. El problema fue que a continuación contrajo una pulmonía, no reaccionó a ningún antibiótico y acabó muriendo al cabo de cuatro semanas, antes de que Anne pudiera acabar de comprender lo que había sucedido.

Lo enterró y en el mes de noviembre, ella misma subió al tejado también para descolgar la ristra de farolillos, que había seguido allí colgada. Una estúpida guirnalda de colores que no merecía ni mucho menos todo el dolor que había causado.

El segundo vasito de aguardiente consiguió, por fin, relajarla. Llegó a la conclusión de que el resplandor había sido en realidad fruto de su imaginación. Y que probablemente se había despertado a causa del televisor. Un grito, un disparo. Al fin y al cabo, ese tipo de cosas sucedían en las películas de suspense.

No obstante, esa noche puso un especial empeño en cerrar la puerta con llave y con la cadena de seguridad, algo que no solía hacer normalmente. Y cerró también los postigos de las ventanas de todas las habitaciones de la planta baja.

Por si acaso.

Viernes, 4 de diciembre

1

—¿Y? ¿Qué haces durante todo el día? —preguntó Bartek.

Había mucho ruido en el pub. Todas las mesas estaban ocupadas y todos los clientes reían, bebían y charlaban. A gritos. A Samson no le gustaba ir a ese pub, pero Bartek siempre insistía y Samson no quería disgustarlo, puesto que era su único amigo. De vez en cuando se encontraban, los viernes que Bartek libraba. Siempre temprano, normalmente alrededor de las seis o las seis y media. Bartek se estresaba por su novia cuando pasaba su tarde libre solo con un amigo en un bar, por eso como muy tarde volvían a casa a las ocho y media. Samson había acudido en coche y eso significaba que no podría beber nada, aunque de todos modos el alcohol tampoco le volvía loco y, en cambio, le parecía muy complicado volver en autobús. No le apetecía nada tener que esperar en la parada expuesto al frío y todavía menos ir a pie. Estaba muy acostumbrado a vagabundear por ahí, pero solo cuando había un buen motivo para ello.

El coche lo había heredado de su madre. Sabía que Millie se lo había tomado mal y que seguía enfadada por ello a pesar de los años que habían pasado desde entonces. Era incapaz de olvidar todo lo que los demás habían recibido y que ella desearía haber obtenido.

—Bueno, no me quedo todo el día sentado en casa, si es eso lo que quieres decir —respondió Samson ante la pregunta de Bartek—. Me aburriría demasiado. Y además Millie ha empezado esta semana el turno de tarde, se pasa medio día en casa y bueno... ya sabes. Prefiero renunciar a su compañía.

Millie trabajaba en una residencia para gente de la tercera edad y odiaba ese empleo, Samson lo sabía perfectamente. A veces la había oído hablar de sus pacientes y en esas ocasiones le asustaba imaginar que algún día también él envejecería y, para bien o para mal, caería en manos de alguien como ella.

—¡Mira que seguir viviendo con tu hermano y tu cuñada! —exclamó Bartek—. ¡Ya no tienes edad para eso!

—Pero ¡la casa también me pertenece a mí!

—Pues entonces que te paguen la parte proporcional del alquiler, pero búscate un lugar para ti solo. ¡Nunca llegarás a sentirte bien en esa casa!

—Tengo miedo de quedarme aislado si me largo a vivir solo —dijo Samson en voz baja.

Bartek arqueó las cejas.

—¿Cuántos años tienes? ¡Treinta y cuatro! ¡Ya va siendo hora de que encuentres una mujer con la que vivir! ¿No tienes previsto casarte algún día y formar una familia?

Samson tomó un sorbo de su cerveza sin alcohol.

Bartek había tocado un tema espinoso. Alguna vez habían hablado ya sobre ello, sobre casarse y traer hijos al mundo, llevar una vida normal y todo eso. Bartek, que tenía novia formal desde hacía varios años, se tomaba ese tema muy a pecho. Su novia hacía tiempo que quería casarse, mientras que él, a pesar de tener casi cuarenta años, temía ese compromiso. Samson, que jamás habría admitido que sus problemas eran de una índole completamente distinta, había acabado por atrincherarse tras un cierto temor al compromiso que en realidad no sentía. Al contrario, no había nada que anhelara más que encontrar a una mujer con la que casarse. Tener una casa, un jardín, hijos, un perro... Podía ver claramente esa imagen y a menudo pensaba que sería capaz de darlo todo para convertirla en realidad. Pero la triste e incluso perversa realidad era que jamás había tenido ni siquiera una novia. Ni en el instituto ni después. Jamás. Por eso le parecía tan lejana esa idea del matrimonio.

—Sí, hombre —dijo en tono evasivo—, ¡como si fuera tan fácil encontrar a una mujer con la que casarse!

—Bueno, pues mi novia ya me ha pedido que nos casemos —le explicó Bartek y al parecer se alegraba de que así hubiera sido—. Ahora realmente me ha puesto entre la espada y la pared y tal vez haya sido lo mejor. Nos casaremos el verano que viene. Será una gran fiesta, vendrá todo el mundo. ¡Y por supuesto, tú también estás invitado!

—Qué bien —repuso Samson, e intentó que su voz no sonara demasiado envidiosa. Bartek realmente había nacido de pie. Siempre, a todas luces, todo le salía bien. Se habían conocido antes de que Samson se dedicara a repartir congelados, cuando estuvo trabajando para un servicio de limusinas. Bartek también trabajaba allí y, a diferencia de Samson, a él no lo despidieron. Nadie despedía a alguien como Bartek, caía bien a todo el mundo, desde el jefe a los empleados y, por supuesto, también a los clientes. Muchos pedían que los atendiera Bartek cuando solicitaban un servicio. «¿Puede encargarse de ello Bartek? ¿Está libre ese polaco tan amable?».

Bartek hablaba un inglés perfecto, pero con un encantador acento de Europa del Este que tenía buena acogida especialmente entre las mujeres. Sabía cómo distraer a la gente, simplemente les contaba un par de historias de su vida, a menudo inventadas, y conseguía crear una tensión que les quitaba el aliento.

Samson pasaba noches enteras en vela preguntándose por qué las mujeres lo ignoraban continuamente y por qué siempre que conseguía un empleo era el primero a quien echaban. En ocasiones pensaba si el motivo no sería su currículum, tan aburrido que rozaba lo grotesco. ¿Qué podía poner que resultara interesante? O por su nombre. ¿Quién más se llamaba Samson? Si había algo que no les había perdonado a sus difuntos padres era precisamente que le hubieran puesto ese nombre. Durante el embarazo, su madre había leído un libro en el que aparecía un Samson y le encantó el nombre. Su hermano, dos años mayor que él, había tenido más suerte. Podías llamarte Gavin sin que todos tus compañeros de clase se burlaran continuamente de ti por ello.

—Tienes que ser más sociable —dijo Bartek—, de lo contrario no encontrarás jamás a una mujer con la que compartir tu vida. ¿Qué haces durante todo el día, si no te quedas en casa?

Todavía no le he contado lo que hago durante el día, pensó Samson, desconcertado. Bartek a veces no escuchaba. Y de todos modos tampoco es que fuera muy impresionante lo que tenía que contarle.

Sopesó un momento si valía la pena confiárselo y pensó en lo mucho que le gustaría poder hablarlo con alguien, pero aparte de Bartek no se le ocurrió nadie más.

—En cierto modo —dijo en un tono lleno de misterio—, me paso el día entero rodeado de gente.

—¿Ah sí? ¿Qué haces?

—Me dedico a observar la vida de otras personas.

—¿Cómo? —exclamó Bartek.

—Paseo por la calle, siempre a las mismas horas. Y es muy interesante... bueno, uno descubre muchas cosas acerca de la gente a partir del entorno en el que se mueven. Cómo viven, si están solos o tienen familia, si son felices o no. Cosas así.

De repente Samson pensó que probablemente acababa de cometer un error. Había sido una idiotez abrirse de ese modo con Bartek. Se dio cuenta de ello al ver la expresión que había adoptado el rostro de su amigo.

—¿Significa eso que vas siguiendo a varias personas con regularidad? —preguntó Bartek tras unos momentos en los que había estado intentando asumir lo que acababa de oír.

—Las analizo —explicó Samson.

—¿Cómo que... las analizas? ¿Qué quieres decir con eso?

—Intento descubrir cosas acerca de ellas. Por ejemplo, por qué alguien está solo. Y cómo le va sin compañía.

—¿Y qué consigues con eso?

—Comprenderlos.

—Sí, pero ¿para qué? Es decir, ¿qué pretendes descubrir en realidad?

Samson se dio cuenta de que todo aquello no tenía ninguna utilidad. Bartek no lo comprendería. Pero es que tal vez todo aquello no era comprensible.

—Bueno, yo también estoy solo, por ejemplo —a pesar de todo, intentó explicarlo—, y no paraba de preguntarme por qué. Entonces decidí intentar descubrir qué motivos tienen otras personas para vivir igual que yo.

—Ajá, ya veo. Oye, no te enfades conmigo, pero todo esto es muy... ¡sí, es muy raro! ¿Por qué no recurrías a Internet? Allí encontrarías a miles de personas que tienen el mismo problema que tú. Hay incontables foros en los que puedes intercambiar información.

—Eso también lo hago —admitió Samson—. Pero ¡acaba siendo tan anónimo! A menudo tengo la sensación de estar el doble de solo después de pasarme la tarde entera chateando con un tipo que vive a ochocientos kilómetros de aquí, a quien no conozco de nada y que resulta que, igual que yo, tampoco encuentra novia.

—¿O sea que se trata básicamente del deseo de encontrar novia?

—Sí, eso también.

—¿Y crees que encontrarás a una joven soltera vagando por las calles y espiando casas ajenas? —preguntó Bartek, mientras intentaba encontrar una cierta lógica en una idea que le parecía más bien grotesca.

—Directamente no.

—Vale, pues. Entonces, ¿por qué diablos lo haces?

Samson se encogió de hombros.

—Da igual.

—No, no da igual. No te enfades, Samson, pero todo eso me parece muy estrambótico. Si quieres saber lo que pienso... no te sienta bien eso de estar en el paro. Empiezan a salirte manías raras.

—No he elegido estar sin trabajo.

—No, claro que no. Pero ¿haces algo para encontrar otro empleo? ¡Todavía eres muy joven! Si fuera necesario, incluso podrías llevar un taxi... ¡cualquier cosa! Pero eso de pasarte el día entero siguiendo a gente, ¡bueno, eso sí que no lleva a ninguna parte!

—Es interesante.

Bartek negó con la cabeza.

—Dios, Samson, de verdad... ¿Al menos habrás descubierto a alguna mujer que podría gustarte? A ver si todo esto que haces acaba teniendo algún sentido.

Samson tuvo que admitir que su repertorio de jóvenes solteras era limitado.

—La mayoría son bastante mayores que yo. Aunque hay una... que tiene mi edad

y al parecer vive sola. Trabaja como autónoma desde casa y tiene un perro muy grande.

—¿Y? ¿Has hablado con ella alguna vez?

Samson se dio cuenta de que Bartek en realidad no había comprendido nada. No tenía ninguna intención de dirigirle la palabra a las mujeres a las que seguía.

—No.

—Pues invítala a tomar un café, hombre.

—Tal vez lo haga —dijo Samson, aunque a esas alturas lo único que deseaba era que Bartek lo dejara en paz.

—Por Internet también se puede encontrar novia —dijo Bartek.

—Ya lo sé, pero...

—No hay peros que valgan. No puedes pasarte la vida hablando. Y soñando. ¡Tienes que pasar a la acción!

—También hay una familia —comentó Samson algo dubitativo. En realidad no quería confiarle más cosas a Bartek, pero de repente sintió la necesidad de darle la impresión de que no seguía exclusivamente a mujeres. Bartek se había escandalizado bastante y no quería dejar las cosas de ese modo. No quería que su amigo lo tratara como si fuera una especie de delincuente sexual.

—Viven en la misma calle que yo, en el otro extremo... justo después de la mediana, frente al club de golf.

—Ajá. ¿Y qué pasa con ellos?

—Él es asesor económico. Una vez ayudó a Gavin. Ella es muy guapa. Y tienen una hija encantadora, de unos doce años.

Bartek no parecía menos perplejo que antes.

—Vale, pero ¿por qué te interesan tanto? ¿Quieres beneficiarte a esa madre tan guapa o qué?

—No, no, por supuesto que no. Es solo que son... son tan perfectos, ¿sabes? Son una familia de ensueño. ¡La familia que siempre me habría gustado tener!

Al oír eso, Bartek adoptó una expresión de seria inquietud.

—Samson, tengo la impresión de que te estás alejando demasiado de la realidad. Imaginándote en la vida de otras personas no conseguirás cambiar la tuya. Me parece que solo es una manera de evadirte.

Y qué, pensó Samson, ¿acaso no es necesario, a veces, disponer de esa posibilidad?

—Lo llevo bien —le aseguró. ¿Por qué había tenido que empezar a contarle todo aquello? Estaba seguro de que Bartek se encarnizaría en el tema como un perro de presa y que no lo dejaría tranquilo.

—Veré si puedo apañarte algo —dijo Bartek—. ¡En algún lugar debe de haber una mujer para ti! Tampoco es que seas feo, tienes una casa... bueno, media... no

eres tonto ni tienes ninguna característica repugnante. Sería raro que...

—No tengo trabajo.

—Por eso también sería importante que te tomaras en serio lo de encontrar trabajo.

—Estoy buscando como un loco.

Pero no era verdad. Esa vez Samson ni siquiera se había inscrito oficialmente como desempleado y sabía que era un error no hacerlo. Sobre todo porque no podía continuar de ese modo indefinidamente, porque no tenía ninguna fuente de ingresos y estaba a punto de quedarse sin ahorros. Pero tan pronto como volviera a presentarse tendría que escribir montones de solicitudes de trabajo y presentar justificantes de sus intentos fallidos. ¿Cómo podría conciliarlo con su otra actividad? Muchos días había pensado: ¡mañana empiezo a preocuparme por mi futuro! ¡Mañana me inscribo en el registro de desempleados y acabo con este problema!

Pero en realidad nunca daba el paso. Su deseo de continuar observando a gente, cuyas vidas le interesaban muchísimo más de lo que Bartek o cualquier otra persona pudiera imaginar, era demasiado fuerte. Si no podía continuar haciéndolo, su vida no tendría sentido.

—Si realmente te esfuerzas, seguro que acabas encontrando algo —dijo Bartek con optimismo.

Acto seguido, para gran alivio de Samson, cambió de tema y volvió a hablar de sus planes de futuro: la boda planeada, el deseo de tener algún día una vivienda de propiedad para él y su novia, los problemas para conseguir crédito... Samson lo dejó hablar sin prestar mucha atención a lo que le contaba. No había comido nada desde el desayuno y su situación económica no le permitía comprarse ni siquiera una hamburguesa, el plato más barato de la carta del pub. Pero no le importaba. Disfrutó de esa sensación de leve mareo y le pareció que todo a su alrededor quedaba algo atenuado, indefinido, agradablemente borroso: las voces, las risas y las charlas de la gente, el tintineo de los vasos, el aire frío que entraba cuando alguien abría la puerta. La palabrería de Bartek. Todo.

Y pensó en Gillian Ward.

Ojalá pudiera marcharme sin que nadie se diera cuenta, pensó Gillian.

Pero por supuesto, no era posible. No podía largarse sin Becky y eso eliminaba cualquier posibilidad de marcharse de forma discreta. Los niños de los distintos grupos de balonmano estaban completamente alborotados por la pista y Becky, vestida con unas mallas negras y una camiseta de color rosa, era la más revoltosa de todos. Sería imposible arrancarla de allí. Las madres y algún que otro padre se habían sentado en el restaurante que quedaba separado del pabellón propiamente dicho por un tabique de cristal. El local, que formaba parte del club y se utilizaba para las reuniones y las celebraciones de la asociación, estaba decorado con motivos navideños y amenizado con un CD de villancicos. En el bar servían café, té y champán. La comida la habían llevado los mismos padres y estaba dispuesta en una larga mesa a modo de bufet. Había grandes cantidades de pastas navideñas, pudin de ciruela y varios tipos de pasteles, pero también había numerosas ensaladas, dos bandejas de queso y cuencos llenos de aperitivos salados. Jamás serían capaces de comérselo todo. La aportación de Gillian consistía en un pastel de chocolate y alguna cosa más, pero todavía nadie lo había probado, lo había comprobado de reojo. Para su sorpresa, esa circunstancia acabó desembocando en un disgusto casi infantil. Su pastel no tenía mal aspecto, pero había dos pasteles de chocolate más prácticamente idénticos al suyo. Tal vez el motivo fuera ese.

Diana había decidido no ir en el último segundo porque la inflamación de garganta de Darcy había empeorado y, puesto que Gillian no mantenía contacto con nadie más allí, se había pasado la primera media hora completamente sola, aferrada a una taza de café. Había comido un par de galletas sin hambre, simplemente por hacer algo, y es que no quería quedarse mirando fijamente la pared como una tonta. El resto de las madres parecían amigas a juzgar por la confusión casi impenetrable de gritos, risas y conversaciones. Todas se sentían a gusto, todas eran felices.

Todas menos Gillian.

Al final una madre fue a sentarse a su lado, pero solo porque había llegado tarde y no había encontrado ningún otro sitio libre. Dejó una bandeja encima de la mesa, llena de varios tipos de ensalada, queso y un gran vaso de champán.

—¡Dios, qué hambre tengo! —dijo justo antes de examinar con la mirada la taza de café vacía de Gillian y el platillo de pastitas de Navidad—: ¿Usted no?

—No mucha, no —respondió Gillian.

La otra mujer la miró de arriba abajo.

—Usted es Gillian, ¿verdad? La madre de Becky, ¿no?

Gillian asintió y se preguntó cómo lo hacían las demás mujeres para saberlo siempre todo, su nombre y el de su hija. Ella, en cambio, no tenía ni idea de quién era la madre de quién.

La otra madre empezó a comer con glotonería y a contarle un montón de cosas acerca de su hijo, que desde la más tierna infancia había tenido problemas de neurodermitis, alergias y todo tipo de intolerancias alimentarias. Lo había llevado a todo tipo de médicos, lo había intentado todo, le desaconsejó fervientemente la cortisona por una mala experiencia propia, pero en cambio se mostró partidaria de las pomadas y los glóbulos homeopáticos, sobre los que demostró ser una verdadera experta.

—¿Becky también tiene alergias? —preguntó.

—No —respondió Gillian, y decidió tragarse la respuesta que le quemaba en la lengua: me parece que me tiene alergia a mí. Últimamente apenas nos hablamos si no es para pelearnos. Ojalá fuera otra cosa, alergia al polen de las gramíneas, a los ácaros del polvo o a la lactosa. Al menos en ese caso sabría cómo actuar, porque ahora no tengo ni idea.

No llegó a decirlo, pero se dio cuenta de que había estado a punto de dar rienda suelta a las palabras y eso la asustó. Estaba con una mujer completamente desconocida, con la que no tenía ningún vínculo más allá del hecho que los hijos de ambas jugaban en el mismo equipo de balonmano y había estado a punto de contarle sus penas, todo aquello que durante las últimas semanas le había dado la sensación de que acabaría rompiéndole el corazón.

Contrólate, se ordenó a sí misma. Decidió que más tarde, por la noche, llamaría a su amiga Tara Caine. En Tara podía confiar, era una amiga fiel y Gillian sabía que no iría por ahí contando nada de lo que pudiera llegar a confesarle.

La otra madre, cuyo nombre Gillian todavía no conocía, tomó un buen trago de champán y por fin cambió de tema.

—Qué guapo es Burton, ¿no crees? —preguntó en voz baja.

Gillian buscó por la sala con la mirada y descubrió a John Burton, el entrenador, apoyado en la barra del bar entre un puñado de madres, que probablemente lo estaban interrogando acerca de los progresos de los niños. Si aquella situación lo estresaba, lo cierto es que sabía disimularlo muy bien. En cualquier caso, se notaba que estaba acostumbrado. Cada vez que acompañaba a Becky a un entrenamiento, Gillian se había dado cuenta de cómo las mujeres formaban corro a su alrededor, lo que podía atribuirse a que en realidad querían estar informadas del más mínimo incidente relacionado con el equipo. Sin embargo, no había duda de que también tenía algo que

ver con el efecto que producía Burton en las mujeres. Era guapo, pero por encima de todo tenía el aura de un pasado misterioso: se decía que había sido policía, que había tenido una carrera meteórica en el cuerpo pero que lo había dejado a los treinta y siete años en unas circunstancias misteriosas sobre las que nadie sabía nada. Después de eso había fundado una empresa de vigilancia privada que daba trabajo a más de dos docenas de empleados y organizaba sobre todo turnos de vigilancia en edificios y protección personal. Vivía y trabajaba en Londres, pero dos veces por semana acudía a Southend para entrenar a dos equipos juveniles de balonmano. A algunos jugadores había ido a buscarlos expresamente en barrios difíciles de la ciudad. Consideraba que el deporte, en especial los deportes de equipo, eran la medida preventiva más efectiva para evitar que los jóvenes cayeran en la delincuencia. Una vez, Gillian había oído por casualidad cómo se lo contaba a algunas madres mientras estas escuchaban con devoción, casi conteniendo el aliento. Especialmente para las mujeres de ambientes burgueses, Burton era un héroe, un salvador, un luchador. Gillian imaginaba las fantasías románticas que debía de despertar a su alrededor.

Es probable que en realidad no sea en absoluto como ellas lo ven, pensó.

Aunque tenía que admitir que era atractivo.

—Sí —respondió al fin—. Es bastante guapo.

—¿Bastante? Yo siempre tengo que controlarme para no dejarme llevar por las fantasías más indecentes cuando lo veo. Qué raro que un tipo como él no esté casado.

—Tal vez tenga varias relaciones.

—Pero en ese caso alguna de ellas se habría dejado caer por aquí en algún momento. Ni para venir a verlo un momento, para recogerlo, ni nada. Mira que es raro. Todavía no se le ha visto con una mujer.

—No debe de apetecerle airear por aquí su vida privada —dijo Gillian. Ella lo comprendía perfectamente. Estas tías son como buitres, pensó.

—En cualquier caso, me parece raro —insistió la otra—. Como algunas otras cosas de él.

Gillian no quería saber a qué se refería, por lo que se limitó a no responder, aunque como es natural eso no impidió que su interlocutora siguiera hablando.

—Me gustaría saber por qué motivo abandonó el cuerpo de policía. ¡Trabajaba en Scotland Yard! ¡Una carrera como esa no se abandona por voluntad propia así como así! Y luego están las horas que pasa entrenando aquí. Vive en Londres. ¿Por qué tendría que molestarse en venir hasta Southend? Tal vez ningún club londinense lo quería como entrenador. Pero ¿por qué?

Gillian tuvo la impresión de que, tras haber oído el informe médico completo del hijo, no podría seguir aguantando mucho rato más la opinión detallada que le merecía a aquella desconocida la vida privada del entrenador. Contempló los toscos rasgos de aquella mujer tan satisfecha de sí misma y se puso de pie de repente.

—Disculpa. Necesito un cigarrillo —dijo. Acto seguido intentó suavizar la descortesía de la irrupción en medio de la conversación—. Es un asco estar tan enganchada...

Por favor, Dios mío, dime que no es fumadora y que no se empeñará en acompañarme...

La otra mujer sonrió con acritud. Se había ofendido, se le notaba claramente.

Gillian pensó en lo que Tom habría dicho al respecto: «¿Lo ves? ¡Por eso siempre estás sola! Cada vez que alguien intenta acercarse a ti lo rechazas de inmediato».

Se abrió paso por la sala y respiró hondo al llegar a la guardarrope. Calma. Las voces sonaban atenuadas al otro lado de la puerta. Gillian se tocó la frente con la mano, tenía mucho calor.

Estuvo cinco minutos largos revolviendo una montaña de abrigos hasta que encontró el suyo y pudo ponérselo. Acto seguido, salió fuera, donde la noche ya era oscura y fría, aunque el viento que había estado soplando durante los últimos días había cesado. Procedente del río se acercaba la niebla, una especie de manto húmedo y frío dispuesto a posarse sobre su cabeza. Sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio las primeras caladas con precipitación. Como siempre, la nicotina cumplió con el efecto relajante que le proporcionaba a pesar del sentimiento de culpa que, por supuesto, experimentaba después de haber fumado. Tom odiaba que fumara y tenía toda la razón en todos los argumentos que esgrimía en contra de ese vicio. Como siempre, en Nochevieja se haría el propósito de dejarlo de una vez.

Y como siempre, fracasaría en el intento.

Con el índice de la mano izquierda se masajeó suavemente los párpados. El ambiente estaba muy cargado en el interior, al salir se había dado cuenta de ello enseguida. Le parecía impensable volver atrás.

Me escaqueo por aquí fuera media hora y luego le digo a Becky que tenemos que marcharnos, decidió. Otro punto negativo para ella, claro. Tal vez no debería asombrarse tanto de que su hija no se llevara bien con ella. Quizá esa extraña forma de ser suya le molestaba a Becky más de lo que creía.

Justo después de apagar el cigarrillo en una maceta vacía vio salir por la puerta a John Burton. Llevaba puesta una chaqueta negra y una bufanda alrededor del cuello y sonrió al verla ahí fuera.

—¿Está aquí por lo mismo que yo? —preguntó—. ¿Para maltratar sus pulmones? Ella asintió.

—Me temo que sí. Además... —no terminó la frase, pero le pareció que él comprendía lo que había querido decir.

—Además es una buena excusa para escapar. —Hizo un movimiento de cabeza para señalar el pabellón—. Insoportable.

—¿Usted también lo piensa? —preguntó ella, sorprendida.

Burton sacó un paquete de cigarrillos, lo extendió hacia Gillian y esta cogió uno. Mientras también él se llevaba un cigarrillo a la comisura de los labios, intentó encender el mechero, pero la débil llama se extinguía continuamente antes de poder acercarla al cigarrillo. Burton soltó una maldición. Gillian sacó su mechero y le dio fuego antes de encenderse el cigarrillo ella misma.

—Gracias —dijo él.

Fumaron un rato en silencio.

—La he visto salir —confesó él al fin—. Parecía que estuviera huyendo.

—Tenía la esperanza de que no se notaría —dijo Gillian.

—Aparte de mí, puede que nadie más se haya dado cuenta. No prestan atención a los demás, en cualquier caso no desde ese punto de vista. Pero durante todo el rato he tenido la impresión de que no se sentía precisamente a gusto ahí dentro.

Gillian tragó saliva. Era sorprendente lo que un comentario comprensivo y una entonación compasiva podían llegar a desencadenar. Tuvo la sensación de que las lágrimas aflorarían de repente en sus ojos. Y, por supuesto, le horrorizaba la idea. La situación le parecía terriblemente embarazosa: en esa noche de invierno brumosa, estaba frente al pabellón junto al entrenador de balonmano de su hija a punto de echarse a llorar.

—Me han recitado el historial médico completo de un jovencito —contó—, con todo detalle. Tiene todas las alergias posibles. Aquella mujer no paraba de hablar y en algún momento ha empezado a dolerme la cabeza. Tal vez por eso me ha visto atormentada.

—Sí, era la madre de Philip —explicó John—, un chico muy agradable y muy despierto. Yo creo que en realidad no sufre ningún tipo de alergia. Tener a una madre como esa sí que es un problema.

Lo dijo de un modo tan seco e imparcial que Gillian no pudo reprimir una carcajada súbita. Se sorprendió de haber reaccionado de ese modo. Tampoco es que hubiera sido tan raro lo que había dicho, pero la risa le había salido de dentro, había tomado forma en su barriga y había emergido a borbotones. Se rió sin tapujos, como liberada, y pensó que hacía una eternidad que no se reía con tantas ganas, aunque al mismo tiempo se dio cuenta de que había algo raro en ello, puesto que su reacción había sido excesiva, próxima a la histeria, y le pareció que John Burton la miraba algo asombrado.

—Pero bueno, ¿qué ocurre? —preguntó él mientras le tocaba un brazo. Fue entonces cuando Gillian se dio cuenta de que ya no estaba riendo, sino llorando, que ni siquiera se había percatado de cómo había pasado de un estado al otro. Las lágrimas recorrieron su rostro ya humedecido previamente por la niebla, aunque a esas alturas estaba ya mojado y salado del todo.

—No lo sé —respondió ella—. Discúlpeme... no lo sé...

Horrorizada, se dio cuenta de que no era capaz de dejar de llorar.

—Oh, Dios —gimió.

Sin vacilar ni un momento, Burton apagó su cigarrillo, le quitó a Gillian el suyo de la mano y lo hundió en la maceta antes de abrazarla.

—Vamos. Antes de que las demás la vean aquí fuera... Seguro que no le apetece darles carnaza para que puedan chismorrear durante meses.

Ella fue incapaz de responder nada, se limitó a negar con la cabeza. Se dejó acompañar hasta el aparcamiento y subió a un coche después de que John le abriera la puerta. Vio cómo él subía por la otra puerta y se sentaba junto a ella. Siguió llorando, pero como mínimo fue capaz de abrir el bolso y buscar un pañuelo.

—Lo siento mucho —sollozó Gillian.

Burton negó con la cabeza.

—Deje de disculparse. La he estado observando durante toda la tarde y me he dado cuenta de lo desgraciada que se sentía y ¿sabe qué he pensado?

—No.

—He pensado: en cualquier momento se echará a llorar. Tan solo esperaba que no sucediera dentro. Al fin y al cabo creo que es mejor que haya estallado aquí, en mi coche.

Al fin encontró un pañuelo y pudo sonarse la nariz. Siguió derramando lágrimas, aunque sin la vehemencia y el descontrol que había demostrado al principio.

—A decir verdad, yo también lo prefiero así —dijo ella—. Muchas gracias.

—¿Mejor?

—Bastante, sí. Pero no puedo volver a entrar de esta manera.

Burton reflexionó un momento.

—Cerca de aquí hay un pub. Si quiere, podemos ir a tomar una copa. A veces eso ayuda.

—Buena idea. Espero no estar molestándolo demasiado.

John arrancó el motor y maniobró para salir del aparcamiento.

—¿De verdad cree que me apetece lo más mínimo volver ahí dentro?

—Me costaría imaginarlo.

—Pues eso.

Un par de minutos más tarde llegaron al Halfway House. Estaba en Eastern Esplanade, junto a la playa y tenía vistas al río, aunque este no podía más que intuirse a causa de la niebla y de la oscuridad. Las ventanas estaban bien iluminadas y la música se oía desde fuera.

—No es que sea el mejor de la ciudad —dijo Burton nada más bajar del coche—, pero como mínimo está cerca. Y seguramente no se encontrará con nadie conocido.

Los recibieron el vocerío y las carcajadas de los clientes que llenaban el local. Gillian vio que había una barra y alguna que otra mesa. En las paredes blancas no

había cuadros colgados, como tampoco había plantas frente a las ventanas. El lugar no podía ser más sobrio, aunque al parecer no afectaba a su popularidad. Entre los parroquianos había gente de todas las edades, pero Gillian se dio cuenta de que John estaba en lo cierto: Tom no habría elegido jamás un lugar como ese. De hecho, ni Tom ni nadie de su círculo de conocidos.

Burton encontró una mesa libre con dos sillas y se abrió paso hasta ella entre la multitud.

—¿Qué le apetece tomar?

—Algo fuerte. Y si puede ser, doble.

John asintió y se dirigió hacia la barra. Mientras tanto, Gillian se quitó el abrigo, lo colgó en el respaldo de la silla y se sentó. Se alegró de estar allí y también de haberse desahogado llorando. Sacó el espejo de mano que llevaba en el bolso y comprobó que tenía los ojos bastante llorosos, manchas rojizas en la piel y los párpados hinchados. Y la nariz colorada, como siempre: era típico de Gillian. Había conseguido meterse en un bar con un hombre realmente atractivo, pero su aspecto era el de una colegiala llorosa. A decir verdad, lo de colegiala habría sido una versión mejorada.

Parezco al menos diez años mayor de lo que soy en realidad, pensó con resignación, lo único que podría llegar a despertar es compasión.

Dejó que su mirada errara por la estancia con la esperanza de descubrir dónde estaba el servicio. Tal vez un poco de agua fría en la cara podría mejorar su aspecto. Debido a la gran cantidad de gente, en la mayoría de los casos concentrada en grupos, resultaba difícil reconocer el local. Sus ojos repararon de repente en un hombre y le pareció que lo conocía de algo. Era más joven que ella, a lo sumo debía de tener treinta y cinco años. Estaba sentado con otro hombre frente a un vaso de cerveza y la estaba mirando. Gillian estaba segura de conocerlo, pero tardó todavía unos segundos en ubicarlo hasta que al fin le vino a la memoria: vivía en la misma calle que ella, solo que en el otro extremo. Vivía con su hermano y su cuñada. Tom había asesorado a su hermano en un caso de herencia y más adelante le había contado que se trataba de gente algo peculiar. Gillian le sonrió sin demasiada convicción. ¡Genial! ¡Suerte que podía estar segura de que nadie la conocería allí! Era viernes por la noche, estaba sentada en un bar con los ojos llorosos, junto a un hombre que no era su marido, y de repente se encuentra con un vecino. A veces las cosas parecían realmente de brujas.

El joven le sonrió tímidamente como única respuesta. Parecía asombrado. Probablemente no se lo podía censurar por ello.

John Burton volvió a la mesa armado con dos vasos de aguardiente.

—He tardado un poco —se disculpó mientras tomaba asiento frente a ella—. ¿Ya se ha aclimatado?

—Sí. Y ya he comprobado que tengo un aspecto horrible. Lo siento.

—Habíamos quedado en que no volvería a disculparse, ¿recuerda? —Levantó su vaso—. ¡A su salud!

Gillian tomó un buen trago. Y luego otro. El aguardiente le abrasó la garganta y le mandó una ola de calor al estómago. Probablemente se estaba equivocando al beber aquello, sobre todo por la cantidad. Eso no era un aguardiente doble, al menos debía de ser cuádruple. Y ese día ella había comido muy poco. Más tarde tendría que pasar a recoger a su hija y conducir de vuelta a casa medio borracha. Sin embargo, decidió dejar a un lado tantos escrúpulos y tomar un trago más. En ese momento lo único que deseaba era ese estado de relajación que le ofrecía el alcohol, quería distanciarse de todo, de las preocupaciones, de los miedos y de la tristeza que sentía.

—¿Le apetece... le apetece hablar de sus penas? —preguntó John al cabo de unos minutos.

¿Por qué no?

—En pocas palabras —dijo Gillian—, mi hija no quiere saber nada de mí porque se siente demasiado controlada, dice que estoy encima de ella en todo momento, y mi marido ya no se fija en mí. Supongo que es lo típico —dijo mientras intentaba reír.

Lejos de darle la razón, John Burton se limitó a mirarla con aire pensativo.

—Sobre su esposo no puedo decirle nada. Pero a su hija la conozco bastante. Becky me cae bien. Le gusta el deporte, es ambiciosa y tiene espíritu de equipo. Tiene un carácter fuerte e independiente. Claro que también es terca y a veces también puede llegar a ser difícil tratar con ella. Pero es posible que esté pasando por una fase problemática y que por eso vaya hiriendo a las personas que tiene más cerca. No debería preocuparse demasiado, todo se arreglará.

Gillian quedó sorprendida por la claridad de la explicación.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—Apostaría a que sí —asintió él.

—Gracias —dijo ella, fascinada por la manera como John, con unas pocas frases, había conseguido que se sintiera mejor. No es que todo se hubiera arreglado de repente, pero sin duda alguna se sentía mejor. John la había tomado en serio y había intentado consolarla. A diferencia de Tom, que la mayoría de las veces le respondía que no eran más que imaginaciones suyas. A diferencia de Tara, que enseguida le salía con complejas conexiones psicológicas que acababan provocándole mareos. A diferencia de Diana, que cada vez que Gillian se quejaba de algo insistía en afirmar lo feliz que era ella y lo idílica que era la relación que mantenía con su hija.

Por primera vez, Gillian tuvo la impresión de que alguien la ayudaba realmente.

—Conoce usted bien a los niños —comentó ella.

—Si algo conozco bien es el mundo del deporte. Y las personas pueden llegar a conocerse bien con solo verlas practicar un deporte de equipo. Da igual si son niños, jóvenes o adultos. Básicamente suelen comportarse igual que en la vida real.

Ella lo miró con interés.

—¿Es cierto que trabajaba usted en Scotland Yard?

A John se le ensombreció el rostro de repente.

—Sí —respondió.

Quedaba claro que no le apetecía nada hablar de ese trabajo ni de las circunstancias por las que lo había dejado. Gillian pensó que sería mejor cambiar de tema.

—¿Qué le parece ese crimen tan horrible, el de la anciana de Hackney?

—No sabría decirle gran cosa al respecto. Lo único que sé es lo que he leído en los periódicos.

—Pero por su trabajo debió de enfrentarse a cosas parecidas, ¿no?

—Sí. Pero en este caso no puedo entrar en valoraciones. La policía ni siquiera ha contado cómo asesinaron a la víctima. Probablemente la mataron de un modo poco común y prefieren que no se sepa para conservar la idiosincrasia del criminal. Yo solo he leído que ni la violaron ni le robaron. Por consiguiente, no se trató de dinero y, en principio, tampoco se trató de un crimen sexual.

—¿En principio?

—En caso de que la mataran de un modo especialmente sádico, la motivación podría considerarse de carácter sexual.

—¿Cree que volverá a suceder? ¿Que habrá otra víctima?

—Es posible. No queda nada claro cuál fue el móvil. Tal vez se trató de un problema personal entre el criminal y la víctima pero incluso en ese caso, alguien capaz de hacer algo así es sin duda una bomba de relojería. Porque si algo está claro es que en cualquier caso esa no es la manera más habitual de arreglar una desavenencia.

—Ese tipo de cosas dan miedo —dijo Gillian—. Cada vez que leo algo así pienso que es increíble pasar por la vida sin que te suceda algo más o menos grave.

—Todo se aclarará. La mayoría de los crímenes acaban resolviéndose tarde o temprano.

—Pero todos no.

—Todos no —admitió él.

Gillian se atrevió a intentarlo de nuevo.

—¿Fue ese el motivo por el que se marchó? Del cuerpo de policía, quiero decir. ¿Porque le resultaba insoportable enfrentarse continuamente a una violencia horrorosa y ver cómo después no siempre se hace justicia?

Su rostro volvió a adoptar una expresión ensombrecida.

—Hubo varios motivos —dijo con tono evasivo. A continuación, vació su vaso de un trago y consultó el reloj—. Me temo que deberíamos volver al club. No es que me apetezca precisamente, pero si se dan cuenta de que no estamos empezarán a pensar

cosas raras.

Gillian se percató de que había estado mirándolo fijamente. No como solemos mirar a un interlocutor, sino casi agarrándolo con los ojos. Las numerosas personas que tenían a su alrededor habían pasado a ser un mero sonido ambiente que se oía de fondo. Seguían allí, pero era como si hubieran erigido una fina pared que separaba a Gillian y John del resto del mundo.

Debe de ser el aguardiente, pensó Gillian, ya sabía yo que sería demasiado.

—¿Cosas raras? —preguntó ella y se asustó al instante al oír el matiz provocador que había adoptado su voz. Eso de flirtear no iba con ella. No solía hacerlo, de hecho no lo había hecho jamás. Tuvo la sensación de estar actuando como una tonta.

—Creo que ya sabe a qué me refiero —dijo John mientras se ponía de pie. Le había sentado mal el tono que ella había utilizado y Gillian tuvo la clara impresión de que se había enfadado. O como mínimo se había puesto nervioso. Tal vez la veía como a una pesada. Tal vez se había excedido preguntándole por el trabajo como policía. En cualquier caso, había desaparecido la pared que durante unos instantes había creado una cierta intimidad entre ellos. Volvían a formar parte de aquel bar atestado, de aquella multitud apiñada, de aquel elenco de innumerables voces. Parte de las risas, del tintineo de vasos, del olor a alcohol, sudor y abrigos húmedos.

Mientras salían, pasaron muy cerca de la mesa en la que estaba sentado el tipo que vivía al otro extremo de la calle de Gillian y entonces fue cuando le vino el nombre a la memoria: Segal. Samson Segal.

—Adiós —dijo ella.

Él asintió del mismo modo que había hecho al principio, cuando ella había reparado en él por primera vez.

Angustiada, Gillian se preguntó si se habría pasado todo el rato igual.

Si se habría pasado todo el rato mirándola fijamente de ese modo.

Sábado, 5 de diciembre

1

Era sábado, pero las investigaciones no atendían a horarios.

El inspector Fielder le había prometido a su esposa que la acompañaría a la ciudad para hacer un par de compras navideñas. Sin embargo, habían vuelto a llamarlo para que acudiera al lugar de los hechos, donde Carla Roberts había perdido la vida de un modo tan horrible, y de inmediato había sabido que su mujer volvería a sentirse decepcionada. En esa investigación, cada hora que pasaba era importante. Los labios apretados con los que su esposa había reaccionado cuando él le había pedido que fuera comprensiva no presagiaban nada bueno: el fin de semana sería difícil. Al menos tendrían un motivo para hablarse. Aunque no fuera para bien.

Sus colaboradores habían registrado a fondo la vivienda en la que Carla Roberts había sido asesinada. Habían interrogado a los vecinos, habían dejado números de teléfono por si a alguien le venía algo a la memoria más adelante. No habían sacado gran cosa, de hecho no habían conseguido nada. Nadie conocía a Carla personalmente. Los que se acordaban de ella la describieron como una mujer tranquila y muy reservada con la que difícilmente se habían encontrado alguna vez por la escalera, que saludaba de forma amable y que a la vez se mostraba manifiestamente tímida en el trato personal.

—Creo que casi nunca salía de casa —dijo un hombre del sexto piso—, que vivía cohibida y ensimismada. Completamente aislada, si quiere que le diga la verdad. No parecía interesarle nada.

Fielder se preguntó si lo que la había convertido en víctima había sido precisamente el hecho de que viviera aislada, lo que no solo le habría puesto las cosas más fáciles al asesino, sino que además le habría ofrecido una ventaja una vez empezaran las pesquisas policiales. Quien conociera mínimamente la manera de vivir de Carla Roberts podía haber dado por supuesto que no encontrarían su cadáver

enseguida, sino que tardarían un tiempo antes de echarla de menos. Eso suponía una ventaja inestimable para un asesino: cada día que pasara antes de que se pusiera en marcha el mecanismo policial iría a su favor. Y contra los intereses de la policía.

Igual que el miércoles anterior en el salón de la hija de Carla Roberts, Fielder pensó que el asesino no debía de tener nada en concreto contra la víctima, sino más bien un problema con las mujeres en general. Simplemente buscaba a aquellas que se lo ponían más fácil.

Y esa posibilidad era, en cierto modo, la peor de todas. Porque en caso de no existir ninguna conexión personal entre Carla y su asesino, daba igual el tiempo que pasara. Buscar al asesino sería como dar palos de ciego en la niebla.

Solo tenía un punto al que agarrarse: parecía bastante evidente que ella había dejado entrar al asesino en el apartamento. Ese era el único indicio que había dejado, mínimo rayo de esperanza.

La sargento Christy McMarrow se acercó a Fielder en cuanto este hubo aparcado y salido del coche. A él le gustaba lo comprometida que era: para esa mujer el trabajo constituía una prioridad absoluta en la vida. Christy estaba día y noche al pie del cañón. Era ambiciosa y apasionada. Se dedicaba en cuerpo y alma al trabajo.

Además, la encontraba enormemente atractiva, a pesar de que sabía que no tenía que pensar en esos términos.

—Nos ha llamado el conserje del edificio, señor —dijo ella—. Y creo que debería usted hablar con él personalmente.

El conserje, un tipo bajo, regordete y de rostro colorado, los esperaba delante del portal del edificio al borde de la hiperventilación. Fielder ya lo conocía. Justo después de que Keira Jones le hubiera mencionado lo del ascensor, había acudido a interrogarlo al respecto. Según él, no era posible que el ascensor subiera hasta un piso sin que alguien lo hubiera llamado con el botón correspondiente. Si Carla Roberts había observado que el ascensor subía hasta su planta con una frecuencia fuera de lo común, tenía que ser porque alguien lo había llamado desde allí.

O porque alguien había subido en él hasta allí. Sin salir de él, además. De hecho, a Fielder eso le pareció muy extraño.

—He descubierto algo raro en la puerta, inspector —le informó el conserje nada más verlo. Señaló hacia la puerta de cristal que permitía entrar en el edificio—. Y no comprendo cómo no me había dado cuenta mucho antes. Por el motivo que sea... bueno, en todo momento puede abrirse con solo empujarla. Las primeras veces pensé que habría sido una negligencia, que algún vecino no habría cerrado bien la puerta. Pero hoy he pensado... puede que no sea un simple descuido. Por eso los he llamado.

—Ha hecho bien —le aseguró Fielder mientras examinaba la puerta. Pensó en lo que Keira Jones le había contado: que a menudo encontraba la puerta de entrada al edificio abierta cuando acudía a visitar a su madre.

—¿Cómo se le ha ocurrido que podría ser algo más que un descuido? —preguntó el inspector.

El conserje pareció inquietarse de repente.

—Porque he estado pensando en ello. Quiero decir que... cuando sucede algo tan horrible como esto, uno no para de preguntarse cosas y... Bueno, de repente se me ha ocurrido que no podía ser. Lo de la puerta. Tiene un resorte y cada vez que alguien la abre de un empujón y cruza el umbral, la puerta se cierra de golpe. Siempre. Hay que ir con mucho cuidado para evitar que se cierre. ¿Comprende? Y luego he pensado, qué tonto he sido. La puerta no se cerraba bien, era como si cada vez que la cruzaba alguien la dejaran apoyada con cuidado para que no se cerrara del todo. ¿Y por qué tendrían que hacerlo? ¡Sería absurdo!

—Cierto —dijo Fielder—. Entonces, ¿ese mecanismo del resorte está estropeado? El conserje asintió.

—Sí. La puerta se cierra tan lentamente que al final el cerrojo no acaba de bloquearse.

—¿Desde cuándo está así? O mejor dicho, ¿cuándo se ha dado cuenta de ello?

—No hace mucho. Tal vez... ¿cuatro semanas?

Fielder se volvió hacia Christy.

—Uno de nuestros técnicos debe investigar a qué se debe ese defecto, si no es más que una cuestión de desgaste o si ha sido algo intencionado.

—De acuerdo.

—Pongamos que alguien manipuló la puerta del edificio. Habría podido entrar y salir sin problemas. Y podría haber vigilado a Carla Roberts. Podría haberla atormentado un poco, subiendo con el ascensor hasta su piso de vez en cuando. Y en algún momento podría haberse acercado a su puerta, podría haber llamado al timbre y ella lo habría dejado entrar... ¿Lo habría hecho? ¿Le habría abierto la puerta a alguien tan a la ligera? ¿Sobre todo teniendo en cuenta lo sola que vivía ahí arriba?

—Podría ser que se hubiera topado con el asesino alguna que otra vez por el edificio —dijo Christy— sin sospechar que se había colado solo para merodear por allí. Tal vez creyó que se trataba de un vecino como ella. Sería más probable que le abriera la puerta a alguien si creía que vivía en el mismo edificio, ¿no? Aunque en un bloque como este, en el que los vecinos apenas se conocen es una imprudencia, por supuesto.

Fielder asintió con aire distraído. Quedaban demasiadas preguntas abiertas: todavía no habían conseguido localizar al ex marido de Carla Roberts. Y en caso de que realmente estuviera en el extranjero desde hacía años, posiblemente en la otra punta del planeta, la búsqueda resultaría especialmente difícil. Claro que en ese caso era muy probable que tampoco tuviera nada que ver con la muerte de su ex mujer.

Y lo mismo respecto a la investigación de la amante que el ex marido tenía por

aquel entonces, que hasta el momento había sido en vano. Habían aclarado su identidad, pero desde hacía unos años ya no vivía en la última dirección conocida. Fielder supuso que debía de haberse marchado al extranjero junto al ex marido de la víctima.

Fielder se frotó la cara con un gesto de agotamiento.

—Tenemos que intentar descubrir algo acerca de la vida privada de Carla Roberts. No puede ser que no charlara con nadie en absoluto, que no fuera al cine con alguien de vez en cuando. ¿Ha descubierto algo?

—Todavía no —tuvo que admitir Christy—. La hija sabe tan poco acerca de la vida de su madre que tampoco nos ha servido de nada. Hemos encontrado una agenda de direcciones de la fallecida. Hay un par de nombres anotados que tengo que comprobar. Según la hija, se trata de empleados de la droguería en la que la víctima había trabajado. Tal vez eso nos permita avanzar en algún sentido.

—Inténtelo —dijo Fielder.

Por algún motivo, el inspector no tenía muchas esperanzas. Compañeros de trabajo de Carla, de un empleo que dejó hace años. ¿Qué podía esperar de ello?

Sin embargo, se abstuvo de expresar esa falta de expectativas.

No quería que el caso pareciera todavía más complicado y que su mejor colaboradora se desmotivara.

Lunes, 7 de diciembre

—¿Has intentado hablar alguna vez seriamente con Becky? —preguntó Tara—. Quiero decir, de un modo que le demuestre lo importante que es para ti. Es evidente que se siente agobiada porque cree que la tratas como a una niña y que se está rebelando contra eso. Eso puede empeorar en los próximos años. Deberíais encontrar algún modo de no pelearos día sí, día también.

—Tara, puede que la esté tratando como a una niña, pero es que aún es una niña. ¡Tiene doce años! Sé que ya se considera adulta, pero por desgracia se equivoca.

—Hoy en día las niñas de doce años van mucho más adelantadas que nosotras a esa misma edad. Eso no significa que a partir de ahora tengas que dejarle hacer lo que le plazca en todo momento. Lo único que digo es que quizá deberías tomarte más en serio sus problemas.

—Ya lo hago. Pero cuando intento darle mi punto de vista de las cosas parece que me esté poniendo en su contra —explicó Gillian—. Es solo que, por desgracia, no pone ninguna voluntad en intentar ponerse en mi lugar. Por eso nos enganchamos continuamente.

—¿Y tú podías hacerlo? —preguntó Tara—. ¿A los doce años? ¿Eras capaz de meterte en la piel de tu madre y comprender sus sentimientos y sus necesidades?

Estaban sentadas en la cocina de Gillian. Era lunes por la tarde y Becky acababa de llegar a casa de Darcy tras la escuela. Gillian había trabajado hasta primera hora de la tarde y le había tocado pelearse con un cliente nuevo de la empresa especialmente desagradable e insatisfecho. Después había tenido que hacer la compra y acababa de descargar en la cocina incontables bolsas llenas de comestibles, pienso y arena para gatos cuando la había llamado Tara. Había tenido una conversación con un testigo en Shoeburyness que, según le había contado, era decisivo para el caso que tenía entre manos y puesto que le venía de camino había decidido pasar un momento por casa de Gillian.

Poco después estaba en la puerta, estresada como siempre, aunque elegante a pesar de todo, con su traje chaqueta de color azul marino, sus botas de gamuza beige y un abrigo a juego. Gillian apenas había tenido tiempo de guardar la compra y darle de comer a Chuck, que parecía ya algo enfadado y, a pesar del ajetreo, al ver a su amiga había tenido de nuevo el mismo sentimiento de inferioridad de siempre.

—¿Y cómo se lleva Becky con Tom? —preguntó Tara.

—¿Con Tom? De maravilla —respondió Gillian—. Pero tampoco me extraña. Apenas está en casa y el poco tiempo que pasa con ella puede comportarse como un padre de ensueño que se lo permite todo y se pasa el rato bromeando. A mí me toca la parte de la rutina cotidiana, que es mucho más tortuosa.

Tara la miró con atención.

—¿Cómo van las cosas entre vosotros dos? Entre Tom y tú, quiero decir.

Gillian respiró hondo.

—No muy bien. Es decir, en realidad tampoco es que vaya mal. No es que nos peleemos, ni nada de eso. Pero sí hablamos menos. Ya te he dicho que apenas está en casa. Vive para nuestra empresa y para el club de tenis y eso le ocupa casi todo el tiempo.

—¿Sigue siendo un fanático del deporte?

—Digamos que aún peor. Llega a casa, se cambia y vuelve a salir. Otros hombres salen a tomar unas cervezas para relajarse después del trabajo, mientras que él necesita desfogarse. Sinceramente, preferiría que bebiera cerveza, al menos así estaría en casa. Pero no se trata solamente del deporte, es también la red social que lo rodea. Hay reuniones y otros encuentros, además de los preparativos para los torneos. Cada martes por la noche asiste a las reuniones de la peña. Creo que no se perdería una aunque estuviera muriéndose. Ni siquiera sé si le gusta ir, pero al parecer te miran muy mal si no acudes.

—¿Y no podrías ir tú también?

—Sí, claro. Pero yo no juego al tenis y no hablan de otra cosa. Además, no me gusta dejar sola a Becky. Y menos de noche.

—Mira que llegas a ser sufridora —le dijo Tara con tono afectuoso y una sonrisa en los labios. Gillian respondió a su vez con otra sonrisa.

Tara y Gillian se habían conocido en un curso de francés al que habían asistido en Londres cinco años atrás. Gillian había querido sacarle brillo al francés que había aprendido en la escuela, por lo que se había matriculado en la academia de idiomas. Poco antes, y tras haber trabajado unos años como abogada en Mánchester, Tara había conseguido un puesto en la fiscalía de Londres. Precisamente en el primer caso del que había tenido que ocuparse le habría ayudado mucho hablar mejor el francés. Era típico de ella que tras esa experiencia se hubiera matriculado enseguida en un curso para perfeccionarlo. Las dos mujeres se habían sentado juntas y habían congeniado desde el principio. Ahí había empezado su amistad.

—¿Y no puede ser que Tom...? No te enfades conmigo, ¿vale? ¿No puede ser que tenga una aventura?

—¿Tom? Jamás en la vida —respondió Gillian horrorizada, y justo en ese momento ocurrieron dos cosas a la vez: sonó el teléfono y se encendieron las luces navideñas que estaban colgadas en la ventana de la cocina, conectadas a un minuterero

automático.

—Oh, Dios mío —exclamó Tara con una sonrisa irónica. Le horrorizaban las Navidades.

—Perdona —se disculpó Gillian y fue a coger el teléfono que estaba en el pasillo.

—¿Dígame? Soy Gillian Ward —dijo nada más levantar el auricular.

—Hola, soy John Burton. ¿La molesto?

Gillian se preguntó por qué nada más oír la voz del entrenador sintió un extraño hormigueo en el estómago. Algo se había encogido en su interior de un modo que no había experimentado en muchos años. De repente le vinieron a la memoria las palabras de la otra mujer durante la fiesta de Navidad: «Yo siempre tengo que controlarme para no dejarme llevar por las fantasías más indecentes cuando lo veo...».

¿Por qué había pensado en eso justo en ese instante?, se preguntó Gillian al cabo de un momento.

—No —dijo ella—. No molesta en absoluto.

—Llamaba para preguntarle si el viernes llegó bien a casa.

—Ah, sí, gracias. Sí, todo bien. —Esperó un momento. Le pareció que estaba hablando con una voz algo impostada y era consciente de que Tara la oía perfectamente.

—Bueno, pues —prosiguió Burton—, solo quería decirle que el miércoles por la noche volveré a ir al Halfway House. Si le apetece venir, me alegraría volver a verla.

Gillian quedó sorprendida. El viernes había bebido demasiado y había intentado flirtear con él de un modo humillante. Le había parecido que John se lo había tomado mal, pero durante el fin de semana había llegado a la tranquilizadora conclusión de que no volvería a tener nada que ver con él, aun siendo el entrenador de Becky. Hasta entonces había evitado las conversaciones personales que podrían haber surgido cada vez que llevaba a su hija o que iba a recogerla y jamás había sido un problema, puesto que Burton siempre estaba tan asediado por las demás madres que de todos modos no habría podido acceder a él. Se había propuesto que en lo sucesivo seguiría haciendo lo mismo. Lo del viernes había sido una metedura de pata que acabaría cayendo en el olvido. Se había echado a llorar, había bebido demasiado y había flirteado con él. Todo estaba relacionado. Burton lo comprendería. Y en caso de que no fuera así, a ella le daba igual.

—El miércoles —repitió ella.

—Sí. Estaré allí hacia las siete. Después del entrenamiento de los juveniles.

Becky aún estaba en la categoría infantil. El miércoles no tenía entrenamiento.

—No... no estoy segura...

—Puede pensarlo —dijo Burton—, yo iré de todos modos. Puede esperar al último minuto para decidirse.

A ella solo se le ocurrió una pregunta:

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

Era difícil hablar en presencia de Tara, pero a Gillian tampoco le apetecía seguir tartamudeando palabras entrecortadas. John Burton debía de pensar que ella ya ni siquiera era capaz de construir una frase completa.

—¿Por qué quiere que nos veamos?

—La encuentro interesante —contestó Burton.

Ella no dijo nada. Maldita sea, ¿cómo debe manejarse una situación como esa?

—Lo pensaré —dijo finalmente.

—De acuerdo —concedió él. Gillian tuvo la impresión de que Burton estaba bastante seguro de que ella acabaría yendo.

—Muy bien, hasta entonces pues —se despidió ella.

—¡Hasta entonces! —respondió él antes de colgar. Se había olvidado de decir «si acaba viniendo».

Estás muy seguro de ti mismo, pensó Gillian.

—¿Quién era? —preguntó Tara enseguida—. No quiero ponerte en un aprieto, Gillian, pero tu voz sonaba muy estridente y te has sonrojado. ¿Qué ocurre?

—Era el entrenador de balonmano de Becky. John Burton.

—¿Y?

—Le gustaría verme el miércoles por la noche.

Tara la examinó con atención.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Gillian se quedó quieta. Notaba claramente cómo le ardían las mejillas.

—Todavía no. Aún no ha pasado nada que pueda contarte. Sobre si llegará a haber algo en algún momento... no tengo ni idea.

—Hum... —se limitó a decir Tara. No era tan inocente como para pensar que Gillian se lo contaría todo, pero comprendió que en ese momento no descubriría nada más.

Consultó el reloj, agarró el bolso y se puso de pie.

—Lo siento, tengo que marcharme. Tengo una cita.

—¿Difícil?

—Más o menos —examinó a Gillian con insistencia—. ¿Irás? ¿El miércoles?

Gillian se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé. En caso de duda... ¿podría decirle a Tom que estoy contigo?

Tara sonrió. Fue una sonrisa algo maliciosa.

—Claro que sí. Puedes contar con mi coartada. Solo tienes que avisarme.

Gillian la acompañó hasta la puerta. Se preguntaba si el primer paso hacia el adulterio era el que acababa de dar: cuando se le pide a una amiga que confirme una

cita que en realidad no tendrá lugar porque en realidad lo que hará será salir con otro hombre.

Fuera, la noche era oscura y fría. Todas las casas de la calle estaban decoradas con adornos navideños. Parecían competir a ver cuál estaba más iluminada.

—Respecto a lo de Becky —prosiguió Tara—, mantente firme. No soy psicóloga, pero me imagino que ella también debe de estar sufriendo con esta situación. Se te nota enseguida cuando estás descontenta, cuando no estás bien. Pero ella no lo notará. Los hijos quieren que sus madres sean alegres.

—Pero...

—Pero las madres no pueden estar siempre de buen humor. Y eso también enseña a los hijos que tienen que arreglárselas solos.

—Eso espero. Creo que un poco de distancia nos hará bien. Después de Navidad, Becky se marcha hasta principios de enero a casa de mis padres y eso nos permitirá descansar la una de la otra.

Tenían esa costumbre desde hacía años. A partir del 26 de diciembre, Becky se quedaba con sus abuelos en Norwich. Esa norma procedía de los tiempos en los que Gillian y Tom solían salir por Nochevieja o salían de viaje por fin de año, algo que no hacían desde hacía mucho tiempo.

—No pienses solo en ella. Piensa también en ti misma —le dijo Tara. A la luz de la lámpara, Gillian pudo ver claramente el rostro de su amiga. Parecía preocupada de verdad.

Un hombre pasó por delante del seto que cercaba el jardín, miró a las dos mujeres y prosiguió su camino.

Tara negó con la cabeza.

—¡Otra vez él!

—¿Otra vez, dices?

—Ya estaba merodeando por aquí cuando he llegado.

—¿Estás segura? Al fin y al cabo está muy oscuro.

—Segurísima. Podría reconocer perfectamente su cara. Hace un rato ya vagaba por aquí.

Gillian miró al tipo.

—Podría ser Samson Segal —dijo. A veces se lo encontraba cuando salía de casa y le pareció que seguía ese trayecto—. Es amable e inofensivo. Vive al otro lado de la calle. —¡Y también acude a los bares menos indicados y me ha visto con John Burton!

—Piensa en la cantidad de crímenes que tienen lugar a diario —le advirtió Tara—. ¡El mundo está lleno de tarados!

Gillian se rió.

—Si yo trabajara en lo mismo que tú, lo más probable es que también los viera

por todas partes.

—En cualquier caso, ten cuidado —le aconsejó Tara antes de cerrar la puerta de su Jaguar de color verde oscuro.

Gillian la siguió con la mirada, suspiró y se puso las botas de invierno y el abrigo. Iría a recoger a Becky a casa de su amiga aunque eso le costara el rechazo y otro enfado de su hija. ¿Estaba exagerando con tantas preocupaciones? A ojos de Becky, sí. Sin duda. Pero el mundo era un lugar peligroso, en eso Tara tenía razón. Y al fin y al cabo ella debía de saberlo mejor que nadie.

Prefería no correr riesgos.

Se puso en camino.

Martes, 8 de diciembre

1

Había comprado salchichas y unas cuantas galletas para perros, con lo que había conseguido desviar al animal de su recorrido habitual. Sabía perfectamente cómo actuaban y esa mañana no tenía por qué equivocarse. El perro ya bajaba por el prado antes de que llegara su dueña. Samson sabía que tenía un margen de aproximadamente un minuto antes de que la mujer apareciera tras los árboles. Esperó acurrucado al límite de la zona verde, medio camuflado por los arbustos pelados, y con un pedazo de salchicha en la mano intentó seducir al animal.

—Ven, perrito. ¡Vamos, ven! ¡Tengo aquí algo delicioso para ti!

Por desgracia no sabía cuál era el nombre del perro. Nunca había oído cómo lo llamaba su dueña. Todo dependía de que fuera capaz de atraer la atención del animal. El olor a carne se ocuparía del resto.

Efectivamente, el chucho acudió enseguida meneando la cola y lo saludó como si se tratara de un viejo amigo. Se tragó la salchicha sin masticar y a continuación siguió a aquel desconocido lleno de expectación. Samson dobló la esquina y se escondió de nuevo en otro lugar. No podían verlo con el perro.

A lo lejos, oyó cómo lo llamaban.

—¡Jazz! ¡Eh, Jazz! ¿Dónde estás?

O sea que se llamaba Jazz. Al fin podía ponerle nombre a ese perro enorme y desgreñado. Jazz levantó las orejas y volvió la cabeza. Samson cogió otra salchicha.

—¡Jazz! ¡Mira! ¡Salchichita!

La voracidad de Jazz pudo más que la llamada de su dueña y siguió trotando en busca de más carne. Llegó un momento en el que Samson se atrevió ya a agarrarlo por el collar y llevárselo. Llegaron al final de la zona verde y cruzaron la calle para subir junto al extenso campo de golf hacia el lugar de donde venía ella. Samson contaba con que la dueña de Jazz ya estaría buscándolo por abajo, junto al río, puesto

que había visto desaparecer a su perro en esa dirección. Estaba seguro de que ella temería que hubiera cruzado la intersección al final del paseo marítimo y que algún coche pudiera atropellarlo. Samson había planeado vagabundear un rato por los alrededores del campo de golf para luego ir a la playa.

Tenía por delante un día largo y frío. Sin duda alguna, diciembre no era el mes más indicado para ese tipo de cosas, pero ¿iba a desperdiciar un tiempo precioso esperando a que llegara el verano? La conversación que había mantenido con Bartek le había llegado al alma. No quería quedar como un chiflado, como alguien que se había alejado de la vida, de la realidad y vivía ensimismado en absurdas ensoñaciones. Tenía que hacer algo, pasar a la acción. En eso Bartek tenía razón.

La idea de Jazz se le había ocurrido dos noches atrás y enseguida le había parecido genial. Secuestraría al perro, pasaría tres cuartas partes del día vagando por ahí con él y luego se lo llevaría de vuelta a su desesperada dueña. Le contaría que lo había capturado en alguna parte. Ella reaccionaría aliviada y le estaría tan agradecida que tal vez incluso lo invitaría a tomar un café. Con un poco de suerte incluso conseguía algo más.

Después de zamparse una segunda salchicha y las galletas, Jazz se inquietó un poco. Estaba clarísimo que quería volver con su dueña. Al final, Samson se quitó el cinturón de los pantalones y lo pasó por el collar para utilizarlo como correa. Decidió hablarle al perro para intentar tranquilizarlo.

—Enseguida volvemos a casa. No te preocupes. Tu ama debe de estar buscándote. Debe de estar bastante inquieta y créeme que me sabe tan mal como a ti. Pero ¿tú sabes lo contenta que se pondrá cuando te vea de nuevo en la puerta de casa? Tal vez entonces le caiga bien en el acto. Todavía no he encontrado a ninguna mujer a quien le haya gustado, ¿sabías?

Jazz lo escuchó con atención sin parar de menear el rabo. Está bien, esto de hablar con un perro, pensó Samson. La expresión de sus ojos denotaba una gran concentración, como si de verdad comprendiera lo que le estaba diciendo. Y Samson podía estar seguro de que no se burlaría ni se reiría de él, daba igual lo que le dijera, como tampoco iría contando por ahí los secretos que pudiera confiarle.

—Siempre he querido tener un perro —dijo Samson—. Pero primero fueron mis padres los que no quisieron. Y ahora, Millie.

Sintió el odio como una llamita candente en el estómago en cuanto hubo pronunciado el nombre de su cuñada. Millie, esa mujer tan insatisfecha y tan fría que no desperdiciaba ni una sola ocasión de demostrarle lo que pensaba de él: que era un fracasado, nada más que un fracasado. Que sobraba. Que no debería haber nacido.

—Millie es la que manda en casa —le confió a Jazz—. Aunque la casa sea mía y de mi hermano. Sin embargo, por desgracia es ella quien lleva los pantalones en su matrimonio. No comprendo cómo pudo casarse con una arpía como esa. Bueno, sí,

antes era muy guapa...

Gavin jamás había tenido problemas con las mujeres. No era un tipo del que ellas salieran huyendo. En su caso, de alguna forma todo había sido bastante normal, discreto. Gavin era mediocre en todos los sentidos. Samson sabía que la mayoría de las personas se habrían enfadado al ser calificadas como mediocres. Pero toda esa gente no tenía ni idea de lo que era fracasar en todo y que todos te pisotearan. No sabían lo que era estar por debajo de la media.

—Tu dueña me parece muy guapa —le dijo a Jazz—. No me gusta tanto como Gillian, pero Gillian ya está casada.

Jazz emitió un suspiro sordo y Samson le acarició la cabeza.

—Tu dueña ni siquiera sabe que existo. Pero tal vez eso cambie hoy mismo. De verdad, no tengas miedo, esta noche la verás de nuevo.

Habían llegado al aparcamiento del club de golf. Solo había un coche, el resto de las plazas estaban vacías, puesto que aún era muy temprano y hacía mucho frío. Samson se atrevió a acercarse al local del club. Todas las ventanas estaban a oscuras, no había nadie. En la puerta, un gran cartel anunciaba una fiesta navideña que tendría lugar el sábado siguiente en el club. Unas grandes letras de color rojo chillón indicaban que lo organizaba el conocido abogado londinense Logan Stanford. El plato fuerte de la fiesta sería una tómbola benéfica a favor de los niños rusos que vivían en la calle.

Samson conocía a Logan Stanford. No lo conocía personalmente, claro, pero sabía quién era por las revistas de cotilleos que tanto le gustaba leer a Millie y que iba dejando por toda la casa. Stanford era un abogado muy reputado, que se codeaba con los más ricos y poderosos del país, se decía que incluso con Downing Street. Había dos cosas que no le faltaban: dinero e influencia. Y era conocido por los continuos actos de beneficencia que organizaba por todo el país. Lo llamaban «el Caritativo» y la verdad es que le hacía justicia. Reunía grandes sumas de dinero y las ponía al servicio de los más necesitados del mundo y, sin embargo, Samson no podía evitar mirarlo con reticencia cada vez que lo veía en las páginas del *Hello!* En su opinión, Stanford impostaba esa mirada pensativa que escondía a un verdadero ególatra. Igual que sus invitados... Todas esas caras con la piel estirada y los rasgos deformados por el *bótox*, esos lujosos trajes de noche, esas joyas brillantes, champán hasta decir basta. La *society*, por encima de todo celebraba lo encantada que estaba de conocerse, pero a fin de cuentas era indiscutible que conseguían reunir dinero para aquellos a quienes las cosas no les iban tan bien como a la clase alta británica.

—Ya, ¿y qué? —le había dicho Millie una vez en la que Samson había expresado su malestar al respecto—. ¿Dónde está el problema? Al menos hacen algo. Pasándoselo bien no molestan a nadie, ¿no?

La verdad era que él no había sabido decir a quién podrían molestar con eso. Tal

vez era la sensación de que a esa gente no les importaba tanto la miseria en el mundo como la imagen que proyectaban. Quizá lo que pasaba era que él no era capaz de ver la conexión entre los problemas de los niños de la calle en Rusia y las esposas operadas de la flor y nata de la sociedad inglesa.

Pero tal vez en realidad todo eran tonterías. Al fin y al cabo, quizá lo único importante era el resultado y no llevaba a ninguna parte preguntarse si todos los que participaban en ello en realidad se dedicaban a esos actos de beneficencia de todo corazón y plenamente convencidos. En ese sentido, Millie tenía razón: al menos hacían algo.

Samson estuvo vagabundeando un rato por los alrededores del local social y por el aparcamiento del club antes de atreverse a tomar el camino que bajaba hasta el río. Naturalmente, corría el riesgo de encontrarse con la dueña de Jazz, que probablemente estaría fuera de sí, pero de todos modos no podía pasarle nada: le diría que había capturado al perro y que estaba llevándolo hasta su casa.

Llegó a la playa sin más contratiempos. La arena estaba húmeda y la niebla formaba nubes oscuras por encima del agua. Los graznidos de las gaviotas sonaban atenuados. Ya no hacía tanto frío como durante los días anteriores, pero para Samson la humedad era todavía peor. Atravesaba la ropa con insidia y le calaba los huesos. No solo le helaba el cuerpo, sino que además se lo roía literalmente por dentro.

Pasearon por la playa y pasaron de largo junto a las casetas de baño vacías, con sus fachadas de colores y las decoraciones de madera de los tejados. No encontraron a nadie. Jazz parecía haberse conformado con la situación. Trotaba junto a Samson, de vez en cuando olfateaba las porquerías que el río había llevado hasta la orilla y, cuando algo le parecía especialmente interesante, levantaba una pata delantera. Parecía de buen humor.

A Samson le entraron ganas de darse de tortas por no haber pensado en aparcar el coche por los alrededores para, dado el caso, poder calentarse dentro. Era un idiota. Se había propuesto esperar hasta la tarde antes de devolver a Jazz. Cuanto más nerviosa y asustada estuviera la dueña del perro, más agradecida se mostraría. Pero hasta entonces, Samson ya habría pillado una buena gripe.

Tan inteligente como siempre, pensó Samson. Típico de mí.

Tras un rato que le pareció eterno, llegaron al cabo en el que el Támesis daba paso al mar del Norte. Allí, en Shoeburyness, entre las estupendas playas y prados, había viejas fortificaciones con las que Inglaterra había intentado defenderse de una posible invasión alemana durante la guerra. Samson conocía bien la zona. Gavin y él habían jugado mucho por allí de niños, a pesar de que quedaba bastante alejada de la bahía de Thorpe. Gavin siempre iba con sus amigos y se llevaban a Samson, porque su madre insistía en ello. El resto de los niños se quejaban pero, aunque fuera de mala gana, acababan aceptándolo. Samson aprendió muy pronto lo que significaba que no

te quisieran. Que no te aceptaran.

Todavía pensaba en lo que acababa de contarle a Jazz en el club de golf, a pesar de que le parecía que habían pasado horas desde entonces. Que su dueña le parecía muy guapa. ¿Por qué había sentido la necesidad de explicárselo a Jazz? ¿Porque en realidad no era eso lo que sentía?

Bueno, no se podía decir que no fuera guapa. Pero a decir verdad su aspecto tampoco lo volvía loco. Y no era una mujer en la que pensara a todas horas. Cuando estaba en la cama de noche y pasaba el rato mirando el techo, no creía reconocer su tenue figura en el brillo de las farolas que iluminaban la calle frente a su ventana. Simplemente era la única mujer del barrio que tenía más o menos la misma edad que él y que, al parecer, no tenía ninguna relación estable. Por supuesto, en ese punto Bartek arquearía las cejas de nuevo y le preguntaría por qué demonios tenía que limitarse de ese modo. ¿Por qué la única mujer adecuada que había descubierto en sus incursiones callejeras representaba la única mujer del mundo con la que le parecía concebible tener una relación? Bartek empezaría a hablar de nuevo sobre Internet y las posibilidades que ofrecía. Muy listo, como si Samson no hubiera podido llegar a esa conclusión por sí mismo. Incluso había conocido a un par de mujeres de ese modo. Pero lo que recordaba de aquellos encuentros era que habían sido especialmente laboriosos, algunos de ellos incluso penosos. No tenía ni idea de cómo fascinar a una mujer y tras unos minutos se había dado cuenta de que la persona que tenía delante se estaba aburriendo. Eso agravaba todavía más su tartamudeo y acababa recurriendo a los temas de conversación más inverosímiles. Y en cuanto las mujeres se daban cuenta de que todavía vivía con su hermano y su cuñada, tomaban las de Villadiego enseguida. El hecho de que estuviera en el paro, además, tampoco mejoraba precisamente las cosas.

Se habían marchado de la playa, habían cruzado el gran aparcamiento que tanto se llenaba en verano y tan vacío estaba ese día y se habían dirigido hacia el interior hasta llegar al Gunners Park, una gran extensión que, a pesar de los numerosos senderos que la recorrían, mantenía aún su estado original. Prados, campos, bosquecillos, pero también amplias extensiones de hierba expuestas a los vientos procedentes del mar del Norte. El parque, que en algunas partes estaba restringido al público, era una reserva natural y un lugar de incubación para innumerables tipos de aves. También gozaba de bastante popularidad entre los excursionistas de la región. Samson recordaba haber hecho varias excursiones escolares que siempre habían terminado con una barbacoa. Clavaban una salchicha en el extremo de un palo y la sostenían por encima de las llamas, abrían los recipientes de plástico con ensalada de patata y los botellines con zumo de naranja. Los chicos se divertían y disfrutaban del día, todos menos Samson, que siempre deseaba que aquello terminara rápido debido a la soledad que sentía entre tanta alegría colectiva. Solía sentarse solo con la mochila

que con tanto esmero y cariño le había preparado su madre. Por la manera como le preparaba el equipaje para esas excursiones, Samson notaba lo mucho que su madre lo quería y cuánto llegaba a desear esta que su hijo lo pasara bien yendo de excursión. Pero la influencia de su madre fue decayendo con el tiempo. Cuando era pequeño, todavía había podido asegurarse de que los demás niños le hacían caso, pero más adelante, ya en la escuela secundaria, ese control se había tambaleado, hasta que se convirtió en un adolescente con la cara llena de granos y dejó de funcionar definitivamente. Y con las chicas no le había ido bien en absoluto.

Se sentó en un banco. Jazz se acurrucó junto a sus pies. La niebla los envolvió por todos los lados e impidió que Samson pudiera gozar de las vistas. El mar había desaparecido por alguna parte tras ese velo grueso y húmedo.

Samson pensó en Gillian Ward.

De hecho, desde hacía un tiempo no hacía más que pensar en Gillian Ward y además pensaba en ella como si no se tratara de una mujer casada. El día anterior había estado rondando cerca de su casa. Había visto que una amiga había acudido a visitarla y había aprovechado para observarla furtivamente un momento. Desde entonces pasaba casi todo el tiempo pensando solo en Gillian.

—Jamás intentaría convertirla en mi esposa —le dijo a Jazz—, porque ya está casada y tiene una hija. Los Ward son una familia de película. Una familia como esa no debe destruirse.

Jazz inclinó la cabeza como si intentara comprender lo que Samson le estaba contando.

Una familia de ensueño...

Samson había sufrido un susto de muerte cuando había visto entrar a Gillian en el Halfway House el viernes por la noche. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Sin su familia! ¿Y quién era el tipo que la acompañaba? Samson no lo conocía, no lo había visto jamás cerca de la familia Ward. A primera vista, no podría haberle caído peor, por lo que intentó analizar esa antipatía de un modo hasta cierto punto objetivo. ¿Eran simples celos? ¿O la envidia que sentía por el hombre que acompañaba a Gillian tenía más que ver con el hecho evidente de que se trataba de uno de esos tipos que solo tienen que chasquear los dedos para llevarse a cualquier mujer a la cama? ¿O realmente había algo en él que hubiera despertado las suspicacias en Samson? ¿Algo sucio, algo turbio? ¿Algo insincero? Así es como Samson habría definido a ese hombre, aunque tampoco quería ser injusto con él. Estaba sentado en el pub con la mujer que él anhelaba, con la que le habría gustado salir. Como mínimo, en sus fantasías, porque en la realidad le temblaban las piernas con solo pensarlo. Porque Samson estaba convencido de que no sería posible compartir mesa con ella, charlar y tomar una copa de vino sin que se diera cuenta de lo miserable que él era, de que no era ni gracioso ni excitante; de que a menudo tropezaba con su propia lengua al

hablar; de que tartamudeaba y de que era incapaz de contar algo con gracia. Siempre que había tenido una cita con alguna mujer, Samson las había visto bizquear con discreción para consultar el reloj o esforzarse, con más o menos éxito, para reprimir un bostezo. Eso siempre le había provocado sudores y había despertado todavía más dudas en él. Con Gillian eso no podía sucederle, de lo contrario la única opción posible sería el suicidio.

Por consiguiente, de momento lo que tenía que hacer era pensar en la dueña de Jazz. A ver cómo salían las cosas con ella. ¡Ojalá no faltara tanto! Consultó el reloj, eran las nueve de la mañana. No quería presentarse en su casa antes del anochecer.

Maldijo la idea que había tenido. Lo más probable era que al final tampoco consiguiera nada de todos modos.

Millie había terminado el turno a las doce en punto y emprendió el camino de vuelta a casa enseguida. No se quedaba ni un segundo más de lo necesario en la residencia geriátrica en la que trabajaba. No soportaba el olor que se respiraba allí dentro, el aspecto de aquellos ancianos llenos de achaques, las frases incoherentes del parloteo sin sentido de los enfermos de demencia. Los largos pasillos, el odioso suelo de linóleo. La visión de los grandes carros con los que ya por la mañana transportaban las bandejas del almuerzo a las habitaciones. A Millie, la comida de la residencia le parecía tan horrorosa que, ya en casa, a menudo era incapaz de comer nada más durante el resto del día, se le revolvían las tripas al pensar en el contenido de los platos y tazas de plástico. Al menos eso la ayudaba a mantener la línea, tal vez eso fuera lo único bueno de su trabajo. Envejecía a cámara rápida y era consciente de ello, pero al menos tenía buen tipo. En ocasiones se pasaba más de una hora mirándose en el espejo del dormitorio para evitar caer en una depresión. Contemplar su cuerpo enfundado en unos vaqueros estrechos y un top ajustado la ponía de buen humor de nuevo al menos durante un rato.

Tenía que coger el tren de Tilbury a Thorpe Bay. Gavin y ella solo podían permitirse tener un único coche y la mayoría de las veces era Gavin quien lo utilizaba, porque de lo contrario tendría que levantarse todavía más temprano para empezar su turno de mañana con puntualidad. A Millie la irritaba mucho el hecho de que Samson tuviera coche propio y pese a todo no lo utilizara casi nunca. Se preguntaba qué demonios debió de haberle pasado por la cabeza a su suegra para haberle dejado en herencia el coche a ese fracasado. Gavin le había dicho que su madre había tenido una relación muy estrecha con Samson, que ella siempre se había creído en la obligación de cuidarlo y protegerlo de un modo especial.

—Siempre se preocupaba por él. Siempre solo, siempre retraído. Daba igual lo que hiciera, por algún motivo no le salía nada bien, siempre ha sido muy torpe. Siempre, ya desde el parvulario. Antes de morir, lo que más angustiaba a nuestra madre era pensar qué sería de Samson.

Mientras recordaba esa conversación, Millie reaccionó con una mueca. ¡Era tan injusto! Gavin tenía trabajo. Y esposa. Era un hombre completamente normal. ¿Y quién se quedaba con el coche? Su hermano menor, el que siempre terminaba enervando a todos los que tenía cerca.

El trayecto de tren duraba una eternidad y Millie tenía que reunir todas sus fuerzas para evitar que su cabeza dejara de darle vueltas al hecho de que si hubiera ido en coche habría llegado ya a casa hacía rato. Si se dejaba llevar por esas cavilaciones se enfurecía todavía más y sabía que era precisamente esa rabia la que surcaba aquellas profundas líneas en su rostro, las que le daban esa expresión amargada.

La rabia la envejecía.

Anduvo al trote por las calles hasta llegar a casa. Tenía un buen trecho desde la estación. Por las noches y de madrugada brillaban por todas partes los adornos navideños de las casas, pero a esas horas, hacia mediodía, reinaba la atmósfera desangelada de un día de diciembre neblinoso y plomizo. En otoño, el follaje multicolor había teñido de rojo y oro el poblado jardín, mientras que las ramas estaban completamente peladas y destacaban, afiladas y negras, sobre el cielo gris. Sin embargo, la niebla ya no estaba tan baja, quizá acabaría aclarándose por la tarde e incluso dejaría pasar algún que otro rayo de sol, aunque en aquella época del año se hacía de noche tan temprano que seguramente eso no sería posible. Millie se encogió de hombros. Si tuviera dinero, dinero de verdad, emigraría a algún lugar en el que siempre hiciera calor y brillara el sol.

Solo se había dado cuenta de forma inconsciente de que una mujer se le acercaba de frente, a pesar de que en la calle no había nadie más que ellas dos, por lo que se sobresaltó al comprobar que le dirigía la palabra de repente.

—¡Disculpe! —Tenía una voz aguda, algo estridente. Desesperada.

—¿Sí? —Millie se quedó quieta.

—Estoy buscando a mi perro. —La mujer tenía los ojos muy abiertos y el pelo desgreñado. El sudor le brillaba en la nariz, lo que indicaba que llevaba un buen rato corriendo por el barrio. Tenía calor, parecía agotada—. Jazz. Una mezcla de pastor alemán. Bastante grande y de pelo largo. ¿No lo habrá visto, por casualidad?

A Millie no le gustaban especialmente los perros.

—No. Acabo de llegar de Tilbury en tren.

—Se me ha escapado esta mañana muy temprano. Todavía no había amanecido del todo y... no lo comprendo, no lo había hecho jamás.

Millie constató con desagrado que la mujer debía de tener más o menos su edad y que, a pesar de lo desesperada que estaba, parecía mucho más joven que ella. Probablemente trabajaba en algo que le gustaba.

—No he visto ningún perro. Si veo alguno, se lo diré, señora...

—Señorita Brown. Michelle Brown. —La joven sacó un pedazo de papel y un lápiz del bolso y garabateó unos números antes de tenderle el papel a Millie—. Aquí tiene, mi número de teléfono. Por favor, si... Lo es todo para mí, ¿sabe?

O sea que tampoco es tan feliz, pensó Millie. Se guardó el papel, le hizo una seña

con la cabeza a Michelle y prosiguió su camino. Era poco probable que llegara a tropezarse con ese perro.

El coche de Samson estaba frente a la entrada. Había salido de casa temprano por la mañana pero, una vez más, ni siquiera había tocado el coche. En una ocasión se lo había reprochado y él le había respondido que la gasolina era demasiado cara para él. Por supuesto, era una buena razón. En especial para alguien que estaba en el paro.

Abrió la puerta de casa. Supuso que su cuñado no estaría allí. Desde hacía unos meses, salía temprano y volvía tarde y a ella le parecía muy bien. Sin embargo, al mismo tiempo le parecía sospechoso. ¿Qué demonios debía hacer durante todo el día?

Millie no creía que su cuñado estuviera buscando trabajo durante todo el día. Sobre todo porque para ello no habría sido necesario que pasara de la mañana a la noche fuera de casa. Que ella supiera, buscar trabajo significaba por encima de todo dejarse los dedos escribiendo solicitudes de empleo. Samson pasaba muchas horas sentado frente al ordenador hasta muy tarde, pero ¿qué tenía que hacer por la noche que no hubiera tenido tiempo de hacer durante el día? Y otra cosa: cuando alguien busca trabajo y no lo encuentra, recibe negativas de las empresas a las que se ha presentado. Negativas por escrito, cartas de rechazo mandadas por correo. Puede que en ocasiones lo hicieran por correo electrónico, pero seguro que todas, no. Y Millie a menudo se encargaba de vaciar el buzón. Nada, hacía meses que no recibían absolutamente nada para Samson. Alguna que otra carta de propaganda de alguna tienda en la que había comprado algo en tiempos mejores. Pero ni una sola carta que pudiera parecerse lo más mínimo a una carta de rechazo ante una solicitud de empleo.

Millie consultó el reloj. La una y cuarto. Ese día Gavin también terminaba temprano y tardaría media hora en llegar para comer. Millie aún tenía tiempo de descongelar algo en un momento. Una de las pocas ventajas de vivir con Samson era que había trabajado en un servicio de reparto a domicilio de ultracongelados, por lo que le hacían descuento en los productos de la marca.

Subió la escalera sin vacilar. Ya había fisgoneado otras veces en la habitación de Samson mientras él no estaba. Millie apaciguaba su conciencia al respecto repitiéndose que, si al final resultaba que su cuñado estaba loco, no estaría de más que Gavin y ella fueran los primeros en saberlo. Gavin había crecido con Samson, confiaba en su hermano. Lo conocía desde siempre y era incapaz de darse cuenta de que le faltaba un tornillo. Pero ella, Millie, lo había notado desde el primer momento. Cuando Gavin le presentó a Samson, lo primero que pensó fue que era un tipo muy raro.

Y desde entonces, cuanto más tiempo pasaba, más convencida estaba de no haberse equivocado.

Lo llamó por su nombre y, al ver que nadie respondía, entró con decisión en el cuarto de su cuñado. A pesar de que conocía la habitación desde hacía años, negó

malhumorada con la cabeza al ver el aspecto que ofrecía. Era la habitación de un adolescente, no la de un hombre de treinta y tantos años.

La estrecha cama individual era la misma que había tenido desde pequeño. Encima tenía colgado el banderín de un club de fútbol, a pesar de que a Millie no le constaba que Samson hubiera jugado al fútbol en su vida. En la estantería, libros de aventuras. Las cortinas floreadas de la ventana las había cosido su madre.

La habitación estaba meticulosamente limpia y ordenada. No había ni una mota de polvo en ninguna parte. La colcha de la cama estaba perfectamente alineada. Millie se preguntó cómo lo conseguía. Ella había intentado dejar de ese modo la cama que compartía con Gavin, pero nunca había logrado alcanzar ese nivel de perfección.

Mientras examinaba los estantes, de vez en cuando echaba una ojeada por la ventana. La habitación daba a la misma calle de la puerta, de manera que Millie podría ver si a Samson le daba por regresar de forma inesperada. Sin embargo, no era probable que volviera antes de la noche.

Abrió la puerta del armario de la ropa. El clásico armario de habitación juvenil de madera clara. Dentro había algunos jerséis pulcramente doblados, unas cuantas camisas y unos vaqueros. Todo formal y serio. A Millie no le extrañó en absoluto que no consiguiera conquistar a ninguna mujer. A su manera de ser, a su timidez y su tendencia a tartamudear y a sonrojarse, había que sumar su manera de vestir. Parecía un chiquillo. A Millie no le habría sorprendido si la mayoría de las prendas de ropa de Samson fueran aún las que le había comprado o confeccionado su madre.

No obstante, lo que más le interesaba era el ordenador que tenía sobre el escritorio. Samson se lo había comprado cuando todavía trabajaba para el servicio de limusinas, cuando no se ganaba mal la vida del todo. Con pantalla plana y bastante grande, además. Era lo único que confería un toque moderno a esa habitación tan pasada de moda.

Samson pasaba varias horas al día sentado frente al ordenador. Millie no había logrado descubrir qué hacía exactamente con él. Un par de veces había entrado por sorpresa, sin llamar, pero solo para comprobar la evidente rapidez de reacción de su cuñado: fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, cada vez había sido lo suficientemente rápido para cambiar de pantalla antes de que ella hubiera podido reconocer nada.

Millie sabía que lo que estaba haciendo era inaceptable, pero se tranquilizó pensando que era importante para Gavin y para ella descubrir en qué invertía el tiempo Samson. Al fin y al cabo vivían con él bajo el mismo techo. Era mejor no ser imprudentes. Tal vez se dedicaba a visitar sitios web de pornografía infantil. Ella y Gavin querían tener hijos algún día, estaban obligados a descartar ese peligro.

Encendió el ordenador y oyó el leve rumor que emitía. Echó una ojeada fugaz por la ventana pero no vio ni rastro de Samson. La pantalla se puso de color azul. Tal

como había temido, se abrió una ventana que le pedía una contraseña.

Claro, tan tonto no era. Millie se estrujó los sesos. La mayoría de la gente utilizaban como contraseña los nombres de seres cercanos: hijos, cónyuges, mascotas. Desgraciadamente, en la vida de Samson no había nada de eso. Su único pariente vivo era su hermano. Por probar algo, escribió «Gavin», pero el ordenador no reaccionó.

Es poco probable que haya utilizado mi nombre, pensó, ¿a quién puede conocer, pues?

Ante una personalidad tan asocial como la de su cuñado esa era una pregunta especialmente difícil. Por otro lado, ese factor restringía al mismo tiempo el número de personas posibles.

Estaba ese amigo de los tiempos del servicio de limusinas, con el que se encontraba algunos viernes en el pub que había junto al río. ¿Cómo se llamaba? Bartek. Tecleó «Bartek», pero tampoco sucedió nada. No había manera.

Pero tampoco estaba dispuesta a abandonar. Era la primera vez que había llegado tan lejos. Hasta su escritorio. Hasta el punto de intentar acceder a su ordenador. Tenía que pensar, tenía que proceder de forma lógica. Si no utilizaba una palabra inventada o alguna combinación de cifras, tenía que ser posible saltarse esa maldita protección.

Miró a su alrededor por la habitación, como si las paredes blancas o el suelo de moqueta gris pudieran ofrecerle alguna pista. El armario de la ropa, lleno de jerséis que su madre le había tejido. Las cortinas de la ventana que mamá le había cosido. Los libros de aventuras que mamá le había comprado y de los que él no se había desprendido, a pesar del tiempo que hacía que no leía ese tipo de cosas. Y eso era lo que la habitación le contaba: que el amor que Samson había sentido por su madre había sido tremendo. Un amor que había sobrevivido a la muerte, que demostraba la inmensa atención que la madre había prestado a ese hijo tan sufrido y tan difícil, así como el dolor que todavía entonces sentía ese chico tras haber perdido a la única persona de referencia en su vida.

La suegra de Millie se llamaba Hannah.

Tecleó el nombre y, con un sonido melódico, el ordenador se inició.

—Por el amor de Dios, ¿qué haces ahí? —preguntó una voz detrás de ella.

Millie se dio la vuelta. Gavin estaba de pie, con la puerta abierta y parecía horrorizado.

Ella apagó el ordenador enseguida y se puso de pie. Puesto que su máxima era que la mejor defensa era un ataque, la emprendió con él:

—¿Tienes que acercarte con tanto sigilo?

—¿Cómo puedes hurgar en el ordenador de mi hermano? —preguntó Gavin muy alterado.

Ella se encogió de hombros.

—Era por nuestra seguridad, lo he creído necesario.

—¿Nuestra seguridad? ¿A qué viene eso? ¿Samson sería incapaz de hacerle daño a una mosca!

—¿Cómo estás tan seguro de eso? ¿Tienes idea de lo que hace tantas horas delante del ordenador por la noche? No sabes si se baja juegos violentos. O si mira vídeos porno.

—Es un hombre adulto. Puede mirar lo que le dé la gana.

Ella lo apartó de la puerta de un empujón y bajó por la escalera. Gavin se vio obligado a seguirla.

—Pues yo lo veo de otro modo —explicó Millie—. Es un perturbado y como tal, debemos vigilarlo de cerca. A él y lo que hace. ¿O acaso quieres que tu hermano acabe entrando en una escuela con ideas homicidas o algo parecido?

—¿Por qué tendría que hacer algo así?

Habían llegado a la cocina. Millie abrió la puerta del congelador, sacó un paquete con un plato preparado y lo dejó caer sonoramente sobre la mesa. Gavin se sobresaltó.

—O bien no lees los periódicos, o bien no comprendes nada de lo que dicen. La mayoría de las veces, cuando un tipo se vuelve loco y provoca una masacre aparecen los familiares afirmando sorprendidos que no habrían esperado jamás que hiciera una cosa semejante. Pero cuando alguien ahonda un poco en el tema acaba llegando a la conclusión de que el susodicho siempre se había comportado de un modo algo peculiar. Que si alguien se hubiera preocupado a tiempo de ello, muchas cosas no habrían sucedido.

—Pero Samson...

—Solo es una cuestión de precaución —dijo ella—, nada más.

Millie se habría dado de tortas por haber sido tan imbécil y haberse dejado sorprender por Gavin. Si acababa contándole algo a Samson, este cambiaría de inmediato la contraseña y esa vez elegiría una que ella jamás lograría descifrar. Sin embargo, el instinto le decía que lo más probable era que Gavin mantuviera el pico cerrado. No conocía a nadie que huyera más de los conflictos que él, seguro que lo pensaría bien antes de entorpecer todavía más la relación entre su hermano y su esposa.

—Bueno qué, ¿quieres seguir poniendo el grito en el cielo o prefieres que te prepare algo de comer? —preguntó ella con frialdad.

Él parecía dispuesto a decir algo más acerca del problema, pero al final decidió no hacerlo. Parecía cansado. Había empezado el día a las cinco de la mañana y había tenido que transportar en su autobús a un montón de niños y adolescentes que no paraban de berrear camino de la escuela. Estaba exhausto y en su rostro Millie pudo leer claramente que si decidía liquidar el tema era porque le faltaban las energías

necesarias para continuar enfrentándose a ella.

—Comer —dijo él dócilmente.

Martes, 8 de diciembre, 22.10 h

No es mejor que el resto de las mujeres, en absoluto. Michelle Brown. Ahora ya sé cómo se llama y qué carácter tiene. Es arrogante, desagradecida y está segura de sí misma. Además, no es que sea especialmente bonita, en cualquier caso no lo es a simple vista. Desde lejos parece más guapa. Había llorado mucho, tenía manchas rojizas en la cara y el maquillaje de los ojos completamente corrido. ¡Ni punto de comparación con Gillian Ward! El otro día en el Halfway House era evidente que también ella había estado llorando, pero en mi opinión eso no había mermado su belleza lo más mínimo. Le daba un aspecto más etéreo, más delicado, daban ganas de abrazarla y protegerla. A Michelle Brown, en cambio, no la abrazaría jamás. No es mi tipo en absoluto. Sin embargo, ella no tenía ni el más mínimo motivo para tratarme de forma tan condescendiente.

Ahora estoy aquí sentado con una bufanda de lana envuelta alrededor del cuello, frente a una taza de zumo de limón caliente con miel. Creo que me he resfriado. No consigo quitarme el frío que se me ha metido en el cuerpo. Me parece que la aventura de Michelle Brown me costará una buena gripe.

Me he presentado en su casa hacia las cinco y media. A las cuatro y media he emprendido el camino de vuelta. Por más que me hubiera gustado quedarme más rato, no aguantaba ni un minuto más fuera de Shoeburyness. El frío me había calado los huesos y tenía la sensación de que era incapaz de moverme sin parecer un anciano. Tenía un hambre voraz, pero estaba demasiado lejos de Shoeburyness y no sabía si había algún supermercado por los alrededores. En verano suelen vender bocadillos en la playa pero, como es natural, no ocurría lo mismo en el mes de diciembre. Debería haber pensado en ello y haberme llevado un bocadillo por la mañana, pero tal vez Millie tenga razón cuando dice que soy tonto de remate. Todavía me quedaba un trozo de salchicha, pero la había comprado para Jazz y, a pesar del hambre que tenía, no he querido quitarle ese bocado. Sobre todo porque se ha portado muy bien y ha tenido mucha paciencia, ha sido conmovedor ver cómo lo aguantaba todo, porque él también se estaba helando y tal vez incluso tenía miedo de no volver a ver a su dueña. He tenido remordimientos de conciencia al respecto. Por eso le he dado la salchicha. Me he mareado al olerla. Debido a los nervios y porque

apenas había desayunado.

Todavía he pasado un rato vagabundeando por la playa completamente solo. De no haber hecho tanto frío, incluso habría disfrutado. Estaba oscureciendo y las olas iban adquiriendo un aspecto negro y misterioso. La niebla se había aclarado y se atisbaba el acecho de un bonito día tras aquella tremenda humedad. Incluso he tenido tiempo de divisar lo que quedaba de una puesta de sol. Un sol de invierno rojo como el hierro candente se ponía por el oeste entre el manto amarillo verdoso de contaminación de Londres. Frente al río, sobre las oscuras aguas, un remolcador se deslizaba lentamente en dirección a la desembocadura. Cuando me daba la vuelta, con la última luz del día podía ver cómo el viento mecía las altas hierbas descoloridas de la playa. Era una magnífica atmósfera melancólica. Lo que más deseaba en el mundo era que Gillian hubiera estado allí conmigo. Deseaba poder compartir con ella aquel momento tan especial.

A las cinco y media he llamado a casa de Michelle Brown, después de haber arrastrado mis ateridos huesos por la playa durante todo el camino de vuelta a Thorpe Bay. Michelle ha abierto la puerta bruscamente y se ha plantado frente a mí, ha mirado a Jazz, que estaba meneando el rabo como un loco y luego se le ha lanzado a los brazos, o mejor dicho, ella se ha puesto de cuclillas mientras él no paraba de moverse de un lado a otro gimoteando y lamiéndole las lágrimas del rostro, sin hacerme el más mínimo caso. Al final se ha puesto de pie de nuevo. Su aspecto era todavía más desmelenado que antes y parecía como... fuera de sí.

No sé cómo había esperado yo que reaccionaría. Creo que durante la noche anterior me había imaginado que me abrazaría espontáneamente, radiante de alegría. Desbordada por la gratitud. En lugar de eso, se quedó inmóvil. Una vez recuperado su tesoro, es probable que solo tuviera ganas de cerrarme la puerta en las narices, pero por supuesto era demasiado educada para eso.

—¿Dónde lo ha encontrado? —me ha preguntado.

Yo he señalado vagamente en dirección al río.

—Estaba paseando lejos de aquí, en dirección al mar, casi en Shoeburyness, y se me ha acercado de repente.

Mientras hablaba, he notado cómo el rubor empezaba a subirme por el pescuezo. Tenía esperanzas de que Michelle no notara lo mal que lo estaba pasando.

Me ha mirado absolutamente perpleja.

—¿Y qué hacía por allí? No lo entiendo... No comprendo por qué se me ha escapado. ¡No lo había hecho jamás!

—Tal vez haya olido el rastro de otro perro o haya visto algo y haya salido en su busca —he dicho yo.

Ella no ha parecido muy convencida pero, como es natural, no podía imaginar cómo habían sucedido las cosas en realidad.

—Menos mal que llevaba una placa con mi dirección y mi número de teléfono en el collar —ha dicho Michelle—, de lo contrario no habría podido encontrarme tan fácilmente. Aunque ya he avisado tanto a la policía como a la perrera de que había desaparecido. Tarde o temprano se habrían dado cuenta de quién es su propietaria.

Ella no tenía ni idea de lo bien que la conozco. Su comentario me ha dolido: desde hace más de medio año nos hemos cruzado cada mañana temprano cuando ella saca a pasear al perro, pero por lo visto en todo ese tiempo no se había dado cuenta de mi presencia. Ni una palabra del tipo: «Ah, usted y yo nos cruzamos cada mañana, ¿no?».

En lugar de eso, me ha tratado como a un absoluto desconocido. Siempre igual: soy invisible para las mujeres. Y si llegan a verme, me olvidan al segundo siguiente, no suelen dignarse a mirarme por segunda vez y si vuelven a pensar en mí seguramente será para burlarse. Es lo que hay. Lo que más me desespera a veces es pensar que eso no cambiará jamás.

—Sí, bueno —he dicho yo—, estoy contento de haberlo encontrado y de haber podido traérselo de vuelta. ¡Es un perro muy cariñoso!

—Para mí es como si fuera un bebé —ha dicho Michelle con una voz llena de ternura.

Yo tenía mucho frío, estaba completamente helado, y he pensado que tal vez podría invitarme a entrar y ofrecermelo un café. Como es natural, ella no sabía lo que yo había pasado, pero ¡al fin y al cabo le había devuelto a «su bebé»! ¿Acaso eso no valía como mínimo un café?

Nos quedamos mirando, bastante avergonzados, hasta que al final Michelle dijo:

—Esto... gracias una vez más, ¿señor...?

—Segal. Samson Segal.

—Señor Segal, me llamo Michelle Brown. No sabe el alivio que siento ahora mismo, he tenido un día horrible. Me imaginaba que habrían atropellado a Jazz, o que lo habrían capturado para realizar experimentos con animales, no hacían más que pasarme imágenes terribles ante los ojos...

—Entonces espero que pasen bien lo que queda de noche —he dicho antes de volverme con intención de marcharme. Ella no ha hecho nada para detenerme.

Se ha limitado a agradecérmelo de nuevo a mis espaldas mientras cruzaba la puerta del jardín.

Y ya está. Cuando me he dado la vuelta, ya en la calle, había cerrado la puerta.

Y allí me he quedado. Helado, hambriento, completamente agotado. Para nada.

En situaciones como esa, lo peor de todo es que siempre pienso que solo me suceden a mí. Que debe de ser culpa mía y no de los demás. Me imagino a Bartek, por ejemplo, entregando al perro. Bartek, con ese pelo negro y esos ojos tan oscuros, esa mirada desafiante, ese leve acento que tiene al hablar. Bartek, que tanto se crece

cuando tiene delante a una mujer. Que puede llegar a ser tan gracioso y encantador que se gana enseguida la simpatía de cualquiera. A él le habría rogado que entrara. Probablemente habrían celebrado el feliz regreso a casa del perro abriendo un prosecco, quizá Michelle incluso habría encendido unas velas o la chimenea, en caso de tenerla. Y Bartek no habría tenido que volver a casa con el rabo entre las piernas.

Por supuesto, el comportamiento de Michelle Brown demostraba cómo era. A un hombre como Bartek se le habría echado a los brazos y, en cambio, se había librado de mí como lo habría hecho con un vendedor a domicilio. Como si hubiera intentado endosarle una suscripción a una revista. Eso dice mucho acerca de las mujeres en general. Por desgracia, la mayoría son bastante malas. Con una pelambreira negra, los mechones estudiadamente colocados sobre la frente y un acento de Europa del Este podías conseguir lo que quisieras de ellas. Bartek no es un mal tipo, pero es bastante superficial y se limita a perseguir sus propios intereses. En cambio yo soy más profundo. Podría proporcionarle más sentimiento y más calor a una mujer, pero para eso alguna tendría que darme una oportunidad de demostrárselo. Mamá siempre me lo decía. Samson es un hombre de segunda vista, me decía siempre. Tiene un corazón muy grande, pero hay que descubrirlo.

Y las mujeres no se toman ese tiempo. Ven a un hombre tímido que se sonroja un poco y no sabe soltar comentarios ingeniosos. Cuando encima se enteran de que estoy en el paro, se acabó. Las mujeres lo que quieren es dinero y estoy seguro de que Michelle no es una excepción. Me ha evaluado. Se ha dado cuenta de que no solo no llevo ropa cara, sino que además la tengo bastante raída. Ahí se ha acabado todo. Le había parecido bien que hubiera encontrado al perro y se lo hubiera devuelto, pero ¿meterme en su casa? A eso no estaba dispuesta.

Es igual que todas las demás. Todas esas malditas mujeres que no son capaces de ver en un hombre más que un montón de basura. Un cero a la izquierda.

Creo que odio a Michelle.

Odio a todos los que me hacen daño.

Miércoles, 9 de diciembre

1

Incluso la noche más larga, pensó Anne, acaba tarde o temprano.

Eran las seis de la mañana cuando al fin consiguió relajarse. Fuera reinaba una profunda oscuridad y todavía faltaban un par de horas para que amaneciera, pero Anne siempre se levantaba a las seis. Los días laborables, para acudir a la consulta, y los fines de semana, para poder pasar dos horas pintando sin que nadie la molestara antes de prepararse el desayuno. Le daba igual si había luz o no, para ella el día empezaba a las seis de la mañana. Le gustaba despertarse mientras los demás seguían durmiendo. Sin embargo, puesto que vivía más sola que la una en aquella casa rodeada de bosque, ya no tenía la sensación de calma absoluta en medio de un mundo adormilado. Los ruidos, las voces, los susurros del bosque, por la noche eran distintos que los que se oían durante el día y, no obstante, no era lo mismo contemplar la casa a oscuras. El peligro estaba en la soledad que podía sentirse fuera, en la que se fundían día y noche, sueño y vigilia. Especialmente en esos días tan oscuros previos a la Navidad.

La noche anterior, Anne la había pasado en el salón. Envuelta con una manta, se había tomado un vaso de leche caliente a pequeños sorbos mientras intentaba calmar los nervios. Se había metido en la cama a las diez y media, había pasado media hora leyendo y se había quedado dormida enseguida, pero en algún momento se había despertado sobresaltada: durante una fracción de segundo había visto un resplandor en la pared del dormitorio y había oído el ruido de un motor de coche que al instante enmudeció al mismo tiempo que la luz se extinguía también.

En alguna parte ahí fuera, en esa fría noche de invierno, había un coche. Dentro debía de haber alguien y... Sí, ¿qué? ¿Qué debía de estar haciendo alguien en ese claro alejado de cualquier núcleo urbano? ¿Contemplar la única casa aislada que había por los alrededores, con su jardín lleno de árboles frutales pelados? ¿Para qué?

El corazón se le había acelerado y, todavía tendida en la cama, había tenido la esperanza de que hubiera sido solo un sueño, pero sabía que no era cierto. Como tampoco eran imaginaciones suyas. Había sucedido con demasiada frecuencia en los últimos días. Tenía que empezar a tomárselo en serio. El problema era que no tenía ni la más remota idea de qué era lo que tenía que tomarse en serio.

En los dígitos luminosos del radio-despertador que tenía junto a la cama había visto que pasaba casi media hora de la medianoche.

Al final había hecho un esfuerzo y se había acercado a la ventana. En el piso de arriba también tenía postigos, pero no solía cerrarlos. Se movió con cautela para no dejarse ver y miró hacia fuera. La luna resplandecía levemente tras las nubes. No había sido capaz de ver nada: ni coches, ni personas. Sin embargo, sabía que había alguien. Respirando, esperando.

Por un momento pensó en llamar a la policía. «Vivo en medio del bosque, en lo que había sido una casa de guardabosque, a unos diez minutos en coche de Tunbridge Wells. Hay un coche fuera, creo que alguien está vigilando mi casa. Llevo así unas semanas: veo el resplandor cada vez que el coche se acerca. Por un accidentado camino forestal, porque es la única manera de llegar hasta aquí. Luego la luz se apaga y el coche debe de quedarse por alguna parte por ahí fuera. Y no sé qué pretende el conductor, no sé qué quiere de mí».

Ya había cogido el auricular del teléfono dos veces y en ambas ocasiones había desistido de llamar en el último momento. Tenía la impresión de que todo aquello parecían chifladuras de anciana extravagante. Podía imaginarse lo que pensaría su interlocutor: una mujer mayor, de casi setenta años, bastante rara, que vive apartada en un lugar perdido de la mano de Dios. Viuda, huraña, fantasiosa. Y ahora se imagina que ve luces y que oye ruidos de motores.

Al final se había puesto un chándal y había bajado al piso inferior. En la planta baja, los postigos estaban bien cerrados. Tiempo atrás solía dejarlos casi siempre abiertos, pero no había vuelto a atreverse desde que había empezado a observar esos extraños fenómenos.

Al menos desde fuera nadie podría verla. Encendió todas las luces y el televisor. Voces, necesitaba oír a alguien y sentir que no estaba sola en el mundo.

Se calentó un vaso de leche y se extrañó del frío intenso que sentía, por lo que se envolvió en una manta de lana. Ya no sería capaz de dormir en lo que quedaba de noche, estaba segura de ello. Estaba desvelada y no paraba de mirar alternativamente la pared y el televisor, mientras fuera alguien debía de haberse sentado a mirar fijamente la casa. Sabía que la luz se filtraría por las hendiduras de los postigos. Fuera quien fuese ese misterioso desconocido, podría ver que estaba despierta. Lo que Anne no sabía era si ese hecho sería significativo para aquella persona.

Por la mañana la pesadilla perdió nitidez. Anne tenía previsto ir a la ciudad para

enviar por correo un par de regalos de Navidad para unos viejos amigos y sabía que la normalidad del día acabaría con aquel terror nocturno que le parecía casi irreal. Se alegraba de no haber llamado a la policía y de no haber hecho el ridículo. Incluso se alegraba de que hubiera tenido lugar esa noche interminable, puesto que había llegado a una decisión: vendería la casa y volvería a Londres, donde había pasado casi toda la vida. Y donde vivía la gente a la que conocía de esos tiempos pretéritos.

Había pasado todas esas largas horas pensando en ello, reviviendo el dolor que había sentido justo después de la muerte de Sean, la resolución con la que había afrontado la soledad y el miedo. Por encima de todo, se había acordado también de lo que se había prometido a sí misma y a su marido en cuanto este falleció en el hospital: «Continuaré tu sueño, la casa que tanto querías. Con los árboles frutales y las encantadoras noches de verano en la veranda. Con las silenciosas noches de invierno, cuando el bosque queda cubierto de escarcha. Viviré todo esto por ti».

Esa mañana decidió tomarse la libertad de retirar su promesa.

No solo porque hubiera un chiflado merodeando por el bosque que podía llegar a suponer un peligro para ella. Le daba igual quién fuera ese loco y lo que pretendiera, no había sido más que el desencadenante de la decisión.

Esa noche había comprendido algo: en realidad estaba viviendo el sueño de Sean, pero no tenía nada que ver con ella ni con sus deseos, sus anhelos o su concepción de la vida. Vivir los dos en esa casa había tenido su atractivo, pero para una persona sola podía convertirse en una verdadera pesadilla.

Estaba cansada, pero al mismo tiempo estaba eufórica. Se sentía feliz, liberada.

Entró en la cocina, encendió la cafetera, puso un huevo a cocer y abrió un paquete de pan de molde mientras tarareaba en voz baja. Cuando hubiera terminado de enviar los paquetes, buscaría un agente inmobiliario. Tal vez podría pasar a verla en los próximos días para tasar la casa y decirle por cuánto podría venderla. Y luego se pondría a buscar ella. Un bonito apartamento de tres habitaciones con un gran balcón que pensaba llenar de plantas. En un edificio en el que vivieran más personas, con las que quizá podría llegar a trabar amistad. Por la noche estaría rodeada por las luces de la ciudad. Notó que las lágrimas brotaban de sus ojos con solo pensarlo y se dio cuenta de lo duro que había sido en realidad soportar el aislamiento en el que vivía. En cuanto había empezado a permitirse pensar en ello, había comprendido lo infeliz que había sido allí. Lo mucho que ese tipo de vida contradecía la que ella siempre había soñado.

Siguió tarareando en voz baja.

Y lo más bonito de todo era que tenía la impresión de que Sean lo vería con buenos ojos.

—¿Y bien? —preguntó Peter Fielder, cuando Christy entró en su habitación. Era temprano por la mañana y en los despachos y pasillos del New Scotland Yard todavía reinaba la tranquilidad. A Peter le gustaba llegar temprano a la central. De ese modo no lo molestaban continuamente y podía resolver temas antes de que se desencadenara la agitación habitual de colaboradores yendo arriba y abajo a toda prisa, los teléfonos que no paraban de sonar y las reuniones convocadas de improviso.

Christy McMarrow tenía la misma costumbre y Peter pensaba que probablemente era esa coincidencia en cuestiones profesionales por lo que funcionaban tan bien como equipo.

La lacónica pregunta con la que se había dirigido a Christy aludía a la nueva información que sin duda tenía para él. Ella nunca iba a verlo simplemente para tomar un café o charlar un rato.

Sin embargo, Christy no parecía precisamente contenta. Fuera lo que fuese lo que había descubierto, no parecía nada bueno.

—Ayer hablé con dos antiguas compañeras de Carla Roberts que habían trabajado con ella en la droguería —dijo Christy—. Las dos describieron a Carla como una mujer amable y simpática, aunque sumamente retraída. Debía de ser una persona más bien reservada, aunque siempre dispuesta a ayudar y a demostrar cariño. Las dos excluyen también la posibilidad de que pudiera haberse ganado enemigos en el trabajo. No obstante, volveré a hablar con el gerente de la sucursal, aunque el instinto me dice que por ahí no encontraremos nada.

—Mmm... —profirió Fielder—. ¿Algo más?

—He repasado la agenda de direcciones de Carla Roberts, pero apenas hay nada anotado, únicamente compañeras de trabajo de la droguería. Parece como si no hubiera escrito ninguna entrada después de haber dejado el empleo. O bien no conoció a gente nueva o bien no dejó constancia de ello en la agenda. He descubierto a otra persona que la conocía antes de que trabajara allí, desde los tiempos en los que Carla todavía estaba casada. Eleanor Sullivan. Era amiga de Roberts, aunque no mucho. He ido a verla.

—¿Y qué le dice su instinto al respecto? —Fielder lo preguntó sin sarcasmo. Durante los últimos años había aprendido a dar cierto crédito al instinto de Christy, tal vez por el respeto y la admiración que le tenía.

—La verdad es que no se ha expresado muy claramente que digamos —tuvo que admitir Christy—. Más bien no. En mi opinión es muy poco probable que el asesino haya salido de un episodio anterior de la vida de Carla. En ese caso habría motivos para que nadie lo conociera. La señora Sullivan recuerda bien a Carla y la describe exactamente igual que los demás: tímida, reservada, simpática y muy amable. Afirma que Carla no tuvo jamás problemas con nadie. Concretamente, ha dicho que Carla era demasiado tranquila y retraída como para llegar a reñir con nadie. Debía de ser una persona verdaderamente discreta, de las que prefieren evitar los conflictos y no provocar jamás a nadie.

—Mmm... —volvió a proferir Fielder—. Es desesperante. Ni siquiera tenía ordenador. No hay contactos de correo electrónico, foros o páginas web que habrían podido ofrecernos algún indicio. ¡Estamos dando palos de ciego!

Lo que tanto le había dificultado la vida a Carla Roberts, aquella timidez e inseguridad, dificultaba también en ese momento el esclarecimiento de las circunstancias de su violenta muerte. Había sido una mujer de trato fácil que no había querido jamás enfrentarse a otras personas. Y, sin embargo, había muerto de una forma horrorosa. Ese modelo de discreción debió de desencadenar en alguien esa horrible agresión.

—Tiene que haber ocurrido algo en su vida —dijo él—, tiene que haber algo que haya provocado esa brutalidad en el asesino. Una cosa es matar a alguien desde una distancia prudencial y otra muy distinta es cautivar a alguien para meterle un trapo en la garganta hasta provocarle el vómito. Es necesario presionar hondo y mantener esa presión para que la víctima se asfixie con su propio vómito en una agonía terrible. En mi opinión es necesaria la intervención de una cantidad de odio considerable. ¿Cómo habría podido desencadenar tanto odio Carla Roberts, si todos la describen como una persona amable y discreta que pasaba por la vida sin hacer ruido?

—Es posible que su asesinato no tenga nada que ver con ella como persona —reflexionó Christy—, sino más bien con el hecho de que la soledad en la que vivía la convertía en una víctima adecuada. Para un hombre que tenga un problema con las mujeres en general. No en vano, eso fue lo primero que se nos pasó por la cabeza en cuanto vimos lo que le habían hecho a aquella mujer.

—Sin embargo, debemos centrarnos en la vida de esa mujer porque no tenemos ningún otro indicio. —Peter reprimió un bostezo. Estaba muy cansado—. Esa tal señora Sullivan, ¿ha dicho algo acerca del matrimonio de Roberts?

—Sí. Que era un matrimonio bastante normal. Sin altibajos. Él trabajaba mucho, siempre estaba en la empresa. Carla cayó del guindo cuando se enteró del desastre financiero y de que su marido la había engañado durante años. Lo que más la afectó fue el hecho de no haberse enterado de nada en todo ese tiempo. La señora Sullivan habló con ella por teléfono por aquel entonces y Roberts no hizo más que repetir la

típica frase en estos casos: «¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?». No se lo explicaba.

—¿Su marido se comportó alguna vez con ella de forma violenta? ¿O tenía algún tipo de inclinación violenta?

—No. De un modo algo aburrido y nada espectacular debió de ser un matrimonio absolutamente feliz. Aparte de eso, a él lo describe como a un tipo más bien burgués. Según Eleanor Sullivan, el divorcio le salió redondo. A excepción del aspecto financiero, pues ella no pudo conseguir nada. Además, el marido desapareció rápidamente y para siempre.

Fielder habría preferido no hablar de instinto puesto que se trataba de trabajo, pero realmente tenía la sensación de que seguirle la pista a ese ex marido desaparecido era una pérdida de tiempo. No creía que tuviera nada que ver con el asesinato de Carla.

Decidió cambiar de tema.

—¿Y qué pasa con la puerta del edificio? ¿Hay alguna novedad?

En ese sentido, Christy al menos pudo presentarle un resultado.

—Sí. Nuestro técnico dice que sin lugar a dudas fue manipulada. Alguien había usado unas tenazas para sacar de su alojamiento el resorte que se encarga de que la puerta vuelva a cerrarse sola de forma automática. De ese modo cualquiera podía entrar y salir en cualquier momento sin necesidad de llave.

—Podría haber sido el asesino.

—Sí, aunque no necesariamente. El conserje afirma que ya han sufrido algún que otro acto de vandalismo. Hackney no es precisamente el barrio más cívico de la ciudad. También es posible que algún joven lo hubiera hecho para divertirse y que al asesino le hubiera venido al pelo.

Peter Fielder se frotó los ojos, cansado. Necesitaba algo, un mínimo hilo conductor que pudiera sacarlo de la niebla que cubría ese caso tan impenetrable. El atisbo de un indicio. Algo que le provocara una descarga de adrenalina, que alejara de repente el cansancio que sentía. Pero no había nada. Nada excepto esa sensación de encontrarse rodeado de neblina y no conseguir avanzar ni un paso.

Christy notó el abatimiento de Peter.

—¡Eh, jefe! ¡No se deprima! ¡Pronto será Navidad!

Él ni siquiera se esforzó por sonreír.

—Sí. Pronto será Navidad. Pero ahí fuera hay un loco suelto. La Navidad no cambia nada a ese respecto.

—¿Cree que volverá a actuar?

—Es posible. Tal vez tenga un problema que no se haya resuelto con el asesinato de Carla Roberts.

—¿Un misógino? ¿Alguien que simplemente estaba al acecho, a la espera de la

oportunidad óptima para desatar su odio? Eso reforzaría la teoría de que la elección de la víctima fue casual.

—Hasta cierto punto. Nada es pura coincidencia. En algún momento la vida de Carla Roberts debió de haber confluído con la vida del asesino. Puede que fuera un punto de intersección mínimo, aparentemente insignificante, y por eso tenemos tantas dificultades para descubrirlo. Pero no creo que se trate de algo tan sencillo como que alguien subiera al piso superior de un bloque de viviendas, llamara a la primera puerta que encontrara y asesinara a la mujer que casualmente vivía allí sola. Previamente tuvo que tener conocimiento de las circunstancias en las que vivía la víctima. —Fielder se puso de pie, decidido a no dejarse arrastrar por el agotamiento y el bajón anímico—. No, creo que el asesino conocía a Carla Roberts y que la conocía bien. Y por eso debemos hurgar en su vida, hasta en la más ínfima ramificación. Probablemente deberíamos buscar en lugares que en principio descartaríamos. Y aceptar que tal vez no tengamos mucho tiempo.

Christy se quedó en silencio.

Sabía que ya estaba pensando en la próxima víctima.

El Halfway House no estaba tan lleno como el viernes anterior. Sin embargo, reinaba un vocerío animado y en la barra había bastante gente. El suelo estaba húmedo y sucio, porque todos entraban con los zapatos mugrientos a causa del tiempo lluvioso. De fondo, en algún lugar sonaba una radio con villancicos.

Todavía en la puerta, Gillian se cercioró de que ese vecino, Samson Segal, no estuviera dentro también ese día. De lo contrario, habría vuelto a salir enseguida. No quería que la volviera a ver tomando algo con un desconocido. A primera vista le pareció que no estaba y tampoco podía quedarse mucho rato más allí mirando con la puerta abierta, porque no tardaron en oírse quejas.

—¡Esa puerta! ¡Ni que estuviéramos en verano, joven!

John Burton salió a su encuentro cuando ella ya creía que el valor la estaba abandonando. Casi había albergado la esperanza de no encontrarlo allí, puesto que llegaba con casi cuarenta y cinco minutos de retraso. Se sintió adulada por el hecho de que la hubiera esperado y al mismo tiempo se le encogió el estómago a causa de los nervios.

—Qué bien que haya venido —dijo él. La ayudó a quitarse el abrigo y le puso una mano en el brazo para guiarla hasta una mesita que estaba en un rincón, con una botella de vino y dos copas—. Espero que le parezca bien esa mesa.

—Sí, claro. Siento haber llegado tan tarde. Todavía no dejamos a Becky sola por las noches, tenía que esperar a que mi marido volviera a casa.

En realidad, Tom había llegado más temprano que de costumbre a casa. Por la mañana, ella le había dicho que había quedado con Tara y él había accedido sin rechistar al acuerdo que tenían en esas ocasiones: él volvía tan pronto como era posible a casa para que Gillian pudiera marcharse sin prisas.

Pero todo habían sido vacilaciones y titubeos. Se había preguntado una y otra vez por qué se sentía tan insegura. John Burton era el entrenador de balonmano de su hija y la había invitado a tomar una copa de vino. No en casa de él, sino en un lugar público, en un pub. No había nada de lo que esconderse. Era ridículo que se sintiera tan confusa por eso.

Tara, con la que había estado hablando por teléfono durante la pausa de mediodía para asegurarse de que le proporcionaría una coartada, había puesto el dedo en la llaga.

—Si realmente no hay nada como dices, ¿por qué no te limitas a contarle la verdad a tu marido? ¿Por qué me necesitas?

—A Tom podrían pasarle ideas raras por la cabeza.

—¿Qué ideas te pasan a ti, por la cabeza?

—Tara...

Esta se había reído.

—Oye, que conmigo no tienes que justificarte para nada. Puedes utilizarme como pretexto ante Tom cuando quieras. Tampoco tengo ningún problema si esta noche decides acostarte con ese hombre tan excitante. Pero no quiero que creas que solucionarás tus problemas de ese modo. Con un idilio. Puede que pases un buen rato. Pero más, no.

—¡No me voy a acostar con él!

Tara no había respondido nada a eso, pero Gillian comprendió perfectamente el significado de la expresión «silencio elocuente».

Al fin y al cabo, ya había dicho que iría y no quería comportarse como una cobarde. Se había decidido por unos vaqueros y un jersey, se había cepillado el pelo a conciencia y como único maquillaje se había limitado a pintarse un poco los labios. No quería que Burton pensara que se arreglaba especialmente para él. Además, tenía que ser creíble para Tom: no solía arreglarse mucho cuando salía con Tara.

Nada más sentarse, John descorchó la botella de tinto.

—Aquí tienen un vino sorprendentemente bueno. Y si tiene hambre, podríamos...

Ella lo interrumpió de repente. En ese momento ni se planteaba la posibilidad de comer nada.

—No, gracias. Preferiría solo tomar algo.

Gillian bebió un trago. El vino le gustaba, pero por encima de todo conseguía relajarle los nervios. Enseguida se sintió un poco más serena.

—¿Cómo van las cosas con Becky? —preguntó John.

Gillian negó con la cabeza.

—Nada nuevo. De momento sigue sin llevarse especialmente bien conmigo. Cuando esta mañana le he dicho que no estaría en casa por la noche, se ha puesto de muy buen humor. Le encanta quedarse a cenar en casa a solas con su padre y ver la televisión un poco. Intento que no me afecte, pero la verdad es que duele.

—Creo que eso les ocurre a muchas chicas en una determinada edad, que desarrollan un apego especial por el padre. Y entonces la madre molesta. Pero todo eso cambiará. De repente le confiará a usted los secretos y el padre no se enterará de lo que sucede en realidad. Cualquiera día de estos, él se encontrará por la mañana al joven que acaba de pasar la noche con su hija y se preguntará qué es lo que se ha perdido.

—Hace usted que todo suene muy sencillo.

John se encogió de hombros.

—En mi opinión, hoy en día se dramatizan demasiado las relaciones con los niños y los jóvenes. A veces solo es cuestión de dejarlos en paz.

—Pero otras veces eso puede resultar fatal.

—No hay ninguna receta patentada —admitió John.

Gillian cambió de tema.

—Por cierto —dijo—, oficialmente he quedado con mi amiga Tara. Le he dicho a mi marido que me encontraría con ella.

—¿Le ha mentado?

—Sí.

—Me da la impresión de que no lo hace muy a menudo.

Gillian tomó en el acto otro trago de vino tinto y se preguntó por qué se aventuraba tanto. No empieces a provocarlo de nuevo. Ni a flirtear con él y ese tipo de tonterías. ¡Tú no eres así!

—No. Por supuesto que no. Pero... simplemente no quería problemas.

—¿Debo suponer que él habría puesto pegasa a que nos viéramos?

—¿A usted no le sucedería lo mismo si estuviera en su lugar?

—Yo no estoy casado. Y si no lo estoy es porque no he querido. Precisamente para no tener que ceder ante ese tipo de dificultades.

—Bueno, simplemente era más sencillo decir que salía con Tara —dijo Gillian.

Él asintió como si hubiera quedado convencido por la respuesta.

—Comprendo.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada.

—¿Por qué quería verme? —preguntó Gillian al fin—. Quiero decir que... creo que la última vez no se sintió usted especialmente a gusto.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Bueno, básicamente porque no hice más que llorar y contarle un par de preocupaciones corrientes y banales. No es que eso resulte muy excitante.

Él la miró con aire pensativo.

—No la considero una mujer que se preocupe por cosas banales.

—Entonces, ¿cómo me ve?

—Como una mujer muy atractiva que tiene algún que otro problema. Pero ¿quién no los tiene?

—Hacia el final tuve la impresión de que se había molestado.

—No estaba molesto. Incómodo, tal vez. Sacó usted un tema sobre el que no quería hablar.

—Sobre su salida del cuerpo de policía.

—Exacto —dijo él con una expresión retraída.

Esa vez Gillian fue lo suficientemente lista como para no insistir.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta —dijo ella—. ¿Por qué quería verme hoy?

—Sí, en realidad sí que he contestado —replicó él con una sonrisa. Gillian esperó a que se lo repitiera—. Acabo de decirle que es usted una mujer muy atractiva —aclaró él.

—¿Y ese es el motivo?

—Para ser sincero... sí.

Tanta franqueza la desarmó. Gillian no pudo más que sonreír.

—Estoy casada.

—Lo sé.

—¿Y adónde quiere ir a parar con todo esto?

—Eso lo decidirá usted —respondió John—. Al fin y al cabo es usted la que está casada. Tiene una familia y se ve obligada a decir que sale con una amiga para encontrarse conmigo. Es usted quien debe saber hasta dónde quiere llegar.

—Tal vez lo único que quiera sea acabarme la copa de vino y luego marcharme a casa.

—Tal vez —convino John con una sonrisa.

Además de sonreír, bajó la mirada. Parecía no creer en absoluto que ella fuera a cumplir con lo que acababa de decir: que se marcharía a casa. Ella sintió un cierto disgusto. De repente le pareció que John Burton sabía perfectamente lo que hacía y tuvo la sensación de que la estaba manipulando. Probablemente había recurrido a una serie de tretas de probada eficacia, consistentes en una secuencia de complacencias y rechazos, de sentencias serenas y la tentación de una sonrisa algo cínica, pero claramente estudiada. Pensó en la fiesta de Navidad del club de balonmano, cuando aquella madre había estado especulando acerca de la vida amorosa de ese entrenador tan guapo. Era probable que, en efecto, no tuviera pareja estable y que además no deseara tenerla. Se dedicaba a seducir a quien le apetecía en cada momento, vivía un breve idilio y luego iba a por el siguiente objetivo.

Gillian estaba convencida de que en ocasiones no tenía una idea clara de lo que deseaba, pero como mínimo en ese momento estaba segura de lo que no quería: no le apetecía convertirse en un trofeo más en la larga sucesión de conquistas de un atractivo donjuán. Se tomó el último trago que le quedaba en la copa e hizo un gesto para detener a John cuando ya estaba a punto de alargar la mano hacia la botella.

—Para mí no, gracias. Ha sido muy amable, John, pero creo que me voy a casa.

—¿Ya? —exclamó él, aparentemente sorprendido.

Ella se puso de pie.

—Sí. Es que ya me he decidido, ¿sabe?

Cuando él también se levantó, ella estaba ya camino del perchero. Pilló su abrigo al vuelo y cruzó la puerta antes incluso de ponérselo. Tras haber estado respirando el

aire viciado y sofocante del interior, la noche fría y húmeda que encontró fuera le pareció maravillosa. Gillian disfrutó del frío y del silencio. Justo delante tenía la playa y el río. Contempló la abismal oscuridad nocturna del agua y oyó el leve gorgoteo de las olas. Olía a agua salada y a algas. Se puso el abrigo y enseguida sintió un enorme peso en el alma. ¿En qué estaba pensando cuando había decidido acudir a aquella cita?

Había dejado el coche aparcado en la calle y ya casi había llegado hasta él, cuando John Burton apareció a su espalda. Respiraba pesadamente.

—Espere —ordenó él—. ¡Dios mío, mire que camina usted rápido! Todavía tenía que pagar...

—No me apetecía esperarle —dijo Gillian mientras abría las puertas del coche con el mando a distancia. Quería montarse, pero John la agarró por un brazo para detenerla.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó él.

—En principio, no creo que haya hecho nada mal —aclaró Gillian—. Es solo que no quiero.

—¿Que no quiere qué? ¿Tomar algo conmigo? ¿Hablar conmigo?

—No quiero mentir a mi marido y a mi hija y no quiero enredarme en nada que me obligue a hacerlo.

—Hoy ya le ha mentado a su marido.

—Y ya es suficiente. No quiero que se repita.

—Espere —le pidió él—, por favor. No suba al coche y se marche sin más. Siento haber actuado como un estúpido. —La detuvo cuando estaba a punto de replicar algo—. No, de verdad. Quería comportarme como un gran seductor, probablemente eso la ha molestado y créame que puedo comprenderlo. Lo siento. Más no puedo decir. De verdad, lo siento.

—No pasa nada. Es solo que...

—... que no me dará una segunda oportunidad.

—John, tiene que comprender...

—¿Podemos sentarnos un momento en su coche? —preguntó él—. Hace bastante frío y aquí en la calle nunca se sabe quién podría escucharnos.

—De acuerdo —consintió Gillian. Ella se sentó al volante y John en el asiento del acompañante.

—Me tiene fascinado —confesó él—. Y me encantaría volver a verla. Supongo que ya lo ha comprendido. Sé que las circunstancias no son las más propicias. Pero me da igual. No puedo quitármela de la cabeza. Lo he intentado durante todo el fin de semana y no lo he logrado.

—Estoy segura de que tiene muchas «amigas» que podrán consolarlo —repuso Gillian.

Él la miró fijamente a los ojos. Su rostro adoptó una expresión grave. Parecía sincero.

—No —negó él—, no tengo ninguna «amiga». Tal vez eso no cuadre con los rumores que circulan sobre mí, pero la verdad es esa. No estoy con ninguna mujer.

—Las madres del club lo consideran un seductor incorregible.

—Genial. Pero no es cierto. Mi última relación terminó hace más de un año. Desde entonces he vivido como un monje.

—Pues tal como se comporta parece que tenga mucha práctica conquistando a mujeres.

—Si realmente tuviera tanta práctica, me habría dado cuenta a tiempo de que con usted he tenido una conducta absolutamente equivocada. Me he disculpado, Gillian. Solo quería parecer más chulo de lo que soy. Ha sido una idiotez.

—Intenta usted parecer muy misterioso.

—¿Qué desea saber? ¡Se lo contaré! —La mirada de él era casi una súplica—. ¡No quiero ocultarle nada, Gillian!

—¿Por qué abandonó el cuerpo de policía?

Pareció como si John hubiera quedado anímicamente derrumbado. Levantó las dos manos en un gesto de desamparo.

—¡Oh, Dios! No renunciará a saberlo, ¿verdad?

—Simplemente me interesa —dijo Gillian.

—De acuerdo —convino él, resignado—, aunque lo más probable es que me eche enseguida del coche cuando se lo diga. Y que acabe dando de baja a su hija del club.

—Eso no suena nada bien.

—No. Hace ocho años me denunciaron por coacción sexual. Fue una joven que estaba de prácticas a mi cargo. La fiscalía sobreseyó el procedimiento por falta de pruebas, no llegó a celebrarse el juicio. Sin embargo, no podía seguir en el cargo, nada volvió a ser igual. ¿Satisfecha?

Ella lo miró asustada.

Nada más llegar a casa, cuando hubo detenido el coche frente al garaje, una sombra se movió en el camino que llevaba hasta la casa. Era Tom.

—He oído tu coche —explicó él—, y he pensado...

Ella cerró el coche con llave.

—¿Qué has pensado?

—He pensado en venir a recibirte —dijo él con una sonrisa.

El gesto de Tom conmovió a Gillian. A menudo había tenido la impresión de que su marido estaba casado sobre todo con la empresa y no con ella, que quedaba en tercer lugar después del club de tenis. No obstante, había momentos en los que notaba aquella calidez que los había mantenido tan unidos años atrás y que seguía presente, si bien oculta por la rutina. Sin embargo, precisamente esa noche ella habría preferido no recuperarla.

Notó que Tom la miraba de reojo.

¿Qué ha visto?, se preguntó acongojada. ¿Qué está pensando?

Lo que a Tom le pasaba por la cabeza era algo parecido. Veía a Gillian con su pelo largo, siempre caótico, y los rasgos menudos de su perfil. Veía a la mujer que conocía desde hacía más de veinte años, a la que había conocido mientras estudiaban y sin la cual poco después la vida le había parecido inconcebible. Hacía tiempo que no la observaba con tanta intensidad como lo estaba haciendo esa noche. Había sido una súbita inquietud la que lo había instado, la que lo había empujado a abandonar la calidez del salón y enfrentarse al frío solo porque le había parecido oír a lo lejos el motor del coche.

En ese momento Tom se preguntaba con inquietud cuál debía de ser el motivo de esa inquietud que sentía.

Gillian tenía diecinueve años cuando entró en la universidad y lo había dejado fascinado desde el primer momento. Era diferente a las demás estudiantes y no solo por su llamativo pelo revuelto. Había algo anticuado en su manera de ser que la hacía destacar entre las demás. Gillian era la única hija de unos padres excesivamente protectores y previsores que desde pequeña la habían advertido, en cualquier pequeño paso que daba, de los peligros de un mundo maligno y peligroso. En la universidad experimentó por primera vez la sensación de libertad. Había elegido Glasgow a pesar de residir en Norwich, en el Anglia Oriental. Más adelante le confió a Tom que había

tomado esa decisión por un único motivo: para poner la distancia suficiente entre ella y sus padres, de manera que su madre no pudiera acudir a verla cada fin de semana.

Gillian había actuado de forma insegura, a menudo vacilante e inexperta, pero su timidez dejaba percibir también una gran alegría de vivir. Su madre la había controlado hasta tal punto que ningún hombre había conseguido estar con ella a solas jamás y esa circunstancia había contribuido también a minar la seguridad que Gillian debería haber desarrollado. La mayoría de las chicas tenían novio a partir de los dieciséis años. Ella no tenía ni idea de lo que era estar con un hombre.

Pero luego llegó Tom. Tras un verdadero asedio, él consiguió convertirse en su pareja en un santiamén y de repente Gillian floreció, no solo gracias a ese joven atractivo que además era la estrella del tenis de la universidad, sino también porque ella había descubierto su propia fuerza y capacidad y comprobó que la vida, en contra de las advertencias de su madre, no estaba repleta de amenazas, sino que era sobre todo emocionante y estaba llena de desafíos. Ganó cierta popularidad entre los compañeros de clase y los profesores, sacaba buenas notas y salía a bailar cada fin de semana. Después de licenciarse trabajó un par de meses en una productora cinematográfica para ganar algo de dinero y ya no la dejaron escapar. En lugar de eso, le ofrecieron un puesto fijo y le transfirieron plenas competencias y poco tiempo después ya se encargaba de los cálculos financieros de los proyectos completamente sola. En esos tiempos, Gillian parecía irradiar una especie de luz interior.

Pero ha cambiado, pensaba Tom entonces, y tal vez sea eso lo que me preocupa. Que ya no brilla, que ya no resplandece.

—¿Y cómo te ha ido con Tara? —preguntó mientras entraban por la puerta de casa—. Habéis estado en un bar, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Se nota por el olor. Por cierto, ¡has vuelto muy temprano!

Después de despedirse precipitadamente de John Burton había acudido a un aparcamiento cerca de la escuela de Becky para esperar un rato y no dejarse caer por casa demasiado pronto. Por un momento había pensado en la posibilidad de ir a ver realmente a Tara y comentar con ella aquellas inquietantes novedades, aunque eso habría supuesto tener que ir a Londres y tenía muy claro que su amiga no sería la mejor persona para hablar acerca de ello. Seguro que para Tara John Burton se habría acabado para siempre y no se habría quedado tranquila hasta que Gillian hubiera dado de baja a Becky del club de balonmano. Era jurista. El hecho de que el procedimiento contra John se hubiera suspendido y ya no pesaran acusaciones sobre él probablemente no la habría impresionado mucho. Estaba más que acostumbrada a esa situación de «falta de pruebas».

En algún momento Gillian había empezado a tener demasiado frío y había decidido volver a casa, pero seguía siendo demasiado temprano para regresar tras un

supuesto encuentro con su amiga.

—Tara tenía otra cita después —se apresuró a explicar tras el comentario de Tom—. Ya sabes, nunca tiene mucho tiempo. Solo podíamos vernos un rato a medio camino entre aquí y Londres.

—Ya veo —dijo Tom mientras contemplaba a Gillian ante la luz clara del recibidor—. Pareces tensa. ¿Va todo bien?

—Por supuesto. Pero... bueno, las historias que Tara me cuenta acerca de su trabajo a veces me dejan un poco tocada.

—De todos modos no comprendo por qué tiene que... —empezó a decir Tom.

Ella lo interrumpió antes de que su amistad con Tara volviera a quedar en el centro de las críticas de su marido.

—¿Becky está durmiendo ya?

—Se ha metido a la cama hace veinte minutos, justo después he ido a verla y ya dormía. Con Chuck, por supuesto. No he tenido ningún problema con ella.

Claro. Nunca los había entre él y Becky. Los problemas parecían reservados únicamente para Gillian.

—Hemos pedido una pizza —prosiguió Tom— y nos la hemos comido viendo la tele. Ya sabes cómo le gusta eso. Comer directamente de la caja de cartón y sentada en el suelo.

—Solo que no puedo hacer eso cada noche —repuso Gillian—. También tiene que comer cosas sanas y de vez en cuando incluso utilizar tenedor y cuchillo. Y tiene que irse a la cama más pronto, ¡si no, al día siguiente se duerme en clase!

Gillian se dio cuenta de que había utilizado un tono más cortante de lo que se había propuesto. Tom parecía confuso.

—¡No era una crítica contra ti, Gillian! Lo de hoy ha sido una excepción, por supuesto. Pero tampoco es que me quede muchas veces solo con Becky, por eso hemos querido hacer algo un poco especial.

Ni siquiera ella sabía por qué se había alterado tanto. Tom tenía razón y no era que no se alegrara de que él y Becky compartieran una noche de pizza y televisión de vez en cuando. Era una mujer adulta y probablemente era ridículo que se sintiera celosa y maltratada. Era injusto y, a la vez, más que normal en muchas familias: Tom era el padre, apenas pasaba tiempo con su hija y, cuando lo hacía, se mostraba permisivo e imprudente. Ni que decir tiene que a Becky le parecía más que divertido. Gillian era la madre, se encargaba de la hija mucho más a menudo y tenía que ocuparse de tareas más ingratas: era la que ponía ensalada y verduras en la mesa, la que insistía en que terminara los deberes y le echaba la bronca cuando el cuarto de Becky tendía poco a poco hacia un caos impenetrable. Se había convertido en el blanco de las iras de su hija, mientras que Tom solo recibía su admiración.

—Tal vez debería ir cada día a Londres —dijo ella de repente—. Y volver a

trabajar más. Quizá sea lo mejor para mí.

Tom la miró sorprendido.

—No tengo absolutamente nada en contra. Haces un trabajo excelente y sería fantástico tenerte más a menudo en la empresa. Sin embargo, Becky...

—No pasa nada porque Becky se quede sola más a menudo. De todos modos se siente demasiado controlada por mí. Debería darle un poco más de aire. Siempre les he reprochado a mis padres que fueran tan protectores y restrictivos conmigo y tal vez llevo demasiado tiempo repitiendo los mismos errores que ellos cometieron conmigo.

—Becky solo tiene doce años —le recordó Tom—. A esa edad tienen prisa por crecer.

Tom entró en el salón, se quedó junto a la ventana y contempló la oscuridad que reinaba fuera, aunque no pudo ver más que la habitación reflejada en el cristal.

—Tal vez deberíamos probarlo —sugirió él.

Ella lo siguió después de haberse quitado las botas.

—Le gustaría que confiara más en ella. Y no quiero limitarme a ignorarla.

Tom se volvió hacia Gillian. Ella pudo ver lo cansado que estaba, parecía realmente agotado. Al mismo tiempo, su espíritu emprendedor seguía vibrante y probablemente habría preferido desahogarse en la pista de tenis lanzándole bolas imparables a su contrincante. En los últimos años, un problema cada vez más grave para él era que ese motor interno seguía acelerado cuando ya había salido de la oficina y no era capaz de apaciguarlo. Parecía tener una descarga de adrenalina continua durante todo el día. Desde que se había independizado de sus padres había experimentado esa sensación de forma permanente. Era incapaz de controlar sus revoluciones, parecía estar siempre bajo los efectos de estimulantes aunque Gillian sabía perfectamente que no era así, que ese era su estado natural. De vez en cuando, Gillian le suplicaba que fuera a ver a un médico. Tenía miedo de que estuviera camino de un infarto, puesto que cumplía con todas las típicas condiciones para ello.

—Mi corazón está perfectamente —decía él entonces.

Como si él pudiera saberlo... Al fin y al cabo, desde que ella lo conocía, Tom siempre evitaba cualquier cosa que tuviera una relación, por remota que fuera, con una consulta médica.

Ella se le acercó, y le puso una mano sobre el brazo con suavidad.

—Todo irá bien —aseveró ella.

—Por supuesto —dijo Tom.

Él no sabía con exactitud a qué se había referido Gillian, pero tuvo la impresión de que ya no hablaba de Becky, que se trataba de otra cosa. Debía de tener algo que ver con su distanciamiento mutuo, con el hecho de que a Gillian ya no le brillaran los ojos como antes. Con la evidencia de que se había vuelto un adicto al trabajo, al tenis

y de que no pasaba suficiente tiempo con su esposa. Gillian jamás le reprochaba esas incontables horas extras, al fin y al cabo la empresa era de los dos y ella conocía también las dificultades que había para todos desde que el mundo se había visto inmerso en la peor recesión que se había conocido desde los años veinte del siglo pasado. No era una mujer que se lamentara porque su marido luchara con todas sus fuerzas por lo que habían creado juntos. En parte, Gillian incluso comprendía que él practicara tanto deporte, hasta un punto tal vez excesivo, porque entendía que era una válvula de escape sin la cual sería incapaz de soportar esa sobrecarga mortal.

Pero lo que Gillian no comprendía, en cambio, era por qué ya no le dedicaba tiempo a ella. No le dedicaba tiempo cuando se acostaba en la cama a su lado. Y eso la hacía sufrir.

Él tampoco lo comprendía. Amaba a Gillian. Sabía con exactitud el momento en el que tuvo claro que quería casarse con ella y que no volvería a haber otra mujer para él: mientras estudiaban en la universidad, un fin de semana fueron de excursión por las Highlands escocesas, con la tienda de campaña y todo lo necesario para cocinar fuera, el tiempo era soleado, fabuloso. A su alrededor solo tenían la sobrecogedora soledad y extensión de las turberas y en las colinas relucía el intenso color lila del brezo. Por la noche encendieron una hoguera y luego se acurrucaron juntos en un saco de dormir para calentarse del frío que les sobrevino. Cuando se levantaron al día siguiente, el tiempo había cambiado por completo: la niebla era tan espesa que no se veían tres en un burro. Durante el camino de vuelta, en un despeñadero rocoso al que tuvieron que encaramarse, Tom de repente resbaló y tuvo la mala suerte de romperse un pie en la caída. Se quedó tendido entre las piedras, rodeado por la fría y húmeda niebla, medio desmayado por el dolor, vomitando y sufriendo mareos. No tenía ni idea de cómo salir de ese maldito lugar remoto y poder llegar de nuevo al aparcamiento en el que habían dejado el decrepito coche oxidado que los había llevado hasta allí. Gillian se asustó muchísimo, pero se recompuso enseguida y no rompió a llorar ni se quedó acongojada. Utilizó unas ramas y vendas de gasa para entablillarle el tobillo. Cargó con la pesada tienda, ayudó a Tom a levantarse y le sirvió de apoyo, de manera que ese hombretón de metro noventa pudo continuar avanzando por el estrecho sendero trillado que recorría los húmedos valles y subía por las peñas en las que el frío les calaba los huesos. Ella lo animó en todo momento a superar el dolor que tanto lo atormentaba y, cuando estaba ya a punto de sucumbir, rendida al peso con el que había tenido que cargar y apenas podía tenerse en pie, continuó imperturbable, con los dientes apretados e impulsada por una determinación inquebrantable.

En esos momentos, él solo pensaba que no estaba dispuesto a dejarla escapar jamás.

No es que estuvieran unidos únicamente porque en esos momentos se hubiera

erigido como su salvadora. Es que con ello le había demostrado también cuál era la esencia de su ser: la fuerza, la voluntad, la capacidad de hacer lo que era necesario en cada momento.

Se habían casado antes incluso de finalizar los estudios.

Los sentimientos de Tom no habían cambiado desde entonces, en cualquier caso no habían cambiado en su interior, de eso estaba seguro. Gillian seguía siendo la mujer a la que amaba, a la que se entregaba ciegamente. Su puntal, su compañera. Pero para demostrárselo habría tenido que detener su frenética actividad y eso era algo que ya no estaba en sus manos. No podía detenerse, tomar aire y volver a ser el Thomas de antes. Se había dejado arrastrar por la vida y era incapaz de bajar el ritmo.

Literalmente, no sabía cómo hacerlo.

—Te quiero, Gillian —dijo en voz baja.

El asombro con el que ella lo miró casi le pareció doloroso. ¿Realmente hacía tanto tiempo que sus labios no pronunciaban esa frase?

—Yo también te quiero —contestó ella.

Tom contempló el rostro de su esposa. La vio distinta, le sucedía algo, a su vida le sucedía algo y él no sabía qué era.

—Tengo que contarte algo —empezó a decir ella de repente—. Hoy he...

Gillian se detuvo. Tom la miró con actitud interrogante.

—¿Sí?

—Bah, nada —exclamó Gillian—. En realidad no tiene importancia.

Una hora y media antes, John Burton todavía estaba en su coche y le había hecho una confesión que la había dejado sin habla durante unos minutos, hasta que este había recogido un viejo tíquet de compra que había encontrado enrollado sobre el salpicadero, había sacado un lápiz de su chaqueta y le había garabateado un número en el pedacito de papel.

—Aquí tienes. Mi número de móvil. No volveré a molestarte, pero si alguna vez te apetece hablar conmigo, puedes llamarme en cualquier momento. Ya te he dicho lo que querías saber y tal vez quieras saber más detalles o incluso hablar de otra cosa, me da igual. ¡Solo tienes que llamarme!

Con esas palabras, salió del coche y desapareció entre la oscuridad. Gillian tardó un rato en darse cuenta de que la pelota estaba ahora en su campo. Podía llamarle. Pero también podía intentar olvidar aquel episodio.

—¿Estás segura? —preguntó Tom—. ¿Estás segura de que no tiene ninguna importancia?

Ella asintió.

—Vamos a dormir —dijo ella.

Jueves, 10 de diciembre

—No será fácil encontrar a un comprador para esta finca —le explicó el agente inmobiliario. Se llamaba Luke Palm y en realidad vivía en Londres, pero Anne se había puesto en contacto con él por recomendación de una amiga y él no había tenido inconveniente en desplazarse hasta Tunbridge Wells enseguida. El mercado inmobiliario no estaba muy boyante. Los agentes inmobiliarios se aferraban a lo que podían, daba igual si para tratar con un cliente tenían que tomar el coche y recorrer una buena distancia.

En ese momento estaba en la cocina de Anne y la manera como miraba a su alrededor revelaba que había quedado impresionado. Probablemente no había esperado encontrar esa vieja casa tan bien arreglada y con tantas comodidades. Como siempre que los invitados recorrían las habitaciones con asombro, Anne sintió un orgullo casi infantil, una gran satisfacción. Sean y ella habían trabajado mucho en ello y de repente alguien apreciaba todo ese trabajo, ese empeño y esas ideas que habían tenido juntos. Ese tipo de reconocimiento le hacía sentir bien y tan solo le habría gustado que su esposo hubiera estado allí para verlo junto a ella.

—Pero también debo decirle —prosiguió él— ¡que han conseguido convertir esta casa en una verdadera joya!

—Mi marido cumplió el sueño de su vida al comprar y restaurar esta casa —explicó Anne—. Hemos invertido en ella mucho amor y muchas energías.

—Es evidente. Sin embargo... la ubicación de la casa...

—Lo sé —convino ella. Al fin y al cabo tenía que haber algún motivo por el que se había decidido a vender esa porción de paraíso—. Queda muy apartada. Por eso es precisamente por lo que me he propuesto venderla. Mi marido y yo queríamos envejecer aquí, pero ahora me he quedado sola y... tengo la sensación de estar aislada —seguía sintiendo la necesidad de justificar ese paso, incluso frente a ese hombre al que no conocía de nada, aunque lo más probable era que estuviera hablando consigo misma. La decisión que había tomado la noche anterior seguía en pie, como también ella seguía convencida de que estaba haciendo lo que debía. Aunque no era lo mismo planificar algo desde la teoría que dar ese primer paso que cambiaba los planes de forma radical.

—Yo tampoco podría vivir aquí solo —concedió Luke Palm enseguida—. Creo que está haciendo lo correcto. No está exento de peligro... tanta soledad, aquí en el

bosque...

—¿A qué se refiere? —preguntó la mujer. No había mencionado ni por un instante los faros que había visto de noche, procedentes de un coche que parecía estar observándola y acechándola.

—Bueno, si a usted llegara a ocurrirle algo, no sería fácil que alguien se diera cuenta rápidamente. Podría caerse y quedarse en lo alto de la escalera con una pierna rota, incapaz de llegar hasta el teléfono... Ni siquiera tiene vecinos a los que poder llamar.

—Ah, se refería a eso —dijo Anne, algo más relajada.

—Por no hablar de la cantidad de locos que, por desgracia, andan sueltos por el mundo —prosiguió—. Me parece que incluso yo me inquietaría de vez en cuando.

Anne se incomodó de repente. Mientras siguiera viviendo allí, habría preferido oír que no tenía sentido preocuparse, que la probabilidad de que hubiera un criminal suelto con una fijación por las mujeres indefensas era de una entre un millón y que no tenía sentido dejarse llevar por la histeria. Le inquietaba ver que todo el mundo comprendiera sus temores. También la amiga que le había recomendado al agente inmobiliario le había sacado ese mismo argumento:

—Anne, me tranquiliza ver que pronto dejarás de vivir sola en medio del bosque, ¡tan expuesta a convertirte en la víctima de cualquier ladrón asesino!

Gracias, le habría gustado decir a Anne, hasta que haya encontrado otra cosa estoy segura de que tus palabras me ayudarán mucho a seguir durmiendo tranquila y relajada por las noches.

—Esta casa es perfecta para una familia numerosa —expuso Luke Palm—, o para gente que tenga muchos animales. Para los que busquen una forma de vida alternativa o algo parecido. ¡Esto es un sueño para cualquier persona que decida vivir apartado de la sociedad!

Mientras daban una vuelta por la casa anotó muchas cosas y tomó fotografías para elaborar una presentación.

—Tan pronto como alguien se interese por la casa, la avisaré. Por supuesto, tendrá que atender alguna visita...

—No hay problema —dijo Anne—, suelo estar casi siempre en casa. Solo tiene que llamarme antes para avisarme.

Cuando se despidieron, Anne vio que el agente parecía muy satisfecho y confiado. Había acudido con el temor de encontrarse con una casucha abandonada en medio del bosque y resultaba que tenía una verdadera joya en las manos. Mientras salía por la puerta, los copos de nieve revoloteaban por la oscuridad. Había caído la noche y se oía el susurro del viento en contacto con las copas de los árboles.

—Es usted una mujer valiente —dijo para despedirse—. Pero cierre bien todas las puertas.

—Eso hago. Aunque mala hierba nunca muere.

Anne siguió con la mirada al agente mientras este desaparecía entre los arbustos que ribeteaban el sendero del jardín. Se había mostrado más contenta de lo que se sentía en realidad. La noche anterior no había visto luces ni había oído ningún motor, pero por algún extraño motivo esa circunstancia no la tranquilizó lo más mínimo. Casi podría decirse que sentía todavía más inquietud. No creía que todo hubiera sido fruto de su imaginación, ni que todo acabaría resolviéndose. Más bien tenía la impresión de que algo la esperaba ahí fuera. No habría sabido definir lo más mínimo ese «algo», como tampoco tenía ni idea de cuál debía ser el objetivo de esa espera. Pero se sentía amenazada por algún tipo de peligro y esa conciencia modificaba la percepción que tenía de ese entorno tan conocido: era como si los árboles estuvieran más cerca, como si los gemidos que las ramas peladas emitían en contacto con el viento se hubieran convertido en sonidos amenazadores, como si el suelo de la casa crujiera y hasta entonces no lo hubiera oído jamás. Como si ese mundo tan lleno de gente estuviera cada vez más alejado de ella.

Cerró cuidadosamente la puerta principal con llave y volvió a la cocina, donde tenía la luz encendida, velas sobre las mesas y lucecitas alrededor de la ventana. Entre las lámparas de luz clara y la decoración navideña, desde fuera la casa debía de tener un aspecto de lo más cálido y acogedor. Aunque, de hecho, ¿quién iba a verla?

Decidió alejar esos pensamientos. En realidad no quería seguir pensando en ello, en quién podría llegar a verla.

Puso agua a calentar para prepararse una taza de té y ojeó los folletos que Luke Palm le había dejado. Ofertas de viviendas en Londres. Estaba entusiasmada.

—Tengo un par de ofertas perfectas para usted —le había dicho el agente—. Viviendas espaciosas y bien iluminadas, con balcones soleados. Puede revisar los anuncios con calma y la semana que viene nos volvemos a encontrar para ir a visitarlos.

Es el primer paso que doy absolutamente sola, pensó en ese momento mientras contemplaba ensimismada los papeles satinados que tenía sobre la mesa. Se había casado con Sean a los veintiséis años. Desde entonces habían decidido conjuntamente todos los proyectos en los que se habían embarcado. Para ella la vida había estado siempre sujeta a la necesidad de llegar a un compromiso con otra persona. Pero en ese momento alquilaría una vivienda que fuera justo lo que siempre había soñado, donde siempre había soñado y la decoraría a su gusto, sin que tuviera que complacer a nadie más.

Hacía tiempo que no se sentía tan animada como entonces. Por primera vez desde la muerte de Sean, volvía a sentir aquellos nervios que había olvidado ya, aquella agradable agitación, aquella esperanza.

Vertió el agua caliente en la taza y encendió unas velas más. Sería una noche

maravillosa. La pasaría pensando en su futuro, mirando fotografías, estudiando planos, bebiendo té y más tarde tal vez incluso lo celebraría con una copa de champán.

Se sentó a la mesa.

Y justo en ese momento, oyó el ruido.

Tanto en la casa como en el bosque que la rodeaba se oían continuamente un montón de ruidos, pero habían quedado almacenados en algún lugar de su conciencia desde hacía tiempo. Conocía los gemidos del armazón del tejado, el gorgoteo de los tubos de la calefacción, el murmullo del viento en contacto con los árboles y las voces de los animales que vivían por los alrededores. Pero el ruido que acababa de oír era distinto y le hizo levantar la cabeza de repente.

Había sonado como si hubiera alguien en la veranda que había frente a la cocina.

Lo primero que pensó fue que el señor Palm probablemente habría olvidado algo y que había vuelto a buscarlo, pero no había ningún motivo para que no hubiera llamado a la puerta principal.

Intentó divisar algo a través de la ventana, pero fuera reinaba una profunda oscuridad y el interior estaba bien iluminado, por lo que lo único que pudo ver fue el reflejo de su propia cocina, las velas, la tetera y una mujer sentada en la mesa con los ojos muy abiertos.

¿Por qué no se le había ocurrido cerrar los postigos cuando el agente todavía estaba en casa, antes de volver a encontrarse tan miserablemente sola ahí fuera?

¿Por qué no había recogido sus cosas y se había instalado en casa de alguna amiga que viviera en la ciudad, ni se había alojado en un hotel?

Se puso de pie, contuvo el aliento y aguzó el oído para ver si oía algo fuera. No consiguió distinguir ningún sonido aparte de los habituales.

Tal vez sean solo imaginaciones mías, pensó, estoy cada vez peor de los nervios.

Era importante que cerrara los postigos. De ese modo podría sentirse segura. Si alguien quería entrar y tenía que forzar las contraventanas, tendría que aplicar una fuerza considerable, tardaría un cierto tiempo y sin duda haría ruido. Lo malo era que Anne tenía que abrir la puerta de la terraza y salir fuera para soltar los soportes que mantenían los postigos asidos a la pared.

No te comportes como una anciana histérica, se dijo con severidad. Has oído un ruido extraño o, como mínimo, te ha parecido oírlo. Tal vez no haya sido nada. Ni siquiera te atreverías a jurar que lo has oído realmente. Te estás volviendo loca poco a poco y eso es algo que no te puedes permitir. O sea que ¡a cerrar los malditos postigos!

No es solo que hayas oído un ruido. Es que además ahí fuera hay un coche. Ha estado allí varias veces. En medio de la noche. Aquí hay algo que no encaja ¡y no tiene nada que ver con la histeria y las fantasías!

Decidió ignorar su voz interior.

Tenía que cerrar los postigos. Más adelante tendría tiempo de pensar en todas esas cosas extrañas que le habían sucedido últimamente. Podía entregarse a su propio miedo y a todas las cosas terribles que era capaz de imaginar, pero también podía ponerse a salvo. De momento, lo que no podía permitirse era quedarse paralizada.

Abrió la puerta con decisión. La ventisca había ganado en intensidad. Una fina capa blanca había cuajado ya sobre el césped del jardín.

Y sobre los escalones que permitían acceder a la veranda.

Se quedó mirando fijamente esos escalones.

El cerebro le funcionaba inusitadamente despacio. Había pisadas en la nieve, de gruesas suelas dentadas. Alguien había subido allí arriba con unas pesadas botas de invierno. No podían ser las suyas, no había pasado por esos escalones en todo el día. Con Luke Palm había estado en el jardín, pero se habían limitado a rodear la casa desde la parte delantera. Y la nieve hacía pocos momentos que había empezado a cuajar.

Alguien tenía que haber subido allí hacía poco.

En algún momento durante los últimos diez minutos.

Una sombra se apartó de la pared. Anne pudo verla de reojo. Casi a cámara lenta, o así le pareció percibirlo, se dio la vuelta. Reconoció un grueso anorak y un gorro de punto bien calado hasta las cejas.

Todavía de un modo extrañamente analítico, pensó: no hay ninguna explicación por la que alguien pudiera estar a oscuras en mi veranda.

Al menos no conseguía pensar en ningún motivo que estuviera exento de peligro.

De repente se dio cuenta de que no debería haber salido bajo ningún concepto.

Sábado, 12 de diciembre

1

Sábado, 12 de diciembre, 19.05 h

Millie y Gavin están viendo las noticias en el piso de abajo. Millie ya se ha vestido, lleva puesto el abrigo y las botas. Tiene turno de noche en la residencia geriátrica y debe salir dentro de media hora. De ahí el mal humor que gasta, durante la cena se ha mostrado casi insoportable. Se enfada como un perro rabioso cuando le toca trabajar de noche, pero durante el fin de semana todavía es peor.

Durante la comida, por supuesto, he vuelto a ser el blanco de sus iras.

Cuando me he servido patatas salteadas por segunda vez me ha preguntado cuándo tenía previsto volver a aportar algo para los gastos de la casa, aduciendo que ya no quedaba nada de las cuatro perras de la semana anterior. Me ha mirado fijamente con una expresión de acecho en el rostro y me ha dicho que al fin y al cabo recibía una «ayuda».

—Vas escribiendo solicitudes de empleo, ¿no? —preguntó ella—. ¿Y te esfuerzas por encontrar trabajo? Entonces, ¡algo de dinero deben darte!

—Por supuesto —mentí. Me he puesto colorado, pero como me pasa siempre que digo algo, no le ha llamado la atención.

Temía que Millie sospechara algo. Millie es una arpía, pero no tiene ni un pelo de tonta. Me paso el día fuera de casa y hace tiempo que se pregunta qué debo de estar haciendo mientras merodeo por ahí. Difícilmente creerá que voy de puerta en puerta pidiendo trabajo. Tal vez debería pasarme un par de días ganduleando por casa. Eso es lo que Millie piensa que hacemos los que estamos en el paro.

Pero no puedo hacerlo. Me volvería loco.

Respecto al dinero, cada vez paso más estrecheces. Ya no me compro nada para mí, pero debo contribuir con mi parte de la comida, la calefacción, la electricidad y

el agua, y en eso se funde lo poco que tengo ahorrado. Ayer, en el Halfway House, incluso tuve que pedirle dinero a Bartek. Se quejó mucho, al fin y al cabo él también pasa apuros porque parece ser que su prometida es muy exigente y gasta mucho dinero, pero al final me dio cincuenta libras. Hace un momento, durante la cena, me las he sacado del bolsillo de los pantalones como si nada y se las he dado a Millie por encima de la mesa.

—¿Tienes suficiente con esto? —he preguntado. Ella ha asentido bastante perpleja. Eso no ha contribuido a disminuir su desconfianza, pero la he atacado en su punto débil y no ha sabido reaccionar tan rápidamente.

Como siempre, Gavin no ha dicho nada. Se ha limitado a comer con la esperanza de que la situación no se saliera de madre.

Este mediodía he visto a Gillian, Tom y Becky. Al parecer, salían a pasear. Yo estaba plantado delante de su casa cuando han salido, por lo que me he visto obligado a saludarlos. No es que haya sido precisamente discreto, pero espero que no le hayan dado más vueltas. Es posible que ni siquiera se hayan dado cuenta de que llevaba un rato merodeando por ahí, tal vez hayan pensado que estaba pasando por delante de su casa por casualidad. En cualquier caso han reaccionado de forma tan distraída que no creo que deba preocuparme. Sin embargo, me he propuesto ir con más cuidado en adelante. Estos cortos y oscuros días de diciembre son propicios a cometer imprudencias, porque uno se siente siempre oculto al amparo de la oscuridad. Pero pueden verme igualmente y además, de vez en cuando, también hay luz. La luz del sol, en todo caso, aunque sea tamizada. El verano no podría quedar más lejos.

A primera vista los Ward me han parecido la misma familia feliz e intacta que conozco desde el principio. Llevaban puestos anoraks, botas y gorros de colores, y parecían contentos por la excursión que les esperaba. Pero entretanto he aprendido a fijarme mejor en las cosas. Había algo que no acababa de encajar en la familia. Thomas Ward tenía muy mal aspecto. Estaba pálido, parecía absolutamente agotado y, a la vez, desvelado. Parecía algo enfermizo, como si estuviera muy tenso. Parecía alerta en todo momento. Eso a la larga no podía ser bueno.

Becky ya tiene el aspecto malhumorado típico de los adolescentes. No parece precisamente feliz, pero instintivamente diría que tampoco es que deba estar ocultando un drama verdaderamente serio. Esa edad en la que nos convertimos en adultos siempre es difícil. Lo sé de buena tinta.

Gillian, en cambio, me preocupa de verdad. No es que me haya parecido tan cansada como su marido y que tema por su salud. Tampoco es que estuviera de tan mal humor como su hija. Estaba... sí, tal vez podría decirse que estaba más bien inquieta, aunque tampoco se trata de eso exactamente. Inquieta suena demasiado débil. Estaba muy tensa, nerviosa, irritada. Me ha dado la impresión de que era una

persona bastante descontenta y me he preguntado: ¿por qué? ¿Qué ocurre en su vida para que sienta ese desgarró interior?

Ella me ha sonreído brevemente, pero sin una calidez genuina. De hecho no me conoce de nada. No sabe lo mucho que pienso en ella, lo mucho que sueño con ella, tanto de día como de noche. Lo mucho que me gustaría estar cerca de ella. ¡Y no es que quiera destruir su familia! Esa familia es sagrada para mí. Me parece horrible lo rápido que las parejas de hoy en día se separan, se divorcian y se embarcan en otra relación. Como si un matrimonio fuera una especie de bonita estación intermedia de la que uno se despide rápidamente cuando las cosas no van tan bien. Por eso yo jamás intentaré ganarme el favor de una mujer casada. Me da asco solo pensarlo.

Únicamente quiero formar parte de ello. De la vida de Gillian, de la de su familia. Me gustaría participar en algo que jamás podré tener por mí mismo. Jamás conseguiré formar una familia, jamás llegaré a casarme ni a convertirme en padre. Hace tiempo que lo sé, a pesar de que mi amigo Bartek no pierda la esperanza y de que ayer volviera a empezar con todo aquello de las citas por Internet. De ese modo no conseguiré nada. Pero tampoco puedo seguir siendo un mero espectador de los demás.

Los he seguido con la mirada cuando se marchaban. Me he quedado allí a pesar del frío que hacía, a pesar de lo mucho que nevaba, y he notado cómo también me enfriaba por dentro. Tenía algo que ver con los Ward. Pasará algo, lo he notado claramente y sigo notándolo ahora.

A continuación he seguido con mi ronda, pero por algún motivo no conseguía concentrarme en lo que hacía. Esa intensa sensación de desgracia inminente... No es que tenga el don de la clarividencia, pero sí tengo los sensores alerta. De repente he tenido que volver a pensar en el tipo que vi sentado con Gillian en el pub. Tampoco es que quiera mezclar las cosas, pero el tipo no me gustó y eso encaja con la situación de infelicidad que parece atenazar a esa familia.

En el piso de abajo, oigo cómo se cierra la puerta. Oigo los pasos de Millie por el sendero del jardín. Son pasos enérgicos, furiosos, y también podría haber cerrado la puerta con más suavidad. Supongo que ha vuelto a pelearse con Gavin.

Como también supongo que el motivo de la discusión debo de haber sido yo.

Tal vez debería pensar en mudarme. Le estoy complicando la vida a Gavin y me la estoy complicando a mí. Es terrible ser tan indeseado. Al fin y al cabo, la soledad sería mejor que esto.

Lo mejor sería no existir. Que hubiera existido otra persona en mi lugar.

Gillian marcó el número de teléfono antes de que pudiera perder el valor que había reunido para hacerlo. Eran más de las diez de la noche, pero calculaba que John no debía de ser de los que se acostaban temprano. Además, el problema no era la hora, sino lo que estaba haciendo: estaba llamando a un hombre que le había confesado la fascinación que sentía por ella.

Y que le había confesado abiertamente que quería iniciar un idilio con ella.

A sabiendas de que estaba casada.

Tom se había retirado a descansar muy temprano. Gillian oía una retransmisión deportiva en el televisor del dormitorio. A mediodía habían ido los tres juntos a Windsor, habían estado paseando mucho rato y habían tomado algo en una fonda. Habían vuelto con algo de color en la cara y eso era bueno. Gillian había cocido *baguettes* con mantequilla a las finas hierbas en el horno y habían cenado juntos. Becky había querido a toda costa ver *Crepúsculo* en DVD y Gillian se había sentado con ella en el salón para intentar comprender qué veía su hija y todas sus amigas en esa película. Después de pasear tanto rato por la tarde con ese tiempo tan frío, Becky había quedado agotada. En algún momento se había acurrucado junto a su madre y se había quedado dormida. Gillian había estado acariciándole los dedos como solía hacer cuando era más pequeña, contemplando cómo respiraba suavemente, su aspecto dulce y sonrosado, como el de una chiquilla.

Gillian, que ya hacía rato que no atendía a Edward, Bella y los demás que aparecían en pantalla, se había abandonado a la contemplación de aquel rostro tranquilo y delicado que últimamente se vestía con una expresión de obstinación y rabia.

Cuánto la quiero, pensó.

Pero la intranquilidad que sentía por dentro no disminuyó lo más mínimo.

Al final se había llevado a la cama a Becky, que siguió dormida como un tronco, y antes de volver al salón la había tapado con esmero, algo que su hija pareció agradecer. Dos copas de vino después, empezó a sentirse más relajada. Puesto que raramente bebía sola, reaccionaba con intensidad ante la más mínima cantidad y dos copas equivalieron a una verdadera borrachera.

El tíquet de compra en el que John le había anotado el número de móvil estaba en el bolsillo de su cazadora vaquera. Lo sacó, cogió el teléfono inalámbrico de la base

de recarga del pasillo y entró en el salón de nuevo.

No pasará nada porque haga una llamada, pensó para tranquilizarse.

John respondió tras el tercer tono de llamada. De fondo, Gillian oyó voces que hablaban, reían y el tintineo de vasos.

—Soy yo. Gillian.

—Dios mío —dijo John—, tenía miedo de que no llegaras a llamarme jamás.

Realmente pareció haber estado esperando que lo llamara.

—La última vez que nos vimos —dijo Gillian—, creo que mi reacción fue excesiva. Me gustaría... no me gustaría que las cosas quedaran de ese modo.

—¿A qué te refieres con que la reacción fue excesiva?

—No debería haberme levantado y haberme marchado sin más. De repente me vi superada por la situación.

Las risas de fondo se hicieron más audibles.

—¿Dónde estás? —preguntó Gillian.

—En el Halfway House. Hoy hemos tenido un torneo en el club y después he venido aquí. ¿Puedes venir? Estoy sentado en una mesa más solo que la una y bebiendo demasiado whisky para consolarme.

Gillian constató con sorpresa la alegría y el desahogo que había sentido al saber que él estaba solo en el bar.

—No puedo salir ahora. No es tan fácil, esta noche.

—¿Cuándo podrás? —preguntó John.

—¿Qué te hace pensar que quiero? —preguntó ella, riendo—. Encontrarme contigo, quiero decir.

Él se puso serio.

—Acabas de decir: «No es tan fácil, esta noche». A mí me suena como si el problema fuera el momento y no como si se tratara de un «no» rotundo.

—Tienes razón —Gillian reflexionó un segundo—. Tan solo me gustaría hablar. Me asusté cuando me dijiste por qué tuviste que abandonar tu trabajo. Me gustaría saber más cosas al respecto.

—Solo tienes que decirme cuándo.

—El jueves que viene Becky está invitada a una fiesta de cumpleaños y se quedará a pasar la noche. Mi marido tendrá una reunión en el club de tenis. Estoy disponible.

—¿El jueves que viene? Falta una semana para eso.

—Lo sé. —Siempre puedo echarme atrás en el último momento, pensó ella.

—Tómalo o déjalo —dijo John—. Probablemente sea la única opción que tengo de verte. De acuerdo. El jueves próximo. ¿Vienes a mi casa?

—¿A tu casa?

—¿Por qué no?

Ella tampoco quería quedar como una tonta. O una burguesa. O una estrecha.

—Mmm... vale, de acuerdo. ¿Vives en Londres?

John le dictó una dirección en Paddington y ella la garabateó en el tíquet de compra, junto al número que él le había anotado.

—Muy bien, pues. Hasta entonces —dijo ella.

—Hasta entonces —repitió John.

Jueves, 17 de diciembre

1

Luke Palm tenía treinta y ocho años, trabajaba desde hacía ocho como agente inmobiliario independiente y tenía como máxima no agobiar demasiado a sus clientes. Por supuesto, conocía el cliché del agente adulator y pesado que se dedicaba a acosar a la gente para engatusarla hasta que terminaban por comprar inmuebles que ni siquiera querían y cuyos fallos y deficiencias acababan pasando por alto gracias a la elocuencia de un intermediario sin escrúpulos. Él se había propuesto no llegar a comportarse de ese modo jamás, había intentado separarse claramente de eso y el éxito había acabado dándole la razón: se había ganado un cierto renombre por su corrección y su seriedad. La gente se ponía en sus manos con plena confianza.

Anne Westley también había recurrido a sus servicios, por recomendación de una conocida. Era una anciana muy simpática y sensata. Se habían entendido bien a la primera. Además, conseguir una clienta como ella era un verdadero golpe de suerte: no solo quería vender una casa, sino que además buscaba un piso de propiedad para sustituir la que vendía. Eso significaba el doble de ingresos para él. Por consiguiente, no era de extrañar que él se hubiera mostrado tan solícito con ese trabajo.

Había intentado contactar con ella varias veces durante la semana, pero solo había conseguido hablar con un contestador automático. Le había pedido que lo llamara urgentemente, pero había sido en vano. Quería informarle de un doble hallazgo: por un lado había encontrado a un posible comprador interesado en la casa del bosque de Tunbridge Wells y, por otro, acababan de ofrecerle un piso fantástico en Belgravia, completamente nuevo, y estaba convencido de que sería perfecto para Anne Westley. Quería poder efectuar las visitas de rigor antes de Navidad.

No comprendía por qué Anne no respondía a sus llamadas. Le había parecido muy interesada, muy decidida a poner fin de una vez al dudoso idilio que había mantenido con esa casa en el bosque. Y a Luke no le extrañaba lo más mínimo. Era

una finca fascinante, pero él no habría aguantado ni tres días allí.

El matrimonio que se había interesado por la casa tenía cinco hijos y un montón de animales. En ese caso Luke también estaba convencido de estar ofreciendo la casa perfecta para aquella familia. Cada vez le ponía más nervioso no poder contactar con la propietaria.

Y eso lo preocupaba.

Ese jueves la había llamado varias veces y, una vez más, había encontrado el contestador automático. No había dejado ningún otro mensaje porque ya debía de haberlo almacenado cinco o seis veces. Pero empezó a preguntarse si no sería el momento de romper ese axioma de no insistirles a los clientes.

No hacía más que preguntarse qué debía hacer. Se le ocurrió que podía simplemente coger el coche y acudir a ver a Anne Westley. Y descubrir qué ocurría en realidad.

A primera hora de la tarde ya no tenía citas pendientes, tan solo algo de papeleo que podía terminar en casa. En realidad lo que le apetecía era marcharse hacia allí y sentarse un par de horas en el escritorio, pero, aun así, dudaba sobre qué hacer. Tal vez sería una buena idea ir a Tunbridge Wells para ver a Anne. Tenía un mal presentimiento al respecto. Vivía completamente sola en medio del bosque. Por supuesto, cabía la posibilidad de que hubiera cambiado de planes y que hubiera decidido no mudarse, pero le pareció que, de haber sido ese el caso, ella se lo habría comunicado y no se habría limitado a evitarlo.

Luke Palm consultó el reloj. Eran más de las tres. Estaba nevando y el tamaño de los copos era cada vez mayor. La semana anterior ya habían caído un par de neviscas, pero la nieve se había fundido con bastante rapidez. La llegada del invierno ya era evidente y en todas partes se esperaban unas Navidades blancas. Los meteorólogos habían predicho nevadas especialmente intensas esa noche, pero Luke no tenía previsto quedarse mucho tiempo y por la noche esperaba estar ya en casa. Lo único que quería era ir a verla un momento, para asegurarse de que todo iba bien y para contarle que había gente interesada en poder ver la casa.

A las tres y veinte se puso en camino.

Debido a la nevada que empezaba a caer y a la consiguiente histeria de los conductores, tardó algo más de lo acostumbrado en salir de la ciudad. Eran casi las cinco cuando llegaba al pequeño aparcamiento que quedaba junto al bosque, detrás de Tunbridge. No había ni un solo vehículo aparcado. Después de considerarlo brevemente, Luke decidió dejar allí el coche y recorrer el resto del camino a pie. La ventisca había arreciado y no se fiaba mucho del estado del camino que llegaba hasta la casa de Anne Westley. No le apetecía nada quedarse atascado en algún punto y tener que bajar del coche para abrirse paso con una pala.

Ya había empezado a oscurecer y en ese bosque de altos árboles todavía llegaba

menos luz. Luke recorrió con dificultad el estrecho camino y la atmósfera que allí reinaba le pareció romántica y navideña, pero a la vez también algo amenazadora. La nieve sumía al mundo en el silencio. ¿Un silencio tranquilo o uno de esos que te quitan el aliento? No había sabido decirlo. Se preguntó de nuevo cómo era posible que alguien pudiera vivir en ese rincón del mundo.

Y de repente, casi irritado, pensó que Westley no debería haberlo hecho, que no debería haber arrastrado a su esposa hasta allí para cumplir el sueño de su vida. ¡No se le puede hacer algo así a alguien a quien quieres!

Tampoco era que Anne se hubiera quejado al respecto, pero Luke Palm tenía unas antenas muy sensibles para ese tipo de cosas. Había comprendido que, por encima de todo, esa casa había sido la realización del sueño del difunto marido de Anne, mientras que a ella no le había resultado fácil seguirlo. Después de que él hubiera muerto, ella había continuado viviendo allí hasta entonces por una mera cuestión de lealtad.

El camino desembocó por fin en el claro donde se encontraba la casa. Todo tenía el mismo aspecto de siempre, tal vez con un tinte algo más mágico debido al revoloteo de los copos de nieve y al hecho de que todos los árboles y arbustos parecieran revestidos de una capa blanca. Como en un cuento de invierno.

Espero que Anne no se enfade al ver que me presento aquí sin más, pensó Luke.

En toda la casa no había ni una sola luz encendida, pero Luke vio el coche de Anne a refugio, por lo que debía de estar en casa. Sin el coche difícilmente podría haber salido de allí.

Abrió la puerta del jardín y recorrió el sendero bordeado por altos arbustos. Le pareció que eran lilas, aunque también había algún jazmín. Ese jardín debía de ser un verdadero ensueño en primavera y verano. Pero sabe Dios qué podía llegar a ocurrir allí sin que nadie se diera cuenta de ello.

Subió los escalones hasta la puerta principal, llamó al timbre y esperó.

No se oía nada.

Por supuesto, también era posible que hubiera salido a pasear, para tomar un poco de aire fresco. Para ello no necesitaba el coche. De hecho, era muy posible. Sin embargo, Luke no habría sabido decir por qué pero no creía que fuera el caso. Desconocía el motivo exacto, pero cada vez sentía el peligro con más claridad. ¡Era un lugar tan aislado! Si hubiera sido tan insensato como para vivir en un lugar así, lo mínimo que habría hecho habría sido agenciarse un par de dóbermans adiestrados. Una mujer de casi setenta años, más sola que la una... De algún modo, era casi como provocar al destino.

Tonterías. Lo más probable era que estuviera sobredimensionando el asunto. Al final resultaría que había salido al bosque con un hacha para cortar un arbolito de Navidad y él habría estado formándose imágenes atroces en las que Anne habría sido,

como mínimo, víctima de un ladrón homicida.

No obstante, decidió probar suerte una vez más por la parte trasera de la casa. Durante la visita había visto que había una veranda y una segunda puerta que permitía acceder directamente a la cocina.

Luke rodeó la casa. Aunque la luz diurna estaba desapareciendo con rapidez, reconoció enseguida que la puerta de la veranda estaba abierta de par en par. En los escalones que llevaban hasta ella y sobre la parte de la terraza que no quedaba cubierta empezaba a acumularse la nieve. Nieve virgen. A pesar de que la puerta estuviera abierta, por ahí no había pasado nadie desde hacía horas.

Se detuvo y escuchó su propia respiración. Eso no tenía buena pinta. Anne tenía que estar en casa, pero en ese caso ¿por qué no había ni una sola luz encendida? Se acordó de las luces navideñas que había visto colocadas en las ventanas de la cocina durante la visita de la semana anterior. No había ni una sola encendida.

Había algo más de lo que estaba seguro: el silencio que reinaba a su alrededor era un silencio hostil. Ocultaba un secreto terrible, era acechante y malvado.

Buscó el móvil pero se dio cuenta de que lo había olvidado en el coche. Le habría gustado salir corriendo de allí y volver enseguida al aparcamiento, pero se obligó a no hacerlo. Tenía que descubrir lo que había ocurrido. Tal vez Anne Westley había tropezado y se había caído y estaba tendida en algún lugar de la casa, incapaz de moverse, y era cuestión de vida o muerte.

Pero entonces ¿por qué está abierta la puerta?

Poco a poco, subió los escalones. Deseó que la luz del día no desapareciera todavía. La oscuridad inminente solo empeoraba aún más las cosas.

—¿Hola? —dijo en voz baja—. ¿Hay alguien en casa? ¡Soy yo, Luke Palm!

No hubo respuesta.

Entró en la cocina y se dio cuenta de que en el interior no hacía menos frío que fuera. La puerta debía de llevar medio siglo abierta. Buscó a tientas un interruptor hasta que lo encontró, encendió la luz y se estremeció ante el resplandor que interrumpió el crepúsculo tan de repente.

Miró a su alrededor.

Excepto por lo heladas que estaban las paredes, la cocina tenía el mismo aspecto que si hubiera salido de ella unos minutos antes. Había una tetera, todavía medio llena, encima de la mesa. Y frente a ella, una taza. Vio que los folletos de pisos que le había dado a Anne cuando había ido a verla estaban esparcidos de cualquier manera. Al lado había velas que se habían consumido hasta el final. En el fregadero había platos sucios apilados. La mirada de Luke se detuvo en el calendario de pared que estaba colgado al lado, mostraba el día 10 de diciembre. Eso había sido el jueves de la semana anterior, cuando él había acudido a ver la casa. Desde entonces nadie había arrancado ni una sola hoja más.

Acongojado, examinó las lucecitas navideñas. El extremo del cable al parecer había sido arrancado del enchufe con bastante ímpetu, puesto que una de las guirnaldas luminosas se había desprendido de la ventana y había quedado enrollada como una cinta exánime alrededor de la cafetera que se encontraba justo debajo.

—Aquí hay algo que no encaja —dijo Luke. Necesitaba, por lo menos, oír su propia voz.

Atravesó la cocina, entró en el pasillo y encendió también allí la luz.

—¿Señora Westley? —la llamó con un susurro y enseguida se preguntó por qué se estaba comportando con tanto sigilo. Sabía cuál era la respuesta: tenía miedo de que le hubiera ocurrido algo más que un accidente, de que hubiera sucedido algo peor y amenazador en ese lugar perdido de la mano de Dios. Que tras todo aquello hubiera alguien que tal vez aún no hubiera huido, que pudiera seguir allí, en algún lugar de esa vieja y oscura casa en medio del bosque.

Lo mejor sería largarse cuanto antes. Pero primero tenía que encontrar a Anne. Si se limitaba a marcharse corriendo no sería capaz de volver a mirarse en el espejo en su vida.

Se preguntaba si sería un error encender todas las luces. De ese modo señalaba claramente su presencia incluso a lo lejos. Pero ¿cómo iba, si no, a reconocer nada? Maldijo la ocurrencia que había tenido de acudir hasta allí. A esas horas ya podría haber estado en casa desde hacía rato, sentado frente a su escritorio con una buena taza de café. Y en lugar de eso...

Con una ojeada rápida por la ventana del salón constató que la nieve caía todavía con más intensidad. Tendría verdaderos problemas para maniobrar con el coche en el aparcamiento.

Mientras estaba subiendo por la escalera notó por primera vez ese olor característico.

—Maldito estiércol —dijo en voz alta.

Pero no se hizo ilusiones: en realidad olía a podrido.

Encontró a Anne Westley en el baño que estaba justo al lado de su dormitorio. La anciana estaba tendida frente a la ducha, atravesada sobre la alfombrilla de rizo y con la mirada perdida en el techo que tenía sobre ella. De su boca, abierta hasta un punto poco común, sobresalía algo, algo cuadriculado, un paño, un trapo. Luke no habría sabido decir qué era exactamente. Tenía la nariz tapada con cinta adhesiva de paquetería y las muñecas y los tobillos atados, también con el mismo tipo de precinto. Estaba clarísimo que Anne no había sufrido ningún accidente. La habían asesinado de un modo brutal. El autor del crimen la había asfixiado bloqueándole todas las vías respiratorias. La víctima debió de haber luchado desesperadamente para liberarse del trapo que tenía en la garganta. En vano.

Debió de haber sucedido el 10 de diciembre, en cualquier caso eso era lo que

parecía indicar el calendario de la cocina. Justo después de que él se hubiera marchado. Después de que él le hubiera recomendado que cerrara bien la puerta.

Luke Palm se desplomó sobre el borde de la bañera, porque las rodillas le cedieron de repente y temió perder el equilibrio. Durante unos momentos tuvo la sensación de que le sobrevendría una bajada de tensión y que acabaría tendido en el suelo junto a Anne. Tenía el cuerpo y la cara completamente sudados. Apoyó la cabeza en las manos e intentó no mirar el cadáver, ignorar el olor que desprendía. Y a pesar de todo, intentó respirar hondo.

La debilidad fue pasando.

Levantó la cabeza y vio que el pestillo de la puerta del baño colgaba de un modo extraño y que los herrajes estaban medio arrancados. Parecía como si alguien hubiera forzado la puerta.

Gimió en voz baja cuando se dio cuenta del drama que probablemente había tenido lugar: comoquiera que el asesino de Anne hubiera conseguido entrar en la casa, al parecer ella había conseguido huir en primera instancia. Se había refugiado en el baño, una habitación en la que podía encerrarse, y se había parapetado allí dentro. Pero su perseguidor no había abandonado, había destrozado la cerradura y había entrado en él.

Anne debió de estar con el alma en vilo. Encerrada en esa pequeña estancia, sin posibilidad alguna de pedir ayuda por teléfono, ni siquiera la oportunidad de pedir ayuda gritando por la ventana. ¿Quién podría haberla oído? Además, en algún momento debió de darse cuenta que el otro acabaría venciendo. Que la puerta no podría contenerlo.

Luke se puso de pie con la esperanza de que sus temblorosas piernas lo sostuvieran. Tenía que llamar a la policía enseguida. Anhelaba que el teléfono funcionara, si no recordaba mal estaba abajo, en el salón. Seguía teniendo miedo, pero se dijo a sí mismo que todo parecía indicar que Anne llevaba una semana muerta y que, por lo tanto, era muy improbable que su asesino siguiera rondando por ahí. Consiguió racionalizar esos argumentos poco a poco y de algún modo le sorprendió la calma con la que estaba actuando. Sería más tarde cuando se daría cuenta de que lo había hecho bajo los efectos de un shock.

En voz baja murmuró el número de teléfono de la policía mientras bajaba por la escalera.

—Nueve-nueve-nueve, nueve-nueve-nueve...

No podía olvidar esos números por nada del mundo.

—Entonces cometí un terrible error —dijo John—, me habría dado de bofetadas durante meses por ello. Fui un idiota. Ella estudiaba en la academia de policía de Hendon. Yo era inspector de la Policía Metropolitana de Londres y ella estaba en período de prácticas, a mis órdenes. Bajo ningún concepto debería haber empezado una relación con ella.

Fuera la nieve seguía cayendo en copos cada vez más gruesos. Daba la impresión de que se iba a hundir el mundo. Incluso allí, en medio de la ciudad, parecía como si todos los sonidos hubieran desaparecido. Reinaba una calma casi solemne.

El dormitorio de John formaba parte de un gran piso antiguo, escasamente amueblado, ubicado en pleno Paddington, y en él no había más que un armario ropero y un colchón dispuesto directamente sobre el suelo. No tenía ni cortinas en las ventanas, ni alfombras. Había un par de periódicos abiertos sobre el parquet y en un rincón, una botella de agua mineral medio vacía.

Gillian había apartado las mantas porque tenía demasiado calor, a pesar del precario funcionamiento de la calefacción. Estaba tranquila y relajada y no obstante era consciente de que se estaba enredando en un buen número de problemas. Uno de ellos, tal vez el más grave, era si conseguiría volver a casa antes que Tom, puesto que la intensa nevada que estaba cayendo no se lo pondría fácil. Otro problema no tan grave, aunque más significativo a largo plazo, era la situación en la que estaba metiéndose: acababa de iniciar un idilio con otro hombre. Era poco probable que a partir de eso no fuera surgiendo una dificultad tras otra.

Después de pensarlo mucho, una vez superadas las dudas y las preocupaciones de la semana previa a su cita con él, todo había sucedido de forma rápida y casi inevitable. Había llamado a la puerta del piso de John y él la había abierto enseguida, la había tomado de la mano y la había hecho entrar. Se había sentido feliz y aliviado al verla.

—Hasta el último momento —le confesó—, temía que no vinieras.

—No podía hacer otra cosa —repuso Gillian. No había dejado de pensar en cancelar la cita de manera que toda aquella aventura quedara en nada, pero en ese momento se dio cuenta de que esa posibilidad en realidad no había existido. Ya estaba mucho más enredada de lo que había creído.

Él la tomó de la mano de nuevo.

—¿Te apetece un café?

—Después —contestó ella un segundo antes de pensar: ¡Dios mío, Gillian, no es posible que hayas dicho eso! ¡Cualquiera que te conozca se habría horrorizado al oírte! Todo esto resulta muy violento.

Él se quedó perplejo.

—De acuerdo —dijo con las cejas arqueadas—. Después.

La ayudó a quitarse el abrigo y la acompañó hasta aquel espartano dormitorio. Gillian llevaba casi un año sin sexo. De lo que más se arrepentía era del descaro con el que había instado a John a acostarse con ella enseguida. Probablemente acabaría demostrando su torpeza en la cama.

—Tal vez... sería mejor solo un café, de momento —murmuró ella.

Él sonrió.

—Como quieras.

Había dado un paso atrás. ¿Por qué siempre se comportaba delante de él de un modo tan distinto a como era realmente? Flirteaba, se mostraba provocadora y jugaba al ataque incluso cuando se trataba de sexo. Para luego echarse atrás y sentirse ridícula de repente.

—No lo sé, no sé lo que quiero.

Él la miró expectante.

—Yo no soy así —prosiguió Gillian—. Quiero decir que no soy como tú me ves. Cuando estoy contigo digo y hago cosas que no encajan conmigo. No me conozco. Y no sé por qué me ocurre.

John extendió un brazo. Con un dedo le tocó suavemente la barbilla a Gillian y trazó una línea que pasó por el cuello de ella hasta llegar al escote del jersey. Ella no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera todo el cuerpo.

—¿Te has parado a pensar que esto podría estar ocurriendo al revés? —preguntó él—. ¿Que la Gillian que se acaba de mostrar tan directa y descarada podría ser la verdadera Gillian mientras que la otra, la de la vida cotidiana, podría ser la extraña?

Ella se quedó perpleja. Al fin y al cabo, tenía razón. Tal vez vivía más presa por las convenciones y el miedo de lo que habría esperado. Tal vez había sido la educación que había recibido lo que le impedía deshacerse de aquellas restricciones. Quizá no conseguiría deshacerse jamás de ello.

—No pretendo manipularte, por supuesto —explicó John.

—Tampoco es que yo me deje manipular —replicó Gillian.

Si me aparto ahora, pensó ella, si me limito a tomar un café y luego me marcho a casa, no volveré a atreverme en mi vida. Porque no volverá a presentarse una ocasión como esta.

—Quiero acostarme contigo —dijo ella.

Él la rodeó entre sus brazos.

—Qué suerte tengo —susurró él—, creo que no habría podido soportar que me dijeras cualquier otra cosa aparte de eso.

Cuando hubieron terminado, exhaustos y tal vez incluso después de que se hubieran quedado dormidos un momento, John abrió los ojos y le dijo que la amaba.

Gillian lo miró y se dio cuenta de que se lo decía en serio.

Ella se quedó dormida de nuevo y no volvió a despertarse hasta que John se levantó y salió de la habitación. Ella observó cómo volvía con dos tazas. Tomaron café y estuvieron mirando por la ventana cómo nevaba, cada vez con más intensidad. Gillian reconoció el caballete de la fachada de enfrente. De la ventana de la buhardilla colgaba una lámpara en forma de estrella y la nieve se acumulaba encima y formaba una especie de cofia efímera.

—¿Por qué no tienes una cama como Dios manda? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Si te fijas, verás que en mi piso no hay muebles. Es evidente que estoy bloqueado.

—¿Bloqueado?

Él se rió.

—¿Me imaginas en una tienda de muebles? ¿Comprando un mueble de pared, una mesita de centro y una alfombra?

—Creo que eso depende de cada uno.

—Todo cuanto poseo procede de diferentes mercadillos y rastros y se limita a lo imprescindible. Si me acomodo en ese sentido, acabo ahogándome.

—¿Siempre has sido así?

John acertó lo que ella había querido preguntarle en realidad:

—¿Quieres decir si esto tiene algo que ver con mi trabajo? O mejor dicho, ¿con el que me vi obligado a abandonar?

—Fue una ruptura en tu vida.

—Sí, pero nada que me haya cambiado como persona. Siempre he sido así. Bastante poco convencional. De lo contrario, probablemente no me habría enredado en toda esa tontería.

—Querías contarme más acerca de ello —le recordó Gillian.

Él jugueteó con el pelo de ella y la miró perdido en sus cavilaciones.

—Sí —dijo al fin—, creo que puedo contarte algunas cosas.

Acto seguido, se puso a hablar de sus errores. Los errores que le habían cambiado la vida.

—Pero lo que quisieron imputarme posteriormente, la coacción sexual, simplemente no era cierto. Tuvimos un idilio. Ella lo deseaba tanto como yo. Sus señales no dejaban lugar a dudas. Pero por supuesto fue una estupidez por mi parte permitir que ocurriera.

—¿Cuánto tiempo duró vuestra relación?

—Más o menos cuatro meses. Lo pasamos bien. Era joven y muy guapa, simplemente me gustaba estar con ella.

—¿Cuántos años tenías?

—Treinta y siete. Ella tenía veintiún años. Pensaba... bueno, pensaba que simplemente lo pasaríamos bien juntos hasta que acabara encontrando a alguien más o menos de su edad, con quien terminaría casándose... Yo me limité a disfrutar el momento.

—¿Y cuándo acabó todo?

Él sonrió amargamente.

—Cuando ella suspendió uno de los exámenes. Era realmente buena, pero tuvo un mal día. Se equivocó en una prueba especialmente importante. Pero tampoco es que fuera un gran drama, lo único que tenía que hacer era repetir la asignatura más adelante. Sin embargo... enloqueció por completo. No quiso aceptar esa derrota. Me suplicó que «resolviera el asunto», que hablara con los examinadores, que los instara a aprobarla, a revisar la nota, qué sé yo.

Gillian negó con la cabeza.

—Pero no podías hacerlo.

—Por supuesto que no. Ni siquiera si hubiera querido: las cosas no funcionan de ese modo, ya se lo expliqué. Pero no quiso escucharme. —Ahora era él quien negaba con la cabeza. Parecía sorprendido aún por la situación en la que se había visto envuelto de repente—. Estaba fuera de sí. Me amenazó con hacer pública nuestra relación por todo Scotland Yard si no intercedía en su favor. No obstante, yo no podía corresponder a su deseo. Simplemente no estaba en mis manos.

—¿Y cómo fue lo de la coacción?

—No hubo coacción —aclaró John—. Al final quise terminar nuestra relación, ya no tenía sentido que siguiéramos juntos. Por desgracia fui lo bastante tonto como para... —dejó de hablar.

—¿Qué? —preguntó Gillian.

—Fui lo bastante tonto como para acostarme de nuevo con ella. De hecho, justo cuando le estaba diciendo que lo dejábamos. La situación fue confusa, ni siquiera sé por qué lo hice.

—Probablemente porque era una joven muy guapa —dijo Gillian sin sarcasmo.

—Sí —suspiró John—. Tienes razón. En cualquier caso, ella se dio cuenta de que no iba a cambiar de opinión, de que lo nuestro había terminado de todas formas. Y entonces se puso completamente histérica. Llegó a asegurarme que no había querido acostarse conmigo esa última vez y fue corriendo a ver a mis superiores para acusarme de violación. Hubo una investigación y el caso acabó en la fiscalía.

—¡O sea que te metió en un buen apuro!

—No te quepa ninguna duda de eso. El hecho de que hubiéramos mantenido relaciones sexuales era fácil de probar, pero al fin y al cabo yo tampoco lo desmentí en ningún momento. Tan solo insistí en que había sido de mutuo acuerdo. Se autolesionó y se comportó igual que una mujer traumatizada. Además, hay que añadir que, por así decirlo, yo era el jefe de sus prácticas. No cometí ningún delito por el simple hecho de haber mantenido una relación con ella, pero sí contravine un buen número de normas no escritas. Me suspendieron de mi cargo de forma cautelar.

—Pero ¿no podías demostrar tu inocencia?

—No. En este tipo de historias es muy difícil demostrar nada. Por suerte, varios dictámenes médicos pusieron muy en duda las heridas que presentaba y en algunos casos demostraron con toda seguridad que se las había inflingido ella misma. Por no decir que se contradijo en varios aspectos. El caso no cumplía con los requisitos de pruebas de la fiscalía y al final terminaron por levantar la acusación.

—¿Y aun así tuviste que dejar el cuerpo?

—Podría haberme quedado, pero una cosa estaba muy clara: el responsable de lo ocurrido fui yo. No debería haber empezado jamás una relación con ella. El error había sido mío, el culpable era yo. No tardé mucho en abandonar el cuerpo. Sabía que se me relacionaría con aquella historia para siempre y de repente me harté de todo. De la hipocresía de mis compañeros, de las miradas que me compadecían o se alegraban de mi desgracia, de los cuchicheos... Quería marcharme y lo hice. Y hasta hoy estoy contento de haber tomado esa decisión.

—¿De verdad?

—¡Absolutamente, sí! Luego fundé esa empresa de protección privada y ahora trabajo de forma independiente, soy mi propio jefe y llevo justo el tipo de vida que quiero. Y así no tengo que servir a una jerarquía llena de intrigas, preferencias y lameculos. He tardado en darme cuenta, pero por suerte no ha sido demasiado tarde.

Ella lo miraba con atención mientras se preguntaba si sentía de verdad lo que decía o si se esforzaba en ver las cosas por su lado bueno para poder soportarlas mejor.

—¿Por qué querías ser policía, pues? —preguntó Gillian.

—Por idealismo —respondió él—. Quería proteger a los buenos y perseguir a los malos. Al principio solo se trataba de eso. Pero todas esas ideas se pierden cuando ves realmente cómo funciona ese trabajo, supongo que pasa con todo. Con la mayoría de las profesiones, quiero decir.

—Pero los niños a los que entrenas...

—Bueno sí —dijo él con una sonrisa—. Eso son los vestigios de mi idealismo. Estoy plenamente convencido de que se puede evitar que los niños y jóvenes se conviertan en unos holgazanes, de que toda esa energía que tienen puede aplicarse en cosas positivas. Es el aburrimiento, tanta actividad sin sentido a lo largo del día, lo

que los hace propensos a todo lo negativo: las drogas, la violencia y la ineptitud. Necesitan algo en su vida que constituya un objetivo por el que estén dispuestos a comprometerse hasta el final. Para mí, el mejor método es el deporte. Eso es lo que yo puedo ofrecerles y los resultados que consigo con ello son buenos.

—Pero ¿por qué en Southend? ¿Por qué tan lejos?

—Al principio lo intenté en un par de clubes de Londres, pero siempre surgían problemas en cuanto alguien descubría que había trabajado en Scotland Yard y el motivo por el que había salido de allí. Al final decidí probar suerte más lejos con la esperanza de que a la gente no le resultaría tan sencillo hurgar en mi vida. En Southend no hay tantas familias problemáticas y además entreno a niños que sin duda no están tan expuestos a ciertos riesgos, pero de todos modos tengo la oportunidad de ayudar realmente. Y está bien que las cosas hayan tomado ese rumbo, ¿no? —Dejó la taza que tenía en la mano en el suelo, junto al colchón, y abrazó a Gillian—. De lo contrario, no te habría conocido jamás. Y eso —empezó a besarla— habría sido una verdadera lástima.

Se acostaron de nuevo y cuando terminaron la oscuridad se había apoderado ya tanto de la calle como de la habitación. Gillian se dio cuenta de que apenas podía mantener los ojos abiertos. Con un último pensamiento en mente, en ningún caso debo quedarme dormida de nuevo, se deslizó en un sueño profundo sin poder hacer nada para evitarlo. Se sentía feliz, pero también estaba agotada.

Cuando despertó, nada había cambiado. Todo estaba a oscuras y gracias a la luz de la farola que había frente a la ventana pudo ver cómo caía la nieve. Consultó el reloj y se sobresaltó: eran las ocho y media. Tom volvería a casa a las diez como muy tarde. Tenía una hora y media para regresar a casa y ducharse a conciencia, pero ante el hecho de que hubiera estado nevando de manera ininterrumpida durante las últimas cinco horas Gillian se preguntó si el trayecto de vuelta no resultaría especialmente tortuoso.

Podía oír la respiración de John junto a ella. Gillian se levantó sin hacer ruido, se vistió, cogió el bolso y salió de la habitación de puntillas. En el largo pasillo de ese piso antiguo tampoco había muebles, únicamente un perchero fijado a la pared del que colgaban un par de chaquetas y un abrigo. Encima de todo se encontraba el abrigo de Gillian y bajo el perchero estaban sus botas.

En cuanto se lo hubo puesto todo, John apareció junto a ella con una toalla envuelta a la altura de las caderas.

—¿Te marchas ya? Quería preparar algo para comer, beber una copa de vino contigo...

Ella negó con la cabeza.

—Mi marido volverá enseguida a casa. Llegaría demasiado tarde. Además, tengo miedo de quedarme atascada en la carretera por culpa de la nieve, con la que está

cayendo.

—¿Quieres que te lleve yo?

—No. Me las arreglaré sola.

John acarició el rostro de Gillian.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Te llamaré —dijo Gillian.

El trayecto le pareció interminable, con remolinos de viento, coches atravesados y un embotellamiento constante que la demoró hasta el punto de que llegó a casa justo al mismo tiempo que su marido. Se había pasado todo el rato maldiciendo porque sabía que poco a poco se iba agotando la ventaja que tenía sobre Tom y porque le daba pánico la idea de no poder ducharse antes: olía a John. Olía a sexo.

No podía encontrarse con Tom de ese modo.

Al ver que llegaban al mismo tiempo a la entrada del garaje procedentes de direcciones distintas, Gillian comprendió que tenía que superar la situación a toda costa.

Eran casi las diez y media de la noche. Tom también llegaba más tarde de lo habitual.

—¿De dónde vienes? —pregunto él, sorprendido.

—De Londres —dijo ella, fiel a la verdad—. He ido a hacer unas compras navideñas. —Tom se dio cuenta de que no llevaba ni una bolsa en la mano—. Ah... pero no he encontrado nada, por lo que he ido a comer algo y me he entretenido. Bueno, y luego la nieve. Todas las calles estaban congestionadas.

—¿Y Becky?

—Se quedaba a pasar la noche en casa de Darcy. Celebraban una fiesta de cumpleaños.

Aparcaron los coches en el garaje y entraron en casa. Chuck acudió maullando a su encuentro. El contestador automático estaba parpadeando, lo que señalaba que había mensajes almacenados por escuchar.

—Me he puesto de los nervios conduciendo —dijo Gillian—, he sudado un montón. Creo que me voy a pegar una ducha rápida.

Tom asintió distraídamente mientras accionaba la tecla de reproducción del contestador automático. Solo había un único mensaje.

Ninguno de los dos reconoció la voz que resonó en la estancia.

—Esto... bueno, hola, me llamo Samson Segal. Soy... vivo un par de casas más abajo. En la misma calle, al final. Mi hermano fue cliente suyo una vez. Yo... bueno, quería decirles que su hija está conmigo. El caso es que no podía entrar en su casa, la he visto bastante desesperada y le he... bueno, ha venido conmigo a casa. Pueden pasar a recogerla cuando quieran. —Hizo una larga pausa. Estaba clarísimo que era

de los que lo pasan realmente mal hablando con esa clase de aparatos—. Bueno... hasta luego, pues. —Otra pausa y una respiración estresada y finalmente, colgó.

—¿Qué? —preguntó Tom, desconcertado.

Gillian, que había olvidado la prisa que tenía por meterse en el baño, se volvió hacia Tom.

—¡No puede ser! ¡Tenía que pasar la noche en casa de Darcy!

—¿Por qué se va a casa de un desconocido? —exclamó Tom asustado y airado—. ¿Y por qué no estabas aquí?

—¿Y tú? ¿Por qué no estabas tú aquí? —gritó Gillian.

—Estaba en el club de tenis. ¡Ya te había dicho que volvería tarde!

—¡Siempre vuelves tarde! Y entonces es cuando yo no puedo salir nunca, porque tengo que quedarme haciendo guardia. ¡Si casi ni vives en casa!

—¿Crees que es el mejor momento para pelearse? —refunfuñó Tom.

Gillian lo apartó de su camino con decisión y se dirigió al perchero para coger su abrigo.

—¡Me marchó a recoger a mi hija!

—Voy contigo —dijo Tom.

Pocos minutos más tarde llamaban a la puerta de la casa de la familia Segal. Solo tardaron unos segundos antes de abrir.

Samson Segal apareció ante ellos.

—Yo... ya imaginaba que serían... ustedes —tartamudeó.

Tom lo apartó enseguida hacia un lado y entró en el recibidor.

—¿Dónde está nuestra hija?

—Se... se ha dormido. Vien... viendo la tele —explicó Samson.

Sin esperar a que este se lo ofreciera, Tom fue en dirección a las voces que sonaban procedentes de un televisor encendido. Gillian sonrió a Samson a modo de disculpa y siguió a su marido.

Efectivamente, Becky se hallaba tendida en el sofá del salón, durmiendo frente al televisor. Junto a ella, en un sillón, estaba sentado Gavin Segal, atento a la información que aparecía en pantalla. Había una mujer sentada a la mesa, pintándose las uñas.

Gavin se puso de pie enseguida.

—Señor Ward...

—¿Qué hace Becky aquí? —preguntó Tom con tono cortante.

—Tom... —dijo Gillian para intentar calmarlo.

—Mi hermano pasaba por delante de su casa por casualidad cuando la ha visto llamando a la puerta y llorando —explicó Gavin—. Si no lo he entendido mal, volvía de casa de una amiga y no ha encontrado a nadie en casa. Samson no ha querido que tuviera que quedarse allí con la nevada que estaba cayendo, por eso la ha traído a

casa.

—Ya le he dicho que les dejara un mensaje en el contestador —apuntó la mujer.

Becky abrió los ojos, miró sorprendida a sus padres y se puso de pie de un salto.

—¡Papá! —exclamó antes de lanzarse a los brazos de Tom.

—Ha sido un gesto muy amable por su parte, señor Segal —le dijo Gillian a Samson, que se había quedado tras ella por timidez—. En realidad mi hija debería haber pasado la noche en casa de una amiga. De lo contrario habría encontrado a alguno de nosotros en casa.

—Me he peleado con Darcy —explicó Becky—, no quería quedarme allí.

—¿La madre de Darcy sabe que te has marchado? —preguntó Gillian.

—Sí. Se lo he dicho.

—¿Y no se ha asegurado antes de que hubiera alguien en casa? —preguntó Tom, atónito.

—Tenía a quince niñas que se quedaban a pasar la noche —la justificó Gillian—. ¡Lo más probable es que ni siquiera supiera dónde tenía la cabeza!

—Aun así, no puede ser que...

Gillian deseó que Tom dejara de una vez de echar pestes de todo, ya se sentía lo bastante mal de todos modos.

Mi hija no ha podido entrar en casa porque yo me estaba acostando con mi amante.

Y era cierto: a diferencia de Tom, ella no había dicho que se ausentaría. Becky había tenido la seguridad de que encontraría a su madre en casa.

Podría haber pasado alguien peligroso y podría habérsela llevado...

—Me he ocupado de Becky con mucho gusto —habló Samson—. Yo... ¿S... saben?, me gustan los niños.

—Sí, muchas gracias —dijo Tom de mala gana. Por fin empezaba a darse cuenta de que Samson Segal no había hecho nada malo.

—Si... si alguna vez me necesitan... Tengo tiempo...

—Mi cuñado está en el paro —mencionó la mujer con tono mordaz mientras movía las manos para que la laca de uñas se secara más rápido.

—Muchas gracias —repitió Tom. Quería regresar a casa. Todo aquello le parecía horrible, Gillian lo sabía perfectamente: aquella mujer con la voz demasiado estridente, la laca de uñas de color rojo oscuro, el tartamudeo de Samson Segal, el aparente agotamiento de su hermano, el exceso de calefacción en el salón y el televisor a todo volumen. Estaba furioso y Gillian tenía claro que esa rabia iba dirigida sobre todo contra ella. Porque no había estado allí. Porque había permitido que sucediera todo aquello.

Durante el breve trayecto de vuelta a casa, Tom mantuvo la boca cerrada. Ya en casa, al principio tampoco dijo ni una sola palabra. Fue más tarde, después de que

Gillian hubiera dejado a Becky en la cama y se hubiera duchado, cuando de repente le dijo:

—Ese tipo no me gusta. Estoy seguro de que le falta más de un tornillo.

Lo dijo tendido en la cama, con un libro en la mano que, sin embargo, no estaba leyendo. Se limitaba a mirar fijamente la pared que tenía enfrente.

Gillian estaba en medio de la habitación peinándose el pelo que todavía tenía húmedo.

—¿Quién?

—Ese tal Segal. Con ese nombre tan raro, Samson. Samson Segal. Ese tío no está bien de la cabeza.

—¿Por qué? Es tímido y retraído, pero también es muy amable.

—No es normal —insistió Tom—. ¿Qué tipo de persona llevaría una vida como la suya? Tiene más de treinta años y vive con su hermano y su cuñada. Es incapaz de decir una sola palabra sin que se le trabe la lengua. No hay ninguna mujer en su vida...

—¿Cómo lo sabes?

—Se le nota. Es demasiado reprimido con las mujeres. Me pregunto cómo debe de desahogarse. ¡A lo mejor le van los niños!

Gillian negó con la cabeza.

—Estás intratable, Tom. Hace un momento te has comportado de un modo imposible. El señor Segal ha hecho justo lo que uno espera de un buen vecino: en una situación de emergencia se ha preocupado por un miembro de nuestra familia. Y tú, en cambio, lo tratas como si fuera casi un pederasta. Me alegro de que pasara por casualidad por delante de casa en el momento adecuado. Podría haber sido otro tipo de persona, me pongo enferma con solo pensarlo.

—Exacto —dijo Tom. Dejó el libro a un lado y se incorporó—. Creo que es exactamente eso lo que me irrita: ¿cómo es posible que casualmente pasara por aquí?

—¿Otra vez?

—¿Recuerdas el sábado pasado? Cuando salimos de casa. Ese tipo estaba justo delante de la puerta del jardín. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Ni idea. Estaría paseando y debía de detenerse aquí y allí para mirar las casas. Su cuñada ya ha dicho que está en el paro. Se pasa el día vagando por ahí, probablemente no sabe qué hacer.

—Pero ¡sobre todo se dedica a merodear por delante de nuestra casa! —dijo Tom.

—¿Solo porque lo viste el sábado? —preguntó Gillian. Sin embargo, no pudo evitar una cierta angustia al pensar en ello. Le vino a la memoria la última visita de Tara. Cuando la había acompañado hasta la puerta para despedirse de ella y había visto a Samson Segal pasando por delante de casa justo en ese momento. Tara había recordado haberlo visto ya por ahí al llegar. Realmente, durante las últimas semanas

Samson Segal se había cruzado con la familia Ward con una frecuencia poco habitual.

No obstante, podía tratarse de una mera casualidad.

Se metió en la cama y se tapó con las mantas hasta la cabeza. No paraba de pensar en John en todo momento. Tan solo hacía un par de horas que se había acostado con él. Y en ese instante estaba en la cama junto a Tom, cruzando críticas por lo desagradable que había sido esa noche.

Así que eso es lo que siente alguien que vive en dos mundos a la vez, pensó Gillian. Por un lado, sexo apasionado con un hombre impenetrable que vive en un piso de alquiler de Londres prácticamente vacío. Y luego, de vuelta a la casita de siempre en Thorpe Bay, con las habituales riñas conyugales y las preocupaciones por la hija.

—Becky debe aprender que no puede marcharse con el primer desconocido que pase —dijo Tom—. ¡De verdad pensaba que lo había aprendido desde hacía tiempo!

No estaba dispuesto a dejar el tema sin más.

Gillian puso los ojos en blanco.

—Lo ha aprendido. Pero es un vecino, algo apartado, pero un vecino de todos modos. Al menos lo conoce de vista.

—Sí, ¿y qué? No sería la primera vez que un niño encuentra su perdición en ese tipo de vecinos en los que más confían.

—Mañana hablaré de nuevo con ella muy seriamente al respecto —dijo Gillian.

Y no volveré a ver a John, se juró a sí misma, no puede volver a ocurrir una situación como esta.

No se refería tan solo a la circunstancia de que su hija se hubiera desesperado frente a la puerta de casa sin poder entrar. Se refería a todo: a las mentiras, esas prisas por volver a casa, a aquella vergonzosa ducha.

Probablemente no estaba hecha para vivir entre dos mundos.

De repente empezó a llorar. Lloró en silencio y hundida en la almohada para disimularlo. Pensó en cómo le había ido en la cama con John. En lo tierno y a la vez lo salvaje que había sido. Pensó en aquel piso tan espartano y en el contraste que suponía respecto a la casita con torreta y salidizo en la que se encontraba.

Deseó poder volver a estar en ese piso.

Al día siguiente llamaría a Tara y se lo contaría todo. Bueno, casi todo. Omitiría aquella mancha negra en el pasado de John. Al fin y al cabo había creado su propia empresa. Y puesto que Tara no llevaba ni ocho años viviendo y trabajando en Londres, no debía de conocer el caso de Burton. Pero es que el caso tampoco era el problema.

El problema eran Tom, Becky y la vida en común que habían tenido hasta el momento.

Necesitaba hablar con alguien, necesitaba que le dieran algún consejo acerca de

qué demonios debía hacer.

Lloró aún más intensamente al pensar que Tara probablemente también se quedaría perpleja esa vez.

Lunes, 21 de diciembre

1

—Pocos días antes de Navidad —dijo Peter Fielder con tono deprimido— y aquí estamos, intentando resolver otro horrible crimen y del que no tenemos ni el más mínimo indicio. Ahí fuera hay un asesino suelto que mata a las mujeres de un modo brutal y ni siquiera somos capaces de dar un paso adelante.

Estaba sentado en su despacho, de madrugada como siempre, rodeado de la calma insólita que reinaba en ese gran edificio, prácticamente vacío. Por supuesto, Christy McMarrow también se hallaba allí. Estaban sentados frente a frente, tomando café. Estaban agotados, completamente exhaustos. El fin de semana, entendido como equivalente a los términos «tiempo libre» y «dormir a gusto», no había hecho justicia a su nombre en lo más mínimo. No después de que un agente inmobiliario hubiera llamado a la policía desde una casa perdida en algún lugar del bosque que quedaba detrás de Tunbridge Wells porque había encontrado el cadáver de una clienta. Lo había hallado en el baño y al parecer debía de llevar allí al menos una semana. El agente que se había desplazado hasta el lugar de los hechos había encontrado un paño de cocina metido en la boca de la víctima hasta el fondo de la garganta, por lo que había informado de inmediato al inspector Fielder de Scotland Yard. Este había acudido a ese lugar aislado junto a Christy esa misma noche a pesar de la intensa nevada que había estado cayendo. Tanto en Londres como en los alrededores el tráfico estaba completamente colapsado, pero de todos modos consiguieron llegar a su destino. La imagen que los esperaba allí había sido tan horrible y repulsiva como la que habían visto en el piso de Carla Roberts, pero a ello había que sumar el absoluto aislamiento de la casa en medio del bosque.

—Esto es para volverse loco —le había dicho Peter a Christy, completamente desconcertado al ver qué lugares tan singulares era capaz de elegir la gente para vivir.

Durante las primeras horas había sido Luke Palm, el agente inmobiliario de

Londres, quien le había proporcionado información relevante acerca de la víctima. Fielder lo había encontrado abajo, en el salón, sentado en el sofá con el rostro lívido. Una agente compasiva le había servido una taza de té de su propio termo, pero no parecía dispuesto a tomar ni un solo sorbo. Se esmeraba en sostener la taza en la mano como si estuviera esperando que en algún momento llegara otra persona y volviera a quitársela. Fielder se dio cuenta de que no paraba de tragar saliva y de que se humedecía los labios con la lengua una y otra vez.

Le había contado todo cuanto sabía acerca de la difunta: que se llamaba Anne Westley, que tenía casi setenta años y llevaba tres viuda. Que su esposo y ella habían comprado esa casa para convertirla en su lugar de retiro, que la habían renovado y que su marido había muerto justo después de terminar las obras de reforma. Que Anne no soportaba más tanto aislamiento y que había decidido llamarlo para que él, Luke Palm, se ocupara de vender la casa. Que al mismo tiempo le había pedido que le buscara un piso en Londres. Finalmente, Palm le había dicho que le había parecido extraño que no se hubiera puesto en contacto con él a pesar de que él le había dejado varios mensajes en el contestador automático diciéndole que tenía novedades respecto a personas interesadas en la casa. Que por eso había decidido acudir hasta allí. Para descubrir...

En ese punto de la descripción había empezado a temblar hasta el punto de derramar el té por el suelo. Fielder le había quitado la taza de la mano con cuidado, pero Palm ni siquiera pareció darse cuenta.

—¿Hay algún motivo en concreto por el que ha sentido tanta preocupación por ella? —le preguntó con cautela—. No conseguía contactar con ella, de acuerdo. Pero de ahí a venir a verla... No puede decirse que esta casa quede a la vuelta de la esquina precisamente. ¿Hubo algo más? ¿Algo que lo inquietara? Podría ser importante.

Palm reflexionó, pero no se le ocurrió nada.

—No, de hecho no. Quiero decir que me pareció inquietante que una anciana de casi setenta años viviera sola en un lugar tan apartado como este. Pero no pensaba tanto en un crimen como en la posibilidad de que hubiera tropezado y se hubiera caído, por ejemplo, que no pudiera llegar al teléfono. Nadie se habría dado cuenta.

—¿La señora Westley le mencionó en algún momento que le hubiera ocurrido nada fuera de lo habitual?

—¿Algo fuera de lo habitual?

Fielder pensaba en el ascensor del edificio de Carla Roberts y en el funcionamiento peculiar que esta había observado poco antes de que la asesinaran.

—Algo que la inquietara.

—No mencionó nada al respecto.

—¿Por qué quería marcharse de aquí precisamente en esa época del año? Poco

antes de Navidad, en pleno invierno... No es que sea la época del año más típica para cambiar de vivienda, ¿verdad?

—Más bien al contrario, no es nada habitual —concedió Luke Palm.

—¿Y qué motivo le dio ella?

—Que llevaba demasiado tiempo sintiéndose sola en esta casa. No me lo dijo directamente, pero me di cuenta de que si había aguantado tanto tiempo había sido por lealtad a su difunto marido. Que había sido él quien había tenido esa casa como proyecto y ella había tenido escrúpulos a la hora de desprenderse de la finca justo después de haber enterrado a su marido. Pero sencillamente ya no aguantaba más viviendo aquí.

—¿Mencionó algo en concreto que hubiera podido precipitar la decisión?

—No.

—Según me han informado mis colaboradores, les ha dicho que estuvo usted aquí la semana pasada, el diez de diciembre, para visitar la casa. Y que, en su opinión, fue precisamente ese día cuando la asesinaron.

—Por el calendario —dijo Palm en voz baja—, el de la cocina. Todavía está por arrancar la hoja del día diez de diciembre. Eso es lo que me hace pensar de ese modo.

—¿No le llamó nada la atención, mientras estuvo aquí?

—No.

—¿Había más coches abajo, en el aparcamiento?

—No.

—¿Y cuando se marchó? ¿Tampoco se encontró con ningún coche?

—No, por desgracia no. —Palm negó con la cabeza—. Me gustaría poder ayudarlo más, pero no había ninguno. En cualquier caso, que yo me diera cuenta, no.

En ese momento Christy McMarrow entró en la estancia y le pidió a Fielder que subiera.

—Los compañeros que recogen pruebas —dijo— han encontrado algo.

En la primera planta había un agente frente a la puerta del cuarto de baño. Sostenía una bolsita de plástico transparente que contenía un proyectil de arma de fuego.

—Al parecer la utilizó para abrir la puerta tras la que se había parapetado la víctima. Hizo saltar a tiros el cerrojo.

—Interesante. —Fielder contempló el proyectil con los ojos entornados—. En el otro lugar de los hechos no encontramos ningún indicio de la existencia de un arma de fuego. Deberíamos volver a comprobarlo de nuevo más a fondo.

—Pero señor, si ya...

—Da igual. Mañana mandaremos de nuevo un equipo al piso de Carla Roberts.

Las investigaciones habían tenido lugar durante todo el fin de semana. Sin embargo, no habían encontrado pruebas de que se hubiera utilizado ninguna arma de

fuego en el piso de Carla Roberts a pesar del minucioso registro al que habían sometido la vivienda. El forense le había practicado la autopsia a Anne Westley. Christy había recibido los resultados ese mismo lunes por la mañana.

—El forense confirma las sospechas del agente inmobiliario acerca del momento del crimen —dijo Christy tras tomar un sorbo de café—. Es muy probable que sucediera el diez de diciembre. Podría haber ocurrido también el once, pero el calendario confirma la primera hipótesis.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —preguntó Peter Fielder—. ¿También murió ahogada en su propio vómito?

—No. El asesino también le metió el trapo en la garganta con gran brutalidad, pero al parecer no llegó a provocarle náuseas. Al final le taponó la nariz herméticamente con precinto adhesivo y eso le provocó la asfixia.

—Habría sido más fácil pegarle un tiro.

—Pero probablemente eso le habría parecido demasiado rápido.

Fielder asintió mientras examinaba sus anotaciones. Habían descubierto que el marido de Anne, Sean Westley, había sido profesor en la Universidad de Londres. Que a raíz de un accidente ocurrido tres años atrás había muerto de una pulmonía. Antes de retirarse, Anne había trabajado como pediatra en una clínica de Kensington. La pareja no tenía hijos.

—Tenemos que informarnos acerca del consultorio de la víctima —dijo Fielder—, por si en algún momento se produjo un caso de negligencia médica en el que Anne Westley se viera envuelta.

—¿Está insinuando la posibilidad de que se trate de la venganza de unos padres rencorosos? —preguntó Christy—. ¿Qué relación hay entre eso y Carla Roberts?

—Casi ninguna. Solo quiero descartarlo. ¿Estamos de acuerdo, pues, en que podría tratarse del mismo asesino?

—Puesto que hemos tratado el tema del paño de cocina con la mayor confidencialidad, podemos descartar la posibilidad de que el asesino haya imitado el método utilizado para el primer crimen. Los dos casos llevan la misma firma unívoca. Es de suponer que en el caso de Roberts el asesino también debía de llevar un arma, aunque no llegara a utilizarla. Pero eso explica que Carla Roberts aparentemente se hubiera dejado atar de pies y manos: debió de amenazarla con un arma.

Fielder revisó sus notas de nuevo como si fuera posible arrancarles la solución al enigma con solo mirarlas fijamente el tiempo necesario.

—¿Qué hay de las dos víctimas? ¿Tenían algo en común? ¿Hay algo que relacione a Carla Roberts con Anne Westley?

—A primera vista solo tenían en común el hecho de que vivían solas —respondió Christy—. En los dos casos tenemos vidas especialmente aisladas y solitarias. Las dos habían perdido a sus respectivas parejas, una por divorcio y la otra por

fallecimiento. Anne Westley no tenía parientes. Carla Roberts sí tenía una hija, pero mantenía poco contacto con ella. En ambos casos el asesino pudo matarlas con bastante tranquilidad. Podía contar con que tardarían en descubrirse los casos.

—Y eso es todo.

—Es mucho. Si tenemos en cuenta que tal vez sea eso lo que motivó al asesino: la mera oportunidad de matarlas. Independientemente de quién fuera la mujer, de cuál fuera su destino y cuál fuera su historia.

—En fin —dijo Fielder—, podría tratarse de una coincidencia. Eso me convencería en el caso de la señora Westley. Un psicópata que se encontrara merodeando por el bosque acechando a su víctima. Puede que no le haya costado mucho descubrir que una mujer vivía sola en esa casa y que nadie acudía a verla con regularidad. Pero ¿cómo pudo enterarse de la peculiar situación de Carla Roberts? No, tiene que ser otra cosa. Algo que relacione a Westley con Roberts más allá de la soledad en la que vivían. La pensionista de Hackney a la que le costaba llegar a final de mes y la pediatra jubilada, viuda de un profesor de Tunbridge Wells, que llevaba una vida acomodada. Son dos mundos completamente distintos.

—Carla Roberts no siempre había vivido en un edificio de viviendas con una jubilación modesta —reflexionó Christy en voz alta—. Antes de que quebrara su empresa constructora, su ex marido había ganado dinero a mansalva. Es perfectamente posible que tanto Roberts como Westley hubieran participado en los mismos acontecimientos sociales en Londres.

—¿Y que las dos mujeres se conocieran?

—Tampoco podemos descartarlo del todo, ¿no? Por ejemplo, sería igualmente posible que la doctora Westley fuera la pediatra de Keira Jones, la hija de Carla. Seguro que no resultará difícil comprobarlo.

—Sí. Otras cosas costarán más.

—Tenemos mucho trabajo por delante.

Él asintió, cansado. Enseguida se le ocurrió algo más.

—El desván de la casa de Anne Westley... Al parecer le encantaba pintar. ¿Había algún indicio de esa misma afición en el piso de Carla Roberts?

Christy negó con la cabeza.

—No, ni el más mínimo. En el piso no encontramos ni un solo pincel, por no hablar de dibujos y cosas por el estilo. Puedo preguntárselo a su hija pero, para ser sincera, me temo que también podemos olvidarnos de ese punto.

Lunes, 21 de diciembre, 22.05 h

Gillian Ward no es mucho mejor que Michelle Brown. Las dos son desagradecidas, arrogantes y engreídas, además de unas maleducadas. A una le devolví el perro que parecía darle sentido a su vida (creo que no está con ningún tío, lo que no me extraña con el carácter que gasta, eso no se le hace a nadie, ¡¡yo no querría estar con ella aunque me lo pidiera de rodillas!!). Y respecto a la otra, incluso me hice cargo de su hija. ¡Su única hija! ¿Y cómo me lo paga? ¡Con un tibio «gracias» y punto! De alguna forma me pareció incluso desconfiada. ¡Como si me hubiera llevado a la pequeña por algún motivo miserable!

Su marido demostró ser todavía peor. Thomas Ward es el tipo más antipático que conozco. Cuando vino el jueves pasado parecía que se estuviera enfrentando a un terrorista acuartelado. Habría sido mejor que se hubiera llevado a su hija sin mediar palabra. Fue doloroso ver lo mucho que le costó agradecérmelo. A Gavin siempre le ha caído bien, pero no entiendo por qué. Ese tipo apenas puede andar derecho de la arrogancia que lleva encima y eso está a punto de costarle el matrimonio, pero creo que ni siquiera se da cuenta. Vive solo para su empresa y para el deporte. Por supuesto, cada cual hace lo que le da la gana, pero no debería olvidarse de su esposa y de su hija de ese modo. Gillian terminará abandonándolo, tan seguro como que dos y dos son cuatro. Y cuando ocurra, se le quedará cara de tonto y se preguntará qué ha hecho mal. Y yo me alegraré de que se quede solo y por la noche tenga que volver a una casa oscura y vacía. Lo único malo es que probablemente no tardará en tener otra pareja nueva. Es guapo y se gana bien la vida, y para las mujeres esas dos cosas son lo más importante. Incluso si después las tratan mal. En cambio no se fijan en los hombres como yo, que trataríamos bien a nuestra esposa y estaríamos dispuestos a dedicarle tiempo y cariño.

Sé perfectamente que me ha tomado por un pederasta. Sería para troncharse de risa si no fuera por lo humillado que me siento. Yo no abusaría jamás de un niño. Me gustan los niños. Me encantaría tener hijos. Y respecto a Becky, yo solo pretendía ayudar. ¿Qué debería haber hecho? ¿Qué habría preferido que hiciera, Thomas Ward? ¿Que la hubiera dejado ahí a oscuras y hubiera seguido mi camino?

Por la tarde vi cómo Gillian salía con el coche. Ese día no fue a la oficina.

Descuidé el resto de mis objetivos de observación porque me resulta muy difícil separarme de ella. Salió de casa hacia las cuatro y por algún motivo me pareció que tenía un aspecto distinto al habitual. No es que saliera especialmente emperifollada, tal vez un poco más maquillada, pero sin exagerar. Creo más bien que era su aura, lo que había cambiado. Resulta difícil describirlo, pero estaba muy guapa. Más elegante que antes, cuando también la había visto.

He empezado a preocuparme después de que se marchara. Casi creo que, de haber tenido mi coche cerca, la habría seguido. Lo tenía en el garaje y si me hubiera marchado a casa a pie para ir a recogerlo la habría perdido de vista de todos modos. Pero durante las horas siguientes no pude dejar de preguntarme adónde habría ido. Me dejó muy inquieto, acechado por presentimientos lúgubres. Algo está ocurriendo en esa familia que no traerá nada bueno. Y todo lo está provocando Thomas Ward. Aunque a menudo las cosas toman una dinámica propia y es posible que en este caso ya sea así.

Yo estaba haciendo mi ronda habitual, hacía frío y nevaba cada vez con más intensidad, pero no podía volver a mi cómoda y cálida habitación. Quería saber cuándo volvería Gillian a casa.

Y mientras estaba fuera soportando la tormenta de nieve que caía cada vez con más ganas, mientras contemplaba la casa, cuya iluminación navideña se encendía automáticamente a una hora determinada, frente a la puerta, entre la oscuridad apareció Becky. Eran poco más de las seis. A mediodía había visto cómo se dirigía a casa de una amiga y, a juzgar por el número de chicas que había, supuse que se trataba de una fiesta de cumpleaños. Cuando la fiesta hubo terminado, Gillian todavía no había regresado. Me extrañó mucho, ella no es así. Sin embargo, pensé que quizá habría tenido problemas a causa de la nieve. Tal vez se había quedado atascada en algún lugar. Era la primera nevada persistente del invierno, de las que siempre acaban comportando problemas de tráfico.

Becky llamó a la puerta, pero por supuesto nadie la abrió. Llamó de nuevo. Dio un paso atrás y contempló la fachada de la casa. Volvió a llamar. Al final acabó golpeando la puerta con los puños y rompió a llorar.

En medio de aquella peculiar calma en la que el mundo se sume cuando nieva, pude oír sus sollozos. Eso casi me rompe el corazón.

Crucé la calle, me detuve frente a la verja del jardín y la llamé por su nombre:

—¡Becky!

Ella se dio la vuelta. Yo estaba justo debajo de una farola, pudo reconocerse sin demasiados problemas. Me gustó comprobar cómo el miedo y la desconfianza que se habían apoderado de su rostro desaparecieron de repente. Me había reconocido. El hombre que vive al final de la calle.

—Hola —dijo Becky. Su voz sonó afectada por las lágrimas.

—¿No hay nadie en casa? —pregunté yo a pesar de que ya sabía la respuesta.

—No. Nadie. Y no tengo llave para abrir.

—¿Tus padres saben que querías entrar en casa?

Ella negó con la cabeza.

—Pensaba pasar la noche en casa de una amiga, pero nos hemos peleado y he decidido volver a casa.

Como mínimo eso explicaba de un modo tranquilizador el comportamiento de Gillian: esperaba que su hija pasaría la noche en casa de su amiga. No podía suponer que volvería.

—¿Sabes? —dije yo—. Creo que te pondrás enferma si te quedas mucho más tiempo aquí con el frío que hace. Si quieres te acompaño de vuelta a casa de tu amiga...

—¡No! —exclamó ella.

—... pues ven a mi casa. Más tarde puedo acompañarte otra vez hasta aquí. ¿Qué te parece?

Ella dudó un poco, es natural, le habían inculcado que no debía ir con desconocidos y al fin y al cabo eso es lo que yo era para ella. Pero al menos era un desconocido que la saludaba a ella y a sus padres. Eso hizo que se decidiera a acompañarme. Además, tampoco tenía elección. Al parecer se había enfadado mucho con su amiga, solo me tenía a mí.

Le dimos zumo de naranja y galletas caseras y creo que le caímos bien. Nos contó cosas de la escuela y de la fiesta a la que había asistido y nos dijo también que no pensaba volver a dirigirle la palabra a la que había sido su mejor amiga. Era encantadora. Tenía unas ganas locas de que llegara Navidad para marcharse con sus abuelos. Cada año se la llevaban el día 26 de diciembre y se quedaba con ellos hasta principios de enero. Son los padres de su madre, que viven en Norwich. Gillian también procede del Anglia Oriental y la verdad es que le pega mucho, con esos paisajes tan amplios y tan verdes. Me imagino a Gillian por la red de lagos y ríos de Norfolk, en medio de los campos de lavanda, e imagino que el verano debe de sacar a relucir reflejos plateados en su largo pelo rojizo. Un día en la playa y la piel se le llena de pecas, mientras que la brisa marina debe de rizarle todavía más ese pelo tan indómito.

Millie me dijo que debería llamar a sus padres y dejarles un mensaje en el contestador automático y probablemente fue una buena idea por su parte. Sin embargo, eso provocó el desagradable encuentro con el matrimonio Ward en casa. Él se comportó de un modo asqueroso, mientras que ella... Sí, respecto a ella me siento muy decepcionado. De algún modo también había creído que volvería de nuevo, si no al día siguiente, durante el fin de semana o, como mínimo, hoy. Para darme las gracias de nuevo o para disculpar el comportamiento de su marido. Pero no ha sido

así, no ha vuelto a aparecer. Por eso al principio he dicho que es igual que Michelle Brown, porque de ella tampoco he vuelto a saber nada de nada. Sigue saliendo a pasear alegremente con su perro y yo... simplemente no existo.

Las mujeres no me toman en serio, da igual lo que haga por ellas. Como si fuera invisible. O como si desprendiera un mal olor que las mantuviera alejadas de mí. En el caso de Gillian, pensé que las cosas tal vez serían distintas. Pero en esencia ella también me trata como si fuera escoria.

No debo dejar que el odio crezca demasiado. El odio es nocivo.

Incluso para quien lo siente.

Jueves, 24 de diciembre

1

Millie miró por la ventana del lavabo de invitados de la planta baja que daba a la calle. Observaba a Samson, que acababa de salir de casa. Según había dicho, quería ir a la ciudad para comprar unos últimos regalos pero no iba a coger el coche porque temía no encontrar aparcamiento con el caos que suele formarse el 24 de diciembre. Como de costumbre, Millie no se fiaba de él, estaba convencida de que su cuñado no iba a buscar trabajo cuando salía de casa por la mañana y que, fuera lo que fuese lo que hiciera hasta el momento de volver a casa por la noche, no debía de ser nada bueno. Al final tuvo la necesidad de hablar de ello con alguien, aunque fuera con Gavin. Por eso lo había abordado pocos días antes.

—¿Qué hace realmente Samson durante todo el día? —había preguntado Millie en tono casual—. No está nunca en casa y fuera hace demasiado frío para salir a pasear.

—Busca trabajo —había dicho Gavin. La respuesta había sonado automática, como las que se dan sin pensar siquiera.

—Pero el trabajo no se encuentra andando por la calle, ¡sino escribiendo solicitudes!

—Tal vez sea eso lo que hace. Pasa muchas horas sentado frente al ordenador. Millie no aflojó.

—Pero debería recibir respuestas por correo ordinario. Tanto si lo aceptaran como si lo han rechazado...

—Puede que lo haga todo por correo electrónico. Hoy en día no resultaría tan extraño, ¿no?

—Sí, pero ¿dónde se mete durante todo el día?

Gavin dejó caer la revista de coches que estaba ojeando y respondió casi con tono de súplica:

—Limítate a dejarlo en paz, Millie. No lo soportas, ya lo sé, pero es mi hermano y no te ha hecho nada malo. Te pasas el día buscando algo que reprocharle ¡y creo que te estás volviendo loca porque no encuentras nada!

Encontraré algo, había pensado ella con los labios apretados, porque algo hay, ¡puedes estar seguro de ello!

En ese momento estaba con la nariz pegada al cristal de la ventana porque seguía sin creerlo pero, de hecho, se dio cuenta de que Samson salía de casa con la actitud de quien tiene un objetivo concreto. ¡A comprar regalos! Millie esperaba que ninguno de esos regalos fuera para ella, puesto que no tenía previsto comprarle nada. Gavin le había comprado un libro, con eso bastaría.

Samson ya había doblado la esquina. Millie notó que el corazón se le aceleraba, pero se propuso aprovechar aquella ocasión de todos modos. Samson estaría varias horas fuera de casa, ya hubiera ido al centro o a cualquier otro lugar. Gavin estaría en el trabajo hasta la tarde y ella había conseguido tomarse tres días de vacaciones.

Volveré a intentarlo ahora mismo, pensó.

Subió la escalera de puntillas y enseguida se dio cuenta de que era una tontería, puesto que no había nadie más en casa y, por consiguiente, no era necesario comportarse con tanto sigilo. Sin embargo, por algún motivo tenía la sensación de que debía actuar de la forma más prudente y discreta posible. Abrió la puerta de la habitación y entró. Ordenada, como siempre. Ni una mota de polvo, ni una arruga en la colcha.

Ya solo eso, pensó, ¡es que no es normal!

Encendió el ordenador. Mientras se cargaba, estuvo mirando por la ventana. Realmente iban a ser unas Navidades blancas. Desde que el invierno había irrumpido con fuerza el jueves anterior y había sumido a la región entera en estado de alerta no había parado de nevar y los tejados, las cercas, los árboles y las calles estaban cubiertos por un manto blanco. Una imagen muy bucólica. A Millie le gustaban las Navidades. Lo único que le molestaba era tener que celebrarlas en la intimidad a tres bandas en la que vivía.

Fuera, no se veía ni un alma. Se volvió hacia el ordenador, introdujo la contraseña y contuvo el aliento. Si Gavin le había dicho algo a Samson... Pero era evidente que no se había ido de la lengua. La palabra mágica «Hannah» le permitió acceder a la pantalla de inicio.

Millie se sentó y puso la mano sobre el ratón. Unos segundos más tarde se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Se concentró en navegar por los programas.

—Vamos, vamos —murmuró.

Seguro que había algo interesante. Tenía que haber algo interesante. Y ella quería descubrirlo a toda costa.

Diez minutos más tarde, lo había encontrado. El fichero se llamaba «Diario».

Lo abrió y tuvo la presencia de ánimo necesaria para acercarse a la ventana y mirar una vez más. No se veía a nadie. Esa vez podía estar segura de que nadie la sorprendería con las manos en la masa.

Enseguida volvió a sentarse frente al escritorio y miró fijamente la pantalla mientras leía.

Poco después se dio cuenta de que la búsqueda había valido la pena.

Samson estaba chiflado. Probablemente incluso era peligroso. Ya tenía pruebas de ello y ni siquiera Gavin sería capaz de negar los hechos.

La casa estaba fría y olía a moho. Llevaba una semana deshabitada. La mujer que vivía en ella había pasado una semana entera muerta en el cuarto de baño. A través de la puerta de la cocina, que había quedado abierta, habían entrado el frío y la humedad.

Qué rápido decaen las cosas, pensó Fielder. ¿Por qué siempre tiene que malograrse todo tan rápido?

Christy y él habían acudido de nuevo a Tunbridge Wells y se encontraban ya rodeados por el silencio del bosque nevado. Habían dejado el coche en el aparcamiento, que como de costumbre habían encontrado vacío, y se habían abierto paso por el bosque hasta la casa.

—La gente debería celebrar las Navidades en el bosque —había dicho Peter Fielder mientras seguía con la mirada a una ardilla que trepaba por el tronco de un abeto—. Se está muy tranquilo aquí, es un lugar muy solemne.

—Y hace un frío de muerte —había añadido Christy.

Llegaron a la casa hacia las dos. Los agentes habían cerrado los postigos y las puertas cuidadosamente. Fielder había esperado encontrar oscuridad y humedad y, sin embargo, se había sorprendido por la atmósfera agobiante que reinaba en la casa. Le sorprendió también la tristeza con la que reaccionó a ello. Llevaba varias décadas en el cuerpo de policía y había aprendido a protegerse de los sentimientos que podían acompañar a cualquier caso, ya fuera dolor, rabia o desesperación. No quería dejarse vencer psicológicamente por el estado desolado en el que se encontraba el mundo, puesto que si eso llegaba a ocurrir lo más sensato sería dejar su trabajo.

Por lo general, sabía mantener el control. Sin embargo, ese día, en ese lugar tan apartado, en esa casa...

Debe de ser cosa de la Navidad, pensó, estas fechas...

—¿Señor? —Christy lo apartó de sus cavilaciones.

—Muy bien —dijo mientras intentaba dominarse—. Me gustaría ver de nuevo el estudio.

Subieron por la escalera. Una vez más, no encontraron ningún indicio, nada que les permitiera avanzar en el caso.

Christy había estado en el consultorio en el que Anne Westley había estado trabajando durante los tres años y medio previos a su jubilación, pero no había

descubierto nada que pudiera indicar si había tenido lugar algún tipo de escándalo relacionado con un diagnóstico erróneo o un fallo quirúrgico.

—A Anne la apreciaban mucho, sus pequeños pacientes —le había dicho una colega que, al parecer, había quedado completamente desconcertada al enterarse de que la habían asesinado— y también los padres y todos sus compañeros de trabajo. No conozco absolutamente nada de lo que pudieran haberla acusado.

—¿Hace muchos años, tal vez? —había insistido Christy—. Ejerció durante más de treinta años.

—Por supuesto, si pasó algo antes de que yo llegara no lo sé con exactitud. Pero lo más probable es que hubiera oído hablar de ello, habría llegado a mis oídos. No, creo que no hubo nada.

Christy había registrado meticulosamente los ficheros de antiguos pacientes. No había ninguna Keira Roberts. Para asegurarse del todo había vuelto a llamar a Keira, que entretanto había cambiado su apellido por el de Jones, y le había preguntado por la doctora Westley.

—No —le había dicho Keira—, le aseguro que de pequeña jamás me llevaron a una pediatra con ese apellido. Nuestro médico vivía muy cerca, dos casas más abajo o algo así.

—¿Y no le suena el apellido «Westley» en relación con sus padres? ¿Es posible que conocieran, tal vez muy atrás en el tiempo, a alguien que se llamara así?

Keira había intentado recordarlo por todos los medios, pero fue en vano.

—No —había respondido con resignación—. Lo siento, sargento. Que yo sepa mis padres no conocían a nadie que se llamara de ese modo.

Pasaron por delante del cuarto de baño en el que habían asesinado a Anne Westley. Fielder tuvo que desviar la mirada a pesar de los años de experiencia profesional que acumulaba. Con solo pensar en la pesadilla que había vivido aquella anciana se le revolvían las tripas.

El estudio de la buhardilla era la estancia más iluminada de toda la casa e incluso en ese mediodía de diciembre tan crepuscular estaba bañada de una luz preciosa. Las paredes estaban revestidas de madera y había tres grandes ventanas orientadas al sur. Había varios caballetes distribuidos por la habitación y por todas partes había cuadros apoyados o a medio terminar. Olía a óleo y trementina. En la puerta había colgada una bata de pintura llena de salpicaduras de colores. Dominaban los colores claros y los cuadros llenos de vivacidad, que representaban flores y paisajes.

—Unos cuadros especialmente alegres —constató Christy tras echar una pequeña ojeada a su alrededor—. Si bien no es para nada mi estilo.

—Mmm... —asintió Fielder.

Poco a poco, fue examinando todos los cuadros uno por uno.

—¿Cree que encontraremos algo? —preguntó Christy con escepticismo.

—No lo sé. En cualquier caso creo que nos hemos acercado algo más a Anne Westley. Los cuadros son una parte de ella, nos cuentan algo acerca de la víctima, aunque por supuesto debemos saber descifrarlo correctamente.

—Puede que mi interpretación sea ingenua —comentó Christy—, pero si tuviera que describir a Anne Westley, a juzgar por los cuadros diría que fue una mujer alegre, serena y feliz. Lo que sí tengo claro es que ninguna de esas características evitaron que alguien la asesinara.

Fielder se detuvo. Apartó la tela que cubría uno de los caballetes y contempló el cuadro que se ocultaba debajo.

—Aquí hay algo —dijo Peter— ¡y no es tan vivaracho como los demás!

Christy se acercó un poco.

En efecto, el cuadro era completamente distinto a los otros que había en el taller. Un fondo negro, dos conos de luz, un destello procedente de unos focos o unos faros. No estaba pintado con esmero y de forma llamativa, no reproducía hasta el más mínimo detalle, como solía hacer la pintora. En ese caso parecía haberse peleado con el lienzo, haber utilizado el pincel con rabia. Era un cuadro que, a pesar de representar un motivo más bien neutral, parecía expresar verdadera cólera.

Y miedo.

A Christy le pareció que esa imagen revelaba un cierto talento, más que las flores y los árboles de los apacibles paisajes veraniegos que había alrededor. Se preguntó cómo un cuadro que no mostraba más que dos luces en la oscuridad podía llegar a expresar emociones tan intensas.

—¿Qué representa esto tan espontáneo, sargento? —preguntó Fielder.

Christy no tuvo que pensar mucho.

—Los faros de un automóvil. De noche.

Él asintió y a continuación entornó los ojos.

—¿Tiene usted la impresión de estar mirando hacia la fuente luminosa?

—Directamente a la fuente de la luz. ¿Por qué? ¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, no es que yo haya tenido esa impresión. Pero me parece como si estuviera mirando un espejo. Es decir, no a la luz en sí misma, sino al reflejo de la luz.

—Puede ser. ¿Y qué significa eso?

—Pues no lo sé. ¿Qué es la luz de los faros de un coche enfocando una pared?

—No comprendo lo que...

—Yo tampoco. Puede que al fin y al cabo no sea relevante, pero el cuadro es claramente diferente del resto de los que hemos visto aquí. Y además estaba tapado, como si a Anne Westley no le gustara contemplarlo. Sin embargo, lo pintó. Y lo hizo presa de un sentimiento bastante intenso, por lo que parece.

Christy estaba de acuerdo, pero no tenía la sensación de que aquello los acercara

lo más mínimo a la resolución del caso.

—Señor, nos estamos moviendo en el terreno de la mera especulación. No sabemos si...

Él la interrumpió con impaciencia.

—Es cierto. No sabemos nada. Pero tenemos que aferrarnos a algo. Yo no soy ni psicólogo ni un artista creativo, pero ese cuadro me transmite un sentimiento de miedo, más que de rabia o agresividad. Anne Westley tenía miedo de algo o de alguien. Y eso me recuerda a Carla Roberts. Ella también tenía miedo. Se lo había dicho a su hija la última vez que habló por teléfono con ella. Ahí veo un punto en común, por eso me parece importante.

—Pero ¿todo eso nos lleva a alguna parte?

Él siguió examinando el cuadro.

—No tengo ni idea. Pero si quiere saber lo que pienso, creo que Anne Westley sabía que corría peligro. Por eso decidió venderse la casa de golpe y porrazo, dos semanas antes de Navidad. Puede que el asesino ya hubiera estado acechándola desde hacía tiempo. Y que ella se hubiera dado cuenta.

—¿Y ahora? —preguntó Christy.

Peter no respondió. Se apartó del cuadro. De momento no necesitaba seguir mirándolo. La impresión que producía en él era tan intensa, especialmente en relación con la mujer asesinada, y de todos modos le había quedado grabada a fuego en la retina, que no se desprendería de ella con facilidad. La contemplaría con la esperanza de que acabaría iluminándolo.

Volvieron a bajar al piso inferior. La mirada de Christy erró por los dibujos de las paredes, las bonitas alfombras del suelo y las cortinas de las ventanas. Todo estaba lleno de afecto, habían sabido combinarlo con gusto y esmero. Teniendo en cuenta lo que el aspecto de la casa revelaba acerca de Anne Westley, parecía inimaginable que alguien pudiera haber desarrollado tanto odio hacia ella, hasta el punto de que pudiera explicarse una muerte como esa.

—Encargaré a uno o dos agentes que indaguen en el entorno del difunto profesor Westley —dijo Fielder nada más llegar abajo—. Aunque no espero mucho de ello, porque si se tratara de un acto de venganza concreto y de carácter personal, no encajaría con el asesinato de Carla Roberts. Y al revés. Tenemos que conseguir establecer un vínculo entre las dos mujeres, es la única solución.

Christy le tocó ligeramente un brazo.

—Sin embargo, jefe, pronto será Navidad. Celébrelo, se lo ha ganado.

Él la miró fijamente. Se preguntaba cómo debía de festejarlo ella. Sabía que vivía sola, con la única compañía de dos gatos. ¿Colgaría calcetines en la chimenea? Y en caso de que así fuera, ¿quién se los llenaba?

Como si hubiera podido leerle los pensamientos, Christy prosiguió:

—De todos modos, mañana me pondré cómoda. Creo que me pasaré casi todo el día en la cama y solo me levantaré para prepararme otro capuchino. De los buenos, con la leche espumosa y chocolate espolvoreado por encima. ¡Me pasaré el día viendo la tele y haciendo *zapping* hasta que me duerma de nuevo y deje de pensar en crímenes horribles!

Peter sonrió y se sorprendió pensando que estaría bien compartir un día como ese con ella. Viendo la tele y tomando capuchinos. Y sobre todo, en la cama.

Tosió ligeramente para evadirse de esas ideas, no debía pensar en ese tipo de cosas.

—Nosotros tenemos a mi suegra de visita —explicó él, deprimido—. Como cada año por Navidad.

—¿Y qué tal es?

—Está mal de la cabeza, siempre buscando bronca.

Christy soltó una carcajada.

—No baje la guardia, señor. Que las Navidades pasarán muy rápido.

—Vamos —dijo Fielder. Ese año al menos habría conseguido eso: pasear con Christy por un bosque nevado.

Mejor eso que nada.

Martes, 29 de diciembre

1

Por la noche había vuelto a nevar y por la mañana parecía como si el mundo fuera a perderse bajo la nieve. No obstante, al menos hasta la tarde, las calles principales estarían despejadas. Por la noche se esperaban más nevadas.

Para Gillian las Navidades habían sido difíciles y sin embargo había intentado pasarlas lo mejor posible. Tom y ella habían querido ir en trineo y a patinar con Becky. Sin embargo, ya el día de Navidad por la mañana su hija se había quejado de dolor de garganta y por la tarde había tenido fiebre. Había pasado dos días en la cama y después aún tuvo que quedarse en casa. Había tenido que renunciar al viaje de rigor a Norwich y, aunque previamente se había quejado por tener que ir, puesto que se consideraba ya mayor para pasar las fiestas con los abuelos, al saber que finalmente no iría se había echado a llorar como un bebé. A partir de entonces su mal humor había empeorado hasta el punto de amargarle la existencia a todo el mundo. Gillian y Tom se habían esforzado al máximo, preparaban la cena con ella, encendían la chimenea del salón, jugaban con ella a cartas o miraban *Crepúsculo* en DVD por enésima vez y con una gran resignación que Tom expresaba negando con la cabeza continuamente. Las lucecitas eléctricas del árbol de Navidad sumergían la estancia en una cálida luz, mientras que fuera, la nieve, el frío y la profunda oscuridad de las noches de diciembre aportaban el ambiente navideño perfecto. Era la imagen de una pequeña familia feliz en una isla de calidez y seguridad y, aun así, Gillian supo todo el tiempo que era una imagen falsa y que ese hecho nada tenía que ver con el resfriado de Becky. A Tom en realidad le habría gustado ir a la oficina porque le había quedado trabajo pendiente. Las Navidades, con el festejo y la pretensión de solemnidad y de calma que llevaban implícitas, significaban para él poco menos que un estancamiento insoportable.

Y Gillian lo que quería era... ver a John. Se había jurado que no volvería a

encontrarse con él, pero echaba mucho de menos las sensaciones que había conseguido despertar en ella, las atenciones que le brindaba. La admiración. La mayoría de las personas habrían sucumbido a ello, no paraba de repetírselo para apaciguar su conciencia. Desde que se habían conocido, Gillian se sentía más fuerte y más segura. Y de eso se trataba, eso era lo que más quería: la seguridad que John le daba.

Había estado hablando por teléfono con Tara durante mucho rato el día después de haberse acostado con John. Tara no había condenado el idilio con palabras, pero a Gillian le pareció leer entre líneas que su amiga no veía en esa relación que mantenía con otro hombre la solución a los problemas que la acechaban. Y en eso tal vez tuviera razón.

Dos días antes de fin de año decidió ir a ver a John. No volvería a acostarse con él, pero quería verlo de todos modos. Solo verlo.

Le dijo a Tom que quería hacerle una visita a Tara. Él reaccionó algo desabrido.

—¿Otra vez? Pero ¡si os visteis justo antes de Navidad!

—¡Hace tres semanas! No me dirás que nos vemos demasiado a menudo.

—En realidad lo que ocurre es que me gustaría pasar un par de horas por la oficina...

—Becky sigue teniendo una ligera fiebre. Preferiría que no se quedara sola.

Tom suspiró.

—Ojalá no tuviera tanto trabajo. Esta es una buena época para resolver asuntos pendientes.

—Solo hoy, Tom. Regálame esta tarde. Por favor. Cuando Becky deje de tener fiebre nos vamos juntos a Londres por la mañana y nos pasamos el día trabajando, ¿de acuerdo?

—Por mí, adelante. Pero llega antes de las siete, por favor, ya sabes...

Ella lo interrumpió.

—Lo sé. Créeme, nunca lo olvido. ¡Es martes y tienes que ir al club!

Él parecía a punto de replicar algo, pero al final se tragó las palabras y mantuvo silencio con los labios apretados. Así es como se quedó mientras Gillian iba hacia el garaje: de pie frente a la puerta y con los labios apretados.

Ella llegó a casa de John, en Paddington, hacia las cuatro e incluso encontró aparcamiento en un lugar aceptablemente cercano. Llamó al timbre del portal pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar, retrocedió un paso y alzó la mirada para contemplar la fachada. Tras las ventanas del piso de John no había más que oscuridad. Realmente parecía que no había nadie en casa.

Era una idiota. No había tenido en cuenta la posibilidad de que no estuviera en casa. ¿Qué se había creído? ¿Que desde su última visita a mediados de diciembre él se habría quedado en casa esperando a que ella lo llamara o fuera a visitarlo y no se

movería por si se decidía a aparecer por allí de nuevo? Debía de ser el ambiente de las fiestas y de los días que se extendían entre Navidad y Año Nuevo lo que le había resultado engañoso. Los edificios también precisaban protección en esas fechas y John dirigía un servicio de vigilancia. Lo más normal era que estuviera en el trabajo cumpliendo con el turno de tarde del martes. Y ella se había escapado unas horas de casa para eso. Le había mentado a Tom y había conducido hasta allí, todo en vano.

Volvió hacia su coche poco a poco. Le resultaba insoportable la idea de volver a casa sin más y pasar el resto del día en el salón junto al árbol de Navidad. Todavía le quedaba algo de tiempo. Desde el aparcamiento divisaba el portal del edificio en el que vivía John.

Se sentó en el coche y se tapó bien con el abrigo para intentar ignorar el frío que le estaba calando los huesos de forma lenta pero imparable. Poco después oscureció y en muchos pisos se encendieron luces navideñas, algunas ventanas estaban decoradas con velas o estrellas luminosas. Incluso ese edificio más bien desolador adquirió una cierta gracia acogedora.

Se preguntaba si vivir con John sería distinto a hacerlo con Tom. Si esa diferencia resistiría mucho al paso del tiempo. En esa calle. En ese piso que apenas tenía muebles. ¿Por qué ese hombre no tenía más que un colchón en el suelo y un perchero en la pared del pasillo en el que colgar su abrigo? ¿Por qué tanta austeridad? Y no había ninguna mujer en su vida, no había niños. No tenía pasado. Idilios, pero ni un solo compromiso.

Alzó la mirada de nuevo hacia las ventanas a oscuras. No se comprometía con nada. Ni mediante un matrimonio, ni con ningún tipo de pareja estable. Ni siquiera se ataba a muebles convencionales que posiblemente le habrían dado un cierto aire de estabilidad a su piso. Tal como vivía, en cualquier momento podía levantarse y marcharse. Enrolarse en un barco e irse a navegar por el mundo. Emigrar a Australia y abrir una granja de avestruces. Guiar a turistas por los parques naturales de Canadá.

Gillian sonrió al darse cuenta de las absurdas variantes que se le ocurrían cuando pensaba en él, pero la sonrisa era cansada y algo impostada porque sabía que sus ideas no eran tan rebuscadas como le habían parecido al principio. Procedían de la imagen que él proyectaba, de las sensaciones que provocaba en ella: de lo imprevisible que John demostraba ser, de su libertad e incluso de su incapacidad de mantener un compromiso. No lo tenía al alcance de la mano, no podía contar con él.

En ningún caso, pensó, debo dejarme llevar instintivamente por ese hombre. No, a menos que deseara pegarse un buen morrazo.

A las seis y veinte se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión cuanto antes. Necesitaba al menos cuarenta y cinco minutos para volver a casa. Tom contaba con que ella se encargaría de cuidar a Becky a partir de las siete. Además, entretanto se había quedado tan helada que lo más probable era que acabara resfriándose si seguía

más tiempo sentada en el coche.

Salió y recorrió la calle poco a poco y sin mucha decisión. Seguía teniendo esperanzas de que John acabaría apareciendo de repente y se plantaría frente a ella para darle algún sentido a esa larga y triste espera.

A punto estuvo de ponerse a llorar con solo imaginar que tenía que volver a casa. Se detuvo. Había llegado al final de la calle, donde había un local. Indio. Paddington estaba literalmente inundado de indios y paquistaníes y en cada esquina había un comercio o un restaurante que ofrecía especialidades de esa parte del mundo. La tienda tenía un aspecto bastante deteriorado, pero la luz que se atisbaba tras los cristales sucios del escaparate prometía al menos algo de calor. Y entrar significaba no tener que volver a casa enseguida.

Tom tendrá que acudir al club una hora más tarde, pensó mientras abría la puerta con decisión.

Estaba casi cerrada. Tras el mostrador había un hombre manipulando una cafetera de aspecto decrepito que al parecer necesitaba una reparación urgente. En una esquina había una pareja joven sentada a una mesa, en silencio, con la mirada perdida. En el ventanal había un par de ramas de abeto que ya habían perdido buena parte de las hojas, y de la lámpara suspendida en medio de la estancia colgaban unas cuantas bolas plateadas.

—¿Está abierto? —preguntó Gillian.

El tipo, de origen inequívocamente indio, levantó la mirada de la cafetera y asintió.

—Aunque a simple vista no lo parezca, sí. A estas horas no hay mucho trabajo, qué se le va a hacer. En cambio en Nochevieja esto será un caos. —El hombre la miró de arriba abajo—. ¡Dios mío, está usted helada! Menudo invierno estamos pasando este año, ¿eh?

—Sí. —Gillian se quitó el abrigo. Tenía tanto frío que apenas podía mover los brazos.

—Bueno —dijo el dueño del local—, si quiere hacerme caso, tómese un buen aguardiente para empezar. Y hoy tengo una buena sopa caliente. Le sentaría bien.

Ella se sentó en un taburete y notó con alivio un hormigueo en los pies a medida que se le iban descongelando. Le sorprendió lo agradable que le pareció estar sentada sola en un restaurante casi vacío. Podía mantener una conversación trivial con el dueño, pero tampoco tenía por qué hablar con nadie. Podía entregarse al calor, a la comida y a la bebida o simplemente quedarse mirando la pared. Como la parejita de la esquina opuesta, que no hacía nada más que eso. No se esperaba nada de ellos. Tal vez fuera eso lo que la hacía sentirse tan bien.

El dueño le sirvió el aguardiente y un plato humeante con sopa. Siguiendo un impulso, Gillian se decidió a preguntárselo:

—¿No conocerá usted por casualidad a John Burton? ¿Viene por aquí de vez en cuando?

El dueño asintió.

—Claro que conozco a John. Vive en esta misma calle. Come aquí a menudo —dijo antes de mirarla con curiosidad—. ¿Es usted amiga de John?

Gillian enseguida sospechó que por ese local tal vez pasaban muchas amigas de John, mujeres que lo esperaban en vano. Se preguntó qué imagen se habría llevado el dueño de ella en ese caso: una mujer de mediana edad, locamente enamorada de Burton, que se había quedado medio congelada tras haber estado aguardando frente al piso de ese rompecorazones y que aún tenía esperanzas de que apareciera en ese pub en cualquier momento.

No quería dar esa impresión, por lo que se apresuró a añadir:

—Es el entrenador de balonmano de mi hija. Lo conozco de eso.

—¡Ah, sí! —Al dueño se le notaban las ganas de saber más cosas, pero por suerte no se atrevió a preguntarle nada más—. Bueno, ¡que aproveche! —se limitó a decir antes de volver a retirarse tras el mostrador.

La sopa era picante y estaba muy caliente. Pareció renovarle el ánimo a Gillian. Cuando hubo acabado, pidió una botella de agua mineral y tomó uno de los periódicos que estaban a disposición de los clientes, que resultó ser de principios de diciembre, aunque se concentró en la lectura de todos modos, sin saltarse ni una sola línea. La pareja de la esquina seguía en silencio. El dueño tampoco hablaba. Había conectado la radio y estaba oyendo cómo contaban chistes.

Pasaron las siete.

Pasaron las siete y media.

Pasaron las ocho.

Era extraño lo bien que se sentía. Y el único motivo era que se estaba tomando la libertad de ignorar las expectativas que los demás ponían en ella.

El reloj marcaba las ocho y media. Gillian se había leído tres periódicos de cabo a rabo, después de la sopa había comido algo de pan de pita y se había tomado una segunda botella de agua. Se sentía bien a pesar de saber que lo más probable era que Tom se hubiera enfadado bastante y que sería inevitable discutir con él. Entretanto comprendió que ese era uno de los motivos por los que había entrado en ese local y estaba haciendo algo que no era propio de ella y que jamás habría creído que haría: estaba incumpliendo una promesa y lo estaba haciendo adrede. Estaba actuando de forma irresponsable y egoísta. Estaba sumiendo a otra persona, su marido, en la incertidumbre y la preocupación. Ese día estaba haciendo justo lo que ella misma aborrecía y rechazaba. Pero esa vez deseaba enfrentarse como fuera a la riña que le esperaba en casa. Quería una discusión seria de verdad. Incluso estaba decidida a contarle a su marido lo que había pasado con John.

¿Cómo reaccionaría? ¿Desconcertado? ¿Agresivo?

Tal vez lo que quería era poner punto final a su matrimonio.

A pesar de la sensación de armonía que sentía, de la falta de miedo y de creer estar haciendo lo que debía, durante todo el rato no había conseguido librarse de la impresión de que algo no encajaba. Había algo en aquella situación que la desconcertaba, pero no sabía decir qué era.

Tal vez no sean más que imaginaciones mías, pensó.

A las nueve menos veinte se levantó de la mesa, se puso el abrigo y pagó la cuenta frente al mostrador. La parejita ya se había marchado y ella era la única y última cliente que quedaba.

—¿Qué? ¿A casa? —preguntó el dueño. Ella se dio cuenta de que no había conseguido clasificarla. Las mujeres que pasaban tanto rato sentadas solas en un bar, que solían emborracharse y ahogaban las penas y frustraciones que les había provocado algún hombre en una buena cantidad de vino o aguardiente solían balancearse camino de casa, una casa vacía, con la cama fría. Aparte del primer vaso de aguardiente, ella solo había bebido agua en abundancia y se había limitado a leer con fruición.

Que saque las conclusiones que quiera, pensó Gillian.

Salió a la calle. Hacía frío, había vuelto a nevar. El aire fresco le sentó bien después de quedar impregnada del olor sofocante que reinaba en el interior. También le pareció agradable dejar de oír frenéticas voces radiofónicas. Gillian respiró hondo.

Mientras se dirigía hacia su coche, iba buscando las llaves en el bolso. Al encontrar el móvil, se detuvo al instante. De golpe se dio cuenta de qué era lo que la había estado molestando subliminalmente todo el tiempo: el móvil. No había sonado ni una sola vez. Habría sido de esperar que, a las siete y cuarto como mucho, Tom hubiera empezado a llamarla cada cinco minutos para preguntarle dónde estaba. Porque quería salir, pero también porque estaría preocupado.

Lo sacó del bolso y a la luz de una farola se aseguró de que estaba encendido. Miró la pantalla, pero no había ni una sola llamada perdida.

De repente aceleró el paso muy inquieta. ¿Es que Tom estaba tan enfadado que ni siquiera la había llamado?

No era propio de él.

Abrió el coche. Faltaban diez minutos para las nueve cuando arrancaba el motor.

A las nueve y cuarto llegaba a la entrada del garaje de casa. En las ventanas del mirador del salón que daba al jardín delantero había una luz encendida. Las cortinas estaban corridas y eso le pareció desconcertante: Tom solía decir que odiaba sentarse a la vista de todos. No era nada típico de él dejar la luz encendida y las cortinas corridas.

Gillian salió del coche y lo cerró con llave. Estaba muy angustiada. Se había sentido muy fuerte sentada en aquel local de Londres, mientras ponía en duda su vida con Tom, pero en esos momentos en los que estaba a punto de enfrentarse a él, le temblaban las piernas. Mientras conducía de vuelta a casa se le había ocurrido que tal vez su marido había llamado a Tara y de ese modo había descubierto que lo había engañado. Esa vez Gillian no se había asegurado y era probable que Tara se hubiera encontrado en un aprieto. «Pásame a Gillian, por favor», le habría dicho Tom probablemente, y su amiga no habría podido corresponder a lo que le había pedido.

Pero ella me habría llamado y me habría advertido, pensó Gillian. Había algo que no encajaba.

¿Y Tom habría llamado a Tara? ¿Tenía su número? ¿No le habría resultado más sencillo llamarla a ella directamente al móvil?

Aceleró todavía más el paso. La sensación de angustia se agravó aún más. La nieve seguía cayendo en grandes copos.

Gillian abrió la puerta de casa. Las luces del vestíbulo estaban encendidas.

—¿Hola? —llamó ella a media voz.

Nadie respondió.

Tom debe de estar sentado en el salón, debe de haberse tomado un par de aguardientes y ahora me montará una buena escena, pensó Gillian con desasosiego.

—¿Tom? ¿Estás ahí?

Una vez más, no obtuvo respuesta. Miró en el salón, pero estaba vacío. Colgó el abrigo en el perchero y se quitó las botas. Entró en la cocina en calcetines. La puerta del jardín estaba abierta y dentro hacía mucho frío. Sobre la encimera había un plato con unos bocadillos, junto al que había también un cuchillo y un tomate cortado en rodajas. Una botella de vino blanco, aún por abrir, esperaba junto al fregadero, con el abridor preparado al alcance de la mano. Parecía como si Tom hubiera estado preparando algo de cena para Becky y para sí mismo cuando algo lo había

interrumpido inesperadamente, tras lo cual nadie había comido ni bebido nada. ¿Acaso habría decidido de repente dejarlo todo y acudir al club a comer algo? ¿Y llevarse a Becky con él? Pero su hija seguía enferma.

¿Por qué había dejado las luces encendidas? ¿Por qué había dejado la puerta del jardín abierta?

Gillian salió de la cocina y entró en el comedor contiguo.

Vio una figura medio desplomada entre una silla y el suelo.

Y entonces reconoció a Tom. El que estaba sobre la silla, con la cara hundida en el asiento y las piernas extendidas en una posición forzada era Tom.

Cuando se acercó a él, le pareció que lo hacía a cámara lenta.

Un infarto. Había sufrido un infarto mientras preparaba la cena. En el comedor, tal vez cuando se disponía a encender la chimenea o a poner el mantel, se había desplomado de repente.

Gillian lo sabía desde hacía tiempo, sabía que su marido había estado ganándose ese final con una sinceridad casi suicida y las advertencias y los reproches que ella le había hecho no habían servido de nada.

Un gemido sofocado escapó de su garganta. Dios mío, ¿por qué justamente así? Ella había estado buscando a su amante mientras Tom se enfrentaba a ese destino terrible. Solo. Sin ayuda. Sin que nadie pudiera hacer nada por él.

¿Dónde estaba Becky?

Se acercó a la mesa y se inclinó sobre Tom.

Dios mío, dime que aún está vivo.

Con sumo cuidado, intentó darle la vuelta y tenderlo poco a poco sobre la alfombra. Le sorprendió lo que pesaba, casi demasiado para ella.

—Tom —susurró ella horrorizada, desesperada y absolutamente desconcertada—. Tom, por favor, dime algo. ¡Tom! Soy yo, Gillian. ¡Tom, por favor, vuelve!

Le puso una mano en la cabeza y le palpó el rostro con los dedos. Al notar la humedad en los dedos, se apartó de repente y contempló a su marido con incredulidad antes de desplomarse sobre las rodillas.

Tenía la mano llena de sangre.

El cerebro de Gillian se esforzó en producir desesperadamente una secuencia lógica de los acontecimientos, pero nunca había experimentado tanta torpeza mental como en esos momentos. Era como si su cabeza no quisiera afrontar la conclusión a la que tenía que llegar.

Era muy improbable que se hubiera herido la cabeza con el asiento tapizado de la silla en que la tenía apoyada. Había recibido el golpe con anterioridad, había conseguido levantarse y había llegado hasta la mesa, donde sus piernas habían terminado por ceder... En algún lugar debía de haber sangre, tal vez en la repisa de la chimenea o en la jamba de la puerta. Gillian miró nerviosa a su alrededor. No

conseguía descubrir dónde debía de haberse golpeado.

¿Dónde estaba Becky?

Becky tenía que haberse dado cuenta de que algo no iba bien. En algún momento debía de haber bajado y debía de haber descubierto por qué su padre no la llamaba para cenar. Debía de haberlo encontrado. ¿Qué hace una chica de doce años en esas circunstancias? Habría echado a correr, en busca de ayuda. Habría acudido en busca de los vecinos. Hace rato que habría llegado un médico de urgencias, una ambulancia. ¿Cómo era posible que John estuviera ahí tendido como si nada? Tal vez desde hacía horas.

¿Por qué estaba abierta de par en par la puerta que daba de la cocina al jardín?

De repente le vino a la cabeza una posibilidad que se lo hizo ver todo de un modo distinto.

Se puso de pie de un respingo.

¿Dónde está Becky?, pensó.

Salió corriendo del salón y subió la escalera a toda prisa. En el primer piso también estaban todas las luces encendidas.

—¡Becky! —Gillian gritó el nombre de su hija—. ¡Becky! ¿Dónde estás?

La habitación de la chica estaba vacía. Las muñecas Barbie con las que ya solo jugaba muy de vez en cuando y siempre a escondidas estaban esparcidas por el suelo, sobre el escritorio estaban el bloc de dibujo y unos cuantos pinceles y, junto a ellos, la caja de colores y un tarro de conserva lleno de agua. La puerta del armario estaba abierta y casi todos los jerséis, faldas y vaqueros estaban tirados por el suelo, como si los hubieran sacado de los cajones de cualquier manera. Gillian retiró la colcha de la cama, miró debajo y finalmente también tras la gran caja donde su hija guardaba los juguetes. Nada. Ni rastro de Becky.

Empezó a sollozar, aunque ni siquiera se dio cuenta de ello. Su marido estaba muerto en el salón, posiblemente había sido un ladrón quien lo había matado, y a su hija se la había tragado la tierra, lo más probable era que hubiera entrado en pánico y lo hubiera dejado todo patas arriba. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, debía de haber cogido por sorpresa a Tom y a Becky. Había sido una noche de lo más normal hasta que de repente alguien había perturbado esa paz, había entrado en la casa dispuesto a utilizar la violencia y decidido a cualquier cosa. Gillian tenía la sensación de encontrarse en una terrible pesadilla que la superaba, que no conseguía comprender y sobre la que solo podía pensar que era cruel e irreal y que en cualquier momento terminaría. Pero a pesar de la confusión, no tardó en caer en la cuenta de que no acabaría por despertarse, de que ese terror solo se agravaría.

Salió corriendo hacia la habitación contigua, el cuarto en el que dormían Tom y ella. También allí estaban todas las luces encendidas y las puertas del armario ropero abiertas, pero la habitación estaba vacía. ¿Por qué estaban todas las luces encendidas?

¿Por qué alguien se había dedicado a revolver en todos los armarios? Becky había estado en su cuarto, era evidente que había estado pintando y Tom se había dado cuenta de que su esposa llegaría tarde y, probablemente a regañadientes, había empezado a preparar la cena. ¿Por qué había luz en el dormitorio del matrimonio? ¿Y en el cuarto de baño contiguo? ¿En la habitación de invitados? Recorrió todas las habitaciones, todas tenían las luces encendidas, pero todas estaban vacías. Ni rastro de Becky.

Terminó de subir la escalera de dos en dos hasta el desván. Allí había una pequeña habitación que hacía las veces de trastero y otro cuarto más grande en el que Tom había instalado un columpio, asido a las vigas del techo, y había tendido colchonetas de gimnasia por el suelo. Tiempo atrás, Becky solía jugar animadamente con sus amigas en esa estancia cuando no hacía buen tiempo y el jardín se llenaba de barro. Incluso allí estaban encendidas las luces.

A Gillian le costaba respirar.

—¡Becky! Becky, por el amor de Dios, ¿dónde estás?

Se dispuso a bajar de nuevo en cuanto se dio cuenta de que todavía no había buscado por el sótano, pero justo en ese momento oyó un ruido. Al parecer procedía del trastero que quedaba al lado.

Se dio la vuelta.

—¿Becky?

Entonces pudo oír con claridad el sonido de un sollozo.

—¡Mamá!

Gillian se dirigió enseguida hacia el trastero. Allí reinaba un caos tremendo que se había propuesto ordenar mucho tiempo atrás, aunque al final nunca acababa encontrando el tiempo o las energías para ello. Había maletas y bolsas de viaje apiladas, cajas viejas y juguetes que Becky había desechado, periódicos que en su momento alguien pensó que llegarían a necesitar algún día, un par de muebles y de alfombras enrolladas. Era imposible ver todo lo que había en la habitación, todo estaba apelotonado ahí dentro.

—¿Becky? —preguntó Gillian con miedo.

La tapa de una gran maleta se alzó un poco y apareció el rostro de Becky. El pelo le caía revuelto por encima de la frente, tenía los ojos enrojecidos e hinchados de llorar y la piel pálida y repleta de manchas coloradas.

—¡Mamá! —Su voz sonó ronca, un vestigio de la inflamación de garganta que todavía acarreaba.

Gillian avanzó a trompicones entre el caos que tenía a sus pies para acercarse a su hija, se arrodilló junto a la maleta, abrió la tapa y abrazó a Becky.

—¡Becky! ¡Por el amor de Dios...! ¿Qué ha ocurrido? Dime, ¿qué ha ocurrido?

Becky intentó levantarse, pero se desplomó de nuevo con un gemido.

—¡Mamá, mis piernas! ¡Me duelen mucho las piernas!

Gillian masajéo con movimientos febriles las piernas de su hija. Becky debía de haber mantenido una posición forzada y crispada dentro de la maleta, probablemente desde hacía varias horas. No era extraño que le doliera todo.

—No pasa nada, cariño, pronto habrá pasado todo. ¿Qué ha sucedido?

Becky miró a su alrededor con los ojos muy abiertos y llenos de terror.

—¿Sigue allí?

—¿Quién?

—Alguien le ha hecho algo malo a papá y luego ha revuelto toda la casa buscándome. Tal vez aún esté en alguna parte.

—No lo creo. ¿Quién era?

—No lo sé. ¡No lo sé!

Gillian se dio cuenta de que Becky tenía las pupilas extremadamente dilatadas. Tenía que llamar a un médico de inmediato. Y a la policía.

Tiró de Becky para levantarla.

—¿Cómo estás? ¿Puedes andar?

Becky reprimió un quejido.

—Sí. No. Estoy... bien... —Con una mueca de dolor, se apoyó en su madre mientras esta intentaba apartar los trastos con los pies y abrir así una especie de pasillo para que Becky y ella misma pudieran llegar hasta la puerta.

Becky se detuvo, asustada, al ver la luz de la escalera encendida.

—¿Estás segura de que ya no está allí? —susurró.

Gillian asintió, mucho más tranquila en apariencia de lo que estaba en realidad.

—Te he buscado por toda la casa y no he encontrado a nadie.

No había mirado en el sótano. Aunque no era lo más habitual en Inglaterra, esa casa tenía sótano. Gillian siempre lo había considerado una ventaja, porque eso les ofrecía más espacio. Sin embargo, en ese momento tenía una opinión muy distinta al respecto.

Pero ¿por qué tenía que haberse escondido alguien ahí abajo?

Un asesino que espera que Becky salga de su escondite. Becky, que podía suponer un peligro para él, puesto que podía llegar a identificarlo.

Bajaron la escalera cojeando. Ya en el primer piso, Gillian mandó a Becky a su habitación.

—¡Enciértrate aquí dentro! Y no abras hasta que te lo diga, ¿de acuerdo?

Becky se aferró enseguida a su madre.

—¡Mamá! ¡No te vayas, por favor! ¡No me dejes sola!

—Tengo que llamar a la policía, Becky. Y a un médico. ¡Por favor, espérame en tu habitación! ¡Y cierra con llave!

—Mamá...

—¡Por favor! —Gillian se dio cuenta de la severidad que había adoptado su voz a causa de los nervios—. ¡Haz lo que te digo, Becky!

Hizo cuanto pudo para librarse de su hija. Estaba claro que Becky estaba a punto de ponerse histérica y, antes de que eso ocurriera, Gillian tenía que dejarla en un lugar seguro e informar a la policía.

—¡Ve a tu habitación, Becky! ¡Enseguida!

La chica miró fijamente a su madre, todavía con el rostro blanquecino y el pelo revuelto de un modo febril. Todavía con las pupilas dilatadas.

—¿Dónde estabas, mamá? ¿Dónde has estado toda esta maldita tarde?

Gillian no respondió.

Jueves, 31 de diciembre

Cuando llegó a la puerta de casa le faltaba el aliento, a pesar de lo mucho que se había esforzado en andar a un ritmo normal, por miedo a que una patrulla de policía lo detuviera si llegaban a verlo corriendo como un loco de noche. No sabía cuánto tardaban en ponerse en marcha los mecanismos policiales. ¿Debían de estar buscándole ya? ¿Le habría llegado ya a cada agente una foto suya junto a una descripción? ¿Se aplicarían al máximo en buscarlo?

Se pasó la mano por la frente y se sorprendió al comprobar que tenía la cara empapada en sudor a pesar del frío que hacía esa noche, casi diez grados bajo cero.

Eran las diez y media, faltaba todavía una hora y media para la medianoche. Sin embargo, en todas partes por la ciudad los fuegos artificiales ya estallaban y dibujaban sus palmeras multicolores sobre el cielo oscuro. De vez en cuando pasaba algún que otro grupo aislado de personas en un estado etílico considerable, aunque tampoco es que hubiera mucha gente por la calle. Simplemente hacía demasiado frío. Quien podía, se quedaba en casa.

Alzó la mirada hacia la fachada de un bloque de viviendas en el centro de la ciudad de Southend. Excepto en el piso superior, había luz en todos los pisos. Se oía música a gran volumen procedente de algún lugar. Por supuesto, ¿quién se iba a dormir en Nochevieja? La gente festejaba, se reunía, bailaba y se divertía.

Si no los estaba buscando la policía.

Esperaba que Bartek estuviera en casa. Y que el ruido de fiesta que llegaba hasta la calle no procediera de su piso. ¿Qué haría si allí arriba se encontraba con treinta personas con ganas de fiesta? Dudó un poco antes de pulsar, al fin, el timbre. No tenía elección. Necesitaba un lugar en el que esconderse y si tenía que buscar uno al aire libre acabaría muriendo de frío en esa noche tan helada.

Pasó un buen rato antes de que se oyera el zumbido del portero automático. Samson se apoyó en la puerta para abrirla e inició el ascenso hasta el segundo piso. Había estado allí un par de veces, pero no recordaba que le hubiera costado jamás tanto subir esos dos pisos. Tuvo que detenerse más de una vez para recobrar el aliento.

Estaba hecho polvo, nervioso y psicológicamente destrozado. Era evidente que eso le dificultaba la respiración.

Bartek lo estaba esperando en el descansillo de su piso. Tras él sonaban varias

voces y música de baile.

En efecto, está celebrando una fiesta en casa, pensó Samson con abatimiento.

Bartek primero pareció asustarse, aunque al ver quién lo visitaba tan tarde, pasó a mostrarse más bien cohibido.

—Ah, Samson, ¿qué haces aquí? —preguntó con un cierto titubeo—. Tenemos invitados y... bueno, de hecho quería invitarte a ti también, pero sé que no te gustan las fiestas y pensé que tal vez...

Samson subió los últimos escalones con dificultad.

—Bartek, necesito ayuda —dijo Samson.

—Tienes muy mal aspecto —constató el polaco. Entrecerró la puerta tras él hasta dejar solo un diminuto resquicio—. ¿Qué te ha pasado?

—La policía —dijo Samson—. La policía me está buscando.

—¿Qué?

—Millie me ha denunciado. Gavin me ha advertido y ahora... no sé adónde ir.

—Dios mío —exclamó Bartek. De repente ya no parecía tan sereno como de costumbre, sino más bien bastante superado.

No me extraña, pensó Samson. Tiene el piso lleno de invitados y lo que le apetece en realidad es celebrar la Nochevieja y divertirse. Y ahora le salgo yo con esta historia que debe de sonarle completamente absurda.

—¿Qué quieres decir con que te ha denunciado? —preguntó Bartek—. ¿Por qué motivo puede haberte denunciado?

—Una tontería como una casa —contestó Samson mientras pensaba que le estaba quitando importancia al tema. Estaba en el peor apuro de su vida—. Ya te conté lo que... bueno, lo que hago durante el día...

—¿Lo de que... observas mujeres?

¡Cómo suena eso!, pensó Samson. Incluso a él mismo le parecía sospechosa esa formulación. «Observas mujeres». Las palabras transmitían una imagen que no tenía nada que ver con lo que tenía lugar en realidad, pero en eso consistía precisamente su problema: su afición era demasiado rara. De no haber sido por lo sucedido, la gente podría considerarlo poco más que un chiflado inofensivo.

—Lo tengo todo anotado —explicó con precipitación—. Mis observaciones, reflexiones y esas cosas, lo tengo todo almacenado en mi ordenador. Millie me ha estado espiando. Ha descifrado mi contraseña, lo ha leído todo, ha impreso todo lo que ha encontrado y considera que todo ello demuestra que soy peligroso.

Bartek negó con la cabeza.

—Bueno, tampoco es que sea lo más normal del mundo, lo que haces.

—Anteayer asesinaron a un hombre. En nuestra calle. Le dispararon en el comedor de su casa.

—He leído algo al respecto, sí —dijo Bartek—. Pero ¿cómo...?

—Desde entonces, Millie le ha insistido mucho a Gavin de que tenían que mostrarle mis anotaciones a la policía. Él ha intentado disuadirla, pero... bueno, Millie siempre acaba haciendo lo que le da la gana. Esta mañana se ha presentado en la comisaría más cercana y ha declarado que sospecha de mí.

—Sí, pero no creo que solo por eso la policía ya... —empezó a decir el polaco, aunque se detuvo enseguida. La puerta se abrió tras él y apareció una joven con un vestido corto de color negro, encaramada sobre unos tacones absurdamente altos.

—¡Ah, estás aquí, Bartek! ¡Te he estado buscando por todas partes! —dijo mientras examinaba a Samson—. ¡Hola!

—¡Hola! —saludó este. Conocía a Helen, la prometida de Bartek, aunque solo superficialmente. Se habían saludado un par de veces, cuando había acudido a ver a su amigo y ella había entrado un momento para decirle algo a su prometido. Era evidente que no se acordaba de él.

—Mi amigo Samson —lo presentó Bartek.

—Ah, sí, hola Samson. ¿Qué hacéis aquí? ¡Dentro nos lo estamos pasando de muerte!

—Vamos enseguida —dijo Bartek—. Samson tiene un problema.

Helen soltó una carcajada y Samson constató una vez más lo atractiva que era. Tan atractiva como Bartek. Algún día esos dos traerían al mundo a unos niños increíblemente guapos.

—Ah, bueno. Pues cuando lo tengáis resuelto, entrad, ¿no? —comentó Helen antes de desaparecer de nuevo hacia el interior del piso.

Samson se dio cuenta de que Bartek parecía cada vez más impaciente.

—Bueno, lo dicho, Samson, en mi opinión...

—Espera —lo interrumpió este. Su amigo tenía que comprender la gravedad del caso—. El hombre al que mataron hace dos días... era el marido de esa mujer que tanto me gusta. Te hablé de ella. Esa familia, ¿sabes?, la que más he estado... observando. Todo eso también aparece en mis anotaciones.

—Mierda —exclamó Bartek.

—Y hay algo más...

—¡Oh, no!

—He escrito... palabras bastante cargadas de odio contra ese hombre. En mis anotaciones. Porque... porque me molesté muchísimo por su culpa poco antes de Navidad.

—¿Y qué fue lo que te molestó tanto?

—Pues que... que se mostró muy descortés conmigo. Me había llevado a su hija de doce años a casa y...

Bartek lo miró horrorizado.

—¿Qué?

Relacionado con todo lo demás, eso suena terrible, pensó Samson, absolutamente terrible. Pero su amigo no podía pensar también que él... Dios santo, ¿por qué todos lo tomaban enseguida por un pederasta?

—No —negó con desesperación—, fue por una emergencia. Ella no podía entrar en casa porque sus padres no estaban y yo pasaba por allí...

—Volvías a estar merodeando por delante de la casa de esa familia —constató Bartek. La expresión de su rostro revelaba con claridad lo que estaba pensando: ¿por qué tuve que hacerme amigo de este idiota? ¿Y por qué tengo que estar escuchándolo e implicándome en este follón tan miserable?

—No podía dejar que esa niña se quedara ahí fuera, con la nevada que estaba cayendo. Pero cuando pasaron a recogerla, parecía como si el padre... como si creyera...

Bartek suspiró.

—A raíz de eso escribí que lo odiaba. Y ahora resulta que está muerto y... bueno, la policía encontrará extraño que yo haya estado... observando a esa familia...

—Es increíble —dijo Bartek—. ¡Es que no me lo puedo creer! ¡Dios, ya te dije que era una locura eso que hacías! ¡No me extraña que haya acabado acarreándote dificultades! ¿Estás seguro de que tu cuñada ha acudido a la policía con tus anotaciones?

—Me lo ha dicho Gavin a mediodía. Estaba desesperado porque no ha podido evitarlo, y por todo lo que ha ocurrido.

—No me extraña —murmuró Bartek.

—Me he dejado llevar por el pánico y me he largado con el coche. He estado dando vueltas por el barrio toda la tarde, sin rumbo fijo. En algún momento se me ha ocurrido pensar que era peligroso... Quiero decir, que entretanto ya debían de haber descubierto cuál es la matrícula de mi coche. Por eso he dejado el coche en Gunners Park y he vuelto a la ciudad a pie dando un buen rodeo. Bartek, llevo varias horas caminando. Estoy agotado. ¿Puedo quedarme aquí?

—De ninguna manera —negó Bartek y, al ver el horror en el rostro de su amigo, añadió—: Quiero decir que sería una tontería. Seguro que la policía habrá querido saber los nombres y direcciones de tus amistades y tu cuñada debe de haberme mencionado a mí. Deben de contar con que estarás buscando un lugar en el que refugiarte.

—Pero ¡a algún lugar tengo que ir!

—¿Tienes dinero?

—Cien libras en efectivo. Las últimas que me quedaban en la cuenta.

—Muy bien —dijo Bartek—, de acuerdo —quedaba claro que lo más importante para él era quitarse de encima a su amigo para poder pensar qué hacer a continuación—. Mira, con esto te llega para una habitación de hotel. Uno pequeño, una pensión

barata. Busca una habitación y pasa la noche allí. Mañana por la mañana me llamas. A ver si se me ha ocurrido ya una idea para salir de esta.

—¿Un hotel? ¿No será demasiado peligroso?

—Yo diría que no es ni la mitad de peligroso que mi piso —dijo Bartek.

Samson asintió. Su amigo tenía razón.

Bartek echó una ojeada a su espalda por la puerta del piso, donde la música, las risas y el tintineo de copas seguían con la misma intensidad de antes.

—Samson, tengo invitados en casa. Debo volver a entrar. Hablamos por teléfono mañana, ¿de acuerdo?

—¿Me ayudarás?

—Claro —contestó, pero Samson tuvo la impresión de que en ese momento le habría prometido cualquier cosa. Lo que más quería en el mundo era quitarse de encima aquella situación tan absurda.

—Bartek —Samson habló con tono de súplica—, por favor, tienes que creerme: no tengo nada que ver con todo esto. Yo no he matado al señor Ward. Soy incapaz de matar a nadie, ni siquiera de atacar o de herir a nadie. Soy inocente.

—Por supuesto que te creo —aseveró Bartek para tranquilizarlo. Sus palabras le sonaron como las de un médico hablando con un paciente irresponsable.

Exhausto, Samson cerró los ojos un segundo.

—De verdad, no he sido yo.

—Hasta mañana —dijo Bartek antes de entrar de nuevo en su piso y cerrar la puerta con cierto énfasis.

Samson se dispuso a marcharse de nuevo. Los pies le pesaban como si llevara zapatos con suelas de plomo. A mediodía, Gavin le había aconsejado que acudiera a la policía.

—Solo conseguirás empeorar las cosas si huyes. Si no has hecho nada, tienes que dejárselo claro. No te servirá de nada esconderte. ¡Terminarán por encontrarte y habrá sido una tontería!

Estaba seguro de que Gavin tenía razón y sin embargo... No tenía el valor necesario para hacerlo. Tenía miedo. Tenía un miedo atroz y no podía más que seguir sus instintos primarios, que le aconsejaban que debía ponerse a salvo.

Pero ¿dónde podría estar a salvo?

Poco a poco, bajó la escalera. Las once. Faltaba todavía una hora para que empezara un nuevo año.

Para él, desde el primer segundo, lo único que empezaba era una verdadera pesadilla.

Viernes, 1 de enero de 2010

1

El inspector Peter Fielder sabía que le exigía un alto nivel de tolerancia a su esposa, pero aquella cadena de terribles asesinatos en serie había dado un giro radical precisamente el 31 de diciembre, de manera que le resultaba imposible pasar ese primer día del año y el fin de semana siguiente en casa, junto a la chimenea. A pesar de que eso habría sido lo más saludable para su matrimonio.

De ahí que por la mañana hubiera convocado una reunión especial en Scotland Yard, hubiera dedicado bastante tiempo y esfuerzos a arrancar su coche, completamente helado, y se hubiera dirigido a su despacho en esa mañana oscura y terriblemente fría. Estaba cansado porque durante la noche habían estado festejando el Año Nuevo con una pareja de amigos, pero sabía que Christy le prepararía un café que le despertaría el ánimo de nuevo. No conocía a nadie capaz de preparar un café tan perfecto como el de la sargento McMarrow. Eso sin tener en cuenta que, además, era una de sus colaboradoras más inteligentes y perspicaces. Peter Fielder sabía que Christy podía llegar a ser un verdadero peligro para él. En ese aspecto era un hombre tímido y jamás habría osado acercársele, eso lo tenía claro. Pero podía llegar a ser delicado si algún día a ella le daba por dar el primer paso.

La reunión había demostrado ser laboriosa puesto que todo el mundo había acudido trasnochado, con resaca y sin mucha motivación. Una agente, Kate Linville, había comentado en voz alta que ya sabían quién había cometido el crimen y que solo quedaba encontrarlo y detenerlo.

—¿Ah, sí? —había preguntado Fielder—. ¿Y quién es el asesino?

La joven había mirado a su alrededor, desconcertada.

—Samson Segal. Creo que...

—Creo que deberíamos ser más prudentes —la había interrumpido el inspector—. Admito que cualquiera que lea las anotaciones de Segal llegará a la conclusión de que

le falta un tornillo, pero nada más.

—Se muestra especialmente agresivo contra Thomas Ward —insistió Kate.

—Pero no se muestra del mismo modo respecto a Carla Roberts y a la doctora Anne Westley.

—Se pasa el día merodeando por el barrio, espiando a personas desconocidas. Sobre todo a mujeres. ¡No me extrañaría en absoluto que hubiera sido él quien subía y bajaba en el ascensor del bloque de viviendas de Hackney!

—Eso es justo lo que tenemos que comprobar —dijo Peter Fielder—, pero ¡mientras no tengamos resultados debemos evitar excedernos con las especulaciones, agente Linville!

Kate Linville se sonrojó. Ya no era tan joven, deberían haberla ascendido desde hacía tiempo, pero se había quedado estancada en el rango de agente. Era una trabajadora fiable y muy cumplidora, pero no disponía del más mínimo olfato criminalista, conocía poco la naturaleza humana y no destacaba precisamente por sus aportaciones constructivas. Eran mucho más típicas de ella ese tipo de escenas en las que sacaba conclusiones precipitadas acerca de un caso. Fielder suponía que probablemente se había debido a las ganas de intervenir a toda costa en la reunión.

Había que ir paso a paso. Un equipo de criminalistas había acudido a Thorpe Bay y había estado en la casa de Samson Segal recogiendo huellas dactilares que posteriormente compararían con las huellas del piso de Carla Roberts en Hackney, que hasta entonces no habían podido identificar todavía, así como con las incontables que recogieron en el ascensor del edificio. Asimismo, las compararían también con las de la casa de Anne Westley. Si terminaban por encontrar alguna coincidencia, darían un gran paso adelante.

Al término de la reunión, Peter Fielder había mandado a la agente Linville a hablar de nuevo con Millie Segal, la mujer que el día anterior se había presentado en la comisaría de Southend-on-Sea con las anotaciones de su cuñado y que afirmaba haber desenmascarado a un peligroso asesino.

—¡Fue él! Él mató a Thomas Ward. Y vaya usted a saber a cuánta gente más. ¡Lea esto y se dará cuenta de que están tratando con un psicópata!

Fielder examinó las numerosas notas que tenía frente a él sobre el escritorio y que había estado garabateando, siguiendo un sistema que solo él reconocía y que nadie más podía descifrar. La historia seguía siendo confusa y se sentía a años luz de la resolución del caso. Ninguno de los asistentes a la reunión había conseguido aportar nada que le hubiera permitido avanzar de forma decisiva, pero tal vez había esperado demasiado de sus colaboradores justamente el 1 de enero. En ese momento Christy estaba en la sala contigua, hablando por teléfono. Algunos de los demás se habían marchado a casa, mientras que otros trabajaban en las tareas que él les había asignado.

Tenía tiempo para pensar. Todo ese día, tan frío y tan largo.

El nombre de Thomas Ward estaba destacado en sus anotaciones. Lo había rodeado con tinta roja una y otra vez, en ocasiones acompañado de signos de interrogación. ¿Cómo encajaba Thomas Ward en la serie de asesinatos que se habían cobrado las vidas de ancianas solitarias, esos casos con los que se estaban rompiendo los cuernos los agentes de Scotland Yard? A primera vista, no tenía nada que ver en absoluto: Thomas Ward era un hombre. Tampoco vivía solo, ni mucho menos. Lo habían matado a pesar de que su hija se encontraba en casa en ese momento y lo había encontrado su esposa pocas horas más tarde. No había muerto asfixiado por un trapo que alguien le hubiera metido en la garganta.

Le habían disparado, dos veces. Una bala lo había herido de forma superficial en la sien y eso le había comportado una gran pérdida de sangre, pero sin llegar a provocarle la muerte. El segundo disparo le había desgarrado la carótida. No había tenido ninguna oportunidad de salvarse, no la habría tenido ni siquiera en caso de que lo hubieran encontrado enseguida.

Era una cuestión rutinaria el hecho de comparar los proyectiles, mediante un análisis por ordenador, con la munición y las armas de los últimos tiroteos registrados. Los agentes de Southend se habían topado entonces con una coincidencia inesperada que poco después había sido corroborada por una investigación más minuciosa: Thomas Ward había sido asesinado con la misma arma con la que el asesino de Anne Westley había destrozado el cerrojo del cuarto de baño de su víctima.

De ahí que el caso de Ward hubiera acabado en manos del inspector Fielder y su equipo. Y para complicar todavía más la historia, habían aparecido aquellas anotaciones tan extrañas de un tal Samson Segal que vivía en Thorpe Bay, cerca de Thomas Ward, con quien tenía un problema evidente.

Ese había sido el motivo para la reunión especial del 1 de enero.

Al término de esta, sin embargo, todos habían quedado todavía más perplejos que antes.

¿Qué tenían en común Thomas Ward y las dos mujeres asesinadas?

Christy McMarrow había manifestado la idea más decisiva:

—¿Y si no había fijado su objetivo en Ward? ¿Y si en realidad tenía a su esposa en el punto de mira e ignoraba que no estaba en casa?

Fielder asintió con aire pensativo mientras trazaba otro círculo más alrededor del nombre de Thomas Ward. El 30 de diciembre, un día después del asesinato de Ward, había hablado con la esposa de la víctima después de que ella le hubiera dicho con total imparcialidad que tenía que contarle algo. Le había dicho que Ward acudía cada martes por la noche a una reunión de la peña del club de tenis. Que en condiciones normales nunca llegaba a casa antes de las diez o las diez y media. Quien conociera

mínimamente las costumbres de la familia Ward habría creído encontrar a Gillian Ward en casa y no a su marido.

Pero esa noche ella había salido para intentar encontrarse con su amante. Eso también se lo había contado. Le había resultado difícil, pero Fielder no había tenido la impresión de que le hubiera estado ocultando detalles.

Gillian Ward.

Ese nombre también lo había anotado y rodeado un par de veces. Y había dibujado una flecha que relacionaba el nombre de aquella mujer con el de otra persona que había escrito con tinta negra y había subrayado con énfasis: John Burton.

Eso sí que había sido una sorpresa. No esperaba toparse con Burton. Y menos en relación con la investigación de un asesinato.

El inspector Burton, un antiguo colega que había echado a perder su carrera en la policía metropolitana por una estupidez. Fielder jamás había podido soportar a Burton, a pesar de no tener ningún motivo concreto que explicara esa animadversión. En ocasiones sospechaba que la única razón era la despreocupación y la indiferencia con la que ese hombre pasaba por la vida, una actitud que Peter Fielder envidiaba y, no obstante, no osaba poner en práctica. En su día, a Burton la joven le había parecido guapa y atractiva y de golpe y porrazo había iniciado con ella un idilio sin pensar en las consecuencias que podían derivarse de ello. Cuando todo se agravó y prácticamente no le quedó más remedio que dimitir, lo hizo con tanta serenidad que a todos sus colegas del cuerpo les quedó la desagradable sensación de que ellos se quedaban con la triste rutina policial y las pugnas por conseguir un ascenso, mientras que Burton optaba por la independencia y la libertad. En un momento en el que estaba viviendo la mayor derrota de su vida, había conseguido parecer un triunfador y no un perdedor.

Tal vez sea eso lo que no me gustaba de él, pensó Fielder justo antes de obligarse a centrarse de nuevo en el caso. ¡No pierdas la cautela y la objetividad! Te gustaría poner a Burton en un aprieto, sin duda, pero no vayas a dejarte influir por ello.

El caso es que Burton había iniciado un idilio con una mujer llamada Gillian Ward, cuyo marido había sido asesinado a tiros, y a Fielder todo aquello le parecía de lo más extraño. Burton, al que habían acusado de coacción sexual, una acusación que, sin embargo, la fiscalía había acabado por desestimar.

Christy entró en el despacho.

—Tengo una novedad: han encontrado el coche de Samson Segal. En Gunners Park, fuera de Shoeburyness. Sobre Segal no tenían ni la más mínima pista. Y luego he hablado con los criminalistas. Hasta el momento, no hay coincidencias. —Las huellas dactilares que habían encontrado en la habitación de Samson Segal no se habían encontrado ni en el piso de Roberts ni en el ascensor del edificio de Hackney. Los criminalistas seguían con las investigaciones pertinentes en Tunbridge Wells.

—De todos modos, creo que nos las prometemos muy felices pensando que ese tal Segal es el asesino y que... —empezó a decir Fielder.

—Señor —lo interrumpió Christy—, disculpe, comprendo que piense que Burton podría haber sido el autor de los crímenes y que Samson Segal no juega ningún papel en esto a pesar de sus más que discutibles anotaciones y de su extraño comportamiento. Pero ¿por qué John Burton tendría que haber querido...?

—¿... matar a Thomas Ward? Al fin y al cabo Burton tenía un idilio con la esposa de la víctima.

—¿Y por ese motivo ya piensa que fue él quien lo asesinó? ¿Para qué? ¿Si aspiraba a vivir con Gillian Ward en el futuro habría sido más sencillo pedirle que se divorciara de su marido!

—Tal vez a quien había querido matar fuera a Gillian. Según declaró ella misma, Burton no podía saber que ella acudiría a verlo y que pasaría la tarde y parte de la noche en ese pub de Paddington. Tal vez estaba seguro de que la encontraría.

—¿Creyendo que la hija no estaría en casa?

—Es su entrenador de balonmano. Me parece normal que la chica le hubiera contado que tenía previsto pasar las vacaciones en casa de sus abuelos, ¿no?

—¿Y por qué querría matar a Gillian?

Fielder se puso de pie y se acercó a la ventana. Unos grandes nubarrones sobrevolaban la ciudad.

—No olvide, sargento, que Burton ya sorprendió con una acusación de delito sexual. ¿Qué sabemos exactamente acerca de él? Tal vez sea un tipo altamente peligroso. Perturbado, perverso, qué sé yo. En su momento salió relativamente indemne, a pesar de que lo primero que hizo a continuación fue abandonar rápidamente el cuerpo de policía. ¿Por qué? ¿Para evitar que continuaran las investigaciones? ¿Que afloraran cosas que podían llegar a resultar desagradables para él?

—¿Qué cosas? —preguntó Christy.

—Ni idea. Al final podría ser que Burton tuviera un trastorno sexual grave.

—Señor, no es que quiera defenderlo. Pero por aquel entonces, John y yo formábamos un equipo y trabajábamos de maravilla juntos. Sé cuáles son sus fortalezas y sus debilidades. No es capaz de mantener las manos alejadas de una mujer bonita, aunque eso tampoco signifique que tenga un trastorno sexual como usted ha afirmado. Cuando sucedió, ninguno de nosotros creyó ni por un momento que hubiera violado realmente a aquella muchacha histérica. El fiscal tampoco lo creyó. Varios peritos independientes lo negaron del mismo modo. Y sin embargo no podía quedarse. Porque todos sus colegas de Scotland Yard, o por lo menos los hombres, en el fondo se alegraron del drama y dejaron muy claro que así fue. Y porque tenía claro que esa historia lo acompañaría durante toda su vida. Para un

agente de alto rango no debe de ser precisamente agradable que todos los criminales a los que atrapaba, o sus abogados defensores, le preguntaran con una sonrisa si era él el madero al que habían procesado por violación. Burton no quería pasar por eso y yo lo comprendo absolutamente.

—Christy, creo que no está siendo objetiva respecto a Burton. Sé que lo ha apreciado mucho como policía. Pero eso no quita que ahora se haya visto involucrado en un caso de asesinato y que nos veamos obligados a verificar qué papel juega en esta historia.

—Bien. Veamos qué significa «esta historia». ¿Por qué... Carla Roberts y Anne Westley? No es que sean las víctimas típicas de Burton, ¿no? Una tenía sesenta y tantos años y la otra casi setenta. Sin duda no mantuvo ningún idilio con ellas.

—De cualquier modo, en el caso de Thomas Ward —insistió Fielder—, Burton no tiene ningún tipo de coartada.

Había mandado a un agente para que hablara con John Burton. John había declarado que el martes por la tarde había estado en su oficina. Un cliente quería proteger su mansión con un complejo sistema de seguridad y había acudido a verlo en busca de consejo. La conversación había durado hasta las seis de la tarde, el cliente pudo confirmarlo. Sin embargo, a continuación John se había quedado solo, había empezado a desarrollar el concepto para el cliente y a presupuestar los costes y se había encargado de atender al teléfono hasta las nueve. Posteriormente lo relevó un empleado al que le dijo que se marchaba directamente a casa. Por desgracia esa noche no recibió ni una sola llamada, no tuvo lugar ni el más mínimo suceso, lo que significaba que entre las seis y las nueve John habría podido ir a Thorpe Bay y volver a Londres sin que nadie se diera cuenta.

—Que no tenga coartada no significa que lo hiciera él —repuso Christy—. Además, Burton no sería tan tonto como para abandonar su turno de guardia. Eso habría sido demasiado arriesgado.

Fielder desvió la mirada de la ventana.

—No es que tenga a Burton en el punto de mira —dijo—. Solo intento no aferrarme demasiado a la posibilidad de que lo hiciera ese tal Samson Segal. Tengo la impresión de que todo lo relacionado con ese hombre, o al menos lo que sabemos de él, me parece demasiado... evidente. Tal vez no sea más que la sensación de que nos lo están sirviendo en bandeja de plata. Y luego está esa mujer que afirma que su cuñado tiene la vida de un vecino sobre la conciencia y se presenta con un montón de papeles que fundamentan la hipótesis por escrito. Casi como un acto reflejo se me enciende la luz de alarma, no puedo evitarlo.

—Ha desaparecido y eso no prueba nada, pero tampoco dice mucho a su favor —dijo Christy mientras negaba con la cabeza—. Comprendo lo que quiere decir, jefe. Pero a veces las cosas funcionan de ese modo. Se atrapa a un asesino porque alguien

que lo conoce y que tal vez llevaba mucho tiempo sospechando de él se decide a hablar de una vez. Y debe usted admitir que Segal encaja en el perfil de asesino con una precisión de manual. Tiene un gran problema con las mujeres, lo dice su cuñada y queda reflejado con claridad en sus anotaciones. Desde hace años desea con fervor mantener una relación pero solo recibe negativas. En parte, cuando escribe acerca de las mujeres lo hace lleno de odio. Las sigue, anota hasta el detalle más insignificante de sus vidas y de la de sus familias. Sabía que Thomas Ward no solía estar en casa los martes por la noche. Sabía que Becky Ward debería haber estado con sus abuelos. Tenía toda la información que necesitaba.

—Toda no. Al parecer no tenía ni idea de que Gillian Ward mantenía un idilio con otro hombre. Al menos no sabía nada concreto acerca de esa relación.

—Esas historias suelen ocultarse por todos los medios.

—De acuerdo. Pero ¿a pesar de la estrecha vigilancia a la que tenía sometida a la familia no sabía que la hija se había quedado en casa?

—No había salido del domicilio debido a una inflamación de la garganta. Puesto que no la veía, debió de pensar que había salido de viaje —supuso Christy.

—Hace años que pasa los días de vacaciones entre Navidad y Nochevieja en casa de sus abuelos. Todas las personas del entorno de los Ward lo sabían.

—Pero no todos concentran las peculiaridades que presenta Samson Segal.

—Así pues, ¿él creía que Gillian Ward estaría sola en casa? ¿Y por consiguiente entró con la intención de matarla? ¿A una mujer a la que idolatra?

—Y que no le corresponde —aclaró Christy—. Ni siquiera se ha dado cuenta de la atracción que provoca en él. Y no demostró la más mínima empatía cuando su marido había tratado con desprecio a Samson Segal. Este sintió que lo habían «tratado como si fuera escoria», eso es lo que escribió. Lo que hizo fue expresar el odio que sentía. La adoraba, pero aquello lo cambió todo. Se sintió decepcionado por ella.

Fielder se frotó la cara con las dos manos. Estaba cansado, empezaba a perder la paciencia y todavía notaba los efectos del champán de la noche anterior.

—¿Y cómo hacemos encajar a Westley y a Roberts en esta teoría? Una vivía en Hackney y la otra en Tunbridge.

—Tiene coche. Tampoco es que esas distancias estuvieran fuera de su alcance.

—Pero las habría mencionado en sus anotaciones, ¿no, sargento? —Fielder negó con la cabeza—. Hay demasiadas cosas que no encajan. Ni siquiera las débiles teorías que ya teníamos se sostienen. Lo único que hemos encontrado ha sido un punto en común entre Westley y Roberts: las dos vivían solas y bastante aisladas desde que se habían jubilado. En cambio, Gillian Ward está casada, tiene una hija y trabaja.

—Eso significa —dijo Christy— que nos estamos aferrando a un denominador común equivocado. No parece que el hecho de que vivieran solas constituya el

vínculo más decisivo entre las víctimas. Tiene que ser otra cosa, algo que se nos ha escapado hasta el momento.

—Tenemos que volver a hurgar en el pasado de Anne Westley —dijo Fielder—, así como en los de Carla Roberts y Gillian Ward, si bien en este último caso será más sencillo, porque al menos sigue viva. Sí, tenemos que centrarnos en la señora Ward.

—Y deberíamos procurar encontrar a Samson Segal —apostilló Christy—. ¡Es importante, señor! O bien tiene las manos sucias por el asunto o podría resultar ser un testigo decisivo. Ha estado observando la casa de los Ward y ha estado fisgoneando en sus vidas. Puede que se le ocurra algo que sea decisivo para nosotros.

—Interrogaremos de nuevo a la cuñada —determinó Fielder—, y tal vez consigamos alguna pista al respecto. Hace un frío de mil demonios ahí fuera. Segal tiene que haberse refugiado en alguna parte.

—Lo atraparemos —aseveró Christy.

Él la miró fijamente. En ese momento estaba completamente seguro de tener ya al autor de los crímenes.

Aunque tampoco acababa de creérselo.

Tenía la sensación de haber pasado los tres últimos días sentada en el sofá con la mirada perdida en la pared, sin comprender nada de lo que le estaba ocurriendo. Y no era cierto. Preparaba la cena, más que nada para Becky, limpiaba la casa, se duchaba por la mañana y se ponía ropa limpia, llenaba el lavavajillas y lo volvía a vaciar. Por la noche se tomaba un fuerte somnífero, se tendía en el sofá y se sumergía en una profunda oscuridad narcótica de la que despertaba por la mañana sin sentirse descansada. Se preparaba el desayuno, tostaba pan, cortaba fruta y freía huevos. Todo sin darse cuenta realmente de lo que hacía.

Tara ya se había quejado:

—¡Gillian, no puedo más! Me gustaría poder ocuparme de ti, pero tengo la sensación de que consigo el efecto contrario.

Gillian había mirado a su amiga con aire de súplica.

—Déjame que me ocupe de la casa, Tara. De lo contrario me volveré loca.

Esta había cedido enseguida.

—Por supuesto. Ya te entiendo.

Gillian y Becky se habían trasladado esa noche terrible a casa de Tara junto con Chuck, el gato, después de haber estado buscándolo desesperadamente y de haberlo encontrado ya muy tarde por la noche, temblando de miedo un par de jardines más allá. Debía de haber salido presa del pánico por la puerta abierta de la cocina en cuanto el horror y la violencia habían irrumpido en la casa. Una agente de policía amable y especialmente sensible le había explicado a Gillian que la casa debía quedar precintada enseguida, puesto que había sido la escena de un crimen.

—No podemos exponernos a que se destruyan pruebas. ¿Conoce a alguien que pueda alojarla a usted y a su hija por un tiempo?

Gillian había pensado primero en sus padres, pero vivían demasiado lejos. La siguiente persona en quien había pensado había sido Tara. Había llamado a su amiga, le había contado lo sucedido y en primera instancia no recibió más que silencio como respuesta. Al fin, Tara le preguntó, desconcertada:

—¿Qué ha ocurrido? —En el acto demostró ser una mujer acostumbrada por su profesión a tratar con casos de ese tipo. Reaccionó con serenidad y sin síntomas de bloqueo—. Llego enseguida —le había dicho—, para recogeros a Becky y a ti. Por supuesto que podéis quedaros en mi casa. Tanto tiempo como queráis.

Desde entonces, ahí estaban, en el elegante piso que Tara tenía en un edificio antiguo de Kensington. Entretanto, un inspector de Scotland Yard se había presentado para hablar con Gillian y esta le había contado todo lo que sabía, incluida la cruda verdad acerca de su historia con John. Una agente conversó con Becky en presencia de su madre y de una psicóloga. Gillian sabía que Becky era una testigo importante. No había visto al asesino, pero había bajado la escalera alertada por el jaleo y había oído a su padre gritando:

—¿Qué demonios es esto?

Y a continuación, dos disparos. Desde la escalera y a través de la puerta del comedor Becky pudo ver cómo su padre se desplomaba sobre una silla.

—¿Pensaste en salir corriendo hacia él? —preguntó la agente.

Becky negó con la cabeza.

—No —respondió con tono de disculpa—. Sabía que todavía había alguien ahí. Había oído cómo mi padre hablaba con alguien y luego los disparos. Tenía... tenía tanto miedo. Solo quería escapar. ¡Escapar! —Había empalidecido de golpe—. Debería haberlo ayudado. Debería haber ido. Debería...

La psicóloga intervino de inmediato.

—En absoluto, Becky. No podrías haber hecho nada por él. Lo mejor que podías hacer era ponerte a salvo.

—Solo quería saber qué fue exactamente lo que activó ese acto reflejo de esconderse en Becky —explicó la agente. Sonó como una justificación—. Por desgracia, todo cuanto vio, oyó y experimentó esa noche es significativo para nosotros.

Sin embargo, nada de lo que Becky había contado había permitido avanzar realmente en las pesquisas. Había estado tan absorta pintando en su cuarto que no se había dado cuenta de que un extraño había entrado en casa y había amenazado a su padre hasta que hubo oído los gritos de Tom.

—Cuando vi cómo papá caía sobre la silla me asusté mucho. Yo estaba en la escalera y me resbaló un pie. En cuanto oí el ruido, supe que... De algún modo pensé que quien lo había hecho ya sabía que yo estaba en casa. Casi me vuelvo loca de miedo. Volví a subir corriendo y busqué un lugar en el que esconderme.

Se le ocurrió meterse dentro de la maleta que guardaban en el desván porque ya se había escondido allí dentro otras veces jugando al escondite con sus amigas en la casa. Se había metido dentro en una postura forzada que le provocó dolores intensos en los brazos y las piernas. Conteniendo el aliento, había oído cómo el asesino la buscaba por toda la casa, cómo registraba todas las habitaciones, abría los armarios y apartaba los muebles.

—Cuando subió, casi me muero de miedo. Pensé que me encontraría enseguida. Hizo un ruido horrible lanzando todas las cajas y cacharros que encontraba a su paso.

Pensé que iba a morir en cualquier momento.

—Pero ¿no viste absolutamente nada?

Becky negó con la cabeza.

—La tapa de la maleta estaba cerrada, no veía más que oscuridad a mi alrededor. Una oscuridad absoluta.

La agente quiso saber si Becky había oído el timbre de la puerta, pero la chica no lo recordaba.

—Creo que no, pero no lo sé. Aunque creo que habría bajado, si lo hubiera oído.

Ese día de Año Nuevo Becky había salido, todavía aturdida y abúlica, con Tara a patinar por Hyde Park. Tara había intentado convencer a Gillian para que las acompañara, pero esta había rechazado el ofrecimiento.

—No. Id vosotras. Me apetece estar sola.

Poco después de que se marcharan, el inspector Fielder la había llamado y le había preguntado si podía pasar a verla. A ella le habría gustado poder deshacerse de él, puesto que estaba agotada y tenía una gran sensación de vacío. Sin embargo, sabía que tenía que sobreponerse. Ese hombre hacía su trabajo y necesitaba que lo ayudara. Era importante encontrar al asesino de Tom.

En esos momentos, Fielder estaba sentado frente a ella en un sillón del piso de Tara. Gillian había preparado café y él aceptó gustoso que le sirviera una taza. Parecía cansado, probablemente había estado celebrando la Nochevieja.

Qué uno de enero tan horrible, pensó Gillian. Desde donde estaba podía ver el balcón y el fragmento de cielo gris que este permitía divisar. Chuck estaba sentado frente a la ventana, mirando fijamente hacia fuera, siguiendo con los ojos a los pájaros que de vez en cuando se posaban en la baranda y lo miraban con descaro.

El inspector Fielder expuso su teoría acerca de cómo el asesino había conseguido entrar en la casa.

—Suponiendo que realmente no hubiera llamado y que Tom tampoco le hubiera abierto la puerta, podría ser que hubiera encontrado una manera de entrar más simple y más cómoda. Lo hemos comprobado. Desde la calle se puede ver la cocina, a través de la pequeña ventana que hay en la puerta. Desde ahí se ve la puerta que permite acceder al jardín. Es especialmente visible de noche si el interior está iluminado. Suponemos que su marido debió de abrir la puerta del jardín, es probable que quisiera ventilar la cocina. La puerta no presenta ningún signo de haber sido forzada. El asesino, que a lo mejor había tenido la intención de llamar a la puerta en primera instancia, vio la oportunidad de rodear la casa y entrar en la cocina por el jardín. Por eso Becky no se había dado cuenta de nada.

—¿Hay huellas?

Fielder negó con la cabeza.

—Por desgracia, la nieve las cubrió de nuevo antes de que llegara la policía.

—Pero ¿por qué? —preguntó Gillian—. ¿Por qué? ¿Por qué habría querido alguien matar a Tom?

Él respondió con otra pregunta:

—¿Le dicen algo los nombres Carla Roberts y Anne Westley?

Gillian se tomó un par de segundos para intentar comprender las consecuencias de esa pregunta.

—¿Cree usted que hay alguna relación entre...?

—Entonces, ¿sabe quiénes son esas dos mujeres?

—Por los periódicos, sí. Aunque no las conocía personalmente.

—¿Había oído hablar de ellas anteriormente? ¿Su marido no las había mencionado jamás?

—No. Jamás.

—La doctora Anne Westley ejercía como pediatra en Londres. ¿Tal vez alguna vez llevó a Becky...?

—No, ya le he dicho que no las conocía.

Peter Fielder tomó un sorbo de café, dejó la taza con cuidado sobre la mesa y miró a Gillian muy serio.

—El arma del crimen. La pistola con la que dispararon a su marido. Es muy probable que se trate de la misma arma utilizada para reducir a las dos mujeres que le he mencionado.

—¿También les dispararon? —preguntó Gillian. En los periódicos solo había podido leer especulaciones acerca de las causas de esas dos muertes, puesto que la policía no había dado ningún tipo de información al respecto. Fielder quiso que, por el momento, Gillian siguiera sin conocer esos detalles.

—Todo parece indicar que fueron amenazadas con esa arma —replicó él a modo de evasiva—. En el caso de la doctora Westley, el asesino utilizó la pistola para abrir a tiros la puerta tras la que se había parapetado la anciana. De ahí que pudiéramos comparar los proyectiles.

A Gillian le pareció más que raro.

—Pero ¿por qué alguien que ha matado a dos ancianas tendría que haber matado a un hombre de mediana edad? Ni siquiera nos robó nada. ¡Es que no tiene sentido!

—Hasta el momento, toda esta historia no tiene ningún sentido en absoluto —dijo Fielder con resignación—, o por lo menos nosotros no se lo encontramos. Sin embargo, no podemos obviar el hecho de que... —se esforzó en encontrar las palabras para decirlo suavemente. No quería soltarle a Gillian sus sospechas con toda su dureza.

No obstante, ella adivinó lo que quería decirle. Lo vio venir.

—¿Cree usted que Tom no debería haber sido la víctima? ¿Cree que en realidad era yo el objetivo?

Fielder pareció aliviado por no haber tenido que decirlo él.

—En realidad no es más que una sospecha. Pero el hecho es que en circunstancias normales su marido no habría estado en casa a esas horas. Lo mismo que su hija, por cierto. Quien conozca mínimamente a su familia o haya investigado un poco sabe que usted habría estado sola.

—El asesino se fijó en la cocina...

—Sí. Pero no vio a nadie, porque su marido debía de estar ocupado en el comedor. El asesino simplemente vio la cocina iluminada y la puerta abierta. Se metió en la casa y de golpe se topó con un hombre en lugar de hacerlo, como esperaba, con una mujer. Difícilmente podría encontrar una explicación inocente para justificar que entrara en el comedor armado con una pistola. Y pensó que sería mejor matar a Thomas para que no pudiera identificarlo posteriormente. Luego, se horroriza al oír un ruido procedente de la escalera. Hay alguien más en la casa. Alguien que tal vez lo haya visto. Por eso se pone a buscar como un loco, aunque gracias a Dios su búsqueda fue infructuosa.

Gillian soltó un leve gemido y hundió el rostro en las manos.

—Si llega a encontrar a Becky...

—Becky tuvo mucha suerte. También tuvo suerte de que el asesino pensara en algún momento que sería demasiado peligroso seguir buscando y permanecer más tiempo en el lugar de los hechos, por lo que optó por dejarlo. ¡El ángel de la guarda de su hija hizo su trabajo, Gillian!

Ella levantó la cabeza.

—Pero ¿por qué yo? ¿Quién querría matarme a mí?

—Esa misma pregunta es la que nos hacemos nosotros desde hace semanas para los asesinatos de Roberts y Westley —dijo Fielder—, y si consideramos que usted estaba en la misma línea que esos dos casos y que la muerte de su marido no fue más que un dramático imprevisto, tenemos dos delitos de asesinato consumado y uno en grado de tentativa para los que el móvil sigue siendo un misterio. Estos crímenes demuestran un odio inmenso, esa es la única información que tenemos de los otros dos casos. La señora Roberts y la doctora Westley murieron de una forma excepcionalmente cruel. Al principio pensábamos que debía de tratarse de alguien que sintiera un odio monstruoso contra las mujeres en general y que posiblemente solo eligió a Roberts y a Westley porque vivían solas y aisladas, lo que las convertía en víctimas muy accesibles. En los dos casos, pasó más de una semana antes de que se descubriera el crimen y, además, por accidente. Pero usted no encaja en esa trama. Lo que nos hace pensar que tiene que ser otra la relación que la une a usted con esas dos mujeres.

—Pero ¡si no las conocía de nada!

—Aun así, puede que haya algún punto en común.

—¡Oh, Dios! —murmuró Gillian—. ¡Es horrible!

—¿Qué sabe usted acerca de Samson Segal? —preguntó Fielder.

Recibió justo la respuesta que había esperado a partir de las anotaciones de Samson Segal.

—¿Segal? ¿El tipo que siempre ronda por delante de nuestra casa?

Tal vez Christy tuviera razón, pensó Fielder de repente, pero antes de que pudiera intervenir de nuevo sonó el timbre de la puerta y Gillian se puso de pie mientras musitaba una disculpa. Cuando volvió, no lo hizo sola.

La seguía John Burton.

Samson Segal tuvo un susto de muerte cuando alguien llamó a la puerta de su habitación. Estaba seguro de que la pensión en la que se había acuartelado no tenía servicio de habitaciones, por lo que supuso que no se trataría de ningún miembro del personal.

—¿Quién es? —dijo con cautela.

—Soy yo. Bartek. ¡Abre!

Samson abrió, aliviado, el cerrojo de la puerta. Había llamado a Bartek a primera hora de la mañana, pero solo había obtenido la respuesta del buzón de voz del móvil. Le había contado dónde se había alojado y le había pedido que lo ayudara con algo de dinero. Después de eso se había sentado en la cama mirando hacia el retazo rectangular de cielo que se veía por la ventana, con la esperanza de que su amigo escucharía el mensaje en algún momento durante el día. Con la ridícula cantidad de cien libras no llegaría muy lejos. Cuando a altas horas de la noche había entrado en ese sucio cuchitril que apenas merecía el nombre de hotel para pedir una habitación, le habían volado ya treinta libras y la señora que lo atendió en la recepción, queapestaba a aguardiente y cigarrillos, le había anunciado ya que quería treinta libras más por adelantado si pensaba quedarse otra noche. Eso significaba que en tres noches se le habría acabado el dinero.

—¿Treinta libras? —había preguntado con horror. La dueña del local le había soltado enseguida una réplica mordaz.

—¿En qué mundo vive, joven? ¿En Jauja, donde todo es gratis? ¡Pues despierte! ¡Además, el precio incluye el desayuno, por lo que no se queje tanto!

Sin embargo, todavía no había podido comprobar la calidad del desayuno. Estaba paralizado. No había sido capaz de salir de aquella habitación fría y mohosa ni por un momento. Sabía que aquellas cuatro paredes de color verde pálido no le ofrecían más que una seguridad engañosa, pero el mundo exterior, en su situación, le parecía una pecera llena de pirañas y no se atrevía a asomar la cabeza siquiera.

Bartek tenía un aspecto horrible, Samson se dio cuenta de inmediato en cuanto lo vio entrar a trompicones en la habitación. Tenía los ojos hundidos y los labios grisáceos. Probablemente había estado celebrando el Año Nuevo hasta altas horas de la madrugada, por lo que estaba trasnochado y tenía resaca. En condiciones normales seguramente se habría quedado en la cama hasta la tarde. No obstante, en lugar de eso

tenía que ocuparse de un amigo que se encontraba en serias dificultades.

Samson se sintió culpable en el acto.

—¡Bartek! ¡Gracias por venir!

Bartek miró a su alrededor una vez dentro de aquella estrecha habitación. El hotel estaba muy cerca de la estación de ferrocarril de Southend y era un edificio viejo y decrepito con los techos bajos y suelos que crujían a cada paso. Las ventanas eran pequeñas y el papel pintado que cubría las paredes era verdaderamente atroz. La cama de la habitación de Samson daba la impresión de que tenía que hundirse hasta tocar el suelo si uno se tendía en ella. Había un sillón, un armario estrecho de madera barata y un lavamanos en la pared. Para ir al baño había que salir y cruzar el pasillo.

El lugar no podía ser más desolador.

—Oh, Dios... —exclamó Bartek, tras lo que se encogió de hombros tiritando—. ¡Qué frío hace aquí!

—La calefacción no funciona —explicó Samson.

—Joder, tío —dijo Bartek mientras ocupaba el sillón—. Samson, ¡todo esto es una mierda! ¡La policía ha venido a verme!

—¿Qué?

—Y no eran de la policía de Southend, sino de Scotland Yard. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—¡Dios mío!

—La agente Linville. Antes había hablado con tu encantadora cuñada y esta le había dicho que lo intentara en mi casa. Le contó que somos muy amigos y que quedamos cada semana en un pub y ¡vete a saber qué más! Le ha faltado tiempo para venir a verme. Helen y yo todavía estábamos en la cama...

—¿Y Helen le ha contado que anoche acudí a verte?

Bartek negó con la cabeza.

—Gracias a Dios, no. Y eso que no habíamos acordado nada. Se asustó mucho al ver a la policía en casa preguntando por ti, pero es lista y simplemente mantuvo la boca cerrada.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que la última vez que nos vimos fue antes de Navidad. Y que no tengo ni idea de dónde te escondes.

Samson se relajó un poco.

—Te lo agradezco de verdad, Bartek.

Bartek negó con la cabeza de nuevo, como si quisiera rechazar la gratitud de Samson a cualquier precio, como si nada quisiera más en el mundo que mantenerse a distancia de su amigo.

—Luego he oído tu mensaje en mi móvil. ¡Menuda imprudencia, Samson! ¡No vuelvas a hacerlo! No me dejes mensajes en el buzón de voz. Y tampoco en el

contestador automático del teléfono fijo. De hecho, ¡no vuelvas a llamarme!

Samson se dio cuenta de que le fallaban las rodillas. A falta de otro lugar para sentarse, se dejó caer sobre la cama, que se hundió hasta el suelo con un quejido de muelles.

—¡Necesito tu ayuda, Bartek! ¡No podré conseguirlo solo!

—Tampoco puedes conseguirlo conmigo —replicó Bartek—, tienes que entregarte. Toma —revolvió en el bolsillo de los pantalones y sacó un par de billetes arrugados—, doscientas libras. Más no puedo darte. Y tampoco puedo hacer nada más por ti.

Samson se encorvó hacia delante y aceptó el dinero. Con eso podría quedarse viviendo allí casi una semana y media. Eso siempre que su foto no apareciera en los periódicos. En ese caso sería peligroso quedarse más de un par de horas en un mismo lugar.

—Gracias, Bartek. Sé que para ti esto es...

—Para mí esto es muy peligroso —dijo Bartek con voz airada—. No soy ciudadano británico, ¿entiendes? Estoy construyendo mi vida aquí. Trabajo duro, quiero casarme, Helen y yo queremos comprarnos un piso, nos gustaría ser padres. ¿Sabes lo que sucederá si me veo involucrado en la investigación de un asesinato? ¿Si emiten una orden de búsqueda oficial y yo te ayudo a esconderte? ¡Tú igual acabas un par de años en chirona, pero yo me juego que me expulsen y acabar de nuevo en Polonia! ¡Todo lo que tantos esfuerzos me ha costado se iría al garete de golpe y porrazo! ¡Podrías arruinarme el futuro!

—Pero es que no fui yo, Bartek. ¡Yo no le he tocado ni un pelo a nadie!

—Entonces, ¡no huyas! ¡Preséntate en comisaría!

—¡Es demasiado tarde! ¡Ya he huido!

—Pero puedes explicarlo. Les dices que huiste a causa del pánico, del desconcierto. Enseguida viste claramente que levantarías sospechas y huiste llevado por el miedo.

—No me creerán.

—Pero ¡tampoco podrán demostrar que hayas hecho algo!

—Ya sabes cómo son estas cosas. Necesitan acusar a alguien y yo me estaría ofreciendo en bandeja. Al fin y al cabo a ellos les da igual si en realidad yo...

—Vamos, basta ya —lo interrumpió Bartek—, solo por eso no te meterán en chirona. Tienen que demostrar que lo hiciste, y si no fuiste tú tendrán un problema. —Se puso de pie—. No puedo entrometerme en esto, Samson. Esto es lo último que hago por ti y solo espero que no me cueste el pellejo. A partir de ahora deberás ver cómo te las arreglas tú solo. Además, se lo he prometido a Helen. Está fuera de sí. Jamás la había visto tan furiosa.

Samson también se puso de pie.

—No fui yo —repitió como si se tratara de un mantra.

—Entonces no tienes nada que temer —apuntó Bartek.

—Pero tú tampoco —repuso Samson—. Porque no estás ayudando a un asesino, sino a un inocente.

En los ojos del polaco percibió el atisbo de una duda.

Con tristeza, Samson pensó que su amigo no estaba nada seguro de que realmente fuera inocente.

Los dos hombres se encontraron frente a frente y se miraron unos segundos sin decirse nada, igual de sorprendidos y momentáneamente inseguros de cómo lidiar con la situación.

—Hola, John —saludó Fielder al fin—. Jamás habría pensado que...

No llegó a terminar la frase.

—Hola, Peter. ¿Qué es lo que jamás habrías pensado? ¿Que volveríamos a encontrarnos?

—Que volveríamos a encontrarnos en la investigación de un asesinato. Eso es lo que no habría pensado —replicó Fielder.

—Tu gente ya me ha interrogado —le recordó John.

Fielder sonrió con amabilidad.

—Claro. Y han comprobado que no tienes coartada para el momento de los hechos. Me refiero al asesinato de Thomas Ward.

El énfasis que Fielder utilizó en esa última frase hizo que John entornara los ojos.

—¿Para qué asesinato más podría necesitar yo una coartada?

—Nadie te acusa de nada —intervino Gillian. A Fielder le pareció que a la mujer le temblaban ligeramente las manos—. A mí también me han interrogado. Es lo normal, ¿no?

—Por supuesto —dijo Fielder.

—¿Qué asesinatos más se han cometido? —insistió John.

—A Tom lo mataron con la misma arma que intervino en el asesinato de las dos ancianas —explicó Gillian—. Ya sabes, los periódicos han estado hablando de ello. Por eso piensan que en los tres casos podría tratarse del mismo asesino.

John arqueó las cejas.

—¿La misma arma?

—Exacto —contestó Fielder. Examinó minuciosamente la reacción de John al oír mencionar a las dos mujeres y se dio cuenta de cómo llegaba de golpe a la misma conclusión que había llegado la policía: Tom había sido una víctima accidental. El asesino iba a por la esposa. Fielder pudo leer literalmente la conclusión en los ojos de John y pensó que o bien era muy buen actor, o bien realmente no tenía nada que ver con el caso.

John se volvió hacia Gillian.

—Gillian...

—Lo sé —dijo ella—. Es posible que fuera a por mí. Soy una mujer y en condiciones normales habría estado sola en casa a esas horas. Encajo mejor en el caso que Tom.

—Por supuesto, no podemos saberlo con toda seguridad —dijo Peter Fielder—, pero de todos modos es mejor que se quede aquí una buena temporada, incluso cuando se haya desprecintado la casa. —De repente, se dirigió de nuevo a John—. ¿Cómo sabías que la señora Ward se alojaba en casa de su amiga?

—Esta mañana le he mandado un SMS —explicó Gillian antes de que John pudiera responder— y le he pedido que viniera. Justo después de la... muerte de Tom no quería verlo, pero desde entonces... —Encogió los hombros con desamparo—. No es que me sienta muy bien —añadió en voz baja— y tengo que estar dominándome todo el rato. Por Becky. Tara, mi amiga, se preocupa mucho por mí, pero siempre pienso que lo más probable es que no le gustara que fuera al encuentro de John aquella noche. No es que me lo haya dicho, pero... en su mirada me doy cuenta de que piensa que habría sido mejor haber dejado a Tom de una vez si ya no era feliz con él. No paro de pensar que, por dentro, cree que toda esta desgracia y este horror son fruto del engaño y la deslealtad.

Tragó saliva. El rostro le temblaba mientras intentaba contener las lágrimas.

John se le acercó y le pasó un brazo por encima del hombro. Los dos hombres se miraron por encima de la cabeza de Gillian. Estaban pensando lo mismo. No hacía falta ser psicólogo para comprender que Gillian proyectaba en su amiga todo lo que en realidad la estaba atormentando a ella: un sentimiento de culpa casi insoportable.

—No debe pensar de ese modo —le aconsejó Fielder—. No se trata de si su comportamiento fue moralmente correcto. Lo más importante es que estamos tratando con un asesino sin escrúpulos que por algún motivo que desconocemos había puesto a su familia en el punto de mira. La única culpabilidad que debemos aclarar es la que concierne a esa persona y esperemos que tenga que responder ante un juez, señora Ward. Se trata de eso y no de usted.

Ella se secó un par de lágrimas de las mejillas y bajó las manos. Había recuperado el control.

—¿Y cree usted que podría haber sido Samson Segal? —preguntó ella para volver al tema que había interrumpido la llegada de John.

—¿Quién es Samson Segal? —preguntó John enseguida.

—Vive en la misma calle que nosotros —respondió Gillian—, y... se ha estado comportando de un modo un poco extraño. Tom estaba furioso con él. —Miró a Peter Fielder—. ¿Han descubierto algo?

—Tenemos una pista al respecto —dijo Fielder—, pero debo decirle que no tenemos ni idea de si tiene alguna relación con el caso. ¿Qué entiende por un

comportamiento extraño, señora Ward? ¿Y qué ha querido decir exactamente cuando ha dicho que merodeaba por delante de su casa?

—En algún momento nos dimos cuenta de que lo veíamos prácticamente cada vez que salíamos de casa o cuando mirábamos por la ventana. O bien pasaba por allí o estaba por los alrededores... Tom se dio cuenta antes que yo. Tara también tuvo esa impresión un día que vino a visitarme. Después de que tanto uno como el otro me llamaran la atención al respecto me di cuenta yo también de que me topaba con él con demasiada frecuencia. —Se encogió de hombros—. Pero no lo percibía como una amenaza. Me pareció que era un tipo simpático y tímido. Solitario y extravagante, pero inofensivo.

—Esa imagen inofensiva puede cambiar —explicó Fielder—. He tenido frente a mí a criminales peligrosos con un aspecto tan inocente que cualquier abuelita les habría confiado sin reservas la libreta de ahorros.

—Poco antes de Navidad tuvo lugar un incidente —dijo Gillian.

Acto seguido, le contó su encuentro con John, que tanto ella como Tom habían llegado tarde a casa, que Becky se había marchado de la fiesta de cumpleaños en la que debería haber pasado la noche y que Samson Segal se la había llevado a su casa. Le contó también que Tom se había comportado de forma hostil con ese vecino mientras que ella había sentido más bien gratitud. Peter Fielder ya conocía la historia por las anotaciones de Segal, pero la escuchó con interés de todos modos. Le pareció significativo comprobar que el comportamiento de Thomas Ward había sido verdaderamente inadecuado respecto al vecino. En ese sentido parecía que Segal no se había inventado nada ni se había dejado llevar por la ira. Había ayudado a la hija de los Ward en una emergencia y el padre de la chica no había demostrado ni el más mínimo agradecimiento.

—¿Sabe por qué su marido reaccionó de ese modo? —preguntó Fielder—. ¿Tenía algo contra Segal?

Ella reflexionó e intentó evocar la conversación que había mantenido esa noche con su marido. De algún modo extraño, todo aquello le pareció muy alejado en el tiempo. Como si hubieran pasado años desde entonces y no solo dos semanas.

—Creo que no sabría decírselo exactamente —contestó ella al fin—. Simplemente no le caía bien. Se asustó al enterarse de que alguien que era prácticamente un desconocido se había llevado a nuestra hija. Enseguida supuso lo peor, pero en realidad la situación fue de lo más inofensiva. El hermano y la cuñada de Segal también estaban allí y encontramos a Becky sentada en el salón, se había dormido frente al televisor. A mí me supo mal que Tom se comportara de forma tan grosera. Pero esa noche me dijo que ya había visto a Samson Segal varias veces frente a la casa y que por eso le había parecido que no había sido una coincidencia que estuviera allí precisamente cuando Becky apareció por casa y estuvo llamando al

timbre en vano. Todo ello le pareció muy sospechoso.

—Sabemos que esa noche Becky le contó a Segal que tenía previsto pasar las vacaciones de Navidad en Norwich, con sus abuelos. Por lo que él pudo haber deducido que no estaría en casa —dijo Fielder.

—¿Habéis interrogado ya a ese tal Segal? —preguntó John.

—No —respondió Fielder—, ese es el problema. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Ha huido?

—Sí.

John resopló levemente entre los dientes.

—Comprendo. Eso no dice mucho a su favor.

—Si es inocente, sin duda no habrá sido una buena jugada —le dio la razón Fielder.

—Ha estado merodeando por la casa de los Ward —dijo John—, tenía motivos para estar furioso con Thomas Ward. ¿Hay algo que lo relacione también con las dos mujeres asesinadas?

Peter Fielder negó con la cabeza.

—Por lo que sabemos hasta el momento, no.

Tenía la impresión de que John sabía que todas las cartas no estaban sobre la mesa, pero era evidente que también tenía claro que seguir preguntando no llevaría a ninguna parte. Había sido un buen agente, muy intuitivo y capaz de descubrir lo que no se había dicho.

¿Podía haber sido él el asesino?

Tienes un problema con las mujeres, pensó Fielder, apuesto a que sí. No es tan claro y evidente como el de Samson Segal. Pero de algún modo tú tampoco estás bien de la cabeza. ¿Quién echa a perder una carrera tan prometedora solo porque no puede apartar las manos de una jovencita? ¿Cómo es posible que seas incapaz de tener una relación mínimamente normal? ¿Tenías que empezar una historia con una mujer casada, madre de una de las niñas a las que entrenas? Esposa de alguien que ha sido víctima de un asesinato. Eso es lo decisivo. El difunto Thomas Ward te acerca a una serie de crímenes atroces, John, y si tienes algo que ver con ello te juro que lo descubriré y te meteré entre rejas ¡y no sabes la increíble satisfacción que sentiré al hacerlo!

Se asustó por la vehemencia de sus propios pensamientos, por las emociones que ese colega de antaño era capaz de despertar en él. Percibió una mínima sonrisa, apenas un atisbo, en las comisuras de los labios de Burton y tuvo la desagradable impresión de no haber sido capaz de ocultar del todo lo que sentía tras una expresión impasible.

Se obligó a actuar de nuevo con objetividad y regresó al tema del viaje de Becky previsto para las vacaciones.

—¿Quién estaba al corriente de que Becky se ausentaría durante las Navidades? No podemos excluir la posibilidad de que el asesino hubiera tenido en cuenta esa circunstancia, de que supusiera que su hija no estaría en casa.

Gillian hizo un gesto de desamparo con las dos manos.

—Sería más fácil preguntar quién no lo sabía. Creo que todos sus compañeros de clase lo sabían. Tal vez también algunos de los padres. Todo el mundo en nuestro círculo de amistades lo sabía. Mi amiga Tara. Diana, la madre de la mejor amiga de Becky, Darcy. Algunos de los vecinos también lo sabían. Samson Segal al parecer también lo sabía. Hace años que Tom y yo nos llevamos a Becky el veintiséis de diciembre a Norwich y volvemos un par de días más tarde. Mi padre nos la devuelve justo antes de que empiece el curso. Siempre lo hemos hecho así. Varias mujeres de la limpieza que hemos tenido también lo sabían. La gente que trabaja con nosotros en la oficina también lo sabía. Todo el mundo, vaya.

—Comprendo —comentó Fielder.

—Antes de que me lo preguntes: yo también lo sabía —intervino John—. Durante la última hora de entrenamiento antes de Navidad estuvimos hablando sobre lo que haríamos durante las vacaciones y Becky lo contó.

—Perdone, Gillian —se disculpó Fielder—, pero debo preguntárselo: ¿Becky sabe algo acerca de su relación con el señor Burton?

Ella negó con la cabeza.

—No —susurró—. Al menos, espero que no sospeche nada.

—Supongo que también era mucha gente la que sabía que Thomas Ward acudía todos los martes por la noche al club de tenis, ¿no?

—Sí, también lo sabía casi todo el mundo.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Fielder dirigiéndose a John de repente.

—Sí. Gillian lo mencionó una vez.

Y eres demasiado astuto para mentirme, pensó Fielder, te mostrarás tan cooperativo como puedas en todos los aspectos que pueda verificar. Pero eso no significa que en otras cosas no mientas más de lo que hablas.

—Adiós, señora Ward —dijo mientras le tendía la mano a Gillian—. ¿Tiene previsto quedarse aquí, en casa de la fiscal Caine? ¿Podré localizarla aquí?

—Sí.

—Estaría bien que... no saliera muy a menudo de este piso. Y que simplemente sea prudente. No se fíe de nadie.

Le habría gustado poder decirle claramente que desconfiaba de Burton y que lo mejor que podía hacer era mantenerse alejada de él, pero no podía expresar sus sospechas con tanta claridad. No tenía ninguna prueba contra John.

—Seré prudente —prometió Gillian. Tenía los dedos helados—. De todos modos tampoco pensaba salir mucho. Quiero pasar mucho tiempo junto a Becky. Me

necesita.

—Tendremos que volver a hablar con ella. Procederemos con mucho cuidado, pero es posible que le vengan a la memoria más detalles acerca de esa noche. Sufrió un fuerte shock y puede que haya reprimido algunos recuerdos. Pero todo lo que pueda ir recordando podría llegar a ser importante.

—Por supuesto —dijo Gillian.

Acompañó al inspector Fielder hasta la puerta. Cuando hubo desaparecido por la escalera, cerró la puerta con esmero y puso la cadena de seguridad. Cuando volvió al salón, John estaba en cuclillas, acariciando al gato, que había abandonado su lugar junto a la ventana.

—No se fía de mí —admitió—. El inspector Fielder, quiero decir. Ya no me soportaba antes, cuando yo aún estaba en el cuerpo, pero le ha venido de perlas encontrarme de nuevo en el entorno de un asesinato.

—Pues a mí me ha dado la impresión de que es muy competente e imparcial —opinó Gillian—. No creo que se deje llevar por sus sentimientos.

John se puso de pie.

—¿Crees que yo podría haberlo hecho?

Ella lo miró, sorprendida.

—Por supuesto que no.

John se acercó a ella.

—¿Cómo estás? —Su voz sonó llena de ternura—. Todavía no había podido preguntártelo porque mi amable ex colega rondaba por aquí. Te veo muy pálida...

Se había dominado durante todo ese tiempo. Sobre todo por Becky, aunque también para no convertirse en víctima de sus propios sentimientos. Víctima de su espanto, de su desconcierto, de su tristeza, su culpa y su miedo. Pero en ese instante, al oír esa voz tan tierna, se había derribado ese muro de protección que tanto le había costado erigir alrededor de su corazón, de su alma o de cualquiera que fuera el lugar en el que se encontraba el núcleo candente de su dolor.

Se echó a llorar por primera vez desde que había sucedido aquello tan inconcebible. No fueron solo un par de lágrimas de noche, medio ahogadas en la almohada, con la respiración contenida para que Becky, que dormía a su lado, no se diera cuenta. En esos momentos las lágrimas fluyeron de verdad, lloró tanto que temblaba y se dejó abrazar. Podía sentir en las mejillas el tacto de la lana del jersey de John, así como los latidos de su corazón, la respiración regular que hacía bajar y subir el pecho de ese hombre que la abrazaba con fuerza, con seguridad, acostumbrado a conservar la calma y a no dejarse llevar jamás por los acontecimientos que sucedían a su alrededor.

Podría haber encontrado consuelo en ese abrazo.

Se dio cuenta de que no lo había sentido una vez se hubo apartado de él, mientras

estaba en el baño sonándose la nariz, lavándose la cara y quitándose el maquillaje corrido de los ojos.

Se contempló en el espejo sin acabar de comprenderlo. No comprendía por qué seguía sintiendo ese frío y esa desesperación. Por qué se había sentido tan sola mientras John la abrazaba.

Tal vez no sería capaz de volver a encontrar consuelo. De ningún tipo. Jamás.
Se echó a llorar de nuevo.

PARTE II

Domingo, 3 de enero

1

Los domingos eran lo peor. En el fondo no es que transcurrieran de un modo muy distinto a los lunes o los jueves. Pero los domingos la ciudad se veía inmersa en una calma plomiza, al menos en Croydon, aquella zona de nueva urbanización tan exánime del sur de Londres en la que vivía Liza. Incluso en los lugares donde se veía gente, se oían ruidos y se constataba con claridad que no estamos solos en el mundo, parecía como si un grueso manto asfixiante recubriera hasta el último atisbo de vivacidad. Era una atmósfera de inmovilidad. Los domingos eran días muertos.

Recordaba haber leído una vez que la mayoría de los suicidios se producían los domingos por la tarde y ella no había puesto en duda ni un segundo la veracidad de esa información. Además, había un aumento en la tasa de suicidios en Nochevieja y durante el día de Año Nuevo. Eso también se lo había creído sin dudar. Curiosamente, el día de Navidad no estaba entre los primeros de la clasificación. Pero también había sido capaz de comprender ese dato. Quien llevaba una pena dentro conseguía superar más o menos hasta la mitad esa fiesta caracterizada por la contemplación y la introspección. En cambio, aquella alegría tan cargante propia de la Nochevieja, con el ruido de botellas que se descorchan, las serpentinas y la música atronadora, tan solo conseguía que el dolor quedara más contrastado. A esas alturas, ya era imposible seguir reprimiéndolo y el 1 de enero amanecía sumergido en una pálida luz invernal que dañaba los ojos. El año nuevo empezaba tan desolado como había acabado el anterior y transcurriría de ese modo hasta el final.

Por eso había quien consideraba que era mejor terminarlo enseguida.

Liza había conseguido superar todos aquellos escollos. Navidad, Nochevieja y el 1 de enero.

No estaba dispuesta a bajar los brazos esa tarde de domingo, por triste, vacía y muerta que pudiera parecerle.

Se propuso aguantar a cualquier precio. En algún lugar, en alguno de los pisos que quedaban por debajo del suyo, alguien tocaba el piano. La pieza le resultaba vagamente conocida, pero no era capaz de recordar cuál era. En realidad era solo un pasaje bastante breve. Al final, el pianista siempre cometía un error y a continuación volvía a empezar desde el principio. Y eso, desde hacía dos horas. Debía de tener una paciencia de santo.

O simplemente era una cuestión de apatía.

Aparte del piano, no se oía ningún otro ruido en la casa. La mayoría de las familias debían de estar paseando. Fuera brillaba el sol, la nieve resplandecía y hacía un frío helado. Era uno de esos días en los que la gente suele salir de excursión para luego retirarse a la calidez de un salón, para tomar un vino caliente con especias y preparar una buena cena.

Al menos eso podía hacerlo: podía cocinar algo especial. Aunque no fuera lo mismo sin haber ido antes a pasear, era algo con lo que podría ilusionarse.

Consultó el reloj. Todavía no eran ni las cuatro. Era algo temprano para pensar en la cena, pero fue hacia la cocina de todos modos y abrió el frigorífico. Tenía bastantes cosas que le servirían: carne, patatas, zanahorias. Podía preparar un estofado irlandés...

De repente se sintió mareada, volvió a cerrar la puerta del frigorífico e intentó recuperar la moral. El hambre y la ilusión se habían evaporado de golpe.

Salió de la cocina, decidida a no cenar nada. Habían pasado más de dos meses desde la noche en la que se había derrumbado en el aseo del hotel Kensington y nada más había vuelto a ser igual. Su vida entera había cambiado y sin embargo se preguntaba si todavía podía considerar que aquello era una vida. Casi ya ni se movía, caminaba como un animal enjaulado por ese piso que formaba parte de un bloque de viviendas completamente anónimo. Había adelgazado mucho, y eso que antes, cuando aún tenía vida, ya había sido muy delgada. Lo que le pasaba en esos momentos le sucedía demasiado a menudo: tenía hambre, incluso ganas de cocinar. Pero afloraba algún recuerdo, ya fueran situaciones, imágenes, momentos, y casi al mismo tiempo le sobrevinía ese mareo que acababa con su apetito. Entonces lo dejaba todo y terminaba tomándose una aspirina con agua. Por si acaso. Porque sabía que lo siguiente sería el dolor de cabeza que la obligaba a encerrarse en una habitación a oscuras, donde pasaba horas enteras con un paño empapado en agua fría en la frente para intentar que el ataque remitiera. En ocasiones, esa medida preventiva incluso llegaba a tiempo.

Por eso también en esa ocasión fue al baño, sacó un comprimido del armario de espejo, lo echó en el vaso que utilizaba para lavarse los dientes y lo llenó de agua. En el espejo vio a un ser con la piel lívida y los labios grisáceos. Volvió un poco la cabeza y se contempló medio de perfil. Parecía una verdadera piltrafa, pero seguía

teniendo un pelo fantástico, rubio claro, largo y ligeramente ondulado. En determinados momentos, tenía la sensación de que algún día sería posible recuperar de nuevo la normalidad. Pero por supuesto eso no llegaría a suceder mientras siguiera parapetada en ese piso, evitando cualquier contacto con el resto de la gente.

En un día como ese, en el que la nieve reflejaba la luz del sol y el aire frío cortaba la piel, habría dado lo que fuera por poder salir. Simplemente para dar un paseo por un parque, oír el crujido de la nieve bajo los pies, ver cómo los niños construyen muñecos de nieve y observar cómo los perros se persiguen para jugar.

Pero habría sido una imprudencia hacer algo como eso solo por el placer de salir del apartamento. Dos o tres veces por semana, salía a comprar. Al fin y al cabo, eso tenía sentido. Y luego estaban las expediciones que de vez en cuando emprendía por su antiguo barrio, donde había llevado esa vida que había quedado atrás: para ver a Finley. Al menos durante un rato.

De lo contrario, no habría sido capaz de soportarlo. Se habría limitado a quedarse en un rincón y habría muerto ya.

En pequeños sorbos, bebió el agua con el comprimido disuelto y se obligó a moderar esos pensamientos que tanto la molestaban y atormentaban y que podían incluso llegar a provocarle verdadero pánico si no les ponía límite.

Y es que no veía ninguna perspectiva en absoluto. Eso era lo peor de todo. Era imposible predecir cuánto duraría su estancia allí, en Croydon. Era una estancia sin objetivo, sin esperanza. Tal vez tendría que pasar cinco años en ese piso.

Aunque también podían llegar a ser diez, o quince.

Dejó el vaso y fue hacia el salón. Dejó bajadas las persianas del ventanal que daba al sur.

Ya no soportaba ver el sol.

A Samson le cayó el alma a los pies cuando oyó que llamaban a la puerta. Desde que Bartek se había dejado caer por allí el 1 de enero, temía que su amigo terminara por delatarlo. Bartek le había expresado el miedo que le daba verse implicado en una historia tan absolutamente desagradable y Samson se había dado cuenta de lo patente y asediante que era ese temor. Su amigo había mencionado también la ira y el miedo que había sentido su prometida. Samson podía imaginarse perfectamente a Helen intentando persuadir a Bartek con vehemencia: ¡Ve a hablar con la policía! ¡Cuéntales lo que sabes! ¡Así al menos tú salvarás el pellejo! Estás loco de remate si te juegas el cuello por ese idiota. ¡Si ni siquiera sabemos si realmente es inocente!

En el fondo, Samson estaba esperando la llegada de la policía. Sabía que habría sido más astuto cambiar de barrio enseguida sin decírselo a Bartek, pero no tenía la energía necesaria para hacerlo. De todos modos era solo cuestión de tiempo antes de que tuviera que darse por vencido. Se le estaba acabando el dinero. Y los ánimos, también. Probablemente no resistiría mucho más y acudiría por su propio pie a la comisaría más cercana para entregarse.

Sin embargo, empezó a temblarle todo el cuerpo en cuanto se dio cuenta de que alguien pedía permiso para entrar. Una cosa era imaginar una y otra vez el final con la sensación de tener el tiempo más o menos controlado y otra suponer que de repente varios policías esperaban al otro lado de la puerta, oír el clic de las esposas, tener que imaginarse cómo en pocos minutos lo apresarían y se lo llevarían detenido.

—¿Quién es? —preguntó. Su voz sonó débil y temblorosa.

—John Burton. Soy amigo de Gillian Ward. ¿Me permite pasar?

¿Un amigo de Gillian? ¿Cómo demonios sabía Gillian dónde se escondía?

Samson abrió la puerta absolutamente desconcertado. Le pareció conocer vagamente al tipo que tenía delante, pero no fue capaz de ubicarlo a primer golpe de vista.

—¿Puedo entrar? —preguntó John.

Samson asintió y se hizo a un lado antes de volver a cerrar la puerta precipitadamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Dios, qué frío hace aquí —dijo John. Por si acaso, decidió no quitarse la gruesa chaqueta de invierno que llevaba puesta. A Samson le vino a la memoria enseguida

dónde había visto a ese tipo anteriormente: en el Halfway House. Con Gillian.

—Usted es amigo de Gillian —dijo sin mucha energía.

—Sí, ya se lo he dicho —confirmó John mientras tomaba asiento en el sillón—. Sin duda se estará preguntando cómo he sabido dónde se alojaba. He hablado con su cuñada y ella me ha remitido a su amigo, el polaco. La policía también ha ido a verlo.

Millie, por supuesto. Probablemente se había derretido como la mantequilla al sol cuando ese tal Burton se había plantado con todo su atractivo frente a ella y se había mostrado más solícita que nunca.

—Y su amigo me ha dicho que lo encontraría aquí.

¡Vale, genial! ¡Bartek le mandaba a todos los que preguntaban por él! Ya puestos, ¿por qué no publicaba su dirección en el periódico?

—En su lugar —prosiguió John—, me marcharía de este lugar tan pronto como fuera posible. Ese tal Bartek tiene miedo de verse implicado en algo que pudiera costarle la expulsión del país y su prometida está realmente histérica. Apuesto a que se lo contarán todo al siguiente agente de policía que vaya a verlos.

—No sé adónde ir —susurró Samson.

John lo examinó con atención.

—Se encuentra usted en una situación delicada. ¿Por casualidad no tendrá una coartada contundente para el momento del asesinato de Thomas Ward?

—¿A qué hora lo mataron?

—Entre las siete y las siete y media de la tarde. El veintinueve de diciembre.

Samson negó con la cabeza en un gesto de desamparo.

—Volví a casa alrededor de las nueve. Pero creo que nadie se dio cuenta ni siquiera de eso. Mi cuñada estaba trabajando y no estaba en casa, mientras que mi hermano ya estaba durmiendo.

—¿Dónde estuvo hasta las nueve?

Probablemente da igual si se entera de esto, pensó Samson, probablemente ya todo da igual en mi vida.

—Estuve siguiendo en coche a Gillian Ward. Vi cómo salía de casa a primera hora de la tarde con el coche. Enseguida fui a coger el mío y estuve dando vueltas...

Observando a gente, añadió John para sus adentros. Segal era verdaderamente un tipo extraño.

—Entonces, ¿estuvo siguiendo a Gillian? —preguntó—. ¿Por qué?

Eso sí que era difícil de explicar. Tal vez ni siquiera él mismo era capaz de comprenderlo. En cualquier caso, no podía explicarlo de un modo racional. A un nivel más difuso, donde los sentimientos son imposibles de controlar, sabía lo que era, pero ¿cómo expresarlo con palabras?

—No tenía intención de asediarla —empezó a decir—. Nunca he querido molestarla. Lo único que quería... era participar en su vida. No, participar no. Pero sí

captar algo de su vida, participar en ella en mi interior. Sí, tal vez sea eso. Solo participar en mi interior. —Se detuvo y miró a John con tristeza—. Es que no sé cómo explicarlo.

—Creo que ya entiendo lo que quiere decir —dijo John—. Por desgracia, todo eso suena un poco... neurótico. Obsesivo, incluso. —Hizo una pausa—. Señor Segal, por desgracia se trata de algo más que del asesinato de Thomas Ward. Sin duda habrá leído en los periódicos los crímenes que se han cobrado la vida de dos ancianas, ¿no? En Hackney y en Tunbridge Wells.

—Sí.

—El problema es... que el arma con la que dispararon a Thomas Ward es la misma que se utilizó en los otros dos casos. ¿Comprende lo que eso significa?

La mirada pensativa e incrédula de Samson reflejaba la comprensión de las circunstancias.

—¿Fue la misma persona? ¿En los tres casos?

—Esa es la conclusión a la que ha llegado la policía.

—¿Y creen que he sido yo? —Samson miró a John horrorizado—. ¿Creen que... que he disparado a tres personas?

John negó con la cabeza.

—Tan directamente no creo que nadie sea capaz de afirmarlo. Todavía hay demasiadas cosas por explicar. Pero sí sé que la policía supone, por las circunstancias de los hechos, que el autor debe de haber sido alguien con una aversión especial a las mujeres. Y sus anotaciones, que ya han llegado a manos de la policía, sugieren que al menos... bueno, que un cierto... problema con las mujeres, sí lo tiene.

Samson asintió. No tenía sentido negarlo.

—¿Estuvo todo el día siguiendo a Gillian? —preguntó John en el tono de voz más imparcial del que fue capaz—. ¿El veintinueve de diciembre?

—No. La perdí de vista en la A127. Conducía bastante rápido y había mucho tráfico... Llegó un momento en que la perdí.

John asintió. La A127, que con sus cuatro carriles unía Southend con Londres, a menudo resultaba bastante confusa.

—¿Y luego? Faltaban todavía unas horas hasta las nueve de la noche.

—No quería volver a casa. No me siento a gusto ahí dentro, ¿sabe?

—¿Por qué no?

Samson reflexionó un poco.

—Por la intranquilidad —dijo—. No consigo vivir tranquilo en esa casa y tampoco sé adónde ir. No tengo trabajo. No encuentro novia. No tengo nada. Mi vida está completamente vacía.

John guardó silencio. Samson lo miró fijamente. Ojalá fuera tan guapo como él, pensó, ojalá fuera tan atractivo.

Con una vehemencia que casi rozaba lo físico, Samson intuyó que ese hombre mantenía una relación íntima con Gillian. No era simplemente un amigo. Era su amante, tenían un idilio que ya había empezado cuando Thomas Ward todavía estaba vivo. En el fondo ya lo había notado aquella noche, antes de Navidad, cuando los había visto juntos en el pub. Era solo que no había vuelto a pensar en ello, que había ignorado lo que había experimentado con tanta claridad: la increíble tensión que se percibía entre ellos dos, la atmósfera cargada de atracción sexual.

La deseas, pensó Samson, y el sentimiento de hostilidad que lo inundó lo dejó sin aliento durante unos segundos. Te acuestas con ella y te da absolutamente igual si tiene familia, un marido, una hija y lo echas todo a perder. Aunque claro, el marido ya está muerto y ahora tienes vía libre para...

La pregunta se le ocurrió de repente: teniendo en cuenta las circunstancias, ¿hasta qué punto resulta interesante para la policía John Burton? Al fin y al cabo mantenía una relación con una mujer cuyo marido había muerto asesinado a tiros.

¿Acaso no podía encontrarse también él en una posición difícil?

—¿Quién es usted? —preguntó una vez más—. Quiero decir aparte de ser «amigo de Gillian».

John sonrió. Era evidente que había percibido a la perfección la agresividad que llevaba implícita la pregunta de Samson.

Se puso de pie.

—Samson, he trabajado para Scotland Yard y todavía mantengo un par de buenos contactos ahí dentro que me he encargado de reactivar durante los últimos días. Es por eso por lo que sé tantas cosas acerca del caso que no se conocen de manera pública.

—Comprendo —dijo Samson, intimidado y sumiso de nuevo. En realidad no comprendía nada de nada. Un ex madero. ¿Y por qué ya no trabajaba para la policía?

—Entre otras cosas, sé a grandes rasgos lo que contiene su... diario, si quiere llamarlo de ese modo —prosiguió John— y por consiguiente puedo imaginar que se encuentra usted entre los primeros puestos de la lista de sospechosos de la policía. Durante meses le ha estado siguiendo los pasos a varias mujeres, sobre todo mujeres que viven solas, y ha anotado hasta el último detalle de los hábitos cotidianos que caracterizaban a cada una. Entre otras, hay una historia algo extraña acerca de una joven a la que le secuestró el perro para luego intentar ganarse su simpatía cuando se lo devolviera.

Samson notó cómo se le ruborizaban las mejillas. El plan le había parecido genial, pero en esos momentos le sonaba completamente enfermizo.

—Fue solo un intento de conocerla mejor —murmuró Samson.

—Sí, pero un intento de ese tipo es como mínimo poco habitual —replicó John—. Además, ni siquiera le salió bien y parece ser que en sus notas dejó constancia del

odio que sentía por la mujer en cuestión. Ha salido de viaje hasta mediados de enero, de lo contrario ya estaría bajo protección policial. ¡Imagine lo serio que llega a ser todo esto!

Samson lo miró, desesperado.

—Pero si yo jamás... sí, estaba furioso con ella. Pero jamás se me ocurriría hacerle daño. Jamás le he hecho daño a nadie. Ni siquiera he amenazado jamás a nadie. ¡No encontrarán a nadie que me haya visto agresivo alguna vez!

Ese es tu problema, pensó John, las agresiones que llevas tragándote toda la vida. Cualquiera experto en perfiles criminales te tendría clasificado de inmediato a partir de eso.

Pero no lo dijo. Veía a Samson como un animal acorralado. Tenía que intentar no empeorar todavía más la situación de aquel pobre tipo.

—En sus notas expresa usted una gran veneración por Gillian Ward, Samson. Se ha dejado llevar en exceso por lo que siente por ella...

¿Ah, sí?, pensó Samson con hostilidad. En eso estamos al mismo nivel, ¿no?

—La policía cree que Gillian podría estar en peligro. Y yo también comparto ese temor. Por eso tenía interés en conocerlo y en saber qué estaba haciendo cuando asesinaron a Thomas Ward. —John volvió al punto de partida de la conversación—. ¿Y bien? ¿Qué hizo después de perder de vista a Gillian?

—Nada —dijo Samson—, nada que pueda demostrar. Di una vuelta en coche por los alrededores, entré en uno o dos pubs para tomar una taza de té. Hacía frío.

—¿En qué pubs?

—Ni idea. En algún lugar de Wickford. En Raleigh. Estaba triste y confuso y me dejé llevar. Creo que no sería capaz de encontrar de nuevo los sitios en los que estuve. Por no hablar de la posibilidad de conseguir testigos que me vieran. Solo pensaba en Gillian y me preguntaba adónde habría ido. Estuve pensando en los motivos por los que no consigo levantar cabeza en la vida. Hasta que en algún momento decidí volver a casa.

John lo miró con aire inquisitivo.

—Hay algo que quiero que sepa, Samson. Se sospecha que el asesino de Thomas Ward en realidad había puesto la vista en Gillian. Al ser mujer, Gillian encaja en la secuencia de asesinatos que le he dicho, al menos encaja mejor que si se tratara de un hombre. Además, parece ser que en el entorno de los Ward todo el mundo sabía que Tom acudía los martes por la noche al club de tenis sin excepción. Quien conociera mínimamente a la familia sabía también que Gillian estaría en casa. Y usted conocía bastante bien a la familia, lleva meses observándola.

—Pero —dijo Samson en cuanto vio un atisbo de esperanza—, pero ¡yo sabía que Gillian no estaba en casa! ¡Al fin y al cabo la estuve siguiendo!

—Eso no lo exculpa completamente, Segal. Porque, como es natural, usted podría

haber supuesto que entretanto Gillian habría regresado ya. Como muy tarde, en cuanto vio que había luz dentro de la casa. Y además el hecho de que Thomas fuera una víctima accidental no deja de ser una teoría. Lo mismo podría usted haberlo matado de forma consciente por la obsesión enfermiza que ha demostrado tener por la esposa de Tom.

Samson se derrumbó de nuevo.

—Pero ¿por qué tendría que haber matado yo a las otras dos mujeres?

John se encogió de hombros.

—Debido a un rechazo, que en el fondo es su problema.

—Pero ¡si eran demasiado viejas para mí!

—A falta de pan, buenas son tortas. No estoy diciendo que sea el caso. Me limito a explicarle los escenarios posibles en los que puede llegar a encontrarse.

—¿Qué quiere? —preguntó Samson en voz baja—. ¿Entregarme a la policía ahora mismo?

—Por encima de todo quería ver qué impresión me causaba. No voy a denunciarlo, Segal. Solo quería conocerlo.

—¿Eso significa que me considera inocente?

—Podría decirse de ese modo —contestó John—. Si estuviera seguro de su culpabilidad, sin duda acudiría a la policía enseguida. ¿Comprende?

Samson asintió con angustia. Aunque no le quedó claro si Burton creía de verdad que él no había sido el autor del crimen.

—Lo que temería es lo siguiente —prosiguió John—: la policía lo detiene y los motivos para sospechar de usted son tan notables que acaban procesándolo. Al menos no podemos excluir esa posibilidad. Es posible que al final no acaben condenándolo, pero en cualquier caso la historia se alargaría. Durante ese tiempo, el asesino andaría suelto sin que nadie lo buscara. Esa idea no me gusta nada porque es posible que Gillian esté en la lista negra de ese chiflado. No me interesa contribuir a que la policía encuentre una solución simple e inmediata del caso y eso demore la detención del verdadero culpable.

—De verdad que yo no he sido —dijo Samson. ¿Cuántas veces había dicho ya esa frase? ¿Cuántas veces tendría que repetirla antes de poder probarlo?

John asintió.

—Eso lo dicen todos. Trabajé bastante tiempo como policía. He conocido a asesinos que parecían tan inofensivos y simpáticos como usted y al final resultaron haber cometido crímenes horribles. Y luego había gente de los que cabía esperar cualquier cosa que en realidad eran incapaces de matar a una mosca. Es muy difícil. Nadie lleva las convicciones propias escritas en la frente.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer ahora? Bartek le ha dicho enseguida dónde me alojo. Y usted está convencido de que volverá a hacerlo cuando la policía acuda a

verlo de nuevo. Aquí no estoy seguro. Además, apenas me queda dinero.

—De momento, quédese en esta habitación —dijo John—. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Puedo ponerme en contacto con usted de algún modo? —preguntó Samson.

John fue hacia la puerta y la abrió.

—No. Deje que sea yo quien se ponga en contacto con usted.

—Perdone, pero... ¿volverá?

—Tendrá noticias mías —le prometió John.

Jueves, 7 de enero

1

—¿Tienes tiempo esta noche? —preguntó John. Estaba sentado al volante de su coche y ya había aparcado frente al edificio en el que vivía Tara.

Gillian, que estaba sentada junto a él, negó con la cabeza.

—Becky me necesita. Y... no quiero que se lleve la impresión de que nos vemos continuamente.

La policía ya había desprecintado la casa, pero Gillian había decidido no vivir allí de momento. El horrible suceso era todavía demasiado reciente, estaba demasiado presente. Gillian no creía que Becky fuera capaz de soportar volver a vivir en esa casa tan pronto y, de hecho, ella misma tampoco estaba segura de ello. Solo había querido pasar a recoger un par de cosas, algo de ropa y unos libros, y John se había ofrecido para acompañarla. Agradeció no tener que acudir sola a su antigua casa. Todo le había parecido igual que siempre y, sin embargo, ya no lo consideraba su hogar, el que había formado junto a Tom, en el que habían vivido como una familia con Becky. En el salón todavía estaba el árbol de Navidad y en el frigorífico empezaba a pudrirse la comida. Las luces navideñas y la estrella de paja que decoraban las ventanas parecían reliquias de un tiempo remoto en el que había reinado el orden, la intimidad, la medida y la normalidad.

Esos tiempos no volverían jamás.

—¿Piensas conservar la casa? —le había preguntado John cuando estaban en el comedor, mientras contemplaban con angustia el lugar en el que habían sucedido los hechos, la silla sobre la que Tom se había desplomado y había muerto.

Ella se había encogido de hombros.

—La pregunta es si quiero seguir viviendo aquí, si puedo seguir viviendo aquí.

—¿Y qué harás con la empresa?

—Tenemos buenos colaboradores. De momento las cosas marchan, incluso sin

que yo me ocupe mucho de ello. Por supuesto, pronto tendré que tomar una decisión. Ahora solo quedo yo para dirigirla, pero todavía no sé si podré seguir.

A continuación había recogido sus cosas con movimientos cada vez más rápidos y precipitados, puesto que de repente se había dado cuenta de que no quería pasar más tiempo en esa casa. Volvió a respirar hondo en cuanto estuvo sentada en el coche de nuevo.

—Ha sido peor de lo que me esperaba —dijo Gillian.

John la ayudó a subir dos cestas de ropa con varios enseres por la escalera del piso de Tara y luego se despidió de ella. Cuando Gillian abrió la puerta y entró en el piso, lo primero que vio fue la mirada cargada de odio de su hija.

—¿Por qué le has dicho que se vaya? ¿Te crees que soy tonta? Sé que has vuelto a estar con él.

Tara, que estaba sentada frente a una montaña de expedientes, alzó la mirada con preocupación.

—Estaba mirando por la ventana. Os ha visto ahí abajo, a Burton y a ti.

Gillian intentó acariciarle el pelo a Becky, pero la chica se apartó de ella bruscamente.

—¡Es mi entrenador de balonmano, mamá! ¿No podrías dejarlo en paz? ¿Y él a ti?

—Becky, solo me ha ayudado a recoger un par de cosas de casa. No me apetecía ir sola. Me alegro de que me haya acompañado.

—¿No podías ir con nadie más? ¿Podría haberte ayudado Tara!

—Alguien tenía que quedarse contigo —arguyó Tara.

—Puedo quedarme perfectamente un par de horas sola. Además, también podría haber ido contigo.

—De ningún modo —dijo Gillian—. Becky, lo que viviste en esa casa fue horrible y no estaría bien que...

Los ojos de Becky echaban chispas.

—¡No me vengas con eso, mamá! ¡Como si te preocuparas tanto por mí! ¡Si yo te importara un poco, no te estarías follando a John!

—¡Becky! —exclamó Gillian escandalizada.

—Vamos, Becky, te estás pasando con esas acusaciones —la amonestó Tara—. Y no deberías utilizar esa clase de expresiones tan vulgares.

—Entonces, ¿cómo llamarías a lo que están haciendo mi madre y John? Es muy vulgar, Tara, o sea que yo tampoco tengo que andarme con rodeos.

—No hacemos completamente nada —repuso Gillian—. Es un amigo, nada más.

Becky estaba completamente airada.

—¡Deja de tratarme como a un bebé! Ni siquiera me has contado todavía lo que estuviste haciendo la noche en la que mataron a papá. Y sé muy bien que eres

demasiado cobarde para contármelo.

—Ya te lo dije. Estuve en un restaurante. Sola. Quería estar tranquila para poder pensar.

—¡Tú en un restaurante! —exclamó Becky en tono hostil—. ¡Sola! Nunca sales a comer sola. ¡Lo que hiciste fue ir a ver a John y probablemente te estabas acostando con él mientras alguien entraba en casa y disparaba a mi padre!

Mientras pronunciaba esas últimas palabras, empezó a fallarle la voz. A pesar de la rabia con la que se enfrentaba a su madre, seguían siendo más fuertes el dolor, la desesperación y el absoluto desconcierto en los que la había sumido ese horrible suceso. Todavía tenía marcadas a fuego las horas que había tenido que soportar el miedo a morir. No era más que una niña, y además una niña trastornada, asustada y triste.

—Becky, vamos a... —dijo Gillian mientras daba un paso para acercarse a su hija. Sin embargo, Becky se volvió y salió corriendo de la estancia. La puerta del cuarto de baño retumbó tras ella y se oyó cómo le daba la vuelta al cerrojo.

Gillian y Tara se miraron fijamente.

—Tal vez deberías dejar de negarlo —le aconsejó Tara—. Me refiero a lo que hay entre John Burton y tú. Es una chica despierta y se da cuenta de que hay algo entre vosotros que no tiene nada que ver con la amistad. Cualquiera podría percatarse de ello. Mientras sigas negándolo tendrá la sensación de que le estás mintiendo y eso no es bueno para vuestra relación.

—Pero si lo admito, también me odiará.

—Le ha sucedido algo terrible. Han asesinado a su padre y ella se ha librado por un pelo de correr la misma suerte. Está inmersa en una pesadilla. Ese mundo de protección en el que vivía se ha derrumbado de la noche a la mañana. Y su madre...

—¿Sí? —preguntó Gillian al ver que Tara se detenía—. ¿Qué pasa con su madre?

—Creo que tiene la sensación de que dejaste a su padre en la estacada. De que murió por eso.

—Pero yo no podía saber...

—Claro que no. Pero intenta ponerte en su lugar y ver las imágenes que se agolpan en su cabeza: su madre se acuesta con el guapo entrenador de balonmano mientras alguien entra en casa y dispara a ese padre al que tanto quería. ¿A quién debería odiar si no a ti? ¿A ese asesino desconocido, sin rostro?

—Me pregunto si conseguiremos superar esta situación —susurró Gillian.

—Tiene que pasar el tiempo —dijo Tara.

Gillian se sentó en un sillón y apoyó la cabeza en las dos manos.

—No me he volcado en una relación de golpe y porrazo, Tara, de verdad que no. No ha sido tan sencillo. Tom y yo nos habíamos distanciado mucho últimamente. Hacía tiempo que me sentía muy sola en nuestro matrimonio.

—Por desgracia, John no se ganará más simpatía por eso —repuso Tara—. Puede que sean mis prejuicios, porque solo lo conozco de vista, pero lo encuentro demasiado guapo, demasiado seguro de sí mismo, demasiado experto. El eterno seductor que a la hora de la verdad nunca se compromete con nadie. Espero que a su lado no llegues a sentirte todavía más sola de lo que te sentiste junto a Tom.

—No tengo ni idea de cómo irá lo nuestro —replicó Gillian para rechazar el argumento, pero las palabras de Tara ya habían calado hondo. Su amiga había verbalizado a la perfección lo que más inquietaba a Gillian: la soledad en la que vivía John. Aquella carrera que había echado a perder. El hecho de que no hubiera podido o querido mantener ninguna relación estable. Su piso, en el que prácticamente no había muebles, como si tuviera miedo de tenerlos.

Al final Gillian sintió la necesidad de hablar de ello. Tara era fiscal, pero también su mejor amiga.

—Por cierto, no siempre ha sido el jefe de una empresa de seguridad —comentó como si se tratara de algo sin importancia—. Había trabajado en Scotland Yard. Como inspector.

—¿De verdad? ¿Y por qué lo dejó?

Gillian titubeó y bajó la mirada.

—Por una tontería —respondió Gillian—. Tuvo un idilio con una chica que estaba en período de prácticas y que lo denunció cuando él quiso cortar con ella. Por coacción sexual.

Levantó los ojos al ver que no obtenía respuesta y se dio cuenta de que Tara la estaba mirando absolutamente desconcertada.

—¿Perdona? —preguntó Tara, al fin.

—Hubo una investigación, pero la fiscalía acabó retirando las acusaciones. Varios peritajes exculparon a John. La joven incurrió en contradicciones una y otra vez. John fue declarado inocente.

—Ah, claro. Por supuesto. ¡Está claro que ella lo denunció sin ningún motivo!

—Se volvió histérica tras haber fracasado en un examen y al ver que John se negaba a sacarla del apuro. Se volvió completamente loca. Ese fue el motivo por el que él decidió cortar la relación. Eso solo consiguió enfurecerla aún más y luego... bueno, ella quiso hacérselo pagar caro.

—Gillian, como es natural, estoy familiarizada con ese tipo de casos. Si realmente hubo una investigación y el caso acabó en la fiscalía es que había indicios que apuntaban contra John Burton. Y a favor de la joven.

Gillian se arrepintió de haber sacado el tema. Lo había hecho para encontrar consuelo, pero tenía claro que Tara no haría más que reforzar sus miedos y sus dudas. Y porque durante todo ese tiempo había sospechado que no era una buena idea compartir con ella esa historia. Ojalá no hubiera cambiado de opinión al respecto.

—Cuando John estaba a punto de separarse de ella, acabaron teniendo relaciones sexuales, pero...

—¿De veras? O sea que pudieron comprobar su esperma.

—Sí. Pero él no negó ni un momento que...

—Deja que lo adivine —dijo Tara—. En realidad quería cortar con la relación. Por otra parte, la jovencuela estaba buenísima, por lo que él no pudo resistir la tentación de acostarse con ella por última vez. Y ella lo consintió, por supuesto, porque no se le ocurrió nada mejor que echarle un buen polvo al tipo que ya le había anunciado que quería dejarla. Posteriormente ella se enfadó porque a pesar de todo él había puesto punto y final a la relación y la muy bruja salió corriendo, furiosa y con ansias de venganza, directa hacia comisaría para conseguir, al menos, ver cómo él acababa entre rejas y con la carrera arruinada. Así es como él te lo contó, ¿verdad?

Gillian se frotó la frente.

—Con esas mismas palabras, no —contestó—, pero en el fondo, sí.

—En el fondo siempre es la misma historia —aseveró Tara—. La versión del acusado, en todo caso. No te imaginas la cantidad de historias de esa clase que acaban en mi mesa en forma de expediente, Gillian. En ese caso, en realidad no puede hablarse de violación. ¡Es solo la conspiración que una pérfida mujer ha maquinado para jugarle una mala pasada a un hombre que no la quería como ella merecía!

—También se inflingió heridas a sí misma, lo confirmaron varios peritos forenses. Tara, ¿cómo puedes pensar que todo el mundo se ha conjurado para tramar un complot que permita exculpar a John Burton de las sospechas de un crimen atroz?

—En casos como esos —explicó Tara—, apenas puede probarse nada. Tanto por un lado como por el otro.

—Yo le creo —confesó Gillian—. Se comportó como un idiota y es consciente de ello. Pero no forzó a nadie a hacer nada.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello? ¿Tan bien lo conoces?

—Me cuesta imaginar lo contrario —dijo Gillian, aunque enseguida se dio cuenta de lo ingenua que había sonado esa frase.

¿Por qué nos hemos embarcado en una conversación como esta? ¿Por qué todo era tan absurdo ese día? ¿Por qué me atacan, primero mi hija y luego mi mejor amiga?

—¿Adónde quieres llegar, Tara? —preguntó.

Esta respiró hondo.

—Perdona. Me he pasado. No es que quiera nada, Gillian. Tan solo me extraña que tú...

—¿Sí?

—Yo no podría mantener una relación con un hombre sospechoso de haber cometido ese tipo de delitos. Me parecería demasiado peligroso.

—Eso significaría que John, incluso si fuera inocente, ¡jamás volvería a tener la oportunidad de llevar una vida normal!

—Lo que significa es que esa oportunidad no tienes por qué ser precisamente tú...

—¿Y por qué no?

—¿No tienes miedo en absoluto?

—No —respondió Gillian mientras negaba con la cabeza.

—¡Pues qué bien! —Tara levantó las dos manos en un gesto de rendición—. Es que... tal vez me esté dejando llevar por mi fantasía. Burton no es más que... Quiero decir que no lo he visto más que dos o tres veces, cuando ha venido a recogerte, pero me parece que irradia una cierta agresividad. Simplemente toma lo que le apetece, o al menos eso es lo que yo veo en él. Gillian, lo siento, no lo aguanto y lo que me acabas de contar refuerza la impresión que me he llevado de él desde el principio. No me fío de él y me extraña que tú puedas hacerlo. Pero lo más probable es que sea cuestión de pareceres. Y tal vez yo también esté un poco condicionada por mi trabajo.

—Pero no crees que... tenga algo que ver con la muerte de Tom, ¿verdad? —preguntó Gillian un rato después, durante el que había intentado procesar lo que le había dicho su amiga.

—No —negó Tara—, eso no lo creo. Solo pienso que no te conviene. Creo que es un bruto con una vida sentimental absolutamente caótica. Y eso me preocupa.

Dicho esto, las dos guardaron silencio, agotadas por la discusión.

—Voy a ver cómo está Becky —dijo Gillian al fin. Puesto que era consciente de que su hija no la dejaría entrar en el baño durante un rato, se dio cuenta de que lo único que buscaba era un pretexto para huir.

Y se preguntó si era de Tara de quien huía.

O de sí misma.

El inspector Fielder se sorprendió al ver quién lo llamaba a la central. No había previsto hablar con ella.

Keira Jones. La hija de Carla Roberts.

—¡Señora Jones! —exclamó él—. ¡Qué sorpresa!

La voz de Keira sonó débil y tímida.

—Buenas noches. ¿Llamo en un mal momento?

—En absoluto. ¿Cómo está?

—No especialmente bien, para ser sincera —dijo Keira—. Ya han desprecintado el piso de mi madre y hoy he empezado a vaciarlo. Tarde o temprano tenía que llegar el momento de hacerlo. Y bueno... no es fácil. Afloran demasiados recuerdos —reconoció antes de guardar silencio.

—Lo comprendo —dijo Fielder—. Debe de estar pasando un mal rato. No es lo mismo afrontar un caso de muerte natural que un crimen. Los familiares también son víctimas ante un caso de violencia.

—Había tenido muy poco contacto con mi madre en los últimos tiempos —explicó Keira en voz baja— y hoy, mientras revolvía sus cosas, de repente me he sentido muy cerca de ella. Me he sentido otra vez una niña, ella era mi mamá, la que siempre estaba pendiente de mí y... —Se detuvo de golpe y tragó saliva.

—Comprendo —dijo Fielder con tono compasivo.

—Bueno, el motivo por el que lo llamo —prosiguió Keira mientras se esforzaba por serenarse— es que en el buzón de mi madre he encontrado una carta dirigida a ella que por lo visto ha llegado hoy. No conozco a la remitente, una mujer de Hastings, pero he leído la carta. Por lo visto, la mujer no está al corriente de la muerte de mi madre; está claro que en East Sussex la prensa no debe de haber destacado el asesinato tanto como aquí. Eso sin tener en cuenta que tampoco es que haya muchos periódicos que hayan mencionado su nombre. No estoy segura del todo, pero tal vez el contenido de la carta sea importante.

—¿Qué dice?

—Nada que pueda considerarse un punto de referencia, a primera vista. Pero usted se mostró muy interesado en cualquier persona con la que mi madre tuviera contacto... y al parecer hay un grupo que yo ignoraba por completo.

—¿Qué tipo de grupo?

—Si no me equivoco al interpretarlo a partir de la carta, hasta hace unos tres meses mi madre acudía una vez por semana a una especie de grupo de autoayuda. Para mujeres que viven solas. Separadas o viudas que se reúnen para hablar sobre la situación de cada una. Para conocer a gente que lleven un tipo de vida parecido. Mi madre jamás me había contado nada acerca de ello.

Fielder reflexionó un momento. Era un punto de referencia, sin duda. Podía ser que no llevara a ninguna parte, que el asesinato de Carla Roberts no tuviera ni la más mínima relación con aquel grupo de autoayuda, pero en cualquier caso le permitiría hablar con gente que conocía a Carla. Más allá de su empleo en la droguería, que quedaba demasiado atrás en el tiempo.

Tal vez aquello acabara siendo una nueva vía. De todos modos, Fielder intentó no albergar demasiadas expectativas al respecto. Tenía muy claro que ese caso no sería fácil de resolver.

—¿Ha deducido a partir de la carta que su madre dejó el grupo hace unos tres meses? —preguntó él.

Keira titubeó.

—Si no lo he entendido mal, la mujer que le escribe la carta es la que inició el grupo. Al parecer, en el mes de abril del año pasado se mudó de Londres a Hastings por motivos personales y eso conllevó la disolución del grupo. Le cuenta que lamenta que el grupo no continuara después de que ella se hubiera marchado. Demuestra mucho interés por saber cómo le van las cosas a mi madre, al parecer se preocupaba por ella y quería mantener el contacto.

—Ya veo. Ha hecho bien en llamarme, señora Jones. Las investigaciones no han avanzado mucho, entre otras cosas porque en el caso de su madre apenas teníamos un entorno que pudiéramos analizar. Haré que pasen por su casa a recoger la carta. ¿Podría decirme el nombre y la dirección de la remitente?

—Claro. La mujer se llama Ellen Curran —le dictó también la dirección—. ¿Me tendrá al corriente de los progresos? —añadió.

—Por supuesto —le aseguró el inspector.

Se despidieron y, a continuación, Fielder buscó el número de teléfono de Ellen Curran. ¿Por qué no intentaba llamarla enseguida? Eran las seis y media de la tarde, incluso si trabajaba, cabía la posibilidad de que la encontrara en casa.

La señora Curran respondió al teléfono tras el séptimo tono de llamada, casi sin aliento.

—Acabo de llegar a casa —informó a modo de disculpa después de que Fielder se hubiera presentado—. ¿De Scotland Yard? —había preguntado, alarmada—. ¿Ha ocurrido algo?

—Desgraciadamente, sí —contestó Fielder. La informó brevemente acerca del asesinato de Carla Roberts, pero de momento se abstuvo de mencionar que

posiblemente se tratara de un asesino en serie. Ellen Curran reaccionó completamente horrorizada. No se había enterado de lo sucedido.

—¡Es horrible! ¡Por el amor de Dios! ¿Saben quién lo hizo?

—Estamos dando palos de ciego —tuvo que admitir Fielder—. La investigación resulta especialmente difícil porque Carla Roberts era tan retraída que apenas sabemos por dónde empezar a familiarizarnos con la vida que llevaba. Por no hablar de la posibilidad de sondear a posibles enemigos. Afortunadamente, la hija de Carla ha encontrado su carta en el buzón cuando se disponía a vaciar el piso en el que vivía su madre. Su grupo es uno de los pocos puntos de referencia con los que contamos.

—No consigo comprenderlo —dijo Ellen—. De verdad, ¿quién podría querer matar precisamente a Carla?

—¿Precisamente a Carla? ¿Tan apreciada era? ¿Por qué motivo cree que Carla esté tan fuera de lugar en un caso como este?

—No es que fuera tremendamente apreciada —matizó Ellen—, pero tampoco puedo pensar en alguien a quien le cayera antipática. A menudo pasaba desapercibida, era algo apocada. Muy callada, discreta y reservada. Pero siempre dispuesta a ayudar a la gente. No, no creo que alguien pudiera tener algo contra ella.

—¿Cuántas mujeres formaban parte del grupo? —preguntó Fielder.

—Cinco. Conmigo, seis.

—¿Fue usted quien creó el grupo?

—Mi marido me abandonó hace tres años. La clásica historia, encontré a una mujer más joven. Durante un año estuve pensando que ese drama acabaría por matarme. Pero luego decidí que saldría de la situación por mis propios medios. Encontré un empleo y fundé un círculo de encuentros para mujeres que estuvieran en situaciones parecidas a la mía. A veces ayuda el hecho de poder hablar con otras personas que comprenden perfectamente lo que sientes.

—Hasta ahí, bien. Por consiguiente, entiendo que fundó usted el grupo hace dos años, ¿no? Y se mudó hará cosa de tres meses, lo que significa que la iniciativa duró más o menos un año y un trimestre, ¿correcto?

—Sí.

—¿Y Carla Roberts participó en él desde el principio?

—No. Al principio nos reuníamos solo tres mujeres y yo. Carla se unió a nosotras hace aproximadamente medio año y algo más tarde acabó viniendo la quinta.

—¿Cómo se enteró Carla Roberts de su existencia?

—Pues no se enteró por los canales habituales. Yo tenía una página en Internet y las otras se pusieron en contacto conmigo a través de ella.

—¿Y la señora Roberts...?

—Carla no tenía ordenador, ni conexión a Internet. Por algún motivo, no le interesaban esos adelantos. Pero hace un año y medio en una publicación apareció un

reportaje acerca de nuestro grupo.

—¿Cuál?

—*Woman and Home*. Es posible que no la conozca, inspector, es...

—Mi esposa la lee a veces —dijo Fielder—. Me hago una idea de lo que es. —La clásica revista de mujeres: moda, belleza, dietas, estilos de vida, famosos...

—Bueno, pues el caso es que Carla había leído el artículo —continuó Ellen—. Y a partir de ahí, se puso en contacto con nosotras y empezó a acudir a las reuniones.

—¿Recibió usted muchas respuestas después de la publicación del artículo? ¿Tal vez alguna carta amenazadora? ¿De hombres que consideraran que las mujeres divorciadas se dedican a desplumar a sus ex maridos, tal vez?

—No. Recibimos cartas, pero casi exclusivamente de mujeres. Fueron reacciones positivas.

—¿Había un foro en su página web?

—Sí.

—Pero ¿tampoco allí recibieron ningún mensaje agresivo?

—No. Aunque recibíamos pocos mensajes. No éramos más que un grupo muy reducido.

—¿En la página web se mencionaban los nombres y las direcciones de esas cinco mujeres que acabaron poniéndose en contacto con el grupo?

—No. Yo no lo habría permitido jamás. Nadie podía descubrir quién pertenecía a nuestro grupo.

—¿La página web ya no existe?

—No. Posteriormente conocí a alguien y me mudé con él a Hastings. Ya no tengo motivos para seguir teniendo esa página en Internet.

—Porque el grupo se disolvió después de que usted lo abandonara, ¿no?

—Sí, eso fue una pena —lamentó Ellen—, pero así son las cosas a veces, ¿verdad? Al principio no se ve muy claramente, pero al parecer en la mayoría de los grupos hay una persona que sirve de aglutinante y en ese caso era yo. En cuanto me marché, las demás dejaron de organizar reuniones, nunca se ponían de acuerdo con las fechas y a menudo solo acudían un par de ellas, hasta que terminaron por dejarlo. Una de las participantes me escribió en septiembre para contarme que habían perdido el contacto. Yo lo lamenté mucho.

—¿Con qué frecuencia solían reunirse?

—Cada jueves. En mi casa.

—¿Ha escrito también a las demás con motivo del año nuevo? ¿O solo a Carla Roberts?

—Solo a Carla.

—¿Por qué? La hija de Carla me ha dicho que la carta tenía un cierto tono de preocupación. ¿Qué le preocupaba tanto?

—Hacía tiempo que no sabía nada de ella —respondió Ellen—. Después de mi mudanza, las demás me han ido mandando correos electrónicos de vez en cuando, a pesar de que desde entonces también esa vía de contacto se ha entibiado. En cambio, no había vuelto a tener noticias de Carla, ni una sola vez, ni siquiera por correo postal. Yo sabía que estaba afligida y pensé que no estaría de más preguntarle cómo iba todo.

—Señora Curran —dijo Fielder—, el asesino mató a Carla Roberts de un modo que sugiere un odio extremo. No fue un atraco y, en principio, tampoco se trató de un delito sexual. Pero sin duda el asesino acumulaba una monstruosa agresividad. Todavía no sabemos si esa agresividad tiene que ver con las mujeres en general o concretamente con Carla. Es por eso por lo que le pido que intente recordar si durante las reuniones Carla llegó a contarle algo acerca de su vida que pudiera tener algún tipo de relación con los hechos, si hubo algo en la vida de Carla, un acontecimiento, una persona, cualquier cosa que pudiera aclarar un odio de esas dimensiones.

Ellen Curran guardó silencio durante un buen rato. Parecía estar esforzándose en recordar.

—Lo siento, inspector —dijo, al fin—. No me viene nada a la memoria. Tampoco es que Carla hablara mucho, de todos modos. Y cuando decía algo, solía tener alguna relación con su marido. Las estafas que este cometió durante mucho tiempo acabaron arruinando a la familia y luego puso los pies en polvorosa. Ella sí había tenido motivos para odiarlo a él, pero ¡al revés no!

—Necesito una lista con las mujeres que participaron en esas reuniones —explicó Fielder—. ¿Sería posible? Nombres, direcciones, lo que tenga.

—En algún lugar debo de tener una lista. Podría enviársela por correo electrónico.

—Se lo agradecería muchísimo. —Fielder le dictó su dirección de correo—. ¿Había alguien en el grupo que hubiera trabado amistad con Carla a pesar de lo extremadamente tímida que era? ¿Alguien con quien pudiera tener más relación que con las demás? ¿En quien confiara?

Ellen reflexionó unos instantes.

—Yo no lo llamaría amistad —contestó—, pero me parece que realmente había una mujer con la que mantenían una relación más próxima. Liza Stanford. Solían sentarse juntas y a veces susurraban cosas que quedaban entre ellas. De todos modos, tampoco sé si se veían fuera de las reuniones —se detuvo antes de proseguir—: Liza era nuestra excepción, siempre lo comentábamos. Básicamente porque ni estaba divorciada, ni era viuda, ni estaba sola por ningún otro motivo, por lo que al principio no quise que se uniera al grupo. Estaba casada, pero era desgraciada en su matrimonio, estaba de s atendida. A veces pensaba que tal vez sería mejor para ella empezar una nueva vida. Le faltaban el valor y la decisión necesarios y esperaba conseguirlo con ayuda ajena. Al final decidí que de algún modo estaba pasando por lo

mismo que nosotras, por lo que le permití participar en las reuniones. Por cierto, que fue la última en unirse al grupo y también la que más faltaba a las reuniones y eso me molestaba un poco.

—¿Llegó a separarse de su marido?

—Mientras estuve en contacto con ella, no. Si desde entonces lo ha hecho, no lo sé.

—¿Le contó algún pormenor acerca de los problemas de su matrimonio?

—Siempre era muy vaga en sus comentarios. No, nunca llegó a explicarse con mucha claridad. Yo tenía la impresión de que era una mujer muy acomodada que no sabía qué hacer con su vida y que estaba deprimida por ese motivo. Y el marido, por supuesto, era el culpable, porque no se preocupaba por ella. Pero si quiere que le diga la verdad, había algo que no encajaba en aquella mujer. Yo a veces pensaba: ¡pobre hombre! No me gustaría estar casada con alguien como ella.

—¿Qué era exactamente lo que no le encajaba?

—No lo sé. Era solo algo que percibía en ella. Me parecía una verdadera neurótica. Alguien que buscaba ayuda pero que no estaba dispuesta a aceptarla. Pero tal vez me equivoque. Tengo poca paciencia con esas esposas ricas que cultivan sus problemas para tener algo que hacer.

Fielder anotó un par de cosas antes de lanzar una última pregunta cargada de esperanza. Sería tan bonito si...

—¿Le suenan los nombres de Anne Westley y Gillian Ward?

—No —respondió Ellen Curran.

Sábado, 9 de enero

1

La caravana tenía cinco metros de largo y tres metros de ancho. La calefacción era de propano y ofrecía una confortable calidez, eso Samson tuvo que admitirlo. El equipamiento era más bien escaso, pero permitía vivir un tiempo allí dentro si no se le pedía demasiado. Había un sofá que podía convertirse en una cama, una mesa y dos sillas. Una especie de rincón de cocina con un fogón de gas y un fregadero que recibía el agua de un depósito. Había armarios de pared con una vajilla de plástico y algunos productos básicos como café soluble, té, leche en polvo, unos cuantos paquetes de pasta y tarros de salsa de tomate. En un diminuto compartimento había también una ducha y un aseo. Samson odiaba la estrechez que reinaba allí dentro, del mismo modo que odiaba limpiar el contenedor de deposiciones, rellenar el depósito de agua o comer espaguetis cada día. En definitiva, estar encerrado en esa diminuta estancia.

Pero no tenía elección y sabía que aún podía sentirse afortunado. Una celda en la prisión preventiva habría sido todavía peor.

John Burton lo había llevado hasta allí. Samson también lo odiaba a él, pero al mismo tiempo tenía que estarle agradecido. Había sido el único que se había preocupado por él, tal vez incluso el único que estaba convencido de su inocencia, aunque no hubiera llegado a expresarlo. Samson se lo había preguntado una y otra vez y John siempre le respondía lo mismo:

—Mientras no se haya demostrado nada, yo no me creeré nada.

Samson era consciente de que no podía esperar gran cosa más.

En la empresa de John, la gripe estaba haciendo estragos, por lo que tenían problemas para organizar todos los servicios que había que desempeñar. La caravana desde la que debía vigilarse la obra estaba vacía.

—Puede quedarse aquí —había dicho John—, mientras siga haciendo tanto frío y

nevando tanto, no pasará nada ni vendrá nadie. En cualquier caso, será un lugar más seguro que ese *bed & breakfast* de Southend.

Samson se había sentido muy aliviado tras abandonar aquella pensión que tanta melancolía le había hecho sentir, aunque llevaba ya tres días en aquel lugar y tenía la sensación de que las cosas iban de mal en peor. La miserable habitación que había alquilado junto a la estación había resultado desoladora, pero al menos allí había tenido la oportunidad de contemplar la vida y la actividad de la calle y no había tenido aquella sensación de completo aislamiento del mundo real que tenía allí dentro. La caravana estaba instalada en un solar al sur de Londres en el que se estaban construyendo bloques de viviendas. Aparte de eso, no obstante, no había nada más por los alrededores, ni el más mínimo indicio de una infraestructura futura. Si Samson corría las cortinas mugrientas y amarillentas que cubrían las ventanas de la caravana, no veía más que una acumulación de encofrados de aspecto ruinoso bajo un cielo invernal, un par de grúas y un sinfín de casetas de construcción cerradas. Estas casetas contenían herramientas y piezas de recambio para la maquinaria y eran, de hecho, lo que la empresa de John tenía que vigilar.

Al menos había vuelto a nevar con abundancia y todo había quedado cubierto por un manto blanco una vez más. Un tiempo lluvioso habría sido todavía peor, lo habría impregnado todo de barro y suciedad. Pero, aun así, ese lugar tan abandonado resultaba triste y desolador. De vez en cuando se oía algún que otro pájaro, pero Samson todavía no había visto a nadie y eso encarnaba para él la verdadera paradoja de su situación: que por un lado anhelara ver gente y, al mismo tiempo, eso fuera lo que más temiera en el mundo. En su posición, la gente suponía un peligro. Tenía que estar contento de encontrarse oculto en ese rincón del mundo en el que podía sentirse más o menos seguro.

Pero ¿cuánto tiempo más tendría que aguantar?

¿Cuánto duraría esa situación?

¿Cuánto tiempo más sería capaz de soportarlo?

De todos modos, ese día había salido a dar una vuelta, había recorrido toda la obra y les había echado algo de pan seco a los pájaros. Había respirado ese aire fresco, más bien gélido, y se había dado cuenta de que no podría soportarlo durante mucho tiempo más. Estaba entrando en una profunda crisis psicológica, probablemente ya sufría una grave depresión y con cada hora que pasaba no hacía más que agravarse. Empezó a sentir que tal vez la policía no fuera su peor enemigo, sino que el verdadero peligro surgía de su interior, de su melancolía, de su desesperación. De esa incapacidad para ver el final, eso era lo peor de todo. Desde la noche anterior, había pensado un par de veces que la muerte, por mucho miedo que le produjera pensar en ella, también podía representar un alivio y comprendió cuál era el riesgo de esa manera de pensar: el riesgo de que en algún momento, durante el

transcurso de ese enero tan frío y nevoso, o tal vez durante el mes de febrero igualmente oscuro, acabara colgado del techo de esa caravana, incapaz de seguir soportando el graznido de los pájaros que rompía el silencio de aquellos días tan vacíos.

Mientras volvía a la caravana, oyó el ruido de un motor y vio la luz de unos faros en el camino de acceso restringido que conducía hasta la obra. Pocos segundos después del susto, se relajó. Conocía el ruido de ese motor.

Era John quien se acercaba.

El día anterior no se había dejado ver por allí y Samson había pasado el día esperando ansiosamente a que apareciera. Era absurdo, no soportaba a ese hombre, sabía que se acostaba con la mujer de sus sueños y, sin embargo, Burton era la única persona a quien podía esperar ver en aquel lugar tan absolutamente aislado. Era el único que hablaba con él, representaba su último contacto con el mundo. Lo odiaba y anhelaba su llegada por igual. Se aborrecía a sí mismo por el hecho de sentir ese anhelo.

Se quedó en los escalones de la caravana y lo esperó allí. Burton aparcó el coche, salió y se acercó a él. Alto y ancho de espaldas, llevaba una chaqueta de cuero negro y una bufanda gris que le envolvía descuidadamente el cuello.

No le extrañó que Gillian se hubiera fijado en John y no en él.

El nudo que Samson tenía atravesado en la garganta creció todavía más.

—¿Ha salido a pasear? —preguntó John. Llevaba un montón de periódicos y revistas bajo el brazo y se los tendió a Samson—. Aquí tiene. Algo para leer. Debe de estar aburriéndose como una ostra, ¿verdad?

—Es un lugar muy tranquilo —convino Samson.

John retrocedió un par de pasos, abrió el maletero del coche y sacó dos grandes bolsas de plástico.

—Comida. Y un par de cervezas. El alcohol no resuelve los problemas, pero a veces ayuda a soportarlos.

—De hecho no bebo alcohol —dijo Samson con un tono arisco del que se arrepintió enseguida: John lo había hecho con buena intención.

Este se encogió de hombros.

—Dejaré las botellas aquí de todos modos. Tal vez le apetezca probarlo.

—Sí, gracias. —Entretanto, Samson había abierto la puerta de la caravana—. ¿Le apetece entrar?

—No tengo tiempo. Tengo una cita.

—¿Con Gillian? —Samson no pudo evitar la pregunta.

—No —respondió John mientras negaba con la cabeza.

—¿Cómo... cómo está Gillian?

—Yo diría que de acuerdo con las circunstancias —respondió John—. Me parece

que sigue bastante traumatizada, pero tampoco está apática, sino que intenta dar los primeros pasos hacia un nuevo futuro. Se está ocupando del pago del seguro de vida, ha hablado con el banco acerca de la hipoteca de la casa y ha vuelto a la oficina. Ah sí, y ha mandado a su hija a casa de sus padres, a Norwich.

—¿Se ha quitado a Becky de encima?

—No se puede decir que se la haya quitado de encima. Pero se pasaban el día discutiendo y creyó que sería bueno que se separaran por unos días. La escuela empieza de nuevo pasado mañana, pero Becky todavía no es capaz de llevar una vida normal. Gillian ha decidido que se tome el mes de enero de vacaciones y ha encontrado un terapeuta en Norwich al que Becky acudirá con regularidad. Necesita la ayuda de un profesional. Creo que Gillian ha tomado una buena decisión a ese respecto.

Claro, pensó Samson con hostilidad. Tom está muerto y Becky, con sus abuelos. Ahora ya tienes vía libre. Todo según lo que planeaste, ¿no?

Aunque, por supuesto, se había abstenido de enunciarlo en voz alta. En lugar de eso, preguntó:

—¿Y respecto al caso? ¿Hay novedades? ¿Están haciendo algo? ¿Tienen alguna pista?

—Por desgracia no, que yo sepa —contestó John—. Lo están buscando a usted, por lo demás siguen dando palos de ciego.

—Pero usted tiene contactos en la policía...

—Hasta el momento no hay información nueva —dijo John antes de consultar su reloj—. Tengo que irme. Lo siento, Samson. Sé que este lugar es muy solitario y que debe de sentirse muy mal aquí aislado, pero por el momento no puedo hacer nada más por usted que pasar a verlo de vez en cuando para traerle lo más imprescindible.

—Eso ya es mucho —murmuró Samson—. Gracias, John.

Samson lo siguió con la mirada mientras volvía al coche y subía a él. Se dirigía de nuevo hacia un lugar lleno de vida. Hacia una cita, una cena, voces, risas, luz y sociabilidad.

El guapo de John Burton iba por la vida irradiando la certeza de que siempre, de un modo u otro, obtendría cuanto deseara. Daba igual lo que le deparara el destino, tanto si era bueno como si era malo, se saldría con la suya.

En cambio yo, siempre pierdo. Siempre. Y lo más probable es que, además, se me note. Un hombre tan poco atractivo como yo, lo máximo que puede llevar escrito en la frente es: «Soy un perdedor».

Cargó con las bolsas de la compra que John había dejado encima de la nieve y entró en su sombría vivienda.

Tal vez sí que se tomaría una cerveza esa noche.

Durante el camino de vuelta a la ciudad, John reflexionó acerca de Samson Segal. Psicológicamente, el tipo estaba en las últimas, se notaba a la legua, y probablemente no resistiría mucho más. John estaba seguro de que Segal ya estaba dándole vueltas a la idea de entregarse a la policía por voluntad propia. Lo que lo retenía era la certeza de que una celda no mejoraría su situación en absoluto. Tal vez dejaría de estar solo, pero precisamente eso era lo que para una persona como Segal encerraba nuevos temores: no conocía otra cosa que la sensación de sentirse oprimido por los demás, que solían tomarlo como blanco de sus agresiones. Samson podía ser un chiflado, pero no era tonto. Eso John lo tenía muy claro. Segal tenía una opinión bastante clara acerca de sí mismo, así como una idea bastante menos acertada acerca de las situaciones en las que se veía inmerso. Tenía claro que la cárcel representaría para él un infierno de dimensiones insondables.

John también reflexionó acerca de sus propios motivos mientras se adentraba en el tráfico urbano. Ocultando a Samson se convertía él mismo en un delincuente. La policía solo tenía que interrogar a ese polaco muerto de miedo, que al parecer era el único amigo de Segal en el mundo, y no tardarían en enterarse de que él, John, pocos días antes también había acudido a verlo para enterarse del lugar en el que se alojaba Segal en esos momentos. Debería haber compartido de inmediato esa información con la policía. Fielder estaba al acecho y no dejaría escapar esa oportunidad de atraparlo.

El inspector Peter Fielder.

Probablemente él era uno de los motivos por los que John había decidido implicarse en el asunto y arriesgarse así a caminar al borde del abismo. Por aquel entonces tampoco es que hubiera tenido mucho trato con Fielder, pero sí lo suficiente como para saber que no se soportaban, y eso que no había habido ninguna desavenencia, choque o disputa real entre ellos. Simplemente sentían una profunda antipatía mutua. John consideraba que Fielder era un pequeñoburgués ultraconservador, un agente mediocre que había conseguido hacer carrera y que continuaría prosperando porque seguía el reglamento a rajatabla, era muy fiable y jamás en la vida se enfrentaría a alguien que tuviera un papel importante en su desarrollo profesional. La colaboradora más inmediata de John por aquel entonces había sido la sargento Christy McMarrow, la mujer de la que Fielder estaba

perdidamente enamorado. Todo el mundo lo sabía, pero Fielder quizá seguía creyendo que era capaz de ocultar lo que sentía por ella. Sin embargo, ese tema ya había sido motivo de chismorreos por los pasillos de Scotland Yard y todo el mundo había sonreído irónicamente al pensar en la situación del lánguido policía hasta que, al final, incluso los románticos más esperanzados y los cotillas más recalcitrantes tiraron la toalla: la historia no evolucionó, se quedó en una mera adoración. John habría podido profetizarlo desde el principio. Fielder estaba demasiado acomodado, era demasiado convencional para romper su matrimonio de forma abrupta.

Ni siquiera cuando John hubo salido del cuerpo y Fielder había heredado, por así decirlo, a Christy como colaboradora. Ni siquiera entonces, el romance había prosperado.

John sabía que, a su vez, Fielder lo despreciaba por su falta de virtudes burguesas y que al mismo tiempo lo envidiaba por la manera que tenía de disfrutar de la vida, algo de lo que Fielder era incapaz. Y esa animadversión se había extendido entre sus colegas. John gozaba de pocas simpatías entre el resto de los hombres: por su atractivo físico, por su falta de escrúpulos y su absoluta independencia y porque podía tener a casi todas las mujeres a sus pies. La mayoría de sus colegas se habían alegrado de que la joven en período de prácticas lo hubiera puesto en un aprieto. Y sin embargo él había conseguido darle la vuelta a la tortilla: había salido del cuerpo por voluntad propia y había tenido el coraje de montar un negocio por su cuenta. Sabía que a los colegas que había dejado atrás les había quedado la sensación de que en realidad los perdedores eran ellos.

Vio un hueco para aparcar y lo ocupó con su coche. Había un buen trecho andando hasta el restaurante en el que se había citado, pero por aquella zona las plazas de aparcamiento eran tan escasas como los manantiales en medio del desierto. Por si fuera poco, todavía eran más escasas a causa de las montañas de nieve procedentes de la calzada que las máquinas habían acumulado en los últimos días a ambos lados de las calles, lo que también ocupaba una buena cantidad de espacio.

El restaurante italiano lo recibió con calidez: la luz de las velas, el aroma a pasta y hierbas aromáticas y el sonido de platos y copas. Era sábado por la noche y el local estaba bastante lleno, aunque John pudo ver ya desde la puerta que su acompañante había acudido ya puntualmente a la cita. Estaba sentada en el fondo de la estancia, a una mesa que quedaba un poco apartada de las demás.

Qué chica tan lista.

Era perfecto para lo que se proponían.

Ella se había dado cuenta de que John acababa de llegar y le hizo señas para llamar su atención. Mientras pasaba junto a las demás mesas para acercársele, percibió la expectación con la que ella lo esperaba. Tenía algo para él. Ansiaba poder sorprenderlo y recibir las alabanzas de rigor por ello.

La agente Kate Linville tenía treinta y cinco años, pero aparentaba al menos cuarenta y dos. Tenía el pelo castaño claro, la cara muy pálida y unos rasgos que pasaban fácilmente desapercibidos. Sus ojos pequeños parecían siempre algo hinchados, como si la noche anterior se hubiera emborrachado y hubiera dormido poco, a pesar de que sin duda alguna el motivo no era ese. Simplemente sus ojos tenían esa forma tan poco agraciada. Kate no conseguía llamar la atención de los hombres y su carrera como policía también era bastante deslucida. Ya desde los tiempos en los que John estaba en el cuerpo, todo el mundo se preguntaba en vano por qué motivo Kate insistía en aferrarse a esa profesión para la que tan poco talento demostraba.

Por aquel entonces había sido una de las mujeres de Scotland Yard que vivían enamoradas de John Burton. Durante mucho tiempo él lo había ignorado, hasta que un día, frente a la fotocopidora, ella se le había acercado también con un expediente por fotocopiar en la mano y había esperado un rato en silencio antes de soltar una pregunta de repente:

—¿Le apetece acompañarme al cine este fin de semana?

Kate había soltado la proposición con la voz temblorosa y los labios lánguidos. John la había mirado con asombro hasta que al fin comprendió que ella había estado esperando durante meses enteros una oportunidad como aquella para soltar una frase que debía de haber ensayado un millón de veces. Y se había dado cuenta de algo más en cuanto la hubo mirado a los ojos: que ella se moría por sus huesos, que se estaba consumiendo por él, que en la imaginación de aquella mujer existía un mundo en el que ambos compartían las vivencias más maravillosas. John se había dado cuenta de lo monótona que era la vida de Kate, de lo tranquilas que eran sus noches y lo vacíos que estaban sus fines de semana. Había percibido la desesperación que había alimentado el coraje que ella había necesitado para hacerle aquella pregunta.

¿Le apetece acompañarme al cine este fin de semana?

John había conseguido eludir la invitación con amabilidad y, conforme a lo esperado, ella no se había atrevido a acercársele de nuevo con otra pregunta u ofrecimiento de ese tipo.

Sin embargo, cuando años más tarde él había estado pensando quién podría proporcionarle información, había recordado el nombre de Kate. Ella no era nada temeraria y estaría arriesgando mucho con ello, su trabajo y el canon disciplinario, pero John lo había calculado bien: ella se sentía tan sola que sería incapaz de resistirse al intento de conseguir una cita, daba igual el motivo. Al final, habría una segunda o tercera cita. Y además con el hombre con el que había estado soñando durante años. John había calculado que la desesperación de Kate podría más que la prudencia y no se había equivocado. Ese día era la segunda vez que se citaban y ella seguramente ya llevaba una media hora esperándolo.

—Hola, Kate —dijo él nada más llegar a la mesa.

—Hola, John —respondió ella.

—Siento llegar tarde. He tenido que aparcar bastante lejos. No es fácil encontrar un lugar por aquí cerca. ¿Has venido en coche?

Ella negó con la cabeza.

—En autobús. Me apetecía beber vino.

John suspiró, pero solo por dentro. Habría preferido ir a casa de ella, en Bexley, donde vivía desde hacía una eternidad, pero con el pretexto de hacer un par de compras urgentes ella había insistido en que debían verse en el centro. John sabía perfectamente que si se hacía tarde, tal como había sucedido la última vez, cuando ella había intentado prolongar indefinidamente la cita, no podría dejar que se marchara con el tren y quedarse con la conciencia tranquila. ¿Ella lo estaría esperando? ¿Estaría esperando que John la llevara a casa en coche? ¿O que le ofreciera la posibilidad de quedarse en su casa a pasar la noche?

John tomó asiento y consultó la carta que le tendió el camarero. Kate esperó hasta que él hubo pedido para los dos, se inclinó hacia delante y susurró:

—¡Tengo novedades!

—¡Cuéntame! —la invitó él con una sonrisa.

—Bueno, hemos descubierto algo relevante en la vida de Carla Roberts. Resulta que formaba parte de una especie de grupo de autoayuda. Para mujeres que vivían solas. Divorciadas, viudas y todo eso. Se reunían una vez por semana e intentaban... bueno, de algún modo intentaban sobrellevar mejor la situación. El grupo se disolvió hace nueve meses, pero la fundadora ha prestado declaración y el inspector Fielder me lo ha contado. En el grupo había una mujer que... bueno, no puede decirse que fuera amiga de Carla Roberts, pero digamos que se había relacionado con ella más que el resto. Liza Stanford. Y no vivía sola, por cierto, pero no era especialmente feliz en su matrimonio.

—Comprendo —dijo John. Anotó mentalmente el nombre que acababa de oír—. ¿Cuántas mujeres formaban parte de ese grupo?

—Eran seis, Fielder tiene todos los nombres. Por desgracia, Anne Westley no era una de ellas, habría estado bien. Pero esa tal Stanford... ¡ha sido un verdadero hallazgo!

—¿En qué sentido?

—Bueno, ayer Christy tuvo una idea. Nuestra querida y astuta Christy McMarrow —contestó Kate con cierta amargura en la voz. Nunca había podido soportarla. Christy tampoco tenía pareja estable, pero a diferencia de Kate mantenía esa situación por voluntad propia y de buena gana y jamás tenía problemas para encontrar una cita el fin de semana. Por no decir que su jefe la idolatraba—. Bueno, Christy acudió con la lista de nombres de las mujeres que formaban parte del grupo a la consulta en la

que había trabajado la doctora Anne Westley y los comparó con el fichero de pacientes de Westley. ¿Y qué nombre descubrió allí?

—Liza Stanford —respondió John—. Ese debe de ser el hallazgo del que me hablabas.

—Exacto —confirmó Kate.

Kate guardó silencio mientras el camarero les dejaba una botella de vino y otra de agua en la mesa. Les sirvió la bebida y se alejó de nuevo.

—Liza Stanford tiene un hijo —explicó Kate—. Finley Stanford. Lo llevó cuatro o cinco veces a la doctora Westley. Por supuesto, el jefe está absolutamente eufórico, porque llevaba ya mucho tiempo buscando algún tipo de relación entre Carla Roberts y Anne Westley. En su opinión, no es coincidencia que las dos conocieran a esa tal Liza Stanford.

—Y probablemente no lo sea —dijo John. Intentó seleccionar entre las numerosas preguntas e ideas que pasaron por su cabeza de repente.

—¿Hubo algún episodio relevante con el hijo? —inquirió él—. Desde el punto de vista médico, quiero decir. ¿Algún problema? ¿Algo serio?

Kate negó con la cabeza.

—En todos los casos acudió por pequeñeces. Una inflamación de garganta, sarampión, una lesión deportiva... Nada espectacular. Nada que en determinadas circunstancias pudiera motivar un crimen contra Westley.

—¿Y qué hay de Gillian Ward? ¿También conocía a esa mujer?

Kate hizo una mueca compasiva.

—Como es lógico, lo verificaron enseguida. Eso sí que habría sido redondo. Pero no, jamás había oído ese nombre. Fielder está intentando descubrir si podía haber tenido contacto con el marido, ya fuera por una relación laboral o deportiva. Aunque, claro, eso es mucho más difícil.

—¿Habéis ido a ver a Liza Stanford? —preguntó John.

Parecía como si Kate hubiera estado esperando esa pregunta.

—Ahora viene lo mejor —anunció ella—, Fielder acudió a verla enseguida. Ayer mismo por la tarde. O mejor dicho, lo intentó. Porque se enteró de que ha desaparecido. ¡Desde hace dos meses!

—¿Desaparecido?

—Encontró a su marido. ¿Y adivinas quién es? Stanford. ¡El doctor Logan Stanford!

—¿Ah, sí? —exclamó John sorprendido—. ¿El Caritativo?

—Exacto. Ese abogado rico y famoso que tiene un pedazo de mansión en Hampstead y una agenda de contactos en la que debe de haber desde el primer ministro hasta la reina de Inglaterra. El que siempre aparece en la prensa del corazón por sus actos de beneficencia. Y le ha explicado a Fielder que su esposa desapareció a

mediados de noviembre.

—Ajá. ¿Y Stanford lo encuentra normal? ¿O ha tomado algún tipo de medida al respecto?

—Por lo que yo sé, todo esto me parece muy misterioso —dijo Kate. La manera en la que lo formuló le hizo pensar a John que en ese aspecto Kate no estaba al corriente de los hechos al cien por cien—. Stanford no ha tomado ningún tipo de medida porque al parecer no es algo extraordinario que su esposa haga algo así. Desaparecer de vez en cuando, quiero decir. Le reconoció a Fielder que su matrimonio no era especialmente plácido. Eso encaja con lo que sabemos a través del grupo de mujeres. Liza Stanford estaba valorando la posibilidad de separarse. Resulta que sufre de episodios depresivos y es una mujer bastante nerviosa que necesita escaparse continuamente para descubrir cómo debería ser su futuro. Últimamente no mantiene ningún tipo de contacto con su familia.

—¿En qué consisten exactamente los problemas del matrimonio? ¿Fielder ha podido preguntárselo?

—Por desgracia, no lo sé —confesó Kate—. Ya sabes que solo habla sin reservas con su Christy. Yo únicamente me entero de lo que se explica en las reuniones generales y acerca de ese desarrollo solo tuvimos una conversación muy breve ayer a última hora.

—¿Y el hijo? ¿Qué pasa con él? ¿Estaba en casa?

—Sí. Finley tiene doce años y estaba sentado frente al ordenador cuando Fielder se presentó en su casa. Al parecer no se mostró especialmente comunicativo, aunque eso es algo típico de los jóvenes de su edad. Pero todo parecía correcto, en su caso. A Fielder no le pareció que estuviera especialmente trastornado. Sobre todo porque parecía más bien acostumbrado a ese tipo de situaciones.

—Mmm... ¿Y tú qué crees? —quiso saber John—. ¿Cómo lo ves?

—¿Yo? —preguntó Kate sorprendida. Al parecer no había esperado en absoluto que John se interesara seriamente por su opinión al respecto—. Bueno, a decir verdad, yo no lo veo nada claro. Una esposa y madre que desaparece durante semanas mientras su marido y su hijo siguen viviendo como si nada hubiera sucedido. Quiero decir que, además, siendo depresiva, lo normal sería preocuparse por ella, ¿no? Aunque hasta la fecha siempre haya vuelto, sería de imaginar que podría llegar un momento en el que hiciera alguna tontería. ¿Podría haberse suicidado y su familia ni siquiera lo sabría!

—A eso hay que añadirle el hecho de que tuviera contacto con dos mujeres a las que han asesinado en un período de tiempo relativamente breve. Es evidente que Fielder también se ha dado cuenta de que no puede tratarse de una coincidencia —dijo él con aire reflexivo.

John jugueteó con la copa de vino y retiró las manos enseguida en cuanto se dio

cuenta de que el camarero se acercaba a la mesa para servirles un gran plato lleno de pasta humeante. Durante unos minutos estuvieron comiendo en silencio, lo que le fue muy bien a John para poder concentrarse en sus cavilaciones.

Lo que no podía valorar era si Stanford era digno de crédito. Para juzgarlo por sí mismo, tendría que hablar con él. En todo caso, la historia le parecía demasiado extraña.

Si quiero seguir metido en el caso, pensó, tengo que hablar con él.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Kate levantó la mirada del plato justo en ese instante para preguntarle algo:

—John, ya sé que no es asunto mío, pero... ¿por qué? ¿Por qué quieres saber todo esto? ¿Por qué no te limitas a dejar que Fielder haga su trabajo? ¿Por qué quieres investigarlo por tu cuenta?

Al principio, él le había dicho que conocía a Gillian Ward, que habían asesinado a su marido y que eso le había hecho interesarse por el caso. Lo que no había mencionado era que mantenía una relación con ella... ¿O sería más justo decir que la había mantenido? Ya no lo sabía con toda seguridad. Se había limitado a contarle que era el entrenador de balonmano de la hija de Gillian. A John el instinto le decía que Kate se habría cerrado como una ostra si llegaba a saber la verdad. Lo único que la impulsaba a hablar eran las esperanzas que albergaba respecto a él.

—Es divertido —respondió él. En ese mismo momento, se sorprendió al darse cuenta de hasta qué punto esa respuesta se ajustaba a la verdad. Si dejaba de lado los motivos que lo impulsaban, realmente lo encontraba divertido. La conexión con Gillian había sido el detonante, la chispa inicial, pero entretanto se había despertado su instinto cazador. Tenía la formación necesaria para hacer lo que estaba haciendo y se dio cuenta de que echaba de menos ese trabajo. No echaba de menos la jerarquía de la carrera como funcionario, ni las intrigas, ni la lucha por los ascensos. Pero sí el trabajo. Simplemente el trabajo en sí mismo.

—Y ya sabes —prosiguió John— que conozco a la familia Ward. La hija me cae muy bien y esa chica ha quedado completamente traumatizada. Tal vez sea eso lo que está aumentando la ira que siento por el autor del asesinato.

Miró a Kate y se dio cuenta de que la había convencido.

—Hay dos cosas más que no te había mencionado todavía —dijo ella—. La prensa tampoco sabe nada acerca del tema. Sabemos que Carla Roberts, durante las dos últimas semanas previas a su muerte, se había sentido vagamente amenazada. Se lo había contado a su hija. Vivía en el piso superior de un bloque de viviendas y se había dado cuenta de que el ascensor solía subir hasta su planta con una cierta frecuencia. Con demasiada frecuencia, a decir verdad. Y sin que nadie saliera del ascensor. Eso había despertado sus temores.

—Supongo —dijo John— que comprobasteis si el ascensor funcionaba

correctamente, ¿no? ¿Habéis descartado que pudiera tratarse de una mera avería?

—Así es. Y ahora Fielder piensa que tal vez Anne Westley también se hubiera podido sentir amenazada. Eso encajaría con el hecho de que, de repente, justo antes de Navidad, hubiera decidido vender la casa y mudarse a la ciudad tan pronto como fuera posible. Y eso después de llevar varios años viviendo allí.

—¿A qué se refiere Fielder cuando habla de esa sensación de amenaza?

—Bueno, encontró un cuadro en la casa que se lo hizo pensar. Anne Westley tenía un estudio en la buhardilla. Era aficionada a la pintura, concretamente a la acuarela. Los temas de sus cuadros solían ser flores, árboles y paisajes soleados, siempre eran cuadros llenos de color y de optimismo. Pero había uno que no encajaba en absoluto en ese patrón.

—¿En qué sentido?

—No lo he visto personalmente, pero Fielder nos lo describió: una noche oscura, dos puntos de luz que podrían interpretarse como los faros de un coche. Él cree que podría haberlos visto pocos días antes de que la asesinaran. Las luces de un coche que habrían aparecido en el paisaje solitario en el que se encontraba su casa. Varias veces, sin llegar a ver a nadie, no obstante. Solo el coche, que llegaba y volvía a desaparecer. Como el ascensor del edificio en el que vivía Carla Roberts.

—No está mal pensado —comentó John. Tuvo que admitir que se trataba de una hipótesis muy creativa para tratarse de Fielder, que destacaba precisamente por su falta de imaginación—. Un temor lleno de intención se había apoderado de las dos mujeres. En el caso de Carla Roberts tampoco está muy claro cuándo tiempo hacía que duraba. Si había empezado unas dos semanas antes de su muerte, entonces...

—... entonces más o menos coincidió con la desaparición de Liza Stanford —dijo Kate para completar la frase.

Aquella mujer era misteriosa, no se sabía su paradero. Pero a John le vino a la memoria otro nombre en relación con el caso de forma automática: Samson Segal. Había estado espiando a varias personas. ¿Había sido él quien había utilizado el ascensor de Carla Roberts una y otra vez? ¿Había estado vagabundeando a solas y por la noche alrededor de la casa de la otra anciana?

—Es posible que el asesino hubiera importunado a las dos mujeres —apuntó John—. Pero me has dicho que había dos cosas que todavía no habías mencionado, ¿no?

Ella sonrió, de repente había adoptado un aire coqueto.

—Más tarde —indicó.

Se refería a un par de bocados más tarde.

—Fielder no se ha expresado con concreción, en cualquier caso no lo ha hecho durante la reunión, pero siempre hay filtraciones: ¿ya sabes que él también le da vueltas a la cabeza a la posibilidad de que tú... podrías estar implicado en el caso de algún modo?

—Lo sé. Pero es absurdo. Y en mi opinión, por mucho que se empeñe en ello no conseguirá nada en ese sentido. Conozco a los Ward. Pero no a las dos ancianas asesinadas. Da igual las vueltas que pueda darle a las cosas, no encontrará ningún motivo —replicó John.

—Me estoy arriesgando mucho —dijo Kate.

—Lo sé.

—Bueno, pero ¡lo hago con mucho gusto!

John le regaló una sonrisa contenida. No podía darle muchas esperanzas. De momento le había quedado claro que ella no había cogido el coche a propósito. Quería que él la llevara en el suyo. Y a ser posible, que la llevara a casa de él.

—Hay quien creería que es una tontería lo que estoy haciendo ahora —prosiguió Kate.

—Yo no creo que lo sea. Puedes confiar en mí, de verdad. Nadie se enterará de que nos hemos visto y de que hemos estado hablando —le aseguró John.

A continuación, él desvió el tema con habilidad hacia un territorio neutral. Sabía perfectamente cuál era la estrategia de Kate: cuando hacía hincapié en lo mucho que esa historia la dejaba en una posición difícil, esperaba obtener el reconocimiento y la admiración de John. Como mínimo, gratitud. Él se sentiría agradecido y ella intentaría aprovecharse de ese sentimiento.

Entonces decidió hablarle de la empresa que había fundado, de los inmuebles que se dedicaba a vigilar: obras, supermercados, estaciones de servicio. A veces, incluso residencias privadas.

—Además tengo a cuatro colaboradores que se dedican a la protección personal. Y nos estamos preguntando si no deberíamos expandirnos en esa dirección, pero no acabo de decidirme.

—¿Por qué? —preguntó Kate.

—No me gusta comprometerme tanto —contestó John—. Cuando fundé la empresa lo hice más bien como una solución provisional que pudiera dejar en cualquier momento. Cuanto más crece, más encorsetado me siento.

—¿Por eso sigues viviendo solo? Quiero decir que no tienes esposa ni hijos, ¿no? Porque no te gustan los compromisos, ¿verdad?

—Es posible —respondió él con vaguedad antes de consultar el reloj con discreción. Tenía que evitar a toda costa que Kate perdiera el último tren.

—A mí sí me gustaría formar una familia —confesó Kate con aire soñador.

—Pues no es que sea muy fácil, con tu trabajo.

Ella se encogió de hombros.

—Pero otras lo han conseguido.

—Claro. —De alguna forma habían ido a parar a un terreno peligroso. Le hizo una seña al camarero para darle a entender que quería pagar la cuenta. Se le hizo un

nudo en la garganta cuando notó que la mirada ansiosa de Kate se aferraba a él. Por supuesto, no le había dado toda aquella información a cambio de nada, pero afortunadamente tampoco habían acordado una contraprestación. Si no conseguía lo que esperaba obtener a cambio, la culpa no sería de John.

Después de haber pagado la cuenta y de haber salido fuera con ella, en la oscuridad de la calle le anunció:

—Te acompaño hasta la estación.

—Gracias. —La voz de ella sonó llena de frustración.

Caminaron uno junto al otro en silencio.

—No tengo por qué ir a casa enseguida, John —dijo ella al fin con desesperación. Él se detuvo.

—Kate...

—Mañana es domingo. No tengo que ir a trabajar. Podríamos desayunar juntos...

—Lo siento, Kate. No puede ser.

—¿Por qué no? ¿Es que... tienes novia?

—No. Pero de momento no quiero a ninguna mujer en mi vida.

—Conmigo no tienes que comprometerte a nada, John. Ya veremos cómo marchan las cosas. Y si las cosas no marchan... pues nada.

Palabras vacías, pensó él. Si hubiera tenido que apostar por algo, seguramente habría sido a que sería imposible librarse de una mujer como Kate si le daba el más mínimo signo de correspondencia. No digamos ya si pasaba la noche con ella. Kate era la típica mujer que podía volverse muy posesiva si se sentía rechazada.

—No puede ser, Kate. No tiene nada que ver contigo, es cosa mía.

—Pero yo pensaba que...

—¿Qué?

—Bah, nada.

¿Qué habría podido decirle? ¿Que se había equivocado creyendo que a él le interesaba algo más que la mera información secreta que le había revelado? Él se daba cuenta con claridad de cómo debía de sentirse ella en esos momentos: como una idiota.

Y sin embargo, John se arriesgó a preguntarle algo más:

—¿Has dicho que tenías algo más para mí?

Ella lo miró con ojos inexpresivos. Estaba reflexionando. Al final llegó a la conclusión de que estaría demostrando muy poca autoestima si al sentirse rechazada actuaba de un modo distinto. En ese caso quedaría claro lo que había estado esperando y lo desengañada que se sentía.

—Sí. Hay algo más. Respecto al asesinato de las dos ancianas, hay un detalle esencial que no ha trascendido a los medios. El método que utilizaron para matarlas.

—¿Es que no les dispararon? —John ya había valorado esa posibilidad, puesto

que durante todo el rato habían estado hablando de crímenes especialmente atroces.

—En el caso de Westley el asesino utilizó la pistola para volar el cerrojo de una puerta y poder entrar en una estancia. De lo contrario, no habría necesitado utilizar un arma para reducir a su víctima. Al parecer el asesino pudo inmovilizarle los pies y las manos con cinta adhesiva de paquetería sin que ella pudiera defenderse.

—¿Y luego?

—Le metió un trapo de cocina en la boca. Se lo introdujo hasta el fondo de la garganta. En el caso de Carla Roberts parece ser que eso le provocó el vómito y acabó muriendo ahogada.

—¿Y Anne Westley?

—No debió de ser tan rápido, no murió tan fácilmente. Al final el asesino tuvo que taponarle la nariz con cinta adhesiva para que también se asfixiara.

—¡Maldita sea! —exclamó John.

Odio, pensó, un odio increíble y demente. No se trataba simplemente de matar mujeres. Se trataba además de que murieran con una terrible agonía.

—Sin embargo, a Thomas Ward le dispararon, ¿no? —John quiso cerciorarse. Aunque al fin y al cabo lo había encontrado Gillian y estaba seguro de que ella se lo habría contado, si hubiera sido otra la causa de la muerte.

—Sí. Y en eso se fundamenta la teoría de Fielder de que el asesino no pretendía matar a Thomas Ward. Esperaba encontrar a su esposa y de repente se encontró frente a un hombre. Y no a un hombre cualquiera, Thomas Ward era muy alto, atlético y estaba en plena forma. A diferencia de las dos ancianas, Ward habría sabido defenderse si el asesino no le hubiera disparado enseguida.

—Entonces, ¿las dos ancianas murieron ahogadas con trapos de cocina?

—Sí.

—¿Perteneían a las víctimas? Quiero decir si eran simplemente lo primero que encontró el asesino. ¿O los había llevado él mismo?

—Perteneían a las víctimas. En el caso de Carla Roberts, la hija supo identificar el trapo. En el caso de Westley se encontraron trapos idénticos en un cajón. Al parecer, el asesino buscaba el trapo en el mismo lugar de los hechos.

Llegaron a la estación de Charing Cross cuando el tren estaba entrando en el andén.

—Bueno pues... —dijo Kate. El color de su rostro parecía todavía más lívido que de costumbre.

—Espero que llegues bien a casa —le deseó John—. Y... ¡gracias!

Ella estaba ofendida, no se volvió de nuevo mientras subía al tren. Buscó un lugar libre y se sentó.

John supuso que debía de estar llorando.

Domingo, 10 de enero

Por primera vez desde el asesinato de Tom, Gillian acudió a su casa sola. La última vez la había acompañado John, pero en esa ocasión no tenía a nadie a su lado.

Las habitaciones olían cada vez peor. Tenía que tirar urgentemente algunos alimentos que se habían echado a perder.

Gillian subió enseguida con su maleta al dormitorio. Estaba exactamente igual que la última vez que había salido de allí, el 29 de diciembre por la mañana. La colcha de colores seguía cubriendo perfectamente la cama. Sobre la mesita de noche tenía un libro boca abajo, una novela negra que había empezado a leer, y junto al libro, las páginas arrugadas del *Times*. En el lado de Tom había varias revistas deportivas. Sobre la silla del rincón descansaba un jersey de su marido y en la puerta del armario, una corbata colgada.

Probablemente tiene poco sentido, pensó Gillian, conservar todas sus cosas.

Decidió deshacer la maleta más tarde, abrió solo el bolsillo lateral, sacó el neceser y se lo llevó al cuarto de baño. Dejó el cepillo de dientes en un vaso y el peine en el armario que había tras el espejo. Se esforzó en hacer desaparecer poco a poco la huella que Tom había dejado en la casa con sus cosas. La maquinilla de afeitarse, la loción, el elixir bucal y el líquido que solía usar para limpiar las lentes de contacto. En el gran cesto de la ropa que había bajo el lavabo había un par de calcetines negros. Aunque había intentado prepararse para ello, Gillian lo hizo todo con la misma sensación de desconcierto que la última vez que había estado en la casa. Era un domingo por la mañana del mes de enero. Fuera nevaba y el cielo estaba encapotado. Dentro, ropa sucia, libros y revistas apartados que parecían a la espera de que alguien los siguiera leyendo por la noche. Objetos cotidianos por todas partes. La casa no parecía un lugar en el que se hubiera cometido un crimen sangriento, sino una casa normal y corriente.

Gillian se dio cuenta de que tenía dos opciones: podía sentarse, mirar fijamente la pared y dejar que una especie de horror invisible se apoderara de ella hasta que le diera por echarse a chillar en algún momento.

Aunque también podía volcarse en las actividades que la casa requería tras su larga ausencia.

Se decidió por la segunda opción.

Las cuatro horas siguientes las dedicó a poner orden. Lavó montañas de ropa que

posteriormente puso en la secadora o tendió en el cuarto de calderas. Limpió el frigorífico y tiró la mayoría de las cosas que encontró dentro, con las que llenó dos bolsas de basura. Quitó la decoración del árbol de Navidad y sacó aquel monstruo de hojas puntiagudas a la terraza, descolgó la estrella y las luces navideñas de las ventanas y lo guardó todo en las cajas correspondientes que luego subió al desván. Limpió la bandeja de Chuck, puesto que Becky se había llevado el gato a Norwich el viernes y tardaría unas semanas en volver. Limpió los baños y la cocina, pasó la aspiradora por toda la casa, cambió la ropa de las camas y ventiló las habitaciones. Finalmente, encendió la chimenea del salón, se preparó una gran taza de café y se arrellanó con un hondo suspiro en un cómodo sillón. La casa olía bien y el tronco que crepitaba en el fuego proporcionaba calor y un ambiente acogedor. El café estaba caliente y bien cargado.

Las tres.

¿Qué haría durante el resto del día?

Encendió un cigarrillo pero no le pareció nada bien fumar en el salón, por lo que volvió a apagarlo enseguida.

Sabía que era peligroso para ella quedarse ahí sentada sin más. Todavía no se había derrumbado del todo desde que había encontrado a Tom asesinado en el comedor. Solo había llorado un poco entre los brazos de John y en esos momentos el instinto le decía que tendría que haberlo llamado para acudir a la casa. Él aguardaba con esperanza otra oportunidad de verla de nuevo. Hasta entonces ella había conseguido eludirlo, sobre todo porque no había tenido la oportunidad de estar sola ni un segundo. Tara y Becky habían estado a su lado a todas horas, tan solo había podido librarse de ellas muy esporádicamente, cuando había sido necesario distraer a Becky para cumplir con alguna tarea puntual. Durante esos momentos, John la había acompañado. Además, había tenido que hablar a menudo con la policía.

Por primera vez estaba completamente sola. En una casa grande, vacía y silenciosa.

Probablemente había sido un error regresar.

Se estaba tomando la cuarta taza de café cuando le sonó el móvil. Era John.

—Hola. Solo quería saber cómo te va.

—Muy bien. He limpiado la casa, he hecho mil coladas y ahora estoy disfrutando de un café. —A la propia Gillian, la respuesta le sonó tan cargada de impostura que casi le dolió—. ¿Y a ti? ¿Cómo te va?

—¿Que has limpiado la casa? ¿Qué casa? ¿Estás en tu casa?

—Sí.

—¿Y eso? ¿Solo para limpiarla?

—Me he vuelto a mudar aquí esta mañana.

—Pero ¿por qué?

—Me apetecía. Viviré aquí, al menos hasta que haya encontrado otro lugar. No puedo evitar eternamente entrar en mi propio hogar.

Él se quedó callado un momento.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó en voz baja.

Ella decidió dejar de jugar al gato y al ratón. ¿Por qué tenía que ocultárselo?

—Tuve una discusión con Tara. El jueves por la noche, justo después de que te marcharas. Y desde entonces... bueno, ya no me sentía tan bien en su casa.

—¿Y cuál fue el motivo de la discusión?

—Estuvimos hablando acerca de ti. Becky me había montado una escenita porque tú yo habíamos estado juntos de nuevo. A continuación salió corriendo de la habitación, se encerró en el cuarto de baño y, por algún motivo que no alcanzo a comprender, fui tan tonta de... de contárselo todo a Tara. Que habías sido policía y el motivo por el que abandonaste el cuerpo.

—Ya veo. Y se lo tomó bastante mal —supuso John.

—Bueno, digamos que cayó del guindo. Como es natural, la coacción sexual es algo que no suele tener precisamente muy buena acogida entre la mayoría de las mujeres. Le conté las circunstancias que rodearon el caso, pero no pudo aceptar que yo creyera tu versión de la historia sin reservas. Simplemente no comprendía que yo siguiera teniendo ganas de verte.

—Entiendo —dijo John.

—No es que ella insistiera en hablar del tema —prosiguió Gillian—, más bien fui yo quien había estado evitando hablar de ello. Pero el caso es que desde entonces no he vuelto a sentirme del todo bien en su presencia. Me ponía nerviosa cada vez que me llamabas. Y por mi parte esperaba a que saliera de casa por algún motivo para llamarte. La situación se había vuelto estresante y más bien poco agradable. Además...

—¿Sí? —preguntó John al ver que Gillian dudaba.

—Además debo volver a encontrar mi camino en la vida. No puedo seguir viviendo indefinidamente en casa de Tara, sentarme en su sofá esperando a que se abra un camino ante mis ojos. Al fin y al cabo Tara tiene su trabajo y de todos modos yo pasaba la mayor parte del tiempo sola.

—Pero en tu casa también estás sola. Y no creo que sea bueno para ti.

—En mi situación actual, creo que no hay nada que pueda ser bueno para mí.

—Déjame ir a tu casa. O ven tú a la mía. Por favor.

—Hoy no, John. Tengo que encontrar mi propio camino.

Él la comprendía y sin embargo...

—Oye, Gillian, hay algo más. Dejando aparte las dificultades de tu estado psicológico... ya sabes que existe la hipótesis de que tu marido fuera una víctima accidental. De que en realidad fueran a por ti.

—Lo sé. Eso no es nuevo.

—Gillian, el asesino no consiguió lo que quería. Y no sabemos si se dará por satisfecho.

—No le abro la puerta a nadie. Ni dejo la puerta del jardín abierta. La casa es segura, John. Incluso tenemos una alarma instalada. Puedo activarla por la noche.

—No me gusta que estés sola.

—Estaré bien.

—Llámame enseguida si sucede algo, ¿de acuerdo?

Ella se lo prometió.

Después de terminar la conversación, se quedó mirando fijamente la pared de nuevo. Se preguntó por qué se sentía tan reacia a tener cerca a John. Mientras había estado viviendo en casa de Tara, durante los primeros días después de la desgracia, había sido ella misma quien había buscado el contacto con él, había anhelado en todo momento que llegara con la esperanza de encontrar en él algo de consuelo y de apoyo. Pero luego, algo había cambiado. En ella. Había pasado varias horas sentada, pensando cómo había podido ocurrir todo aquello, por qué primero se había sumido en una depresión, por qué había iniciado un idilio y, finalmente, por qué Thomas había tenido que morir. Después de darle muchas vueltas, había llegado a la horrible conclusión de que había dramatizado y sobredimensionado las cosas y eso había iniciado una sucesión funesta de acontecimientos. Había sufrido durante el retiro interior de Tom cuando debería haberse fijado en que él no la había abandonado jamás. Se había tomado muy a pecho las agresiones y el orgullo de Becky cuando podría haberse limitado a esperar a que su hija superara esa etapa. En su vida no había sucedido nada que no les sucediera también a miles de otras mujeres. Y si no hubiera seguido siendo aquella chiquilla tan insegura de sí misma, habría podido sobrellevarlo todo. Hacía ya muchos años que había abandonado la seguridad de la casa paterna, pero solo para cambiarla enseguida por la que le había ofrecido el matrimonio con Thomas Ward. Él había estado allí desde que se conocieron, Gillian siempre se había sentido segura a su lado. Mucho de lo que ella se complacía en considerar como una emancipación respecto a sus padres en realidad no era más que una emancipación bajo el amparo de un hombre fuerte y seguro de sí mismo. Cuando Thomas dejó de mostrarse tan atento, debido al exceso de trabajo y al frenesí con el que se entregaba a su propia vida, ella había reaccionado como un niño abandonado y se había arrojado a los brazos del primer hombre que había encontrado, John, quien, con su deseo y admiración, la había llenado de calor y autoconfianza. Pero la vida de Gillian no podía seguir ese curso, esa fue la conclusión a la que llegó mientras estaba inmersa en todo ese dolor y en la tristeza derivada del sentimiento de culpa que la había asolado durante los últimos días. Tenía que aprender a mantenerse firme, por muy amargo y desesperante que pudiera ser el camino que la aguardaba.

El móvil sonó de nuevo. Esa vez era la madre de Gillian y llamaba para ponerla al día acerca de Becky, para contarle que todo iba bien, que su abuelo la había llevado a la piscina cubierta y que el lunes siguiente acudiría al terapeuta por primera vez. Acto seguido, preguntó cuándo tendría lugar el entierro de Tom.

Todavía tengo que ocuparme de todo eso, pensó Gillian, agotada.

—Aún no lo sé, mamá. Todavía lo tienen los forenses. Te lo diré en cuanto sepa algo.

—Qué tragedia tan horrible —dijo su madre—. ¡Menos mal que esa amiga tuya te permite vivir en su casa! De lo contrario no tendría ni un segundo de descanso.

Gillian decidió no contarle que ya no vivía con Tara. Se imaginaba perfectamente los lamentos que eso provocaría en su madre y de momento no se sentía con fuerzas para poder soportarlo.

—Dale un abrazo a Becky de mi parte —le pidió a modo de despedida—. Y dile que me llame, ¿vale? Me gustaría oír su voz.

Poco más de las tres y media. Seguía teniendo una larga y silenciosa tarde por delante.

Se levantó, se puso las botas, la chaqueta, la bufanda y los guantes. Por suerte, había nevado mucho la noche anterior.

Quitaría la nieve del jardín. Tal vez después estaría demasiado cansada incluso para sufrir un ataque de nervios.

Lunes, 11 de enero

1

—¿Recuerda usted a Liza Stanford? —preguntó Christy. Sabía que no podría haber elegido un peor momento para aparecer, ya por tercera vez, por la consulta en la que Anne Westley había ejercido de pediatra. Era lunes por la mañana y en muchas escuelas era el primer día lectivo tras las vacaciones de Navidad. La sala de espera estaba llena hasta los topes. Dos médicos tenían la gripe y los dos que quedaban, un doctor joven y nervioso y una doctora que por su aspecto no tardaría en ser la próxima en coger la baja por gripe, estaban hasta el cuello de trabajo, sobrepasados por la afluencia de pacientes. Ella había aparecido en medio de ese caos para realizar preguntas urgentes y más detalladas acerca del paciente Finley Stanford y de la madre de este. Su presencia era tan inoportuna que a los médicos les habría gustado despacharla rápido y de forma más o menos amable, aunque no tardaron en darse cuenta de que esa mujer tan solo se limitaba, igual que ellos, a hacer su trabajo.

—¿No podría venir más tarde? —preguntó enervada la mujer de recepción. Christy negó con la cabeza con amabilidad, pero también con determinación.

—Por desgracia, no. Créame, si tuviera elección, no habría venido a molestarles.

Christy le explicó de nuevo a la mujer, identificada por un cartelito en la solapa de la bata blanca como Tess Pritchard, que debía responder a unas preguntas. Se sentaron frente a frente con un escritorio de por medio en una sala de consultas vacía. Cuando le preguntó por Liza Stanford, la mujer asintió enseguida.

—Sí claro, ¡la recuerdo muy bien!

—¿Y eso? ¿Qué le llamaba la atención especialmente?

Tess soltó un resoplido de desdén antes de responder.

—Me llamaba la atención la cantidad de dinero que tenía. Y su arrogancia. En esos dos aspectos iba muy sobrada.

—¿Quiere decir que se le notaba que tenía mucho dinero?

—Había que ser ciega para no verlo. Le gustaba que se notara... Siempre iba cargada de joyas, llevaba vestidos muy elegantes y unas gafas de sol Gucci enormes. Bolsos Hermès... Fuera siempre aparcaba el Bentley. Una vez incluso aparcó justo delante de la consulta para que todos pudiéramos verlo.

—Comprendo. ¿Y se comportaba de un modo... arrogante?

—A las auxiliares siempre nos trataba como si estuviéramos a un nivel inferior —dijo Tess—. Apenas nos dirigía la palabra. No se dignaba a hablar con nosotras. Supongo que con la doctora Westley debía de mostrarse más comunicativa. Por fuerza tenía que serlo, si quería explicarle lo que le pasaba a su hijo.

—¿Usted nunca estaba presente? Dentro de la consulta, quiero decir.

Tess negó con la cabeza.

—No. Ni yo, ni nadie más. De hecho no es habitual, a menos que se requiera nuestra ayuda. Y no llegó a darse el caso. El chico nunca tuvo nada importante.

—¿Qué puede decirme acerca de Finley?

Tess reflexionó unos instantes.

—Bien, un chico simpático. Era muy callado, pero no de forma altiva, como su madre, sino más bien por timidez. Era un niño retraído.

—¿Especialmente tímido? ¿Más retraído de lo que podríamos considerar normal?

—No. Aquí vemos de todo, ¿sabe? Algunos niños no paran de dar vueltas como peonzas por la sala y los padres no tienen ni un momento de descanso. A otros, en cambio, no les gusta nada ir al médico y no abren la boca en todo el rato, se limitan a retraerse. Finley pertenecía a ese segundo grupo, a los que reaccionan de forma más bien silenciosa. Pero por lo demás, era absolutamente normal.

—Pero llegó a esta consulta relativamente tarde, ¿verdad? Y si la documentación que revisé el viernes es correcta, solo acudió cinco veces, la última con nueve años de edad. ¿No lo habían traído antes?

—No. La primera vez que vino, el niño tenía ya siete años. Si no recuerdo mal, fue por una bronquitis contraída a raíz de un resfriado que no acababa de mejorar. Nada espectacular, vaya.

—¿Podríamos decir que, en términos generales, Finley gozaba de buena salud?

—Sí. Siempre que su madre lo trajo fue por afecciones sin importancia. En ocasiones ni siquiera estaba enfermo.

—¿La doctora Westley había comentado algo acerca de Liza Stanford? ¿Había contado algo acerca de ella? ¿Llegó a mencionar algo? Lo que sea.

—No —dijo Tess—, con ese tipo de cosas siempre se comportó de forma muy estricta. Al menos con nosotros, con el personal, aunque tampoco la imagino hablando de los demás pacientes o los padres de estos. Y en el caso de Stanford, tampoco. Sin duda se había dado cuenta de que hablábamos de ella, pero la doctora se había guardado siempre mucho de participar en los cotilleos o de echar más leña al

fuego.

—¿Es posible que hubiera hablado de ella con otros médicos?

—Eso sí es posible —admitió Tess con aire dubitativo—. En cualquier caso, los dos médicos que están hoy aquí todavía no trabajaban en la consulta cuando la doctora Westley ejercía. Con quien sí coincidía a menudo era con la doctora Phyllis Skinner.

—Una de las que tiene gripe —supuso Christy con un suspiro.

—Exacto. Pero si hay alguien con quien la doctora Westley podría haber hablado sobre pacientes y casos médicos, es ella.

—¿Puede darme su dirección? Debería hacerle unas preguntas urgentes a la doctora Skinner.

—Por supuesto —dijo Tess con aire solícito. Consultó su reloj. Fuera, el teléfono y el timbre de la puerta no paraban de sonar—. Sargento, no se lo tome a mal, pero...

—Enseguida termino —prometió Christy—, solo un par de cosas más. Para asegurarme de que estoy bien informada: Finley pasó por aquí entre los siete y los nueve años. Cinco veces. Actualmente tiene doce años. ¿Eso significa que no ha vuelto por la consulta desde hace tres años?

—Más o menos tres años y medio, diría. Es correcto.

—Es decir que Finley y su madre no han vuelto a aparecer por aquí desde que la doctora Westley se jubiló, ¿verdad?

—Sí.

—Y en segundo lugar, nos han dicho que Liza Stanford podría sufrir depresiones y que a raíz de eso desaparece completamente durante períodos de tiempo para alejarse de su familia, que ni siquiera conoce su paradero. ¿Sabía usted algo al respecto?

—No. —Tess se quedó perpleja.

—¿Usted no notó nada que pudiera hacerle pensar que era una persona depresiva?

—Bueno —respondió Tess—, sinceramente, si ella tenía depresiones, yo soy el papa de Roma. Como máximo diría que su forma de actuar podía deprimir a cualquiera, pero ella... bueno, una no es que vea lo que la gente tiene dentro de la cabeza, especialmente la de alguien que rechaza cualquier tipo de contacto, pero tampoco consigo imaginármelo. Por lo poco que conozco a Liza Stanford, yo excluiría esa posibilidad.

—Gracias por dedicarme parte de su tiempo —dijo Christy.

En la lista de Christy quedaban tres mujeres a las que quería visitar: las tres que habían participado en el grupo de mujeres del que había formado parte Carla Roberts aparte de Liza Stanford, que seguía en paradero desconocido.

Ellen Curran le había enviado por correo electrónico los nombres y direcciones de todas las mujeres que integraban el grupo, pero Christy ya se había dado cuenta de que tan solo podría hablar con una de ellas. Las otras dos habían salido juntas de viaje a Nueva Zelanda a principios de diciembre y no volverían a Inglaterra hasta febrero.

Quedaba Nancy Cox. Le había parecido muy simpática por teléfono.

—Puede pasar por mi casa a cualquier hora por la mañana —le había dicho a Christy—, estoy jubilada, tengo todo el tiempo del mundo.

Mientras conducía por la ciudad entre el tráfico de primera hora de la mañana que poco a poco se iba volviendo cada vez más fluido, Christy se puso a pensar en la conversación que había tenido con Fielder el sábado. Ella había querido saber qué tipo de persona era Logan Stanford, al que hasta entonces solo había conocido por la prensa del corazón, y Fielder había titubeado un rato antes de responder:

—Le voy a ser sincero, no me gusta nada —había dicho finalmente—. Aunque por supuesto eso no debería influir lo más mínimo en la investigación. Es solo que está podrido de dinero y le gusta dejarlo bien claro, y ese tipo de personas nunca me ha caído bien. Además, es el clásico abogado estrella que parece no tener escrúpulos, que interpreta la verdad como le da la gana, acepta dinero negro y obtiene un auto provisional cada vez que alguien se atreve a seguirle la pista lo más mínimo. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Sí —respondió ella entre risas—. Ya le entiendo. Pero tenga cuidado con lo que dice. ¡Sobre todo con lo del dinero negro!

—Solo se lo digo a usted, Christy. No tengo ni idea de si es cierto. Pero no resulta difícil imaginar que lo sea.

—¿La desaparición de la esposa no lo ha inquietado en absoluto?

—Me ha asegurado que ya está acostumbrado. Del mismo modo que está acostumbrado a que vuelva a aparecer en cualquier momento. Por eso mantiene la preocupación a raya.

—¿Y lo encuentra usted normal? Quiero decir que incluso estando acostumbrado... Que una persona tan depresiva desaparezca durante semanas de vez

en cuando... ¡Es algo insoportable! No puede dejar que suceda como si nada. Debería intentar ayudarla.

—Me da la impresión de que es bastante insensible, que prefiere centrarse mucho más en su carrera y en su prestigio. En cualquier caso, no sabemos hasta qué punto debe de haber intentado hacer algo para solucionar ese problema en el pasado. Las parejas también pueden fracasar por culpa de un cónyuge depresivo. Llega un momento en el que ya no quedan fuerzas para seguir luchando y dejas que las cosas sigan su curso con la esperanza de que todo salga más o menos bien después de todo.

En esos momentos, mientras recorría la ciudad en dirección a comisaría, Christy pensó en algo más. La auxiliar de médico de la consulta de Anne Westley había excluido la posibilidad de que Liza Stanford hubiera podido sufrir una depresión. Y además estaba el hecho de que esa familia, al parecer, estaba realmente forrada.

Esposa de un abogado, pensó Christy, e inmensamente rica. Joyería cara, trapitos de diseñador, un Bentley... Bien podría ser que una mujer como esa se ausentara por otros motivos, para hacerse un repaso general en algún lugar como Brasil, por ejemplo. Tal vez esté ingresada en una clínica de São Paulo donde le estén succionando la grasa de las cartucheras, estirándole la piel de los párpados, alisándole el escote y acolchándole los labios. A nadie le gusta hablar de ese tipo de cosas. Tal vez su marido le había prohibido tajantemente mencionar esa afición extravagante y lo único que a él se le había ocurrido decir era que su mujer sufría depresiones. No pueden excluirse las posibilidades más inofensivas.

Sin embargo, acabó de comprender por completo la argumentación de Peter Fielder.

—Tenemos a dos mujeres asesinadas y la única que tenía algo que ver con ambas ha desaparecido sin dejar rastro. ¡Eso huele mal, Christy! Sé que pueden darse coincidencias descabelladas, pero esta tendría que explicármela alguien. Y no olvide una cosa: es evidente que el matrimonio de los Stanford era cualquier cosa menos plácido. Que una esposa se ponga en contacto con un grupo de autoayuda para mujeres que viven solas para así reunir estímulos que la ayuden a dar el paso definitivo significa que el matrimonio está tocado de muerte. ¿Qué sabemos, pues? Tal vez que Carla Roberts había estado aconsejando sin cesar a su amiga para que dejara a ese abogado sin corazón de una vez. Quién sabe si la señora Stanford acabó harta del tema. El divorcio podría costarle a él una fortuna de la que quizá ni siquiera dispone. Esa gente vive en una casa ostentosa, conducen coches de lujo y están forrados de dinero, pero ¿cuántas veces hemos visto un matrimonio de esas características con pies de barro? Tal vez les hayan prestado esa casa tan imponente, que tengan esos coches tan fabulosos en *leasing* y se las vean y se las deseen para pagar los recibos. El divorcio sería el golpe de gracia. Es posible que Stanford odiara ese grupo al que acudía su esposa y que por encima de todo odiara a Carla Roberts.

—¿Y qué pasa con Anne Westley? ¿Y con Thomas Ward? ¿O Gillian Ward?

Fielder no había sabido qué responder a ninguna de esas preguntas. Y Christy tampoco.

En casa de Nancy Cox se había encontrado con un desayuno preparado a base de tostadas, diferentes variedades de mermeladas, huevos revueltos con beicon y un bollo recién horneado. Y también una gran cafetera humeante, por supuesto. Nancy había puesto la mesa en el salón de su pequeño chalé adosado, en Fulham. Era una mujer delicada, de ojos bondadosos, pelo corto de color gris y un cálido atractivo. Sobre el sofá dormían dos gatos. En el jardín había un muñeco de nieve.

—Mis nietos han venido a verme el fin de semana —explicó en cuanto vio la mirada de asombro de Christy.

Esta, que una vez más se había limitado a tomar un café justo después de levantarse y a comer una chocolatina a lo largo de toda la mañana, no se resistió a la tentación. Se zampó dos raciones de huevos revueltos con una rebanada de pan tostada y tomó tres tazas de café. Pudo constatar de nuevo hasta qué punto un desayuno como Dios manda era capaz de levantarle el ánimo. Sin embargo, se propuso ponerse a dieta durante los próximos días. Christy mantenía una lucha constante contra la báscula.

Lo que Nancy le contó acerca de Liza coincidió con lo que ya le había dicho Ellen Curran. Solo se distinguió en una cosa respecto a la descripción de la auxiliar de médico.

—¿Arrogante? A mí nunca me lo ha parecido. Sí, siempre viste ropa increíblemente cara y seguro que las joyas que lleva en una sola mano valen más que lo que yo percibo como jubilada en cinco años. Pero ese tipo de cosas no son las que hacen feliz a la gente, ¿verdad? A mí me parecía más bien triste. Deprimida.

—¿Qué contaba acerca de su matrimonio? Tenía intención de separarse, ¿no?

—Ay, ¿sabe?, siempre he pensado que jamás llegaría a hacerlo. A veces lo único que quería era saber si aquella posibilidad existía para ella. Es difícil decir qué es lo que le reprochaba a su marido, al fin y al cabo. Es que hablaba muy poco. Tanto ella como Carla Roberts eran bastante calladas. En cambio, las otras cuatro no parábamos de charlar en todo el rato.

—Carla Roberts...

Nancy adoptó una mueca afligida.

—¿Ya se sabe quién la mató? Cuando lo leí en el periódico no me lo podía creer. Nunca piensas que algo así le ocurrirá a alguien a quien conoces. ¡Me quedé hecha polvo!

—A pesar de que Carla y Liza hablaran poco, algo debían de decir, ¿no?

Nancy reflexionó un poco.

—Sí, claro. Liza mencionó en un par de ocasiones que se sentía muy desgraciada

en su matrimonio. Su marido solo se preocupaba por el dinero y el prestigio. Aparecía a menudo en las revistas por las galas de beneficencia que solía organizar. Pero eso no significa que se preocupara lo suficiente de su esposa, ¿no? Creo que en el fondo ella se sentía muy sola, incluso cuando estaba junto a él.

—¿Sabe si a él le había parecido bien que su esposa acudiera a las reuniones del grupo?

—Creo que no estaba al corriente de ello. Le había contado todo lo del grupo de autoayuda, pero a él seguramente le había parecido una tontería y no debió de considerarlo nada peligroso.

—¿Carla le aconsejaba que se divorciara?

—No lo sé. En ocasiones hablaban en voz baja entre ellas, pero no sé de qué. —Nancy adoptó una expresión de culpabilidad—. A decir verdad, las dos me parecían bastante aburridas. El resto nos divertíamos mucho juntas, mientras que ellas dos eran muy sosas. Llegó un punto en el que dejé de hacerles caso. De todos modos, Liza faltaba a menudo.

—¿Y justificaba su ausencia de algún modo?

—Compromisos sociales. Bueno, supongo que tenía que ver con lo que hacía su marido. Aunque Ellen estaba disgustada por ello.

—¿Podríamos excluir la posibilidad de que su marido le hubiera impedido acudir a las reuniones en alguna ocasión?

—No, por supuesto que no. Yo solo me atrevo a relatarle lo que ella decía. Tampoco es que insistiéramos con esas preguntas.

—¿Liza llegó a mencionar en alguna ocasión a la doctora de su hijo? ¿La pediatra Anne Westley?

—No. Jamás. ¿Por qué?

Christy ignoró la pregunta.

—¿Y sobre qué hablaba Carla Roberts? —preguntó—. Cuando hablaba, quiero decir.

—Bueno, Carla tenía unos problemas enormes —dijo Nancy—. Era una mujer devastada. Su marido se había fugado con su secretaria, la empresa había quebrado, la casa se puso a subasta... Carla lo perdió todo de la noche a la mañana. De repente se encontró de nuevo en una droguería, desembalando cajas y reponiendo los artículos de las estanterías para mantenerse a flote. Al menos hasta que se jubiló y se quedó sola del todo. Simplemente no podía con todo lo que le estaba sucediendo. Y su hija, la única persona que le quedaba, llevaba su propia vida.

—Sí, la hija se preocupaba poco por su madre.

—Bueno —Nancy se encogió de hombros—, así son los jóvenes de hoy en día. Solo se preocupan por ellos mismos, por su vida, por su futuro. Cuando mi marido apareció de repente con otra mujer y me pidió el divorcio, yo también me sentí en un

pozo sin fondo, créame. Y a mis hijos pude verlos poco durante esa época. Tenían sus estudios, sus amigos... Pasar el fin de semana con una madre que no paraba de llorar no debía de ser lo más agradable del mundo.

Christy pensó de nuevo que había sido una buena elección renunciar a tener hijos y llevar una vida familiar clásica. A menudo tenía la impresión de que en esos tiempos los niños crecían como unos egoístas incorregibles.

Bebió el último sorbo de café, sacó una tarjeta de un bolsillo y se la tendió a Nancy por encima de la mesa.

—Tenga. Por favor, llámeme si le viene algo más a la memoria. Cualquier cosa que Carla o Liza hubieran dicho, aunque no lo hubieran mencionado más que de forma ocasional. Cualquier cosa podría llegar a ser relevante.

—De acuerdo, pensaré en ello —prometió Nancy.

La finca era excepcionalmente extensa incluso para tratarse de Hampstead y, puesto que John estaba al corriente del precio del metro cuadrado en diferentes partes de Londres, estimó lo que los Stanford debían de haber pagado por una propiedad de esas características. La casa quedaba bien alejada de la calle entre los altos árboles que, a pesar de no estar muy juntos y de que en esa época del año ya no tenían follaje, formaban un muro bastante hermético frente a las miradas ajenas. John verificó hacia dónde estaba orientada y se dio cuenta de que los árboles hacia el sur formaban una pantalla perfecta que especialmente en verano debía de proteger la casa de la luz del sol, por lo que debía de estar sumida en una sombra constante. John se preguntaba cómo alguien era capaz de acumular la fortuna que valía una mansión tan gigantesca, con un jardín que parecía un parque, y luego vivir rodeado de una oscuridad que cualquier vivienda con patio trasero podía ofrecer igualmente por un precio mucho menor. No le extrañó en absoluto que Liza Stanford sufriera depresiones.

Se disponía a tocar el timbre que se encontraba justo al lado de una cámara de vigilancia junto a la puerta de hierro forjado cuando vio que se le acercaba un chico por el jardín cubierto de nieve. No seguía el sendero que conducía hasta la casa, sino que andaba pesadamente por el terreno nevado arrastrando un trineo, una especie de bandeja de plástico rojo, moldeada con forma de asiento. John pensó en cómo eran los trineos cuando él era niño.

Las cosas habían cambiado mucho desde entonces.

El chico abrió la puerta y se sobresaltó al ver que había un hombre esperando tras ella.

—Hola —dijo con voz titubeante.

—Hola —respondió John—, me llamo John Burton. ¿Tú eres...?

—Finley. Finley Stanford.

—Hola, Finley. Me gustaría hablar con tu madre. ¿Está en casa?

—No.

—¿Y sabes a qué hora volverá?

—No.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—Ha desaparecido —dijo Finley.

John lo miró simulando una expresión de asombro.

—¿Desaparecido? ¿Y desde cuándo ha desaparecido?

—Desde mediados de noviembre. Desapareció el quince de noviembre. Un domingo.

—Ya veo. Cogió sus cosas, salió de casa y todavía no ha vuelto, ¿no?

—No. El domingo por la tarde mamá y yo estuvimos viendo juntos la tele. Ella se tomó una taza de té y yo, leche con cacao. Y también estuvimos comiendo pastas.

—¿Solo tu mamá y tú? ¿Tu padre no estaba con vosotros?

—Papá estaba en su despacho. Tenía cosas que hacer.

—Entiendo. ¿Y luego?

—Papá salió de casa porque había quedado para cenar fuera. Con un cliente. Mi papá es abogado.

—Lo sé.

—Mamá y yo no cenamos porque habíamos comido muchas pastas para merendar. Luego yo estuve jugando un poco con el ordenador. Me metí en la cama hacia las nueve. —Finley interrumpió el relato de repente y miró a John con desconfianza—. ¿Por qué quiere saber todo eso?

—Conozco mucho a tu madre. Tenía que hablar con ella acerca de un asunto bastante urgente. Sería importante para mí saber qué ha sucedido.

—Sí —dijo Finley apenado—, pero yo tampoco lo sé. A la mañana siguiente, papá me despertó y me dijo que mamá se había marchado durante la noche, pero que estaba seguro de que volvería. Yo fui a la escuela como de costumbre, con la esperanza de que estaría de nuevo en casa cuando volviera por la tarde, pero... —Se encogió de hombros. John se fijó bien en él. El chico tenía la piel pálida y era muy delgado, pero parecía sano. Quedaba claro que estaba preocupado por su madre, pero no parecía en absoluto psicológicamente inestable. Parecía en paz consigo mismo. John se preguntó si esa paz no era incluso excesiva. Como entrenador de balonmano había tenido contacto con niños que sufrían problemas especialmente graves en casa y, en ocasiones, había tenido la sensación de que los niños que pasaban por situaciones vitales especialmente desastrosas a veces demostraban una calma peculiar que no era más que la expresión de un absoluto retraimiento. Había niños sin problemas familiares que sin embargo tenían un comportamiento mucho más llamativo que los que tenían una madre alcohólica o un padrastro violento. A John le había llamado la atención que ese comportamiento más bien discreto pudiera ocultar un verdadero desastre en el hogar.

Pensó si estaría siendo lo suficientemente imparcial etiquetando a Finley de ese modo, como llamativamente discreto.

—¿A qué escuela vas? —le preguntó.

—A la William Ellis School. En Highgate.

—¿Te gusta ir a la escuela? ¿Tienes muchos amigos allí?

El chico pensó un poco antes de responder.

—Sí, está bien. Pero tampoco es que tenga tantos amigos. Aunque me gusta estar solo.

—Comprendo —dijo John. A continuación, volvió a insistir—: ¿Ha pasado otras veces? Me refiero a que tu madre desaparezca y nadie sepa dónde está.

—Una vez. Hace más o menos dos años. Pero esa vez volvió al cabo de diez días.

O sea, que la desaparición de la señora Stanford tampoco era tan normal como el señor Stanford le había dicho a Fielder, pensó John. Ya había desaparecido en una ocasión, pero solo se había ausentado durante un período de tiempo previsible. En esa ocasión, en cambio, no sabían nada de ella desde el 15 de noviembre. Y ya era 11 de enero. Habían pasado casi dos meses.

—La policía también ha venido a preguntar por ella —dijo Finley—. El viernes. Vino un inspector de Scotland Yard. ¿Usted también es policía?

—No, Finley. Yo no soy policía.

—Entonces, ¿por qué le hace tantas preguntas? —dijo una voz de tono arisco que procedía de su espalda. John se dio la vuelta. No se había dado cuenta de que un hombre se le había acercado desde la casa. Vaqueros, jersey y el pelo de canas plateadas meticulosamente peinado. Era Logan Stanford.

—¿Doctor Stanford? —preguntó John.

—¿Qué quiere? —preguntó Stanford a su vez como toda respuesta—. ¿Qué le estaba diciendo a mi hijo?

—Conoce a mamá —explicó Finley—. Tiene que hablar con ella.

—¿Ah, sí? ¿Por qué motivo?

—Es muy personal —respondió John.

—¿Quién es usted? —inquirió Stanford con calma.

—John Burton.

Stanford lo miró de arriba abajo. John se imaginó a ese hombre en la sala de audiencias. Su aspecto no era ni especialmente amable, ni especialmente hostil. Muy imparcial. Controlando la situación. Era imposible saber lo que pasaba por dentro de su cabeza. Era absolutamente impenetrable.

John decidió abordar el tema directamente.

—Doctor Stanford, la policía vino a verle el viernes. Por lo de su esposa. Ya sabe de qué le hablo.

—¿Quién es usted? —preguntó Stanford de nuevo.

—Dos mujeres han sido asesinadas. Y un hombre, aunque es probable que esta última muerte no estuviera prevista. El verdadero objetivo del asesino era la esposa de la víctima, que se salvó gracias a una coincidencia, pero también es posible que

siga en peligro. ¿Quiere saber quién soy yo? Soy un amigo íntimo de esa mujer. Estoy preocupado por ella.

—Es comprensible. Pero no puedo ayudarle.

—Supongo que el inspector Fielder le ha explicado las circunstancias del caso. Ya sabe usted cómo llegó la policía hasta su esposa. Hasta el momento es la única conexión conocida entre las dos mujeres asesinadas. Es realmente importante que pueda hablar con ella.

—No sé dónde está.

—¿Y eso le parece normal? ¿No saber el paradero de su esposa desde hace dos meses?

Stanford se encogió de hombros.

—Lo que yo encuentre normal, en cualquier caso es asunto mío, señor Burton.

—¿Su esposa sufre graves depresiones?

—Señor Burton...

—En cualquier caso eso lo que usted le dijo a la policía, ¿no?

—Ha dado en el clavo, señor Burton: ya he hablado con la policía. Pero no tengo por qué hacerlo con un hombre al que no conozco de nada, que ha abordado a mi hijo en la puerta de casa y lo ha interrogado con el único pretexto de que conoce a la familia de la víctima de un asesinato. Me parece que nuestra conversación ha terminado.

Los dos hombres se miraron fijamente y en silencio durante unos instantes. John se dio cuenta de que en ese momento no conseguiría nada más. No conseguiría conmoerlo, probablemente ni siquiera podría provocarlo, por no hablar ya de la posibilidad de conseguir que soltara un comentario imprudente. No lograría sonsacarle nada en absoluto.

—Adiós, doctor Stanford —dijo.

—Adiós —replicó este con la mano sobre el hombro de su hijo.

John se dio la vuelta, cruzó la calle y subió al coche, lo había aparcado en la acera de enfrente. Estaba convencido de que Stanford anotaría el número de la matrícula y que lo siguiente que haría sería verificar si coincidía con el nombre con el que John se había presentado. Probablemente incluso pediría un informe al respecto.

Y qué, si lo hacía.

No pensaba tirar la toalla. Aún había una posibilidad: el chico. Tenía que ir a la escuela y Stanford no podría estar vigilándolo en todo momento. La William Ellis School, en Highgate. No le costaría mucho encontrar a Finley por allí.

El chico era el punto débil de Logan Stanford. No solo porque podía acceder a él, sino también porque sabía muchas cosas. Había aprendido a encajar las cosas por sí mismo, a retraerse y participar en el juego de sus padres: somos una familia intacta, feliz, acomodada y afortunada.

Seguramente no había en toda la ciudad un teatrillo más falso que ese.

Martes, 12 de enero

1

Gillian tenía la impresión de no haber parado ni un momento desde que había encontrado a Thomas muerto en el comedor de casa. Y así había sido con la única salvedad de las noches, cuando se tomaba un fuerte somnífero y caía sobre la cama como un árbol talado. Por suerte, a la mañana siguiente salía de esa anestesia sin recordar lo más mínimo los agobiantes sueños que había tenido. Sus noches eran oscuras, absolutamente negras y vacías. Cuando se levantaba, se sentía como un hámster cuando entra en su rueda y se echa a correr hasta quedar exhausto. El animal enjaulado corre para combatir el aburrimiento y la soledad de su cárcel. Gillian rehuía el momento de afrontar las cosas realmente.

Llegaría un día en el que no podría continuar de ese modo.

Se dedicó a ordenar y limpiar la casa. Había metido la ropa de Tom en un número incontable de bolsas. Había separado la que le había quedado pequeña a Becky y la que ella misma no se ponía desde hacía tiempo. Recogió todos los periódicos y los metió en las cajas de cartón vacías que encontró en el desván para echarlos al contenedor de papel. Llamó a un servicio de recogida de muebles y concertó una cita para la semana siguiente. En el sótano todavía había piezas de mobiliario de los primeros años de matrimonio, recuerdos que en aquel momento evocaban sentimientos demasiado nostálgicos y que Gillian no habría podido tirar sola. Lo que hizo fue una lista de todo lo que tendrían que pasar a buscar para no tener que hacerlo ella.

En el sótano incluso había unas cuantas cajas de cartón plegadas que habían utilizado para mudarse a esa casa. Se las llevó arriba, las montó y empezó a empaquetarlo todo. Libros, figuras de porcelana, fotografías enmarcadas y candelabros.

En esos momentos, ese martes a mediodía, la casa parecía preparada ante una

mudanza inminente.

Se dio cuenta de que tenía hambre, sacó una pizza del congelador y la metió en el horno. Mientras esperaba a que se preparara, encendió el ordenador y buscó en Google a un agente inmobiliario en Southend o en Londres. No conocía a nadie del sector y estaba dispuesta a elegir el primero que apareciera, pero sus ojos repararon en el nombre de Luke Palm y se disparó una alarma en su interior. Ese nombre había aparecido en uno o dos periódicos. Palm era el tipo que había encontrado el cadáver de Anne Westley. Pensó que tal vez sería la persona más adecuada para encargarse de ello. Podía contarle abiertamente el motivo por el que quería vender la casa sin que él se desmayara enseguida o reaccionara con desconcierto o incluso con sensacionalismo. De algún modo se había visto envuelto en una historia parecida. Desde que la violencia más brutal había irrumpido en la vida de Gillian, a veces se sentía como si se encontrara encima de un bloque de hielo, flotando lejos de la normalidad y de la gente que vivía ajena a ese tipo de actos de violencia. Luke Palm le pareció alguien que de algún modo también se había visto desplazado a uno de esos bloques de hielo. Por eso le inspiraba más confianza que los demás.

Marcó el número de su despacho y la secretaria le pasó la llamada enseguida.

—Luke Palm, agente inmobiliario.

—Hola. Soy Gillian Ward. —Hizo una breve pausa y esperó alguna reacción del hombre, pero al parecer a Palm no debía de sonarle el nombre. Sin duda había leído acerca del asesinato de Tom en los periódicos, pero el nombre completo solo había aparecido mencionado en una sola publicación.

—Me gustaría vender mi casa —dijo ella—. Está en Southend, en el barrio de Thorpe Bay. Me gustaría que me recomendara el precio que puedo pedir por ella. Yo no tengo ni idea de cuál es la situación del mercado actualmente.

—No hay problema. Puedo pasar a ver la casa en cualquier momento. ¿Cuándo le apetece que vaya?

—¿Le iría bien pasar mañana por la mañana?

—Por desgracia, mañana tengo ya un par de citas concertadas. ¿A las cinco y media sería demasiado tarde para usted?

—No, eso sería perfecto.

Gillian le dictó la dirección y el número de teléfono. Después de despedirse y de colgar, se quedó sentada todavía un par de minutos más a la mesa del comedor, mirando hacia el jardín nevado. Probablemente sería el último invierno que pasaría en esa casa.

Lo haré, pensó, realmente lo haré. Voy a volar todos los puentes que he dejado atrás.

Un par de pájaros hambrientos revoloteaban alrededor del comedero que había fuera, justo al lado del cerezo. Cambiaron de rumbo bruscamente en cuanto se dieron

cuenta de que estaba vacío. Gillian no era capaz de ahuyentar de su mente una imagen que le había quedado marcada a fuego: el cumpleaños de Becky dos años antes. El 22 de noviembre. Lo que más había deseado que le regalasen era el comedero y finalmente lo había conseguido. Gillian había estado mirando por la ventana mientras su hija y Tom lo estuvieron instalando por la tarde. A Becky le habían ardido las mejillas de felicidad. Tom había disfrutado pasando ese rato junto a su hija. Esa tarde, a Gillian le había parecido que ambos desprendían felicidad y armonía y los había estado observando con la mirada llena de calidez. Y parte de esa calidez seguía notándola todavía, lo que le pareció peligroso, demasiado peligroso.

Gillian ahuyentó esa imagen de su mente. El jardín volvía a aparecer vacío frente a sus ojos, soterrado bajo un manto de nieve virgen. Ahí fuera no había ningún hombre riendo y hablando con una niña. Solo había pájaros hambrientos.

Tendré que ir a comprar alpiste, pensó Gillian.

Samson cerró con esmero la puerta de la caravana y se guardó la llave en el bolsillo del anorak. Temblaba del frío que sintió nada más salir fuera. El cielo era de un azul radiante, el sol brillaba y hacía refulgir la superficie de la gruesa capa de nieve que cubría el suelo. Supuso que estarían al menos a diez grados bajo cero. No recordaba haber vivido un invierno tan frío y tan nevoso. Al contrario, en los últimos años había reinado un tiempo desesperadamente lluvioso y nadie creía ya que sería posible volver a celebrar unas Navidades blancas en Inglaterra o ver a los niños arrastrando trineos para pasar tardes enteras lanzándose por las cuestas. De su primera infancia, Samson solo recordaba esa clase de alegrías.

Pero todo eso había quedado muy atrás en el tiempo.

Llevaba una bolsa con rebanadas de pan seco en una mano y utilizó la otra para sacudir la nieve acumulada sobre un muro a medio construir antes de verter las migajas de pan por encima de los ladrillos. Sabía que en cuanto se hubiera alejado un poco, los pájaros acudirían formando una nube oscura y se lanzarían sobre el muro. Los había estado alimentando regularmente durante los últimos días. Eran su única compañía en aquel lugar tan solitario y los chillidos hambrientos que soltaban casi le rompían el corazón.

—A partir de ahora tendréis que apañáoslas solos —dijo en voz baja—. No aguanto más tiempo aquí.

Su plan consistía en cruzar los campos hasta llegar a las afueras de Londres y, una vez allí, buscar una cabina telefónica o una oficina de correos para descubrir, con la guía de teléfonos o el servicio de información telefónica, cuál era la dirección de John Burton. Necesitaba encontrar otro lugar en el que esconderse y Burton era el único que podía ayudarlo. Si no conseguía encontrarlo, solo le quedaría la posibilidad de recurrir a Bartek, aunque imaginaba que este lo echaría si no se desmayaba nada más verlo aparecer. Gavin, su hermano, sería la última alternativa, por Millie. Pero antes de morir de hambre o de frío, tendría que meterse en la boca del lobo. Al final no tendría más remedio que acudir a la policía y terminaría en el calabozo, no se hacía ilusiones a ese respecto. La única cuestión era durante cuánto tiempo podría seguir postergando ese momento. Y hacía días que había alcanzado ese punto en el que ir a parar a una celda había dejado de parecerle el peor de los escenarios concebibles. La soledad lo había dejado devastado. Si decidía marcharse entonces para ir a buscar a

John era para intentar salvar la vida. Un par de días más en la caravana en aquella obra abandonada y acabaría suicidándose.

Hacia la una y media de la tarde, en el horizonte pudo reconocer la silueta espectral de las primeras casas de la periferia, aunque no sabía de qué parte de la ciudad se trataba. Supuso que tenía por delante al menos una hora y media andando para llegar hasta ese núcleo habitado, pero eso no lo amedrentó. Siempre le había gustado andar, iba bien abrigado y antes de partir se había zampado unas cuantas latas de conserva para coger fuerzas. De momento no podía sucederle gran cosa. Lo único que necesitaba urgentemente era un lugar en el que alojarse antes de que cayera la noche. En esa época del año, el termómetro bajaba hasta casi los quince grados bajo cero por las noches.

Se puso en marcha. Le costaba andar porque con cada paso se le hundían los pies en la nieve.

Mañana tendré unas buenas agujetas, pensó.

Se dio la vuelta. Las estructuras encofradas de los bloques de pisos y las grúas se alzaban hacia un cielo de un azul sobrenatural. La caravana parecía pequeña e insignificante, algo fuera de lugar.

Los pájaros se amontonaban sobre el muro para disputarse las migajas de pan.

John llevaba tres horas aparcado frente a la escuela controlando con la mirada todos los accesos. Unos cuantos alumnos habían salido del edificio de ladrillo rojo con las ventanas de molduras blancas y otros habían entrado, pero Finley no había aparecido por allí. Los prados y campos de Hampstead Heath llegaban casi hasta la escuela, tan solo los separaban las pistas de tenis, otras instalaciones deportivas y algún que otro edificio que pertenecía a la misma institución. John supuso que, si Finley había tenido clase, en algún momento tendría que volver a casa y entonces lo vería salir, o por lo menos lo vería pasar por delante de él. Algo más lejos había una parada de autobús. Era de esperar que Finley se detuviera allí para volver a casa.

John tenía esperanzas al respecto.

En lo que no confiaba tanto era en su empresa. El trabajo de investigación de los últimos días había afectado negativamente su presencia en el despacho. Tenía buenos empleados, pero era importante que fuera el jefe quien llevara las riendas y en esos momentos no lo estaba haciendo. Además, estaba el sentimiento de culpa que le provocaba Samson Segal. Debería haber ido a verlo desde hacía tiempo. Lo había dejado más solo que la una y era probable que estuviera cerca de la desesperación. John se sentía responsable de él pero, en lugar de preocuparse de que estuviera bien, estaba jugando a ser detective privado: siguiéndole la pista a una mujer desaparecida y esperando durante horas a que surgiera la oportunidad de avanzar en algún aspecto. La diferencia era que un detective privado de verdad recibía una remuneración por su trabajo, mientras que él, John, estaba dejando de lado completamente la ocupación con la que se ganaba la vida.

Le daba igual. Ya había empezado y pensaba llegar hasta el final.

Alrededor de las cuatro comenzó a haber movimiento de verdad. Los primeros alumnos salieron de la escuela y enseguida los siguió una buena multitud. La que hasta entonces había sido una tranquila calle nevada de repente se volvió irreconocible. Se llenó de las conversaciones, risas y gritos de los niños y jóvenes que pululaban por ella. John salió del coche y miró concentrado a su alrededor. Tenía esperanzas de que Finley no se le escabulliría entre la muchedumbre.

Controlaba al mismo tiempo la calle y los otros coches aparcados cerca de la escuela. No excluía la posibilidad de que el doctor Stanford pudiera personarse para recoger a su hijo. John no pensaba rehuir otra confrontación con él, pero era

consciente de que las probabilidades de poder hablar de nuevo a solas con Finley tenderían a cero si Stanford lo sorprendía allí, frente a la escuela. En ese caso estaba seguro de que no lo dejaría solo ni un momento, tal vez incluso contrataría a un guardaespaldas.

Sin embargo, John fue incapaz de verlo por más que lo buscó con la mirada. Tanto mejor. Tarde o temprano, ese hombre tendría que ocuparse de seguir ganando una fortuna.

Finley apareció de forma tan repentina que John estuvo a punto de sobresaltarse. A diferencia de la mayoría de los otros chicos, no salió rodeado de un grupo ruidoso, sino que lo hizo completamente solo. Reconoció a John y se le acercó. Se limitó a mirarlo con calma y naturalidad.

—Hola, Finley —saludó John mientras, de reojo, recorría velozmente una vez más los alrededores. Seguía sin ver al doctor Stanford.

—Hola, señor Burton —dijo Finley—. Mi padre me ha dicho que no vuelva a hablar con usted.

—Sí, ya me lo suponía. Y sé que sería exigirte demasiado pedirte que no le hagas caso. Pero es importante. Se trata de tu madre.

Finley parecía confundido. No es que quisiera hacer lo que su padre le había prohibido explícitamente, pero seguía siendo un niño con unas ganas locas de ver a su madre.

—Pero usted no conoce a mi madre de nada, ¿verdad? —preguntó.

—No —admitió John—. No la conozco. Pero sería importante poder hablar con ella. Sería importante para otra persona a la que sí conozco bien.

Finley se encogió de hombros.

—Es que no sé dónde está.

—¿Tienes alguna foto suya? —preguntó John.

Finley asintió. Se desprendió de la mochila y la dejó sobre la nieve mientras la revolvió. Al final, sacó una foto de un monedero.

—Es esta.

John contempló la fotografía y enseguida constató que se trataba de una mujer atractiva. Una larga melena rubia, los ojos grandes y un rostro de rasgos delicados. Sin embargo, no le pasó desapercibida la expresión atormentada, el miedo que se leía en sus ojos. ¿Signos de una depresión? ¿O se trataba, en cambio, de un temor concreto que estaba envenenando la vida de Liza Stanford?

—Es muy guapa —le comentó John mientras le devolvía la foto.

—Sí —dijo Finley, asintiendo.

—¿Tu padre está trabajando?

—Sí. No vuelve hasta la noche.

—Pensabas volver a casa en autobús, ¿no?

—Sí.

—Si te apetece, te puedo llevar yo a casa. Así podríamos hablar un poco por el camino.

Finley negó enérgicamente con la cabeza.

—No subo al coche de ningún desconocido.

—De acuerdo, haces bien. Pero ¿me permites hablar contigo cinco minutos aquí en la calle?

—Mi autobús sale dentro de diez minutos —advirtió.

—Bien. Finley, supongo que eres consciente de que cuesta comprender que alguien pueda desaparecer de repente sin motivo alguno. Y menos una madre. Eso supone dejar atrás lo que sin duda más quiere en el mundo, es decir, a ti. Una mujer solo haría algo así en caso de estar sometida a una gran presión.

—Sí —afirmó Finley.

—Tu padre le dijo a la policía que tu madre siempre ha sufrido fuertes depresiones. ¿Sabes lo que es una depresión?

—Cuando alguien siempre está muy triste.

—Exacto. ¿Podríamos describir así a tu madre? ¿Podríamos decir que siempre está triste?

—Sí —dijo Finley, muy serio.

John decidió intentarlo de nuevo de otro modo.

—A las personas depresivas a menudo les resulta difícil distinguir cuál es la causa de esa tristeza. En ocasiones se dan cuenta de cuál es el motivo, pero a los demás es posible que nos cueste verlo. Es como si esa tristeza simplemente estuviera allí, como un resfriado o un dolor de garganta. Como una especie de enfermedad. Incluso si en la vida de esa persona parece que todo vaya bien y nos preguntemos: ¿por qué demonios está siempre tan triste? ¿Es ese el caso de tu madre?

Una expresión de incertidumbre se apoderó de los ojos de Finley.

—¿Quiere decir que uno no sabe por qué está triste?

—Sí, eso mismo.

—Pues no, no es el caso —dijo Finley en voz baja. Ya no miraba a John mientras hablaba.

—¿O sea que sabes cuál es el motivo de su tristeza? —insistió John.

Finley asintió.

—¿Y sabes también por qué se ha marchado?

Finley no reaccionó a esa pregunta. Se limitó a mirarse fijamente las botas. John se dio cuenta de que las venas que se le intuían bajo la pálida piel de las sienes le palpitaban débilmente.

—¿Me lo dirás?

Finley negó con la cabeza.

—Es que tal vez me ayudaría a encontrarla.

Los ojos del chico vagaron de un lado a otro. Parecía estar buscando algún tipo de ayuda sin saber qué podía esperar exactamente.

—¿Tus padres se pelean a menudo? —preguntó John.

Estaba claro que a Finley lo que más le apetecía era salir corriendo. John comprendió que no sería capaz de retener al chico ni un minuto más.

De repente, se le ocurrió una idea, el atisbo de una posibilidad para encontrar a Liza, pero para ello necesitaba una información que no llegaría a obtener si seguía presionando al joven.

Optó por cambiar súbitamente de tema.

—¿Qué más haces, aparte de la escuela? —preguntó de forma casual—. Por las tardes, quiero decir. ¿Tienes alguna afición? ¿El rugby? ¿Tocas algún instrumento? ¿Algo?

Finley pareció tan sorprendido como aliviado.

—Los miércoles juego a balonmano. Y los jueves me dan clases de piano.

—¿Que juegas a balonmano? Eso está muy bien. Yo soy entrenador de balonmano de categorías infantiles en mi tiempo libre.

—¿De verdad? —Finley lo miró con admiración.

—Sí, de veras. ¿Juegas bien?

—Más o menos.

—¿Y jugáis aquí, en la escuela?

—Sí.

—Y las clases de piano... ¿también son aquí?

—No. En casa de una profesora privada. Cerca de la estación de metro de Hampstead.

—Ya veo. Supongo que debía de ser tu madre quien te llevaba, ¿no? ¿Y ahora vas solo?

—Sí. Mi padre no tiene tiempo.

—Claro. Finley... gracias por hablar conmigo. Espero que no hayas perdido el autobús por mi culpa.

—Aún hay tiempo —dijo él. Se dio la vuelta para marcharse—. Adiós —murmuró con voz insegura.

—Adiós —se despidió John. Siguió al chico con la mirada. Cuando andaba, lo hacía con los hombros algo echados hacia delante, como alguien que estuviera cargando con un gran peso invisible.

No era un niño feliz en absoluto. No había duda de que lo cuidaban bien, de que no le faltaba nada y en casa seguro que le estaba esperando una enorme habitación repleta de juguetes. Pero era un niño triste, se notaba que se sentía desamparado.

Era casi insignificante, pero John no veía otra posibilidad: si Liza Stanford

todavía andaba cerca, intentaría comprobar al menos de vez en cuando cómo estaba su hijo. O simplemente querría verlo para poder sobrellevar de algún modo el hecho de haberse separado de él. Albergaba la esperanza de que Liza buscara de vez en cuando algún lugar por el que supiera que Finley podría aparecer en algún momento determinado, para poder verlo aunque solo fuera de paso. Si tenía suerte, conseguiría reconocerla y luego podría hablar con ella, o seguirla hasta su escondite.

Era una posibilidad, nada más que eso, pero para comprobarla tendría que pasar tardes enteras esperando. No le había preguntado a Finley por los horarios de sus actividades extraescolares para que no le llamara la atención tanta curiosidad. Eso significaba que tenía que montar guardia desde primera hora de la tarde, lo que no resultaría nada cómodo teniendo en cuenta el frío que hacía.

Consultó el reloj. Pensó si valía la pena pasar por el despacho para ver cómo andaban las cosas, pero prefirió hacerlo por teléfono. En lugar de eso iría a ver a Gillian.

Christy McMarrow estaba sentada en el despacho del inspector Fielder. El día anterior ya había informado a su jefe acerca de la conversación que había mantenido con Nancy Cox y con la auxiliar de médico de la consulta en la que había trabajado Anne Westley. Fielder había querido intentar ponerse en contacto con la doctora Phyllis Skinner, que había compartido confidencias con Westley.

Y lo había conseguido.

—He hablado con la doctora Skinner por teléfono —dijo Fielder—. Habría preferido ir a verla en persona, pero estaba en cama con una fuerte gripe y no recibía a nadie. Se acuerda de Liza Stanford. Su descripción coincide bastante con la que la auxiliar de médico le dio a usted: ostentosa, arrogante y absolutamente inaccesible. Dice que Anne Westley nunca le había explicado nada acerca de ella, pero que poco después de jubilarse, hace tres años y medio, llamó a su casa, a casa de la doctora Skinner, y le dijo que tenía un problema con la madre de un paciente. De un chico que había sido paciente suyo, mejor dicho, puesto que la doctora Westley por aquel entonces ya llevaba dos o tres semanas sin trabajar. Se refería a Liza Stanford.

—¡Ajá! —exclamó Christy mientras se enderezaba.

Fielder le pidió calma con un gesto de la mano.

—Tampoco es que hayamos avanzado tanto. Esa noche la doctora Skinner se estaba preparando para marcharse de vacaciones al día siguiente y no pudo dedicarle tiempo. Al parecer Anne Westley se dio cuenta de que no había llamado en un buen momento y antes de poder entrar en detalles le propuso que podrían verse con más calma cuando la doctora Skinner hubiera vuelto de sus vacaciones. Pero pocos días después del regreso de Skinner la doctora Westley y su marido tenían previsto celebrar una fiesta para inaugurar la casa que se habían reformado en Tunbridge. Un día antes de la fiesta el marido cayó del tejado, luego ingresó en el hospital, contrajo una pulmonía y murió. En pocas palabras: aquellos trágicos e impactantes sucesos evitaron que Anne Westley pudiera contarle a su colega algo y más adelante ninguna de las dos mujeres volvieron a pensar en ello.

—¿Jamás llegaron a retomar la conversación?

—No, por desgracia no.

—Maldita sea —exclamó Christy con vehemencia.

—Exacto. Pero lamentarnos no nos servirá de nada. Lo máximo que podemos

sacar de esa llamada es la conclusión de que Liza Stanford tiene un papel esencial en toda esta historia. La mujer conocía a las dos víctimas y una de ellas había tenido algún tipo de problema con ella. Y encima ahora ha desaparecido. Está implicada en esos casos. No sabemos con exactitud de qué manera y por qué motivo, pero apuesto a que ella tiene la clave de todo esto. O al menos supone una etapa decisiva para desentrañar esa clave.

—Eso significa que debemos encontrarla como sea.

—Sí.

—¿Qué hacemos? ¿Volver a apretarle las tuercas a su marido?

Fielder asintió lentamente.

—Ese tipo es un hueso duro de roer. Se muestra amable y dispuesto a cooperar, pero si no quiere hablar, no dirá nada. Además, tiene los mejores contactos que podamos imaginar.

—Pues seguro que los necesitará.

—No me cabe ninguna duda. Tenemos que ir con cuidado. En cualquier momento podría presentar un recurso jerárquico de queja o algo por el estilo. Y además al más alto nivel.

—Aun así —dijo Christy—, de momento es nuestra única posibilidad.

—Además podríamos intentar convencerlo para que denuncie la desaparición de Liza Stanford y así podríamos emitir una orden de búsqueda.

—Seguro que se mostrará reticente.

—Seguro —admitió Fielder—, sobre todo porque todo cuanto podemos alegar no son más que vagas suposiciones. Nos movemos por terrenos pantanosos. Él afirma que su esposa se ha aislado del mundo debido a una depresión, que lo hace a menudo y que no hay motivos para preocuparse al respecto. Que eso no justifica una orden de búsqueda.

Los dos se quedaron en silencio, deprimidos.

—¿Y qué pasa con Samson Segal? —preguntó Fielder de repente—. ¿Se sabe algo de su paradero?

—Se lo ha tragado la tierra —contestó Christy—. Para mí era el principal sospechoso, pero ahora no lo tengo tan claro. Tal vez no sea más que un chiflado inofensivo que se ha dejado llevar por el pánico ante la posibilidad de que puedan endosarle algo. De algún modo es como si fuera la otra cara de la moneda respecto a alguien como nuestro querido doctor Stanford: en caso de duda no tiene ni idea de qué es lo mejor para él.

—Sería interesante saber si conocía a Stanford.

—No lo menciona en sus anotaciones.

—De todos modos, no podemos excluir esa posibilidad. A él también debemos encontrarlo cuanto antes.

—¿Y John Burton?

—A ese hay que vigilarlo —dijo Fielder—. He solicitado su expediente.

—Señor, no se llegó a ningún procedimiento judicial —objetó Christy. Tenía la impresión de que su jefe necesitaba que se lo recordaran una y otra vez—. ¡Las acusaciones eran insostenibles!

—Aun así, quiero volver a revisarlo.

—Y yo...

—Usted pruebe suerte con Stanford. Tal vez consiga algo más que yo —dijo Fielder.

Ella torció la mirada. Ya había imaginado que Fielder la mandaría a azuzar a Stanford, al tipo al que nadie podía sonsacarle nada.

—Así lo haré, señor —aceptó ella con resignación.

Lo primero que vio cuando llegó a casa fue que la puerta estaba abierta de par en par. En vista de todo lo que había sucedido durante las últimas semanas, de repente se le heló la sangre porque sospechó un peligro terrible y decidió detenerse un minuto para decidir de antemano cuál sería la mejor manera de reaccionar. Pero en ese mismo instante vio que Gillian regresaba de una esquina del jardín trasero de la casa. Al parecer solo había salido un momento, porque no llevaba ni abrigo ni bufanda, sino que solo se había calzado las botas forradas para poder caminar sobre la nieve. En la mano llevaba un cubo de plástico. Se sobresaltó al ver que tenía visita, aunque se relajó enseguida en cuanto hubo reconocido quién era.

Sin embargo, John se dio cuenta de que Gillian no se había alegrado precisamente mucho al verlo.

—Hola, Gillian —dijo él.

—Hola, John —le respondió ella con una sonrisa más cordial que cariñosa.

Él se le acercó para besarla, pero ella volvió la cabeza lo justo para que los labios de él apenas pudieran rozarle la mejilla.

—Tal vez no sea muy cortés presentarme aquí sin avisar —se disculpó él—, pero estaba cerca y...

No era cierto. Los martes no había entrenamiento y John no tenía ningún motivo en absoluto para estar en Thorpe Bay. Aparte de ver a Gillian, claro. Por suerte, ella no le preguntó nada al respecto.

—Entra. —Ella se metió en casa y dejó el cubo junto a la puerta—. Estaba alimentando a los pájaros.

—¿Ah, sí? —John miró a su alrededor. El pasillo estaba repleto de cajas apiladas. Además era evidente que había descolgado los cuadros del recibidor, porque en la pintura de las paredes habían quedado las marcas rectangulares—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—He estado empaquetando unas cuantas cosas —contestó Gillian mientras entraba en la cocina—. ¿Te apetece una taza de café?

—Sí, gracias. —Seguía mirando a su alrededor mientras negaba con la cabeza. Los indicios no dejaban lugar a dudas: Gillian estaba preparando la mudanza.

Él también entró en la cocina. Fuera ya casi había oscurecido del todo y, aun así, a través del cristal de la puerta del jardín pudo reconocer un comedero de pájaros. Se

volvió hacia Gillian, que estaba manipulando la cafetera.

—¿Por qué no has salido por la puerta de la cocina, si querías ir al jardín?

Ella se detuvo.

—Ni idea —respondió, aunque acto seguido añadió—: Me cuesta dejar la puerta del jardín abierta. Aunque sea por un momento... Por allí... es por donde entró el asesino. Es que... es que simplemente no puedo.

—Pero la puerta de casa tampoco deberías dejarla abierta. ¡Es algo irracional!

Gillian puso en marcha la cafetera.

—¿Algo? Todo, en mi vida todo es irracional.

John se le acercó un poco más.

—¡Gillian! ¿Qué sucede? ¿Qué significa... todo esto que has empaquetado? ¿Quieres mudarte de casa?

—Sí. Me vendo la casa. Mañana vendrá un agente inmobiliario.

—¿No crees que es un poco precipitado?

—¿Cómo quieres que viva y críe a mi hija en una casa en la que asesinaron a mi marido?

—¿Y adónde quieres ir? ¿Piensas alquilar un piso en alguna parte?

—Aquí no me quedo. Volveré a Norwich.

Él la miró completamente horrorizado.

—¿A Norwich? Pero ¿por qué?

—Porque soy de allí. Allí viven mis padres. Por desgracia, a partir de ahora, mientras esté trabajando, tendré que dejar a Becky con mis padres a menudo para que cuiden de ella. Prefiero que esté con sus abuelos que con alguien desconocido. En esta situación necesito sentir a la familia cerca y no tengo a nadie por los alrededores.

—Pero tu hogar está aquí. Becky va a la escuela, tiene sus amistades. Y tú tienes una empresa en Londres, vives de ella. ¡Lo tienes todo aquí!

—También me venderé la empresa. Funciona bien, por lo que no será tan difícil venderla. Entre lo que me den por la casa y el dinero de la empresa dispondré de un buen capital inicial. Eso significa que tendré tiempo de encontrar un empleo. De un modo u otro saldré adelante.

—Lo tienes todo previsto —dijo John con desconcierto.

El café cayó con un siseo en las dos tazas que Gillian había colocado en la cafetera. Las rellenó con leche caliente y las dejó sobre la mesa. John tomó el primer sorbo con cautela, pero se quemó los labios de todos modos, aunque apenas se dio cuenta de ello. Miró fijamente a Gillian, que estaba contemplando su propia taza como si aquel capuchino ocultara un secreto fascinante. Él habría jurado que la mujer seguía en estado de shock, que ese era el motivo por el que su rostro presentaba una palidez espectral, por el que notaba un matiz mecánico en su manera de hablar, una especie de calma artificial. No se había peinado, parecía recién levantada. Sin

maquillaje parecía todavía más joven y tan frágil que a John le sobrevinieron unas ganas tremendas de abrazarla, pero notó que eso era precisamente lo último que ella quería que hiciera.

—Tengo que seguir adelante —dijo ella.

—Sí, pero ¿es necesario que rompas con todo? Y sobre todo ¿tienes que decidirlo en unos momentos en los que no consigues ver las cosas con claridad? Gillian, no han pasado más que dos semanas desde que encontraste aquí a tu marido. ¡Dos semanas! No puedes haberlo digerido, ni siquiera puedes haber procesado una parte. ¡Y ya decides echar tu vida entera por la borda!

—Es mi manera de empezar a procesarlo.

No la había visto nunca de ese modo, tan rígida y tan esquiva. John se sentía cada vez más desesperado porque de repente se había dado cuenta de que estaba a punto de perderla. Daba igual lo que pudiera decir, no conseguiría hacer que cambiara de opinión.

De todos modos, decidió intentarlo.

—Comprendo que no quieras seguir viviendo en esta casa. Tienes razones para ello, por supuesto. Te trae malos recuerdos. Pero puedes mudarte sin tener que marcharte de la ciudad. Busca un piso bonito para Becky y para ti, pero ¡no os desarraigéis del todo!

Ella de repente pareció cansada.

—John, por favor. No me apetece discutir. Ya lo he decidido.

A él le habría gustado agarrarla por los hombros y zarandearla un poco. De repente se veía sorprendido por la vehemencia de sus propios sentimientos. No era propio de él. Aquella situación le era ajena del todo. Era prácticamente la primera vez que una mujer le respondía con ese retraimiento, algo que como máximo le había sucedido cuando se habían sentido decepcionadas por él o por el desarrollo de la relación que habían mantenido. En esos casos él se había preparado previamente para el distanciamiento y eso le había proporcionado a su compañera un motivo para dar rienda suelta a la frustración. Pero esa vez era distinto. Esa vez sentía la tentación de suplicarle que no se alejara de él.

—¿Y por qué no vienes a vivir conmigo? —preguntó John, lo que le hizo sentir mejor de inmediato—. ¿Por qué no venís a vivir conmigo, Becky y tú? Y vuestro gato, claro.

Ella lo miró con asombro. Por lo menos había conseguido algo: sorprenderla.

—¿A tu piso?

—¿Por qué no? Está en otra ciudad, en otro entorno, es decir, justo lo que estás buscando. Además tendrías ayuda para cuidar de Becky.

Ella estuvo a punto de estallar en una carcajada.

—¡John! Si ni siquiera tienes muebles en el piso, imagina si te llega a asustar

cualquier tipo de compromiso. ¿Crees seriamente que podrías soportar la convivencia con una mujer, una niña y un gato?

John sabía que la pregunta tenía fundamento. Pero también sabía que su respuesta se ajustaría absolutamente a la verdad.

—Sí. Estaré preparado para todo, si vienes a vivir conmigo.

—John... —dijo ella mientras negaba con la cabeza.

—Por favor. Piénsalo.

—Apenas nos conocemos. Nos acostamos juntos una sola vez. No ha habido nada más.

Él la miró completamente desesperado. Sabía que la propuesta que le había hecho de que se mudara con él llegaba demasiado pronto, con demasiada precipitación. Habían asesinado a su marido, ella apenas había tenido tiempo de encajarlo ¡y él ya estaba haciendo planes de futuro en común! Se estaba comportando como un patán, pero de repente había sentido miedo... un miedo atroz ante la posibilidad de perderla para siempre.

—Si lo miras de ese modo —dijo él—, entonces tienes razón, no hubo nada más. Pero desde entonces te amo, Gillian.

Ella parecía absolutamente superada.

—John, es que no puede ser, compréndelo, por favor. Cuando engañé a Tom contigo, en realidad lo que hice fue comportarme como una chiquilla, una niña que buscaba atención, seguridad y afecto porque creía que no podía vivir de otro modo. Y con todo ello he provocado una tragedia horrible. Ahora no puedo continuar como si no hubiera sucedido nada. ¿Comprendes?

—Sí. Lo que le ha pasado a tu marido es terrible y puedo entender que te asalte un tremendo sentimiento de culpa. Que analices los motivos que te llevaron hasta mí. Y tal vez encuentres la clave que lo explique todo, pero... de todos modos pienso que estamos hechos el uno para el otro. Y si algo sé con seguridad es que te amo.

—No puedo... —empezó a decir ella.

—Es la primera vez —la interrumpió él— que se lo digo a una mujer. Es la primera vez que siento algo así por una mujer. Por favor, me da igual lo que te pase por la cabeza ahora mismo, no puedes ignorar mis sentimientos de esa forma.

Se quedaron mirándose unos instantes.

—No quiero hacerte daño —habló Gillian unos momentos después—. Pero me marchó a Norwich, con mi familia. Con mi familia.

Mierda. Maldita sea. De acuerdo. No pensaba arrodillarse delante de ella.

Sobrecogido y completamente sorprendido por el dolor que crecía en su interior por momentos y que amenazaba con convertirse en algo insoportable, se lo preguntó de nuevo de todos modos:

—¿Hay algo que pueda hacer para conseguir que me quieras?

Ella desvió la mirada de John.
—No —respondió Gillian.

Miércoles, 13 de enero

1

El buen tiempo duró poco. Volvía a nevar desde primera hora de la mañana. Los copos que caían eran gruesos y en ocasiones incluso formaban un manto casi impenetrable procedente del cielo.

John había pasado toda la mañana en la empresa, por lo menos había podido resolver el trabajo administrativo que había quedado pendiente. Le dolía la cabeza a pesar de las tres aspirinas que se había tomado ya. Después de pasar a ver a Gillian había estado en el Halfway House y había ahogado las penas en alcohol. Había buscado el modo de protegerse de la espiral de tribulaciones que lo atormentaban.

¿Qué demonios le estaba pasando?

Hasta entonces, ninguna mujer le había hecho daño, nunca le había dolido separarse de una. Durante toda su vida solo había vivido esa situación desde el otro lado. Ninguna de las relaciones en las que se había embarcado habían despertado un gran entusiasmo en él y las mujeres siempre acababan pidiéndole más de lo que estaba dispuesto a ofrecer: una vida conyugal, matrimonio, hijos... Al final acababa despidiéndose de ellas, siempre con la desagradable impresión de estar hiriendo a personas que, al fin y al cabo, no le habían hecho nada malo, pero al mismo tiempo con la sensación de alivio de haber escapado al peligro de sentirse atado, encadenado. Había disfrutado de su libertad, los idilios ocasionales le habían parecido refrescantes y se sentía cómodo en esa situación: probablemente era incapaz de mantener un compromiso, fuera cual fuese el motivo. No era de ese tipo de personas con tendencia a hurgar en su propia infancia y juventud, mucho menos con la ayuda de un psicólogo, para descubrir en qué podía fundamentarse esa manera de ser. En su opinión, daba absolutamente igual si su padre o su madre habían hecho algo mal o si durante la pubertad las cosas se habían vuelto incontrolables para él por algún misterioso motivo. En realidad, nunca había creído que tuviera la necesidad de

cambiar nada. Esa era su manera de ser.

Por primera vez se veía enfrentado a la posibilidad de que, en realidad, las cosas no fueran de ese modo. De que fueran muy distintas.

John Burton se encontraba frente a una conclusión estremecedora: se había enamorado de una mujer. Se había enamorado tanto de ella que la mera idea de perderla le parecía casi insoportable. Le había suplicado que se quedara con él y le había dado calabazas. Estaba desconcertado al constatar con incredulidad que sus sentimientos no eran correspondidos, o al menos que ya no lo serían más. Le parecía imposible ganarse el favor de aquella mujer. Era una separación más en el transcurso de su vida, pero esa vez la iniciativa no había sido suya y todo indicaba que le tocaría sufrir bastante.

No tenía ninguna experiencia en absoluto a la hora de lidiar con ese tipo de situaciones, por lo que su primera reacción fue retraerse: dejó que lo inundaran los sentimientos tenebrosos que lo acosaban para sentir, al menos, el dolor con toda su intensidad.

Hacia las nueve y media había vuelto en coche a casa en un estado completamente deplorable. Sabía que era casi un milagro que no lo hubiera detenido una patrulla, sobre todo porque se había mostrado especialmente agresivo y verdaderamente provocador durante la conducción. Había volcado toda la rabia que de repente sentía contra Gillian en su manera de conducir. Como posteriormente se diría a sí mismo, si había llegado indemne hasta el portal de su casa había sido más bien por una cuestión de suerte que de sentido común. Había subido la escalera tambaleándose y se había desplomado sobre el colchón sin ni siquiera quitarse la ropa. El hecho de que no hubiera pasado la mitad del día siguiente durmiendo tenía que agradecerse al despertador y a su pitido agudo y estridente. A las seis y media lo había arrancado de un profundo sueño nublado por el alcohol y lo había obligado a levantarse y afrontar un intenso dolor de cabeza y una boca absolutamente seca. Tanto la ropa que llevaba puesta como la cama olían a bar, a refrito y a alcohol, por lo que, repugnado, se había metido en el baño y había tomado una larga ducha. Acto seguido, tres tazas de café cargado y tres aspirinas lo habían dejado en un estado más o menos aceptable para poder trabajar. Una vez sentado en su despacho, empezó a sentirse mejor. Jamás había bebido tanto alcohol como la noche anterior y se juró a sí mismo no volver a excederse tanto. Podría haber perdido el carnet de conducir e incluso podrían haberlo procesado por la vía penal. Y todo por Gillian, porque lo había rechazado.

Nunca más. Nunca más volvería a perder la cabeza por una mujer.

A mediodía empezó a sentirse más inquieto. Tenía suficiente trabajo como para pasar el día entero sentado ante su mesa aunque, en realidad, a partir de las tres tenía la intención de ocupar su puesto de guardia frente a la William Ellis School de

Highgate, con la esperanza de encontrar a la madre de Finley Stanford rondando por ahí para poder ver a su hijo mientras acudía al entrenamiento de balonmano. La cuestión era si, tal como estaban las cosas, John debía seguir tan implicado en el caso, si le apetecía hacerlo. Hasta entonces el motivo había sido Gillian, el hecho de que estuviera involucrada en aquellos sucesos tan misteriosos y de que pudiera estar en peligro. Ante el giro que habían tomado los acontecimientos, ¿tenía que seguir tan comprometido en algo que apenas le concernía?

Al final, decidió hacerlo de todos modos. Creyó que sería impropio retirarse solo porque se sentía herido.

Llamó al club de balonmano para decirles que estaba muy resfriado y que ni ese día ni en el resto de la semana podría encargarse de los entrenamientos. A continuación se puso la chaqueta, cogió las llaves del coche y salió de la oficina. No se veía gran cosa por culpa de la ventisca.

Sin embargo, a las tres en punto aparcaba frente a la escuela de Finley.

Y esperó, al acecho. La intensa nevada no le facilitó precisamente las cosas.

En algún momento, en algún lugar, la madre de Finley tendría que aparecer.

—Bueno —dijo Luke Palm—, realmente la casa está en muy buen estado. Es elegante y acogedora... No he visto ningún problema importante.

Estaban en el comedor. Fuera, empezaba a caer la noche y seguía nevando, no había parado ni un momento desde primera hora de la mañana.

Palm se había fijado en todo y había anotado algunas cosas.

—No hay problema —dijo mientras asentía satisfecho.

Gillian se dio cuenta de lo tensa que estaba. Los comentarios positivos de Palm no consiguieron cambiar en absoluto ese estado de nervios en el que estaba sumida. Todavía no le había contado lo más decisivo y no sabía si Palm ya estaba al corriente. No le había dado a entender que así fuera.

—Hay algo que debo comentarle —dijo ella sin demasiada determinación.

—¿Sí?

—Usted quería saber por qué me vendo la casa y los posibles compradores también se lo preguntarán. Ya le he dicho que mi marido ha muerto y que por ese motivo quiero mudarme para vivir más cerca de mis padres. La verdad es... que no es que simplemente haya muerto. Lo... —no pudo terminar la frase.

—Lo sé —asintió Palm—. Cuando me llamó no acerté a comprenderlo enseguida pero, en cuanto hube pensado en ello un poco, me di cuenta de que su nombre me sonaba. Salió publicado en algún periódico. Lo sé, su marido...

—Murió asesinado. Lo encontré aquí, en el comedor.

Palm miró angustiado a su alrededor.

—Comprendo.

—Sin duda eso desalentará a más de un posible comprador.

—No tenemos por qué mencionarlo —dijo Palm—. Y si alguien lo descubre por sus propios medios y decide retirarse, tampoco es que podamos hacer nada al respecto. Lo que no haremos será explicarlo a la primera de cambio.

Gillian asintió.

—Gracias. Ese era el motivo por el que me decidí a llamarlo a usted cuando buscaba un agente inmobiliario. Pensé que lo comprendería mejor. Porque de algún modo, usted ya... tiene cierta experiencia.

Los dos guardaron silencio, perdidos cada uno en sus propias cavilaciones acerca de lo descabellados que podían llegar a resultar los motivos por los que alguien entra

en la vida de otra persona. Palm pensó que era realmente extraño que de la noche a la mañana se hubiera convertido en un agente inmobiliario especializado en casas en las que se había perpetrado algún acto de violencia. Gillian, por su parte, pensaba que pocas semanas antes ella misma habría tomado por loca a cualquier persona que le hubiera profetizado esa situación: que estaría vendiendo su casa para regresar a East Anglia y que para ello habría recurrido a un agente inmobiliario al que no tuviera que explicarle la situación tan especial en la que se encontraba, porque él también había encontrado a la víctima de un asesinato y ya conocía el caos mental que eso significaba.

Ella lo acompañó hasta la puerta, se despidió de él y lo siguió con la mirada, aunque la ventisca se lo tragó antes incluso de que llegara al coche que había aparcado delante mismo de la casa.

Es como si hubieran bajado el telón, pensó ella con un escalofrío.

La mirada de Gillian recayó en el cubo lleno de alpiste que estaba junto a la puerta. Ese día había olvidado por completo rellenar el comedero y tampoco sabía si los pájaros acudirían a comer tras el anochecer, pero como mínimo quería que tuvieran la posibilidad de encontrar algo. Con un suspiro se enfundó las botas, se puso la chaqueta, cogió el cubo y rodeó la casa por encima de la nieve. Entretanto había oscurecido por completo.

No resultaba fácil avanzar con aquel tiempo. Gillian se hundía en la nieve hasta las rodillas. Las botas no le servían prácticamente de nada, los pantalones le quedaron empapados enseguida y después tendría que cambiárselos. Por si eso fuera poco, no veía prácticamente nada. Cuando hubo llegado al comedero y se dio la vuelta, apenas era capaz de reconocer su propia casa. Tan solo divisaba de forma difusa el resplandor de la luz de la cocina.

Llenó el comedero con varios puñados de alpiste y se alegró de haberse acordado, puesto que ya se habían comido todo el que les había echado el día anterior. No habían dejado ni una sola semilla.

Con los dedos entumecidos alrededor del asa del cubo, se dispuso a volver a la casa. Tenía el pelo y la cara llenos de nieve, casi se sentía mareada por la frenética danza de los copos con el viento. Recorrió el sendero que llevaba hasta la casa y respiró aliviada en cuanto hubo llegado a la puerta, de la que salía una luz acogedora, clara y cálida. Parecía que hubiera estado recorriendo el Ártico y no había hecho más que salir al jardín. Cerró la puerta y dejó fuera la nieve, el frío y la oscuridad de la noche.

En el espejo del recibidor contempló el extraño aspecto que presentaba: un gorro de nieve en la cabeza, el pelo húmedo debajo, nieve en los brazos y hombros, y los vaqueros, completamente mojados. Se quitó la chaqueta, se agachó y se desprendió también de las botas. Todo estaba empapado. Se puso de pie de nuevo y lanzó otra

mirada fugaz al espejo, en el que le pareció apreciar un movimiento de fondo.

En la cocina.

Durante un par de segundos se quedó absolutamente inmóvil. Había sido una especie de sombra que había pasado en una fracción de segundo. Y no, no se había confundido, había sido muy rápido. Tal vez había sido su propio movimiento al ponerse de pie y lo había percibido como si se hubiera movido otra cosa.

El corazón se le aceleró y empezó a latirle con tanta fuerza que pudo sentirlo con toda claridad.

¿Cuánto tiempo había estado fuera? No habían sido ni cinco minutos. La puerta de la casa había quedado abierta de par en par durante ese tiempo. Si alguien había estado rondando por ahí fuera esperando la oportunidad de entrar, sin duda la habría encontrado: cinco minutos eran suficientes para meterse en una casa con la puerta abierta y esconderse dentro. Para acechar a la mujer que vivía en ella.

De repente tuvo la seguridad de que había alguien ahí. Lo notaba, no estaba sola.

Su primer impulso consistió en llamar a la policía, pero una rápida mirada a su alrededor le bastó para darse cuenta de que el teléfono no estaba en la base de recarga del pasillo. Probablemente lo había dejado en la cocina y si había alguien escondido en ella sería una temeridad atreverse a entrar a buscarlo. ¿Y si salía corriendo a casa de un vecino? «Hola, ¿me permite llamar a la policía desde su casa? Es que he visto una sombra en mi cocina».

Pasaría una vergüenza tremenda si después resultaba que no había nadie en la casa.

Pero ¡sí que hay alguien! ¡Lo oigo respirar!

Apenas pudo contener un sollozo histérico cuando comprendió que era su propia respiración la que estaba oyendo.

Me estoy volviendo loca. ¡Maldita sea! ¡Ni siquiera me atrevo a entrar en mi propia cocina!

Casi paralizada por la indecisión, intentó decidir qué debía hacer. No tenía nada para defenderse si alguien la atacaba.

En cualquier caso, tenía que permanecer cerca de la puerta, puesto que le permitiría escapar si llegaba a ser necesario. Pero ¿pensaba quedarse toda la noche allí? ¿Qué haría si la otra persona tenía los nervios de acero y se limitaba a esperar cuanto fuera necesario hasta que ella cometiera un error?

Tal vez esté delirando, pensó.

Y justo en ese momento se apagaron las luces. En toda la casa. En un instante todo quedó a oscuras.

Gillian lanzó un grito y dejó de contenerse. Abrió la puerta y salió corriendo hacia la oscuridad y la nieve que seguía cayendo, a pesar de no llevar abrigo, ni siquiera botas, puesto que andaba en calcetines. Pero habría corrido incluso descalza. Lo

único que deseaba era salir de allí como fuera, alejarse de la trampa mortal en la que se había convertido su casa durante los últimos minutos.

Ya casi había llegado al final del sendero del jardín cuando una sombra apareció frente a ella. Pareció haber surgido de la nada, como si la hubiera estado acechando, para cerrarle el paso. Gillian chocó con aquella figura y empezó a chillar y a golpearla con los puños. Había enloquecido presa del pánico, sentía el flujo de la sangre que le bombeaba en los oídos, luchaba por seguir respirando y por gritar. De repente notó que la agarraban por las muñecas y la obligaban a bajar los brazos.

—¿Qué ocurre, por el amor de Dios? —Era una voz de hombre.

—¡Suélteme! —jadeó Gillian.

—¡Soy yo! ¡Luke Palm! ¿Se puede saber qué ha ocurrido?

Ella dejó de forcejear.

—¿Luke Palm? —gritó el nombre con un tono agudo y estridente. Le pareció como si no fuera su propia voz.

—Creo que he olvidado mi libreta de notas en su casa. Por eso he vuelto. ¡Está temblando de pies a cabeza!

De repente Gillian sintió que perdía la fuerza en los brazos.

—Por favor, suélteme.

Palm le soltó las muñecas con cuidado, por si intentaba golpearlo de nuevo, pero ella era incapaz de seguir moviendo los brazos. Necesitaba las pocas fuerzas que le quedaban para tenerse en pie y no desplomarse sobre la nieve.

—Hay alguien en mi casa —susurró ella. De golpe la habían abandonado las fuerzas, ni siquiera podía hablar en voz alta.

—¿En su casa? ¿Quién?

—No lo sé. Pero hay alguien. Y las luces se han apagado de repente.

—Pero si hemos visto todas las habitaciones y no había nadie.

—He salido a alimentar a los pájaros. Y la puerta estaba abierta. Cuando he vuelto... he visto una sombra en la cocina... —Ella misma se dio cuenta de lo exagerado que sonaba todo aquello. Poco a poco, tanto su respiración como los latidos de su corazón fueron recuperando el ritmo habitual. Notó un frío atroz, tenía los pies helados, hundidos en la nieve, y se dio cuenta de que estaba tiritando de frío.

Palm también se percató de ello.

—Pero si no va abrigada para estar aquí fuera. Vamos, debe volver a casa.

—Pero ahí dentro hay alguien —insistió ella.

—Yo la acompaño —dijo Palm, lleno de coraje.

Gillian avanzó titubeante junto a él hasta la puerta principal. El pasillo estaba a oscuras. Palm buscó a tientas el interruptor de la luz, pero no se encendió.

—Es posible que haya habido un cortocircuito. ¿Tiene usted una linterna por alguna parte?

Gillian había conseguido por fin dejar de temblar de miedo, pero entonces empezaron a castañetearle los dientes debido al frío.

—Sí... en el... cajón de la cómoda... Debajo del espejo... el de arriba del todo...

Hasta cierto punto, a ella los ojos se le habían acostumbrado a la oscuridad y además entraba un tenue hilo de luz procedente de las farolas de la calle. Luke Palm abrió el cajón, encontró la linterna y la encendió.

—¿Dónde ha visto esa sombra?

—En la cocina.

Palm de repente pareció haber perdido las ganas de adentrarse en aquella habitación a oscuras.

—¿La caja de fusibles está en el sótano?

—Sí. Pero ¿está seguro de que quiere bajar?

—Todo será más sencillo si podemos encender las luces.

Bajaron la escalera que llevaba al sótano, uno detrás del otro. Frente a la caja de fusibles se dieron cuenta de que, efectivamente, había saltado el interruptor principal. Palm lo cambió de posición. Una luz clara procedente de arriba, del pasillo, iluminó enseguida el sótano.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó Gillian, desconcertada.

—Ni idea. Algo ha debido de recargar el sistema. Vamos, subamos otra vez.

Una vez arriba, la luz funcionaba en todas las habitaciones. Echaron un vistazo en la cocina. Estaba vacía.

—Creo que aquí no hay nadie —comentó Palm. Para cerciorarse, se dispuso a sacudir la puerta que daba al jardín y soltó una exclamación de sorpresa al ver que se abría—. ¡La puerta no está cerrada! ¿Recuerda usted haberla cerrado con llave?

—No lo sé —reconoció Gillian—. Quiero decir que siempre la cierro, pero tampoco me atrevería a jurarlo.

Palm miró hacia fuera. Había pisadas sobre la terraza que ya empezaban a quedar cubiertas de nuevo por la nieve. No obstante, no le extrañó en absoluto: durante el transcurso de la visita, tanto él como Gillian habían salido fuera.

Él recobró el valor. De repente Gillian se sintió bastante boba. Miraron en el comedor y en el salón, registraron el primer piso y el desván, pero no encontraron a nadie en absoluto.

—Creo que me he comportado como una idiota —dijo Gillian en cuanto hubieron llegado de nuevo al salón—. Realmente creí haber visto un movimiento, pero está claro que no han sido más que imaginaciones mías. Me temo que tengo los nervios de punta.

—No me extraña, después de todo lo que ha ocurrido en esta casa. Con lo que tuvo que pasar usted aquí... cualquiera podría volverse loco. No se haga tantos reproches.

Estaban uno frente al otro. Gillian se fijó en el labio partido de Luke Palm.

—¿He sido yo? —preguntó consciente de su culpa.

Palm se pasó el dedo índice por la boca y al principio se sobresaltó un poco, pero luego sonrió.

—No se le da mal el boxeo.

—Lo siento muchísimo.

—No se preocupe, sobreviviré. Oiga, ¿no cree que debería informar a la policía de ello? Podrían mandar a alguien para que echara un vistazo más a fondo.

—Me sentiría ridícula —dijo Gillian negando con la cabeza—. Ya tengo suficiente con haber quedado como una estúpida delante de usted.

Ella la miró con gesto serio.

—Creo que esa no es buena manera de pensar. Usted no es una de esas mujeres que se ponen histéricas de repente sin ninguna justificación. Hay un asesino al que la policía todavía no ha podido atrapar y que ya ha estado en esta casa anteriormente. ¿La policía sabe que usted está aquí completamente sola?

—No. Ellos todavía no lo saben.

—Eso no es que me guste especialmente.

—Señor Palm... —empezó a decir ella, pero él la interrumpió enseguida.

—Seguramente debe de pensar que no me concierne, pero después de haber aparecido por aquí como una especie de salvador en un caso de apuro y de haber registrado la casa en busca de una sombra, pues también me siento algo responsable. No me quedaré tranquilo si me marcho a casa y la dejo aquí sola.

—Cerraré todas las puertas con llave.

—Además es evidente que ha olvidado cerrar la puerta de la cocina. Eso me preocupa. No debería usted quedarse sola.

Gillian sabía que Palm tenía razón. Tanto si lo que había visto había sido una sombra o una persona de carne y hueso, no era una buena idea quedarse sola en la casa. Imaginó cómo pasaría la noche y todas las noches siguientes: no conseguiría pegar ojo. Dejaría la luz encendida. Esperaría con el oído aguzado y contendría el aliento ante el más mínimo ruido. Cualquier crujido que oyera en la casa la haría dar un respingo que la dejaría sentada en la cama.

Ya sabía lo que era, no necesitaba experimentarlo de nuevo y sus nervios tampoco lo resistirían.

—Lo pensaré —prometió ella.

Cuando llegó a casa estaba completamente helado a pesar de que durante el trayecto de vuelta había puesto la calefacción del coche al máximo. Había pasado demasiado tiempo andando entre la nieve, vagabundeando al aire libre con ese tiempo tan gélido. Nada parecía poder ayudarlo a combatir ese frío intenso que se había instalado en su cuerpo. Tal vez una larga ducha caliente. Eso le sentaría de maravilla.

Liza Stanford no había aparecido. Primero, John había estado vigilando la escuela y el pabellón deportivo contiguo sentado en el coche, pero al final le había parecido que el radio que estaba cubriendo era demasiado reducido. Había salido del coche y había pasado el resto de la tarde rondando por los alrededores, intentando en todo momento no llamar demasiado la atención. Un hombre adulto merodeando sin rumbo aparente cerca de chicos en edad escolar podía despertar las peores sospechas. Eso significaba que había tenido que cambiar su puesto de vigilancia continuamente, lo que había comportado algo de movimiento, al menos. Sin embargo, el frío y la humedad habían terminado por filtrarse en sus botas, le habían subido por las piernas y se habían extendido por todo su cuerpo hasta calarle los huesos y, al fin, se hartó de esperar. Empezó a perder la confianza en el plan que él mismo había urdido. ¿Quién le decía que Liza tenía realmente tanto interés en ver a su hijo? E incluso en caso de que así fuera, ¿quién le aseguraba que eso podría satisfacerla y que intentaría verlo durante sus actividades extraescolares? ¿Qué le hacía pensar que aún seguía viva? Tal vez en realidad había estado esperando la aparición de un fantasma, mientras merodeaba como un pedófilo por los alrededores de una escuela, temblando de frío.

Después de haber visto cómo a una hora tardía Finley Stanford salía del gimnasio y se marchaba en dirección a la parada de autobús sin llegar a divisar ni por un momento a su madre, decidió dejarlo. Para siempre. Todo aquello no era asunto suyo. Que lo resolviera la policía. Con esa tarde él ya había tenido bastante.

Casi se sentía liberado de aquella carga cuando abrió el portal y subió la escalera que llevaba hasta su piso de dos en dos, para entrar en calor. Olvidarse del caso también significaba distanciarse de Gillian, algo absolutamente necesario. No era de esos hombres que pasan años soñando con mujeres inalcanzables, como Peter Fielder, que hacía el ridículo anhelando a Christy McMarrow.

Fuera. Basta. Ya pasó.

Se detuvo en seco al ver una figura acurrucada en el descansillo de la puerta de su

piso. Samson Segal lo miró con los ojos muy abiertos, llenos de temor.

—Por fin —exclamó.

Él era la última persona que esperaba encontrar allí y también la última persona que le apetecía ver en aquellos momentos. Básicamente porque no le apetecía ver a nadie en absoluto esa noche. Lo único que ansiaba era una ducha caliente, un whisky doble y mucha tranquilidad.

—¡Samson! —exclamó con sorpresa—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Samson se levantó con dificultad. John se dio cuenta de lo esmirriado que era. Desde la primera vez que se habían visto en aquella pensión, no hacía mucho tiempo, había perdido mucho peso. Tuvo la impresión de que debía de estar pasándolo muy mal.

—Un vecino me ha dejado entrar. Yo estaba sentado en la entrada del edificio, ha visto que me moría de frío y le he dado lástima. Le he dicho que trabajaba para su empresa y que tenía que hablar con usted.

—Ya veo. —John comprendió que no tenía elección, que tenía que dejarlo entrar en su piso—. Venga. En la escalera hace demasiado frío. Debe de estar medio congelado.

Samson asintió.

—No... no estoy bien —consiguió decir, no sin esfuerzo.

John cerró la puerta y acompañó a Samson hasta el salón y lo invitó a sentarse en el único sillón que tenía, de aspecto desangelado en medio de aquella gran estancia con el suelo de parquet. Por lo menos había calefacción.

—¿Quiere tomar algo?

—Lo mejor sería un té caliente —dijo Samson.

John se metió en la cocina, puso agua a hervir y revolvió los armarios. Apenas bebía té, por lo que no recordaba si tenía. Al final encontró dos bolsitas de té de menta y las metió en la tetera. Preparó dos tazas y un azucarero sobre una bandeja y mientras esperaba que hirviera el agua estuvo pensando. ¿Qué había motivado a Segal a abandonar su escondite en la obra, donde estaba seguro, para acudir hasta allí? En el fondo, sabía cuál era la respuesta: el estado psicológico de Samson ya le había parecido precario el otro día y lo más probable era que se hubiera sentido cada vez más desesperado con el tiempo. No había podido soportarlo más.

Debería haber ido a verlo más a menudo, pensó John. Pero es que no puedo partirme en dos.

De repente se dio cuenta de que no le resultaría tan fácil abandonar aquella historia y regresar a su vida normal. Tenía a Segal pegado a él y, teniendo en cuenta que la policía lo buscaba desde hacía dos semanas y que él lo había estado ocultando, estaba metido en el asunto hasta el cuello.

Soltó una maldición mientras vertía el agua hirviendo en la tetera. ¿Cómo había

podido ser tan imbécil? Mira que ofrecerle cobijo a un hombre al que buscaban en relación con tres asesinatos y cuya conducta lo convertía en altamente sospechoso.

¡Nunca aprenderás a esquivar las dificultades, Burton!

Volvió al salón con la bandeja. Samson estaba sentado justo como lo había dejado unos minutos antes. A falta de mesa, John dejó la bandeja en el suelo y se sentó sobre el parquet con la espalda apoyada en la pared. Al parecer, la ducha caliente tendría que esperar.

—¿Qué hace aquí, Samson?

Este parecía triste y consciente de su culpabilidad.

—Ya no lo soportaba más. Me marché ayer a mediodía. He dejado la caravana bien cerrada, aquí tiene la llave. —La sacó del bolsillo de la chaqueta y la dejó en el suelo.

—¿Ayer a mediodía? Entonces, ¿dónde ha pasado la noche?

—Anoche estuve aquí, encontré su dirección en el listín telefónico. Ha sido una verdadera odisea encadenar un autobús tras otro para llegar hasta aquí, pero al final lo conseguí. Luego he estado esperando frente al edificio una eternidad, pero... bueno, usted no aparecía...

Claro. Había pasado muchas horas en el bar combatiendo la frustración de haber sido rechazado por la mujer que amaba.

—Al final ya no soportaba más el frío —prosiguió Samson— y fui hasta la estación. He pasado la noche rondando por allí, cambiando de sitio de vez en cuando para no llamar demasiado la atención. Me daba mucho miedo que la policía pudiera atraparme.

—Eso ha sido muy arriesgado, Segal. Ha tenido mucha suerte.

—Lo sé, pero ¿qué quería que hiciera? ¿Morir de frío frente a su casa?

—Debería haberse quedado en la caravana.

—No podía más. Por favor, trate de entenderme. Allí sentado me estaba volviendo loco. Ni siquiera sabía cómo están las cosas. ¿Sigo siendo sospechoso? ¿O ya han encontrado al otro? ¿Tendré que seguir ocultándome durante años o terminará todo pronto? Eso puede volver loco a cualquiera, John, ¡de verdad!

—Le comprendo.

—Por eso he venido de nuevo esta mañana —dijo Samson—. Pero usted tampoco estaba. Aunque por suerte ese anciano no ha tardado mucho en dejarme entrar.

—¿O sea que ha pasado seis o siete horas sentado frente a mi puerta?

Samson asintió.

John reflexionó un momento.

—¿Y adónde piensa ir ahora?

En el rostro de Samson se dibujó claramente una expresión de puro terror.

—¿No puedo quedarme aquí?

—Eso sería demasiado arriesgado para mí.

—Lo sé. Pero es que no puedo recurrir a nadie más.

—No voy a dejarlo de patitas en la calle, no tema. Ya se nos ocurrirá algo.

John se tomó la taza de té mientras pensaba en una solución. La bebida caliente le sentó bien, a pesar de que odiaba el sabor de la menta. El problema era que, por mucho que siguiera pensando en ello, probablemente no se le ocurriría nada aparte de dejar que Samson se quedara en su casa con la esperanza de que a la policía no le diera por acudir a verlo. Samson no podía volver a su casa con su hermano y su cuñada y tampoco podía volver a llevarlo a la caravana, eso había quedado claro.

Lo tendré pegado a mí hasta que encuentren al asesino.

Se preguntó si eso llegaría a ocurrir. Gracias a Kate Linville sabía que Fielder y su equipo estaban buscando a Liza Stanford, pero... ¿conseguirían encontrarla? ¿Y cuánto tardarían en localizarla?

La decisión que había tomado de apartarse de aquella historia estaba en entredicho. Tal vez se sobrevaloraba en exceso, o quizá era a causa de la antipatía que sentía por el inspector Fielder, pero lo cierto era que se creía capaz de penetrar en la espesura cada vez más desesperante de ese caso antes que la policía. La única pregunta era si le apetecía hacerlo.

Aunque tal vez no era cuestión de si le apetecía o no. El hecho de que se hubiera relacionado con Samson Segal prácticamente lo obligaba a ello.

—Ya he pensado en la posibilidad de entregarme a la policía —dijo Samson—. Al menos de ese modo terminaría todo de una vez. Es horrible estar huyendo de esta manera, tener que permanecer oculto todo el tiempo, sin divisar el día en el que acabará todo esto. A veces solo quiero que todo termine de una vez.

—Por favor, de momento no lo haga. Eso me implicaría también a mí, ¡no lo olvide!

—No le diría a nadie que me ha ayudado —aseveró Samson enseguida.

John negó con la cabeza. Samson Segal no tenía ni la más remota idea del refinamiento y la tenacidad con la que se llevaban a cabo los interrogatorios si el agente encargado era hábil y experimentado. Samson caería enseguida en contradicciones, lo implicaría a él y terminaría explicándolo todo con pelos y señales.

—Tal vez tenga algo... —empezó a decir John.

Una expresión de esperanza apareció de repente en el rostro de Samson.

—¿Sí?

John negó con un gesto.

—No se alegre antes de tiempo. No tengo ni idea de adónde puede llevarnos esto. En cualquier caso, se han puesto cosas en marcha. También por parte de la policía. No han seguido considerándolo como el único sospechoso.

—Pero entonces...

—Yo en su lugar todavía no saldría de mi escondite. Como le decía, cualquier pista nueva puede acabar demostrándose absolutamente irrelevante. Además, de todos modos ha cometido un delito eludiendo el interrogatorio de la policía.

—Pero no es lo mismo que ser acusado de triple asesinato —repuso Samson.

John no pudo contradecirlo.

—Cierto.

Tenía claro que al día siguiente lo intentaría de nuevo. Finley Stanford tenía clase de piano. En algún lugar cerca de la estación de metro de Hampstead. Por lo menos sería más fácil y más discreto vigilar esa zona que los extensos y complejos alrededores de las instalaciones de la escuela.

—Bueno, en cualquier caso esta noche quédese aquí —determinó—. En algún lugar todavía debo de tener un saco de dormir. Y luego ya veremos cómo van las cosas.

La intuición le decía que la clave sería buscar a Liza Stanford más intensamente. Que encontrarla arrojaría algo de luz sobre el caso y lo cambiaría todo. También para ese funesto Samson Segal.

John se bebió el último sorbo de té. Se encontraba mejor. Ya no tenía tanto frío como antes. Era asombroso lo mucho que le afectaba.

—No sé cómo está usted —dijo John—, pero yo tengo un hambre de lobo. Puesto que debemos mantener una cierta discreción, no podemos ir al local en el que suelo comer, el que está al final de la calle. Pediremos que nos traigan una pizza a cada uno. ¿De acuerdo?

—Yo también me estoy muriendo de hambre —reconoció Samson—. No he comido nada desde ayer a mediodía.

—Entonces ya va siendo hora. —John se puso de pie—. ¿Qué pizza prefiere?

Por primera vez desde que había conocido a Samson, lo vio sonreír de buena gana.

—Tropical —contestó.

Eran más de las once cuando el repartidor de pizzas llamó al timbre. Al abrir el portal de la calle, la escalera se llenó del frío y el olor a nieve del exterior. Tara recogió las dos cajas de cartón, pagó la cuenta y entró de nuevo en el piso, donde la esperaba Gillian sentada en el sofá, con el pijama puesto, un albornoz y unos gruesos calcetines de lana en los pies. Todavía tenía el pelo húmedo, se había pasado media hora en la bañera para relajarse y entrar en calor de nuevo. Tara le había vertido en el agua una esencia aromática con olor a eucalipto para intentar evitar que pillara un resfriado. Después de haber oído que su amiga había estado andando sobre la nieve en calcetines había insistido en echársela.

—El frío en los pies es peligroso. ¡Y lo último que necesitas ahora mismo es un resfriado!

Había reaccionado con alivio a la llamada de Gillian. Esta había estado debatiéndose un buen rato sobre qué hacer, pero no se le había ocurrido nadie más a quien pudiera llamar para pedirle cobijo. Aparte de John, claro, pero eso habría conllevado más problemas. Pasó unas horas sentada en la cocina con Luke Palm, asustada, casi sumida en el pánico, aunque al mismo tiempo dudaba de si no estaría reaccionando como una histérica a algo que no habían sido más que imaginaciones suyas. Hacia las nueve, Palm le había dicho al fin que tenía que volver a casa, pero que solo podía marcharse si ella se decidía de una vez a no pasar la noche sola. Gillian se había dado cuenta de lo asustada que estaba, de que no podía pasar ni un minuto más en esa casa. Por eso había llamado a Tara. Luke Palm la había llevado en su coche a Londres y la había dejado justo delante del portal del edificio en el que vivía su amiga.

El alivio evidente de Tara había contribuido aún más a agravar el miedo de Gillian. Si él la hubiera tratado como a una neurótica exagerada que se hubiera dejado llevar por disparatadas fantasías, no se lo habría tomado tan a pecho. Pero Palm se había tomado el suceso muy en serio.

Aunque tal vez, pensó, sea normal en un hombre que encontró a una mujer brutalmente asesinada en una casa aislada. La manera de ver la realidad de Luke Palm desde entonces sin duda habría cambiado tras ese suceso.

Tara le había reprochado que no hubiera llamado a la policía enseguida.

—¡Eso habría sido la única decisión sensata que podrías haber tomado! ¡Tienen

que saber que ha ocurrido algo así!

—Tara, ni siquiera estoy segura de que haya pasado algo. Creo haber visto una sombra en la cocina, pero también puedo haberme equivocado. El agente inmobiliario me ha ayudado a registrar toda la casa. Y no había nadie.

—Y registrándola seguramente os habéis cargado todas las pistas que un experto de la policía tal vez habría podido encontrar. Eso no ha sido precisamente sensato por tu parte, Gillian.

—Me sentía tan ridícula... —dijo Gillian en voz baja.

Gillian tampoco había querido llamar a la policía posteriormente para informar de lo ocurrido, como Tara le había recomendado.

—No. Me harán los mismos reproches que tú, Tara. Estoy muerta de cansancio, no puedo más. No me apetece tener que hablar con un agente que no pararía de reprocharme cosas. Es que no puedo más, de verdad.

Tara había terminado por ceder. Había llenado la bañera de agua para que su amiga pudiera tomarse un baño caliente, había pedido unas pizzas y había sacado dos cervezas del frigorífico. Gillian le agradecía que hubiera reaccionado de esa forma. En realidad no había habido diferencias entre ellas, pero su idilio con John Burton había generado una disonancia de la que todavía no habían conseguido librarse. Sentadas en el salón, mientras se comían las pizzas, Tara sacó el tema de repente:

—Gillian, he querido decirte esto todo el tiempo: lo siento, siento haber reaccionado de ese modo. Fui demasiado brusca y me entrometí demasiado en tu vida. Simplemente me asusté. La coacción sexual... es un término que asusta y en su momento no entendí cómo pudiste... da igual. ¡Por culpa de eso te marchaste y durante todo este tiempo he querido llamarte para decirte que lo lamentaba!

—Bueno, pues ya me tienes de nuevo aquí —dijo Gillian—. Ya ves que no te has librado de mí, en realidad.

—Gracias a Dios. Siempre tendrás las puertas de esta casa abiertas.

—De repente tuve tanto miedo... Quiero decir que por un lado me sentí muy tonta. Por otra parte, la policía ya me lo había advertido. Sea quien sea el asesino de Tom, podría haberse propuesto matarme a mí y todavía podría intentarlo de nuevo. ¿Crees que es absurdo?

Tara dejó caer de nuevo en la caja la porción de pizza que se disponía a morder.

—No. Ojalá me pareciera absurdo. Me sentiría más cómoda.

—Pero...

Tara apartó el recipiente de cartón y se inclinó hacia delante. Se puso muy seria, tan seria que llegó a inquietar a Gillian.

—Gillian, soy fiscal y estoy mucho más en contacto que tú con este mundo que en este preciso momento te parece tan descabellado. Tú, en cambio, es la primera vez que te enfrentas a un caso de violencia y terror como este y tengo la impresión de que

te esfuerzas en intentar desplazar todo esto a un terreno imaginario. Y esto, como ya sabes, no puede funcionar, porque tu marido, al que encontraste muerto de un disparo en tu casa, era absolutamente real. No le quites importancia al asunto, aunque puedo comprender que no lo soportes más. Pero no niegues el peligro, es una imprudencia. No me pareció bien que volvieras a tu casa y siento mucho haber tenido la culpa de ello. No permitiré que vuelvas a hacerlo.

—Ahora sí que me siento segura.

Tara hizo una mueca de desaprobación.

—No lo sé. No sé si estás tan segura, aquí.

—¿Por qué no?

—Gillian, no sabemos quién está detrás de todo esto. Pero una posibilidad sería ese tal Samson Segal y todavía no lo han encontrado. Mejor dicho: la policía al parecer no tiene ni idea de dónde se ha escondido. Es evidente que te estuvo espiando durante varios meses. ¿De verdad crees que no me conoce? ¿Que no sabe que soy tu amiga? ¿Y que no habrá contado con la posibilidad de que hayas optado por esconderte en mi casa?

—No tenemos ni idea de si tiene algo que ver con todo esto —dijo Gillian, aunque ella misma se dio cuenta de que el argumento no sonaba nada convincente. Su situación era arriesgada y perduraba de ese modo precisamente porque nadie tenía ni la más remota idea de nada.

—La otra vez, cuando estuviste aquí con Becky, pude ausentarme del trabajo con relativa facilidad —dijo Tara—, pero ahora no podrá ser. Pasarás todo el día aquí sola mientras yo esté trabajando y eso no me parece una buena idea.

—No le abriré la puerta a nadie.

—¿Y cuánto tiempo crees que resistirás? ¿Aquí sentada, de la mañana a la noche, sin ver a nadie y sin poder salir por el peligro que comportaría?

—Eso suena muy duro —admitió Gillian. El hambre se le pasó de golpe y apartó la caja de pizza. Se dio cuenta de que Tara quería librarse de ella y creyó saber cuál era el motivo: Tara también tenía miedo. Si un asesino había puesto el ojo en Gillian, era evidente que la persona que la ocultara también correría peligro.

Podía comprender a su amiga. Pero seguía sintiéndose desamparada.

—¿Qué me aconsejas que haga? —preguntó.

—Aquí serás bienvenida —respondió Tara—, tanto tiempo como quieras. Pero tienes que ser consciente de que en esta casa no estarás segura. Has mandado a Becky a casa de tus padres y creo que ha sido una decisión muy sensata. Estaría bien si tú también...

—¡No! —exclamó Gillian. Se dio cuenta del sobresalto que provocó en su amiga y comprendió que su negativa había sido demasiado vehemente.

—No —repitió con más calma—, no quiero volver a Norwich. No quiero ir a casa

de mis padres. Si tus temores demuestran ser ciertos y el asesino sospecha que estoy en tu casa porque sabe que somos amigas, también sabrá que tengo padres. Incluso puede que sepa que Becky está viviendo allí. No quiero que corra peligro por mi culpa, Tara. No puedo huir para acercar al asesino a mi hija. Es demasiado arriesgado.

—En eso tienes razón —concedió Tara con resignación.

—Ya encontraré algo —aseveró Gillian, aunque en realidad no tenía ni idea de con quién podía contar. Por supuesto, tenía amistades y conocidos en la ciudad a los que podía recurrir. Pero una cosa era encontrarse con alguien de vez en cuando para tomar un café o cenar y otra cosa muy distinta era alojarse en casa de otra familia durante semanas mientras huía de las garras de un asesino.

No tenía ni idea de cómo sortear la situación.

Tara no dejaba de darle vueltas.

—¿Y un hotel? —propuso sin demasiada convicción—. En algún lugar más al norte. O más al sur. En el campo. Una pensión, tal vez.

—Mmm... ¿Y qué haré allí durante todo el día?

—Bueno, para empezar estarías segura. Eso es lo principal.

Gillian reflexionó unos instantes. Un hotel o una pensión, en algún lugar aislado. En Cornwall, tal vez, o en Devon. Se imaginó a sí misma paseando entre peñas nevadas, con la cara enrojecida por el viento helado. Tara tenía razón: lo principal era estar en un lugar seguro.

—No lo sé... Sin duda sería lo más sensato...

Sensato. Pero la idea tampoco es que la volviera loca. No obstante, Gillian se preguntaba si tenía otra elección.

En cualquier caso, solo sería una solución a corto plazo. No quería desaparecer durante varios meses. Aunque tal vez desde allí podría prepararse para su nueva vida en Norwich. Podía llevarse el portátil y buscar trabajo. Sondar el mercado inmobiliario. Eso le daría la sensación de estar avanzando realmente.

—No debemos decirle nada a nadie —dijo ella.

—No —convino Tara.

Menuda pesadilla, pensó Gillian.

Jueves, 14 de enero

1

Llevaba una hora vigilando el edificio de ladrillo rojo de la estación de metro de Hampstead, así como la bifurcación entera entre Hampstead High Street y Heathstreet en la que se encontraba la estación. A pesar del frío y de la nieve, en las tiendas, los pubs y los cafés reinaba un ambiente animado. No resultaría fácil identificar entre tanto transeúnte a la persona que le interesaba: una mujer rubia que estuviera buscando con la vista a su hijo.

Por supuesto, contaba con que ella probablemente se habría preparado para no llamar la atención. Cuando por algún motivo alguien quería pasar desapercibido, lo más normal era que usara una peluca. En ese sentido, el atributo «rubia» no era algo que pudiera esperar encontrar. También podía ser una mujer con el pelo negro, o pelirroja, que estuviera buscando a alguien por allí. Pero no veía a ninguna mujer que simplemente «estuviera por allí». La gente que salía de la estación y los que pasaban por la calle no se detenían. Hacía frío y el tiempo era húmedo. Todo el mundo estaba en constante movimiento.

En ese momento, lo importante era divisar a Finley y descubrir dónde se metía. John tendría más posibilidades si en lugar de tener que estar vigilando dos calles especialmente animadas al mismo tiempo podía concentrarse en un solo edificio y sus alrededores.

Tal vez tuviera suerte.

A su huésped, Samson, no le había contado lo que se proponía hacer. Por la mañana le había dicho que pasaría el día entero en la oficina. Le había pedido a Samson que no saliera del piso y que no le abriera la puerta a nadie. Samson se lo había prometido. Se había limitado a sentarse en el único sillón de ese salón tan vacío y a contemplar cómo John se marchaba.

En mi piso tampoco aguantará mucho tiempo, pensó John.

Cambiaba el peso de un pie al otro y de vez en cuando se echaba el aliento a las manos para calentárselas. Había olvidado los guantes. Lo más probable fuera que no acabara encontrando a Liza Stanford y terminara muriendo de una pulmonía.

Hacia las cuatro y media, cuando ya estaba convencido de que no descubriría nada más que le permitiera avanzar, de repente vio a Finley Stanford caminando por High Street. Debía de haber bajado del autobús más adelante. Cargaba con una mochila en la que seguramente llevaba las partituras de piano. Se movía con lentitud, no parecía tener prisa por llegar a ninguna parte. Era evidente que las lecciones de piano no lo volvían loco, precisamente.

John se espabiló de golpe. La frustración, el cansancio, el frío, todo desapareció en una fracción de segundo. Había llegado el momento. Si Liza Stanford tenía intención de ver a su hijo, ese era el instante más oportuno. Uno o dos minutos más tarde entraría en casa de su profesora de piano y solo le quedaría esperar hasta que volviera a salir. Para entonces, ya habría oscurecido.

Miró a su alrededor. A ambos lados de la calle, detrás de él, encima de él. ¿Había alguien por allí que le pareciera especialmente sospechoso?

La mujer apareció como si hubiera surgido de la nada. Eso ya le llamó la atención. John había mirado en esa dirección pocos segundos antes y no la había visto, ni siquiera por las proximidades. Y de repente, allí estaba, a unos cien metros calle arriba de donde él se encontraba. Iba muy abrigada, no más que el resto de la gente, por otra parte. Solamente hubo algo que a John le pareció extraño y es que no se le veía ni un solo mechón de pelo. Llevaba la cabeza cubierta con un gorro de lana bien calado hasta las orejas. Había escondido completamente el pelo debajo del gorro.

Sin embargo, teniendo en cuenta el tiempo que hacía, lo que más llamaba la atención eran las enormes gafas de sol que llevaba puestas. Eran monstruosas, prácticamente le cubrían todo el rostro. Además llevaba el cuello del abrigo vuelto hacia arriba y una bufanda con la que se cubría la barbilla... Sin duda alguna, esa mujer no quería que la reconocieran.

Se quedó mirando una casa al otro lado de la calle. Una casa de fachada rasa color azul con un anticuario en la planta baja. Justo al lado de la puerta de la tienda se abría un estrecho callejón que permitía acceder al patio interior del edificio y justo por ese callejón es por donde desapareció el pequeño Finley Stanford.

La mujer siguió ávidamente al chico con la mirada.

John ya estaba seguro. Absolutamente seguro. La tenía. Su plan había salido bien. El anhelo de una madre que necesita ver a su hijo. Y la lección de piano, que sin duda debía de haber sido idea de la madre. Ella había querido que aprendiera piano y él había accedido para complacerla. Las tardes de los jueves eran para ellos dos. La madre lo dejaba en aquella casa, salía a hacer un par de compras y volvía unos

minutos antes de que terminara para poder escucharlo los diez últimos minutos. Luego tal vez salían a tomar una taza de chocolate caliente juntos; o un helado, en verano.

John lo vio claro. Lo percibió en la pose de la mujer y en el luto de ese rostro que ni siquiera las gafas, la bufanda y la gorra conseguían ocultar del todo.

Decidió ponerse en marcha.

O bien lo hizo con demasiada brusquedad o bien Liza Stanford, como les ocurre a ciertos animales, había desarrollado un sexto sentido para los peligros inminentes. Reaccionó con un sobresalto, miró a su alrededor y emprendió la retirada a toda prisa. Desapareció tan rápido que pareció como si nunca hubiese estado allí.

John echó a correr. Había sido demasiado imprudente, demasiado brusco. Esa mujer vivía sumida en el miedo a que la reconocieran y la descubrieran. Tenía mil antenas invisibles activadas en todas las direcciones. Se había dado cuenta enseguida de que alguien la estaba vigilando.

John se detuvo en cuanto dejó de verla. Era absurdo, la había tenido al alcance de la mano, si hubiera actuado antes... Reprimió una maldición y las ganas de patear la pared más próxima. Estaba furioso, sobre todo consigo mismo. Se le había escapado. Y lo que era peor: después de aquello no volvería a dejarse ver cerca de su hijo. Por mucho que se muriera de ganas de verlo. No volvería a correr un riesgo como ese así como así.

No serviría de nada entregarse al enojo y la decepción que sentía en esos momentos, tenía que mantener la calma y pensar. Cabía la posibilidad de que hubiera acudido hasta allí en coche y que, por consiguiente, lo hubiera aparcado en una de las calles laterales. Eso significaba que tendría que salir por High Street, puesto que la mayoría de las calles eran de un solo sentido. Si conseguía reconocerla entonces, tal vez podría pegarse al parachoques trasero del coche.

Era la única posibilidad que le quedaba. Aunque también era posible que se hubiera ocultado dentro de uno de los numerosos comercios y cafés y que tuviera previsto pasar ahí unas cuantas horas antes de acudir a pie hasta una parada de bus alejada. Eso si no se limitaba a marcharse andando.

John volvió corriendo al coche que había dejado aparcado en una zona de estacionamiento prohibido de una calle lateral. Arrancó y condujo hasta donde pudo, calle arriba, para abarcar el mayor campo visual posible. Si Liza pasaba por allí podría alcanzarla enseguida. Tan solo esperaba que no apareciera otro vehículo detrás de él que quisiera volver la esquina, porque en ese caso se vería obligado a continuar el camino y no podría seguir esperando. Muchos peatones le dedicaron miradas de indignación porque tuvieron que rodearlo para cruzar la calle y para ello se veían obligados a invadir peligrosamente la calzada. Un hombre furioso golpeó el capó del coche al pasar. John se limitó a mostrarle el dedo corazón.

Absolutamente tenso, observó con atención todos los coches que se le acercaban por el lado izquierdo. Por lo menos no nevaba, algo excepcional con el invierno que estaban teniendo. Se inclinó tanto como pudo sobre el volante para intentar atravesar con la vista cada uno de los coches. Era la hora punta de la tarde, los vehículos avanzaban muy pegados los unos a los otros y de vez en cuando se oía algún claxon nervioso o el chirrido de un frenazo. John sabía que en cuestión de minutos debería abandonar la posición que ocupaba y luego tendría un problema de verdad, porque no le sería posible detenerse en ese lado de la calle.

Y entonces fue cuando la vio. Conduciendo un pequeño Ford Fiesta azul, con las gafas de sol puestas y el gorro bien calado hasta la frente. Parecía muy concentrada en la calle y en el tráfico. El coche que llevaba detrás iba muy pegado a ella. A pesar de la temeridad que comportaba intentar meterse entre los dos vehículos, puesto que provocar un accidente sería la mayor imprudencia del mundo, John se dio cuenta de que no tenía elección. Tenía que arriesgarse. Cuando la mujer pasó por delante de él, había adelantado ya tanto el coche que bloqueaba media calzada, de manera que, tan pronto como el Ford Fiesta hubo pasado, John se apresuró a colarse tras él. El conductor del coche siguiente se vio obligado a pisar el pedal del freno con tanta fuerza que las ruedas patinaron sobre la calzada, por lo que reaccionó enseguida tocando el claxon como un loco, agitando los brazos y gritando lo que seguramente era una retahíla de insultos dedicados a John. Sin embargo, lo que contaba era que este había conseguido incorporarse a la calle sin provocar ninguna colisión. Pudo ver cómo Liza lo miraba por el espejo retrovisor, alarmada por los bocinazos y el rechinar de frenos que había oído tras ella y John esperó que no lo reconociera como el mismo hombre que poco antes había intentado acercarse a ella de improviso. No obstante, tampoco le habría servido de mucho reconocerlo, puesto que difícilmente habría podido huir, aprisionada como estaba en la lenta caravana de vehículos que intentaban volver a casa tras la jornada laboral.

La tenía. John calculó que ya no conseguiría darle esquinazo. De todos modos, mientras esperaba en un semáforo, John anotó el número de la matrícula en su bloc de notas. De ese modo, incluso si ocurría algo inesperado, tendría un punto de referencia.

Sintió una alegría casi infantil por ese logro.

Y un instinto de caza que ya casi había olvidado.

Parecía como si Liza Stanford realmente no se hubiera dado cuenta de que la seguían. En cualquier caso no hizo ningún intento de dejar atrás el coche de John. No se pasó ningún semáforo en rojo, ni dobló la esquina sin previo aviso. Parecía absolutamente tranquila. John supuso que antes, en la calle, había reaccionado de un modo más instintivo que consciente y que se habría molestado por haber sentido esa necesidad repentina de huir. Probablemente esperaba anhelante los jueves y el contacto visual con su hijo durante toda la semana y ese día había tenido que abandonar su posición a toda prisa. En condiciones normales probablemente habría esperado hasta que hubiera salido de nuevo. En lugar de eso, estaba volviendo a casa en coche, preguntándose si estaba haciendo lo correcto.

Se dirigieron hacia el sur de Londres, justo en dirección opuesta a Hampstead, donde se encontraba el verdadero hogar de Liza Stanford. John se preguntaba si Liza habría dejado su coche en su antigua dirección y supuso que sí. Habría sido una buena jugada: si por algún motivo llamaba la atención de algún agente, la policía se presentaría frente a la casa de su marido y este solo podría alegar que su esposa había desaparecido sin dejar rastro. En efecto, todo parecía indicar que Liza se había construido una vida en el más absoluto anonimato.

Pero ¿por qué? ¿Por qué tendría que hacer algo así una mujer casada y madre de un niño?

Llegaron a Croydon, en el sudeste. Durante los últimos veinte años, en esa zona habían proliferado los bloques de viviendas, construcciones sin alma que por supuesto constituían un escondite perfecto. Liza rodeó unos edificios y aparcó el coche en un hueco que encontró inesperadamente en una fila interminable de vehículos estacionados. John lo tuvo más difícil. Tuvo que seguir buscando un rato antes de encontrar también él un hueco para dejar su coche. Volvió atrás tan rápido como pudo. Por suerte, todavía tuvo tiempo de encontrar a Liza frente a la puerta de cristal de un bloque de pisos, mientras buscaba las llaves dentro del bolso.

Se le acercó hasta ponerse a su lado.

—¿Liza Stanford?

Ella se sobresaltó tanto que el bolso se le cayó de las manos y se volvió con gesto airado hacia John. Este se dio cuenta de que a ella le temblaban los labios, como también le pareció apreciar que tenía los ojos muy abiertos tras los cristales de

aquellas enormes gafas de sol.

John se agachó para recoger el bolso de la nieve y lo tendió hacia ella.

—Usted es Liza Stanford, ¿verdad? —planteó él a pesar de saber ya a quién tenía delante. La reacción al oír pronunciar su nombre había sido más que clara.

—¿Quién es usted? —preguntó ella con la voz algo ronca.

—John Burton.

—¿Ha sido mi marido quien lo ha mandado venir?

Él negó con la cabeza.

—No. No tengo nada que ver con su marido.

Ella parecía confusa y desorientada, no sabía qué hacer.

—Tengo que hablar con usted —anunció John—. Es importante. No tengo la intención de revelarles a nadie su paradero, pero necesito saber un par de cosas.

John se dio cuenta de que ella no confiaba en él en absoluto y de que si no lo mandaba al diablo era porque temía empeorar todavía más las cosas. Seguramente le habría gustado salir corriendo, pero a la vez parecía consciente de que intentarlo habría sido una insensatez.

—Por favor —suplicó John—, lo más probable es que no nos tome mucho tiempo. Es importante.

Era evidente que ella seguía preguntándose cómo había podido encontrarla.

—Hace un momento estaba usted en la calle —dijo ella—, mientras...

—Sí —afirmó John—, mientras observaba usted a su hijo. Imaginé que acudiría a verlo, por eso la estaba esperando allí.

Liza estaba pálida como una sábana.

—¿Ha hablado con Finley? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo está?

—Bien. Aunque la echa de menos, claro está. Y hay algo que lo atormenta, algo acerca del hecho de que su madre haya desaparecido tan de repente. Por lo demás, está bien atendido.

—Bien atendido —repitió ella—. Sí, ya lo sabía. Ya sabía que estaría «bien atendido».

Luchaba consigo misma, John se dio cuenta claramente de los esfuerzos que hacía por controlarse. A ella le habría gustado hacerle una pregunta tras otra, conocer hasta el más mínimo detalle acerca de la situación de su hijo. Pero eso implicaba relacionarse demasiado con aquel hombre y todavía sentía un cierto recelo. Tenía miedo.

John se arriesgó y decidió pasar al ataque.

—¿Conocía usted a la doctora Anne Westley? ¿Y a Carla Roberts?

Por segunda vez en pocos minutos, ella se sobresaltó de nuevo.

—Venga conmigo —dijo a continuación—. Hablaremos.

Encontró la llave dentro del bolso y abrió la puerta de la calle. John la siguió y subieron juntos en el ascensor.

El piso estaba decorado con muebles sencillos de madera clara, no parecía más que un piso de estudiantes limpio y acogedor. Nada especial, un lugar en el que no costaba sentirse bien. Sin embargo, había cosas que parecían indicar que la mujer que allí vivía se había mudado hacía poco: faltaban los cachivaches que suelen acumularse cuando se vive en un piso y todos los objetos parecían demasiado nuevos, apenas utilizados o nada adaptados a un uso cotidiano. El único toque personal del salón era la veintena larga de fotografías enmarcadas de Finley que decoraban las repisas de las ventanas y las estanterías. Finley cuando era bebé, cuando era un niño pequeño y con su aspecto actual. En la playa, esquiendo, en un bote de remos, en el zoo o con unos amigos en el jardín. Eran fotos de lo más normales de una infancia de lo más normal.

Y, aun así, había algo en aquella familia que no era normal, en absoluto.

John se dio la vuelta cuando Liza entró en la estancia cargada con una bandeja en la que llevaba dos tazas de café y una jarrita de leche. Se había quitado el disfraz, ya no se ocultaba tras las gafas de sol, ni escondía el pelo bajo la gorra. John pudo ver a la misma mujer atractiva que había visto en la fotografía que Finley llevaba en la cartera. De ojos grandes y labios carnosos, con el pelo largo y rubio, ondulado. Era todavía más guapa de lo que John había creído. Y parecía más triste de lo que había imaginado.

—¿Por qué? —preguntó John mientras señalaba una de las fotos del chico—. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué se ha separado de su hijo?

Ella dejó la bandeja encima de una mesa de madera.

—Me ha preguntado usted por Anne Westley y Carla Roberts —planteó ella—. Las dos mujeres asesinadas. Se trata de eso, ¿no?

—Sí.

—Pero no le manda la policía.

—No. Soy una especie de... investigador privado. Se ha producido un crimen en mi entorno más próximo y podría tener algo que ver con los asesinatos de la señora Westley y la señora Roberts. Esa es la única razón por la que me he implicado en esta historia.

—Comprendo —dijo Liza, a pesar de que parecía bastante confusa.

—¿Conoce usted a la familia Ward? —inquirió John—. ¿Thomas y Gillian Ward?

—No —respondió ella después de reflexionar unos momentos.

—A Thomas Ward también lo asesinaron.

—Eso no lo sabía —explicó—. Lo de Carla y la doctora Westley sí lo he leído en el periódico.

—Anne Westley era la pediatra de su hijo.

—Así es.

—¿Le gustaba? ¿O hubo algún problema con ella?

—Me gustaba. Y a Finley también. Era muy amable con los niños.

Él la examinó a conciencia.

—¿Cómo era su relación con Carla Roberts?

Se sentó a la mesa, cogió una de las tazas e hizo un movimiento de cabeza para sugerirle a su invitado que se sentara con ella.

—No es que fuera una relación especialmente estrecha. Ni siquiera podría decirse que fuéramos realmente amigas. Nos conocimos en ese grupo de mujeres sobre el que sin duda usted debe de haberse informado ya.

Él asintió mientras tomaba asiento y tomó un sorbo de café.

—Sí.

—Éramos algo así como las marginadas del grupo. El resto de las mujeres se pasaban el rato charlando sin parar, hablaban acerca de cómo habían fracasado sus relaciones, de su futuro, de sus planes, de sus esperanzas, de sus miedos... qué sé yo. Yo no soy de ese tipo de personas, me cuesta soltarme. Y a Carla también. Nos limitábamos a sentarnos sin decir nada.

—¿No es una contradicción? ¿Si acudieron a un grupo como ese no fue para poder compartir sus experiencias?

—Tal vez. En cualquier caso, yo fui porque buscaba ayuda y luego me di cuenta de que allí no la encontraría. No fue más que un intento. De todos modos falté a la mayoría de las reuniones. Eso hizo que se enfadaran un poco conmigo, aunque a mí me daba igual.

—La policía la está buscando —anunció John de repente.

—Pues no me encontrarán. A menos que usted me delate.

—Yo he conseguido encontrarla. A ellos también podría ocurrírseles la idea de fijarse en su hijo.

—No volveré a verlo hasta dentro de bastante tiempo. Ya estoy avisada.

—Liza —insistió John—, la policía está investigando bajo mucha presión tres casos de asesinato que muy probablemente ha cometido la misma persona. El mayor problema con el que se enfrentan es que no parece que haya ninguna relación entre las tres víctimas. Como consecuencia de eso no queda nada claro cuál fue el móvil del asesino. De repente, aparece el primer rayo de esperanza en varias semanas: usted conocía a dos de las víctimas. La policía no descansará hasta que la hayan encontrado.

Ella lo miró muy seria.

—Yo no he matado a nadie. Ni a Carla Roberts, ni a la doctora Westley, ni a nadie más. No tenía ningún motivo en absoluto para hacerlo.

—Puede que la policía lo vea de otro modo. Usted conoce personalmente a dos mujeres que fueron asesinadas de un modo verdaderamente brutal y de repente parece que se la haya tragado a usted la tierra. Su marido explica algo acerca de una depresión y afirma que usted las sufre a menudo. Eso no se lo cree nadie, más bien da la impresión de que hay algo que no está claro y eso, en relación con la investigación de unos asesinatos, la convierte a usted en sospechosa.

—Puede ser. De todos modos, ya le he dicho que yo no le he tocado ni un pelo a nadie. A la doctora Westley la vi cuatro o cinco veces, cuando solía llevar a mi hijo a su consulta. Pero no la conocía de nada más. Y Carla Roberts era una mujer absolutamente neurótica capaz de poner de los nervios a cualquiera, pero eso es todo. No voy matando a la gente solo porque me pongan de los nervios, señor Burton.

—¿Por qué motivo sería usted capaz de matar, pues?

—Ninguno en absoluto.

—¿Y por qué la enervaba tanto Carla Roberts?

—¡Ay, siempre se estaba quejando tanto acerca de su pasado...! Su marido la había engañado durante años y había sumido a la familia en la ruina económica. Ella no lo había visto venir y no hacía más que decir que ya no confiaba en su propia percepción de la realidad. Eso se había convertido en una especie de obsesión para ella.

—¿Ya no tenía ningún tipo de contacto con su ex marido?

—No. Él se esfumó por completo, al parecer se había marchado al extranjero. Por lo que sé, no puede regresar a Inglaterra porque sus acreedores se le echarían encima.

—Pero ¿Carla Roberts no mencionó si había recibido amenazas de los acreedores de su marido?

—No. De todos modos no sé qué podrían haberle reclamado a ella.

John suspiró. Había encontrado a Liza Stanford, la que había considerado como el «eslabón perdido». Pero en esos momentos parecía que se había topado con otro muro. El final del camino había resultado ser un callejón sin salida.

—¿No les guardaba rencor por algo a ninguna de las dos mujeres? ¿Ni a Westley ni a Roberts? ¿Por algún motivo?

—No —dijo Liza, pero en su rostro y en su voz apareció un atisbo apenas perceptible de inseguridad durante un instante.

John lo había notado.

Sí que hay algo. ¡Maldita sea, hay algo!

—Entonces, ¿todo esto es pura coincidencia? Asesinan a esas dos mujeres y usted desaparece, con lo que abandona a su marido y deja solo a su hijo, pero ¿solo para mudarse al otro extremo de Londres? Desde un punto de vista meramente físico, seguía teniendo a las tres víctimas al alcance de la mano.

Liza entornó los ojos.

—¿Siempre le da por fantasear de ese modo?

—En el caso de Carla Roberts, la policía sabe que debió de abrir la puerta a su asesino de un modo ingenuo cuando este llamó al timbre. Una mujer sola, la única que vivía en el piso superior de un bloque de viviendas, sin más vecinos en el rellano, sin duda no abriría tan a la ligera. A menos que conociera bien a la persona que llamaba al timbre, eso sería muy distinto.

Liza se puso de pie. Se disponía a decir algo, pero en el último momento decidió tragarse las palabras. Sin embargo, John sabía lo que a ella le habría gustado decir: habría querido echarlo de su casa en el acto, aunque había cambiado de parecer a tiempo. No podía permitirse el lujo de enojarlo, estaba a su merced.

John notó la rabia en la mirada de Liza.

Él también se levantó. Durante un par de segundos, se miraron fijamente en silencio.

—¿Por qué no me echa? —dijo él de repente—. ¿Por qué teme tanto que pueda acudir a la policía enseguida y revele dónde se esconde? Si no ha cometido ningún crimen ¿por qué diablos teme tanto que la descubran? ¿Qué ocurre, Liza? ¿Qué ocurre en su vida?

Ella no respondió.

John decidió intentarlo de nuevo.

—Usted se unió a un grupo de autoayuda para mujeres solas, mujeres a las que habían dejado de repente o que se habían divorciado, que intentaban lidiar con esa situación nueva que les había tocado vivir. Y les explicó que, a pesar de seguir casada, tenía la intención de separarse. ¿Por qué, Liza? ¿Por qué tiene tantas ganas de perder de vista a su marido, hasta el punto de esconderse y alojarse de incógnito en un piso diminuto aquí, en Croydon?

Ella se quedó callada de nuevo y John pensó que no obtendría más respuestas, que tendría que marcharse sin oír ni una sola palabra más.

Pero cuando se disponía a tirar la toalla, a coger la llave del coche y marcharse, ella empezó a hablar:

—¿De verdad quiere saber lo que ocurre en mi vida? —Cerró los ojos un momento—. ¿Cómo es posible que tantos años después alguien realmente quiera saberlo?

La mansión estaba completamente a oscuras.

No había luces encendidas ni siquiera en la puerta o en el sendero que recorría el jardín hasta la casa. Tan solo la nieve, cuyo peso doblaba las ramas de los árboles, confería algo de claridad a la noche.

Christy consultó su reloj. Eran las seis. Había tenido esperanzas de encontrar en casa al doctor Stanford o por lo menos a su hijo, pero nadie había respondido cuando había llamado al timbre. La oscuridad tras los árboles que formaban un muro impenetrable desde la calle revelaba que no había nadie en casa.

Christy pensó si tendría que ir a buscar a Stanford a su bufete. Sin embargo, temía no encontrarlo allí tampoco.

Pero ¿qué sentido tenía esperar frente a su casa? ¡Y con el frío que hacía!

¿Dónde estaba el chico?

Poco a poco y sin demasiada determinación, cruzó la calle nevada hasta el coche. Cuando se disponía a marcharse, oyó que alguien se dirigía a ella.

—¿Quería usted ver a los Stanford?

Christy se dio la vuelta. Por la puerta de un jardín, casi enfrente de la casa de los Stanford, salió una mujer. Christy calculó que debía de haber cumplido los setenta hacía poco. Se sujetaba el abrigo que llevaba echado sobre los hombros con las dos manos frente al pecho. Christy se acercó a ella.

—Sí. Tendría que hablar con ellos urgentemente, con el doctor Stanford o con su esposa. Pero al parecer no hay nadie en casa.

—A la señora Stanford no han vuelto a verla desde hace semanas —dijo la mujer en voz muy baja.

—¿Ah, no? —Christy fingió sorprenderse. Tal vez consiguiera alguna información al respecto. Prefirió no revelar que era policía, para no asustar a su interlocutora—. ¿Desde hace semanas, dice usted?

—Desde... espere... mediados de noviembre, diría yo. No la veo desde entonces, un día que fue a recoger a su hijo a la escuela. Tampoco es que saliera mucho de casa, ¿sabe? Pero se encargaba de llevar en coche a su hijo a donde tuviera que ir. Lo veía desde el salón de mi casa.

—Tal vez la señora Stanford esté enferma y tenga que guardar cama, ¿no? —supuso Christy enseguida.

—Por favor... ¡enferma! ¿Durante dos meses? ¿Y sin que haya venido ningún médico a visitarla? No, no lo creo. En todo el vecindario, nadie creería algo así.

—¿Qué le parece que puede haber sucedido, pues? ¿Y qué creen los vecinos? —preguntó Christy.

Entonces la mujer bajó todavía más la voz.

—¡Que ha tenido lugar algún drama! —susurró.

—¿De verdad?

—No le diga a nadie que se lo he contado yo, ¿de acuerdo? Él me da miedo. ¡Todos los vecinos le tenemos miedo!

—¿Se refiere al doctor Stanford?

—No lo parece, es tan correcto, tan educado... un hombre muy tranquilo. En principio nadie debería tener ninguna queja acerca de él, pero...

—¿Sí?

—Los vecinos lo vemos de otra forma. No es que seamos curiosos, pero una tampoco puede mirar hacia otro lado, ¿no?

—Claro que no —convino Christy.

—Bueno, pues Liza Stanford en ocasiones ha sufrido terribles maltratos. Por eso siempre lleva unas gafas de sol enormes, da igual si llueve o si es de noche. Pero alguna vez la he visto salir un momento sin las gafas para recoger el correo del buzón y tenía la cara destrozada, los ojos hinchados, el labio partido, moratones... Y también hematomas en el cuello, o la nariz ensangrentada. Parecía que hubiera disputado un combate de boxeo. Más que haberlo disputado, parecía como si lo hubiera perdido.

Christy contuvo el aliento.

—¿Quiere usted decir que...?

—No me gusta extender rumores acerca de nadie —explicó la anciana—, pero tampoco es tan difícil sumar dos más dos, ¿no? ¿Quién podría maltratar a esa mujer tan a menudo y de ese modo tan horrible? En esa mansión tan enorme y tan oscura solo viven tres personas: Liza, su hijo y su marido.

—Ya veo —dijo Christy—. Realmente parece como si... Pero me pregunto por qué no ha acudido ella a la policía.

Hizo la pregunta con un marcado tono de ingenuidad. Llevaba tiempo en el cuerpo de policía. El suficiente para saber que existen miles de motivos por los que una mujer que se encontrara en la situación de Liza Stanford no acudiría a la policía. O a un consultorio. De hecho, eran pocas las que lo hacían.

—Él es muy influyente —contestó la anciana—. Tiene mucho dinero y mucho prestigio. Se codea con los políticos más importantes del país, conoce a todo Dios. Seguro que incluso es amigo del jefe de policía, o al menos no me sorprendería que así fuera. Tal vez Liz no vea la manera de enfrentarse a él y tema empeorar todavía

más las cosas.

—Cuando la vio por última vez —dijo Christy—, ¿también estaba herida?

La anciana negó con la cabeza.

—Al menos a mí no me lo pareció. Con esas gafas de sol... Es que le tapan casi toda la cara.

«Las enormes gafas de sol de Gucci...». Christy recordó la conversación que había tenido con la auxiliar de médico de la consulta de Anne Westley. Las gafas oscuras que Liza al parecer no se quitaba ni cuando entraba en lugares cerrados le conferían ese aspecto inaccesible y arrogante que despertaba las antipatías de la gente. Pero no podía hacer otra cosa. La mayoría de los días, desde que se había casado con el tan respetado doctor Stanford, se había visto obligada a ocultar su rostro.

—¿Y dice que por aquí todo el mundo le tiene miedo al doctor Stanford? —preguntó para asegurarse.

La anciana asintió.

—Y no me extraña. De verdad, tendría que haber visto a esa mujer. Un hombre capaz de hacer algo así no puede ser normal. Es peligroso. Quiero decir que no fueron solo un par de tortas, ¿comprende? Debe de descargar todo su odio y brutalidad, ese hombre no está bien. Además esa mirada tan penetrante... A mí me provoca escalofríos, no he podido soportarlo jamás, por muy educado que se muestre conmigo.

—¿Y no ha habido nadie en todo el vecindario que haya intentado interceder?

—¿Cómo? No, ella lo habría negado todo, si se lo hubieran preguntado. Siempre ha intentado esconder las marcas. Y llamar a la policía... nadie se atreve a hacerlo. Y tampoco es que nadie se haya topado con la situación directamente. La casa queda muy apartada de la calle, tiene un jardín enorme y está rodeada de árboles. Nadie ha oído ni visto nada. Si hubiera llegado a gritar alguna vez para pedir ayuda, alguien se habría enterado, habría alertado a la policía y lo habrían sorprendido con las manos en la masa. Pero de este modo... Al fin y al cabo no podrían hacer nada contra él y en cambio él sí habría podido descubrir quién lo habría denunciado, y luego...

—¿... luego? —preguntó Christy, al ver que la mujer dejaba de hablar.

La anciana al parecer temía hacer el ridículo, o que la tomaran por una vieja extravagante.

—Es que usted no lo conoce. A mí me da miedo.

—¿Y el hijo no nota nada?

—Es un niño muy callado y más bien soso. Demasiado callado y demasiado soso, en mi opinión. Estoy segura de que no es feliz.

—Pero ¿hay indicios de que a él también lo maltrate?

—No. Jamás. De alguna forma, creo que el problema de Stanford no son los

niños. El problema lo tiene con las mujeres.

—¿También con otras que no sean su esposa?

—Solo es una sensación... pero sí. Aunque tampoco sabría decirle por qué.

Christy le agradeció a la señora que le hubiera contado todo aquello y se despidió, aunque memorizó el nombre de la anciana después de leerlo en el rótulo que había junto al timbre de su casa, así como el número de la calle. Tal vez tendrían que volver a verse.

—¡Yo no le he dicho nada! —gritó esta antes de desaparecer.

Christy subió al coche, dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el centro de la ciudad. Llamó al inspector Fielder desde el dispositivo de manos libres. Tal como esperaba, él todavía estaba en su despacho.

Le explicó que la visita había sido en vano y le describió la conversación que había mantenido con la anciana.

Fielder reaccionó en primera instancia con un silencio atónito.

—Algo es algo —dijo al final—. ¿Cree que podemos dar crédito a lo que le ha contado la vecina? —añadió—. ¿O es posible que no sean más que especulaciones excesivas?

—A mí no me parece que sea mentira. Parece que le tiene miedo de verdad. Y de alguna forma, todo encaja. Ya teníamos claro que algo no iba bien en esa familia y la historia de esas depresiones cíclicas parece más que sospechosa. El caso de repente parece claro.

—Sí —convino Fielder. Parecía preocupado—. Quiere decir que...

—Quiero decir que o bien Liza Stanford se está escondiendo de su marido porque siente que su vida corre peligro, o simplemente ya no está viva. Tal vez haya sido él quien la ha hecho desaparecer.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Por supuesto que sí, señor. Es algo escandaloso, pero tengo un mal presentimiento. Stanford es un hombre temido en el vecindario. Maltrata a su mujer. La vecina lo ha descrito como a un psicópata y no me ha parecido que se tratara de una chiflada.

—En cualquier caso, todo eso no son más que suposiciones, Christy. Incluso si realmente maltrata a su esposa, la única prueba que tenemos es una conversación con una vecina frente al seto que rodea el jardín de la casa. No es que sea una prueba muy sólida que digamos.

—¿Qué es lo que no le parece sólido? Liza ha desaparecido. ¡Dos mujeres a las que ella conocía han muerto asesinadas a manos de un psicópata!

—Está hablando de Stanford... El Caritativo, el hombre que suele recoger cientos de miles de libras para los más pobres del país... ¿Cree que ese hombre es el responsable de los asesinatos?

—Yo no excluiría esa posibilidad, a ese tipo le falta un tornillo. Tiene problemas para controlarse, por eso atormenta a su esposa de ese modo tan brutal. Puede que considerara que Carla Roberts suponía un peligro para él. Tal vez Liza le confió a Carla el desastre que suponía su matrimonio y Carla la intentó convencer para que acudiera a la policía y lo denunciara y le dijo cosas como «Si no lo haces tú, lo haré yo», o algo por el estilo. Eso debió de llegar a oídos de él y se volvió loco. ¡Del mismo modo que, al parecer, enloquece de vez en cuando con su esposa!

—¿Y la doctora Westley?

—La doctora Westley intentó, como ya sabemos, hablar con una colega acerca de Liza Stanford. Porque había un problema, según dijo ella misma. Es posible que detectara indicios de maltratos. Era médico, debía de saber detectar algo así. O tal vez había sido Liza quien se lo había dado a entender. Anne Westley no estaba segura sobre lo que debía hacer y quiso comentarlo con alguien. Pero entonces murió su marido y ella se olvidó del asunto.

—Pero de eso hace más de tres años. Y la han asesinado ahora.

—Es posible que Stanford se haya enterado de ello recientemente. Puede que Liza se lo dijera durante una discusión. «¡Mi amiga ya lo sabe! ¡Y la que había sido la pediatra de nuestro hijo, también!». Tenía miedo. Él debió de enterarse de que había personas que estaban al corriente del drama y que podían hacer indagaciones en caso de que a ella le ocurriera algo grave. En su momento ella no había tenido en cuenta que estaba poniendo en peligro a esas dos mujeres.

—¿Y cómo encaja Thomas Ward en esta teoría? ¿O Gillian Ward, en caso de que en realidad hubiera ido a por ella?

—Eso no lo sé —tuvo que admitir Christy—, pero estoy prácticamente segura de que existe alguna conexión a pesar de que todavía no sabemos cuál es.

—Tenemos que encontrar a Liza Stanford, nos ayudaría mucho —aseveró Fielder tras unos segundos de silencio—. Con lo que sabemos, podría tener sentido recorrer todos los hogares para mujeres maltratadas de la región. Es muy posible que se haya refugiado en uno de ellos.

—Puede que esté muerta. O que corra un gran peligro. ¡O que alguien que la esté ayudando también corra peligro!

—Ya sé lo que pretende hacer, Christy —dijo Fielder con un suspiro—. Pero tal como están las cosas... Todo esto no basta para dictar una orden de arresto contra Stanford. No tenemos más que sospechas y una declaración dudosa.

—La declaración de la vecina no deja lugar a dudas —replicó Christy justo antes de frenar en seco frente a un semáforo en rojo que había estado a punto de saltarse. Se dio cuenta de que en su interior empezaba a acumularse una furia tremenda, porque de repente estaba conduciendo demasiado rápido y sin prestar la suficiente atención. El inspector Fielder se revolvió sobre el asiento y ella se percató

perfectamente de lo que le había provocado tanto malestar a su jefe. La influencia de Stanford. Sus relaciones y enchufes. Era un abogado con éxito, buen amigo de los políticos. Miembro de un club influyente de la ciudad. ¿Y qué había dicho la vecina? «Seguro que incluso es amigo del jefe de policía». Christy habría apostado a que eso era justo lo que Fielder más temía. Debía de pensar que su carrera y cualquier posibilidad de ascenso se convertirían en metas inaccesibles si llegaba a dar ese paso.

¡Maldita sea! Le habría gustado golpear el volante con los puños. Odiaba a esos tipos que alcanzaban posiciones aparentemente inatacables para el derecho, la ley y el orden. Los que se parapetaban detrás de fortunas, de éxitos y de influyentes contactos y se alegraban de disfrutar de su repugnante perversión con la seguridad de que nada ni nadie podría hacerles daño.

No dejaré que te salgas con la tuya, Stanford, ¡puedes contar con ello!

—Daremos más prioridad a los intentos de localizar a la señora Stanford —decidió Fielder con tono ceremonioso—. Hasta que no tenga su declaración, no tomaré medidas contra su marido.

—¿Y si la encuentra él antes que nosotros?

—Él no la está buscando.

—Eso dice. ¿Acaso se cree alguna palabra de lo que dice ese tipo? Tiene dinero suficiente para contratar a cinco comandos asesinos. Ella supone un peligro para él. ¡Debe encontrarla!

—No se deje llevar por la ira, sargento. No sabemos si busca a su esposa o si ha contratado a alguien para que lo haga por él. Tampoco sabemos si es el responsable de los asesinatos de Roberts y de Westley, por no hablar ya de la muerte de Thomas Ward. Ni siquiera podemos estar seguros de que haya maltratado realmente a su esposa. ¡No sabemos nada! Con una historia tan turbia como esa, yo no me lanzo a la piscina, lo siento.

Christy hizo algo que todavía no se había permitido hacer hasta el momento con su jefe: le colgó el móvil sin mediar palabra, sin despedirse. No solo lo colgó, también apagó el móvil para que no pudiera llamarla de nuevo, aunque supuso que difícilmente lo intentaría: seguro que se alegraba de haberse librado de ella.

Los neumáticos del coche chirriaron contra el asfalto cuando dio la vuelta. Se dirigía hacia el despacho de nuevo, pero decidió que sería mejor pasar antes por casa y tomarse un baño.

Y abrir una buena botella de tinto.

Viernes, 15 de enero

1

Eran casi las doce y media de la noche cuando John se despidió de Liza. Ella estaba frente a la ventana, mirando hacia abajo, y lo vio andar por la calle a la luz de las farolas. Le habría gustado que se hubiera quedado un poco más, pero no se había atrevido a pedírselo. Se había sentido segura cerca de él. John Burton no se dejaba intimidar, no quedaba desconcertado fácilmente y era capaz de defender su pellejo.

Sin embargo, no sabía con seguridad si podía confiar en él. No acababa de comprender cuál era el papel de ese hombre en toda esa historia. Había afirmado ser un investigador privado, pero ella se había dado cuenta de que, aparte de esa información, no había conseguido sonsacarle nada más. No contaba más de lo que quería decir. Ni una palabra más.

Tal vez acudiría directamente a la policía para revelar su paradero. Incluso podía ser que creyera que la ayudaría con ello.

Aunque, de hecho, no le había parecido un tipo ingenuo.

En cuanto lo perdió de vista, Liza se apartó de la ventana y corrió las cortinas. De repente ya no consideraba que aquel piso fuera un escondite, ya no tenía la sensación de tener un lugar en el que retirarse del mundo, en el que sentirse protegida. John Burton la había encontrado. Eso significaba que cualquiera podría hacerlo.

Tenía que buscarse otro alojamiento tan rápido como fuera posible.

Se sentó a la mesa del comedor y se tomó otro café. Había preparado varias tazas durante aquella noche en la que había estado contándole a John Burton, al que no conocía de nada, la historia del martirio que le había tocado vivir. Las humillaciones psicológicas con las que todo había empezado. La obsesión con la que su marido la había controlado. Los años durante los que, todavía sin violencia de por medio, ella había tenido cada vez más la sensación de que le faltaba el aire. Unos años durante los que tuvo que rendirle cuentas por cada paso que daba, por cada movimiento que

hacía, incluso por lo que pensaba.

—No me dejaba decidir nada en absoluto. No me dejaba elegir los muebles, ni las cortinas, ni las alfombras, ni los cuadros de las paredes. Ni la vajilla que utilizábamos para comer, ni las flores que plantamos en el jardín. Ni los libros de las estanterías. Ni los vestidos que yo llevaba, ni siquiera la ropa interior, los productos cosméticos o el maquillaje. Ni los coches. Nada. Absolutamente nada. Es un perfeccionista patológico y todo, absolutamente todo, debe encajar en la imagen que él tiene de la casa perfecta, el jardín perfecto, la esposa perfecta, la vida perfecta.

Él le había hecho la pregunta inevitable:

—¿Por qué no lo ha dejado?

Ella había respondido en voz baja:

—Hay algo que los hombres como él hacen por encima de todo y de forma sutil: le roban a la víctima la seguridad que pueda tener en sí misma. Le destrozan el alma. Cuando te das cuenta, ya no tienes fuerzas para marcharte. Dejas de creer en ti misma. Dejas de creer que sea posible superar lo que se presente y te aferras a tu torturador porque primero te ha destruido y luego te ha convencido de que no puedes existir sin él.

John había asentido. Ella había agradecido que él no hubiera reaccionado con alguna trivialidad del tipo «pero una mujer guapa como usted encontraría a otro hombre enseguida».

Liza tuvo la impresión de que John había comprendido perfectamente lo que su marido había hecho con ella y con su alma.

—¿Cuándo empezó a pegarle? —preguntó John al fin.

Era evidente que sabía cómo había sucedido. Sabía cómo funcionaban esas cosas.

Ella lo recordaba perfectamente.

—Después de que naciera Finley. No entendía que hubiera más personas en mi vida aparte de él. Tener un hijo te da fuerzas. Cuando Finley nació me sentí más fuerte. No creo que me comportara de otro modo, pero tal vez se me notaba... algo más de paz interior, de felicidad. Era el amor que sentía por el pequeño. Con su sadismo, su control, sus ataques y sus agravios ya no conseguía herirme psicológicamente como antes. Con Finley construí una especie de pantalla protectora a mi alrededor. Eso debió de enfurecer a mi marido. Ya no tenía un control absoluto sobre mí. Y eso le resultaba insoportable.

Liza le había descrito lo difícil que había sido ocultar las heridas. Se ponía unas gafas de sol enormes, cada vez que le dejaba un ojo morado. Un labio partido significaba varios días sin poder salir de casa. En ocasiones había vivido parapetada durante semanas en aquella mansión.

Había notado que John Burton estaba furioso. No con ella, sino con los hombres como su marido. Aquellos que, con sus elaboraciones psicológicas y legitimidades,

ponían a mujeres como ella en una situación de desamparo absoluto.

Había tenido la necesidad de describirle la complejidad del fenómeno, de explicarle por qué había soportado esa pesadilla sin resistirse.

—Tenía miedo. Por encima de todo, temía perder a Finley. Mi marido es poderoso e influyente. Siempre he pensado que yo tendría las de perder incluso si acudía tambaleándome a la policía gravemente herida para denunciarlo. ¿Sabe?, yo había recibido tratamiento por depresiones. Él habría sido capaz de conseguir que me declararan demente. Que alguien aportara pruebas de que me había autolesionado. Habría conseguido encerrarme en un psiquiátrico. No habría podido ver a mi hijo de nuevo.

—No es tan sencillo —dijo John—. Puede demostrarse si alguien se ha lesionado a sí mismo o si lo ha hecho otra persona. No creo que hubiera podido encerrarla en un psiquiátrico.

Ella se encogió de hombros.

—Siempre me amenazaba con hacerlo. Me gritaba: «¡Estás chiflada!», «¡Te voy a ingresar y no volverás a salir!». No quise arriesgarme. Tan solo tenía miedo.

Para demostrar dicho miedo, al final Liza se quitó el jersey delante de ese desconocido. Debajo llevaba un top muy escotado. Ella había oído la exclamación sorda que John había soltado al ver las heridas mal cicatrizadas que tenía por debajo de la garganta, en los brazos, en los hombros.

—Empezó a atacarme con un cuchillo —susurró ella.

—¡Dios mío, Liza! —Burton se puso de pie, se le acercó, la envolvió en un abrazo y se quedaron de ese modo durante unos minutos. Ella fue consciente de la fuerza de ese hombre, de la calma que le ofrecía, como si de repente hubiera encontrado algo de seguridad, un puerto, un lugar en el que descansar.

Hasta que ella misma se llamó al orden: ¡no te fíes de ningún hombre!

Se separó de él y se vistió de nuevo.

—La ayudaré, Liza —prometió él—. Créame, la ayudaré.

—Usted no puede ayudarme. No puede hacer nada contra él.

—Su marido ha conseguido que todos crean que es todopoderoso y puedo comprenderlo. Pero no lo es. Es un hombre normal y también está sujeto a la ley.

—Me matará si consigue ponerme las manos encima de nuevo.

—No podrá. Acabará en la cárcel.

Ella soltó una carcajada sarcástica.

—¿Y cree usted que desde allí no sería capaz de organizar su venganza?

—¿Quiere usted que salga indemne de todo esto? ¿Y tener que seguir ocultándose durante el resto de su vida?

—Tal vez no tenga elección.

—¿Y su hijo...?

La ira se reflejó en los ojos de ella al oír lo que interpretó como un reproche en la voz de John.

—¡Ahora no me diga que no debería haberlo dejado con él! ¡No me lo diga! ¡Usted no tiene ni idea de la situación en la que me encuentro! ¿Cómo podría haberme llevado a Finley? ¡Es un niño y tiene que ir a la escuela, llevar una vida más o menos normal! Logan me habría encontrado enseguida. No habría podido desaparecer del todo con un chico de doce años, simplemente es imposible. Sé que Finley está bien con él, mi marido no se atrevería a tocarle ni un pelo. Nunca lo ha hecho. Aunque parezca un disparate, lo cierto es que es un padre cariñoso. Más que eso: idolatra al chico. Yo no podía hacer otra cosa. Finley tiene su espacio, su hogar, su escuela, sus amigos. Esto es lo mejor para él, incluso si yo tengo que vivir huyendo. Créame, separarme de él me está volviendo loca. Si lo soporto es solo porque tengo la seguridad de que es lo mejor que puedo hacer por él. Y porque intento verlo de vez en cuando. Como hoy. Ahora me doy cuenta de lo arriesgado que ha sido. Podría haber sido mi marido quien hubiera estado acechándome.

—Finley la echa de menos.

Se empeñó en contener las lágrimas.

—Sí. ¿Cree que no lo sé? ¿Cree usted que no me atormenta saberlo? Sin embargo, sé que ahora las cosas le van mejor que antes. Por mi parte, si mi marido se separara de mí y me encerrara en un psiquiátrico, ni siquiera podría sentir la libertad de poder terminar con esta situación en cualquier momento. Cuando ya no pueda soportar vivir sin Finley, volveré. A pesar de todo lo que me espera.

—¿Su marido nunca ha temido que Finley pudiera contárselo a alguien? ¿A un profesor, por ejemplo? ¿A compañeros de clase, o a los padres de estos?

—Mi marido no sabe lo que es tener miedo. Por lo menos no sabe lo que se siente. Lo único que sabe es cómo provocarlo en los demás. A Finley lo tiene igual de paralizado que a mí. Los dos hemos sabido siempre que las cosas empeorarían si llegábamos a explicárselo a alguien. Mi marido ni siquiera ha tenido que prohibirnos de forma explícita hablar de todo esto con nadie. Es que igualmente no lo habríamos hecho. Lo único que nos planteábamos era la manera de seguir soportándolo. Y de sobrevivir.

Ella se tomó el café con la mirada perdida en la pared que tenía delante, donde los grandes ojos de Finley la contemplaban a su vez desde los numerosos retratos enmarcados. Se preguntaba si Burton lo habría comprendido en realidad. Vivir con un psicópata peligroso te cambiaba completamente la manera de ver el mundo, pero también la sensación de seguridad y estabilidad que podrías haber tenido. En algún momento, muchos años atrás, en otra vida que apenas recordaba vagamente, también ella había creído en esos garantes de la protección de los individuos: el derecho, la ley, la justicia y la solidaridad. Le había parecido que el suelo era estable bajo sus

pies y se había sentido segura en la sociedad en la que había crecido.

Posteriormente se había dado cuenta de que todo aquello había sido una conclusión errónea. No existía la seguridad, ni la protección, ni la justicia, ni la solidaridad. Lo único que sí existía era la ley del más fuerte, nada más. El mundo era un lugar horrible que tan solo mantenía un frágil equilibrio sobre una red tejida de sistemas de seguridad obsoletos. Si alguien se deslizaba entre esa malla, le esperaba una caída sin fin y eso era algo que le ocurría a mucha más gente de lo que ella podría haber imaginado. Lo comprendió cuando se vio arrojada en caída libre. Cuando se dio cuenta de que no habría nada ni nadie para detener el golpe.

Burton le había preguntado de nuevo por Carla y por Anne.

Carla Roberts y Anne Westley.

Incluso en esas circunstancias, sola en ese piso, envuelta por la luz titilante de las velas y con el temor a perder de nuevo ese refugio en el que había confiado a pesar de todo durante las últimas ocho semanas, no pudo evitar una sonrisa amarga y resignada.

Carla y Anne habían sido sus dos intentos de encontrar ayuda. Y los dos intentos habían terminado en fracaso.

—¿A su marido no le molestaba que acudiera a ese grupo de mujeres? —le había preguntado Burton.

Ella había negado con la cabeza.

—Él no sabía que me encontraba con otras mujeres separadas o divorciadas. Le conté algo esotérico que a él le pareció una idiotez pero que no lo inquietó en absoluto. Me arriesgué mucho con ello, por supuesto. Él podría haber indagado al respecto en cualquier momento. Pero no lo hizo. Suele tener poco tiempo a causa de sus compromisos profesionales y no pudo volcarse en mi vigilancia.

—¿Confiaba usted en Carla Roberts?

—Completamente, no. De todos modos se pasaba el tiempo hablando acerca de sí misma y de su destino y veía en mí solo a alguien que la escuchaba con paciencia. Sin embargo, un día nos encontramos fuera del grupo, en su casa. Yo llevaba puestas las gafas de sol una vez más y, después de quejarse durante una media hora, Carla se detuvo de golpe, me miró y preguntó: «¿Por qué siempre llevas esas gafas de sol?».

»Era un día lluvioso, gris. Yo solía salir de ese tipo de situaciones alegando que tenía los ojos supersensibles, una alergia o conjuntivitis. Pero de repente... no sé por qué... me limité a quitarme las gafas y le dije: «¡Por esto!».

»Tenía un aspecto horrible. Tenía el ojo derecho amoratado y tan hinchado que apenas podía abrirlo. No era una visión especialmente agradable.

—¿Cómo reaccionó Carla? —preguntó John.

—Se quedó boquiabierta. La buena de Carla pensaba que lo peor que un hombre podía hacerle a una mujer era empezar una relación con su secretaria y arruinar el

negocio familiar. Entonces se dio cuenta de las cosas que llegaban a suceder en el mundo. Se quedó bastante desconcertada.

—¿Y le hizo preguntas? ¿Le aconsejó que denunciara a su marido?

—Me hizo preguntas, sí. No le conté toda la dimensión de mi tormento, pero sí le dije que mi marido era muy irascible y que solía utilizar los puños para resolver sus problemas conmigo. Ella se horrorizó, pero... ¿qué iba a decirme? Más o menos un cuarto de hora más tarde empezó a darle vueltas a sus temas de nuevo: la infidelidad de su marido, la hija que no se ocupaba lo suficiente de ella, la soledad que sentía... Así era Carla. No era mala persona, pero era incapaz de ver a nadie más que a sí misma. En el fondo su problema era que no podía abstraerse de sí misma durante más de unos segundos. Seguramente no podía evitarlo.

—¿Y volvió usted a hablarle de ello? ¿O Carla llegó a ofrecerle algún tipo de ayuda?

—No. Nos vimos más veces, pero pocas. El grupo se disolvió y mi situación personal se agravó. Ya no podía mantener mi vida social. Tenía miedo a morir. No me apetecía volver a ver a Carla y pasarme el rato escuchando sus lloriqueos.

—¿En ese momento usted y la doctora Westley ya habían hablado?

Liza le había contado la reacción de la pediatra y él había comprendido por qué cuando le había preguntado si les guardaba rencor a Carla y a Anne, su respuesta había sido insegura. No, no podría llamarlo rencor. Pero esas dos mujeres la habían dejado en la estacada. Era muy consciente de eso.

—¿Su marido sospechaba que había dos personas aparte de la familia que podían suponer un peligro para él? Por el hecho de que supieran lo que ocurría en su casa, quiero decir.

—Yo no se lo conté —dijo ella tras reflexionar unos momentos—. Pero como es natural, podría haberlo descubierto.

—¿Cómo?

—Ni idea. Pero lo creo capaz de cualquier cosa, ¿sabe? Es posible que lo supiera.

—¿Y el apellido «Ward» no le dice nada? Thomas y Gillian Ward.

—No. Lo siento. No lo había oído nunca.

En ese punto fue cuando él se había despedido. Le había prometido una vez más que la ayudaría. Ella reflexionó acerca de cómo pensaba hacerlo.

—¿Hay algo más que deba saber? —le había preguntado ya en la puerta. Cuando ella movió la cabeza en gesto negativo, John insistió—: ¿Está segura? ¿Me lo ha contado todo acerca de esta historia?

—Sí.

Él le había dejado su tarjeta. Por si recordaba algo más que le pareciera relevante. O por si necesitaba ayuda. No sabía que ella había decidido desde hacía tiempo no correr ningún riesgo. Tal vez contaría a John Burton entre los buenos, pero había

aprendido a ver a los hombres como a enemigos potenciales, como a criminales. Al parecer le resultaba más seguro no hacer excepciones.

Desaparecería. Seguiría adelante. Renunciaría a cualquier tipo de contacto con Finley, por mucho que eso le rompiera el corazón.

No se lo había contado todo a Burton. Pero ¿acaso esperaba que lo hiciera? No lo conocía de nada. Era un completo desconocido para ella.

Además él le había pedido que le contara «todo lo que pudiera ser relevante acerca de esa historia».

Liza no sabía si lo que se había callado era relevante.

Probablemente, no.

Podía ver claramente la situación a la que se enfrentaba. Liza se la había descrito con serenidad. Casi sin emoción.

La amable pediatra, competente, maternal. La doctora Anne Westley. La mujer que tan bien sabía tratar a los niños, pero que también sabía cómo calmar y quitarles el miedo a los padres.

Y Liza Stanford. Tenía una herida profunda abierta en la sien como consecuencia de un puñetazo recibido la noche anterior que la había mandado contra el canto de un armario. A su marido no le había gustado la cena. Estofado irlandés sin zanahorias. No tenía zanahorias en casa y no había tenido tiempo de salir a comprarlas. Él le había dejado claro que quería estofado irlandés para cenar y no había estofado irlandés sin zanahorias. Ella lo había cocinado con la esperanza de que él no lo notara.

Pero, por supuesto, lo había notado.

En realidad, ella habría preferido no salir al día siguiente. La herida volvía a sangrarle y no había encontrado la manera de cortar la hemorragia. Pero Finley salió de la escuela y le dijo que se había caído en la clase de gimnasia. Había parado el golpe con la mano derecha y al principio apenas había notado dolor. Sin embargo, durante la tarde se le hinchó la mano y el dolor se volvió más intenso. Liza esperaba que toda esa historia acabara bien, pero Finley se había quejado cada vez más y al final no había visto más alternativa que acudir a un médico. Se tapó la herida con esparadrapo, se peinó el pelo hacia delante para ocultar el percance en la medida de lo posible y se puso las gafas de sol. Habría preferido acudir a una clínica de urgencias en la que no la conocieran, pero Finley le había pedido casi entre lágrimas que lo llevara a su pediatra habitual.

Así fue como llegaron a la consulta de la doctora Anne Westley, a última hora de la tarde y, a pesar de que la sala de espera estaba llena hasta los topes, los atendieron enseguida por tratarse de una urgencia.

Efectivamente, Finley se había torcido la mano y se la había lesionado. Le vendaron el brazo y la doctora Anne Westley se sentó a su escritorio para hacerle una receta para un calmante. Liza se sentó frente a ella, mientras que el niño se había retirado a un rincón para jugar con unos muñecos de plástico de Barrio Sésamo que lo tenían fascinado.

Anne arrancó la receta de su bloc y cuando iba a tendérsela por encima de la mesa se detuvo.

—¿Qué tiene usted ahí? —preguntó.

Liza se echó el pelo hacia delante instintivamente y al hacerlo notó un líquido caliente en la sien que le bajaba por la mejilla.

¡Oh, no!, pensó Liza, horrorizada.

—Está sangrando —dijo Anne—. ¡Espere, déjemelo ver!

Salió de detrás del escritorio a pesar de las protestas de Liza.

—No es nada... estoy bien... no hay problema...

El esparadrapo estaba completamente empapado. Antes de salir de casa, la herida parecía haber dejado de sangrar ya. Por algún motivo, se había abierto de nuevo.

Anne se inclinó sobre Liza y le quitó las gafas de sol con cuidado. El ojo izquierdo también había recibido, aunque no estaba ni mucho menos tan morado como lo estaría un día después. Sin embargo, el párpado estaba enrojecido e hinchado y era obvio que la tenue coloración verdosa empezaba a extenderse poco a poco y apenas se diferenciaba de la sombra de ojos que se había aplicado con torpeza. Liza oyó cómo Anne aspiró aire bruscamente entre los dientes. A continuación despegó el esparadrapo con destreza.

—Dios mío —exclamó—, ¡esto tiene muy mal aspecto! ¿Ya ha ido a que lo vea un médico?

—No —contestó Liza—. Ya había parado de sangrar y he pensado que se estaría curando.

—La herida parece inflamada. Le prescribiré una pomada antibiótica. Además, debo vendársela mejor. Un poco de esparadrapo no basta. Tengo un espray que detiene las hemorragias.

—Bien —convino Liza en voz baja. No se atrevía a mirar a la doctora.

Anne se apoyó en el canto del escritorio.

—¿Cómo se lo ha hecho? —La pregunta sonó indiferente, marcadamente indiferente.

Liza sabía que su reacción había sido de lo más estereotipada, pero en ese momento no se le ocurrió otra cosa.

—En la escalera de casa. Ya me ha sucedido otras veces. Los escalones son muy altos y yo soy bastante torpe —soltó una carcajada artificial. La herida le dolía muchísimo cuando se reía—. Soy muy poco hábil. Y en el rellano de abajo hay una moldura de decoración, me he golpeado la cara con ella. Aún he tenido suerte de no haber perdido un ojo. Este tipo de cosas me fastidian mucho. A ver si aprendo de una vez a ir con más cuidado, pero es que ya en la escuela, cuando tocaba clase de gimnasia, yo siempre...

Se quedó callada.

Hablo demasiado, pensó.

—Señora Stanford —dijo Anne, que seguía apoyada en la mesa—. Míreme, por favor.

Liza alzó la mirada sin demasiada convicción. Se sentía desnuda y desprotegida sin sus habituales gafas de sol, con los cristales muy oscuros. Debía de tener un aspecto horrible.

—Señora Stanford, no quiero meterme donde no me llaman, pero me gustaría decirle que... es posible encontrar ayuda en cualquier situación. A veces creemos que nuestra situación es completamente desesperada y en realidad no lo es. Siempre hay una salida.

Liza miró fijamente a los ojos de aquella mujer de pelo canoso, y reconoció en ellos la consternación y el espanto.

Lo sabe. Sabe perfectamente lo que ha sucedido.

Sin embargo, no dijo nada, se limitó a desviar la mirada.

—Ahora me encargaré de su herida —anunció Anne unos momentos después. Su voz sonó resignada—. ¿Le parece bien?

Liza asintió.

Dejó que Anne le hiciera las curas correspondientes mientras Finley seguía jugando en un rincón sin levantar la mirada ni un instante. A Liza no le pasó inadvertido que Anne de vez en cuando miraba también al chico con preocupación. Era evidente que estaba confusa por el hecho de que Finley no reaccionara mientras le limpiaba la sangre de la cara y le vendaba la cabeza a su madre. Liza se preguntó si Anne Westley habría sacado la conclusión inevitable: que Finley estaba acostumbrado a ver a su madre herida y había aprendido a aislarse, porque de lo contrario no habría podido soportarlo.

Anne Westley no había dicho nada más. Pero cuando Liza por fin salió de la consulta, pensó: puede que vuelva por aquí. Puede que incluso acabe pidiéndole ayuda. Ahora lo sabe y estaba bastante horrorizada.

No sabía si la idea de una pediatra obstinada e insistente tendría que haberla asustado o darle esperanzas. Probablemente las dos cosas. Tenía miedo de que todo pudiera empeorar si alguien se entrometía. Pero al mismo tiempo tenía también la certeza de que no podía continuar de ese modo mucho tiempo más y, a la vez, que no sería capaz de dar el paso decisivo por su propio pie. De vez en cuando, durante los días siguientes, se dedicó a fantasear con la posibilidad de que alguien se enterara de cuál era su situación y ese alguien, que en ningún caso sería ella, denunciaría a su marido. Aquella idea la llenaba de esperanza y de pánico por igual. Era como estar en una montaña rusa de sentimientos, hasta que terminó por comprender que no sucedería nada. Efectivamente, no volvió a saber nada más de la doctora Westley.

—Y se acabó —le había dicho a John—. Me di cuenta de que se había acabado,

de que Anne Westley no me ayudaría.

A John le pasaron mil ideas por la cabeza mientras conducía de noche por la ciudad asegurándose una y otra vez de que no superaba el límite de velocidad. Estaba conmovido y, mientras pensaba en ello, no hacían más que ocurrírsele posibilidades demasiado inquietantes.

Una era que había sospechado del doctor Stanford, pero ¿tal vez sería conveniente sospechar también de Liza Stanford?

Esa mujer había sufrido un verdadero calvario. El hijo de puta con el que se había casado demostraba un sadismo tan extremo que incluso John se había conmovido. Y eso que había sido policía y, por tanto, estaba acostumbrado a esa clase de cosas y no era fácil sacarlo de quicio. Sin duda alguna, ese tipo era un enfermo. Pero ¿un asesino?

¿Hasta qué punto se había sentido contrariada Liza por esas dos mujeres que, estando al corriente de lo que le sucedía, no le habían ofrecido ayuda? ¿Había esperado más solidaridad por parte de ellas y no había sido capaz de comprender por qué se la habían negado? Se lo había contado sin sentimiento. Incluso había negado que les hubiera guardado rencor. Su voz había sonado monótona todo el tiempo, sin altibajos. John Burton había recordado interrogatorios en los que ya había oído ese tono de voz. Y al final siempre habían resultado ser asesinos o estafadores sin escrúpulos.

Una cosa estaba clara: tanto Carla Roberts como Anne Westley le habrían abierto la puerta a Liza y la habrían dejado entrar en casa.

¿Liza había desaparecido para iniciar una campaña de venganza?

John golpeó el volante. Maldita sea, se estaba implicando cada vez más en el caso. Primero Samson. Ahora Liza. Y la policía los estaba buscando a los dos. Los dos eran sospechosos. Y él sabía dónde estaban, tanto el uno como el otro.

Hacía tiempo que debería haber acudido a la policía con todo lo que sabía. Estaba cometiendo un delito. Sabía perfectamente que iba directo al desastre.

Estaba agotado y, a la vez, la adrenalina corría por sus venas. Conocía bien esa mezcla de sensaciones, ya la había experimentado previamente, en especial durante las largas tareas de observación que había tenido que llevar a cabo cuando todavía trabajaba como policía. Estaba muerto de cansancio, torturado por el esfuerzo, con los ojos irritados tras haberlos mantenido abiertos durante demasiado tiempo. Y a la vez, olía un peligro que podía agravarse en cualquier momento y que mantenía hasta la última fibra de su cuerpo en tensión. Imaginaba que uno debía de sentirse de ese modo cuando iba drogado.

Dobló la esquina para meterse en la calle en la que estaba su bloque y alzó la mirada enseguida hacia las ventanas de su piso. Constató con alivio la oscuridad que reinaba tras los cristales. Samson Segal ya debía de haberse acostado, gracias a Dios.

No le apetecía nada mantener una conversación con él a esas horas de la noche.

Aparcó el coche, anduvo pesadamente sobre la nieve, abrió el portal del edificio y subió hasta su piso tambaleándose de cansancio. Nada más llegar, echó una ojeada en el salón. Entre las sombras pudo distinguir la silueta del cuerpo de Samson. Estaba tendido dentro del saco de dormir, sobre la colchoneta aislante, y respiraba plácidamente. Por suerte no lo había despertado.

John se metió en su dormitorio, se quitó la ropa y la dejó tirada por el suelo. Cuando se dejó caer sobre el colchón, de repente lo sorprendió el doloroso recuerdo de Gillian. No había cambiado las sábanas desde que ella había dormido allí con él e imaginó que todavía podía oler su aroma.

Hundió la cara en la almohada. Tenía que olvidar a esa mujer como fuera. No quería sufrir y mortificarse con aquellas cavilaciones desesperadas.

A la mañana siguiente cambiaría las sábanas.

Apenas se hubo hecho ese propósito, se quedó dormido.

—Lo haré —dijo Gillian. Tara y ella estaban sentadas frente a frente en la cocina, desayunando. Al otro lado de la ventana todavía reinaba la más profunda oscuridad—. Buscaré una habitación en alguna parte y desapareceré.

Había pasado la noche despierta, pensando. En ese piso se sentía segura, pero le había quedado claro que esa sensación podía no ser más que una ilusión y por encima de todo comprendió que no podía permitir que Tara corriera peligro por su culpa. Teniendo en cuenta sus circunstancias, era una desconsideración parapetarse en casa de alguien y confiar que no ocurriría nada. Del mismo modo podía resultar fatal la opción de volver a su casa. Aunque tampoco sabía si realmente había entrado alguien. Tara tenía razón, había sido una idiotez no llamar a la policía enseguida. De haberlo hecho, como mínimo podría haber aclarado si habían sido imaginaciones suyas o no. Tal como estaban las cosas, esa incógnita quedaría por resolver.

No tenía que cambiar nada más, había pensado en algún momento mientras había estado tendida en el sofá, incapaz de dormir. Al menos a partir de entonces tenía que actuar de un modo más sensato.

—¿Estás segura? —preguntó Tara. Parecía aún muy soñolienta. Eran las seis y media de la mañana.

—Sí, estoy segura. Mientras no sepamos si alguien ha puesto la vista en mí o no, y mientras tampoco sepamos cuál es el motivo de todo lo ocurrido, será mejor que no corramos riesgos. Ni tú, ni yo. Simplemente será mejor que desaparezca.

—Creo que podrás volver pronto. La policía está investigando el caso a conciencia. Acabarán encontrando a ese tipo.

—Tendré que pensar en mi futuro —planteó Gillian—. Me llevaré el portátil. Buscaré trabajo y alojamiento en Norwich por Internet. Aquí todo seguirá su curso. Le mandaré una llave al agente inmobiliario para que pueda empezar a mostrar la casa a los posibles compradores. De esta manera, si tengo que marcharme de repente a Norwich para una entrevista, por ejemplo, me marcho y punto. Sin problemas.

—Eso suena bien —afirmó Tara—. Oye, lo siento pero tengo que ir a trabajar, aunque es viernes y podré salir antes. Si te parece bien, te acompaño a Thorpe Bay esta tarde para que puedas llevarte todo lo que necesites. Y para volver, te llevas tu coche.

—No puedo aceptarlo, Tara —protestó Gillian—. Tienes muchas cosas que hacer.

Iré en tren.

Tara negó con la cabeza.

—Tardarás medio día para llegar hasta allí. De verdad, puedo llevarte yo. No hay problema.

Tomó el último sorbo de café y se puso de pie.

—¿Me esperarás aquí?

—De acuerdo, gracias —dijo Gillian.

Esperaba haber tomado la decisión correcta.

John se despertó al notar de repente que alguien había entrado en su habitación. Se incorporó de un respingo, se sentó en la cama y alzó la mirada hacia el rostro sonriente de Samson Segal.

—¿Le he despertado? —preguntó este con preocupación.

John contuvo la respuesta airada que estaba a punto de soltarle. ¿Por qué había entrado en su dormitorio?

—No pasa nada. ¿Qué hora es? —inquirió.

—Casi las ocho.

—Mierda —se lamentó John—, ya tendría que estar en la oficina. —Consultó el despertador que tenía junto al colchón, en el suelo. Había llegado tan cansado que había olvidado activarlo antes de dormirse. Era la primera vez que le ocurría.

—Ayer llegó muy tarde —dijo Samson—. Estuve esperando hasta las nueve y media, pero...

—Fue una noche muy larga —comentó John. Se puso de pie y miró por la ventana. Ya era de día. El piso olía a café recién hecho.

—He preparado el desayuno —explicó Samson—. Incluso he salido a comprar pan para preparar unas tostadas.

—¡No debe salir del piso!

—Pero entonces no habríamos tenido nada para comer. Anoche ya... — avergonzado, dejó la frase inacabada.

John se pasó las manos por el pelo revuelto.

—Lo siento. Debería haber pensado en ello. Enseguida voy a desayunar.

Entró en el cuarto de baño, tomó una buena ducha caliente y decidió que podía pasar sin afeitarse. Se vistió con unos vaqueros y un jersey y fue hacia la cocina. Puesto que no había ninguna mesa, Samson había dejado los platos, las tazas, la cesta del pan y la tostadora sobre la encimera, junto a la que había colocado un viejo taburete. Le sirvió café y le señaló el asiento.

—Siéntese. Yo desayunaré de pie.

—Yo también —repuso John—, puede sentarse usted.

Samson se quedó quieto, pero dejó su taza de café encima del taburete.

Tal vez tendría que comprar una mesa algún día, pensó John.

Se planteó hasta qué punto debía contarle a Samson lo que había descubierto. Por

lo general no le gustaba hablar acerca de lo que le pasaba por la cabeza antes de haber llegado a una conclusión que lo complaciera, ya solía proceder de ese modo cuando estaba en el cuerpo de policía. Por otra parte, no consideraba que Samson fuera un estúpido y, además, había estado vigilando a la familia Ward durante meses. Cabía la posibilidad de que pudiera aportar algún detalle decisivo, si John lo ponía al corriente.

—¿Le dice algo el apellido Stanford? —preguntó él—. ¿Sabe quién es el doctor Logan Stanford?

—Stanford... —repitió Samson mientras reflexionaba—. ¿No es ese abogado? El que está forrado y que siempre está organizando encuentros benéficos, ¿no? Sale mucho en las revistas. Poco antes de Navidad organizó algo en Thorpe Bay... en el club de golf, creo. Una tómbola, o algo así.

Interesante. Por consiguiente, sí que hay alguna conexión: Stanford había pasado por Thorpe Bay. Muy cerca de la casa de Gillian.

—Pero no lo conoce personalmente, ¿no?

Samson se rió.

—¡No! ¡Un tipo como ese no se tomaría en serio a alguien como yo! No me muevo por esos círculos.

John decidió informarlo acerca de algunos detalles de su investigación.

—Su esposa, Liza Stanford, se relacionó con las dos mujeres asesinadas. Con Carla Roberts y Anne Westley.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

—Da igual. Lo sé y punto. Y estaría bien saber si ella o su marido tuvieron algún tipo de contacto con Gillian.

—¡Pregúnteselo a ella!

—Se lo he preguntado a Liza Stanford. Me ha dicho que no había oído nunca el apellido Ward. ¿Usted no sabrá algo por casualidad?

—Por desgracia, no —respondió Samson, algo confuso—. Supongo que quiere saber si he visto alguna vez al doctor Stanford en casa de los Ward, ¿no? Pues no, nunca. Quiero decir que solo sé qué cara tiene por las revistas, pero creo que no me habría pasado inadvertido. Lo que no sé es cómo es su esposa.

—Muy guapa. Alta, delgada, con el pelo largo y rubio. Lleva siempre unas gafas de sol enormes. Es una de esas mujeres que llaman la atención.

—No —negó Samson—. Lo siento. Gillian recibía muy pocas visitas. De hecho, solo acudía a verla su mejor amiga. Y de vez en cuando alguna que otra madre de compañeras de clase de Becky, que la devolvían a casa o pasaban a buscar a su hija. Pero aparte de eso, nadie.

—Ya veo —dijo John con resignación. Eso coincidía con lo que Kate le había contado: Gillian ya le había dicho a la policía que no conocía a Liza Stanford. Fielder

y su gente habían investigado el entorno profesional de Thomas Ward y se estaban encargando ya de hacer lo mismo con el club de tenis. John no creía que la solución fuera tan sencilla como encontrar a Stanford en el mismo club de tenis o entre su cartera de clientes. Eso habría sido demasiado inmediato, Kate ya habría sabido algo cuando estuvieron hablando. Si había alguna conexión, tenía que ser mucho más complicada.

Stanford, el Caritativo, un asesino brutal. A John no le costaba en absoluto imaginarlo, puesto que ya sabía cómo ese elegante caballero trataba a su esposa cuando algo no le parecía del todo bien, pero de todos modos quedaban varias cosas disparatadas por aclarar. Kate le había contado que tanto Carla como Anne posiblemente habían sido aterrorizadas e intimidadas de un modo sutil durante semanas. Carla había relatado extraños incidentes con una cierta frecuencia, mientras que Anne había dejado entrever una circunstancia parecida en el tema de su último cuadro. Le costaba imaginar que Stanford hubiera acudido a diario durante un largo período de tiempo a un bloque de viviendas para subir y bajar en el ascensor con el único objetivo de amedrentar a una mujer que vivía sola. No encajaba con él, era un hombre demasiado ocupado para dedicar su tiempo a ese tipo de cosas. Del mismo modo, no lo imaginaba conduciendo por un bosque de noche para asustar a la pediatra de su hijo. Si Stanford había asesinado a las dos mujeres, lo habría hecho por un único motivo: porque sabían demasiado y quería cerrarles la boca para siempre. Eso podría haberlo conseguido enseguida, no hacían falta tantas historias para eso. A John le parecía especialmente extraño el método tan cruel y angustioso que el asesino había utilizado para ahogar a sus víctimas. Tanto odio... ¿era propio de un hombre que solo se había propuesto eliminar un peligro? Por otra parte, Stanford era un sádico. Enfermo y pérfido.

Liza... sin duda tenía motivos para odiar a Carla y a Anne y para desear vengarse de ellas. De todos modos, a John le costaba imaginar en ese papel a una mujer maltratada, asustada y desesperada como Liza, aunque sabía que tampoco podía excluir aquella posibilidad. Precisamente porque Liza era muy guapa y porque despertaba su instinto protector, algo de lo que él era muy consciente. Tenía que ir con cuidado para no dejarse influir.

—¿La señora Stanford tiene algo que ver con el asesino? —preguntó Samson.

—No lo sé. —John jugueteó con la tostada que tenía en el plato. Él tampoco había comido nada desde el día anterior a mediodía, pero la primera sensación de hambre con la que se había levantado había desaparecido de nuevo. Cada vez más, ese asunto le sentaba como una patada en el estómago.

Además, mientras contemplaba el desayuno que había preparado Samson, se le ocurrió otra pregunta: ¿de qué vivía Liza? Tenía que pagar el alquiler del piso, tenía que comer y beber y el coche no funcionaba sin gasolina. Eso sin contar que para

alquilar el piso habría tenido que dar un nombre real y difícilmente debía de haber utilizado el suyo. Tendría que haberle mostrado la documentación al casero y este tendría que haberla verificado. ¿Cómo había resuelto ese problema?

La noche anterior había sido tan intensa que no se le habían ocurrido esas preguntas tan obvias. Si no le fallaba la intuición, Stanford habría bloqueado sus cuentas desde hacía tiempo. Por consiguiente, era poco probable que Liza hubiera podido utilizar su tarjeta de crédito, sin tener en cuenta que habría sido arriesgado hacerlo, porque eso habría dado pistas a su marido acerca de su paradero.

Y eso llevaba a la siguiente pregunta: ¿quién estaba ayudando económicamente a Liza Stanford?

Maldita sea, debería haber pensado en ello antes.

—Lo veo muy ensimismado —dijo Samson.

John asintió con aire distraído. ¿Era esa la relación? ¿Podía ser tan absurda y tan posible a la vez? ¿Estaban Gillian o su marido detrás de eso? Gillian no lo habría revelado a la policía para no poner en peligro a Liza. ¿Era ese el motivo por el que el asesino había ido a por ellos? En ese caso solo podría haberlo mandado Logan Stanford.

¿Y por qué entonces y no antes? Anne Westley habría representado un peligro para él desde hacía tres años. Tal vez hacía poco tiempo que Stanford se había enterado de su existencia, quién sabía cómo, y por eso la situación había tardado hasta entonces en agravarse. Liza había desaparecido. Stanford podría haber tenido la sensación de estar perdiendo el control de las cosas.

Y se había aferrado a algo que conocía bien: la violencia.

—¿Cree usted que está cerca de solucionar el caso? —preguntó Samson con timidez.

—No sabría decírselo —respondió John, fiel a la verdad—. En cierto modo, sí. Pero todo me parece aún demasiado confuso. Todavía no soy capaz de ver las cosas claras.

—Usted es mi única esperanza —dijo Samson enseguida. Tenía manchas rojizas en las mejillas debido al estrés—. Por favor, siga intentándolo. Probablemente sea usted el único que cree en mi inocencia.

—La policía tampoco se lo toma a la ligera, Samson. Ellos tampoco quieren detener a la persona incorrecta.

—Pero en ellos no confío. Por favor —miró a John con aire de súplica—, ayúdeme. No lo soporto más. Estoy desesperado. Me gustaría recuperar mi vida. Solo eso. Simplemente recuperar mi vida.

John se abstuvo de decir que esa vida que Samson tanto quería recuperar no representaba un gran estímulo precisamente. No conocía los detalles, pero sabía que tampoco era una bicoca: todavía vivía con su hermano y su cuñada, no tenía trabajo y

dedicaba su tiempo a una afición de lo más peculiar que consistía en espiar la vida de otras personas, al parecer encontraba una cierta satisfacción en la identificación con las vidas de desconocidos. Su propia cuñada había hurgado en su ordenador y había entregado sus anotaciones a la policía para librarse de él. Tampoco es que la vida familiar de Samson Segal le pareciera precisamente envidiable.

Sin embargo, era su vida. Por muy desgraciado que fuera, había aprendido a vivir de ese modo y por algún motivo se sentía bien viviendo esa vida, tal vez porque se había acostumbrado a ella.

Comparado con la de un hombre que vivía huyendo de la policía y que no tenía ni idea de cuándo terminaría esa huida, aquella vida le parecía el paraíso.

—Hago lo que puedo, Samson —aseveró John—. Puede estar seguro de que...

En ese momento sonó el teléfono.

John se disculpó y salió de la cocina. El inalámbrico estaba en el salón, sobre una pila de libros. Le pareció conocer el número que aparecía en la pantalla, pero no acertó a ubicarlo enseguida.

—Soy Kate Linville —dijo una voz femenina al otro lado.

—Ah... hola, Kate. —Por eso le había parecido conocer el número. Le extrañó que lo llamara. La otra noche, en la parada de Charing Cross había creído que no volvería a saber nada más de ella.

—¿Cómo estás? —preguntó ella con tono formal.

—Bien, gracias. ¿Y tú? —¿Qué quiere?, se preguntó John.

—Bien, también. John, en realidad me había propuesto no volver a incumplir la normativa para ayudarte bajo ningún concepto. Todo esto es demasiado arriesgado y, al fin y al cabo, solo puedo salir perdiendo.

—Te prometí que jamás y por nada del mundo revelaría que me pasaste información. Puedes confiar en mí. Sé que tengo mala reputación, pero todavía no he faltado nunca a mi palabra.

—Bueno, no lo estaba insinuando. Sin embargo, siempre supone un riesgo.

—Claro. Como todo lo que hacemos en la vida.

Kate titubeó un momento antes de continuar.

—Tampoco sé por qué me parece necesario advertirte, pero... bueno, digamos que no puedo decir que me dé igual.

—¿Advertirme?

—Tal vez no sea nada del otro mundo, pero Fielder ha solicitado tu expediente de investigación. Lo sé porque me ha tocado a mí acudir a la fiscalía para solicitarlo.

—¿Qué expediente?

—¿Cuántos expedientes tienes? Me refiero a la acusación por abusos —respondió Kate con aire de suficiencia.

—Comprendo. Aún no se ha olvidado de ello.

No es que esa información hubiera sorprendido mucho a John. Fielder no lo soportaba y además estaba bastante implicado en el caso que estaba investigando. Ya sabía que Stanford estaba en el foco de la investigación pero, conociendo a Fielder, sabía perfectamente que esa circunstancia ponía al inspector en un buen aprieto: si apuntaba a Stanford y al final resultaba que se había equivocado, el resto de su carrera estaría plagado de obstáculos. Eso si a pesar de todo podía plantearse seguir con su carrera. A Fielder no le gustaba correr riesgos, era un miedica y seguramente preferiría poder señalar a otra persona como asesino rápidamente antes de atreverse a hurgar de forma activa en los asuntos de Stanford.

—De acuerdo —dijo John—. Gracias por decírmelo, Kate. En mi opinión, Fielder se está equivocando. No llegaron a juzgarme por aquel asunto. No le servirá de nada recuperar el expediente.

—Lo sé —repuso Kate—, solo quería ponerte al corriente. Por cierto, pude ver la carpeta del expediente en cuestión. Fielder es la segunda persona en poco tiempo que la ha consultado.

En la tapa del expediente de investigación se anotaban los nombres de las personas que habían tenido acceso a él, así como la fecha de consulta.

—¿De verdad? ¿Quién más la ha consultado?

—Había otra solicitud de... espera, ¿cómo se llamaba...?

John oyó un crujido, Kate debía de estar revolviendo papeles. Pensó que probablemente habría sido Stanford, debería haberlo imaginado. Había anotado la matrícula del coche el día que había acudido a su casa y, una vez se hubo informado de la identidad de John, había indagado hasta encontrar aquella historia tan desagradable. Puesto que era abogado y tenía buenos contactos, sin duda podía buscar una excusa para acceder a esos expedientes.

Debía de haberse movido aprisa.

—Déjame adivinarlo. El abogado Logan Stanford.

—No —dijo Kate—, era una mujer. Y además de la fiscalía. Un momento, lo tengo aquí... Tara Caine, fiscal.

¡Tara...! John se quedó sin aliento. La mejor amiga de Gillian.

—¡No puede ser! —exclamó él.

Unas cuantas piezas del puzle empezaban a encajar. El hecho de que Gillian lo hubiera rechazado de repente, de que quisiera regresar a Norwich, de que no hubiera querido saber nada más de él. Se había peleado con Tara después de que esta le hubiera revelado detalles acerca del pasado de John. Incluso se había marchado de su casa, aunque por lo visto eso no había desalentado a la fiscal, quien había seguido hurgando en el pasado de John. Había conseguido un expediente de investigación, lo había estudiado con rigor científico y había intentado encontrar algo que lo inculpase para poder contárselo a su amiga. Y al final lo había conseguido. Gillian había

perdido los nervios, había cortado de raíz la relación que había iniciado con él y había desaparecido en la medida de lo posible. John podía imaginar a la perfección cuáles debían de haber sido los argumentos de Tara: ¡Tienes una hija! Y está en el umbral de la pubertad. ¿Quieres liarte con un hombre acusado de violación? ¿Te das cuenta de que podrías estar poniendo en peligro a tu hija? A pesar del sobreseimiento del caso, por el humo se sabe que hay fuego. Simplemente no tuvieron las pruebas necesarias para llevar a cabo un procedimiento judicial. Pero ¡eso no significa que sea inocente, en realidad!

John no pudo reprimir un gemido.

Era una víbora. Una maldita víbora.

—¿John? —preguntó Kate—. ¿Me oyes?

Él hizo un esfuerzo por dominarse.

—Sí, sí, te oigo. Gracias, Kate. Aprecio muchísimo que me hayas contado todo esto. ¿Y Tara había devuelto ya el expediente?

—Sí. Antes de Navidad, de hecho.

—De acuerdo. —Hubo algo en esa última información que lo inquietó, pero no acertó a saber de qué se trataba.

—Caine —repitió Kate—. ¿Habías oído ya ese nombre en relación con el caso?

—Sí. Es una amiga de Gillian Ward, la esposa de la tercera víctima. Lo que no sé es por qué se ha interesado por el caso y me considera sospechoso. —En ese momento se le ocurrió algo más—. Kate, ¿podrías hacerme otro favor? Tengo una matrícula de coche. Solo se trataría de que hicieras una llamada, tengo que saber a qué nombre está registrado.

—Puedo hacerlo —aseguró Kate tras una breve pausa.

John se sacó del bolsillo de los pantalones la hoja de papel en la que había anotado la matrícula del coche de Liza y se lo dictó.

—Muy bien —dijo Kate antes de hacer otra pausa. John tuvo la impresión de que lo estaba esperando a él, de que esperaba que él dijera algo que le diera esperanzas. Que la invitaría a salir durante el fin de semana, por ejemplo, o simplemente para oír la calidez de su voz, algo a lo que poder aferrarse.

—Bueno pues, hasta luego —se despidió él.

—Hasta luego —replicó ella antes de colgar el teléfono de golpe.

John tenía la esperanza de que Kate pudiera ayudarlo con la matrícula.

Cuando sonó el teléfono móvil, Gillian reconoció el número de John en la pantalla y dudó un momento antes de responder, hasta que al final decidió aceptar la llamada. Al fin y al cabo John no le había hecho nada malo.

—Hola, John —lo saludó ella.

—Hola, Gillian. —La voz de John revelaba un cierto alivio. Puede que fuera eso lo que él había temido: que ella viera su número de teléfono y no quisiera cogerlo—. ¿Cómo estás?

—Bien, todo bien.

—¿De verdad?

—Sí. Bueno... —rectificó—, «todo bien» seguramente no es la mejor manera de describir lo que me está pasando, pero ya estoy más tranquila. La vida continúa.

—¿Todavía estás ocupada vaciando la casa?

—Ahora mismo, no. —Gillian dudó, pero acto seguido pensó que lo mínimo que podía hacer por él era contarle la verdad—. No estoy en mi casa. Estoy otra vez en el piso de Tara.

Silencio al otro lado.

—Entonces tengo las de perder —dijo John al fin.

—John...

—Está contra mí. Y a estas alturas debe de haberte convencido también a ti de todas sus reservas.

—No hemos vuelto a hablar del tema. He regresado con ella porque no me sentía bien en mi casa, es demasiado grande —decidió omitir el incidente de la otra noche. Al fin y al cabo, ni siquiera sabía si había sido producto de su imaginación—. Tengo que ver cómo me las arreglaré a partir de ahora. Puede ser que te parezca que voy de un lado a otro sin rumbo fijo y tal vez sea cierto, pero es que todavía no he encontrado mi camino. Mi vida ya no es como antes.

—¿Podemos vernos? —La voz de John sonó casi como una súplica.

—No. Es que...

—Por favor, Gillian. Solo vernos. Podríamos tomar un café y hablar sobre temas triviales. Te prometo que no insistiré más con lo de vivir juntos. Lo único que quiero es verte.

—No puede ser, John. Hoy mismo me marcho de la ciudad. Dentro de unas horas.

—¿Ya te marchas a Norwich?

—No, todavía no. —Se acercó a la puerta del balcón y contempló la barandilla cubierta de nieve con el cielo color antracita de Londres de fondo. No era la primera vez en la vida que se preguntaba cómo era posible sobrevivir, año tras año, al mes de enero—. Desapareceré durante un tiempo. Me retiraré a vivir una temporada en el campo, en algún hotel. Espero que todo se aclare, a ver si puedo llevar una vida más o menos normal.

No sabe adónde irá, se dijo a sí misma para calmarse. De hecho, no lo sé ni yo misma.

Él se quedó perplejo.

—¿A un hotel? ¿Y eso por qué? ¿En el campo? ¿Dónde? ¿En qué hotel?

—Eso no tiene importancia. Me quedaré allí un tiempo, pondré un poco de orden en mi vida y luego intentaré volver pisando fuerte.

—¿Por qué no te quedas en casa de Tara?

—Simplemente será mejor así.

—Gillian —suplicó—, ¡aquí hay algo que no encaja! ¿De qué te escondes? O mejor dicho, ¿de quién? ¿Por qué has vuelto a abandonar vuestra casa a pesar de lo mucho que tenías que hacer allí por la mudanza? ¿Por qué vuelves a marcharte del piso de Tara? Para sumergirte en el anonimato de un hotel, además. ¿Por qué, Gillian? ¡Parece que estés huyendo!

—Lo que estoy haciendo es intentar descubrir cómo debo seguir adelante, John. Eso es todo.

—Pero es que no encontrarás lo que buscas si cambias de casa continuamente. ¿Ha sido idea del inspector Fielder? ¿Es él quien te ha aconsejado que te pongas a salvo en algún lugar desconocido?

—La policía no tiene ni idea de lo que quiero hacer.

—¿Te estás escondiendo de mí? —preguntó en voz baja tras unos momentos de silencio.

—¿Por qué tendría que esconderme?

—Porque te está hablando mal de mí. Me refiero a Tara. No tengo ni idea de lo que debe de haberte contado, pero hoy me he enterado de que ha consultado el expediente que me abrieron. Y no lo habrá hecho sin motivo.

Gillian se sorprendió de verdad al oír eso.

—¿Tu expediente de investigación? No me dijo nada al respecto.

—Probablemente no quería que supieras que ha estado espiándome. Pero no hay duda de que el expediente pasó por sus manos. Y seguro que lo estudió a conciencia.

Gillian se apartó de la ventana.

Es mi amiga. Es normal que hiciera algo así.

Lo dijo en voz alta:

—Es amiga mía, John. Es probable que estuviera realmente preocupada por mí y por eso quisiera consultar lo que había sucedido. Debido a su trabajo no tuvo problemas para acceder a ese expediente. ¿No es normal que lo hiciera? Probablemente yo habría hecho lo mismo en su lugar. Pero créeme, no me ha hablado de ello. Así que es probable que tampoco encontrara nada que no supiera ya.

—Es que no había nada que encontrar. En su momento no encontraron nada, absolutamente nada en lo que poder basar la acusación. Porque no había nada.

—En este sentido no dudo de ti, John.

—¿En qué sentido dudas, pues?

—En ninguno. Ya te he dicho cuál es mi problema. Tengo que sentirme más independiente y encontrar mi propio equilibrio.

Los dos se quedaron callados.

—Bueno, pues —dijo John al fin—, ten cuidado.

La voz de John sonó llena de resignación.

—Lo haré —prometió Gillian. Acto seguido, colgó sin despedirse.

Gillian consultó el reloj con inquietud. Eran casi las nueve. Faltaban todavía muchas horas para que Tara regresara, por la tarde. Ya lo tenía todo empaquetado.

Lo único que podía hacer era esperar.

John al final acudió a su despacho a pesar de que temía no poder concentrarse en nada ni pensar de un modo razonable. Pero había trabajo que hacer, ya había perdido suficiente tiempo durante los últimos días y la única alternativa habría consistido en quedarse en casa con el melancólico de Samson, sin saber qué hacer a continuación.

Durante unas cuantas horas consiguió sumergirse en su rutina habitual y eso le calmó un poco los nervios. Tenía que planificar los turnos de las semanas siguientes, responder consultas, expedir facturas y aceptar la dimisión de un empleado. Apenas se dio cuenta del paso de las horas. Cuando por fin se levantó para prepararse un café se dio cuenta de que ya eran las tres y media. Aparte de él, solo quedaba el servicio de atención telefónica. Era viernes por la tarde, todo el mundo quería empezar el fin de semana cuanto antes.

Aparte del trozo de pan que había desayunado por la mañana no había comido nada más y se percató de que tenía hambre. Pensó que tal vez sería una buena idea sustituir el café por una hamburguesa y decidió marcharse a casa. Ya había trabajado lo suficiente. Probablemente Samson ya volvería a estar deprimido. Era mejor no dejarlo solo tanto tiempo. John temía que ese tipo tan extraño pudiera cometer alguna tontería en cualquier momento.

Apenas John hubo salido de la oficina, sintió de nuevo el agobio del que llevaba horas huyendo. Tenía dos grandes problemas: Samson y Liza. También le preocupaba Gillian, puesto que tenía la impresión de que le ocurría algo raro. Había percibido un cierto miedo en sus palabras y el hecho de que se propusiera huir de forma tan flagrante le inquietaba. La sensación que tenía de haber llegado a un lugar desde el que no sabía cómo continuar se hizo más patente. Había encontrado a Liza y había hablado con ella, pero no había tenido el éxito que había esperado. En realidad no había avanzado en absoluto.

Había algo que todavía no veía claro. Durante el tiempo en el que había ejercido de policía había aprendido que uno podía tener algo delante de los ojos y, sin embargo, ser incapaz de verlo solo por el hecho de no poder distinguir la silueta del entorno y no poder, por consiguiente, reconocer su significado.

Tal vez fuera eso lo que le ocurría en esos momentos. Puede que tuviera la solución al alcance de la mano y no fuera capaz de verla.

Al pasar con el coche por delante de un McDonald's, decidió entrar y comprar

unas hamburguesas y patatas fritas para Samson y para él. Al llegar a casa y subir la escalera, se dio cuenta de que la bolsa con la comida ya se había enfriado.

Samson estaba sentado en el sillón del salón, leyendo un libro. John se percató enseguida de lo mal que lo estaba pasando. Tenía un aspecto enfermizo, los ojos enrojecidos y una expresión torturada instalada en el rostro. Estaba a punto de derrumbarse.

Tiene que suceder algo de una vez, pensó John.

—Tome —dijo mientras le tendía la bolsa—, he olvidado comprar comida y lo más probable es que no haya encontrado nada en el frigorífico. ¡Se encontrará mejor si come algo!

—Gracias —contestó Samson en voz baja. Por el tono de voz no parecía muy convencido.

Justo cuando empezaba a comer, sonó el teléfono y John lo cogió enseguida. Era Kate.

—Perdona, John. No he podido cumplir antes con lo que me has pedido. He tenido un día horrible.

—No te preocupes. ¿Has podido descubrir a quién corresponde esa matrícula?

—Sí. Y debo decir que es realmente curioso.

—¿Curioso? ¿A qué te refieres?

—A que precisamente hoy hemos estado hablando de esa persona. El coche está registrado a nombre de la fiscal Tara Caine. ¿Crees que es casualidad?

—Esto es... increíble —exclamó John con un susurro.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Kate—. ¡Yo he sido muy sincera contigo!

—Lo sé. Es solo que de momento no sabría decírtelo, yo tampoco lo tengo claro. Primero debo ordenar las ideas.

¡Tara Caine!

Si hubiera esperado...

—Bueno, pues cuando te hayas aclarado, piensa en mí —comentó Kate con un tono algo mordaz antes de colgar.

John habría apostado a que lo siguiente que ella intentaría hacer sería conseguir el expediente personal de Tara Caine para poder hurgar en su vida, al menos desde el punto de vista profesional. No encontraría gran cosa: no conseguiría establecer ninguna conexión con Liza Stanford si no disponía de más información.

Samson había parado de comer.

—¿Qué ocurre?

John volvió a dejar la hamburguesa mordida en la caja de cartón, se le había pasado el hambre. Tara Caine. Liza Stanford conducía un coche que estaba registrado a nombre de la fiscal. Y John habría apostado a que Tara también se hacía cargo del

alquiler. ¿Era Tara quien movía los hilos? ¿Quien le había conseguido un piso y un coche a Liza, quien la mantenía económicamente y había hecho posible que desapareciera de la faz de la Tierra?

Se puso a pensar de un modo febril. ¿Qué conclusiones podían sacarse de ello?

—¿Qué sabe acerca de Tara Caine —preguntó John—, la mejor amiga de Gillian Ward?

Samson reflexionó unos instantes.

—¿La que iba a verla a Thorpe Bay a menudo? No mucho, por desgracia. Yo me limitaba a observar desde fuera. Parecían muy amigas. Gillian siempre se alegraba de que acudiera a visitarla. Se abrazaban. Pero si lo que me pregunta es de qué hablaban... ¡No tengo ni idea!

—Gillian está viviendo en casa de ella, ahora.

—No me extraña. Es comprensible que no se quede en la casa en la que asesinaron a su marido, ¿no?

—Por supuesto. La cuestión no es si Liza podría ser el eslabón que estamos buscando, sino si podría serlo Tara.

Samson lo miró absolutamente confuso.

—¿Se refiere a Liza Stanford? ¿La esposa del abogado? ¿Por la que me ha preguntado esta mañana?

—Sí. Ahora no puedo entrar en detalles, Samson, pero hay algo que me inquieta un poco. —John cogió el teléfono de nuevo y marcó el número de móvil de Gillian, pero esta no descolgó. En lugar de eso, poco después saltó el buzón de voz. Tras un leve titubeo, John decidió dejarle un mensaje.

—Gillian, soy John. Me gustaría hablar contigo, es importante. Por favor, llámame enseguida, ¿vale? ¡Gracias!

—¿Gillian está en peligro? —preguntó Samson con los ojos muy abiertos. Él también había dejado a un lado la comida. Al parecer también se le había pasado el apetito.

—Francamente, no lo sé. No tengo ni idea. Todo esto es muy misterioso.

—Pero ¿Tara supone un peligro para ella? ¿Su mejor amiga?

—Espero que no —dijo John. Cogió la chaqueta que había dejado en el alféizar de la ventana—. Tengo que salir otra vez. Tengo que hablar con alguien.

—¿Y no puede hacerlo por teléfono?

—No tengo el número de la persona en cuestión. Además, será mejor si... —dejó la frase inacabada. Para explicarlo hacía falta mucho tiempo y además Samson se habría quedado más confuso que aliviado. Y es que lo que John había dicho era cierto: todavía no había conseguido descubrir cómo se relacionaban todos esos datos. No presentía nada bueno. Más bien todo lo contrario.

Tenía que acudir de inmediato a casa de Liza Stanford. Era la única persona que

podía responder a las preguntas urgentes que tenía en la cabeza.

Eran las cuatro cuando Tara volvió a su piso. Había comprado bocadillos envueltos en plástico y un par de botellas de agua mineral.

—No sé cuánto rato tendrás que conducir hoy —dijo—, pero con esto al menos no te morirás de hambre ni de sed.

—Eres fantástica, Tara —exclamó Gillian, agradecida. Se sentía aliviada de ver por fin a su amiga. Cada vez la había puesto más de los nervios pasar una hora tras otra sin hacer nada en aquel piso que no sentía como su hogar. Ya había leído todos los periódicos que había encontrado, había ojeado unos cuantos libros y al final había limpiado el baño, que buena falta le hacía. A continuación no se le había ocurrido nada más que hacer aparte de contemplar por la ventana la ventisca que empezaba a caer en alguna parte.

—Esto no es lógico —dijo Tara antes de mirarse la ropa. Llevaba puesto un traje chaqueta de color gris y botas de tacones altos. Para Gillian era todo un misterio cómo conseguiría abrirse paso entre la nieve que se amontonaba en las calles.

»Voy a cambiarme en un instante.

Diez minutos más tarde, las dos mujeres estaban sentadas en el coche de Tara. Esta se había puesto unos vaqueros, una gruesa chaqueta y botas de agua en los pies. En el asiento trasero, Gillian había dejado el bolso de viaje y la bolsa con la comida.

Ojalá esté haciendo lo correcto, pensó.

Empezaron a avanzar lentamente. El tráfico del viernes por la tarde sumía a la ciudad en el caos habitual. Cuando por fin llegaron a la autopista empezaron a circular algo más rápido.

—Enseguida llegamos a Thorpe Bay —dijo Tara—, y cuando hayas salido de viaje habrá pasado lo peor. ¿Ya sabes adónde quieres ir?

—A decir verdad, todavía no tengo ni idea —reconoció Gillian—. No dejo de preguntarme si realmente es necesario —confesó mientras apoyaba la cara en la ventanilla. Notó el agradable frescor del cristal. No comprendía por qué le ardían tanto las mejillas. Por los nervios, tal vez. Por las cavilaciones—. Huir de este modo, quiero decir. Justo después de ese... incidente que viví en casa, solo quería marcharme. A tu piso. Y hasta esta mañana también pensaba que lo mejor sería marcharme de Londres. Pero ahora no estoy segura, tal vez me esté precipitando. Solo estoy cambiando de lugar. Por... ¡nada!

—No considero que el hecho de que asesinaran a Thomas en vuestra casa no sea nada —le recordó Tara—, y lo que sucedió el otro día, bueno, tienes que...

—Ni siquiera sé si llegó a suceder algo —la interrumpió Gillian—. De eso se trata. ¡De que no lo sé! Desde entonces me parece cada vez más probable que no hubiera ocurrido nada. ¡Una sombra! Cuando intento evocar la situación no consigo recordarla. Sucedió en una fracción de segundo y probablemente no fueron más que imaginaciones mías.

—Quizá no fue así. Quizá te habría sucedido algo. Es posible que solo tuvieras la enorme suerte de que ese tal Luke Palm regresara a tu casa —le hizo ver Tara.

El cristal que Gillian tenía bajo la mejilla pareció haberse enfriado más de repente.

... de que ese tal Luke Palm hubiera regresado a tu casa... de que ese tal Luke Palm hubiera regresado a tu casa...

Ni siquiera le he mencionado el nombre del agente inmobiliario, pensó Gillian, aunque eso fue lo primero que le vino a la mente, casi de forma intuitiva. De inmediato se impuso su raciocinio: quizá sí se lo mencioné. ¿En algún momento durante los dos últimos días, tal vez? ¿Durante las conversaciones que hemos tenido?

No fue capaz de excluir esa posibilidad por completo, pero estaba casi segura de que no le había dicho cómo se llamaba el agente. No había querido admitir delante de Tara que había contratado los servicios del agente inmobiliario que había encontrado el cadáver de Anne Westley y, puesto que su nombre había aparecido varias veces en la prensa, Tara probablemente lo habría reconocido. Le había dado vergüenza explicárselo, explicarle lo del témpano de hielo sobre el que se encontraba, flotando a la deriva, separada de la gente que no había sido víctima de la violencia y el crimen. Lo de que la vida de Luke Palm estaba sumida en esa misma sombra. Era algo que había querido guardarse sin tener que explicar en qué consistía su temor. Tal vez había tenido algo que ver con la horrible herida que llevaba en su interior desde aquella noche en la que había encontrado a Tom y estuvo errando por la casa, presa del pánico, buscando a su hija. No quería mostrarle a nadie, ni siquiera a su mejor amiga, lo destrozada que se sentía.

Da igual, tampoco es importante, pensó, aunque no podía ocultar que esa idea siguió royéndola por dentro como un diminuto y terco gusano.

Si no le he mencionado el nombre, ¿cómo podía saberlo?

Se acordó de lo que había sucedido un par de noches antes. Se vio a sí misma saliendo de la casa en estado de pánico después de que le hubiera parecido ver una sombra en la cocina, justo antes de que se fuera la corriente. Había estado andando sobre la nieve en calcetines y frente a la puerta del jardín se había topado con una figura. Presa del pánico, había reaccionado golpeándola a ciegas, hasta que el presunto adversario la había agarrado por las muñecas para evitar que siguiera

pegándole.

—¡Soy yo! ¡Luke Palm!

—¿Luke Palm? —había gritado ella muy asustada.

Si hubiera habido alguien en la casa o en el jardín, lo habría oído.

Pero es absurdo, pensó.

Miró a Tara de soslayo. Tenía la nariz perfecta, los labios carnosos, la frente amplia. Era una mujer guapa. Tanto, que resultaba extraño que aparentemente no hubiera habido ningún hombre en su vida.

¿Cómo demonios sabía el nombre del agente?

Repasó mentalmente todas las conversaciones que había mantenido con su amiga desde que Palm la había acompañado al piso de Tara aquella noche. Estaba prácticamente segura de que solo se había referido a él como «el agente inmobiliario». Y además solo lo había mencionado alguna vez.

El agente inmobiliario que tiene que venderme la casa se acababa de marchar. Por suerte volvió a buscar algo que había olvidado y entonces entró conmigo. Encendió de nuevo el interruptor principal, que está en el sótano, y me ayudó a registrar la casa. Pero no encontramos a nadie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tara, a su lado—. Estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Estoy bien. —Gillian intentó sonreír, pero por lo visto no consiguió hacerlo de un modo muy convincente, a juzgar por la insistencia de Tara.

—¿Seguro? ¡Pareces alterada!

—Es solo que no estoy segura de estar actuando correctamente —expuso Gillian—. De repente me parece una locura esconderme en un lugar remoto. Es un paso muy dramático.

—Quedarse aquí podría acabar siendo mucho más dramático —replicó Tara—. Si al asesino le da por volver a intentarlo...

Habían llegado a Thorpe Bay y al silencio de sus calles y sus casas. Los jardines estaban cubiertos de nieve y los niños se lanzaban en trineo por una colina de una zona verde. Hasta poco antes, todo aquello había sido un escenario normal en la vida de Gillian.

Pero había dejado de ser normal. En esos momentos se disponía a huir de todo aquello.

Y notaba ese hormigueo en la nuca. En el fondo eran nervios, un recelo tan flagrante que se veía incapaz de acallarlo.

Había una voz en su interior que le suplicaba continuamente, en voz baja pero con vehemencia: ¡Aléjate! ¡Aquí pasa algo raro! ¡Procura salir del coche de tu amiga! ¡Intenta desembarazarte de ella!

Tal vez sí dije el nombre del agente en algún momento sin darme cuenta, pensó

Gillian desesperada, ¿no me atrevería a jurar lo contrario!

Quizá desde entonces se había sentido tan confusa y asustada que le parecía ver fantasmas por todas partes.

Tara detuvo el coche frente a la entrada de la casa de Gillian. Los neumáticos se hundieron en la nieve.

—Hemos llegado —anunció.

Tara miró a Gillian y a esta le pareció ver algo extraño en los ojos de su amiga.

Una mirada desconocida. Con las pupilas dilatadas.

Aquellos ojos la miraban fijamente.

Gillian sintió miedo de repente y se dio cuenta de que Tara no debía notarlo. No podía permitir que percibiera esa desconfianza, ese temor, ese desconcierto.

—De acuerdo —convino con el tono más despreocupado del que fue capaz—, pues entraré un momento de nada, recojo unas cuantas cosas y me marchó. Deberías volver a casa, Tara. Así no tendrás que conducir de noche.

—No tengo prisa en absoluto —dijo Tara. Abrió la puerta y salió del coche—. Te acompaño.

Gillian también bajó. Llevaba la llave del coche en la mano y no paraba de temblarle. Tan solo esperaba que Tara no lo hubiera visto.

Tara rodeó el coche. Se movía de un modo completamente normal.

¿Y si lo que ocurre es que me estoy volviendo loca?, pensó Gillian. Probablemente estoy al borde de un ataque de nervios y no hago más que imaginarme locuras.

En ese preciso instante oyó que la llamaban al móvil. Lo tenía en el bolso, que se había quedado a los pies del asiento del acompañante del coche de Tara.

Gillian se dio la vuelta, pero Tara la detuvo enseguida.

—Déjalo. Ya devolverás la llamada. No deberías perder tiempo. —Había adoptado de nuevo aquella mirada fija.

Gillian notó el sudor en la frente.

—De acuerdo —dijo. Le pareció que su propia voz había sonado extraña, pero también supuso que Tara no se había dado cuenta.

Caminaron pesadamente hasta la casa. Gillian abrió la puerta y se sacudió la nieve de las botas. Oyó cómo su amiga hacía lo mismo justo detrás de ella.

Notó que el corazón le latía rápido y con fuerza. Cada vez tenía la frente más sudada. No sabía si era una casualidad, pero Tara no se despegaba de ella ni un momento. Era impensable que pudiera ir a ninguna parte desde donde pudiera llamar por teléfono. Y en caso de que pudiera, pensó, ¿qué le diría a mi interlocutor, al del otro lado de la línea telefónica? He venido a mi casa con una amiga. De golpe tengo una sensación extraña, le pasa algo. Por supuesto, puede ser que no sean más que imaginaciones mías, pero estoy muerta de miedo y creo que necesito ayuda.

En realidad solo había una persona a quien podía llamar. La única persona que no la tomaría por loca y que acudiría corriendo: John. Solo tenía que decirle: «¡Ven, por favor!» Y él obedecería.

Pero no podía plantearse la posibilidad de llamarlo a escondidas. Llevaba a Tara pegada como una sombra.

En el aseo, pensó Gillian, allí me libraré de ella un momento.

Había un aseo para los invitados en la planta baja. Con una ventana que daba fuera. Podía intentar trepar por ella y correr hasta la calle. Llamar a la puerta de un vecino y pedirle si podía hacer una llamada.

Tara poco podría hacer contra eso.

—¿Qué pasa? —preguntó esta—. ¿No ibas a subir y recoger tus cosas?

Gillian se volvió hacia su amiga con la esperanza de que su aspecto no reflejara lo mal que se sentía por dentro.

—Tengo que ir al baño urgentemente —dijo a modo de disculpa—. ¿Me esperas un momento?

Tara la miró fijamente.

En ese preciso instante sonó el teléfono y las dos mujeres se sobresaltaron. Fue Gillian la que alargó el brazo para cogerlo.

Tara lo evitó.

—Deja que suene. ¡Eso solo nos entretendrá!

Tras el sexto tono de llamada saltó el contestador automático del pasillo.

Samson estaba muy lejos de comprender realmente el curso que estaban tomando las cosas y John se había marchado tan rápido del piso que no había podido preguntarle nada más. Se había quedado confuso e inquieto dentro de ese piso tan austero.

Se puso a recordar una vez más los últimos minutos de la conversación.

—¿Gillian está en peligro? —le había preguntado.

La respuesta de John no había sido precisamente tranquilizadora.

—No lo sé.

Y luego él había preguntado si era Tara, su mejor amiga, el peligro que la amenazaba.

—Espero que no —había respondido John.

Y eso había sido aún peor.

Tara.

Samson no sabía qué pensar acerca de las pocas palabras que le había oído decir a John durante la conversación telefónica. Este había mencionado el nombre de Tara Caine y se había quedado de piedra. Habló de un vínculo que habían estado buscando sin cesar. De algún modo todo eso tenía relación con la esposa del Caritativo, pero Samson no conseguía hacer encajar esas ideas sueltas.

Intentó recuperar de su memoria el aspecto de Tara Caine.

La había visto varias veces, cuando ella había acudido a visitar a Gillian. A Samson enseguida le quedó claro que entre las dos mujeres había una estrecha amistad. Nunca se saludaban de forma demasiado efusiva, sino con una profunda intimidad que convertía en superfluo cualquier aspaviento. Tara le había gustado. Celoso y desconfiado, había velado por la imagen que se había creado de Gillian y su familia, cuya integridad era sagrada para él. Por consiguiente, había sido un hecho importante el modo en el que se integraba esa amiga. Tara Caine no lo había inquietado. Le había parecido simpática y, aún más importante, encajaba bien con Gillian. Parecía una mujer muy normal, inteligente, elegante, aunque sin estridencias, sin voluntad de llamar la atención. En ocasiones era evidente que llegaba a casa de Gillian directamente desde la oficina, por los elegantes trajes chaqueta que vestía. Sin embargo, otras veces llegaba en vaqueros, sudadera y zapatillas deportivas.

Bien, había pensado él, todo correcto. La amiga perfecta para la mujer perfecta de la familia perfecta.

Ahora sabía que, evidentemente, se había equivocado. Thomas Ward no era un hombre amable en absoluto y el matrimonio de los Ward llevaba tiempo en la cuerda floja. Gillian se había enredado en una relación extramatrimonial y tenía muchos problemas con su hija. Y en esos momentos parecía que algo tampoco encajaba en la relación de Gillian con su mejor amiga, aunque Samson no tenía ni idea de qué era.

¿Tara supone un peligro para Gillian?

Espero que no.

No podía dejar de recorrer la distancia existente entre la ventana y la silla que había en medio de la habitación. La estancia olía a patatas fritas. Samson miró con repugnancia la hamburguesa mordida que había dejado en la tapa de la caja de cartón. No comprendía que poco antes se le hubiera podido hacer la boca agua de hambre. En esos momentos se le revolvía el estómago con solo pensar en comer.

John había dicho que Gillian estaba en el piso de Tara. Era comprensible. Debía de haber sido una pesadilla para ella volver a la casa en la que habían asesinado a su marido. Y Samson se avergonzaba del alivio inconfesable que había sentido, porque John era la única persona que lo ayudaba y se arriesgaba por él, pero Gillian no había buscado refugio en casa de él, sino en la de su mejor amiga.

Eso le hizo llegar a la conclusión de que al fin y al cabo la relación tampoco debía de ser tan estrecha.

John había intentado llamar a Gillian, pero ella no había respondido al móvil. Si corría algún tipo de peligro, cabía la posibilidad de que ella no lo supiera.

Samson había leído muchas veces la expresión «tirarse de los pelos», y hasta el momento tan solo había sido una manera simbólica de manifestar que alguien estaba en una situación de ira, incertidumbre o perplejidad desesperadas. Por primera vez pudo constatar que realmente era posible acabar haciéndolo físicamente: se dio cuenta de que se estaba tirando de los pelos, que se agarraba la pelambreira con los diez dedos encrespados, como si eso pudiera ayudarlo a movilizar su inteligencia, a dar con una buena idea que pudiera ayudar de algún modo, que lo liberara de esa situación que solo le permitía esperar. En una pensión sin calefacción, en una caravana instalada en una obra abandonada o en un piso antiguo vacío, lo único que había podido hacer había sido sentarse a esperar algo que ni siquiera sabía qué era.

Quería hacer algo de una vez por todas. Quería provocar que sucediera algo de una vez. Quería ser útil. No para sí mismo, sino para contribuir a resolver ese caso tan intrincado.

Y sobre todo por Gillian.

Había quedado completamente despeinado, tenía los pelos de punta, pero al fin se le ocurrió una idea. Era evidente que John había intentado advertir a Gillian con esa llamada que ella no había aceptado. ¿Acaso no podía él hacer lo mismo?

Podía conseguir el número de teléfono de Tara Caine y llamar a su casa. Sin

embargo, esa idea no estaba exenta de dudas. Era viernes por la tarde. Había muchas probabilidades de que la mujer ya hubiera salido del trabajo y llevara rato en casa. Posiblemente respondería ella misma al teléfono. En la pantalla del teléfono podría ver el número de John Burton. Y él, Samson, ¿qué le diría?

Hola, soy Samson Segal, el hombre al que buscan como sospechoso de haber cometido varios asesinatos. Como puede comprobar, me encuentro en casa de John Burton, el ex madero. ¿Podría hablar con Gillian, si es tan amable?

Tal vez hubiera alguna manera de desconectar la identificación de llamada del teléfono de John, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Quizá fuera capaz de presentarse con otro nombre y tal vez eso le permitiría que Tara le dejara hablar con Gillian.

¿Y luego?

¿Gillian recibiría la advertencia sin alarmarse, teniendo en cuenta que tendría justo al lado a la persona de la que pensaba advertirla?

De todos modos, pensó, tengo que intentarlo.

De repente, tenía calor.

No habría sido necesario que se hubiera preocupado tanto: una locución telefónica lo informó de que no podía obtener el número de teléfono de Tara Caine. La fiscal había bloqueado su número privado.

No me extraña en absoluto, teniendo en cuenta su cargo, pensó Samson, ¡de lo contrario más de un presidiario la acosaría para aterrorizarla una vez en libertad!

No podía limitarse a ocupar el sillón de nuevo y dejar que pasara el tiempo. Imposible, después de haberse atrevido a llegar tan lejos, aunque solo hubiera sido mentalmente.

Por una vez, quería ser decisivo.

Por una vez, quería ser el héroe.

Llevó los restos de aquella comida repugnante a la cocina, los tiró a la basura y, curiosamente, mientras lo hacía se le ocurrió una salida.

Gillian vivía en casa de Tara, a pesar de que probablemente debía de regresar de vez en cuando a su casa. Para regar las plantas, vaciar el buzón o recoger algo que pudiera necesitar. Sabía su número de teléfono de memoria. Y tenían contestador automático. A menudo solía llamar a los Ward cuando sabía que no había nadie en casa, para poder escuchar la voz de Gillian: «No podemos atender al teléfono en estos momentos, pueden dejarnos un mensaje si lo desean».

En esas ocasiones, siempre colgaba sin decir nada. Pero esa vez hablaría. Y aunque esa acción no prometiera ninguna garantía de éxito, puesto que no podía prever cuándo escucharía Gillian los mensajes almacenados, al menos era una oportunidad. Y no le pareció que fuera una oportunidad insignificante. Sería mejor que no hacer nada.

Volvió al salón. Con los dedos temblorosos marcó el número y se aclaró la garganta varias veces.

¡No podía fallarle la voz en ese momento!

Gillian y Tara se quedaron mirando embobadas el contestador automático.

La voz de Gillian sonó alta y clara en la habitación: «Pueden dejarnos un mensaje si lo desean».

El aparato emitió un pitido.

Lo primero que se oyó fue un potente carraspeo. Un hombre, pensó Gillian. Tal vez fuera John. Tal vez Luke Palm quería preguntarle algo más acerca de la venta de la casa. Luke Palm, ese nombre que Tara no tenía por qué conocer.

—Sí, bueno... hola, señora Ward —dijo la voz. No cabía duda de que se trataba de un hombre. A Gillian le pareció haber oído esa voz anteriormente, pero no era capaz de ubicarla.

—Soy yo, Samson. Samson Segal.

Gillian se quedó boquiabierta. Samson Segal. Ese hombre extraño al que la policía no conseguía encontrar. No solo la llamaba, sino que además se atrevía a dejarle un mensaje en el contestador automático.

—Señora Ward, estamos preocupados por usted. —La voz de Samson empezó a sonar menos dubitativa—. Tal vez le parecerá extraño y la verdad es que no sabría explicarle el motivo, pero... debería usted tener cuidado con su amiga, Tara Caine. Hay algo raro en ella. Tenga cuidado, por favor. —Hizo una pausa—. Espero que no tarde mucho en oír este mensaje —añadió—. Es importante, por favor.

Se oyó un clic y la llamada terminó.

Gillian no se movió. Incluso tuvo la impresión de que ni siquiera estaba respirando.

No sabía por qué motivo la había llamado precisamente Samson Segal. No tenía ni idea de a quién se había referido cuando había dicho «estamos». No comprendía en absoluto cómo había podido llegar a la conclusión de que Tara suponía un peligro para ella. Pero se dio cuenta de algo: de que tenía razón. Lo que había dicho no era ninguna tontería. Lo que había visto en la casa no había sido ningún fantasma.

—Tienes buenos amigos —dijo Tara detrás de ella. Su tono de voz sonó distinto. Exento de emoción, de entonación de ningún tipo—. Son valientes y se preocupan por ti, me alegro.

Gillian se pasó la lengua por los labios, que parecían habersele secado de repente. Se volvió hacia Tara e intentó sonreír con la esperanza de lograr algo más que una

mueca temblorosa.

—Segal no es amigo mío, sino un perturbado. Como sabes, la policía lo está buscando. Supongo que lo que intenta es exculparse. Debe de pensar que su situación mejorará si va extendiendo rumores falsos.

—Rumores interesantes —dijo la fiscal.

Gillian se encogió de hombros.

—Ese tipo no está bien de la cabeza. No pienso hacerle caso. Oye, debería darme prisa. Voy al baño un momento y luego...

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Tara. En su postura y en su tono de voz había una actitud claramente acechante—. ¿Escapar por la ventana del váter?

Gillian intentó mantener una apariencia impasible, pero se dio cuenta de que no podía fingir tanta naturalidad.

—Claro que no. ¿Con qué me sales tú ahora? Solo quiero...

—Olvídalo —la interrumpió la mujer—. ¡No me tomes por tonta! Querías escapar, ¿verdad? Estás temblando de miedo, Gillian. Y no solo por lo que ha dicho ese idiota —dijo con un movimiento de cabeza en dirección al contestador automático—. Ha sido lo suficientemente imbécil para soltar su advertencia en voz alta, ¡para que se oyera por toda la casa!

—No es cierto, yo...

—Ya te he visto rara en el coche. Simplemente todavía no estaba segura al cien por cien, era solo una sensación... Si hubieras sido más hábil, aún podrías haberte salvado, pero... tras esta advertencia tan explícita... ¿En serio crees que te quitaré el ojo de encima?

Gillian notó cómo le titilaban los ojos y oyó el murmullo de la sangre en los oídos, pero hizo un esfuerzo por dominarse. No podía flaquear en ese momento. Tenía que mantener la calma.

—¿Por qué, Tara? —preguntó Gillian—. ¿Qué ocurre? ¿Qué te he hecho?

Esta la contempló con interés. Gillian le aguantó la mirada con mucha angustia. Era el rostro familiar de su amiga, un rostro que conocía desde hacía años, y aun así lo veía completamente distinto. Tenía otra expresión, una mímica desconocida. Y luego estaba esa voz que no era la de Tara, que no albergaba sentimientos como la de su amiga. Risa o preocupación, alegría o ira. Nada de eso podía desprenderse de su tono de voz en esos momentos. De algún modo era como si se tratara de una voz sin alma, una voz inhumana.

—Personalmente, a mí no me has hecho nada —dijo Tara—. Pero Carla ni Anne tampoco me habían hecho nada.

Se voz estaba cargada de odio. Gillian se estremeció.

—Carla y Anne... —repitió, desconcertada—. ¿Fuiste tú quien...?

Tara se encogió de hombros.

—El mundo no es peor sin ellas —sentenció Tara tras encogerse de hombros.

—¿Y Tom...?

—Lo de Tom no estaba previsto.

—Tara, no comprendo lo que ocurre —dijo Gillian con tono de súplica—. Por favor, explícamelo...

La fiscal se rió, aunque no fue una risa alegre.

—No, cielo. Sé perfectamente lo que te propones. Quieres enredarme en una larga y agradable conversación con la esperanza de que, entretanto, alguien venga a sacarte del atolladero. ¡Olvídate de eso! Lo que tenemos que hacer es decidir qué haremos ahora. ¿Sabes qué es lo más trágico de todo esto? Que realmente había decidido dejar que te marcharas. No me preguntes por qué. Puede que sea a causa del tiempo que hemos pasado juntas, o tal vez porque ya he fracasado dos veces contigo.

La sombra que vi era ella, pensó Gillian horrorizada. Por eso conocía el nombre de Luke. Ha intentado matarme dos veces.

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Quería tenerte lejos. No te soporto más, Gillian. Ya que tenías miedo de vivir aquí sola, me habría parecido genial que te hubieras buscado un hotelito. Donde fuera. Desde allí podrías haberte mudado directamente a Norwich y con un poco de suerte no habríamos vuelto a vernos en la vida. Pero ahora no puedo dejar que te marches. Seguro que puedes comprenderlo.

—¡Por favor, Tara! ¿Por qué?

Esta metió una mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y un segundo después tenía una pistola en la mano. La apuntó hacia Gillian.

—Lo primero que tenemos que hacer es ir a algún lugar en el que estemos seguras. Es probable que lo siguiente que haga el tipo que te acaba de dejar el mensaje en el contestador sea llamar a la policía. O sea que lo mejor será marcharse de aquí. Y luego ya decidiré qué hago contigo. —Señaló hacia la puerta con el arma—. Primero vamos al garaje. Te quiero delante de mí. Si haces un movimiento brusco, si intentas escapar o algo parecido, te meto una bala en todo el cráneo, ¿entendido? No dudaré ni un segundo.

Gillian tragó saliva. Se sentía como si estuviera participando en una extraña obra de teatro, completamente irreal. En cualquier momento, Tara estallaría en una carcajada y no sería ese tipo de risa malévola, desconocida, sino que sonaría natural y amistosa, como Gillian la había conocido, bajaría la mano en la que llevaba el arma y diría: ¡Gillian, no te asustes tanto! ¡Era broma! ¡Solo quería darte un buen susto! Por Dios, ¿cómo has podido tomártelo en serio?

Sin embargo, sabía que eso no ocurriría. Todo aquello no era ninguna broma. A Tara no le habían gustado nunca las bromas macabras. No tenía ese sentido del humor.

Lo había dicho en serio.

Poco a poco, Gillian se dirigió hacia la puerta. Tara se hizo a un lado para dejarla pasar. Cogió un rollo de precinto para embalajes que estaba sobre un montón de cajas de cartón junto a la puerta.

Una vez fuera, Gillian lo intentó con una súplica:

—Tara, no sé qué tienes contra mí. Pero sea lo que sea, piensa en Becky, por favor. Ahora solo me tiene a mí.

Tara se rió de nuevo. Volvía a ser una carcajada siniestra, exenta de cualquier emoción.

—No me creerás, Gillian —dijo—, pero precisamente es en ella en quien pienso. Todo el tiempo he estado pensando en ella. Becky ha sido el motivo de todo esto. ¿Sabes? para algunos niños es mejor crecer sin padre ni madre. Para algunos niños es mejor vivir en un orfanato. Créeme, sé de lo que hablo.

—Pero...

—Por favor, cierra el pico y continúa —le ordenó mientras hundía la pistola en los pliegues del abrigo de Gillian. Si alguien hubiera llegado de repente, ni siquiera habría visto el arma. Sin embargo, no había nadie en absoluto. La calle parecía desierta mientras empezaba a caer la noche—. Seguro que todavía tendremos tiempo de hablar. Más tarde. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al garaje.

Gillian recorrió lentamente el sendero del jardín.

—Sabía que volvería —dijo Liza Stanford con resignación. Al principio no había abierto cuando John había llamado a la puerta, de manera que él había empezado a recorrer el suelo adoquinado frente al bloque de viviendas con la esperanza de que ella mirara por la ventana y viera que solo era él quien acudía a visitarla y no su marido, ni la policía, ni nadie más de quien pudiera estar huyendo. A continuación, John había llamado de nuevo y al fin se oyó el zumbido que permitía abrir la puerta. Ella lo había esperado arriba con la puerta abierta, aunque solo un resquicio.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó en cuanto él hubo entrado.

—No. Gracias, Liza. ¿Conoce a una tal Tara Caine? —John se fijó bien en la reacción que tenía mientras le formulaba la pregunta.

Liza se sobresaltó, se le dilataron las pupilas.

—Tara Caine, sí. Sí, la conozco.

—Ayer le pedí que me contara todo lo que sabía —le recordó John.

—Pero no me preguntó nada acerca de ella —replicó Liza en voz baja. Entró en el salón y se sentó en una silla frente a la mesa del comedor. John la siguió pero se quedó de pie en medio de la estancia.

—El coche que lleva está registrado a nombre de Tara Caine. Y supongo que debe de haber sido ella también quien ha alquilado este apartamento, ¿no?

Liza asintió.

—¿Le pasa dinero, también? Porque su marido debe de haber bloqueado las cuentas, si no me equivoco.

—Abrió una cuenta a su nombre y me dio la tarjeta para que pueda retirar dinero si necesito algo.

—Cuánta generosidad. Le paga el alquiler, le paga la manutención. Esto no es normal, ¿no le parece?

—Se lo devolveré todo. Lo hemos acordado así.

—Ajá. ¿Cuándo? ¿Y cómo?

—Todavía no lo sé. Todo tenía que ser tan rápido... No podíamos planificarlo todo hasta el final.

—¿Qué es lo que tenía que ser tan rápido?

—Yo tenía que marcharme. ¡Tenía que desaparecer! —Había estado hablando con la mirada fija en el sobre de la mesa, pero en ese momento alzó los ojos. John pudo

verle las lágrimas y la expresión de ira—. No puede imaginarlo. No puede imaginarlo nadie que no lo haya vivido. Llevo años con el alma en vilo. Llevo años soportando la desesperación, la humillación, el dolor físico y la tortura psicológica. Sabía que terminaría matándome. No tenía ninguna duda.

—No habría llegado tan lejos —sentenció John—. Francamente, su marido es un malnacido, Liza, pero no es tonto. No se habría arriesgado a acabar en la cárcel.

—No habría acabado en la cárcel, créame. Habría hecho que pareciera un accidente, habría encontrado un refugio, habría encontrado la manera de salir indemne. Él es así. Lo conozco bien desde hace tiempo.

Ahí estaba de nuevo, con ese manto de omnipotencia que Liza siempre estaba dispuesta a colgarle a su marido. Él estaba por encima de todo, por encima de la ley y el orden, nadie podía atraparlo y rendirle cuentas, hiciera lo que hiciese. John pensó que tal vez consistiera precisamente en eso la mayor perfidia de los hombres como Logan Stanford: que hundían a sus mujeres en el polvo mientras ellos se elevaban en el cielo. Había algo todavía peor que la violencia física: la violencia psicológica, la que atentaba contra el raciocinio de sus esposas. Liza era una persona inteligente. Sin embargo, Stanford había llegado tan lejos que Liza había terminado por interiorizarlo: era un cero a la izquierda, mientras que él era Dios. Liza era incapaz de luchar contra él porque antes incluso de intentarlo tenía arraigada la idea de haber perdido de antemano.

Él negó con la cabeza. No era el momento de filosofar. No sabía exactamente por qué, pero tenía la sensación de que el tiempo apremiaba. De que el peligro era inminente.

—Sea como sea —dijo él. De momento tampoco tenía sentido intentar hacerle entender a Liza que su marido podía acabar en la cárcel de todos modos, como cualquier otro criminal—. ¿Cuánto hace que conoce a Tara Caine?

—Desde el mes de octubre del año pasado —contestó Liza—. Desde el treinta y uno de octubre.

—O sea que no hace mucho, ¿no?

—No. Más o menos dos meses y medio.

John se acercó a la mesa y se sentó frente a ella. Vibraba de impaciencia, le habría gustado poder obtener toda la información más rápidamente, pero hizo un esfuerzo por controlarse. Si le pegaba una bronca, corría el riesgo de que se cerrara en banda y no dijera nada más.

—¿Cómo se conocieron?

Liza sonrió.

—Por casualidad. Un antiguo colega de mi marido celebraba su cumpleaños, setenta y cinco años, y nos invitó a Logan y a mí a una gran fiesta en el hotel Kensington. Mi marido insistió en que lo acompañara a pesar de lo mal que me

encontraba. Yo estaba al borde de un ataque de nervios y además volvía a llevar un ojo morado, el izquierdo. Ya no lo tenía hinchado, pero seguía estando azulado. Es difícil sentir seguridad cuando tienes que estar con gente de ese modo.

—Completamente comprensible —convino John—, pero ¿su marido no temía los comentarios que pudiera hacer la gente sobre usted y posiblemente también sobre él?

—Sabía que intentaría disimular el cardenal a toda costa. No era la primera vez que pasábamos por una situación de ese tipo. Tengo un maquillaje extremo para camuflar esas heridas, es algo muy útil para las esposas maltratadas, ¿sabe? De ese modo pude disimular el problema hasta cierto punto.

—O sea que acudieron a esa fiesta...

Ella asintió.

—Había mucha gente. Sobre todo, juristas. Abogados, fiscales, jueces... Mi marido siempre acababa convirtiéndose en el centro de atención gracias a su elocuencia. Se jactaba de las obras de caridad que llevaba a cabo. En verano había organizado un torneo de tenis en beneficio de los huérfanos del sida en África que había tenido un éxito enorme, había recogido una buena suma de dinero y se dedicó a celebrarlo. Todos le daban palmaditas en la espalda y destacaban lo buena persona que era... yo aguantaba el tipo a su lado y solo tenía ganas de vomitar. De verdad, me habría gustado vomitar en medio de la habitación, entre toda aquella gente emperifollada que creían estar haciendo el bien cuando en realidad lo único que hacían era celebrar su propia existencia y ni siquiera se daban cuenta si estaban pisando a alguien que lo estaba pasando realmente mal.

John supuso lo que venía a continuación.

—La fiscal Caine también estaba entre los invitados. A diferencia de los demás, ¿se dio cuenta de algo?

—Yo lo estaba pasando realmente mal, esa noche —dijo Liza—. Hacía un calor insoportable y de repente tuve la sensación de que estaba sudando mucho. Temía que se me corriera el maquillaje. Qué tontería, ¿verdad? En realidad habría sido embarazoso para mi marido si de repente todos hubieran visto mi ojo morado. Pero yo solo lo veía como una deshonra para mí.

—Por lo que sé —intervino John—, eso es precisamente lo que sienten muchas mujeres en ese tipo de situaciones.

—Escapé al servicio de señoras. Por suerte no había nadie. Mientras intentaba restaurar mi maquillaje frente al espejo, me eché a llorar de repente, fue algo compulsivo, de verdad. Estaba absolutamente horrorizada, el maquillaje quedó completamente arruinado, no paraban de brotarme lágrimas de los ojos... y sabía que tenía que volver a la fiesta enseguida. Pero es que no podía parar, simplemente no podía parar.

Guardó silencio. En su rostro quedaba claro que estaba reviviendo aquel

momento, el momento en el que su vida había empezado a cambiar.

—Entonces la puerta se abrió de repente —prosiguió—, y yo casi me muero del susto. Fue Tara la que entró. Todavía no la conocía, pero supuse que debía de ser una de las invitadas a la fiesta de cumpleaños. No tuve tiempo de esconderme dentro de un reservado. Lo que hice fue coger un montón de pañuelos de papel y fingir que estaba resfriada o que sufría alergia o algo por el estilo... Pero Tara se me acercó por la espalda y me preguntó si podía ayudarme. Dejé caer los pañuelos, llorando, y nos miramos a través del espejo. Entretanto ya no tenía nada de color en mi rostro completamente empapado de lágrimas. La piel que rodeaba el ojo mostró sus tonos irisados. Creo que estuvimos al menos un minuto sin hablar, hasta que al fin ella se limitó a decir: «¿Su marido?». Fue una pregunta y una constatación, todo en uno. Y por primera vez no busqué excusas, nada de caídas por la escalera, ni accidentes en bicicleta, ni golpes con la raqueta de tenis. No me sentía con fuerzas para ello, por lo que me limité a asentir. Tara me preguntó si era la esposa de Logan Stanford y yo asentí de nuevo.

—¿Y ahí empezó el plan que consistía en esconderla? —preguntó John.

—Todavía no —respondió Liza—. Le expliqué que en ningún caso podía regresar a la fiesta. Tara me ayudó. Me sacó discretamente del hotel, pidió un taxi y me llevó a casa. Pagó a la mujer que había estado cuidando de Finley y la mandó a casa mientras yo esperaba en el coche. Me preparó un té caliente y yo no pude parar de llorar en todo el rato.

—¿Se lo contó todo?

—Sí. Absolutamente todo. Las palabras salían solas.

—Tara es fiscal. Teóricamente debería haber entablado un pleito con o sin su consentimiento.

—Eso me dijo ella también, pero yo le supliqué que no lo hiciera. Al final me prometió no hacerlo, pero antes de marcharse me miró fijamente y dijo: «Liza, no pienso parar hasta que sea usted misma la que acuda a la policía para denunciarlo. Debe dar ese paso, es importante. Se trata de su vida y de su autoestima. ¡Ese criminal debe acabar entre rejas!». Eso fue lo que me dijo, literalmente.

—Y luego —supuso John—, ¿siguió pendiente de usted?

—Sí, me llamaba casi a diario. Insistía, me animaba. En ocasiones me alegraba oír su voz, aunque en otras hacía que me sintiera entre la espada y la pared. Pero al fin y al cabo... me consoló mucho haber encontrado a alguien a quien no le daba igual lo que pudiera sucederme. A pesar incluso de lo hostigada que me hacía sentir.

—¿Tara estaba enojada por la situación?

—Sí —afirmó Liza—, y además con una vehemencia que me sorprendía. A veces tenía la impresión de que odiaba a Logan casi más que yo. Debe de haberle costado horrores no poder emprender un procedimiento judicial contra él enseguida. Por otra

parte, necesitaba mi cooperación. No hubo testigos de nuestra conversación en el aseo y el asunto era comprometedor si yo no estaba completamente segura de poder declarar contra él. Además, parecía muy importante que el paso decisivo saliera de mí. Siempre insistía en que tenía que defenderme, que tenía que ofrecer resistencia, que tenía que pegarle. Que no podía quedarme con la sensación de que ella o la policía acabarían salvándome. Que tenía que salvarme yo. «Más adelante esto será muy, muy importante, Liza», me decía siempre.

—Y no se equivocaba —convino John—, pero en total, tal como lo ha descrito, tengo la impresión de que Tara es una persona extremadamente emocional. Casi parece como si... —dejó la frase inacabada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Liza.

—Estaba pensando qué motivó a Tara Caine a implicarse en su caso con tanta vehemencia. Tengo la impresión de que tal vez haya tenido un papel relevante lo que ella haya experimentado en el pasado, aunque por supuesto no tengo ninguna prueba de ello, de momento.

—Nunca me ha hablado sobre su vida —dijo Liza. En sus ojos melancólicos y desesperados apareció una expresión de desconfianza—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué se interesa tanto por Tara Caine?

—¿Por qué le ha alquilado este piso? —inquirió John en lugar de darle una respuesta.

—Bueno, todo esto fue muy rápido —contestó Liza—. A mediados de noviembre las cosas se agravaron entre mi marido y yo y acabé huyendo a casa de Tara completamente histérica. Por suerte, la semana anterior habíamos hablado tanto y tan a fondo del tema que ella consintió que abandonara a Finley. Él era muy importante para Tara, pero al final comprendió que Logan no osaría atacarlo jamás. Lo idolatra. Es lo único que tiene bueno.

—Sin embargo él se ha comportado de forma irresponsable y cruel —la contradujo John—. En mi opinión, Finley vive retraído en su mundo interior. Es inimaginable lo que su hijo debe de haber tenido que soportar durante todos estos años. Aunque no haya recibido maltratos directamente, tiene el corazón gravemente herido.

—Tara viene cada dos días —explicó Liza—. Quiere que denuncie a Logan, que le pida el divorcio, que empiece una nueva vida con Finley. Que no siga ocultándose. Soy consciente de que tiene razón, pero... —Negó con la cabeza—. Todavía no he llegado tan lejos. Hay días en los que casi creo que sería peor. Prefiero esconderme que aventurarme a salir de mi guarida y perjudicarlo. Pero Tara no da su brazo a torcer y tal vez ya hayamos llegado demasiado lejos. A menudo pienso si no soy más que... un proyecto para ella. Si lo que en realidad quiere es lograr algo con todo esto. Pero, bueno, como mínimo de momento me ha ofrecido un lugar seguro.

No está mal expresado, pensó John. Un proyecto. Podría ser. Tara Caine no se habría lanzado contra Logan Stanford tan a la ligera a pesar de las posibilidades que tenía de hacerlo desde su posición de fiscal. Tara quería animar a Liza para que fuera ella quien lo hiciera. Por eso invertía tanto tiempo y una suma nada despreciable de dinero. Si tenían éxito, no había duda de que recuperaría la inversión sin problemas: una vez divorciada, Liza sería una mujer muy acomodada.

Sin embargo, John estaba seguro de que el dinero no era la mayor motivación para Tara. No habría podido justificar por qué estaba tan seguro de ello. Simplemente lo intuía. Tenía que ser algo más importante, más significativo.

—¿Le ha contado a Tara algo acerca de Carla Roberts? —preguntó él—. ¿Y de Anne Westley?

—Hablamos de los dos casos, sí. Tara quería saber si alguien de mi entorno lo había notado alguna vez antes que ella y yo le dije que no. Que yo supiera, no. Pero se lo había confesado a dos personas con la esperanza de que sucediera algo, aunque no llegó a funcionar.

Ahí había algo... John todavía no lo veía claro, pero era como si algo se estuviera moviendo cada vez más en el interior de su mente, como si estuviera a punto de descubrir algo que arrojaría luz sobre todo ese tema. John había estado buscando lo mismo que el equipo de investigación de la policía: alguien que conociera a las tres personas, a las tres víctimas que durante tanto tiempo parecían no tener ningún tipo de vínculo común. Carla, Anne y Tom. Y Gillian, que probablemente debería haber estado en el lugar de Tom.

Por primera vez tenía un nombre, por primera vez desde que Samson Segal había entrado en el juego, aunque no había podido demostrar que este hubiera tenido ningún tipo de relación con Anne y Carla.

Tara Caine.

Estaba claramente obsesionada con la idea de ayudar a una mujer que no podría haber salido adelante sola, a la que todo el mundo había dejado en la estacada cada vez que había buscado ayuda.

Pero todavía quedaban lagunas por resolver. Todavía era incapaz de crearse una imagen completa que le mostrara el camino.

Aunque estoy muy cerca. Tiene que tener algún tipo de relación con Tara Caine. ¡Y Gillian está viviendo con ella!

John sacó su móvil.

—Disculpe —dijo—, debo hacer una llamada.

Volvió a marcar el número de teléfono móvil de Gillian por segunda vez ese día pero, una vez más, nadie respondió a la llamada. Al cabo de un rato saltó de nuevo el buzón de voz.

John decidió dejarle otro mensaje:

—Gillian, soy yo, John. Por favor, llámame. Es importante. ¡Por favor, coge el teléfono!

—¿Qué sucede? —preguntó Liza, cuya voz parecía poseída por la urgencia.

Él negó con un gesto.

—Esto ha ido demasiado lejos. Es posible que tengamos un problema grave.

John sabía que había llegado el momento de acudir al inspector Fielder. Entretanto había reunido una información que ya no podía seguir ocultando y necesitaba al aparato policial con todos sus recursos para poder continuar. No podría mantener a Liza Stanford al margen de todo aquello. Y a su ex colega, la agente Kate Linville, probablemente tampoco.

Tal vez debería no molestarse más.

Se puso de pie. Antes de acudir a la policía pasaría por el piso de Tara Caine. Al fin y al cabo, tal vez las dos mujeres estuvieran allí y el único motivo por el que Gillian no cogiera el teléfono era porque veía su número en la pantalla y temía que siguiera asediándola.

Pero eso tampoco es que le pareciera muy creíble. La última vez que habían hablado, Gillian no había tardado mucho en hacerle saber que pensaba marcharse de Londres. Era viernes por la tarde. Probablemente llevaba varias horas de viaje. ¿Estaría Tara con ella?

Entonces se le ocurrió otra cosa.

—¿Puede usted ponerse en contacto con Tara por teléfono? —le preguntó John.

No había ningún teléfono fijo en el piso, pero Liza tenía un móvil. Marcó el número de teléfono de la fiscal y le tendió el aparato a John.

—Es su número de móvil. Es el único que tengo.

Como era de esperar, nadie cogió el teléfono. Ni siquiera había buzón de voz. John maldijo en voz baja.

—Por favor, quédese aquí, Liza —le pidió mientras se dirigía hacia la puerta—. No intente buscar otro alojamiento de forma precipitada ni nada parecido. Quédese aquí, por favor. Tal vez necesite hablar con usted de nuevo.

John esperaba que la mujer no le pidiera discreción para con la policía, pero al parecer a ella no se le ocurrió esa idea.

—¿Adónde quiere que vaya? —preguntó con resignación—. De todos modos, sin Tara no puedo tomar ninguna decisión.

—Volveré —prometió él antes de salir por la puerta.

Mientras bajaba por la escalera, John pudo oír cómo Liza cerraba la puerta y le daba dos vueltas a la llave.

En el coche hacía calor. Tara debía de haber puesto la calefacción al máximo. La gruesa manta de lana que la cubría también contribuía a ello: Gillian notaba cómo el sudor le empapaba todo el cuerpo. La lana le picaba en la cara.

El miedo a morir ahogada le provocó una oleada de pánico. Necesitó toda su fuerza física para mantenerlo a raya. Encerrada con ese calor, con aquella gruesa manta que le tapaba la cabeza y el cuerpo, y la boca cerrada con precinto de embalaje, sabía que tenía que hacer lo posible para no volverse loca, porque, de lo contrario, pronto le faltaría el aire de verdad.

Le había suplicado a Tara que no utilizara el rollo de precinto.

—Por favor, por favor... Por favor, Tara. No me hagas esto. Tengo miedo. ¡Por favor! —Le había jurado no hacer ruido, pero esta no había querido escuchar sus ruegos.

—Ahora mismo serías capaz de prometerme cualquier cosa. Olvídalo, Gillian. No pienso correr riesgos. ¡Por ti, te aseguro que no!

En el garaje, protegida de las miradas curiosas, le había dado varias vueltas de precinto alrededor de la cabeza a Gillian, que había quedado con el pelo envuelto y ni siquiera era capaz de imaginar lo doloroso que sería quitar ese precinto de nuevo. No obstante, en esos momentos esa no era ni mucho menos su mayor preocupación. Lo peor era la falta de aire. El miedo a morir ahogada. El miedo a tener que vomitar. Por eso no podía dejar que el pánico se apoderara de ella. Era propensa a sufrir ataques de náuseas cuando se exaltaba en exceso.

Tara la había obligado a cruzar las manos en la espalda y luego se las había amarrado también con precinto.

—¿Dónde está la llave de tu coche? —le había preguntado.

Gillian solo podía emitir sonidos vagos, pero había hecho un gesto con la cabeza en dirección al coche de Tara, que estaba aparcado frente a la entrada. Esta lo comprendió. Recogió el bolso de su amiga, se lo llevó al garaje y empezó a revolverlo. Encontró la llave, la sacó y volvió a dejar el bolso. Gillian pensó inevitablemente en el móvil que había dentro, en que alguien había intentado hablar con ella apenas media hora antes. Ya no tendría la oportunidad de devolver la llamada.

Tara abrió el coche de Gillian y le ordenó que se sentara en el asiento del

acompañante. A continuación cerró el coche. Gillian intentó desesperadamente quitarse el precinto que le amarraba las muñecas, pero ni siquiera consiguió aflojarlo un poco. Luego probó de abrir la puerta con las manos atadas, pero tampoco tuvo suerte. Lo único que podía hacer era quedarse ahí sentada y esperar.

Por el retrovisor vio que Tara subía a su coche, lo arrancaba y daba la vuelta para acercarlo marcha atrás a la puerta abierta del garaje. Empezó a ver claro que pensaba cambiarla de un coche al otro. Sin duda a Tara le habría gustado entrar el coche en el garaje y realizar ese transbordo con la puerta bien cerrada, pero no había suficiente espacio para ello. El enorme BMW de Tom se lo impedía.

Tara bajó de su coche, abrió el maletero y sacó a Gillian del otro coche.

—Métete en el maletero —le ordenó—. ¡Y nada de trucos!

Gillian, indefensa y resignada, se metió en el maletero del Jaguar mientras Tara la apuntaba con la pistola. No había mucho espacio y tuvo que ponerse en posición fetal, de manera que las rodillas casi le tocaban la barbilla.

Tuvo que luchar para no llorar en cuanto se dio cuenta de que Tara le estaba atando también los tobillos de forma despiadada. Durante un breve instante le había pasado por la cabeza la posibilidad de ofrecer resistencia. Tara había dejado a un lado la pistola y estaba inclinada hacia delante sobre la parte trasera del coche. Con un buen puntapié en el abdomen podría dejarla fuera de combate durante un momento. Pero luego, ¿qué? Con las manos atadas a la espalda ¿sería capaz de salir corriendo con la rapidez suficiente? La que había sido su amiga se recuperaría de nuevo enseguida y necesitaría solo unos segundos para coger de nuevo el arma. Gillian no tenía ninguna duda de que Tara se lo tomaría en serio. Un tiro en la cabeza, como había hecho con Tom.

Le había parecido demasiado arriesgado. Por si fuera poco, en esos momentos también tenía los pies atados, por lo que ya sus esperanzas se habían esfumado. La verdadera oportunidad de escapar la había tenido antes, cuando se había inquietado de repente y se había dado cuenta de que tenía que librarse de Tara. Lo habría conseguido si Samson Segal no hubiera tenido la funesta idea de advertirla por teléfono. ¿Cómo demonios había llegado ese tipo a sospechar de Tara? No cabía duda de que llevaba razón, pero ¿cómo demonios lo había descubierto? Y había dicho «estamos», en plural. ¿Con quién estaba compinchado?

Tara sacó una gruesa manta de lana del maletero del coche de Gillian y la había tendido sobre la mujer atada.

—Para que no pases frío —dijo—. Quién sabe cuánto tiempo tardaremos en llegar.

Una vez más Gillian abrió mucho los ojos, no solo porque la gruesa manta de lana le dificultaba respirar, sino también porque esa manta despertaba en ella el recuerdo de tiempos más felices: aquella manta era la que Tom solía llevar en el coche que

había tenido mientras había estado en la universidad, un cacharro oxidado que arrancaba cuando le daba la gana y cuyos asientos traseros estaban tan destrozados que Tom había tenido que cubrirlos con aquella manta. Acababan de conocerse, estaban tan enamorados que se pasaban el día en las nubes y un día de mayo fueron juntos al mar a tomar un baño. Gillian recordaba el agua helada y el aire fresco de primavera de ese día. Había pasado demasiado tiempo en el agua y había salido temblando de frío, con los labios azulados y un pertinaz castañeteo de dientes. Tom había cogido la manta del asiento trasero del coche y la había envuelto con ella antes de abrazarla para intentar transmitirle algo de su calor corporal. Pasaron una eternidad sentados de ese modo, en una bahía solitaria en la que los cangrejos se enterraban en la arena, las aves marinas hacían piruetas en el aire y las resbaladizas algas verdes tendían cuerdas resplandecientes sobre las rocas planas de la playa. El cielo se reflejaba en los charcos que había formado la marea. Curiosamente, a Gillian esa situación le había parecido increíblemente romántica, una felicidad absoluta que había considerado inolvidable. Cuando años más tarde Tom había decidido no llevar más la manta en su elegante BMW, Gillian había decidido meterla en su coche.

Mientras Tara cerraba el maletero de golpe, movía su coche un poco hacia delante y volvía a salir para cerrar la puerta del garaje, Gillian pensó que, en caso de sobrevivir a aquella situación, su vida jamás volvería a ser normal. Aquellas vivencias pesarían demasiado, sería imposible librarse de ellas, igual que del recuerdo de Tom, del mar y de ese frío día de mayo que permanecía imperturbable en su memoria. A esa había que sumarle otras imágenes: el asesinato de Tom, que tan mal contorsionado había quedado sobre la silla del comedor; la noche con Luke Palm, cuando había creído haber visto una figura en la casa.

La voz de Samson Segal en el contestador automático.

La mirada yerma de Tara.

A partir de entonces, todo aquello pasaba a formar parte de su realidad.

Gillian lo habría dado todo por poder regresar a la normalidad de antes, para no tener que enfrentarse a ese mundo tan lleno de disputas. Solo quería recuperar su vida tal como había sido. Eso era lo único que deseaba.

Mientras el coche emprendía la marcha de nuevo, Gillian pensó en las posibilidades que tenía para llegar, al fin, a una conclusión más bien desesperada. ¿Cuándo la echarían de menos? Sus padres y Becky probablemente llamarían en algún momento y tras dos o tres intentos se extrañarían de que no cogiera el teléfono ni devolviera las llamadas perdidas. ¿Y luego? ¿Cómo llegarían a encontrarla?

Luke Palm intentaría ponerse en contacto con ella en cuanto alguien se interesara por la casa o si le surgían dudas acerca de algún detalle. Por lo menos Luke sabía que esa noche se había mudado a casa de su amiga, de la que, no obstante, no conocía ni el nombre ni la identidad. Sin embargo, conocía su dirección, puesto que había sido él

quien la había llevado hasta allí en coche. ¿Acudiría a la policía extrañado por su desaparición?

¿Y luego?

Le había dicho a John que quería retirarse a un hotel, en el campo. Si se lo comunicaba a la policía, tal vez ni siquiera investigarían su desaparición: supondrían que Gillian habría actuado según lo que había planificado y que, por tanto, resultaría evidente que no deseaba ser molestada. Era exactamente lo que se esperaba de una mujer traumatizada por el asesinato de su marido. Sin embargo, encontrarían su coche en el garaje. Pero ¿entraría alguien allí dentro a comprobarlo? Además, también podría haberse marchado en tren, una circunstancia imaginable teniendo en cuenta las condiciones meteorológicas.

Había un atisbo de esperanza: Samson Segal, el idiota al que tenía que agradecer la delicada situación en la que se encontraba, había llegado de forma absolutamente incomprensible a la acertada conclusión de que Tara Caine representaba un peligro para ella. Pero ¿de qué le serviría esa convicción?

¿Qué se proponía Tara? Podría haberle disparado allí mismo, en su casa. ¿Era una buena señal el hecho de que no lo hubiera hecho? No necesariamente, pensó Gillian con desesperación. Tara no era tonta. Había oído la advertencia del contestador automático. Sabía que Luke Palm conocía adónde se había mudado Gillian esa noche. Los vecinos tal vez también las habían visto llegar por la tarde. Si en algún momento durante los días siguientes alguien encontraba el cadáver de Gillian en su casa, Tara sería sometida cuanto menos a un interrogatorio exhaustivo. La situación podría pasar a ser crítica para ella. No, Tara quería hacer exactamente lo que le había anunciado: encontrar un lugar seguro antes de pensar qué hacer a continuación. Había perdido el control de la situación. Primero había hablado demasiado con lo de Luke Palm y luego estaba la llamada de Samson.

Entretanto, Tara se lo había confesado casi todo a Gillian, a quien no debía de ver, por consiguiente, como alguien que aún tendría la oportunidad de revelar lo que sabía.

No puede dejarme escapar bajo ningún concepto, pensó Gillian, lo único que puede hacer es intentar hacerme desaparecer de algún modo que no levante sospechas sobre ella. No tiene otra opción.

Ante esa constatación, de repente notó que le costaba aún más respirar. La manta parecía presionarle pesadamente el rostro, como si fuera de plomo, y el precinto no solo la ahogaba por el hecho de taponarle la boca de forma cruel, sino también por el olor asfixiante a adhesivo que desprendía. El coche arrancaba, se detenía y volvía a arrancar. Había tráfico. Viernes por la tarde. Seguirían avanzando a trompicones hasta que hubieran llegado a las afueras de la ciudad, por lo menos. Aunque en las autopistas tal vez también hubiera retenciones. Lo peor de todo eran las ganas de

vomitara. Entre el calor, el olor y las sacudidas del coche, el estómago de Gillian estaba más que revuelto. Por suerte apenas había comido nada durante todo el día. Sin embargo, las náuseas eran cada vez más intensas.

No pienses en ello, se ordenó a sí misma en un acopio de fuerza de voluntad. Concéntrate en otra cosa.

Podía oír la voz atenuada de un moderador radiofónico leyendo el parte meteorológico. Se esperaba mucho frío para los próximos días. No estaba previsto que siguiera nevando, pero de todos modos recomendaba a los conductores que se quedaran en casa si no era estrictamente necesario que salieran a la carretera. Las máquinas quitanieves todavía luchaban por despejar las vías de las últimas nevadas.

A continuación se oyó música.

A Gillian incluso le pareció oír cómo Tara tarareaba la canción.

Siempre hay una segunda oportunidad, pensó, prepárate para aprovecharla.

Apartó de su mente la idea que la acosó de repente: vaya dicho más tonto, ese de la segunda oportunidad. No estaba escrito en ninguna parte que siempre llegara una segunda oportunidad.

En ocasiones, ni siquiera llegaba una sola.

Había esperado que no hubiera nadie en casa de Tara Caine. Sin embargo, había llamado un par de veces antes de volver a la calle y espiar desde abajo. El balcón de Tara. Tras las cortinas de la ventana del salón, todo estaba a oscuras. La pequeña ventana que había junto al balcón también debía de pertenecer a su piso y tampoco allí brillaba ninguna luz.

Era el momento de acudir a la policía.

John subió de nuevo a su coche.

Pensó en la noche en la que había acompañado a Gillian en coche hasta allí, a principios de enero. Había recogido un par de cosas de su casa, se había vuelto a confrontar por primera vez con el lugar en el que su marido había encontrado una muerte violenta. La había ayudado a subir las cosas, pero ella no había querido que entrara en el piso. Él lo había comprendido: Becky estaba dentro, trastornada y absolutamente confusa. Y atenta. Justo después de la muerte de su padre, Becky no podía ver a otro hombre al lado de su madre, por mucho que este se presentara como un buen amigo que se había ofrecido a ayudarla. Habría podido oler que había algo más. Por lo menos Gillian había expresado ese temor y John había respetado que le preocupara.

En ese instante, mientras alzaba de nuevo la mirada hacia el piso a oscuras, pensó que tal vez no se había negado solo por Becky. Tal vez entonces ya había tenido un mal presentimiento respecto a Tara. Quizá esta ya había empezado a mostrar reticencias.

Pero no, eso no era posible. Y menos esa noche en la que, por lo que recordaba, Gillian le había contado a Tara los incidentes que habían provocado que John abandonara el cuerpo. Ese había sido el motivo de que las dos mujeres hubieran discutido. Tara había manifestado una falta de comprensión absoluta acerca de que Gillian se hubiera enredado con un hombre en cuyo historial apareciera la palabra «violación», como si de una horrible mácula se tratara. Una mácula de la que, a pesar de todo lo que había hecho para eliminarla, no había conseguido deshacerse del todo. Tara debía de haberse enfadado bastante, porque justo después Gillian había llevado a Becky con sus abuelos, a Norwich, y había regresado a su casa contradiciendo el consejo que le habían dado todos los que la querían bien.

¿Por qué no conseguía librarse de aquella sensación de estar pasando algo por

alto?

Le he contado a Tara que habías sido policía. Y las circunstancias por las que lo dejaste...

Podía oír claramente la voz de Gillian. A John le había extrañado que ella hubiera regresado a casa y hubiera intentado explicárselo. Se había sentido incómoda porque él tenía que ver con aquella maldita historia, porque tendría que confrontarlo con la conclusión de que todo aquello tan desagradable seguía íntimamente relacionado con él, que John seguía despertando desconfianza y reservas y probablemente no dejaría de ser así.

Ha caído del guindo...

John se puso de pie.

En ese lugar había algo raro.

Ha caído del guindo...

¿Qué le había contado Kate? Tara Caine había solicitado y leído el expediente de Burton, y lo había hecho en diciembre. Y se lo había devuelto a Kate antes de Navidad. Eso significaba que ese jueves a principios de enero, cuando Gillian le había contado las investigaciones a las que habían sometido a John, Tara ya estaba al corriente del caso. Y además con todo detalle, puesto que se había informado de todos y cada uno de los pormenores del proceso, con pelos y señales. ¿Había «caído del guindo», o simplemente lo había fingido? Debía de haber simulado un sobresalto súbito ante Gillian.

¿Por qué?

Tal vez había querido ocultar a cualquier precio que había estado espiándolo. John supuso que con solo mencionarle el apellido «Burton» debió de pasarle por la cabeza algún vago recuerdo, probablemente una conversación con algún colega o algo que había podido cazar al vuelo por los pasillos. Se había informado... y no le había contado a nadie lo que había descubierto. En esos momentos Tara podría haber supuesto que Gillian no debía de tener ni idea del asunto pero, puesto que era su mejor amiga, ¿lo más normal no habría sido que le hubiera contado enseguida lo que había descubierto? Por lo visto no estaba convencida en absoluto de la inocencia de John, o como mínimo seguía viéndolo como un peligro potencial. ¿Por qué no se lo había mencionado y se había mostrado sorprendida cuando Gillian se lo había contado?

John sabía que a partir de aquello todavía no podía llegar a ninguna conclusión acerca de Tara. Había un buen número de explicaciones imaginables que resultaban inofensivas para su comportamiento, incluso para explicar su implicación en el caso de Liza Stanford, no es que quedara automáticamente bajo sospecha. Sin embargo, lo alarmaba esa proliferación de sucesos extraños.

Y lo inquietaba el hecho de que las dos mujeres hubieran desaparecido de repente

y sin dejar rastro.

Arrancó el coche sin vacilar y se incorporó a la calzada de forma bastante temeraria, lo que provocó un bocinazo airado de otro conductor.

Directo hacia Scotland Yard.

Sábado, 16 de enero

1

El agente Rick Meyers se había preparado para un domingo por la mañana más bien contemplativo en la comisaría de policía. Tenía guardia de fin de semana, pero suponía que no pasaría gran cosa y que, por consiguiente, encontraría tiempo para quitarse de encima de una vez el papeleo que tenía acumulado sobre la mesa. El tiempo nevado que reinaba fuera no parecía transmitir más que paz y tranquilidad. Tal vez había sido ese tiempo lo que le había hecho creer que ese día no sucedería nada especial. En todo caso, quedó realmente horrorizado cuando de repente vio que su superior le tendía una hoja de papel frente a las narices.

—Tenemos que verificar esto. Nos lo solicita el Scotland Yard de Londres. Se trata de una tal Lucy Caine-Roslin. Vive en Reddish Lane.

—¿Reddish Lane? ¿En Gorton?

—Sí. Lo siento, pero tendrá que ir.

—¿De qué se trata? —preguntó Meyers. Ya había empezado a redactar los informes pendientes.

—Podría ser que la hija de la titular esté viviendo en esa casa. Simplemente se trata de comprobarlo. Scotland Yard tiene unas cuantas preguntas importantes para ella.

—¿Para la hija? —preguntó Meyers, duro de mollera.

—Sí. Ha desaparecido, pero hay que interrogarla urgentemente y cabe la posibilidad de que haya acudido a casa de su madre. La hija se llama —el superior consultó la hoja de papel— Tara Caine. Es fiscal en Londres.

—¿Fiscal? ¿De verdad? ¿Y ha salido de ese rincón del mundo?

—Eso parece.

—¿Y por qué no llaman directamente a esa tal Lucy Caine-Roslin? —planteó Meyers mientras se ponía de pie pesadamente. Supuso que a los demás ya se les

habría ocurrido esa posibilidad y que habría algún motivo por el que no habían podido hacerlo, de manera que esa idea no lo salvaría de acudir a uno de los barrios más desagradables de Mánchester en busca de una vieja.

—Ya lo hemos intentado varias veces, pero nadie coge el teléfono. No sirve de nada. Tiene que ir enseguida. No podemos ignorar a Scotland Yard.

Por lo menos a esa hora de la mañana de un sábado no encontraría mucho tráfico. Además, las máquinas quitanieves habían hecho un buen trabajo durante los últimos días, Rick Meyers no tuvo problemas con el coche. Sin embargo, le habría gustado no tener que prestar ese servicio, y no solo porque le rompía la planificación del trabajo. El caso era que a ningún policía le gustaba ir a Gorton, en el sur de Mánchester, y menos si era para localizar a una anciana. Por esos barrios incluso la misión más sencilla podía acabar mal. Había rincones mejores y rincones peores, y los peores consistían en gran parte en casas ruinosas habitadas por yonquis que no dudaban ni un momento en hacer lo que hiciera falta ante la más mínima oportunidad de conseguir dinero para la siguiente dosis. En ese lugar vivía lo peor de la escala social, más bajo no podía caerse. La tasa de delincuencia era elevadísima y la policía no era bienvenida. Meyers no era precisamente un héroe. A menudo se preguntaba cómo había podido estar tan chiflado para haber querido ganarse el pan como policía.

Esa mañana también se hizo esa misma pregunta, pero como de costumbre no se le ocurrió ninguna respuesta.

El aspecto de las calles cambiaba poco a poco. No se llegaba a Gorton de repente, sino que el barrio iba apareciendo progresivamente. Los edificios de viviendas eran cada vez más miserables; las zonas verdes, cada vez más reducidas y escasas, hasta que desaparecían del todo. Luego una zona industrial de aspecto abandonado que ni siquiera bajo el grueso manto de nieve parecía menos desolada; un *outlet* de tejidos al que aparentemente no había acudido nadie esa mañana; un chatarrero y, justo al lado, una hilera de casas adosadas en clara decadencia. El único indicio de que esas chabolas seguían habitadas era la basura que se apilaba en los patios; en parte dentro de bolsas de plástico, pero también esparcida de cualquier manera después de que la hubieran tirado por las ventanas sin más. A continuación, bloques de viviendas, paredes pintarrajeadas, cristales rotos, una casa sin puerta y basura, mucha basura. Todo era porquería y abandono. Meyers sabía que entre los desperdicios había muchas jeringuillas. Observó con irritación cómo un niño pequeño jugaba en la calle a pesar del frío y la suciedad, sin que nadie lo vigilara, expuesto a un sinfín de peligros. Los padres probablemente estaban durmiendo, o borrachos, o colocados, o todo a la vez. Y sin embargo, el chico estaba radiante. Incluso en ese entorno tan miserable, se alegraba de que hubiera nevado. Como todos los niños del mundo.

Meyers sintió una profunda tristeza.

Le parecía un verdadero misterio que una chica hubiera salido de ese lugar y

hubiera llegado a fiscal. Debía de ser una mujer dura de roer.

La Reddish Lane era bastante larga y Meyers constató aliviado que el número en cuestión no se encontraba en la peor zona. En las plantas inferiores de algunas casas todavía había comercios y negocios y, aunque era evidente que algunos deberían haber cerrado y bloqueado las puertas con tablones clavados, se mantenían firmes a pesar de todo. Los alrededores parecían cualquier cosa menos un barrio acomodado, pero tampoco se veía abandonado del todo.

Podría haber sido peor, pensó.

La señora Caine-Roslin vivía en una casita aislada de ladrillo rojo, rodeada por un patio minúsculo en cuya parte trasera había un cobertizo algo ruinoso. La casa en sí parecía sólida y estable, solo cuando se examinaba desde cerca se descubrían indicios de que nadie se había ocupado de su mantenimiento desde hacía tiempo: los marcos de las ventanas reclamaban a gritos una capa de pintura, la puerta del patio necesitaba una reparación y algunas tejas debían ser reemplazadas. Como muchas otras casas de esa calle, la planta baja tenía un escaparate que había pertenecido a un pequeño negocio que permanecía cerrado tras una persiana de color azul. Un cartel revelaba el taller de reparación de bicicletas que había ocupado el local. El rótulo era viejo y costaba descifrar la inscripción que contenía debido a los estragos que el viento, la lluvia y el sol habían causado en él a lo largo del tiempo. Al parecer, dentro ya no había ni taller, ni nada.

La pregunta era si en la casa seguía viviendo alguien.

Rick Meyers aparcó en la calle, salió del coche y contempló las ventanas del primer piso sin demasiada convicción. No vio ninguna luz, pero ya era una hora avanzada del día. En cualquier caso, había cortinas e incluso le pareció ver una o dos macetas con plantas. Sin embargo, la casa parecía extrañamente deshabitada, aunque probablemente tenía que ver con la evidente falta de actividad de la planta baja de la casa.

Meyers caminó pesadamente por la nieve que nadie había quitado de la entrada de la finca. Tal vez la anciana Caine-Roslin ya no viviera allí. Quizá la hija se la hubiera llevado a un asilo de Londres hacía tiempo. Era raro que esa casa siguiera constando como su vivienda habitual. Pero en ocasiones sucedían ese tipo de cosas.

Además, la hija había desaparecido y la estaba buscando Scotland Yard.

Qué historia tan extraña.

Había una puerta que llevaba hacia la parte inferior de la casa, pero estaba bloqueada por dos tablas de madera cruzadas y clavadas en el marco. Justo al lado había una escalera empinada que subía por el muro exterior hasta el piso de arriba y, una vez allí, otra puerta que parecía todavía operativa.

En la escalera había tanta nieve que a Rick Meyers le costó bastante subir por ella. A un lado tenía el muro, pero en el otro ni siquiera había barandilla, ni nada a lo

que poder agarrarse. Hacía semanas que nadie quitaba la nieve de esos escalones. Rick Meyers se preguntó cómo debía de hacerlo la anciana para subir por esa escalera tan empinada y llena de nieve. En algún momento esa tal Lucy Caine-Roslin debía de verse obligada a salir para comprar comida, ¿no? La nieve recién caída ocultaba cualquier huella que pudiera indicar que alguien hubiera subido o bajado por allí últimamente. Pero si a él, que era un hombre relativamente joven, ya le costaba tanto, ¿cómo conseguía hacerlo una mujer que debía de tener al menos sesenta años? Cada vez se confirmaba más la impresión que tenía de que en esa casa ya no vivía nadie.

Cuando por fin llegó al piso de arriba, llamó a la puerta de madera. Era de color negro, pero la pintura estaba algo desconchada en las esquinas.

—¿Señora Caine-Roslin? Por favor, ¿puede abrirme la puerta? —gritó mientras aguzaba el oído—. Soy el agente Meyers. Solo quiero hacerle una pregunta.

No se movió nada. Volvió a llamar, esta vez con más ímpetu.

—Por favor, señora Caine-Roslin. ¡Policía! Solo se trata de una pregunta muy breve.

Ni un ruido, nada de nada.

Meyers probó de abrir con el picaporte. Para su sorpresa, este cedió y la puerta se abrió hacia dentro. Ni siquiera estaba cerrada con llave.

Jadeó de inmediato al notar el repugnante olor a putrefacción que salía de la vivienda.

—¡Dios mío! —Buscó enseguida un pañuelo y, al ver que no encontraba ninguno, miró a su alrededor en busca de una ventana que pudiera abrir. La ventana de la cocina le pareció la solución más cercana y Meyers se abrió paso entre mesas y sillas, giró el picaporte, abrió la ventana y se inclinó hacia fuera. El aire invernal, limpio y frío, le dio en la cara. No había pasado ni un minuto desde que había estado fuera andando pesadamente sobre la nieve y ya le parecía como si hubiera pasado toda una eternidad sin respirar ese aire tan maravilloso. Como si ya hubiera pasado a formar parte del hedor que reinaba en la casa.

Con los dedos siguió registrándose todos los bolsillos del uniforme hasta que por fin encontró un pañuelo arrugado. Meyers odiaba lo que le tocaba hacer en ese momento, pero al fin y al cabo era policía. Tenía que examinar a fondo el horror que acechaba en aquella casa.

Tomó una buena bocanada de aire, se sostuvo el pañuelo pegado a la boca y la nariz y se apartó de la ventana. Miró a su alrededor, en la cocina. Parecía limpia y ordenada, si bien todos los muebles estaban cubiertos de una fina capa de polvo. Sobre la mesa había dos platos y en ellos se habían estropeado restos de comida que ya eran prácticamente irreconocibles. Estaban cubiertos de una pelusilla de color blanco azulado y seguramente eran los responsables de parte del olor que llenaba la estancia, aunque por desgracia este no procedía solamente de los platos. Al lado había

también dos vasos de vino medio llenos y una botella. Un vino de primera calidad, como Meyers pudo comprobar en la etiqueta. Todo parecía indicar que lo que le había sucedido a Lucy Caine-Roslin, fuera lo que fuese, no había sido nada bueno y había interrumpido una comida que se había propuesto compartir con alguien.

Sobre el aparador descubrió una bolsa de papel marrón. Tuvo la impresión de que debía de haberse tratado de un plato preparado de algún puesto de comida china para llevar. Alguien había acudido a visitar a la anciana y había llevado comida. ¿Y luego...?

Salió de la cocina. Sabía que el verdadero desafío aún estaba por llegar.

Encontró a Lucy Caine-Roslin en una habitación infantil. En todo caso, parecía como si en otro tiempo hubiera sido una habitación infantil. O de adolescente. Había un sofá cama cubierto con una colcha de retazos y cortinas con el mismo estampado en las ventanas. Un armario ropero con la puerta abierta y unos cuantos jerséis colgados en sus perchas. Un par de pósteres en las paredes, uno de los cuales mostraba a alguien que Meyers creyó reconocer como Cat Stevens. Un sillón sobre el que había un par de revistas y papeles emborronados. Las paredes estaban repletas de estantes de madera llenos de libros, infantiles y juveniles, según se desprendía de los títulos y de los colores de los lomos. Más tarde, Meyers pensaría que eso había sido el detalle por el que había reconocido enseguida que se trataba de la habitación de alguien de corta edad: los libros y la foto de Cat Stevens en la pared.

Lucy Caine-Roslin estaba tendida sobre la espalda en medio de la habitación, parecía la envoltura hinchada y oscurecida de lo que había sido una persona. El frío y el aire seco de la casa, no obstante, habían contribuido a que se hubiera conservado mejor que en circunstancias menos propicias. El rostro seguía en un estado relativamente bueno. Los ojos, o lo que quedaba de ellos, era lo único que Meyers no se atrevía a examinar más de cerca. Tenía bastante con los esfuerzos que tuvo que hacer para no perder la calma.

Si bien lamentable de todos modos, en condiciones normales la muerte de la anciana le habría parecido debida a causas naturales: tal vez se había encontrado mal después de recibir una visita, cuando se disponía a lavar los platos. Sin embargo, esa suposición entraba en contradicción con el hecho de que de la boca de la difunta sobresaliera algo, algo grande y difícilmente reconocible a simple vista. Meyers hizo un esfuerzo por dominarse a sí mismo y se acercó más al cadáver a pesar del hedor. Era un trapo. Un trapo grande, un trapo de cuadros. Probablemente un paño de cocina.

Alguien se lo había metido en la garganta a la fuerza.

Y le había taponado la nariz con varias tiras de precinto.

Se puso de pie de nuevo, se acercó a la ventana y la abrió también. Se inclinó hacia fuera para respirar un par de bocanadas de aire fresco.

—Dios mío —murmuró mientras se secaba el sudor de la frente con el pañuelo.

La muerte de la anciana Lucy Caine-Roslin en realidad no habría sido nada del otro mundo. Una anciana que al parecer llevaba varias semanas muerta en su casa, sin que nadie se hubiera percatado. Su soledad era trágica y, sin embargo, no se trataba de un hecho insólito. Había muchas personas de edad avanzada que vivían solas y que acababan muriendo sin que nadie se diera cuenta. El caso de Lucy Caine-Roslin, no obstante, parecía un poco extraño, ya que al menos tenía una hija en Londres. Aunque tampoco ella parecía haberse enterado de que su madre ya no estaba viva. Tal vez había dado por concluida su vida en Gorton. Meyers se apartó de nuevo de la ventana y examinó la habitación. Encajaba con lo que había visto de la casa hasta entonces: acogedora y limpia, si bien también estaba claro que la familia nunca había tenido mucho dinero: los muebles eran modestos y las cortinas y las colchas seguramente las había cosido ella misma. ¿La fiscal había crecido en esa casa? Probablemente su vida había sido muy distinta desde entonces.

Pero Lucy Caine-Roslin no había muerto simplemente de un infarto de miocardio. Alguien le había metido un paño de cocina en la garganta. Posiblemente se había asfixiado a causa de eso. Todo parecía indicar que Lucy Caine-Roslin había sido asesinada. Una anciana que no debía de poseer nada de valor. ¿Quién podría haber querido matarla?

Meyers recordó el motivo por el que había acudido hasta allí. La hija. Lo habían mandado para que intentara localizar a la hija.

Aunque supuso que no habría nadie más en la casa, decidió registrar todas las habitaciones de nuevo para cerciorarse. La casa era más grande de lo que parecía por fuera. Había un salón, un comedor, un dormitorio y un cuarto de baño. Todo estaba limpio como una patena. En el salón había una tetera y una taza sobre la mesa. El té que había contenido la taza antes de que alguien se lo hubiera bebido o de que se hubiera evaporado había dejado una marca marrón en el interior. Había una manta de lana en el sillón, todavía con las agujas de tejer prendidas. En la ventana había violetas africanas que entretanto se habían secado. Si bien el mantenimiento de la fachada y del patio habían sido tareas excesivas para una anciana como Lucy Caine-Roslin, lo cierto es que había sabido mantener el interior en perfecto estado.

En cualquier caso, la fiscal que estaba buscando no se había alojado en casa de su madre.

Meyers sacó el móvil. Lo primero que debía hacer era pedir refuerzos. Lucy Caine-Roslin había muerto sin que nadie se hubiera percatado, pero había que investigar a fondo su muerte. Era lo único que podía hacerse ya por aquella anciana.

Se había dormido, por imposible que le hubiera parecido. El agotamiento había podido más que el horror, las náuseas y el desconcierto. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo. La había despertado una fuerte sacudida del coche y justo después había oído el ruido de los neumáticos derrapando y cómo cesaba el rugido del motor.

No volverá, pensó.

Ella. Su mejor amiga. Su confidente. Una persona a la que conocía desde hacía años y que de repente se había convertido en una extraña.

Pudo oír cómo Tara bajaba del coche y cerraba la puerta tras ella. Poco después abrió de golpe la puerta del portamaletas. El aire helado se apoderó del interior del coche y penetró incluso bajo el calor sofocante de la gruesa manta, que de inmediato le fue retirada. Gillian cerró los ojos enseguida. La claridad de la luz diurna le pareció infernal tras tantas horas sumida en la oscuridad.

—Bueno. Hasta aquí hemos llegado —dijo Tara—. Hay demasiada nieve. ¡Fuera! —Mientras hablaba, sacó una navaja, la abrió y cortó el precinto que había estado amarrando los tobillos de Gillian.

»¡Sal! —le ordenó.

Gillian intentó incorporarse y de inmediato soltó un gemido de dolor. Había estado demasiado tiempo en una posición incómoda sobre el suelo duro del maletero, expuesta a las sacudidas de un coche que había pasado a trancas y barrancas por carreteras en mal estado. Lo notaba en cada hueso, en cada extremidad. Le dolía todo el cuerpo. No tenía ni idea de cómo moverse. Cuando por fin consiguió abrir los ojos al menos un poco y percibió su entorno entre parpadeos, vio a Tara como una gran y oscura sombra frente al maletero abierto. Tras ella, el cielo azul plomizo y más abajo, el horizonte nevado. Sin embargo, no había nada que recordara a una casa, ni siquiera vagamente.

Estamos lejos de todo. Estamos completamente solas.

—Vamos —dijo Tara.

Al ver que Gillian seguía sin poder moverse, Tara se inclinó hacia delante, la agarró con los dos brazos y tiró de ella hacia fuera. Lo hizo con una fuerza sorprendente. Puesto que Gillian ni siquiera podía tenerse en pie, cayó de bruces sobre la nieve. Notó la humedad y el frío, y un segundo después pudo percibir también la dureza de los diminutos cristales helados. Gillian sintió el dolor, notó

cómo le cortaban la piel del rostro. Con un gemido gutural levantó la cabeza y sacó fuerzas de flaqueza. Puesto que todavía llevaba las manos atadas, le resultó difícil mantener el equilibrio.

Tara la ayudó a levantarse.

—Enseguida estarás mejor. Cuando se te hayan relajado los músculos. Todavía tenemos que andar un buen trecho.

Gillian luchó contra el vahído que sentía y que apenas le permitía mantenerse de pie. Se dio cuenta de que tenía una sed terrible. No había bebido nada desde el día anterior a mediodía y el precinto que le tapaba la boca, junto con el calor del coche, la había dejado completamente seca. Desesperada, intentó explicárselo a Tara. Sabía perfectamente que no podría llegar muy lejos si no bebía algo antes.

Tara valoró la situación y luego agarró a Gillian por la cara y con unos tirones secos le arrancó el precinto adhesivo. Le había dado varias vueltas alrededor de la cabeza, se le había pegado en el pelo y no podía despegárselo, pero al menos pudo apartar el precinto por debajo de la barbilla, donde quedó colgando.

—Agua —dijo Gillian con la voz ronca.

Tara abrió la puerta del coche y sacó una botella de agua mineral que llevaba en la guantera del asiento de atrás. Puesto que Gillian tenía las manos atadas a la espalda y no podía beber sola, Tara desenroscó el tapón y le sostuvo la botella frente a los labios. Gillian bebió con avidez, muerta de sed.

—Por favor —suplicó en cuanto hubo acabado—. Por favor, no vuelvas a taparme la boca.

—Es horrible cuando te falta el aire, ¿verdad? —replicó Tara con un tono que sonó casi compasivo—. Muy bien, haremos una cosa: voy a dejarte el precinto suelto, de todos modos, por aquí no hay nadie que pueda oírte si gritas. No obstante, si haces alguna tontería para intentar conseguir ayuda o algo por el estilo, te la volveré a tapar de manera que tampoco puedas ver ni oír nada. ¿Me has entendido bien?

—Sí —afirmó Gillian mientras miraba a su alrededor. Estaba en un lugar cubierto de nieve hasta donde alcanzaba la vista. Un paisaje con colinas y un bosque a lo lejos. La carretera por la que habían llegado hasta allí estaba más o menos despejada, solo estaba cubierta por una capa de nieve dura y no muy gruesa. No se intuía ninguna población cercana. Tara tenía razón: podría gritar tanto como quisiera, nadie la oiría. Y si intentaba escapar, ¿hasta dónde llegaría? Tara no tardaría en alcanzarla. Con las manos atadas a la espalda tendría serias dificultades para moverse. No tenía ninguna posibilidad de escapar.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Tara abrió su enorme bolso y metió dentro algunos comestibles: unos bocadillos envueltos en plástico y dos botellas de agua. Llevaba la pistola en la mano.

—Peak District —dijo—. O si lo prefieres, en medio de la nada.

Peak District. El gran parque nacional al norte de Inglaterra. Se extendía a lo largo de varios condados y empezaba por su extremo norte casi a las puertas de Mánchester.

Mánchester.

Tara había nacido en Mánchester.

—¿Conoces este lugar? —preguntó Gillian, vacilante.

—Podríamos decir que sí. Estamos cerca de la cabaña. El lugar perfecto. Ahí no nos encontrará nadie.

—¿Qué cabaña?

—Nada de preguntas —se limitó a decir Tara—. ¡Muévete de una vez!

—¿En qué dirección?

—Por allí. —Señaló los campos con el arma—. Por aquí hay un camino, aunque ahora no se vea. Simplemente sigue en línea recta.

Al final de los campos empezaba la zona boscosa que Gillian ya había descubierto a primer golpe de vista. Allí tal vez podría albergar una mínima esperanza. Si acababa teniendo alguna posibilidad de escapar, sería en el bosque. A diferencia del altiplano sin árboles ni matorrales en el que se encontraban, el bosque le ofrecía la posibilidad de ocultarse, la única posibilidad en la que Gillian podía basar su esperanza, puesto que estaba en desventaja, con las manos atadas. Pero tampoco se hacía ilusiones. Necesitaría tener mucha suerte para sorprender a su vigilante. Y aun así solo podría sobrevivir si conseguía encontrar tan pronto como fuera posible un pueblo, o al menos una granja. Hacía un frío atroz. Era poco probable que llegara a sobrevivir más de una noche al aire libre.

Siguió avanzando pesadamente. De vez en cuando se hundía casi hasta las rodillas en la nieve. Volvió a comprobar lo difícil que resultaba mantener el equilibrio en medio de la nieve con las manos atadas a la espalda. Tras ella podía oír la respiración de Tara. Para ella, la travesía tampoco resultaba fácil. Llevaba a cuestas la bolsa con las provisiones y un arma de fuego en una mano, seguramente no se atrevía a dejar que su mente perdiera la concentración ni por un momento. Seguro que Gillian, atada y amedrentada, no le parecía especialmente peligrosa, pero la situación tampoco estaba exenta de riesgo.

De repente, Gillian se detuvo. Tenía la impresión de haber estado andando durante horas.

—¿Podemos hacer una pausa? —preguntó mientras se volvía hacia Tara.

Esta negó con la cabeza.

—Debe de faltar una media hora para llegar a la cabaña. Podremos resistirlo.

—Tara, al menos podrías explicarme por qué...

—No —la interrumpió—. Prefiero guardarme las fuerzas. Y tú deberías hacer lo mismo. El camino enseguida será cuesta arriba y sería de idiotas derrochar las

energías de ese modo. O sea que cierra el pico y continúa.

Gillian obedeció y luchó contra la desesperación que estaba a punto de apoderarse de ella. El frío le dolía en los pulmones. La nieve le cegaba los ojos. El agotamiento parecía querer derribarla continuamente.

Pero siguió adelante.

—Esperaba —dijo la sargento Christy McMarrow con absoluta frialdad en la voz— que pudieras darme alguna explicación convincente.

Estaban sentados en el despacho de Christy, en Scotland Yard. Era sábado por la mañana y el inspector Fielder había acudido a Croydon para hablar de nuevo con Liza, a la que ya había visitado la noche anterior mientras dos de sus agentes se ponían en contacto con Logan Stanford, otros acudían a la casa de los Ward en Thorpe Bay y otros al piso de Tara en Kensington. La agente Kate Linville, que justo después de hablar por teléfono con John había estado buscando información acerca de Tara Caine, tuvo una de las pocas actuaciones realmente afortunadas de su vida profesional cuando logró dar enseguida con el dato decisivo: a Tara Caine solo le quedaba un pariente vivo, su madre, que residía en Mánchester y tal vez pudiera revelarles el paradero de su hija. En general se recibió con asombro el hecho de que Kate ya hubiera estado buscando información acerca de Tara Caine, puesto que ningún otro miembro del equipo se había fijado en esa mujer. Kate explicó que le había escamado ver el nombre de Tara en el registro de lecturas del expediente de John Burton. Pudo saborear al máximo aquella demostración de instinto criminalista que nadie le había atribuido.

Tras varios intentos infructuosos de contactar con la señora Caine-Roslin por teléfono, al final habían solicitado urgentemente a la comisaría de la zona que acudieran a visitar a la anciana para descubrir si su hija se encontraba con ella. John constató aliviado que las cosas por fin empezaban a moverse. La noche anterior lo habían interrogado durante varias horas y, por supuesto, les complació saber que él había descubierto el paradero de Liza Stanford, aunque reaccionaron con mucho escepticismo ante las sospechas que John dirigía hacia Tara Caine. Fielder había acudido a ver a Liza esa misma noche para poder tener una primera conversación con ella, pero decidió dejar todo lo que concernía a Tara Caine y a Gillian Ward para la mañana siguiente. John había notado claramente lo mucho que les habían sorprendido las teorías que él había aportado a la investigación del caso, pero aun así a la mañana siguiente empezaron a buscar a la fiscal. Sin embargo, se había derrochado una noche entera, una noche durante la cual John no había podido pegar ojo. No había parado de recorrer su piso arriba y abajo, se había fumado dos paquetes de tabaco y por la mañana se había presentado de nuevo en Scotland Yard reclamando saber cuál sería

el siguiente paso.

Christy McMarrow lo recibió y le explicó claramente qué tarea le habían encomendado: tenía que descubrir de dónde había sacado esa información interna. No obstante, John se negó a revelar su fuente de información y sostuvo que era un dato absolutamente irrelevante.

Christy y él habían trabajado varios años juntos. Se caían bien, en ocasiones incluso habían salido juntos después del turno para tomar algo. Christy había sido la primera en defender la inocencia de John ante las acusaciones que se alzaban contra él y había afirmado que las consideraba una solemne tontería. Por eso John había albergado esperanzas de que ella pudiera comprender la situación en la que se encontraba. Pero Christy se atrincheró tras un muro de frialdad y no parecía dispuesta a dejar que su amistad interfiriera en el asunto.

John lo intentó de nuevo.

—Christy, yo...

Ella lo interrumpió enseguida.

—Todavía no has respondido a mi pregunta: ¿cómo llegaste a la conclusión de que tenías que buscar a Liza Stanford? La única posibilidad en la que podría pensar sería que hubieras hablado con Keira Jones. O con la hija de Carla Roberts.

—No he hablado con ninguna de ellas.

—¿Con quién, pues?

John sintió cómo crecía la impaciencia en su interior.

—Christy, ¿de verdad es tan importante? Tenemos otros problemas entre manos. Gillian Ward ha desaparecido, la fiscal Caine también. Lo último...

—... no tiene nada que ver con el caso —repuso Christy—. Esas teorías son bastante rebuscadas, John. Son extravagantes, por decirlo de un modo suave. Según lo que afirmas saber, Gillian Ward se había propuesto retirarse un tiempo a un hotel apartado para intentar encontrarse a sí misma o algo parecido...

—No. Yo no he dicho nada de encontrarse a sí misma. La impresión que a mí me dio fue que estaba intentando esconderse.

—En cualquier caso, ahora consideras que el hecho de que haya desaparecido supone un peligro y sospechas seriamente que una fiscal podría ser una asesina en serie.

—Yo me he limitado a indicaros que es la primera persona encontrada hasta el momento que conocía a todas las víctimas. Y eso me inquieta, más aún cuando parece que se la haya tragado la tierra. Y a Gillian Ward, también. Vosotros considerabais que Gillian Ward podría seguir en peligro. Al menos eso es lo que Fielder me dijo.

—Mira, yo creo que... —empezó a decir Christy. En ese mismo instante, sonó el teléfono del despacho y la sargento respondió.

»Páseme la llamada, pero espere un momento, por favor. —Se levantó del asiento

—. Perdóname un segundo —le dijo a John—, enseguida vuelvo a estar contigo.

Dicho esto, salió de la sala. John se puso de pie y miró por la ventana. Vibraba de impaciencia. La policía se estaba poniendo en marcha, pero demasiado despacio para su gusto. Y era típico de Fielder eso de haber delegado en su colaboradora más eficiente la tarea de desarmar al que había sido su enemigo mortal. ¡Como si no hubiera cosas más importantes que Christy podría haber estado haciendo durante esas horas!

Cinco minutos más, se dijo a sí mismo, le doy cinco minutos más a esta patochada y luego me marcho a buscar a Gillian por mi propia cuenta.

Christy volvió a la sala casi al término de esos cinco minutos. Parecía muy tensa. John comprendió enseguida que había recibido novedades inquietantes. Se le acercó, pero ella pasó de largo y tomó asiento de nuevo tras la mesa. Al parecer le daba igual si John se sentaba también o si se quedaba de pie.

—¿Cómo llegaste a sospechar de la fiscal Caine? —preguntó.

John negó con la cabeza, desconcertado.

—Ya os lo expliqué ayer por la noche. Es amiga de Gillian Ward y, por supuesto, conocía también a Thomas Ward. Ella conoció a Carla Roberts y a Anne Westley a través de Liza Stanford. Por consiguiente, conocía a las tres víctimas. Y pese a haber leído mi expediente, le hizo creer a Gillian que no tenía ni idea acerca de mis antecedentes. Sé que todo esto no es suficiente, pero algo me dice que...

—El coche de Gillian Ward está en el garaje de su casa, en Thorpe Bay —lo interrumpió Christy—. Hay huellas de neumáticos en la entrada que indican la presencia reciente de otro coche. Y no es ni el de Gillian Ward ni el de su marido.

John empalideció de golpe.

—¿Podría ser un Jaguar?

Christy asintió. Al parecer la policía ya lo había descubierto.

—Sí. Y antes de que me lo preguntes: podrían ser marcas de los neumáticos del Jaguar de la fiscal Caine —titubeó un momento—. Nuestros agentes han comprobado el contestador automático de la señora Ward —prosiguió—. Había una llamada de lo más singular. De ayer.

—¿Los agentes han entrado en la casa? —John sabía perfectamente que en tan poco tiempo no habrían podido conseguir una orden de registro. Al parecer había algo que había impuesto una urgencia sobre el tema que les había hecho pasar por alto esas irregularidades de procedimiento—. ¿Por qué?

—Por orden del inspector Fielder. —Christy dudó de nuevo—. La policía de Mánchester se ha puesto en contacto con él. Han encontrado a Lucy Caine-Roslin, la madre de la fiscal Caine. Muerta en su casa. Al parecer, la han asesinado.

—¡Maldita sea!

—En el lugar del crimen se han encontrado indicios de que se trata de la misma

persona que asesinó a Roberts, Westley y Ward.

¿Un paño de cocina en la boca de la víctima?, estuvo a punto de preguntar John, pero se tragó la frase a tiempo. Si hubiera revelado que sabía ese dato, Christy habría descubierto que había un topo en Scotland Yard. No quería comprometer todavía más a la agente Linville.

—¿Y ese mensaje en el contestador de Gillian? —preguntó en lugar de eso.

—Era de Samson Segal. —Christy miró fijamente a John—. Del tipo que buscábamos.

—¿De verdad? —dijo él sin pestañear.

—Sí, de verdad. Se dirigía directamente a la señora Ward para advertirla de la fiscal Caine. Considera que es peligrosa. Y no solo él. Habla en primera persona del plural. Él y alguien más, al que no llega a nombrar, están preocupados por la señora Ward. Le pide que vaya con cuidado. ¿Tienes alguna idea de quién podría ser esa persona tan sospechosa que está con Samson Segal?

—No.

Ella lo miró fijamente con insistencia. John ya sabía lo astuta e intuitiva que era.

—¿Dónde está Samson Segal, John?

—¿Por qué tendría que saberlo?

—La policía lo está buscando. Si alguien lo está ocultando, está incurriendo en un delito.

—Lo sé. Trabajé aquí el tiempo suficiente para aprenderlo.

—John...

—¡Christy! —John apoyó los dos brazos en la mesa y se inclinó hacia delante. Su rostro quedó muy cerca del de ella. John pudo apreciar las líneas que el tiempo se había encargado de profundizar alrededor de los ojos de Christy—. ¡No me dirás en serio que seguís sospechando de Samson Segal! ¡Ese tipo es inofensivo! Se dejó llevar por la veneración exaltada que sentía por Gillian Ward y estuvo merodeando durante meses cerca de su casa, pero aparte de unos cuantos pensamientos impuros, seguro que no ha cometido ningún delito. Es un tipo raro, un pobre diablo, pero nada más. No despilfarréis un tiempo precioso persiguiéndolo. ¿O es que no lo comprendes? —Se enderezó—. Gillian ha desaparecido. Tara Caine también y su piso fue el último lugar en el que estuvo alojada Gillian. Por lo tanto, es posible que las dos se hayan marchado de Londres juntas. ¿En el coche de Tara? ¿A Thorpe Bay? Al menos allí hay marcas de los neumáticos del coche de Caine. Pero ¿hacia dónde fueron a continuación? ¿Tal vez en dirección a Mánchester? El lugar donde creció Tara Caines. Allí también han pasado cosas, porque ahora la madre de Tara Caine ha muerto y...

—La señora Caine-Roslin no acababa de morir —dijo Christy—. Todavía no tenemos el informe de la autopsia, pero los compañeros de Mánchester dicen que no

hay duda de que hace un cierto tiempo que fue asesinada en su casa. Al menos ocho semanas.

Él la miró fijamente. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ha ocurrido?

—El motivo. —Christy McMarrow parecía hablar más consigo misma que con John—. ¿Qué motivo podría haber tenido la fiscal Caine para cometer todos esos crímenes? ¡No consigo ver ningún hilo conductor! —Se frotó los ojos, los tenía enrojecidos y parecía muy cansada—. No veo ningún hilo conductor —repitió.

—¡Tenéis que encontrarla! —exclamó John con insistencia—. Temo que la vida de Gillian pueda correr peligro. Todo esto lo comprendo tan poco como tú, pero tal vez aún tengamos tiempo de encontrarlas. Si fue Caine quien asesinó a Thomas Ward y si su objetivo en realidad era Gillian, entonces Caine tiene lo que quería. Tiene a Gillian en su poder.

—Emitiremos una orden de búsqueda para encontrar el coche de la señora Caine —dijo Christy—, puesto que tal vez las dos mujeres todavía estén en camino. Y por cierto, John: entiendo que pretendes decirme lo que la policía debe hacer a partir de ahora, pero créeme, ya lo sabemos. No necesitamos tu colaboración. —Ella lo miró fijamente con frialdad.

John sintió cómo crecía la ira en su interior. Hasta entonces, por encima de todo había sentido desesperación y agotamiento. Desesperación porque temía que no tuvieran tiempo de salvar a Gillian; y agotamiento, porque los últimos días lo habían dejado hecho polvo. Pero en esos momentos esas dos sensaciones habían quedado sustituidas por la rabia. Se preguntaba por qué se contenía frente a Christy McMarrow. Lo había sermoneado, lo había tratado con menosprecio, a pesar de haberle contado a Scotland Yard todo lo que necesitaban saber. Gracias a Kate Linville había conseguido unas cuantas averiguaciones policiales necesarias, pero había sido él quien había sacado las conclusiones correctas, había sido él quien había conseguido encontrar a Liza Stanford, había sido él quien había descubierto que Caine conocía a todas las víctimas de esa serie de asesinatos y que era precisamente la persona que el inspector Fielder andaba buscando desesperadamente. Había hecho un buen trabajo y Christy lo sabía.

John había derribado el muro que ella había erigido entre los dos desde que la noche anterior se hubieran visto de nuevo por primera vez después de muchos años.

—¿Por qué, Christy? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué me tratas con tanta hostilidad? ¿Qué te he hecho?

Con esas preguntas dio en el clavo. Ella dejó de actuar como si fuera inaccesible. Se puso de pie, rodeó el escritorio y se acercó mucho a él. Por segunda vez en pocos minutos, John pudo apreciar las arrugas que el exceso de fatiga continuo había dibujado en su rostro.

—¿Que qué me has hecho? —inquirió ella—. Me has decepcionado, John Burton,

¡me has decepcionado mucho! Eras uno de los agentes más eficientes de la policía metropolitana. Eras genial. Tenías madera para hacer una gran carrera. Me encantaba colaborar contigo. Eras lo máximo para mí, te veía como un ideal. Tenía la impresión de que siempre seríamos un equipo, de que siempre tendríamos la tasa más alta de resolución de crímenes de Scotland Yard. Mis planes de futuro a nivel profesional estaban ligados a ti. Y luego vas tú y te metes en ese estúpido follón que podrías haberte ahorrado. ¡Con una estudiante de prácticas! Pusiste en juego toda tu carrera solo porque no fuiste capaz de mantener a raya tus hormonas. Entonces ya no podía creerlo. Pero ¡es que aún me resulta increíble hoy en día!

—No podía adivinar los cables que llegaría a mover esa chica.

—Pero deberías haber sabido que estabas jugando con fuego. Eras su jefe. ¡Debería haber sido un tabú para ti! Si no hubieras dejado que tu lascivia hubiera sido más fuerte que tu conocimiento de la naturaleza humana, te habrías dado cuenta de que estabas tratando con una neurótica de primera clase. Si se le veía a primera vista. Era guapa y, al mismo tiempo, una histérica absoluta, pero por supuesto tú solo tuviste ojos para su cara bonita y su pecho exuberante. El resto, ni lo viste. ¡Mira que eres idiota!

Prácticamente escupió esa última palabra.

John sabía que Christy tenía razón en todo lo que decía, pero eso no hizo más que avivar su ira.

—¿Es posible —preguntó él con frialdad— que el verdadero motivo por el que estás enfadada sea que quien disfrutó de mis hormonas descontroladas, como tú dices, fuera ella y no tú?

En los ojos de Christy pudo reconocer lo mucho que había acertado con la pregunta. Por si no había quedado claro, sin embargo, ella respondió con un bofetón en la mejilla.

—¡Cabrón! —exclamó.

Llegaron a la cabaña cuando Gillian ya empezaba a dudar seriamente de que existiera de verdad. Calculó que desde la bifurcación en la que lo habían dejado, en coche habrían tardado unos diez minutos en llegar. A pie, les llevó más de una hora, aunque también fue por culpa de la nieve, en la que en ocasiones se hundían prácticamente hasta las caderas, de manera que cada paso les costaba un esfuerzo considerable. Ya casi se habían bebido toda el agua y Tara no quiso darle más a pesar de que Gillian no había conseguido ni mucho menos saciar su sed. El aire seco y el esfuerzo físico la habían deshidratado. En varias ocasiones había creído que no sería capaz de dar ni un paso más.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en esta cabaña? —le preguntó Gillian de repente. Tenía miedo de que en esa choza inmunda no hubiera absolutamente nada o de que Tara se hubiera desorientado en algún momento.

—Cuando tenía diecisiete o dieciocho años —contestó Tara, y tras reflexionar un momento, añadió—: Más bien diecisiete. A los dieciocho me marché de casa de mis padres y no volvieron a verme el pelo durante años.

¡A los diecisiete! Tara tenía casi cuarenta años.

—¿Estás segura de que sigue ahí?

—Seguro que algo le falta. Pero una cabaña no se esfuma así como así.

—¿Y estás segura de que la encontraremos?

—Si seguimos el camino, sí. Nos llevará directamente hasta allí.

—Pero el camino ni siquiera se ve. Puede que nos hayamos desviado hace mucho.

—No te rompas más la cabeza. Sé perfectamente dónde estamos. Y, ahora, para de hablar y ahórrate las fuerzas.

Cuando llegaron al bosque, no les resultó más sencillo avanzar. Bajo el peso de la nieve se habían roto muchas ramas que obstruían el camino, mientras que otras quedaban tan bajas que Gillian y Tara tenían que bajar la cabeza continuamente para evitarlas. Muy pronto, sin embargo, el bosque dio paso a una llanura, aunque Gillian pudo comprobar que seguían sin divisarse asentamientos humanos hasta donde alcanzaba la vista. Lo que sí vio, al otro lado de la llanura y protegida por los árboles, fue una cabaña.

—Ahí está —dijo Tara.

Era una especie de casita de madera, más grande y más estable de lo que había

podido apreciar a simple vista. Se encontraba en lo alto de la colina que se alzaba justo después del bosque. Una pendiente pronunciada descendía hasta un valle que parecía extenderse indefinidamente. Gillian conocía el Peak District, lo había visitado una vez muchos años atrás, con sus padres. Sabía que era un paisaje maravilloso, una sucesión interminable de colinas y valles, bosques y lagos, pequeños muros de piedra y arbustos despeinados por el viento. Cauces secos en cuyas orillas crecían pocos árboles, ásperas peñas y, entre unos y otros, prados con hierba alta. Por las cuestas se encontraban continuamente pueblecitos encantadores, aislados del mundo, y las carreteras que los unían eran tan estrechas que era imposible que los coches circularan por ellas en los dos sentidos a la vez. En el cielo se formaban bancos de nubes fascinantes, espectaculares.

Ese día, en esa época del año, todo le pareció distinto. La nieve y el cielo se fundían a lo lejos, las nubes estaban agrupadas y formaban una única masa de color gris oscuro y el paisaje había desaparecido bajo una gruesa capa de nieve. Sin embargo, Gillian se preguntaba si debía seguir albergando esperanzas de divisar algún pueblo o alguna granja, o si era mejor que las nubes bajas no se lo permitieran. Tal vez, si el tiempo se despejaba...

—Ahí abajo hay un arroyo —dijo Tara mientras miraba hacia abajo, por la pendiente—. Probablemente helado y cubierto de nieve. Cuando era pequeña pasaba horas enteras jugando por ahí, construyendo diques y esas cosas. Y en verano podía vadearlo con los pies descalzos, o simplemente bañarme en él para refrescarme.

—¿Tú también venías aquí de pequeña? —preguntó Gillian. Tara parecía normal mientras le hablaba con palabras inofensivas acerca de su infancia. Tenía los ojos brillantes y llenos de vida, no apáticos e inexpresivos como el día anterior en Thorpe Bay, cuando Samson Segal lo había arruinado todo con su llamada. Gillian comprendió que muchas cosas dependían del hecho de que Tara no volviera a caer en aquel estado anómalo.

La fiscal miró a su alrededor.

—Sí. Mi padre construyó la cabaña. Completamente solo.

—Debió de ser un hombre muy hábil.

—Podía hacer cualquier cosa para la que fuera necesario un talento manual —confirmó Tara. Había sacado una llave del bolso e intentaba abrir la cerradura. Le costó un poco conseguirlo—. Nadie ha estado aquí desde hace años —murmuró.

—¿Tus padres ya no vienen por aquí?

—Mi padre murió hace mucho. Cuando yo tenía ocho años.

—Oh... lo siento.

Gillian se dio cuenta de repente de que no debería habérselo preguntado. Era curioso que nunca se le hubiera ocurrido hacerlo antes. Tara seguía peleándose con la cerradura, pero Gillian estaba tan exhausta que tenía que luchar contra las ganas de

dejarse caer sobre la nieve y quedarse ahí tendida. Aunque Tara estaba distraída, Gillian ni siquiera consideró la posibilidad de arriesgarse a huir. Le parecía absurdo pensar en ello.

Al final la cerradura cedió y la puerta de madera se abrió con un fuerte chirrido.

—Usted primero —dijo Tara en tono irónico mientras le indicaba a Gillian con un gesto que entrara en la choza.

Dentro reinaba un frío glacial, así como el aire rancio y viciado de cualquier lugar que lleva años cerrado. Estaba tan oscuro que costaba ver nada en el interior.

Fue como entrar en una tumba. Esa fue la primera y angustiante impresión que tuvo Gillian. Tara encendió una linterna para poder manipular los postigos de dos ventanas que resultaron ser tan difíciles de abrir como la puerta. Gillian vio dos sofás puestos de través en las esquinas y una mesa de madera en medio, una estufa de hierro fundido, un armario pequeño y una puerta que al parecer permitía acceder a otra habitación.

—Mis padres siempre dormían en los sofás —le explicó Tara—. Yo dormía en el cuarto que hay ahí detrás.

Cuando consiguió abrir el primer postigo la luz iluminó claramente la estancia y reveló lo deteriorada que estaba. En las paredes crecía el musgo y el moho, los sofás parecían a punto de disolverse con las tripas de espuma al aire y el suelo estaba cubierto parcialmente de algo resbaladizo que a Gillian le pareció que era líquen. A lo largo de los años, la humedad se había ido introduciendo por todas las rendijas y, puesto que nadie había vuelto a encender la estufa, la estancia no había podido secarse de nuevo.

A Gillian le pareció imposible vivir en ese lugar, pero a la vez tuvo el presentimiento de que Tara no le haría demasiado caso a ese respecto.

Cuando cedió el segundo postigo, el entorno se volvió todavía más desolador.

—¿Crees que podríamos intentar encender la estufa? —preguntó Gillian.

Tara se encogió de hombros.

—Si hay leña apilada detrás de la cabaña, tal vez. Aunque lo más probable es que esté mojada. Siéntate —ordenó después de asentir en dirección a los sofás.

Gillian titubeó un poco.

—¡Que te sientes! —repitió Tara con brusquedad.

Gillian se sentó. El sofá cedió bajo su peso, quedó hundida hasta casi tocar el suelo. Supuso que debía de haber toda clase de bichos en ese relleno de espuma. Gusanos, tal vez. Si no han muerto congelados, pensó. Al menos rezó para que ese fuera el caso.

Tara salió de la cabaña pero volvió a entrar enseguida con las manos vacías.

—No hay leña, no podremos encender el fuego.

Gillian se desanimó al ver que no sería posible. Después de tanto andar, llevaba

un rato parada y ya la había invadido un frío horrible a pesar del grueso abrigo que llevaba puesto. Realmente Tara había encontrado un lugar completamente aislado, nadie conseguiría descubrirlas allí. Había querido ganar tiempo para pensar, pero la única conclusión posible de esa reflexión sería que tenía que encontrar la manera de deshacerse de la que había sido su amiga. Luego volvería sola a Londres con la esperanza de que nadie descubriera lo que había hecho. Podía contarle a todo el mundo que Gillian se había marchado a un hotel y que no había vuelto a saber nada de ella. Podía degollarla, podía dispararle, pero también podía limitarse a abandonarla en aquella choza y volver a cerrar las puertas y ventanas. No tardaría mucho tiempo en morir de hambre y de frío. Probablemente pasarían varios años hasta que alguien pasara de nuevo por ese bosque, por lo que nadie oiría sus gritos. Incluso era probable que nadie llegara a encontrarla una vez muerta. En eso consistía precisamente el plan de Tara, en no matarla ni en Londres ni en Thorpe Bay: sin cadáver, no hay asesinato. Incluso si acababan sospechando de ella, no podrían probar nada.

Tenía que pensar en cómo huir, esa era su única oportunidad. En alguna parte debía de encontrarse la población más cercana, aunque el aspecto del paisaje le hubiera hecho pensar que estaban solas en el mundo. Tal vez conseguiría hacerse con la llave del coche y encontrar de algún modo el camino de vuelta. La llave estaba junto a la de la cabaña, sobre aquella estufa inservible. A Tara se le había caído del bolso cuando había sacado las botellas con lo poco que les quedaba de agua y la había dejado, al parecer sin darse mucha cuenta de lo que hacía, encima de la estufa. Puesto que se había plantado justo delante, con la espalda apoyada en la puerta de hierro, Gillian no podía ni siquiera aproximarse a la llave.

Tara estaba agarrándose el cuerpo con los brazos cruzados. También estaba helada y parecía como si el agotamiento le hubiera sobrevenido de repente.

—Nunca llegamos a venir en invierno —dijo en un tono que pareció casi una disculpa—. La mayoría de las veces no veníamos hasta Pascua. Luego seguíamos viniendo durante todo el verano y, como muy tarde, a mediados de octubre dejábamos de venir. En esa época del año las noches ya eran bastante frías, a menudo llovía y ya no se podía estar fuera. El paisaje es magnífico. ¡Naturaleza virgen hasta donde alcanza la vista!

—Pero ¿estamos cerca de Mánchester? —preguntó Gillian.

Tara asintió.

—En Dark Peak. La parte norte del parque nacional.

Gillian soltó un suspiro de desánimo. Por lo que sabía, el Peak District se dividía en dos partes: el Dark Peak en el norte y el White Peak en el sur. El White Peak estaba mucho más poblado que el Dark Peak, en el que predominaban sobre todo las turberas, que se extendían a lo largo de varios kilómetros en los que no había ni un solo asentamiento urbano. Los excursionistas a veces buscaban esa soledad, pero sin

duda no en esa época del año. Estaban en el fin del mundo.

—¿Las tierras pertenecen a tu familia? —preguntó para continuar con la conversación.

Tara sonrió de forma irónica.

—¡Dios mío! Mi familia nunca ha tenido mucho dinero, no. Mi padre tenía un taller de bicicletas y se dedicaba a vender también ruedas usadas que previamente había reparado. Con eso mantenía la familia a flote, pero una propiedad como esta... ¡no se la habría podido permitir jamás!

—Pero...

—Sí, la cabaña está construida de forma ilegal, por así decirlo. Las tierras no pertenecen a nadie y por suerte a nadie le ha preocupado hasta ahora. Mis padres venían de vez en cuando de excursión, antes incluso de que yo naciera, y una vez mi padre le dijo a mi madre que construiría una cabaña aquí. Y lo hizo. —Miró a su alrededor con una expresión afectuosa en el rostro—. Nos gustaba venir, aquí pasamos unos fines de semana maravillosos. Mi padre y yo hacíamos muchas cosas juntos. Construíamos casas en los árboles, recogíamos flores silvestres, jugábamos a los indios y me enseñaba a seguir las huellas en el bosque. Mi padre me transmitió mucha energía. Para toda mi vida.

—Debió de dolerte mucho que muriera tan joven —aventuró Gillian. Moviéndole discretamente las manos tras la espalda. Tenía la impresión de que el precinto que le asía las muñecas se había aflojado un poco. Todavía le faltaba mucho para poder aflojarlo lo suficiente, pero con un poco de paciencia tal vez podría llegar a sacar las manos. Por encima de todo debía ir con cuidado. Nada de movimientos bruscos. Tara no podía enterarse.

—Un infarto de miocardio —dijo Tara. Fue como si una sombra se hubiera apoderado de su rostro. Gillian casi podía notar físicamente el dolor y la tristeza que pesaban sobre aquella mujer décadas después de que hubiera ocurrido algo que para ella probablemente había sido inconcebible—. Sucedió un día cualquiera, estaba trabajando en el taller de bicicletas que tenía en casa, en el patio de atrás. Yo volví de la escuela y fui a verlo enseguida. Él me vio venir, se puso de pie, me sonrió y cayó muerto. Así de sencillo. Acabó muriendo en el hospital, un par de horas más tarde. —Moviéndole las manos con inquietud—. Maldita sea, debería haber pensado en coger cigarrillos. Necesito fumarme uno ahora. ¡Mierda!

Su dolor se convirtió en rabia en un abrir y cerrar de ojos y Gillian se alarmó. De todos modos tenía la sensación de que Tara se había convertido en una especie de polvorín emocional. Nunca había visto a su amiga de ese modo. Tara siempre se había mostrado serena, equilibrada. Era evidente que había estado ocultándose tras una máscara. La de la fiscal elegante, bien peinada y maquillada, siempre tan sensata y tan prudente. Una mujer que regía todos los ámbitos de su vida de acuerdo con su

sentido común.

¿Cuándo la había visto molesta o enfadada?, pensó Gillian. Le vino a la memoria un momento no muy alejado en el tiempo: cuando le había contado a Tara los antecedentes de John. No es que Tara hubiera explotado realmente con ello, pero su comportamiento no fue el típico en ese tipo de situaciones. ¿Era esa la clave?

¡Ojalá lo supiera!

—Tara —dijo Gillian—. Somos amigas. Y lo que ha sucedido...

—Ahórrate lo que ibas a decir —la interrumpió Tara con frialdad—. No eres amiga mía, Gillian. Lo eras. Antes. Pero me equivoqué contigo, desde el principio. Eres un poco como mi madre y eso es lo peor que puedo decir acerca de una persona. Mi madre, esa mujer tan simpática y sociable, seguramente nadie habría pensado que pudiera ser capaz de hacer nada malo. Le caía bien a todo el mundo.

—Tu madre... ¿no era tan simpática como todos creían? —preguntó Gillian en voz baja. Podía notar con claridad cómo se estaba aflojando el precinto. Le habría gustado poder dar una buena sacudida con los brazos, pero se controló. Mientras Tara tuviera cerca un cuchillo o una pistola, Gillian seguía encontrándose en inferioridad de condiciones incluso con las manos libres.

—Mi madre era débil. Durante mucho tiempo no me di cuenta de ello, porque mi padre le daba fuerzas. Pero cuando él murió, ella mostró su verdadera cara. Se pasaba día y noche llorando compungida. No podía hacer esto, no podía hacer aquello... por los nervios, por su salud. Mi padre tenía un seguro de vida que al principio nos sirvió para salir adelante, pero ¿crees que mi madre utilizó ese tiempo para buscarse un trabajo? ¿Para hacer algo que le permitiera reconducir su vida y la de su hija? No, lo único que hacía era sentarse en un rincón y llorar como una magdalena sin saber de qué íbamos a vivir. ¡Yo tenía ocho años! No podía ayudarla, era demasiado para mí.

—Pero de algún modo...

—... conseguimos tirar adelante. ¿Ibas a decir eso? —Tara asintió—. Sí, tiramos adelante. Después de llorar todo lo que tenía que llorar, a mi madre se le ocurrió una solución genial para nuestra situación. De hecho, es la solución típica para una mujer como ella. Se agenció otro marido. Simplemente no sabía vivir sin un hombre. Por aquel entonces tenía treinta y tantos años y era bastante atractiva. Podría haber elegido entre un montón de hombres amables y simpáticos.

Tara agarró la navaja con la que un rato antes le había cortado las ataduras de los tobillos a Gillian. Deslizó lentamente los dedos pulgar e índice de la mano derecha por el filo del arma. Gillian vio cómo en la yema del pulgar se practicaba un corte del que salió sangre.

—Pero eligió a Ted Roslin. Probablemente porque él debió de utilizar todas las dotes de seducción y agasajos posibles para hacerle creer que era una mujer fantástica. El hecho de que él no tuviera nada, de que no representara nada, a mi

madre no le interesó lo más mínimo. Se le caía la baba, estaba fascinada por él. Se casaron poco después de que yo cumpliera los nueve años.

La sangre brotaba lentamente del fino corte, aunque no tardaría en sangrar más abundantemente.

—Pero luego le llegó el gran desengaño. Creo que casándose con mi madre Ted Roslin creía estar haciendo un buen negocio. Ella tenía la casa y el taller de reparación de bicicletas de mi padre, en el que Ted podría trabajar, puesto que no iba del todo mal. Pero mi madre no le interesaba para nada, al contrario de lo que había fingido antes de que se casaran. Ella lo dejaba completamente frío. En ocasiones pude oír cómo ella le suplicaba que la abrazara. Ella siempre quería acostarse con él, pero solo recibía evasivas. A Ted simplemente no le apetecía.

—¿Por qué no? —preguntó Gillian—. Si era joven y bonita...

—No le gustaban las mujeres —la interrumpió Tara—. ¿Comprendes?

—Oh —exclamó Gillian—. Pero... A finales de los setenta un homosexual podía... Quiero decir que no era necesario ocultar esa condición tras un matrimonio...

Tara la interrumpió de nuevo.

—Tampoco le gustaban los hombres —explicó Tara. Contempló satisfecha la sangre que le brotaba, cálida, y le manchaba ya la mano—. Le gustaban las niñas.

Por suerte, gran parte de la M1 en sentido norte estaba transitable y despejada de nieve. Avanzaban a buen ritmo. No tardaría en oscurecer y John no quería llegar muy tarde a Mánchester. Había localizado a dos mujeres llamadas Lucy Caine en la ciudad. Le faltaba el nombre compuesto y sin embargo estaba convencido de que una de ellas tenía que ser la madre de Tara. Dos direcciones. Tampoco era mucho trabajo comprobar las dos.

Junto a él, en el asiento del pasajero, iba sentado Samson Segal, tan nervioso como aliviado de poder acompañarlo y, al mismo tiempo, angustiado por el hecho de no tener ni idea de cómo saldrían las cosas. Tras aquella conversación desagradable con Christy McMarrow en Scotland Yard, John había acudido de inmediato a su piso para ducharse a toda prisa, descubrir la dirección de Lucy Caine y partir hacia Mánchester. Posiblemente estaba del todo equivocado, pero puesto que Mánchester era su único punto de referencia, concluyó que se aferraría a él. Tara Caine había crecido allí. Tal vez conocía desde la infancia alguna posibilidad de retirarse a la ciudad o sus alrededores. Si en realidad había puesto la vista en Gillian desde hacía tiempo debía de saber que la estaban buscando y necesitaba un lugar en el que poder sentirse segura durante una temporada.

Samson lo había esperado con mucha impaciencia y enseguida lo había asaltado con un torrente de preguntas que, sin embargo, John había cortado de inmediato.

—¿Que ha llamado a casa de Gillian? ¿Y le ha dejado una advertencia en el contestador automático?

Samson empalideció de golpe.

—Sí...

—Ha sido una imprudencia, Samson. Bastante irreflexivo por su parte. Gillian y la fiscal Caine han desaparecido. Y es posible que ayer estuvieran las dos en Thorpe Bay. Esperemos que Tara no haya oído su mensaje. De lo contrario, eso podría agravar el follón en el que Gillian anda metida.

—¿Por qué? —preguntó el hombre con horror.

John se enfadó. No debería haber dejado solo a Samson. Ese tipo tenía un talento especial para equivocarse en el momento más inoportuno.

—Si Tara Caine realmente es peligrosa, y por desgracia debemos suponer que así es, las oportunidades de que Gillian salga de esta sana y salva serán mayores si Caine

no llega a saber que Gillian sospecha de ella. Si Gillian desconfía, Caine puede suponer un peligro para ella.

—Quería advertirla. Pensaba que...

—Pero no puede dejar un mensaje como ese en un contestador automático. No tiene ni idea de quién llegará a escucharlo.

De repente pareció como si Samson se hubiera sumido en una profunda depresión.

—¡Lo hago todo mal!

A John le habría gustado darle la razón en ese caso, pero en lugar de eso decidió tragarse la réplica. No conseguiría nada machacándolo más.

Cuando John le dijo que estaría fuera por lo menos un par de días, un escalofrío recorrió el cuerpo de Samson.

—¡Lo acompaño!

—No. Usted me espera aquí.

—Me gustaría ir con usted. Por favor, no haré nada sin pedirle permiso antes. Pero no puedo quedarme aquí esperando. ¡Me volveré loco!

John dudó al principio, pero al final había consentido. Samson sería más inofensivo si él lo tenía controlado. Además, tal vez surgieran situaciones en las que estaría bien tener a otra persona al lado.

—De acuerdo, pero con el pico cerrado, ¿comprendido? Y no haga nada sin consultármelo antes.

—Ya se lo he prometido. Hum... pero ¿adónde vamos?

—A Mánchester. Tara Caine nació y creció allí. No es más que una teoría que ha surgido de la mera desesperación, pero si Caine se ha sentido en algún momento entre la espada y la pared, es posible que haya intentado huir a un lugar en el que se sienta segura.

—¿A casa de sus padres? —preguntó Samson.

—Al parecer solo su madre seguía viva —contestó John—, y esta mañana temprano la policía de Mánchester la encontró muerta en su domicilio. La asesinaron y es probable que lo hiciera la misma persona que ha estado causando estragos por aquí. Posiblemente Tara Caine.

Samson se quedó boquiabierto.

—Dios mío...

—Vamos —ordenó John.

Cuando al caer la noche se acercaban ya a Mánchester, Samson preguntó lo que había querido saber todo el tiempo, algo que de forma clara lo había sumido en cavilaciones sombrías:

—¿Qué será lo primero que haremos cuando lleguemos allí?

—Buscaremos la dirección de la señora Caine —respondió John—. Y luego veré

si puedo enterarme de algo. Tiene que haber algún vecino que conozca a la familia desde hace tiempo. Tal vez haya algún lugar al que les gustara ir. Existe la posibilidad de que Tara se haya escondido allí con Gillian.

Samson asintió. John le lanzó una mirada de soslayo. Lo vio inquieto y muy preocupado.

Ama a Gillian, pensó John. Le horroriza pensar en lo que podría pasarle.

—¿Cree que tenemos alguna posibilidad de conseguirlo? —preguntó Samson.

—Sería más fácil encontrar una aguja en un pajar —contestó John, pero añadió algo más para intentar levantar los ánimos—: ¡Ánimo, Samson! ¡Tampoco tenemos tan malas cartas!

Lo que no dijo fue lo que pensaba en realidad: ¿realmente tenemos alguna posibilidad?

Por lo menos había algo en lo que sí tuvieron suerte: la primera dirección a la que acudieron, en un suburbio de Mánchester, resultó ser la correcta. Una casa de ladrillo rojo, con un pequeño patio. Un rótulo indicaba la compraventa y reparación de bicicletas. Lo que más interesó a John, sin embargo, fue otra cosa: el precinto policial que estaba tensado frente a la puerta del patio. Eso indicaba claramente que se trataba del lugar en el que habían encontrado el cadáver de Lucy Caine-Roslin.

Aparcó justo al lado de un montón de nieve que estaba a un lado de la calle. Los dos hombres salieron del coche y enseguida los invadió un frío gélido. Al menos las farolas proporcionaban la suficiente luz. John no rezaba casi nunca, pero ante la posibilidad de seguir conduciendo esa noche, envió una breve oración jaculatoria al cielo: ¡Por favor, que no vuelva a nevar!

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Samson. Alzó la mirada hacia la casa, en la puerta, el viento ondeaba el precinto—. ¿Esta es la casa...?

—Sí —dijo John—, es esta.

La casa en la que había vivido y había muerto la madre de la fiscal. ¿Sería también la casa en la que Tara Caine había pasado la infancia? John tenía esa esperanza, porque solo en ese caso conseguirían la información que buscaban preguntando a los vecinos.

Eran poco más de las seis. En la mayoría de las viviendas las luces estaban encendidas. Sus habitantes estaban en casa y probablemente todavía no habían empezado a cenar. De hecho, no era un mal momento para lo que se proponía hacer.

—Haremos lo siguiente —expuso—, hasta cierto punto mostraremos nuestras cartas, pero no diremos nada acerca de Gillian ni del hecho de que Tara Caine podría ser una persona terriblemente peligrosa. Lo que sí les diremos es que la buscamos. Somos amigos suyos, de Londres. Seguramente en el barrio ya se sabe que hoy han encontrado a su madre asesinada. Esas cosas se saben enseguida. Tara ha desaparecido y estamos muy preocupados por ella. Nos gustaría saber si alguien

conoce algún lugar al que pueda haberse retirado. ¿Comprendido?

—C... comprendido —tartamudeó Samson. Estaba tan pálido y nervioso que a John le pareció que su actitud no era precisamente la mejor para lo que se proponían hacer, por lo que consideró la posibilidad de dejarlo esperando en el coche hasta que él lo hubiera resuelto todo. Aunque era posible que tuvieran que visitar un buen número de casas antes de obtener algún resultado, en caso de que consiguieran alguno. El tiempo apremiaba.

—Lo conseguirá —dijo John para animarlo—. A ver, usted se encarga de este lado de la calle. Yo empezaré con el vecino más próximo e iré subiendo a partir de ahí.

—¿Me presento con mi verdadero nombre?

—Claro. No lo están buscando por todo el país. Preséntese como Samson Segal, un buen amigo de Londres de Tara Caine. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —confirmó Samson.

John asintió y cruzó la calle. Alzó la mirada de nuevo hacia la casa de Lucy Caine-Roslin. Las ventanas estaban a oscuras, en silencio, muertas.

¿Tara Caine había matado a su propia madre?

Se dirigió sin vacilar a la casa de los vecinos. No podía perder más tiempo.

Caminaba pesadamente por la nieve. Hacía rato que había oscurecido, el cielo seguía muy nuboso y no permitía divisar el brillo de la luna y las estrellas, pero los campos y prados blancos aportaban algo de claridad a aquella noche tan oscura. Se había levantado un viento que pronto despejaría las nubes.

Era la única persona que andaba por allí.

Saberlo la llenó de una sensación de calma. Casi de seguridad, incluso.

Le dolía el pulgar en el que se había practicado el corte. Le gustaba ese dolor. Lo hacía continuamente, le encantaba hacerse daño. Le fascinaba ver cómo fluía la sangre. Le gustaba su color y su calidez. Le encantaban las palpitations que se extendían por los bordes del corte, eran como el latido del corazón. Como si su corazón se hubiera movido y hubiera elegido otro lugar en el que instalarse. En el pulgar, por ejemplo. Aunque podía ser en un sitio completamente distinto. Ella tenía el poder de decidir cuál. También podía situar su corazón en los pies.

La mayoría de las veces se arañaba las piernas. Por eso siempre llevaba trajes chaqueta con pantalones en lugar de vestidos. No podía ir mostrando las piernas.

Sabía que no se perdería. Conocía la zona, sería capaz de encontrar el camino de vuelta con los ojos vendados. Sin embargo, estaba más cansada de lo que había previsto. Había sido un día muy largo. La noche anterior no había dormido, la había pasado conduciendo en dirección norte, atascada en una retención de tráfico desmoralizador y casi interminable que había provocado un camión accidentado.

Poco después de la una había entrado en un área de descanso para hacer una pausa. De lo contrario no habría resistido, lo había tenido muy claro. Por supuesto, no era una situación exenta de peligro. Llevaba a Gillian en el maletero, tapada con una manta. No era necesario recurrir a la fantasía para imaginar que debía de estar pensando todo el tiempo en la manera de escapar. No obstante, la había atado tan bien que no sería capaz de liberarse por sus propios medios. Además, había cerrado el coche con llave. Se había tendido sobre los dos asientos delanteros y había intentado descansar un poco. No se había dormido, el lugar era demasiado incómodo y ella estaba demasiado nerviosa, pero de todos modos había podido calmarse un poco.

Antes de continuar, había tirado el bolso de Gillian a un contenedor de basura y el móvil, previamente desconectado, a otro. Para que nadie pudiera encontrarlos.

La caminata hasta la cabaña había sido agotadora, igual que lo estaba siendo el

camino de vuelta. Se acordaba de los caminos vecinales que había recorrido muchos años atrás durante las claras noches de verano. De aquí para allá, ágil y despreocupada. Le encantaba haber disfrutado de esa vida tan primitiva en la cabaña. La naturaleza, la libertad. Por aquel entonces habría afirmado sin dudar que la vida y el mundo le parecían maravillosos.

No había calculado bien lo que se tardaba en recorrer la distancia entre la carretera principal y la cabaña con tanta nieve en el camino. En cualquier caso, no había pensado que se vería obligada a dejar el coche tan lejos. Habría sido un milagro poder acercarse a una distancia más asequible. Por suerte, al menos despejaban la nieve de las carreteras principales del distrito con cierta regularidad. Incluso en esa región tan norteña.

Se detuvo un momento y se acomodó mejor la bufanda con la que intentaba cubrirse la cara. El frío le cortaba la piel y le dolía en los pulmones. ¡Dios, qué agotador resultaba caminar con ese tiempo! El grosor de la nieve parecía haber crecido desde el mediodía, pero no era más que una ilusión, puesto que no había vuelto a nevar desde entonces. Probablemente lo único que pasaba era que se encontraba al límite de sus fuerzas.

No podía faltar mucho para llegar al coche. La idea de sentarse en aquellos asientos tan mullidos, de arrancar el motor y encender la calefacción, le dio fuerzas renovadas. No podía permitirse flaquear en esos momentos. Por supuesto, habría sido más sensato esperar hasta la mañana siguiente. Unas horas de sueño le habrían sentado de maravilla. Pero de repente se había preocupado por la posibilidad de no llegar a sobrevivir a la noche. En la choza reinaba un frío gélido. La temperatura exterior parecía desplomarse por momentos y el estado putrefacto de la cabaña no ofrecía ningún tipo de protección. Por tanto, corría el peligro de morir de frío durante la noche, mientras dormía. Ese había sido el motivo por el que había acompañado a Gillian fuera una vez más para que pudiera hacer pis tras un matorral. A continuación le había atado de nuevo los tobillos y había cerrado los postigos y la puerta con llave. El resto estaba claro: la mujer moriría de frío o de hambre. Lo más probable era que el frío diera buena cuenta de ella antes de que el hambre empezara a resultar un problema. Le había dejado las provisiones que habían quedado, dos bocadillos y algo de agua, más que nada para no tener que cargar con ello otra vez. Aunque tampoco necesitaría nada. Con las manos atadas a la espalda, Gillian tampoco podría aprovecharlo. Si conseguía liberarse, tampoco conseguiría salir de la cabaña.

Por desgracia, no había nada que hacer. Gillian moriría porque se había convertido en un peligro para ella.

Sentía palpitations en el pulgar, en toda la mano. Era una buena señal, indicaba que seguía viva. La sangre seguía recorriendo su cuerpo. Mientras lo hiciera, todo iría bien. Mientras siguiera viviendo, respirando y haciendo lo que debía.

Al final todo había salido según lo previsto, gracias a Dios. Sin embargo, había cometido un gran error: mientras se dirigían a la casa de Gillian en Thorpe Bay había mencionado el nombre del agente inmobiliario. Había sido un error en el que no había reparado al principio. Tan solo había notado que algo había cambiado. Gillian se había puesto tensa, inquieta, de repente, aunque también podían haber sido imaginaciones suyas, o deberse a motivos muy distintos: al desconcierto de Gillian debido a la situación por la que estaba pasando o al miedo que le daba partir hacia un lugar desconocido. No había querido recurrir a un hotel para esconderse de aquella persona que no era más que un fantasma. Probablemente había temido verse superada por los sentimientos cuando saliera a pasear sola por el mar y se pusiera a pensar en su vida.

Y Tara había pensado: de acuerdo, y cuando decidas encerrarte en casa, me dará igual. Lo más importante es que desaparezcas de mi vista de una vez.

Se había propuesto realmente no seguir atacando a Gillian. Su caso era distinto al de las dos ancianas.

Tal vez la conocía demasiado, se tenían demasiada confianza. Quizá fuera un temor supersticioso lo que la había asaltado de repente. ¡Todo había sido tan fácil en el caso de Carla Roberts y Anne Westley! Los problemas que surgían en el caso de Gillian parecían una advertencia: ¡déjala en paz!

Aunque tal vez ni siquiera era necesario utilizar el término «superstición». Era un hecho que en el caso de Gillian había fracasado en dos ocasiones. Las dos veces podría haber acabado muy mal para Tara. El inteligente era el que reconocía cuándo estaba a punto de excederse.

Había encajado con prudencia la transformación repentina que Gillian había sufrido durante el trayecto desde Londres a Southend. No la pierdas de vista, le había aconsejado su voz interior, por eso había entrado con ella en la casa. Una vez allí, Gillian se había comportado de un modo tan inofensivo que Tara ya creía haberse equivocado. Pero por suerte, a ese tipo raro le dio por llamar justo en ese momento. ¿Cómo se puede ser tan idiota? Va y le deja grabada la advertencia en el contestador automático para que se oiga por toda la casa.

Claro que Gillian había intentado quitarle importancia al asunto. Pero no le había servido de nada, Tara era demasiado astuta para eso.

Durante el interminable trayecto hacia Mánchester, no había dejado de pensar en dos cosas: ¿cómo había podido descubrir Samson Segal que ella suponía un peligro para Gillian? ¿Y quién era su aliado? Porque había hablado en plural.

¿Y qué le había hecho sospechar a Gillian, antes incluso de oír la advertencia de Segal? ¿Qué había pasado?

La respuesta a la segunda pregunta se le había ocurrido a la altura de Northampton. Llevaba toda la tarde pensando en ello y repasando cuál había sido el

momento en el que se había dado cuenta del cambio de actitud de Gillian, estrechando cada vez más el círculo. De repente, se había iluminado y se había percatado de que había tenido que ver con el nombre de aquel agente inmobiliario. Luke Palm. Gillian no había llegado a mencionar cómo se llamaba. Tara lo había oído aquella noche, cuando Palm regresó de improviso a casa de Gillian y esta gritó su nombre.

Todo había empezado a ir mal ese día. Tara había llegado a Thorpe Bay al caer la noche. Se había propuesto llamar a casa de Gillian, igual que había hecho en casa de Carla Roberts. Habría podido entrar sin problemas y, una vez dentro, pensaba acabar con su vida. Pero entonces vio cómo aquel coche desconocido aparcaba frente a la puerta y enseguida sospechó que Gillian tenía visita, algo que posteriormente se confirmó. Tuvo que esperar mucho rato, hasta que ese desconocido, que resultó ser el agente inmobiliario, por fin se hubo marchado. Gillian había salido al jardín y había dejado la puerta abierta de par en par, Tara aprovechó la circunstancia para entrar a hurtadillas. Aunque ya en ese momento oyó la advertencia de una voz interior: ¡Déjalo! Es demasiado arriesgado. De todos modos, había esperado en la cocina de Gillian, pero de repente se fue la corriente sin que ella hubiera hecho nada, Gillian se dejó llevar por el pánico y encima Luke Palm regresó por sorpresa. Tara tuvo el tiempo justo de salir al jardín y escabullirse hasta el coche de nuevo.

Para la otra pregunta no tenía ninguna respuesta. ¿Qué peligro había sabido ver aquel extraño vecino? ¿Cómo demonios había llegado a sospechar de ella? No era consciente de haber cometido ningún error.

Le daba igual. Ese sería el siguiente problema del que se encargaría. Hasta entonces todo había ido bien. Si conseguía mantener la calma, en adelante todo saldría igual de bien.

Vio su coche justo a tiempo, puesto que el deseo de dejarse caer sobre la nieve y descansar ya empezaba a ser demasiado poderoso para seguir resistiéndose. Ahí estaba, como una pequeña y oscura sombra a un lado de la carretera. El viento ya había disipado las nubes en el cielo lo suficiente como para poder reconocer alguna que otra estrella. Pero justo por eso, cada vez hacía más frío. Un par de horas más tarde, la noche sería estrellada y terriblemente gélida. Se alegró de haber tomado la decisión de renunciar a dormir en la cabaña.

Revolvió en su bolso. Era un bolso grande, a menudo lo utilizaba para llevar las actas judiciales. Había metido dentro el manojo de llaves cuando habían empezado a andar, a primera hora de la tarde. Tenía que estar en alguna parte...

Encontró de todo menos las llaves: la polvera, el monedero, un libro, un mapa, un paquete de pañuelos de papel, chicles, el pasaporte...

Pero ni rastro de las llaves.

Ya había llegado hasta el coche. Dejó el bolso sobre el capó y siguió buscando,

incluso sacó todo el contenido para verlo mejor. Por fin le pareció ver una llave, pero por el llavero de plástico en forma de corazón se dio cuenta enseguida de que se trataba de la llave de la cabaña. No era la del coche, la que llevaba junto a las llaves de su piso.

Preso del pánico, volvió el bolso del revés. Cayeron todo tipo de menudencias, notas de papel, lápices despuntados y monedas sueltas.

Soltó un sonoro suspiro.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Tenía la seguridad de haber metido la llave en el bolso. Tan segura como de que era lo suficientemente hondo para no haberla perdido.

Ahí estaba, en una gélida noche de invierno, expuesta al viento del norte y a una temperatura de al menos veinte grados bajo cero, a juzgar por su sensación; en medio de la nada, en un lugar recóndito del Dark Peak, junto a un coche que no podría conducir. No había ninguna casa, ninguna granja, por no hablar de ningún pueblo, a muchos kilómetros a la redonda.

—De acuerdo —dijo en voz alta—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Descúbrelo!

¿Había perdido las llaves por el camino? En ese caso no tenía ni la más mínima oportunidad de encontrarlas entre tanta nieve. Pero no lo creía. No era lógico pensar que pudieran habersele caído de un bolso tan profundo.

Se esforzó en reprimir el pánico que empezaba a crecer en su interior. La situación era incluso peor que si hubiera decidido quedarse en la cabaña. Su vida corría peligro. Era importante mantener la cabeza fría.

Hizo lo que siempre hacía cuando tenía que resolver un problema. Volvió a repasar mentalmente las situaciones decisivas paso a paso.

La cabaña. Gillian atada en el sofá. Ella, de pie, apoyada en la estufa. Hablando, contándole cosas. Junto a ella, sobre la estufa, estaba la llave con la que había abierto la cabaña.

¿Solo esa?

Cerró los ojos con fuerza y visualizó la estancia, la situación. Dios, no. No solo estaba la llave de la cabaña. Justo al lado estaba el manojito de llaves entre las que se encontraban las del coche y las del piso. Se le habían caído del bolso mientras sacaba las provisiones y por descuido las había dejado allí. Se las había dejado encima de la estufa.

Pero debería haberlas visto cuando había vuelto a coger la llave de la cabaña. ¿Cómo había podido coger una llave y haberse dejado las otras al lado?

Eso significaba que cuando se había marchado ya no estaban allí. No podía haber sido de otro modo.

Gillian le había pedido con insistencia que le permitiera salir a hacer pis. Había pasado junto a la estufa. ¿Le había quitado las llaves?

Podía ser. ¡Maldición! Realmente, debía de haber sucedido de ese modo. En cualquier caso, eso significaba que había podido mover las manos mejor de lo que Tara pensaba. Probablemente había conseguido aflojar el precinto. Tal vez había estado pegando tirones durante todo el tiempo, mientras ella había estado contándole cómo se había sentido durante la infancia y juventud con un padrastro como Ted Roslin, por lo que el horror que había expresado debía de haber sido fingido.

Tara estuvo a punto de soltar una carcajada en voz alta. Aquello era demasiado. Se había llevado la llave de la cabaña en la que Gillian estaba encerrada y estaba junto a un coche que no le servía de nada. Mientras tanto, Gillian tenía la llave del coche pero no podía salir de la cabaña.

¡Bien hecho! ¡Mira que eres lista!

Desconcertada, sacudió el asa de la puerta del coche y se dio cuenta de algo inesperado: el coche no estaba cerrado con llave. Como mínimo podría sentarse en el interior. Gracias a Dios, al menos no era uno de esos coches cuyas puertas se cierran solas cuando el conductor se olvida de hacerlo.

Volvió a guardar enseguida el contenido del bolso que había esparcido sobre el capó y se sentó en el asiento del pasajero. El interior del coche estaba helado, pero por el momento sintió el alivio de no estar expuesta al viento. Y tenía la gruesa manta de lana en el maletero, eso tal vez le permitiría resistir un tiempo.

Por un momento pensó si sería capaz de hacer un puente para encender el coche, pero no tardó en desestimar la idea. No tenía ni idea de cómo llevarlo a cabo, en caso de que fuera posible hacerlo con un coche como ese. El riesgo a estropear algo era demasiado grande.

Sopesó las posibilidades que tenía. ¿Volver a la cabaña para quitarle las llaves a Gillian? ¿O quedarse a esperar con la esperanza de que tal vez al día siguiente por la mañana pasara una máquina quitanieves y la remolcara?

¡Estás atrapada en una trampa, Tara!

No, no lo haría. Echó la cabeza hacia atrás y respiró fondo.

Tenía que pensar, mantener la sangre fría. Y luego haría lo más adecuado.

Esa había sido siempre su receta, siempre le había funcionado.

Le dolía la mano y la noche la envolvió por todos lados y trajo consigo los temores de toda su vida.

John había llegado casi hasta el final de la calle sin haber conseguido avanzar lo más mínimo en su propósito. Se había topado con las reacciones más diversas. En dos casas ni siquiera le habían abierto la puerta, a pesar de que tanto la luz encendida como el ruido de pasos habían revelado la presencia de sus habitantes. Una anciana había abierto la puerta con la cadena puesta y había mirado a John con recelo. Sin embargo, a pesar de que este intentó explicarse repetidamente, la vecina no llegó a comprender nada de lo que le había contado. Hubo quien reaccionó de forma agresiva y rechazó los reproches que él ni siquiera les había hecho.

—¿La señora Caine-Roslin? Sí, ahora es muy fácil decir que debería habernos llamado la atención, que llevaba semanas sin dejarse ver. Pero ¡piense que nosotros también tenemos nuestros problemas! Quiero decir que todos estamos demasiado ocupados con lo nuestro como para ir prestando atención a lo que hacen los demás. Además, tenía una hija, ¿por qué no se ocupaba ella de su madre? ¡Por Dios, solo faltaría que encima tuviera que cargar con las preocupaciones de los demás! ¿Que si conocía a la hija? No, en absoluto. La he visto algún día, conduciendo un Jaguar y vestida con ropa carísima. Supongo que tiene cosas mejores que hacer. Ya debe de ser un pez gordo en los juzgados de Londres.

Otros se habían alegrado de recibir visita en una larga y solitaria noche como esa y se habían mostrado solícitos a la hora de contarle cosas, aunque no hubieran sido las que a John le interesaba saber. Había tenido que reprimir prolijas descripciones de currículos personales para intentar volver a lo que de verdad le interesaba.

—Lo que me cuenta es muy interesante. Pero necesito encontrar enseguida a la hija de la señora Caine-Roslin. Tara Caine. ¿La conoce de cuando era niña o adolescente? ¿Se le ocurre algún lugar en el que haya podido refugiarse?

Al final resultó que había unos cuantos que conocían a Tara. Gente que ya residía en esa misma calle cuando ella aún vivía en casa de sus padres. Se la describieron como una chica bonita, especialmente delgada y retraída con todo el mundo. Nunca había tenido mucho contacto con ninguno de sus vecinos, más bien había vivido bastante aislada.

—Siempre parecía triste —le había dicho una anciana que tras algunos pormenores se había mudado a Gorton en 1981—. Su padre falleció y su madre se casó de nuevo. Con un tipo algo raro. Quiero decir que no llamaba la atención por

nada. No bebía ni armaba jaleo. Se ocupó del taller de bicicletas del difunto señor Caine y sacó adelante el negocio. Pero había algo en él... no sé. No me gustaba. No le caía especialmente bien a ninguno de los vecinos de la calle.

—¿Cómo se comportaba con su hijastra?

—Pues no sabría decirle. Es que no tenía contacto con esa familia. Lo único que sé es que me daba la impresión de que era una chica enfermiza. En cuerpo y alma.

—¿Había algún lugar al que soliera escaparse? ¿Para huir de una situación familiar que tal vez pudiera ser difícil?

La mujer se había encogido de hombros.

—Es posible. Pero no sabría decirle dónde, lo siento. Me gustaría poder ayudarle más.

Estaba inmerso en la oscuridad de la calle, tiritando por culpa del viento cortante, mirando fijamente una bolsa vacía del McDonald's que alguien había dejado tirada en la acera. En su cabeza empezó a formarse una imagen de Tara Caine, la niña que había sido en otro tiempo, esa vida que había empezado en un barrio desfavorecido de Mánchester, que había continuado en la universidad y que había culminado con una respetada carrera profesional en Londres. Empezar en Gorton sin duda suponía tener que vencer un buen número de condiciones adversas. Tara Caine tenía que ser una persona inteligente, ambiciosa y disciplinada para haber llegado tan lejos.

Había habido algún tipo de fractura temprana en su vida. Todavía era una niña cuando su padre había fallecido. El padrastro no parecía ser una persona especialmente querida, a pesar de que nadie había podido decirle nada concreto en su contra. Su vida familiar al parecer había transcurrido con toda normalidad. Tenían una casa y se habían sustentado gracias al taller de bicicletas.

Sin embargo, la señora Caine-Roslin había acabado muriendo asesinada en su propia casa.

Su hija probablemente había asesinado a cuatro personas.

«Me daba la impresión de que era una chica enfermiza. En cuerpo y alma».

Eso seguía sin darle ninguna pista acerca de su paradero. Y del de Gillian.

No estaba avanzando. El tiempo apremiaba y no se había acercado a su objetivo, ni siquiera sabía si estaba sobre la pista correcta. Lo único que lo había llevado hasta allí era el hecho de que Tara hubiera crecido en Mánchester. Era posible que anduviera completamente equivocado. Las dos mujeres tal vez se encontraban en el otro extremo de Inglaterra.

Alzó la cabeza y percibió una figura al otro lado de la calle. Era Samson. Le estaba haciendo señas con los dos brazos.

John se acercó a él.

—¿Qué ocurre?

Samson tartamudeaba debido a los nervios.

—Te... tengo algo. Bueno, tal vez. Un anciano. Conoce a los Caine desde siempre. Él... ¡ay, venga conmigo!

Los dos hombres bajaron por la calle a toda prisa. La casa frente a la que se detuvo Samson quedaba más abajo de la de los Caine, en la acera de enfrente. Presentaba un aspecto deteriorado, un cierto abandono. John estaba desanimado. Esperaba que no se tratara de un demente senil dispuesto a contarles historias inconexas que no los llevarían a ninguna parte.

El hombre vivía en la primera planta y los estaba esperando frente a la puerta de su piso. En cierto modo, John se tranquilizó un poco al verlo: en cualquier caso, el anciano no parecía confundido. Tenía una mirada clara y despierta y un rostro inteligente, experimentado.

Un intelectual, pensó John, gracias a Dios.

—John Burton —se presentó mientras le daba la mano—. Soy amigo de Tara Caine. Estoy muy preocupado por ella. Pero seguro que el señor Segal ya se lo ha contado.

—Angus Sherman —se presentó el anciano a su vez—. Por favor, entren.

Al final se sentaron en un sofá muy viejo para tomar un jerez en el cálido salón. El piso estaba impecable, aunque evidenciaba la pobreza de sus habitantes: los escasos muebles eran de lo más sencillos y baratos. Sin embargo, había muchos libros.

El señor Sherman les contó que había visto crecer a Tara.

—Conocía bien a su padre, era un hombre muy simpático, muy especial. Tara y él siempre estaban juntos. El hecho de que muriera tan joven fue una tragedia para la chiquilla, una verdadera tragedia. Nadie habría podido imaginar que sucedería algo así. Sufrió un infarto de miocardio, simplemente se desplomó y poco después falleció. ¡Ni siquiera había cumplido los cuarenta!

—Señor Sherman, queríamos saber si... —empezó a decir John.

Angus Sherman asintió.

—Por supuesto. Hay una cosa que me ha venido a la memoria cuando su compañero —dijo mientras señalaba con la cabeza a Samson, que seguía revolviéndose presa de los nervios— antes, en la puerta, me ha preguntado si sabía algún lugar en el que pudiera haberse refugiado. Me he acordado de la cabaña.

—¿Una cabaña?

—En Peak District. Arriba del todo, en la parte norte, donde están las turberas, un lugar casi inhabitado. Tenían una cabaña allí.

—¿En un lugar tan solitario?

—Completamente solitario. Ike Caine, el padre, la había construido con sus propias manos. Era una especie de choza de madera. La construyó justo después de casarse con Lucy. Fue un regalo que él le hizo.

—¿Y a Tara le gustaba ir?

—Cuando el tiempo lo permitía, la familia pasaba allí casi todos los fines de semana. A Tara le encantaba estar allí. Alguna vez le advertí a Ike que había construido la cabaña junto al bosque de forma ilegal. Los Caine no eran los propietarios de las tierras y tampoco habían solicitado ningún tipo de autorización. Pero Ike se reía siempre que se lo decía. «Angus, no molestamos a nadie —se limitaba a decirme—; allí no tenemos ni agua, ni corriente. No es más que una cabaña junto al bosque. Parece más bien un refugio para que los animales del bosque acudan a comer. Creo que nadie reparará en ella». Y realmente así fue, no hubo jamás ningún problema. En cualquier caso, mientras Ike Caine estuvo vivo, no.

—¿Cree que esa cabaña todavía existe? —preguntó John.

Angus movió la cabeza con gesto pensativo.

—Bueno, no lo sé... Ike la construyó durante la primera mitad de los setenta. Y murió en 1978. A partir de entonces, creo que la familia solo acudía muy de vez en cuando. Pero en realidad... Es posible que todavía siga en pie, ¿no?

Treinta años. John tenía sus dudas al respecto. Pero era un clavo ardiendo al que agarrarse. El único que tenía.

—¿Sabe si Tara siguió yendo más adelante? —le preguntó.

Angus lo miró con gesto compasivo.

—No sabría decírselo. Tras la muerte de Ike, fui perdiendo el contacto con su familia. El hombre con el que Lucy se casó en segundas nupcias... bueno, no es que tenga nada concreto que decir contra él, pero no era una persona con la que congeniara especialmente. Y Tara no volvió a ser la misma. Antes de la muerte de su padre, había sido una niña feliz, extrovertida. Siempre sonreía y era muy habladora. Pero luego se convirtió en una persona completamente encerrada en sí misma. Parecía ensimismada en su propio entorno. La gente ya no se le acercaba. Por eso ya no supe nada más acerca de ella. En cualquier caso, mientras no tuvo carnet de conducir no pudo ir sola a la cabaña. Está demasiado lejos incluso para ir en bicicleta. Si volvió a ir más adelante... ni idea.

—¿Sabe usted dónde está esa cabaña? —preguntó John.

Angus se levantó, cogió un libro de la estantería y empezó a hojearlo.

—Es un libro sobre Peak District... En alguna parte hay un mapa... Por desgracia solo puedo decirles la zona aproximada en la que se encuentra... ¡Ah, aquí está!

Dejó el libro sobre la mesa y los tres hombres se inclinaron sobre él. La página por la que lo había abierto mostraba un mapa en blanco y negro de Peak District. Con un lápiz, Sherman trazó un pequeño círculo entre las líneas.

—Aquí —indicó—. Si lo comprendí bien cuando Ike me lo contó, la cabaña debería estar por aquí.

—Mmm... —profirió John con preocupación. Lo que parecía un garabato en

forma de círculo, diminuto e inofensivo, en realidad era un área inmensa. Pantanos, montañas, bosques aislados. Tardarían varios días en peinar la zona.

Angus señaló una línea negra.

—Esto de aquí es una carretera. Empieza justo después de Mánchester. Supongo que tomaban esa ruta cuando iban a la cabaña. En cualquier caso, no llega hasta la puerta. El último tramo debe de ser un camino vecinal sin asfaltar. Lo que no sé es dónde se encuentra exactamente la bifurcación.

—Probablemente habrá docenas de caminos vecinales por esa zona —supuso John. Se frotó los ojos, le escocían debido al cansancio.

Angus miró por la ventana con aire sombrío.

—Pero ¿saben? De todos modos sería iluso creer que podrían llegar hasta la cabaña con este tiempo. Debe de haber un metro de nieve por esa zona. Es imposible llegar en coche hasta allí. Puede que la carretera principal esté despejada, pero las carreteras secundarias o los caminos vecinales, ni hablar.

John y Samson se miraron. No cabía duda de que Sherman tenía razón.

—Pero —repuso John—, en ese caso Tara Caine tampoco habrá llegado a la cabaña. Al menos no habrá ido en coche.

—Seguro que no —convino Angus.

Por primera vez, Samson intervino en la conversación. Lo hizo tartamudeando de nuevo debido al estrés.

—Pero en ese caso deberíamos encontrar el c... el coche. ¡Debería de estar en algún lugar de la carretera!

—Cierto —dijo John mientras se ponía de pie—, y debería haber huellas en la nieve. Lo intentaremos. Muchísimas gracias, señor Sherman, nos ha ayudado mucho. Nos pondremos en camino enseguida.

Sherman también se puso de pie, vacilante.

—Llévense el libro. Para que puedan encontrar la carretera de Peak District.

—Gracias —respondió John mientras aceptaba el ofrecimiento—. No se preocupe, se lo devolveremos. No sé lo que habríamos hecho sin usted.

El anciano sonrió.

—Habría hecho cualquier cosa por Tara. Si está por ahí fuera, desesperada y trastornada, ¡tienen que encontrarla! ¡Era una niña maravillosa! Me caía muy bien. Y a su padre también lo apreciaba mucho. Poder contribuir al rescate de Tara es un gran regalo para mí, ahora que me queda poco tiempo de vida.

John asintió. En ese momento evitó mirar a los ojos a Sherman. Si conseguían encontrar a Tara, ese anciano habría contribuido decisivamente al arresto de una asesina múltiple. Pero no tenía por qué llegar a saberlo.

Eso le habría roto el corazón.

Gillian se había quedado la linterna. Tara se la había dejado para que tuviera luz. Eso ya era mucho, en la situación en la que se encontraba.

Había conseguido quitarse las ataduras de las manos y los pies. Cuando Tara estaba cerrando la puerta por fuera ya había conseguido quitarse el precinto que le amarraba las muñecas. A partir de eso, no le había costado mucho desatarse los tobillos.

Tenía la llave del coche. La había cogido al pasar y se la había guardado dentro del puño.

La cabaña estaba herméticamente cerrada con llave y dentro reinaba un frío gélido. Gillian temía el instante en el que se agotaran las pilas de la linterna, porque quedaría rodeada por la oscuridad y todo habría terminado.

Tenía que salir de allí. ¡Si quería seguir con vida, tenía que salir a toda costa!

Lo que había pensado en el momento de coger la llave había sido que de ese modo obligaría a Tara a volver. No podría marcharse a pie de Peak District. El coche no le serviría de nada y era poco probable que encontrara a nadie por allí. Y mucho menos de noche. El frío, el peor enemigo de Gillian en esos momentos, sería aún más cruel con Tara ahí fuera. Necesitaba la llave, por lo que tendría que regresar. Y entonces...

Sí, entonces, ¿qué? ¿Podría imponerse a ella? ¿A una mujer armada con una pistola y una navaja, resoluta y sin nada que perder?

Entretanto Gillian cambió de parecer: ¡Tengo que salir de aquí antes de que vuelva!

A la débil luz de la linterna, registró toda la cabaña. No había absolutamente nada que pudiera servirle de ayuda. ¿Qué habían utilizado para cocinar? ¿Con qué comían? Había buscado en vano una cubertería, un cuchillo de cocina con el que poder armarse. Sobre la estufa había un estante en el que había unos vasos de plástico, pero estaban vacíos. En algún momento, la señora Caine debió de habérselo llevado todo a sabiendas de que no volvería a utilizar la cabaña. Y había sido muy escrupulosa, no había olvidado nada.

Gillian se estremeció al pensar en la señora Caine-Roslin. Todo lo que le había contado Tara durante las últimas dos horas antes de partir seguía resonando dentro de su cerebro. Pero no tenía que pensar en esas cosas, ya habría tiempo para eso. Por el

momento lo que tenía que hacer era no debilitarse ni bloquearse. Se trataba de salir de allí. Nada más.

Tenía que forzar la cerradura de la puerta o de uno de los postigos, era su única posibilidad. Lo que necesitaba era algo que pudiera utilizar como palanca, pero no había nada, absolutamente nada. Un par de muebles. Pero ninguna herramienta, ni un cubierto. Ni siquiera una botella que hubiera podido romper y obtener así un objeto cortante. Las botellas de agua que habían llevado eran de plástico.

Contempló las llaves que tenía en la mano. Había dos: la llave del coche y la llave del piso de Tara. En comparación, la del piso era más delgada y dentada. Era el único objeto con una cierta punta que tenía a mano. Posiblemente era su única opción, por insignificante que fuera. De no haberse quedado con la llave, tendría que haberse rendido al destino y morir de hambre o de sed.

Movió una estantería que estaba cerca de la puerta y dispuso la linterna sobre ella de manera que iluminara la cerradura. A continuación se arrodilló frente a la puerta y examinó el herraje. El difunto señor Caine se había dedicado a reparar bicicletas y había construido con sus propias manos una cabaña en los bosques del norte. Había sido un hombre mañoso y dotado para los trabajos artesanales, por lo que Gillian temió que no hubiera instalado una cerradura cualquiera. Seguro que había querido proteger perfectamente la cabaña. A modo de prueba, hurgó con la llave en la cerradura. No sirvió de nada. Tampoco tuvo la sensación de que pudiera llegar a mover nada.

Bien. Todavía había dos ventanas, protegidas con sólidos postigos. Tal vez tuviera más suerte con ellos.

Cambió de sitio la estantería con la linterna una vez más para iluminar lo que le interesaba y examinó con preocupación la construcción de las ventanas.

No eran más que pequeñas ventanas de cristal cuadradas. Podría abrirlas un poco si conseguía forzarlas. El problema eran los postigos que había detrás. Tenían dos hojas que cerraban en el medio y se mantenían unidas por un grueso pestillo, inmovilizado por un candado cuya solidez desanimó por completo a Gillian. A primera vista confiaba tan poco en poder abrirlos como en el caso de la puerta principal.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y estuvo a punto de sentarse en un rincón para dar rienda suelta al llanto, pero se obligó a descartar esa idea tan tentadora como derrotista. Llorar no le serviría de nada, solo le quitaría energías.

Concéntrate, se dijo a sí misma en silencio, encuentra la manera de salir de aquí. Tara volverá tarde o temprano porque no se ha llevado la llave del coche y cuando eso suceda tú tienes que haber puesto tierra de por medio.

Tara había matado a su propia madre. Había matado también a Carla Roberts y a Anne Westley. Había matado a Tom, a pesar de que a quien había querido asesinar

había sido a ella, a Gillian. Se había colado en su casa por segunda vez y había estado acechándola; solo el regreso de Luke Palm había conseguido frustrar sus intenciones. Y hasta entonces a Tara le habían parecido justificable todos sus crímenes. Consideraba que eran consecuencias lógicas. Sabía que con ello entraba en conflicto con la ley, pero respecto a una instancia moral superior a cualquier legislación humana, se consideraba inocente. Estaba profunda e inquebrantablemente convencida de ello.

«Ted Roslin, mi padrastro, abusó de mí durante cinco años. En ocasiones venía cada noche a mi cama durante semanas enteras. Cuanto más satisfacía su hambre, más tenía. Violaba a la hija de la mujer con la que se había casado. Y se había casado con ella únicamente por ese motivo, por la hija. Yo era una niña bonita. Rubia, de piernas largas, con unos ojos grandes y radiantes. Le había gustado a primera vista, según me contó. Es más, se había obsesionado conmigo. Por eso se había enredado con mi madre. Le había resultado fácil, puesto que ella estaba tan decidida a encontrar pareja de nuevo que se dedicó a ignorar cualquier señal de alarma. Como por ejemplo el hecho de que el bueno de Ted no consiguiera tener ni una sola erección con ella. De acuerdo, eso no quería decir necesariamente que el tipo tuviera esa perversa predilección por las niñas. Pero como mínimo debería haber intentado descubrir el motivo, ¿no? Sin embargo, no lo intentó hasta que ya se hubo casado con él y ya no pudo hacer nada al respecto. Entonces sí que le dio mala espina que él la encontrara menos erótica que a un pescado muerto. Claro, llegó un momento en el que acabó comprendiendo lo que sucedía. Al final él ni siquiera se esforzaba en ocultarle la “relación especial” que tenía conmigo. Y entonces sí que mamá se dio cuenta de lo que ocurría. Por ese motivo mantuvo con él terribles discusiones marcadas por los celos. ¿Te das cuenta? Lo que él hacía conmigo no la afectaba tanto como lo que él no hacía con ella. Pero en todas las disputas que mantuvo con él acababa cediendo a la primera de cambio. Puesto que lo peor de todo, peor incluso que los celos que sentía de mí, peor que esa actitud enfermiza, era el miedo a que él pudiera abandonarla. No quería arriesgarse a disgustarlo en exceso. Lo que hizo fue aceptar la situación solo para que se quedara con ella».

Gillian hizo un esfuerzo por dominarse. Se dio cuenta de que llevaba varios minutos con la mirada fija en los estantes, pero sin ver nada realmente. Había aguzado el oído durante horas por si oía la voz de Tara, que seguía resonando en el interior de su cerebro. A pesar de la situación límite en la que se encontraba, había estado escuchándola con horror mientras Tara había estado contándole cómo había sido su adolescencia, los años posteriores a la muerte de su padre, en ese tono monótono, en ocasiones casi sereno, de vez en cuando incluso teñido de ironía.

Le había contado cómo había sido su vida en el infierno.

Gillian intentó ignorar el horror que sentía y que se mantenía intacto al recordar

lo que había oído. No tenía tiempo de procesar en ese momento todo lo que había oído. Lo haría más tarde. Cuando se sintiera segura.

Los postigos.

Estaban formados por tablones ensamblados y asidos a las paredes por dos bisagras en cada lado, fijadas a su vez con herrajes atornillados que reforzaban los postigos. A la luz de la linterna, Gillian vio que el tiempo y la humedad habían oxidado los tornillos. Intentó aflojarlos usando la punta de la llave del piso de Tara a modo de destornillador con la esperanza de poder hacer girar el tornillo, aunque fue en vano. La llave resbalaba continuamente y además los tornillos estaban tan oxidados que probablemente no habría sido posible sacarlos ni siquiera con la herramienta adecuada. A Gillian, las tablas de madera le parecieron demasiado gruesas y bien encajadas. Era impensable poder forzarlas.

Registró hasta el último rincón de la construcción en busca de un punto débil. Era evidente que la madera no había sido pintada jamás y con el paso de las décadas se había vuelto completamente grisácea. Los ojos de Gillian se detuvieron en uno de los herrajes atornillados. Alrededor del herraje, la madera había adoptado otra coloración, las fibras no eran de color gris, sino más bien verdosas, casi negras. Gillian palpó la madera con los dedos. Parecía más blanda que en las otras partes. Hundió allí la llave del piso de Tara, la más puntiaguda. Finalmente consiguió penetrar un poco en la madera sin encontrar demasiada resistencia. Se dio cuenta de que estaba respirando más rápido debido a la agitación. Alrededor del resto del herraje siguió encontrando la misma coloración negruzca y podrida que cedía bajo la presión de la llave. Los tornillos oxidados parecían haber afectado a la madera con el paso de las décadas.

Utilizó los dos puños para golpear los postigos. ¡Esos malditos puntos podridos tenían que ceder!

Pero no fue así. Gillian bajó los brazos, derrotada, jadeando lentamente. A pesar de todo, no tenía suficiente fuerza.

Necesito un martillo.

Era un deseo absolutamente ilusorio. En la cabaña ni siquiera había tenedores, por no hablar de herramientas. Ya la había registrado a fondo.

O sea, que no había ningún martillo. ¿Qué podría utilizar pues? Le habría gustado tener un caballete, un banco, algo con lo que golpear una y otra vez la madera podrida hasta que cediera. Iluminó la estancia con la linterna. La mesa. O mejor dicho, las patas de la mesa, una de ellas, al menos. Tal vez podría utilizarlas.

Volvió a dejar la linterna y volcó la mesa hasta dejarla boca abajo. A continuación examinó las patas de madera. Estaban atornilladas al sobre y pegadas a los travesaños por los lados.

Si conseguía quitar la cola de los travesaños con la ayuda de la llave, conseguiría

avanzar considerablemente, puesto que un solo tornillo tampoco ofrecería demasiada resistencia. Si luego movía con fuerza la pata de un lado a otro, tal vez lograría romperla.

El temor y el desánimo desaparecieron de repente y Gillian contuvo el aliento durante unos segundos. Tenía muy pocas posibilidades y el peligro era considerable.

Un último esfuerzo.

Milímetro a milímetro, empezó a quitar la cola de la rendija que unía los tablones.

John conducía y Samson iba sentado a su lado con el libro de Angus Sherman sobre el regazo. Había oscurecido por completo. No obstante, el tráfico de viernes por la tarde que dos horas antes había llenado de coches las salidas de Mánchester y habría convertido en misión imposible salir de allí, por suerte había disminuido en gran medida. No pudieron circular muy rápido, encontraron muchos semáforos en rojo y un largo embotellamiento debido a un camión que había quedado atravesado en la calzada, pero al fin y al cabo tampoco les costó tanto salir. Al principio John había maldecido la más mínima deceleración, puesto que tenía la sensación de estar actuando a contrarreloj. Los años que había pasado trabajando como policía le habían enseñado que a menudo eran solo unos minutos los que decidían entre la vida y la muerte de una víctima. Pero al final se obligó a calmarse. No conseguiría nada golpeando el volante con los puños o insultando al conductor que tenía delante y que buscaba aparcamiento a paso de tortuga. Lo único que lograba con esa actitud era aumentar su nivel de adrenalina y de ese modo tal vez más tarde acabaría cometiendo algún error.

Por suerte, Samson se comportó con calma, no paraba de examinar el mapa, de seguir las líneas con el índice y solo hablaba cuando tenían que cambiar de dirección.

—Tenemos que torcer a la derecha por aquí, creo. Ahí delante, por la segunda salida de la rotonda, creo.

John había refunfuñado un par de veces:

—¿Lo cree o lo sabe? —Las dudas de Segal, la falta de autoconfianza que demostraba tener lo enervaban cada vez más. Sin embargo, cuando John miró de reojo y comprobó que Samson luchaba por contener las lágrimas, también decidió controlarse en ese sentido. Provocarle un ataque de nervios sin duda no aportaba nada bueno, por no hablar de que era injusto. El tipo había hecho un buen trabajo encontrando a Angus Sherman, que les había proporcionado una valiosa pista. Simplemente era su manera de ser. Tenía la manía de relativizar continuamente lo que decía con fórmulas como «tal vez», «creo» o «posiblemente», aquellas expresiones formaban parte de su carácter.

Pasaron por el último barrio periférico del sur de Mánchester. Hileras de casas adosadas, una tras otra. Un polígono industrial. Un campo de fútbol. Un McDonald's. A continuación dejaron atrás las luces de la ciudad y ya no vieron más que los faros

del resto de los coches.

—Estamos en la M60 —dijo Samson. Era el cinturón de circunvalación que rodeaba Mánchester—. Tenemos que bajar por Stockport y luego saldremos a la autovía que nos llevará hasta Peak District. —En el último momento se tragó un «creo» que le habría gustado añadir—. A partir de allí, tenemos que continuar unos... siete u ocho kilómetros...

—De acuerdo —convino John—. Esto será más difícil de lo que parece en el mapa, Samson. Tenemos que tomar la carretera correcta que nos lleve a Peak District, o al menos la carretera que a Sherman le parecía correcta. Él tampoco estaba muy seguro de dónde se encuentra la cabaña.

—Lo sé —dijo Samson en tono angustiado—. Ojalá lleguemos a tiempo.

Dejaron atrás la autopista y continuaron por la autovía, en la que apenas encontraron tráfico. Frenaron de repente en cuanto vieron un aparcamiento en una zona desde la que partían excursiones que invitaban a adentrarse en Peak District. Incluso descubrieron un rótulo que indicaba una carretera que llevaba hasta las turberas. John no tenía ni idea de si estaban en el camino correcto o si la autovía los había llevado demasiado hacia el sur. Peak District. Las palabras sonaban inofensivas. Uno se imaginaba una zona delimitada, restringida. En realidad tenían frente a ellos varios kilómetros de prados, montañas y turberas. John sabía que si tenían mala suerte podían pasar días enteros andando por ahí sin llegar a acercarse siquiera a la cabaña que buscaban.

En cualquier caso, debían empezar por alguna parte y el aparcamiento parecía un lugar tan bueno como cualquier otro.

Por supuesto, no había nadie más aparte de ellos. John estacionó el coche, encendió la luz interior y le echó una ojeada al libro.

—Es muy probable que esta sea la carretera correcta —comentó—. En cualquier caso es la que aparece en el mapa. Sabe Dios si es la correcta.

Era una carretera estrecha, pero hasta cierto punto estaba despejada y llevaba hasta un aparcamiento a través de un pequeño bosque que daba paso a unos campos despejados que se abrían a ambos lados. Había nieve hasta donde llegaba la vista que, a pesar de la oscuridad, les permitió orientarse un poco. La nieve era una bendición y constituía su única esperanza. John tenía muy claro que no tenían ninguna posibilidad de encontrar una cabaña cerca de algún camino forestal. Si Gillian y Tara habían podido llegar hasta allí en coche, ellos tendrían que abandonar la búsqueda. Pero gracias a la nieve se habrían visto obligadas a abandonar el coche a un lado de una carretera despejada y eso reducía el tamaño del pajar en el que estaban buscando el alfiler. O aumentaba el tamaño del alfiler.

Su única esperanza era encontrar un Jaguar aparcado en algún lugar.

John se aferró a esa posibilidad mientras avanzaban por aquel paraje solitario,

oscuro y frío.

¡Ya estamos aquí, Gillian! ¡Por favor, resiste amor mío!

Cuando la mirada de Samson se volvió hacia él, John se dio cuenta de que no había pensado esas palabras.

Las había dicho en voz alta.

Había bloqueado las puertas del coche por dentro y se había tendido en el asiento trasero tapada con la gruesa manta de lana que había sacado del maletero. A pesar de los cálidos pantalones que llevaba puestos, del anorak forrado y de la manta que se había echado por encima, el frío volvía a ser insoportable. Se abrazaba las piernas con fuerza y las tenía tan encogidas que las rodillas casi le quedaban a la altura de la boca, pero ni siquiera de ese modo fue capaz de controlar el temblor que sacudía todo su cuerpo. Tenía la impresión de que el coche también tiritaba y se movía con ella. A pesar del miedo que sentía, incluso se vio obligada a sonreír al imaginar la estampa que ofrecería un coche aparcado de noche en un paraje nevado y sacudiéndose de arriba abajo.

Pero la hilaridad no duró más que un instante. La situación en la que se encontraba le infundía mucho miedo.

No paraba de pensar si estaba haciendo lo correcto. Quizá debería haber seguido andando hacia Mánchester con la certeza de que tarde o temprano encontraría a alguien, en una granja, conduciendo una quitanieves, o tal vez incluso un excursionista o un esquiador de fondo. Sin embargo, sabía que eso no sucedería hasta la mañana siguiente y para eso faltaban aún diez o doce horas que no estaba segura de poder aguantar. Estaba absolutamente agotada, le dolían las piernas y el cuerpo le pedía a gritos unas horas de sueño. El peligro de morir en el intento era demasiado evidente: si sucumbía a la tentación de echarse sobre la nieve para descansar unos segundos, su destino quedaría sellado.

Jamás volvería a despertarse.

En ese sentido, el plan de llegar hasta el coche para cargar fuerzas y emprender el camino por la mañana sin duda había sido el más sensato. Lo que no había esperado era que dentro de ese espacio aislado hiciera tanto frío. No obstante, envuelta por el asiento y la manta quizá lograría almacenar algo de calor corporal para reducir al menos un poco el riesgo a morir de frío.

Fuera, se enfrentaba a una muerte segura por congelación, mientras que ahí dentro solo era una posibilidad.

En esos momentos no podía esperar más.

Entretanto había vuelto a sopesar la idea de regresar a la cabaña para recoger la maldita llave del coche, pero descartó esa posibilidad enseguida. Sin duda Gillian

habría calculado que volvería cuando había cogido la llave, puesto que de lo contrario no habría tenido sentido que lo hubiera hecho. Eso significaba que Gillian se habría preparado para ello y, por consiguiente, esa posibilidad de volver supondría una verdadera imprudencia. Tara no quería exponerse al riesgo de que Gillian, llevada por el pánico y el miedo a morir, la golpeará con un cajón de la cómoda o algo por el estilo. Podía esperar ahí dentro hasta echar raíces, si quería.

No conseguía imaginar cómo Gillian podría salir de la cabaña, era algo imposible, pero había conocido a tantos chiflados que prefirió conservar la navaja en la mano mientras permanecía tendida en el asiento de atrás, por si acaso. La pistola la había dejado bajo el felpudo. Quedarse dormida con un arma cargada cerca del cuerpo le parecía demasiado peligroso. Buscando a tientas por el maletero había encontrado un trozo de alambre. Le dio forma de lazo y lo mantuvo agarrado con la otra mano.

Había creído que su mayor problema durante las horas nocturnas sería no dejarse vencer por el agotamiento y caer en un sueño profundo del que no fuera capaz de despertarse, pero en esos momentos constató que era incapaz de dormirse. A pesar de lo agotada que estaba, le pasaban tantas cosas por la cabeza al mismo tiempo que no conseguía relajarse. Se lo había contado todo a Gillian, esa niña malcriada por unos padres cariñosos y sobreprotectores que no tenía ni idea de cuáles eran las verdaderas tragedias de este mundo. Le había hablado de Ted Roslin y del rastro de sangre que ella, Tara, había dejado a su paso en el intento de encontrar paz consigo misma. De esa manera lo había revuelto todo y allí estaba ella entonces, tendida en el asiento de atrás, notando los latidos del corazón en la cabeza. Con los ojos cerrados volvió a ver imágenes que, en la mayoría de los casos, no había querido volver a recordar. Intentó alejarlas de su mente y se obligó a establecer un plan ordenado y bien estructurado que tendría que cumplir a rajatabla tan pronto como regresara a Londres. En el despacho le esperaba una gran cantidad de trabajo, el martes siguiente tenía una vista importante y, una semana más tarde, otra para la que tenía que estudiar a fondo una montaña de expedientes que la horrorizaba con solo pensarlo. Además, tenía que encontrar tiempo para dejarse caer por el piso de Liza. Aquella mujer llevaba demasiado tiempo sin hacer nada. Se encontraba provisionalmente segura respecto a su marido, su torturador, pero a partir de entonces el peligro acechaba también desde otras direcciones: el anhelo por ver a su hijo. La soledad. La sensación de que su vida tendía peligrosamente hacia una completa falta de perspectivas.

Tenía que denunciar de una vez a ese condenado hombre, pensó Tara. Desde hacía varias semanas soñaba con presentar ella misma la acusación contra Logan Stanford. Eso le proporcionaría un placer increíble. Sin embargo, debía estar segura de que Liza no se echaría atrás. Conocía a esa clase de mujeres. Eran veleidosas.

Le había contado a Gillian el primer encuentro que había tenido con Liza, en el servicio de señoras de un hotel, durante una fiesta de cumpleaños. Tara no creía en las

casualidades. Fue cosa del destino que tuviera que ir al aseo justo en el momento en el que la esposa del Caritativo estaba intentando, entre lágrimas, ocultar un ojo morado con maquillaje. Tara se había dado cuenta enseguida de lo que sucedía. Lo habría sabido incluso en el caso de no haber visto la lesión. Las víctimas de la violencia se reconocen entre sí, incluso cuando su estado es aparentemente indemne. Se nota en el aura. Cuando alguien ha sufrido un acto de violencia, lo sigue llevando como un abrigo por encima de los hombros, como una envoltura aplastante. El martirio de Liza Stanford había aparecido ante Tara como un signo de exclamación de color rojo chillón.

—Pero ¿por qué no iniciaste una investigación contra él de inmediato? —le había preguntado Gillian.

Tal vez se le podía disculpar la pregunta. ¿Por qué motivo tendría que haber sabido cómo funcionan realmente esas cosas?

—Es ella quien debe acabar con él, no yo. Tiene que aniquilarlo con ganas, con todas sus fuerzas. Solo de ese modo podrá encontrar de nuevo el camino de vuelta a la vida.

Dios, qué manera de gastar saliva para intentar que Liza lo denunciara. Denúncialo. Mételo en chirona. Acaba con él. ¡Maldita sea, devuélvele todo lo que te ha hecho! ¡Muéstrale que se ha equivocado metiéndose contigo!

Por desgracia, Liza seguía el patrón clásico de las víctimas. Estaba paralizada por el miedo y era incapaz de tomar una decisión. Lo haré. No, no puedo. No lo sé, tengo miedo. ¿Qué debo hacer?

Le había contado a Tara el calvario que estaba sufriendo y había sucedido algo extraño: mientras acompañaba a Liza hasta el fondo de ese abismo, parecía que se le abrían varias puertas que Tara había mantenido cerradas durante años para protegerse del temor que ella misma sentía. Se abrieron de golpe y desvelaron imágenes y sentimientos con los que había esperado no tener que volver a enfrentarse. Llegó un momento en el que apenas era capaz de diferenciar cuál de las dos había tomado a la otra de la mano para guiarla a su horror personal. Y cuando más desesperada se había sentido por las dudas de Liza, Tara se dio cuenta de que ella no era mucho mejor. Ella también se había desanimado a la hora de saldar cuentas y se había hundido en la mierda con la esperanza de no llegar a apestar demasiado. En ese momento se dio cuenta del veneno que llevaba acumulado en su interior. Y de que aún había alguien esperando a que pusiera las cosas en orden.

No se refería a Ted Roslin. Ese trozo de escoria que había fingido amar a esa niña a la que maltrataba había muerto mucho tiempo atrás y con gran sufrimiento aquejado de un cáncer de próstata y de demencia precoz.

Lucy Caine-Roslin. Su madre. La mujer que la había traicionado. En todos esos años, no había aclarado las cosas con ella. De vez en cuando había acudido a Gorton

para visitarla y plantarle frente a las narices con cierta satisfacción los éxitos profesionales que había alcanzado. La universidad, los resultados brillantes de los exámenes, el empleo como abogada en Mánchester, el ascenso a fiscal en Londres. Sus ingresos, su apariencia. Llegaba a Reddish Lane en su elegante Jaguar, vestida de forma impecable y alardeaba de sus logros creyendo que eso le permitiría encontrar la paz interior. Pero había sido demasiado cobarde para contarle lo que había sucedido. Por eso no había conseguido encontrar esa paz interior que tanto buscaba.

Se dio la vuelta sobre el estrecho asiento de atrás en un intento de encontrar una posición algo más cómoda, aunque fue en vano. Pensaba en ese oscuro día de noviembre en el que había regresado a Mánchester.

Un fin de semana. Liza todavía no se había marchado de casa, pero la situación entre ella y Logan se agravaba por momentos. El pasado de Tara se había despertado a fuerza de oír continuamente las historias de Liza y no podía seguir reprimiéndolo.

Ya había oscurecido cuando hubo llegado a casa de sus padres pero no había visto luz tras los postigos de las ventanas. Había temido que su madre no estuviera en casa, aunque le había parecido poco probable: desde la muerte de su segundo marido, Lucy se había retraído mucho. Apenas salía de casa, no iba a visitar a nadie. Solo salía para comprar comida y, una vez por semana, para acudir al cementerio a visitar las tumbas de sus maridos. De lo contrario pasaba el tiempo limpiando la casa, viendo melodramas en la televisión o poniéndose al corriente acerca de los incidentes de la casa real con las revistas del corazón. Nunca parecía descontenta ni infeliz. Aquella mujer que de joven no había concebido la posibilidad de vivir sin un hombre, con la edad se había hecho a la idea de su situación. Se las arreglaba sorprendentemente bien con la soledad.

Como siempre, Tara había encontrado la puerta cerrada de golpe. Lucy estaba en el salón, junto a una ventana que daba al patio y al taller. Por supuesto, Lucy estaba sentada mirando la televisión mientras tejía uno de esos tapetes o mantas de ganchillo que luego ponía por toda la casa. Llevaba puesta una chaqueta de punto, gruesa y suave, y unas zapatillas de piel, porque en su casa siempre hacía bastante frío. Lucy solía ahorrar en los gastos de calefacción. Sobre la mesa que tenía delante, había una tetera llena.

La mujer se había alegrado de ver a su hija, aunque con la típica contención con la que solía expresar sus emociones. Puesto que en el comedor no había ningún tipo de calefacción, Lucy y Tara habían puesto la mesa en la cocina. Tara había llevado comida china y una botella cara de vino tinto que había comprado en Londres. Lucy no tardó en tener las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes

—Parece que sea Navidad —afirmó.

Tara se inclinó hacia delante. Había tomado unos sorbos de vino, pero apenas había tocado la comida. No tenía hambre.

—Mamá, he venido para hablar contigo —dijo Tara. A pesar de haber estado tiritando poco antes, se dio cuenta de que en ese momento le ardía todo el cuerpo—. Hay algo sobre lo que tenemos que hablar.

Lucy la miró con ingenuidad

—¿Sí?

—Ted —dijo Tara—. Ted Roslin.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Lucy, desconcertada.

—Nunca hemos hablado acerca de él.

Lucy movió la cabeza en un gesto de lamento.

—¡Ya hace tiempo que murió! Deberías ir a visitarlo al cementerio de nuevo. Yo estuve allí hace unos días. Le dejé una maceta con brezo junto a la lápida. Quedaba muy bien.

—¿Yo? —Tara se dio cuenta de que su tono había sido agresivo, justo lo que se había propuesto evitar—. ¿Por qué tendría que ir yo a visitar la tumba de Ted? Podría visitar la tumba de mi padre, sí, pero la de Ted... ¡seguro que no! Por cierto, ¿a papá también le has puesto una maceta con brezo?

—Claro que sí. ¿Qué te ocurre? Pareces muy enfadada.

—No, no estoy enfadada. Lo siento, si te lo ha parecido. —Tara estaba asombrada de su propia reacción. Por dentro luchaba contra aquella respuesta exagerada que había provocado la mera visión de su madre e intentó sonar calmada y amable de nuevo. El trabajo, pensó. Frente a los peores individuos había aprendido a comportarse de la forma más conveniente en cada caso, en función del efecto que le interesaba crear. Como fiscal no tenía sentido atacar desordenadamente al tipo que tenía sentado delante, que había matado a golpes a su bebé de cuatro meses porque no paraba de llorar, como tampoco tenía sentido explicarle lo que en realidad pensaba acerca de él. Podía llegar a sacar más provecho de la situación si se enfrentaba a él con comprensión y amabilidad, para que acabara confesando entre lágrimas y sollozos, con la sensación de poder confiárselo todo a esa mujer tan maternal. Posteriormente podía solicitar la pena máxima con toda tranquilidad. A menudo le funcionaba.

—Mamá, tan solo me gustaría comprender algo. Ese es el motivo por el que he venido hoy. Y al revés: el hecho de que hasta ahora no haya sido capaz de comprenderlo ha sido precisamente el motivo por el que vengo a verte tan poco. A pesar de que podría estar haciendo mucho más por ti.

—No te entiendo —dijo Lucy. Una expresión vigilante se había instalado en los ojos de la anciana.

—Quiero que hablemos de ello —dijo Tara—, para poder llevarnos mejor en el futuro.

—¿Sí?

—Se trata, como ya te he dicho, de Ted. —Miró a su madre a los ojos—. Ya sabes lo que hacía conmigo.

Lucy se cerró como una ostra. Se le notaba claramente en los ojos.

—¿Ya empiezas otra vez con eso?

—¿Otra vez? —Tara miró a su madre fijamente—. ¿Has dicho «otra vez»? ¿Cuándo he empezado a decirte yo nada de eso?

—Hace tiempo —explicó Lucy—, alguna vez me viniste con... querías complicarme la vida... —Se puso de pie—. En fin, de verdad creía que habías venido para pasar una agradable velada conmigo —se lamentó, ofendida—, que echabas de menos a tu madre y te apetecía charlar un poco con ella, pero ahora resulta que has venido a reprocharme...

—Siéntate, mamá —le ordenó Tara. Su voz sonó tan cortante que la mujer se sentó de nuevo en la silla de inmediato—. Esta vez no te librarás de mí, no te permitiré que huyas. Quédate aquí sentada y responde a mis preguntas, ¿de acuerdo?

—¿Qué es esa manera de hablarme?

—La que te mereces, mamá. Ni más ni menos. Es el trato que merece una madre que durante cinco largos años vio cómo su hija era violada por su padrastro y no hizo nada para evitarlo. ¡Nada!

—Cinco años —repitió Lucy—, ¡siempre tienes que exagerar!

—¡Cinco años, mamá, lo sabes perfectamente! Tenía nueve años, cuando empezó. Medio año después de vuestra maldita boda. Y tenía catorce cuando dejó de hacerlo. Porque gracias a Dios empecé a tener formas de mujer y a él ya no siguió apeteciéndole como antes.

—¿Qué pretendes? —preguntó Lucy. Respiraba más rápido, de algún lugar de su pecho salía un ruido malsano—. ¿Provocarme un ataque de asma? ¿Quieres matarme?

—¡Para ya con lo del asma! ¡Nunca has sufrido asma! Lo único que haces es empezar a respirar con dificultad cada vez que las cosas se vuelven desagradables. Pero ese truco ya no te servirá más conmigo.

—De verdad me gustaría saber... —empezó a decir Lucy, pero Tara la interrumpió con la voz cortante.

—¡No! ¡Soy yo quien quiere saber algo! Me gustaría saber por qué lo permitiste, por qué no me ayudaste. Por qué no me protegiste. ¡Por qué no echaste de casa a patadas a ese asqueroso hijo de puta!

Lucy cogió un pañuelo. No tardaría en empezar a llorar.

—Soy vieja. No tengo a nadie más en el mundo. Solo te tengo a ti. ¡Y ahora vienes a atormentarme de este modo! ¡A una anciana que no puede defenderse!

—¿Y qué pasa con esa niña que tampoco podía defenderse?

Lucy se llevó el pañuelo a los ojos con unos leves toquitos.

—¡Dios mío! Actúas como si...

—¿Si...? —preguntó Tara.

—Como si hubiera pasado algo malo. Solo porque le gustabas a Ted. Tenía buen corazón. No habría podido encontrar a otro hombre tan fácilmente. ¿Quién habría querido casarse con una viuda que ya tenía una hija? Sin ti lo habría tenido más fácil, eso también tienes que tenerlo en cuenta.

Más tarde, Tara recordó que ese había sido el momento que en el que había empezado el vértigo. Primero había sido muy leve. Pero se había dado cuenta de que había ocurrido algo. De que se le había enturbiado la mirada y de que había empezado a sentir un murmullo en los oídos.

—¿Me estás diciendo que no ocurrió nada malo? —preguntó en voz baja—. ¿Te parece normal que un hombre adulto de casi cincuenta años se metiera en la cama de una niña de nueve años noche tras noche? ¿Que le tapara la boca cuando intentaba gritar? ¿Que le dijera que iría a parar a un orfanato si se lo contaba a alguien? ¿No ves nada malo en eso?

Lucy se sonó la nariz. Se había serenado de nuevo.

—Para mí tampoco fue fácil.

—¡No me digas! ¿De verdad?

—Solo piensas en ti misma —dijo Lucy—. Te da completamente igual mi situación. Tuve que vivir con su rechazo. Hiciera lo que hiciese, me ignoraba. Estaba en un segundo plano para él. Él te esperaba en la puerta del patio cuando volvías de la escuela. Te seguía con la mirada. Siempre. Para él yo era como el aire, transparente. Porque era una mujer. Le preparaba la comida, le lavaba la ropa, fregaba la casa, lo tenía todo limpio y arreglado. Guardaba algo de dinero de los gastos de la casa para comprarme cosas bonitas. Para ponerme guapa para él. Pero no me hacía ni caso. A mí no me hacía ni caso.

El murmullo en los oídos se volvió más intenso.

—Pero tú eras una mujer adulta. ¡Yo era una niña!

De repente, durante una fracción de segundo, una expresión de odio apareció en los ojos de Lucy.

—¡Una niña...! ¡Una jovencita interesada, es lo que eras! ¡Y supiste jugar bien tus cartas! Con los vaqueros ajustados y las camisetas estrechas. Disfrutabas viendo cómo me aventajabas. Hacías que me viera como una vieja. ¡A los treinta y cinco años! Ni siquiera era vieja. Era guapa. Pero ¡no podía competir contigo!

Tara se puso de pie sin ser consciente de ello. La cocina empezó a dar vueltas a su alrededor. Era inútil. No conseguirían aclarar nada. Ni en ese momento, ni jamás en la vida. Su madre no estaba arrepentida. No llegaría a comprenderlo jamás.

En realidad, su madre se sentía como la verdadera víctima.

—Creo que no puedo perdonarte, mamá —dijo Tara.

Lucy también se puso de pie. De forma automática, como solía hacer siempre, cogió el paño de cocina que tenía colgado junto a los fogones y frotó una manchita de salsa del sobre de la mesa.

—¿Qué tendrías que perdonarme? —preguntó. No lo hizo en un tono cínico, ni irónico. No se mostró amargada ni ofendida, en ese momento.

Simplemente se lo preguntó.

Y Tara volvió a sentir el dolor, el desamparo, el horror, el miedo. Aquella tortura interminable, aquella desesperación.

Y se dio cuenta de que no conseguiría librarse de todo aquello jamás, de que nunca dejaría de sentirse completamente sola en el mundo. No pertenecería a nadie. No tendría a nadie. Era una caída libre hacia el infierno. Traicionada por la primera persona que había habido en su vida, por la mujer que la había traído al mundo.

Y en ese momento su mirada recayó en el paño de cocina a cuadros rojos y blancos que su madre estaba usando para limpiar la mesa.

—Sigues teniendo los mismos paños de cocina de siempre —se oyó decir a sí misma.

Fue el instante preciso en el que perdió el control.

No habría podido imaginar lo maravilloso que fue, lo bien que se sintió después.

Soltó un grito triunfal. En medio del silencio absoluto que la rodeaba, sonó más fuerte de lo que fue en realidad.

—¡Por fin! —gritó.

Tenía la pata de la mesa en la mano. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero supuso que había tardado al menos tres cuartos de hora en arrancar del todo la cola. Luego había tenido que golpear y agitar la pata de la mesa hasta que, de repente, cuando ya pensaba que no le quedaban más fuerzas y el sudor le empapaba la cara y el cuerpo, el tornillo acabó por ceder. Gillian consiguió arrancar la pata de su fijación como si nunca hubiera habido ningún obstáculo para lograrlo.

¡No puedo creerlo! ¡Ha funcionado! ¡De verdad ha funcionado!

Necesitó un minuto para recuperar fuerzas. Se sentó en el sofá, se secó el sudor de la frente e intentó recuperar el aliento. Solo unos segundos. No le quedaba mucho tiempo. Tara podía regresar en cualquier momento. Se había convertido en su peor enemiga, su mayor amenaza. No se arriesgaría de nuevo a dejarla encerrada en aquella cabaña aislada, casi tan sólida como Fort Knox, expuesta a temperaturas de congelación. La ahogaría con un paño de cocina metido en la garganta. Como había hecho con su madre, con Carla Roberts y Anne Westley.

Antes, en la cabaña, cuando Gillian estaba acurrucada en el sofá y Tara estaba apoyada en la estufa, le había hablado de la omisión de auxilio. De hecho, le había dado una clase magistral. Gillian no había tenido la impresión de que Tara esperara una respuesta por su parte, por lo que había optado por guardar silencio.

«La omisión de auxilio como delito se trata con mucha negligencia. Tanto en la sociedad en general como en derecho penal. Al fin y al cabo, muchos lo consideran una bagatela. El autor es el malo. El que es testigo del delito y no interviene... bueno, tal vez no se esté comportando de forma correcta. Pero por supuesto no puede compararse con el autor del crimen. Por eso a menudo se acaba pasando por alto, incluso se muestra una cierta comprensión. Al fin y al cabo, para ser sinceros, debemos reconocer que no sabemos cómo comportarnos en esos casos».

Se puso de pie mientras seguía con la pata de la mesa agarrada con las dos manos. Se esforzó en utilizar las fuerzas que le quedaban para dar el primer golpe. Levantó los brazos y descargó el trozo de madera contra los postigos. No se movió nada.

Gillian se detuvo para retomar fuerzas. Otra vez. ¡Vamos, Gillian! ¡Vamos! Lo

conseguirás. ¡Tienes que conseguirlo!

Otro golpe potente.

Oyó un crujido. A lo mejor sí que había conseguido que se moviera algo, pero tampoco estaba segura de ello.

«Por supuesto, al autor se le sanciona y se le encierra. Pero en la mayoría de los casos se trata de tarados que dan la impresión de que nunca tuvieron la oportunidad de controlarse. La vida de esas personas, especialmente la infancia, suelen caracterizarse por el horror. Yo no estoy dispuesta a conceder que uno de esos individuos pueda haberse convertido en un asesino en serie porque su madre fuera alcohólica y su padre lo hubiera maltratado, pero eso... bueno, eso relativiza un poco las cosas, ¿no? Sin embargo, los que miran y callan... esos no tienen perdón. En ese país hay padres que dejan morir de hambre a sus hijos o que los torturan hasta la muerte y los vecinos miran hacia otro lado. En nuestro país, hay mujeres atormentadas por sus maridos y resulta que nadie se da cuenta. A los niños les hacen la vida imposible en clase hasta que acaban tirándose al tren llevados por la desesperación sin que el profesor llegue a intervenir. Esas cosas suceden continuamente en todas partes. Y solo es posible que ocurran porque la mayoría de la población está demasiado acomodada, es demasiado cobarde o se muestra demasiado desinteresada o letárgica para hacer algo al respecto».

¿En qué había pensado hacía un momento? Por su mente había pasado la imagen de un carnero antes de que se le hubiera ocurrido lo de la mesa. Quizá era un error golpear los postigos de ese modo. Tal vez debería intentar embestirlos con la pata de la mesa una sola vez, pero con todas sus fuerzas.

La agarró con las dos manos, cogió impulso y descargó el palo de madera contra las contraventanas.

Los postigos temblaron, esa vez sí estaba segura. Examinó las bisagras. La madera se había desprendido unos milímetros en los lugares correspondientes.

Podía funcionar. Tal vez incluso llegaba a tener suerte de una vez, a pesar de lo horrible que había sido el día. Se detuvo con la respiración acelerada. Le dolían las manos. Descansó un poco más antes de arremeter de nuevo contra los postigos.

Tara le había contado aquella historia absurda de Liza Stanford con todo detalle. Gillian no conocía a Logan Stanford personalmente, pero había leído sobre él en las revistas un montón de veces. En las fotos no le había parecido un tipo especialmente simpático, pero jamás en la vida habría creído que fuera tan violento y trastornado. Estaba organizando eventos caritativos continuamente, de ahí el apodo por el que se le conocía, y Gillian siempre había tenido la impresión de que el motivo no eran las buenas obras en sí, sino la imagen que los medios difundían de su persona. En cualquier caso, eso nunca la había preocupado demasiado. El dinero que recogía era en beneficio de los necesitados, que a fin de cuentas era lo que contaba. ¿A quién le

importaba por qué lo hacía? Tal vez fuera mejor hacer algo, aunque fuera con ansias de notoriedad, que no hacer nada en absoluto.

El hecho de que su esposa se estuviera escondiendo de él tras haber sido víctima de los tormentos más brutales a manos de su marido la había dejado sin palabras.

«—¿El Caritativo? ¡No puede ser! ¿Estás segura?

»—Vi a Liza. Esa noche en el hotel. Vi que tenía un ojo morado y más tarde me mostró el resto del cuerpo. Cicatrices, hematomas, desolladuras. El distinguido abogado es un sádico. ¡Y un psicópata!

»—¿Y ella había dejado que siguiera tratándola de ese modo durante años?

»—Sí, esas historias siempre cuestan de creer, no atienden a ningún tipo de lógica. Pero suceden continuamente. Las víctimas guardan silencio con la esperanza de que todo mejore algún día, de que conseguirán adaptarse y dejarán de despertar ese odio en el maltratador. Porque es precisamente eso lo que están dispuestas a creer, en un determinado nivel de conciencia: que la culpa es suya. Que hacen algo mal y eso obliga a su torturador a comportarse de ese modo. Logan Stanford era la víctima, ¿comprendes? Se había casado con una mujer imposible. Si él perdía los estribos, si él perdía el control continuamente era por culpa de Liza.

»—¿Y no había nadie a quien hubiera podido contarle todo eso? ¿Alguien que hubiera podido hacerle ver que tenía que abandonarlo cuanto antes?

»—Se lo había confiado a dos mujeres en todos esos años, con la esperanza de que alguna de ellas la ayudaría. Se lo había contado a una amiga. Y a la pediatra de su hijo.

»—¿Sí?

»—Carla Roberts. Y la doctora Anne Westley».

En ese preciso instante Gillian lo comprendió todo. En cuanto oyó que Tara mencionaba esos dos nombres. Carla Roberts y Anne Westley. De repente comprendió toda la historia, el porqué de la muerte aparentemente absurda de dos ancianas inofensivas. Y el móvil de Tara.

«—¿Ninguna de las dos llegó a ayudarla?

»—No. Roberts estaba tan ocupada con sus propias quejas que ni siquiera llegó a interesarse. Y Westley al parecer no estaba segura de cuál era la mejor manera de ayudarla, por lo que al final decidió no hacer nada. Las dos se mantuvieron completamente al margen. Liza ni siquiera tuvo la oportunidad de recibir ayuda de esas dos mujeres».

Omisión de auxilio. El gran tema en la vida de la fiscal. Carla Roberts y Anne Westley se habían comportado como Lucy Caine-Roslin: habían cerrado los ojos. Ojos que no ven, corazón que no siente.

«—¿Y por eso las...?

»—Lo creas o no, al principio no me había propuesto matarlas. Estaba furiosa con

esas dos mujeres porque habían dejado en la estacada a una persona que se encontraba en una situación límite y con ello habían jugado a favor del hombre que la había estado torturando, pero tampoco pensaba matarlas. Lo único que quería era asustarlas. Utilizar el miedo para sacarlas de sus existencias burguesas y acomodadas. Lo que hice fue aterrorizarlas. Liza Stanford vivía día y noche instalada en el miedo. De ese modo esas dos mujeres al menos se harían una idea de lo que se siente.

»—Comprendo.

»—Fue sencillo manipular la puerta de acceso al edificio en el que vivía Carla Roberts. Podía entrar y salir siempre que quería, siempre que disponía de tiempo libre. Me divertía mandando el ascensor hasta el piso en el que solo vivía Roberts, sin que nadie saliera de él, por supuesto. Algo así puede desmoralizar a cualquiera. En el caso de Anne Westley, por las noches me acercaba con el coche hasta aquel lugar tan solitario en el que vivía e iluminaba con los faros la pared de su dormitorio. Luego paraba el motor, pero ella no llegaba a ver a nadie.

»—Sin duda con todo eso conseguiste lo que te proponías.

»—Sí, claro. En cualquier caso, las dos ancianas acabaron de los nervios. Pero...

»—¿No te pareció suficiente?»

Gillian respiró hondo. Lo malo era que con cada minuto que pasaba, se sentía más y más débil. Pero no podía tirar la toalla. Ya había llegado muy lejos, tenía verdaderas posibilidades si no flojeaba.

Pensó en Becky. Becky la necesitaba.

Un último intento desesperado. Con todas sus fuerzas, desplazando todo su peso, agarrando la pata de la mesa con las dos manos, se lanzó de nuevo contra la ventana.

Con un ruido ensordecedor consiguió arrancar uno de los postigos de su fijación. Se rompió hacia fuera y se abrió junto al otro postigo, aunque sin llegar a soltarse. Los dos postigos unidos golpearon la pared exterior de la choza y rebotaron un par de veces antes de quedarse simplemente colgando de las bisagras de un lado.

La ventana quedó abierta.

Gillian miró hacia fuera y necesitó todavía un par de segundos antes de darse cuenta de lo que había logrado. Había conseguido salir de una situación desesperada. Los brazos le temblaban y los músculos le dolían debido al extraordinario esfuerzo que acababa de hacer.

Libre.

A partir de entonces se trataba de proceder con prudencia y sin correr riesgos.

Se metió las preciadas llaves en el bolsillo del abrigo y se aseguró varias veces de que no las perdería por accidente. A continuación cogió los dos bocadillos y la botella de agua casi vacía y se lo metió todo en el otro bolsillo. Todo eso abultaba mucho y no le permitía moverse con comodidad porque le sobresalía del bolsillo, pero era importante que se llevara algo para comer y beber. La linterna, que tanto le había

servido, la guardó junto a las llaves. De ese modo tenía todo lo necesario, al menos entre las pocas cosas que tenía a su disposición en esos momentos.

Apoyándose en el alféizar, saltó al otro lado. Al caer se golpeó en la cara con una rama de abeto que le arañó la piel, pero apenas reparó en ello. Aterrizó en el grueso y mullido manto de nieve, se levantó enseguida, no sin dificultad, y se dirigió con cautela hacia la parte delantera de la cabaña sin olvidarse antes de espiar desde la esquina.

No vio a nadie. La nieve aportaba algo de claridad a la noche y entre los nubarrones asomaban la luna y algunas estrellas. Gillian se abrió paso por el breve tramo de bosque cercano y se detuvo. Desde allí tenía una buena vista general. Por detrás y por los lados tenía bosque. Por delante, las llanuras por las que Tara y ella habían llegado hasta allí unas horas antes. Le pareció reconocer incluso las huellas en la nieve. No le costaría mucho encontrar el camino de vuelta hasta el coche.

Lo embarazoso era que mientras pasara por las llanuras se la vería fácilmente, su silueta oscura destacaría mucho entre la nieve. Si Tara decidía volver a la cabaña, podría divisar a Gillian desde lejos. Pero al revés también, claro.

Gillian contempló de nuevo el paisaje y consideró la posibilidad de ir hasta una franja de bosque lejana para gozar de la protección de los árboles. Sin embargo, eso habría significado dar un rodeo considerable que la obligaría a recorrer el doble de distancia. Además corría el peligro de desorientarse. Allí no habría huellas que la guiaran y si llegaba a perderse por esos bosques no sobreviviría ni dos días al frío. Decidió volver por el mismo camino por el que había llegado hasta allí. Podría ver a Tara con el tiempo suficiente para poder decidir qué hacer. De todos modos, gozaba de una pequeña ventaja: ella sí contaba con encontrarse con Tara, mientras que esta, en cambio, creía estar sola ahí fuera.

Se puso en marcha, andando pesadamente por la nieve. Sabía que después de todo lo que había pasado, no podía obviar el miedo a no poder superar el trayecto que tenía por delante. Sin embargo, la euforia que sintió al verse liberada había bombeado una nueva dosis de adrenalina en su cuerpo. De algún lugar surgió una energía que en realidad no debería haber sentido.

Lo conseguiré. No lograré matarme.

De repente volvió a oír la voz de Tara en su cabeza, a sentir el estremecimiento de horror que le había provocado.

«—No, llegó un momento en el que no tenía suficiente con aterrorizar a Roberts y a Westley.

»—¿Y entonces las mataste?

»—Sí. Pero en el momento en el que ocurrió... no las estaba matando a ellas. Eran simplemente la prolongación de un momento que me había dejado satisfecha. Aunque no lo suficiente. Nunca jamás quedaré satisfecha del todo.

»—¿Qué quieres decir?

»—Quiero decir que no puedo dejarlo. Cuando maté a Roberts y a Westley me di cuenta de que mientras viva, no podré dejarlo.

»—¿Cómo?

»—Lucy. Mi madre. No puedo dejar de matar a mi madre».

John no habría pensado que en una zona como Peak District pudiera haber callejones sin salida, pero era evidente que habían ido a parar a algo parecido. Llevaban mucho tiempo siguiendo la carretera sin divisar el coche de Tara y de repente la calzada se había ensanchado sin previa señalización, era uno de esos lugares que servían para que los coches pudieran dar la vuelta. Por delante de ellos había un espeso bosque que se extendía también por los lados. Y ni rastro del coche que buscaban, por no hablar de cabañas o de mujeres andando pesadamente por el paisaje nevado.

John se vio obligado a dar la vuelta, pero antes detuvo el coche.

—Bueno, es evidente que el camino termina aquí. Al parecer no era el bueno.

—Hay muchos caminos como este por aquí —dijo Samson con tono decaído.

—Sin duda alguna. Muéstreme de nuevo el mapa. —John lo examinó un momento—. Me parece que estamos cerca de aquí. Eso significa que estamos dentro de la zona que Sherman nos ha marcado. En cualquier caso, por la parte de abajo. La cabaña se encuentra mucho más hacia el centro.

—Eso si realmente está en esta zona. Al fin y al cabo, Sherman no había visto jamás la cabaña y hacía treinta años que le habían descrito dónde se encontraba —dijo Samson.

A John le habría gustado tirar el libro por la ventanilla, pero consiguió controlar ese impulso.

—Claro. Puede que se haya equivocado. Además, también es posible que la cabaña ya no esté. Tal vez Tara Caine se haya refugiado en otro lugar completamente distinto. Gillian y ella podrían estar en Cornwall. O en Escocia. O en un maldito pueblucho galés, ¡qué sé yo! Pero esa cabaña es el único punto de referencia que tenemos. Por mínima que sea la posibilidad que tenemos y aunque me parezca una locura desperdiciar nuestro tiempo y sobre todo el de Gillian, no tenemos elección. La buscaremos por aquí. Cualquier otra opción sería todavía más absurda.

—C... claro —consintió Samson—. Entonces, ¿qué? ¿Volvemos atrás?

John volvió a arrancar el coche.

—Sí. Recuerdo que al principio hemos encontrado una bifurcación. Parecía como si nos llevara en dirección norte. Deberíamos probarlo por ahí.

—Pero era un camino muy estrecho.

—Me ha parecido bastante despejado. Y quién sabe si nos conducirá hasta otro

camino. La red de carreteras de esta zona es como una telaraña en la que todos los hilos están conectados. Tarde o temprano habremos recorrido todos los caminos.

Continuaron conduciendo ya a altas horas de la noche, entre la oscuridad. Samson miraba atentamente por la ventanilla con la esperanza de hallar alguna pista decisiva. Una cosa le había quedado clara: la hipótesis que había formulado, según la cual las dos mujeres solo podrían haber utilizado las carreteras principales y no las secundarias, en cualquier caso demostraría ser cierta. No era capaz de distinguir ni un solo camino bajo el manto de nieve.

Todo irá bien, se dijo a sí mismo en silencio, aunque tampoco estaba seguro de creer sus propias palabras.

No se había dado cuenta de lo lejos que habían llegado por aquella carretera. En cualquier caso, se le hizo muy largo el camino de vuelta hasta la bifurcación que habían descartado al principio porque les había parecido demasiado estrecha. No habían tenido ninguna otra posibilidad de elegir antes de ese punto.

—Estamos tardando demasiado —profirió John entre dientes.

Tomaron el camino en cuestión, que los condujo por un paisaje amplio, sin árboles y lleno de colinas.

—Las turberas son las primeras estribaciones que se encuentran por aquí —dijo el ex policía con una maldición—. Los pantanos que Sherman ha mencionado. Hemos ido demasiado hacia el sur, debería haberme dado cuenta antes.

Frenó justo donde se bifurcaba el camino, en una pequeña intersección. Podían continuar conduciendo en línea recta, hacia la derecha o hacia la izquierda.

—¡Mierda! —exclamó Samson.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó John—. ¿Lanzamos una moneda al aire a ver qué sale? —Miró a su alrededor para intentar orientarse—. Sherman ha dicho que la cabaña estaba al borde de una zona boscosa, lo que no deja de ser lógico. El padre de Caine construyó la cabaña con sus propias manos. De este modo no tuvo que arrastrar los troncos de árbol durante varios kilómetros, por valles y montañas. ¿Dónde hay bosques?

Los dos hombres salieron del coche. El viento era todavía más fuerte y tuvieron la impresión de que aún hacía más frío que antes.

—¡Maldita sea, qué frío! —se quejó John. Se echó el aliento en las manos ante la sensación de que se le habían congelado en cuestión de un segundo. Esperaba que, si Gillian estaba en algún lugar de ese inmenso paraje, no estuviera al aire libre, sin un techo en el que poder refugiarse. Era fácil morir de frío en una noche como esa.

—Ahí, al fondo —dijo Samson mientras señalaba en dirección norte—. ¡Creo que hay un bosque cerca del horizonte!

John tuvo que admitir que, en efecto, la franja algo más oscura que se divisaba a lo lejos bien podía ser un bosque. Eso significaría que tenían que continuar en línea

recta. Tanto hacia el oeste como hacia el este, no consiguieron reconocer nada, lo que por otra parte tampoco significaba necesariamente que no hubiera bosques en esas direcciones. El terreno tenía muchas más colinas y, por consiguiente, resultaría más difícil verlos. Había una elevación considerable relativamente cerca y no era posible divisar lo que había detrás.

—Sigamos en línea recta —decidió John—. Tal vez tenga razón, Samson, y haya un bosque ahí al fondo. Al fin y al cabo, no podemos ver lo que hay en las otras direcciones, por lo que tendremos que seguir contentándonos con los más mínimos puntos de referencia que podamos encontrar. ¡Adelante, pues!

Subieron al coche de nuevo y continuaron conduciendo.

Tenían una mínima posibilidad de acertar.

En algún momento llegó a quedarse dormida, a pesar de haber querido evitarlo bajo cualquier circunstancia. Se despertó sobresaltada de un sueño confuso y quiso incorporarse, aunque lo evitó el dolor que se había adueñado de todo su cuerpo. ¿Qué le pasaba? Le dolía todo, hasta el último hueso, músculo y tendón. Soltó un leve gemido antes de que su mente adormilada se diera cuenta de repente de que no había sucumbido a ninguna misteriosa enfermedad. Era la postura crispada que había mantenido en el asiento de atrás del coche la que le provocaba ese dolor. Y el frío atroz, por supuesto. Tuvo la impresión de haberse quedado literalmente tiesa de frío. No podía quedarse dormida de nuevo, no podía permitírselo de ningún modo. Era peligroso. Había tenido suerte de que algo la hubiera despertado.

¿Algo? El sueño, quizá. Se había enfrentado a su madre y Lucy había hablado con ella. Sin embargo, le había hablado en voz tan baja que no había logrado comprender nada en absoluto. Solo había podido leerle los labios y había luchado desesperadamente por pescar al vuelo alguna palabra suelta. Pero no lo había conseguido. Le había suplicado que hablara más alto, pero Lucy se había limitado a sonreír sin preocuparse de los ruegos de su hija. Tara se había vuelto loca imaginando que tal vez le estuviera diciendo algo muy importante, algo que respondiera a todas sus preguntas pero que se había perdido solo porque no había sabido comprender a su madre. El corazón se le había acelerado y se despertó de repente.

Le pasó por la cabeza la idea de que su difunta madre se le había aparecido en sueños para salvarla de morir congelada. ¿Era posible? Sería la primera vez que ella hacía algo así por su hija. Tara no sabía si le gustaba esa idea. Llevaba años esperando que Lucy se comportara como una madre, pero no estaba segura de seguir deseándolo todavía.

No, no lo quiero, decidió antes de incorporarse con dificultad, intentando ignorar el dolor que sentía por todo el cuerpo.

Entonces fue cuando vio a Gillian.

Estaba a unos diez pasos del coche. La verdad es que no la reconoció a simple vista, se limitó a divisar una figura oscura entre el blanco de la nieve y la luz de la luna. Estaba quieta, de pie, parecía estar observando el coche.

Solo podía ser Gillian. ¿Quién, si no, estaría merodeando de noche por ese lugar tan solitario?

Se desveló de repente. Volvió a hundirse sobre el asiento con cuidado. Se preguntó si Gillian la habría visto, o si habría percibido algún movimiento dentro del coche. No había demostrado ninguna reacción. Debido al dolor y a lo ateridos que tenía los huesos, Tara se había incorporado muy lentamente y solo se había levantado un poco por encima del asiento, por lo que era posible que no se hubiera dejado ver desde fuera.

Maldita sea, maldita sea, ¡maldita sea! Le horrorizó pensar que podría haber estado durmiendo todavía. Gillian habría podido reducirla fácilmente y todo habría acabado.

¿Cómo demonios había conseguido salir de la cabaña? Estaba tan bien cerrada que era prácticamente imposible entrar o salir de ella cuando todo estaba bajo llave. La única posibilidad que le pareció imaginable fue que Gillian hubiera encontrado alguna herramienta que habría podido utilizar para romper una cerradura o forzar los postigos de las ventanas. Pero en la cabaña no había nada, absolutamente nada. Tara la había vaciado por completo muchos años atrás. Ni un cubierto, ni un abrebotellas, ni siquiera un cepillo de dientes, nada. Gillian únicamente disponía de dos llaves. Para Tara era un verdadero enigma cómo había podido escapar de la cabaña.

Las llaves. La del coche. En ese momento la tenía al alcance de la mano. Si conseguía neutralizar a Gillian, Tara tendría de nuevo la llave y podría, por fin, abandonar ese inhóspito lugar. Sintió un hormigueo por todo el cuerpo con solo imaginar que podría arrancar el motor y poner la calefacción a tope. Lo deseaba tanto que se habría echado a llorar.

No obstante, tenía que mantener la cabeza clara. Intentó coger la pistola, pero había ido a parar bajo el asiento, tan hacia delante que no conseguía encontrarla. Daba igual, tampoco tenía tanta puntería, solo acertaba cuando disparaba a bocajarro. Aún tenía la navaja en la mano, aunque no podía excluir la posibilidad de que Gillian también estuviera armada; al fin y al cabo, había utilizado algo para salir de su prisión. Además, la posición de Tara en el asiento de atrás no era especialmente favorable. Si Gillian miraba dentro del coche antes de subir...

Con cuidado, Tara tiró de la manta, la extendió sobre el asiento y sobre sí misma y se aplanó tanto como pudo sobre la tapicería. Por supuesto, la manta había quedado en el maletero. Pero dudó que en esos momentos Gillian acertara a fijarse en ese pequeño detalle. Además, Tara gozaba de una leve ventaja, puesto que ella sí sabía dónde estaba Gillian, mientras que esta no tenía ni idea del paradero de la mujer que la acechaba. Probablemente suponía que la fiscal habría emprendido una larga y fatigosa caminata por Peak District en dirección a Mánchester.

Tara se estremeció al oír de repente un ruido metálico en el coche. ¿Qué había sido eso? Sin embargo, se relajó de nuevo enseguida. Gillian había accionado el mando a distancia de la llave para abrir las puertas. Tara sonrió. Menos mal que había

cerrado el coche por dentro. Gillian supondría que el coche habría estado todo el tiempo cerrado con llave. Le parecería imposible que Tara pudiera encontrarse en el interior del vehículo.

Vamos, susurró en silencio, entra. Siéntate al volante. Arranca.

Oyó el crujido de unos pasos sobre la nieve y contuvo el aliento. Se fundió con el asiento y con aquella enorme manta arrugada. Se volvió diminuta. Invisible.

La puerta del conductor se abrió.

Tara tenía la navaja en una mano y el lazo de alambre en la otra.

Esa vez había recorrido el camino más rápido; estaba más agotada, pero la impulsaba el miedo. Gillian respiró hondo al ver el coche. No se sorprendió de haberlo encontrado, ¿cómo podría habérselo llevado Tara? No obstante, sus pasos se volvieron más lentos y cautos. Puesto que no había visto a Tara en todo el trayecto, había llegado a la conclusión de que había descartado la posibilidad de regresar a la cabaña para recoger la llave. Probablemente se había puesto en camino a pie.

Examinó atentamente el coche durante un rato desde una distancia prudencial. Vio muchas huellas en la nieve y pensó que probablemente serían suyas y de Tara, de cuando habían dejado el coche por la tarde. Sin embargo, también podían ser huellas recientes de Tara. Pensó que sin duda había sido frente al coche cuando se había dado cuenta de que no tenía la llave. Gillian imaginó lo nerviosa que debía de haber revuelto el bolso, al final casi presa del pánico. Tenía que haber sido un momento terrible para ella: tan cerca de su objetivo y a la vez tan desamparada.

No se oía ni se movía nada, por lo que al final apuntó con la llave hacia el coche y pulsó el botón. Las luces parpadearon un segundo y se abrieron los seguros de las puertas. Gillian sabía que de no haber estado cerradas, el ruido habría sonado de otro modo. Bien. Entretanto nadie había abierto el coche.

Se acercó poco a poco.

Cuando llegó frente a la puerta del conductor, echó una ojeada al interior del vehículo. Había pensado que sería necesario utilizar la linterna, pero el cielo se había despejado y la luz de la luna, reflejada en la nieve que cubría el paisaje, ofrecía una claridad suficiente.

El coche estaba vacío. En el asiento trasero estaba la manta de lana, formando grandes arrugas.

Gillian abrió la puerta.

Se sacudió la nieve de las botas mientras subía al coche. Se sentó frente al volante y metió la llave en el contacto tras dos intentos infructuosos, puesto que tenía los dedos rígidos por culpa del frío. Por fin, al tercer intento la llave entró temblorosa en el contacto y le dio la vuelta. El motor arrancó con un renqueo y enseguida volvió a pararse.

El frío, probablemente. Tara ya le había dicho alguna vez que a su coche le costaba arrancar cuando hacía mucho frío.

¡Vamos, arranca!

El segundo intento también falló. Sabía por experiencia que en esos casos lo mejor es esperar un minuto. Con su coche, eso funcionaba la mayoría de las veces. Se recostó en el asiento e intentó calmarse. El cuerpo le temblaba de arriba abajo debido a la tensión. Casi lo había conseguido. Había escapado de la situación más peligrosa y crítica de toda su vida hasta entonces. Solo le quedaba arrancar el coche y se habría salvado.

¡Deja de temblar! ¡Lo has logrado!

No conseguía liberarse de la sensación de peligro. Había algo que seguía acelerándole el corazón, le mandaba escalofríos por los brazos y descargas de adrenalina por todo el cuerpo. Era casi peor que antes. Mientras había estado ahí fuera, frente al coche, el miedo y el horror no la habían atormentado de un modo tan increíble.

¡No te pongas histérica!

Se disponía a inclinarse hacia delante de nuevo para intentar arrancar el motor por tercera vez cuando de repente se dio cuenta de qué era. Su instinto ya le había advertido, pero su cerebro había tardado un poco más: la manta. Aquella vieja y áspera manta de lana. La habían dejado en el maletero.

¡No podía estar en el asiento de atrás!

Abrió la puerta del coche e intentó ponerse a salvo saltando hacia fuera, rápida como un rayo. Al mismo tiempo, una sombra llenó de repente la superficie del retrovisor. Gillian tardó demasiado, apenas una fracción de segundo, pero incluso eso fue suficiente para que el lazo de alambre pasara por su cabeza. Sintió un dolor horrible cuando el alambre se hundió en la piel de su cuello. El tirón fue tan potente que Gillian, en lugar de huir hacia fuera, volvió a caer sobre la tapicería. Presa del pánico, se agarró con las dos manos al alambre que la estrangulaba y amenazaba con aplastarle la laringe mientras soltaba un grito sordo y desesperado de asfixia.

—Quieta —ordenó Tara. Su voz sonó tranquila, casi afable incluso—. ¡Quieta o te estrangularás tú sola!

Gillian se sometió y la presión remitió un poco. Volvió a recibir algo de aire, pero el dolor de la garganta seguía siendo horrible. Tara había tensado tanto el alambre que se le había hundido en la piel del cuello. Probablemente le dejaría una marca que seguiría visible durante varias semanas.

Eso si seguía viviendo.

Quedó amarrada al reposacabezas y su cuerpo se vio obligado a permanecer en el asiento. Mientras se retorció para poder respirar mejor, por dentro se reprochaba por haber sido tan inmensamente idiota. Mientras había estado fuera intentando ponderar todas las posibilidades, a partir del hecho de que las puertas del coche se habían desbloqueado con el mando a distancia había deducido que Tara lo había cerrado

cuando lo había dejado allí. Había llegado a la conclusión de que Tara no podía estar dentro del coche, porque sin llave no habría podido abrirlo. La posibilidad de que el coche hubiera estado abierto y Tara hubiera podido meterse dentro, de que hubiera podido cerrar las puertas desde el interior, no se le había ocurrido. Simplemente no había tenido en cuenta esa variante. Su cerebro no la había procesado por culpa del agotamiento extremo. Había visto la manta de lana en el asiento de atrás y ni siquiera se había encendido la luz de alarma.

¡Tonta, tonta, tonta!, gimió por dentro.

—Sí, ha sido una estupidez —concedió Tara, como si hubiera podido leerle el pensamiento—. A veces caemos en las trampas más simples. Pero no debe importarte, le ha pasado a más gente.

Gillian necesitaba toser. El dolor en la laringe le llegaba hasta la nuca, hasta los hombros. Pero también notaba la desolladura en la garganta. Tara había tirado del alambre con tanta violencia que tenía la impresión de que podía sentirse afortunada de que no la hubiera decapitado al instante.

—¿Qu...? —intentó decir con la voz ronca.

—No deberías intentar hablar —le advirtió Tara.

Gillian oyó cómo Tara abría la navaja. A continuación, notó el tacto frío del filo de la hoja por debajo de la oreja derecha. Hizo un movimiento desesperado, pero lo pagó de inmediato con otro fuerte tirón del alambre, que se hundió de nuevo en su piel. Soltó un lamento de dolor y recuperó la posición anterior enseguida.

—Buena chica —dijo Tara—. Aprendes rápido. No intentes nada, es mejor que seas prudente. No podrás hacer nada.

—¿Qu...? —intentó decir Gillian de nuevo.

—Quequequeque —la imitó Tara. Con la hoja de la navaja, se puso a jugar con el lóbulo de la oreja de Gillian—. Vamos, habla. ¿Qué es eso que quieres decirme?

Gillian sintió el peso plomizo de la desesperación sobre sus hombros. Se había esforzado mucho por luchar y, sin embargo, había perdido.

A pesar del dolor que sentía en la garganta, finalmente consiguió articular unas cuantas palabras inteligibles.

—¿Por... qué? —preguntó. Su voz sonó como si tuviera las amígdalas purulentas—. ¿Por qué... yo?

—Sí, ¿por qué tú? —repitió Tara—. ¿Con todo lo que te he contado acerca de mí no se te ocurre por qué? ¿Todavía no lo has entendido? ¿Los errores que has cometido? ¿Cuál ha sido tu error imperdonable?

Gillian no dijo nada.

Lo comprendió en ese preciso instante. El error que en la mente enfermiza de Tara debía parecer una repetición de su propia historia.

—John —contestó.

Tara la tocó con la hoja de la navaja casi con suavidad.

—Correcto. John. Él ha sido tu error.

Gillian tosió de nuevo.

—Creo... que John... es inocente —prosiguió—. Y... tu colega... el fiscal del caso... también lo creyó.

Tara soltó una exclamación despectiva.

—¿Tú sabes quién es ese colega? ¿El que se encargó del caso Burton en su momento?

—No.

—Pues yo sí. Es un petimetre. Un calzonazos. De la mañana a la noche solo le preocupa que su carrera transcurra sin dificultades. ¿Sabes? Todos nosotros nos aseguramos en la medida de lo posible antes de presentar una acusación. A nadie le gusta perder un juicio. Pero al fin y al cabo tampoco podemos saberlo al cien por cien. No sabemos qué estrategia utilizará el abogado defensor, los testigos que aportará o los giros imprevisibles que puede llegar a dar el caso. No sabemos qué decidirá el juez. Siempre corremos un cierto riesgo. Y a algunos nos gusta ese riesgo, pero a otros no les gusta tanto. Burton tuvo suerte. Al tipo al que le tocó el caso se le conoce por el número especialmente reducido de casos para los que acaba presentando la acusación. Si no le sirven una confesión en bandeja no es capaz de reunir el valor necesario para salir de su refugio y exponerse a perder un juicio. En el caso de Burton había muchas cosas por aclarar. ¿Comprendes? No significa nada el hecho de que el caso no terminara en demanda, absolutamente nada. Sobre todo si tenemos en cuenta quién fue el fiscal del caso.

—Pero...

—¡No hay peros que valgan! —La voz de Tara sonó cortante—. ¿Ibas a decir que no lo sabías? ¡Olvídalo! Tienes una hija, una niña indefensa. ¿Y vas y te fías de un tipo acusado de un delito sexual? ¿Te arriesgarías a meter en vuestra casa a un tipo así? ¿Solo porque no aguantabas más a tu marido, porque no sabes estar sin un hombre? Estabas jugando con la inocencia, con la virginidad física y espiritual de tu hija. ¿Tú crees que eso es normal?

—Yo...

—¡Sí, yoyoyoyo! Solo piensas en ti misma. Te lanzaste a sus brazos y dejaste de lado cualquier reparo. Todo lo veías maravilloso. ¡No debe de haber hecho nada! La chica que lo denunció debió de mentir. ¡Seguro que es inocente! ¿Sabes, Gillian? Eso solo es capaz de hacerlo una mujer que no sea responsable más que de sí misma. Y ni siquiera en ese caso soy capaz de comprenderlo, ¡por favor! Además estaba Becky. Me propuse firmemente salvar a Becky. No tiene por qué sufrir lo mismo que sufrí yo. Jamás.

Gillian tosió de nuevo. Su voz se normalizó un poco, pero le ardía la garganta.

—¿Lo sabías antes de Navidad? —preguntó Gillian. No le había contado nada acerca de los antecedentes de John hasta después del Año Nuevo, pero poco después de Navidad la que había sido su amiga ya había intentado asesinarla una vez. Y había matado a Tom, que no había tenido la culpa de nada. Era horrible, perverso. Una mujer dominada por un ataque de locura homicida. Y nadie, absolutamente nadie había sospechado nada. Ni siquiera el atisbo de una sospecha había llegado a recaer sobre la fiscal. Habían investigado en todas las direcciones posibles pero ella había podido dar rienda suelta a su odio y a sus ansias de venganza.

—Al oír el nombre de Burton, mi cabeza hizo un clic. No pude comprobarlo enseguida, porque todavía estaba en Mánchester cuando sucedió todo, pero sabía que había oído ese nombre en relación con un sumario. No me costó mucho conseguir su expediente. Por lo demás, de inmediato me di cuenta de que tú estabas al corriente. No sabes mentir, Gillian. Cuando por fin me contaste la verdad, fingí que me horrorizaba. Pero lo sabía desde hacía tiempo.

Gillian tosió una vez más. Le habría gustado que la bola de fuego que tenía en la garganta se disolviera de una vez, deseó poder sustituirla por una bola de nieve.

—Tara, no sigas por este camino, por favor. Ya ha muerto demasiada gente inocente. Esas dos ancianas, la de Londres y la de Tunbridge... el hecho de que fracasaran no justifica que tuvieran que morir. Y Tom no le había hecho nada malo a nadie. Pero después de lo que me has contado acerca de tu infancia... comprendo que solo hayas visto esa salida. De verdad que lo comprendo.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Gillian, desesperada. Se dio cuenta de que ella no la creía, pero en ese momento tampoco estaba mintiendo. Tara había pasado por el peor de los infiernos que puede llegar a sufrir una niña. Nadie la había ayudado, ni su madre, ni nadie de su entorno, a pesar de que podrían haber notado el cambio de carácter de la chiquilla, que sin duda tuvo lugar. No habían dicho nada ni los vecinos, ni los padres de sus amigas. Gillian no había notado el frío odio que había crecido en su amiga, aquellas ansias de sangre, aquella crueldad sin límites.

Lo que sí percibía entonces era la desesperación abismal de una niña desamparada.

—Yo declararé en tu favor, Tara. Cualquier juez que oiga tu historia...

—¿... me dejará en libertad? ¡Qué ingenua eres, Gillian! Es evidente que me encerrarán si consiguen atraparme. Dirán que desde luego había pasado por algo horrible, pero que a fin de cuentas dejarme libre sería como abandonar una bomba de relojería. ¿No te parece gracioso? Roslin no acabó en chirona. Mi madre tampoco. Burton anda suelto por ahí. El Caritativo al final tampoco recibirá su castigo porque Liza, esa pobre atontada, seguramente no se atreverá a denunciarlo. Pero a mí... a mí

seguro que me atrapan. Pasaré el resto de mis días entre rejas. ¡Así es la justicia en este mundo! Y no estoy dispuesta a aceptarlo.

La presión del alambre en el cuello de Gillian aumentó.

Cerró un momento los ojos, desanimada y sin la más remota idea de lo que podía decirle a Tara. Cuando volvió a abrirlos, a lo lejos creyó ver una luz durante un segundo. Había desaparecido de nuevo enseguida, pero antes de que Gillian pudiera rechazar aquella imagen como una ilusión de su cerebro sobreexcitado, apareció de nuevo. En esa ocasión, el resplandor duró un poco más antes de desaparecer otra vez. Y volvió a aparecer de nuevo.

Gillian fijó los ojos en la noche, como si quisiera atravesar literalmente la oscuridad con la mirada. No podía ser, ¿verdad? Probablemente se trataba de algún fenómeno físico, la luz de las estrellas reflejada en la nieve o algo parecido. En condiciones normales habría creído que se trataba de los faros de un coche que se acercaba, cuyo brillo apenas era visible a causa de los altibajos del paisaje, lleno de colinas. Pero era absurdo. Sin duda debía de haber cazadores por la zona, o guardabosques, incluso era posible que algún que otro excursionista. Pero no a esas horas de la noche. Ni siquiera las parejitas jóvenes con ganas de entregarse al placer sin ser molestados acudirían en invierno a un lugar tan remoto como ese.

No te hagas ilusiones. No es posible que sea un coche. Estás completamente sola con esta demente, con un alambre en el cuello y una navaja en la mejilla. Estás metida en una situación difícil y esto es el fin.

Volvió a cerrar los ojos y los abrió de nuevo como si quisiera enfrentarse a ese pensamiento destructivo mediante la repetición de lo que acababa de ver. Y, efectivamente, funcionó. Ahí estaba la luz. En ese momento incluso llegó a divisar que se trataba de dos luces y no una. Sin duda era un coche que pasaba por allí a pesar de que era de noche.

Y se acercaba.

Era evidente que Tara no se había dado cuenta. Le contaba algo que Gillian no fue capaz de comprender y de repente dijo:

—Bueno. Ha llegado la hora. —Acompañó las palabras con un tirón del lazo.

Gillian soltó un lamento de dolor.

—No quería hacerlo yo misma —dijo Tara—. Fuiste mi amiga durante años, Gillian, pero ahora te has convertido en un peligro para mí. Habría preferido que hubieras muerto en la cabaña, pero después de haber escapado de allí... No tengo elección, tengo que deshacerme de ti. No quiero ir a la cárcel. ¿Comprendes?

—Sí.

—Bien. Salgamos del coche. Poco a poco.

Gillian pensó desesperadamente la manera de ganar tiempo. Alguien se acercaba por la carretera y, con un poco de suerte, si no le daba por desviarse en otra dirección,

quienquiera que fuera ese conductor llegaría hasta donde estaban ellas en cuestión de diez minutos. Seguro que le extrañaría ver un coche allí detenido. Supondría que alguien había tenido una avería y pararía para preguntarlo.

¡Qué estúpido sería que me encontrara ya muerta!

Tenía que haber algún tema con el que pudiera enredar a Tara en otra conversación.

Tengo que hacerle preguntas, pensó, preguntas acerca de cómo era antes. Una persona con una historia como la suya debe de tener ganas de explicarse y de justificar sus actos.

Se le ocurrió una idea y se agarró a ella como a un clavo ardiendo. Tara le había contado cómo había matado a su madre: le había metido un paño de cocina por la boca después de haberle tapado la nariz con precinto adhesivo. Había dejado que muriera asfixiada. Y luego la había arrastrado hasta la que fue su habitación cuando era niña. Hasta el lugar donde su padrastro había cometido aquellos crímenes con ella.

La imagen del paño de cocina había sido el desencadenante del asesinato.

—Me gustaría saber una cosa, Tara —dijo Gillian. Y rápidamente, antes de que esta pudiera interrumpirla, prosiguió—: Ese paño de cocina con el que... bueno, el que tu madre...

—¿El que utilicé para asfixiarla? ¿Y a las otras dos mujeres?

Gillian respiró hondo.

—Sí, ese. ¿Cómo... cómo se te ocurrió? ¿Fue por casualidad?

Como si eso fuera importante. Pero cada segundo que pudiera ganar podía ser decisivo. Vio la luz una vez más. Estaba claramente más cerca. Hasta el momento, el coche no había cambiado de dirección.

—¿Casualidad? No hay nada en toda esa historia que fuera casualidad —dijo Tara en tono despectivo—. Aunque en el caso de Thomas... sí fue una coincidencia que estuviera en el lugar erróneo y en el momento erróneo. En realidad no tenía nada contra él.

—El paño de cocina —le recordó Gillian.

—Ah, sí. El paño de cocina. ¿No lo he mencionado ya? —Su voz sonó impasible. Ese tono de voz artificialmente sereno que había utilizado durante todo el día—. Mi madre siempre fue muy buena ama de casa. Siempre estaba limpiando y fregando una cosa u otra. «Podríamos comer en el suelo», le gustaba decir. Era importante para ella tener la casa arreglada, reluciente. Con tapetes de ganchillo y cortinas que cosía ella misma. Con violetas africanas en maceteros blancos de porcelana floreada. Sí, tenía ese tipo de cosas por todas partes. Igual que esos paños de cuadros. Para poder limpiar hasta la última mota de polvo o mancha de suciedad que pudiera encontrar. — Se detuvo y reflexionó un momento. Gillian tuvo la impresión de que elegía las

palabras con cuidado para que le hicieran justicia a su madre. Era jurista. Estaba acostumbrada a no lanzar acusaciones a la ligera que luego pudieran utilizarse en su contra—. No me atrevería a asegurar que no se mostrara tan pulcra por obligación y, aunque era un rasgo de su carácter, durante los años que pasó con Ted se volvió más meticulosa aún. Más adelante, eso me hizo pensar...

—¿Sí? —insistió Gillian al ver que Tara se detenía. ¡Habla!

—Eso me hizo pensar que esa fue su manera de procesar todo lo que había ocurrido. Eliminar la suciedad que Ted había traído a nuestra familia y sobre la que estaba al corriente. Su respuesta fue mantener la casa condenadamente limpia, por eso cuando esa noche vi el paño de cocina, pensé...

Gillian no se atrevía a hablar de nuevo. Vio que Tara estaba temblando, lo notó por las dolorosas sacudidas que daba el alambre en su garganta.

—Pensé: ojalá te ahogues con su propia falacia —prosiguió— y a continuación... bueno, pues lo hice. La asfixié con el trapo.

De repente enderezó la espalda, Gillian lo supo porque notó otro fuerte tirón en el cuello.

—Un coche —dijo con perplejidad—. ¡Mierda!

—Son ellas —afirmó John mientras frenaba bruscamente. Lo primero que sintió en cuanto descubrió a las dos mujeres fue un alivio sobrecogedor, aunque se mezcló enseguida con el horror de la situación crítica en la que se encontraban: habían salido del coche y estaban en medio de la carretera. Tara iba justo detrás de Gillian y la amenazaba con una navaja en el cuello. Gillian parecía paralizada por el miedo.

—¡Dios mío! —exclamó Samson.

John apagó el motor, pero dejó los faros del coche encendidos.

—Quédese aquí en el coche —le ordenó a Samson—. ¿Comprendido?

—Sí. ¿A... adónde va?

John había abierto la puerta del coche.

—Quiero hablar con Tara Caine. Y se lo repito: ¡no se mueva de aquí!

El hombre asintió. Con los ojos muy abiertos, contempló la imagen que le ofrecía el parabrisas. Parecía completamente trastornado. John tenía la esperanza de que le haría caso y se quedaría en el vehículo. No había duda de que Samson tenía una especie de don para cometer errores en el peor momento y de que en una situación como aquella podía provocar un desastre de serias consecuencias.

John salió y dio unos cuantos pasos prudentes en dirección a las dos mujeres. A la luz de la luna y siempre inmerso en el cono de luz de los faros del coche, pudo verlo todo con una claridad brutal. Lo que Tara Caine tenía en la mano era una navaja y, al acercarse más, vio también por qué Gillian alargaba tanto el cuello y mantenía la cabeza tan rígida: Tara la agarraba con un lazo de alambre. Pudo imaginar lo doloroso que debía de resultar el corte del alambre en la piel, puesto que Gillian se mantenía absolutamente inmóvil para no agudizar todavía más el dolor. Estaba totalmente indefensa. No tenía ninguna posibilidad de liberarse por sus propios medios.

Sin embargo, no parecía que Tara tuviera en la mano la pistola con la que había disparado a Thomas Ward. No podría matarlo de un tiro tan fácilmente.

—Ni un paso más, Burton —ordenó Tara. Su voz sonó clara y llena de autoridad. Lo tenía todo bajo control, al menos parecía convencida de ello. John de repente la imaginó en la sala de audiencias. Probablemente mantenía aquella misma actitud, la que tiene alguien que está seguro de su éxito. John consideró si Tara realmente tenía motivos para sentirse de ese modo y llegó a la conclusión de que, por desgracia, sí los tenía. Por lo menos de momento, tenía las mejores cartas en la mano.

Decidió quedarse quieto.

—¿Qué quiere? —preguntó él.

—¿Qué le hace pensar que quiero algo? —replicó Tara.

—Podemos pasarnos horas enteras así, uno frente al otro. Pero probablemente no sacaría nada de eso.

—Puedo matar a su amiga en cualquier momento. Créame, no podría evitarlo.

—Seguro que no, pero ¿qué conseguiría con ello? Medio segundo después yo la habría reducido y habría acabado todo para usted. No es que sea una perspectiva muy prometedora, en mi opinión.

Gillian soltó un leve gemido de dolor. John había percibido el movimiento, Tara le había dado un tirón al lazo de alambre. Estaba claro que Gillian tendría que sufrir incluso si la victoria era dialéctica. John se dio cuenta de que involuntariamente había formado un puño con la mano. Caine era brutal, no tenía escrúpulos. Era altamente peligrosa.

La miró fijamente mientras esperaba.

—La llave del coche —dijo Tara—. Me gustaría que me la lanzara a los pies, para que yo pueda recogerla.

—¿La llave del coche?

—La llave del coche y el teléfono móvil. No tengo ni idea de si hay cobertura por aquí, pero no quiero que llame a la bofia tan pronto como le dé la espalda.

John comprendió lo que se proponía.

—Quiere huir con mi coche, llevarse a Gillian y dejarme aquí solo.

—Muy listo. De todos modos tendrá mi coche para resguardarse un poco del viento. Sin llave, claro. Ya la he conseguido. Hay un buen trecho a pie hasta Mánchester y lo más probable es que se perdiera por el camino. Pero es posible que alguien pase por aquí y lo lleve en coche. Aunque en esta época del año estos parajes están condenadamente desiertos.

—¿Y cree en serio que se saldrá con la suya? —preguntó él en voz baja. La está buscando la policía de todo el país, fiscal Caine. Han encontrado a su madre y usted es la principal sospechosa. Usted es del ramo, ya sabe que su situación solo mejorará si lo deja ahora mismo. Si suelta a Gillian.

—No me venga con esas —dijo Tara con frialdad—. Con todo lo que he hecho... Yo no tengo tanta suerte como usted, Burton. En mi caso sí podrán demostrar las acusaciones y no se encargará de ello el tipo más inútil de toda la fiscalía londinense. Fue así como usted salió indemne. En mi caso será distinto.

—Yo no había cometido ningún delito.

—Afirmarlo repetidamente no lo convertirá en verdad.

John reflexionó un momento.

—Le propongo algo, señora Caine. Ya debe de haberse dado cuenta de que

necesita un rehén para tener una mínima posibilidad de salir de esta situación tan precaria. Gillian tiene una hija que ya ha perdido a su padre. Por favor, no le arrebate también a la madre. Suéltela y tómeme a mí como rehén en su lugar.

Quiso intentarlo, a pesar de las pocas esperanzas que albergaba al respecto. Pero Tara era astuta. El mero hecho de realizar el intercambio de noche y en esa carretera solitaria era demasiado arriesgado. Además, Gillian era mucho más fácil de controlar. John le sacaba una cabeza en altura y había sido policía, por no hablar de que era deportista y estaba en forma. No estaba ni la mitad de agotado y amedrentado que Gillian. Era un enemigo mucho más peligroso y ella lo sabía.

—¡El móvil! —gritó Tara en lugar de responder a la pregunta de John—. ¡Y la llave!

John se sacó el móvil del bolsillo de los pantalones, se agachó, lo dejó en el suelo y lo empujó hacia las dos mujeres. El aparato se deslizó por la capa de hielo que recubría el suelo hasta detenerse frente al pie derecho de Tara.

—Muy bien. ¡La llave!

John se puso de pie de nuevo.

—La he dejado puesta.

—Entonces, cójala. No voy a subir al maldito coche sin haberme asegurado de que no me ha mentado. ¡Deme la llave!

Él retrocedió hasta el coche.

Tara todavía no se ha dado cuenta de que hay alguien más dentro, pensó John, de lo contrario ya lo habría obligado a bajar con la llave. Claro, los faros del coche la cegaban. No puede ver nada de lo que hay detrás.

Pensó si podía sacar partido de esa ventaja. El hecho de que Tara Caine creyera tener un único adversario, a pesar de que en realidad fueran dos, podía ser un as en la manga. Ojalá el as no hubiera sido Samson Segal.

Cuando estuvo junto al coche, se dio la vuelta y abrió la puerta del conductor. En el último segundo tuvo que reprimir una exclamación de sorpresa: el asiento del pasajero estaba vacío.

Con un rápido vistazo constató que el asiento trasero estaba igualmente vacío, igual que el maletero.

Samson Segal había salido del coche. Por detrás, sin duda. John no lo habría creído capaz de hacerlo. Debía de haber descubierto el botón para desbloquear las puertas que estaba junto al volante y debía de haberlo pulsado, seguramente se había arrastrado hacia la parte trasera del coche, había abierto un poco el maletero y había salido a hurtadillas.

¿Y ahora qué? ¿Qué se proponía?

John sintió una gran inquietud. Había un par de arbustos a ambos lados de la carretera y, pese a no tener hojas en esa época del año, estaban cubiertos por una

gruesa capa de nieve. Debía de haberse escondido por detrás, John no era capaz de imaginar otra opción.

Eso podía salir condenadamente mal.

Le había dicho que no se moviera, pensó, furioso. Cuando lo atrape, se va a enterar.

—¿Tardará mucho? —gritó Tara.

John quitó la llave del contacto.

Temía que Samson estuviera pensando en cometer una locura. Era el peor momento imaginable para que se hiciera el héroe. Estaba desesperadamente enamorado de Gillian y, sin duda alguna, estaba lo suficientemente loco como para intentar erigirse como su salvador, aunque en realidad cualquier intento estuviera destinado al fracaso.

No debería haberlo traído aquí conmigo. Ha sido una mala idea desde el principio.

Con la llave en la mano, se acercó poco a poco a las dos mujeres. Le habría gustado volver la mirada a derecha e izquierda para intentar ver a Samson y poder hacerse una idea de lo que planeaba, pero no se atrevió. Tara se habría dado cuenta de que buscaba algo o a alguien con la vista. No podía cometer el error de subestimar a Tara Caine.

—De acuerdo —convino John—, aquí tengo la llave.

—Démela. ¡Como ha hecho con el móvil!

Lanzó la llave para que se deslizara por encima de la nieve, pero apuntó de tal manera que quedara alejada del teléfono. No quería ponerle las cosas tan fáciles.

—¿Por casualidad no iré armado, ex poli? —preguntó Tara.

—No.

—¡Quítese la chaqueta y arrójela bien lejos de donde está!

John obedeció. Ella lo registró con la mirada, pero no encontró ningún bulto revelador en el jersey que indicara la presencia de una funda para pistola. Tuvo que darse por satisfecha con ello, puesto que las circunstancias no le permitían cachearlo más a fondo.

John observó cómo Tara se ponía en cuclillas muy despacio. Con el lazo de alambre obligaba a Gillian a que la acompañara en todos los movimientos mientras seguía amenazándola en el cuello con la navaja. Sin embargo, se acercaba un momento crítico para Tara. Solo tenía dos manos. Con una tenía que sostener el lazo. Con la otra, primero tenía que coger el móvil y metérselo en el bolsillo y luego tendría que contorsionarse bastante para alcanzar la llave. ¿Sostendría la navaja entre los dientes? ¿O con la otra mano? John sabía que era el momento de reducirla, porque no sería capaz de apuñalarla en un acto reflejo. Tal vez sería la única oportunidad que se le presentaría. John calculó la distancia que lo separaba de las dos mujeres.

Demasiada. No sería lo suficientemente rápido.

Como si hubiera podido leerle el pensamiento, Tara se detuvo de repente antes de coger el teléfono.

—Atrás —ordenó—. ¡Hasta el coche! ¡Y enseguida!

La orden llegó acompañada de un tirón al lazo de alambre. Gillian gimió y se llevó instintivamente las dos manos a la garganta, aunque no logró meter ni un dedo entre el alambre y la piel. El lazo estaba demasiado tirante.

John no tuvo más remedio que obedecer. Poco a poco, retrocedió.

—Así está bien —dijo Tara cuando él llegó junto al coche. Con cuidado, agarró la navaja con la mano del lazo y utilizó la otra para recoger el móvil y metérselo en el bolsillo de la chaqueta.

A continuación intentó alcanzar la llave, aunque no lo consiguió. Estaba demasiado lejos.

En ese momento, John vio aparecer a Samson por detrás del Jaguar. Realmente había conseguido escabullirse por los arbustos sin que nadie se diera cuenta, había rodeado el coche y se encontraba ya a pocos pasos por detrás de las dos mujeres. Tenía la ventaja que John habría necesitado para reducir a Tara: por encima de todo, estaba lo suficientemente cerca. Y además de eso, ella ni siquiera sabía que Samson estaba allí. Con un poco de maña, incluso podría acercarse todavía más sin que ella se diera cuenta.

Con un poco de maña...

El término «maña» relacionado con Samson le pareció absurdo, pero John decidió aferrarse a esa mínima esperanza que, a pesar de todo, seguía existiendo. Él tampoco había podido hacer nada más que cumplir las órdenes de Tara y en ese momento estaba condenado a esperar lo que sucediera a continuación. Entretanto, Samson había empleado el tiempo para situarse en una posición más ventajosa. Tenía posibilidades de conseguirlo. No podía echar a perder esa oportunidad.

Tara se levantó de nuevo mientras obligaba a Gillian a hacer lo mismo.

Tuvo que moverse unos dos pasos hacia un lado para poder recoger la llave. John pudo ver la rabia en su rostro. Quedaba claro que se había dado cuenta de que John había apuntado mal a propósito.

Ahora, pensó John, ¡ahora!

Tal vez funcionó la telepatía, porque Samson echó a correr de repente. Él, que se caracterizaba por su comportamiento vacilante, titubeante e inseguro, se precipitó hacia delante con decisión. En menos de un segundo alcanzó a las dos mujeres, justo a tiempo, porque Tara oyó o intuyó el movimiento que tenía lugar a su espalda y se dio la vuelta. Samson chocó contra ella con tanto ímpetu que Tara ni siquiera tuvo tiempo de defenderse. Soltó a Gillian y cayó al suelo. Seguía con la navaja bien agarrada en la mano, en cuestión de un segundo podía imponerse al coraje de Samson

y apuñalarlo entre las costillas, puesto que tras el golpe él se había quedado de piedra.

Sin embargo, John ya había tenido tiempo de llegar hasta allí. Empujó a Samson hacia un lado, apoyó una rodilla sobre el tórax de Tara y la desarmó con un único y hábil movimiento. A continuación se enderezó y la obligó a levantarse poco a poco mientras le agarraba un brazo a la espalda.

—Ni un movimiento en falso —la advirtió—, o le dolerá.

De repente, ella pareció aturdida, puesto que no dijo nada, ni tampoco ofreció ningún tipo de resistencia.

En un momento se vio derrotada y se sintió incapaz de imaginar siquiera la manera de cambiar esa situación.

No obstante, John no bajó la guardia ni un momento. No solo seguía siendo peligrosa, sino que además no tenía nada que perder.

—Y ahora, al coche —dijo John— y despacio. Paso a paso. Si hace lo que le diga, no tendré que hacerle daño, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

A John le habría gustado preocuparse por Gillian, pero eso tendría que esperar. Lo primero era garantizar la seguridad de todos ellos. Con el rabillo del ojo pudo verla acurrucada en medio de la carretera, parecía tan conmovida como Tara. Pero ella al menos había encontrado a alguien que la consolara: Samson estaba agachado a su lado y le acariciaba el pelo con torpeza. Ella no lloraba, pero tenía la cabeza apoyada en el hombro de él en un gesto que no demostraba tanta necesidad de protección como un agotamiento extremo.

El hombre parecía conmovido. Emocionado.

John se alegraba de todo corazón.

Tal vez ese fuera el gran momento de la vida de Samson Segal. Y se lo había ganado a pulso.

Miércoles, 20 de enero

Cuando giró por Thorpe Hall Avenue, John se dio cuenta de que, efectivamente, algo había actuado en su alma como una especie de bálsamo. No pudo evitar sonreír cuando se percató de que él, precisamente él, había reaccionado con un sentimiento de felicidad ante la mera visión de aquellas casas unifamiliares de cuidados jardines, las calles acogedoras y los parques llenos de árboles. Habían quitado la nieve de las aceras, en algunos jardines había muñecos de nieve y sobre las matas peladas y los setos se acumulaban gruesos mantos de nieve. No había vuelto a nevar desde hacía varios días, pero el frío viento del norte había mantenido helada la que había caído con anterioridad. La semana siguiente prometía ser más cálida y todo ese esplendor reluciente se derretiría hasta desaparecer, los restos de la nieve de los bordes de la carretera se afearían con la suciedad y pronto llegaría el mes de febrero con sus lluvias. Ese día, sin embargo, el barrio parecía sacado de un cuento de Navidad.

Esperaba que a Gillian no le diera por arrancarle la cabeza si se presentaba sin avisar. Ella le había dicho que por la tarde quería tomar el tren hacia Norwich y estaría en casa hasta las dos y media. John esperaba poder llevarla en coche hasta la estación. El día anterior la había llamado y le había dicho que quería tener una conversación con su antigua colega, la sargento McMarrow, en Scotland Yard. Gillian le había pedido que la llamara si se enteraba de algo acerca de Tara, a la que habían trasladado a Londres. Él le había prometido hacerlo, con mucho gusto. Cualquier oportunidad de hablar con ella le parecía bien.

Se había reunido con Christy sobre todo para disculparse, pero Gillian no tenía por qué saberlo. Por supuesto, había hablado con la policía acerca de muchas cosas. También acerca de Samson.

—No puedo prometerte que no te traiga problemas —le había dicho ella—. Le han abierto una investigación policial a Segal y tú lo estuviste ocultando. Da igual cómo haya terminado todo, no hace falta que te diga que...

—Claro —la interrumpió él—. Lo sé.

—Yo intercederé en tu favor, por supuesto. Y también a favor de Segal. Si no lo he entendido mal, fue él quien os salvó en Peak District.

—Exacto. No sé qué habríamos hecho si él no hubiera intervenido.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Como ya te dije el otro día, estabas muy bien informado, John. Si no dispones

de aptitudes clarividentes y, dicho sea de paso, no creo que así sea, estabas al corriente de detalles a los que no deberías haber tenido acceso. Supongo que sigues sin querer darme información al respecto, ¿no?

—No.

—Me lo imaginaba —dijo ella.

—¿Qué pasa con Caine? —preguntó John.

—Está en prisión preventiva. Tenemos la declaración de Gillian Ward acerca de todo lo que Tara Caine le contó. Aunque entretanto ella también ha confesado.

—Y supongo que todo encaja.

—Vaya si encaja. —Christy enumeró los delitos—: El asesinato de Lucy Caine-Roslin. El asesinato de Carla Roberts. El asesinato de la doctora Anne Westley. El de Thomas Ward. El secuestro e intento de asesinato de Gillian Ward. Eso ya basta para condenarla a varias cadenas perpetuas. Menuda chiflada, ¿no? Y eso que siempre aparentaba ser tan profesional, tan seria. Pero debió de ser precisamente ese carisma lo que le allanó el camino. Carla Roberts no la conocía personalmente, pero probablemente debía de haber sido por eso por lo que había abierto la puerta: porque inspiraba confianza.

A esas alturas, John ya conocía toda la historia de Gillian. Aquella misma noche en Peak District se lo había contado todo. Nerviosa, desesperada y, a pesar de todo, demostrando compasión por aquella mujer que había sido su mejor amiga.

—Tara Caine también es una víctima —dijo John—. Sufrió lo indecible. La certeza de que pasará el resto de sus días entre rejas no debe de ser algo precisamente agradable.

Christy se encogió de hombros.

—Así es la vida a veces. Ya sabes que las cosas no son simplemente blanco o negro. Pero no olvides que tres personas absolutamente inocentes han perdido la vida con todo esto. Carla Roberts y Anne Westley eran dos ancianas completamente inofensivas que no fueron capaces de ver o de juzgar correctamente la situación desesperada de otra persona y eso tampoco las convertía en culpables de nada. Asimismo, Thomas Ward no le había hecho ningún daño a nadie, se limitó a cruzarse en el camino de una demente con ansias de venganza. Y respecto a la anciana Caine-Roslin: puede que hubiera sido una madre lamentable y por supuesto habría merecido pasar un tiempo en la cárcel por lo que le hizo a su hija. Pero la manera que Tara Caine encontró de resolver el problema no fue la correcta. No podía matarla, por comprensible que a ella pudiera parecerle. Nuestra sociedad no puede permitir ese tipo de comportamientos.

—Lo sé. Por supuesto que lo sé.

John detuvo el coche frente a la casa de Gillian. En medio de tanta nieve, con el mirador que daba al jardín delantero y los ventanales con travesaños, parecía una

casita de azúcar. Pudo comprender que no quisiera seguir viviendo allí. No solo porque hubiese sido allí donde había encontrado el cadáver de su marido, asesinado a tiros en el comedor, lo que debía de convertir la casa en un lugar insoportable. Es que además ya no era adecuada para Gillian, como lo había sido para ella y su familia, un nido pequeño e idílico con su frontón, su torreta y los árboles frutales en el jardín.

Esos tiempos habían quedado atrás para siempre. Del modo más atroz posible, Gillian se había convertido en otra persona.

John salió del coche, recorrió el sendero del jardín y llamó a la puerta. Esperaba que ella no hubiera partido antes de lo planeado, pero la puerta se abrió enseguida.

Gillian.

Eran poco más de las dos y John había esperado encontrarla más o menos preparada para marcharse. Sin embargo, apareció con unas mallas negras, un jersey grueso y los pies descalzos enfundados en unas pantuflas.

—Oh —exclamó ella—. No esperaba que viniera nadie a verme.

—Siento haberme presentado de este modo. Pero he pensado... bueno... —A John le molestó comprobar que de repente estaba tartamudeando como un chaval—. Me apetecía volver a verte. Y he pensado que tal vez podría acompañarte hasta la estación, si quieres.

—Entra —dijo ella.

John entró en la casa. Las cajas de la mudanza seguían apiladas en el vestíbulo. Sin embargo, no había ninguna maleta ni ninguna bolsa de viaje.

—No me marcho a Norwich —anunció ella.

—¿No?

—No. Hoy he hablado por teléfono con mis padres. Este fin de semana traerán a Becky y a Chuck. A principios de febrero, Becky tiene que ir a la escuela y antes me gustaría tener algo de tiempo para que nos acostumbremos a vivir juntas de nuevo.

Él la miró fijamente.

—¿Te apetece un café? —preguntó Gillian.

—Sí, gracias. —John la siguió hasta la cocina—. ¿Qué significa eso, Gillian? ¿Que volverá a la escuela aquí?

—Al principio sí, como mínimo. Hasta que consiga vender la casa y haya encontrado otra cosa. —Llenó el molinillo de granos de café—. No me mudaré a Norwich.

—¿No? —repitió él.

—No. Ayer por la tarde estuve pensando mucho en esto. Y esta noche, también. No me parece lógico, ¿sabes? Volver a mi ciudad natal, cerca de mis padres. Pensaba que allí podría encontrar paz y seguridad, pero ahora me doy cuenta de que las cosas jamás volverán a ser tan plácidas. En cualquier caso, tardarán en serlo de nuevo. —Puso las tazas de café en el lugar correspondiente y encendió la máquina—. No

puedo volver al amparo de mi familia —reflexionó un momento antes de continuar—: Sería un error. No he tenido un comportamiento propio de una persona adulta antes de que... sucediera lo de Tom y eso tiene que cambiar. Tengo que comportarme de una vez como la adulta que soy.

—Puedo comprender lo que me cuentas —dijo John—. Pero estos últimos días creo que sí te has comportado como una adulta. Como siempre has hecho, da igual lo dura que seas juzgándote a ti misma ahora. Durante toda esta pesadilla en la que nos hemos visto envueltos has sido fuerte en todo momento. Y muy valiente.

Precisamente por eso, John había pensado algo parecido acerca del futuro de Gillian justo después de ver su casita de cuento. Que no tenía sentido. Después de todo lo que Gillian había pasado, solo podía mirar hacia delante. No podía detenerse ni volverse atrás.

—Eres admirable —dijo él en voz baja.

Gillian le tendió la taza de café.

—He pensado que buscaré un piso en Londres en el que podamos vivir Becky, Chuck y yo. No me venderé la empresa, simplemente la dirigiré yo sola a partir de ahora. Será duro y agotador, por eso quiero aprovechar para pasar un tiempo en casa ocupándome de Becky. Pero todo irá bien. A fin de cuentas, otras madres sin pareja también consiguen superar ese tipo de situaciones.

—Claro que irá bien. Lo conseguirás. —Tuvo que contenerse para que su voz no demostrara demasiada alegría, demasiado alivio, felicidad. Se quedaba. Incluso se mudaba a Londres. John respiró hondo, el corazón le latía rápido y con fuerza.

A ella no le pasó por alto esa reacción.

—John...

Y él sabía lo que Gillian quería decir.

—Ya lo sé, necesitas tiempo. Pero tal vez podríamos vernos de vez en cuando para tomar algo. O para comer. Podríamos conocernos mejor. Quiero decir que hasta ahora...

—... solo nos hemos acostado juntos —fue Gillian quien terminó la frase al ver que él se detenía—. Sí, conocernos estaría bien. Pero no puedo prometerte nada, John.

—Por supuesto que no. Yo lo único que quiero es una oportunidad, nada más. —Se tomó el café y dejó la taza encima de la mesa. Tenía la esperanza de que esos encuentros no se quedarían en eso, en encuentros como el de ese día y como el de la semana anterior, cuando se había presentado sin avisar y ella se había mostrado lo suficientemente cortés como para ofrecerle un café. Después se marchaba enseguida, a pesar de que deseaba mucho más. En esos momentos, le habría gustado abrazar a Gillian, hundir el rostro en sus cabellos. Notar cómo le latía el corazón. Sin embargo, John sabía que solo ella podía dar el paso siguiente. Cualquier otra cosa no llevaría a

ninguna parte.

—De todos modos, tienes una oportunidad —apuntó Gillian con ternura. Sonrió con calidez—. Te debo la vida, John. La policía no nos habría encontrado jamás. Si tú no...

—¡No! —dijo con un dedo sobre los labios de ella—. ¡No! Ya me lo agradeciste cien veces aquella noche en Peak District. Ya está, no me gustaría...

—¿Qué?

—Pase lo que pase entre nosotros en el futuro, no quiero que sea una consecuencia de tu gratitud. Quiero decir que en el caso de que algún día me llames para quedar conmigo, lo que más me gustaría es que no lo hicieras porque te sientas en deuda conmigo. Eso sería horrible. Hazlo solo si te apetece de verdad.

Ella asintió.

—Eso sí te lo puedo prometer.

Los dos se quedaron en silencio durante unos instantes.

—Será mejor que me marche —dijo John al fin—. Seguro que tienes mucho que hacer.

—¿Hay novedades acerca de Tara?

—Está en prisión preventiva. En cualquier caso, lo ha confesado todo ante la policía.

—Me da mucha pena. Sé que ha hecho cosas imperdonables, pero no puedo evitarlo, John: sigo viéndola más como a una víctima que como a una criminal.

—Sin embargo, no puede quedar en libertad. Es una enferma mental y constituye una seria amenaza. Pero a partir de ahora recibirá también la ayuda psicológica que debería haber recibido hace años.

—Si todo va bien, iré a visitarla algún día. Dentro de un tiempo.

—Todo irá bien, seguro.

—¿Y qué pasa con la mujer que lo desencadenó todo? ¿Liza Stanford?

John también había hablado con Christy acerca de Liza.

—Liza ha denunciado a su marido —dijo John—. La policía la ha alojado en un hogar para mujeres maltratadas. Su hijo está con ella. Claro que las cosas tampoco serán tan sencillas. Tiene que demostrar las acusaciones contra él. La doctora Westley, que podría haber aportado su testimonio, está muerta. Y la fiscal Caine, cuya declaración podría haber tenido mucho valor, está en la cárcel por asesinato múltiple. Stanford se rodeará de una legión de abogados de peso. Por desgracia, las cosas no pintan mal para él, aunque hay que ver qué ocurre. Lo más importante es que ella no vuelva con su marido. Eso sí lo espero.

—En realidad no era más que un grano de arena en la playa, es increíble la cadena de incidentes lamentables que eso puso en marcha.

—Ella fue el detonante, es cierto —convino John—. Pero lo que Tara Caine

estuvo reprimiendo durante décadas había alcanzado una dimensión que solo necesitaba una pequeña válvula de escape. Si esta no hubiera sido Liza Stanford, Caine habría encontrado a otra persona o situación que lo habría desencadenado igual. De un modo u otro era inevitable. Así es como yo lo veo, al menos.

John tenía razón y Gillian lo sabía. Y también sabía que Tara habría seguido matando. Dentro de su cabeza, seguía oyendo la escalofriante frase que Tara le había dicho aquella noche en Dark Peak: «No puedo dejar de matar a mi madre».

Puede que fuera un deseo sincero cuando decidió ayudar a una Liza Stanford desesperada, pero a partir del asesinato de Lucy Caine, la lucha contra la omisión de auxilio había dejado de ser una necesidad propia para convertirse en una cuestión de revancha. Tara había empezado a buscar más víctimas. Carla Roberts y Anne Westley habían aparecido en el momento justo. Incluso Gillian, aunque en ese caso tuvo que urdir una trama bastante más laboriosa para encontrar un motivo que justificara su propósito: proteger a Becky del amante de su madre, al que nunca se le había podido imputar un hecho delictivo. Probablemente se habría esforzado cada vez más en convertir a personas inocentes en sus enemigos personales y podría no haber vuelto a desistir de su propósito como le había ocurrido en el caso de Gillian. Sobre todo porque el único motivo por el que había desistido en ese caso habían sido los dos intentos infructuosos.

Gillian acompañó a John hasta la puerta. Él consideró un acto de negación el hecho de marcharse en ese momento, pero enseguida se dio cuenta de que era lo mejor.

—¿Me llamarás? —preguntó él—. Me dirás cuál es tu nueva dirección, ¿verdad?

—Sí —prometió ella.

John levantó la mano, le acarició la mejilla y se dio la vuelta para andar hasta su coche.

Cuando se volvió de nuevo para mirarla, ella ya había cerrado la puerta.

Y, sin embargo, se sintió dichoso. Más bien muy dichoso.

Miró hacia la calle y vio que se le acercaba Samson. Con un grueso gorro de lana bien calado hasta las cejas y una bufanda que le daba varias vueltas alrededor del cuello. Andaba con aire indiferente, como si hubiera estado paseando por allí por casualidad, pero John pensó enseguida: ya vuelve a las andadas. Estaba merodeando de nuevo cerca de la casa de Gillian. ¡Como si no hubiera tenido suficientes problemas por ello!

—Hola, Samson —lo saludó.

Como siempre que alguien le dirigía la palabra, Samson reaccionó algo sobresaltado.

—Oh, John —exclamó. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la casa—. ¿Todo bien c... con Gillian?

—Todo bien.

—Lástima que se marche tan lejos.

—Sí... —se limitó a responder John. No le apetecía nada poner al corriente a Samson acerca del cambio de planes de Gillian. En cualquier caso, tendría que hacerlo ella misma. O que fuera el mismo Samson quien lo descubriera.

—Estaba paseando un poco —aclaró el hombre. Parecía afligido y preocupado. John miró hacia el final de la calle, la parte más deslucida, donde vivía Samson.

—¿Cómo le va por casa? —le preguntó John—. Supongo que su cuñada le debía una disculpa, ¿no?

Samson negó con la cabeza.

—No se ha disculpado. No lo hará jamás. Solo me ha reprochado que huyera. Y no le ha gustado nada que volviera.

—Debería darle vergüenza.

—En realidad... hizo bien —reconoció Samson—. Me refiero al hecho de que me denunciara. De lo contrario, no habría tenido que esconderme y no lo habría acompañado a Peak District. Quién sabe cómo habría salido todo.

—Visto de ese modo —dijo John—, tal vez tengamos que agradecersele a su cuñada —decidió pasar por alto el hecho de que si Samson no hubiera llamado a Gillian de aquella forma tan irreflexiva, Tara Caine quizá no se habría encontrado entre la espada y la pared y no habría emprendido aquella huida desesperada hacia el norte con una rehén como única salvación aparente. Se alegraba de que Samson se hubiera sentido como un héroe.

—No obstante —prosiguió—, ¿cuánto tiempo más piensa seguir viviendo de ese modo, Samson? ¿Con esa sensación de estar de más en su casa mientras sueña en otro mundo porque la realidad le parece demasiado insoportable? —Inmediatamente después de haberlo dicho, se arrepintió de haberse mostrado tan sincero—. Lo siento. En realidad no es asunto mío.

—Sí que lo es, no se preocupe —le aseguró Samson—. Tiene toda la razón.

John lo miró y pensó en aquella noche en Peak District. En realidad costaba imaginarse a ese tipo torpe e inseguro como la persona que los había salvado de una situación verdaderamente crítica, pero por suerte John no tenía que imaginarlo, porque sabía cómo había ocurrido. Samson había actuado con valor e inteligencia, con arrojo y a la vez con prudencia. Merecía que alguien le diera una oportunidad de una vez por todas.

—¿Sabe?, he estado pensando —dijo John. Aunque no era cierto, en realidad se le acababa de ocurrir—. El viernes pasado uno de mis trabajadores dejó la empresa. Eso significa que podría ofrecerle la vacante. ¿Qué le parecería eso?

Samson se quedó boquiabierto.

—¿Me está diciendo que yo...?

—Ya ha demostrado con creces que en los momentos críticos sabe mantener la cabeza fría y hacer lo correcto en el momento adecuado —expuso John—. Y puedo asegurarle que las situaciones con las que pueden encontrarse los trabajadores de mi empresa no suelen ser ni mucho menos tan peligrosas. ¿No le gustaría probarlo?

Samson seguía sin poder creerlo.

—Eso sería... eso sería...

—Necesita un empleo —aseveró John— y déjeme que le dé un consejo: márchese de esa casa. Seguro que su hermano podrá pagarle su parte de la herencia si pide un crédito con la casa como garantía. Y luego puede buscarse un alojamiento cerca de su lugar de trabajo. Un piso pequeño que pueda considerar su hogar. Ya va siendo hora... —se detuvo. Odiaba que otras personas se inmiscuyeran en su vida, pero aquello era justo lo que estaba a punto de hacer con Samson.

—¿Qué? —preguntó Samson.

—Que es un buen momento para empezar una nueva vida —continuó John.

Y para sus adentros, añadió: nos conviene a todos.

—En eso tiene razón —dijo Samson, y lo dijo seguro de sí mismo, sin titubear ni tartamudear. Bañado por la luz del sol de ese día de invierno, era como si realmente hubiera cambiado ya algo en su interior—. Sí, tiene razón —repitió.

De repente sonrió y John se dio cuenta de que acababa de ser testigo de un momento extraordinario: Samson era feliz.



CHARLOTTE LINK, (Frankfurt, 1963) es una de las escritoras más sobresalientes de la literatura contemporánea alemana, cuyos libros han vendido más de quince millones de ejemplares en todo el mundo. Hija de escritora, Link escribió su primera novela a los dieciséis años y, desde entonces, se ha consolidado como una de las autoras más reputadas de la literatura de entretenimiento.

El secreto de su éxito radica en la rigurosa documentación que maneja, así como en la depurada técnica de su prosa. A través de sus personajes, complejos y contradictorios, crea tanto grandes novelas de historia contemporánea como absorbentes tramas psicodramáticas de trasfondo criminal. Sus libros han alcanzado los primeros puestos en las listas de los más vendidos de varios países, han sido nominados en la categoría de ficción de los *Deutscher Buchpreis* y, además, han sido adaptados para la televisión con gran éxito. Sus obras más recientes publicadas en castellano son *Dame la mano* <http://epubgratis.me/node/12687>, *Después del silencio* <http://epubgratis.me/node/30989> y *Tengo que matarte otra vez* <http://epubgratis.me/node/30990>.